NIPPUR DI LAGASH

PARTE 1
(di Robin Wood e Lucho Olivera)
1967 / 72

EDITORIAL COLUMBA
Colecciòn Clàsicos (1981/90)

NIPPUR DE LAGASH:

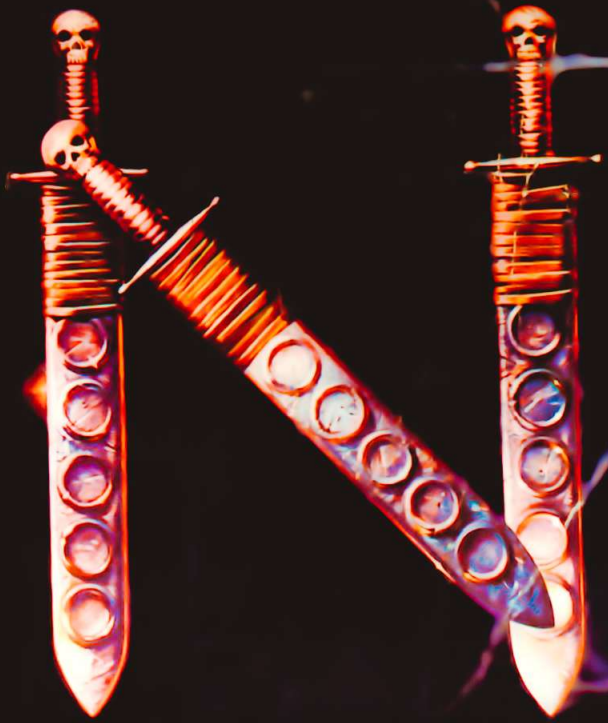
Colecciòn Clàsicos:
Tomo 1 (tomo negro)

EL HOMBRE DE LAGASH
L'errante (Abril 1981)

Contiene 24 episodios de la primera época de Nippur, la guionada por Robin Wood y dibujada por Lucho Olivera, sus creadores. Obviamente, acá tenemos entre otros el primer episodio, el primer gran romance y todo eso.
Los capítulos que aquí aparecen, fueron editados originalmente en la revista Dartagnan entre 1967 y 1970 en blanco y negro.

*Portada de Alfredo de la María
*Prólogo de Ray Collins

NIPPUR DE LAGASH



EDITORIAL COLUMBA

NIPPUR
DE LAGASH

textos de
ROBIN WOOD

y dibujos de
LUCHO OLIVERA

EDITORIAL COLUMBA

NIPPUR DE LAGASH

NIPPUR DE LAGASH

ALBUM DE NOVELAS GRAFICAS COMPLETAS

DIRECTORES

RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)

EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 45-1145

Publicación inscripta en la Dirección Nacional del Derecho de Autor bajo el N° 49.188 Miembro de la A.A.E.R., Asociación Argentina de Editores de Revistas y del C.I.P., Centro de Informaciones de Publicidad. Editada por COLUMBA S.A.C.E.I.I.F.A., Sarmiento 1889 (Cod.1044) Teléf.:45-1145/4297, Bs.Aires, Argentina. Venta interior y exterior: Distribuidora Bertrán S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires. Venta capital: Distribuidora TRI-BI-FER: San Nicolás 3169, Buenos Aires. Impreso por A.G.G.S. Industrias Gráficas S.A., Río de Janeiro, Brasil. Printed in Brazil.

CORREO ARGENTINO CENTRAL

FRANQUEO A PAGAR CONCESION N° 372

TARIFA REDUCIDA N° 3948

NIPPUR
DE LAGASH

"Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las soñadas en tu filosofía" dice Shakespeare, tal vez porque el misterio del hombre tiene su solución en la vida misma, en el cielo y en la tierra que escudriña y pisa, respectivamente, en ese devorar distancias desde que nace hasta que muere.

Nippur, el caminantè, deja y vuelve a su Lagash, a su Sumeria, una y otra vez, porque todos los caminos lo conducen a sí mismo. Entra y sale de la vida de reyes, esclavos, vasallos y emperadores con la sabia melancolía de los que buscan sin buscar, y hacen la justicia allí a donde vayan. Hombre hasta los últimos límites, hombre de todo tiempo, remoto y tan próximo a la vez, Nippur llega a parecer nuestro hermano.

Y en esa verdad simple de hombre-de-todo-tiempo enfrentado a la aventura de la vida y los misterios de la eternidad, reside el éxito que **Nippur de Lagash** lleva consigo desde su primera aparición, en 1967. Junto a él comenzaba a crecer el más brillante escritor de aventuras de la última década.

Con Nippur se abre una nueva perspectiva en las novelas ilustradas sin que el tiempo, constante devorador de famas y leyendas, haya podido envejecer en estos 14 años su sueño de gastar caminos, donde se encuentra con el lector y trama con él una confesión o una historia donde otros hombres y mujeres aman y son amados, nacen y mueren con la inagotable magia de Robin Wood.

Nippur es la voz del hombre y su errar es el vagabundeo sabio que busca lo que muchas veces tenemos en nuestras manos y al perderlo añoramos: la amistad, el calor de la lumbre, el ríspido trago de vino compartido, una ilusión, y lo que para nosotros, hombres de esta latitud y de este tiempo, los iluminados por la Cruz del Sur: el gotear nostálgico de una guitarra.

Nippur es la voz y la esencia de Robin Wood, el recordado autor de "Dennis Martin", "Dax", "Mark", Jackaroe", "Savarese", entre dos docenas largas de títulos que por espacio de una década brillante consolidaron definitivamente el mundo del relato ilustrado.

Esta edición representa un homenaje al lector, al consecuente amigo del hombre de Sumeria, que tendrá, nuevamente, acceso a los mejores episodios, de la mano de los brillantes ilustradores que dieron vida gráfica a los senderos recorridos por Nippur.

Y es también la demostración del esfuerzo y el hechizo de uno de los más grandes ilustradores del mundo de la aventura, llamado Lucho Olivera. El ha sido la raíz y génesis de muchos sueños, Gilgamesh el Inmortal, entre ellos, donde el vivir mismo es, en definitiva, la mayor aventura del hombre, en este su incognoscible universo.

RAY COLLINS

NIPPUR DE LAGASH

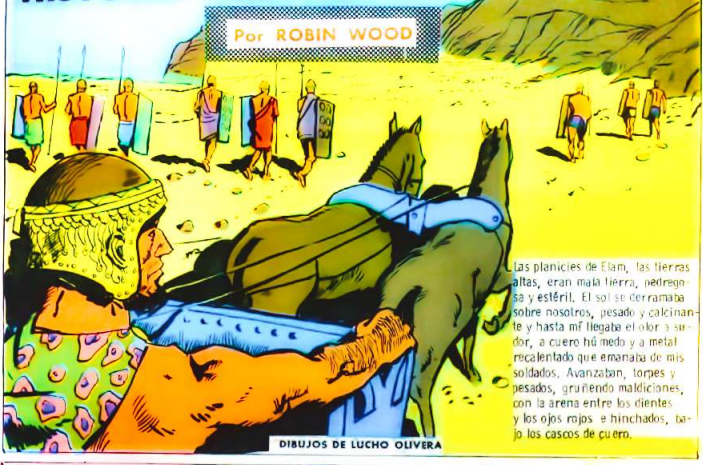
INDICE

Pag.

Historia para Lagash..... 7
Nofretamon 31
Las lanzas y la arena..... 51
Minotauro..... 65
El mirlo voló primero..... 79
La fugitiva de los hititas..... 90
La flecha sobre las hogueras.....104
El Viejo.....116
El hombre que vino de Akad.....128
En Garth,al atardecer.....140
La doncella de la tierra de Merem.....151
Mi nombre entre los bárbaros.....161
Un río llamado Lónemer.....171
Bajo un cielo de estrellas y pastores.....183
Hacia el mar.....194
La furia de los dioses.....205
Leyenda del rey que muere.....216
El Cuervo.....227
Un día en que yo era feliz.....239
La justicia de Janipo.....250
El carro de estrellas.....261
El enviado.....272
Ram,el arquero.....283
Un misterio llamado muerte.....293

HISTORIA PARA LAGASH

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Las planicies de Elam, las tierras altas, eran mala tierra, pedregosa y estéril. El sol se derramaba sobre nosotros, pesado y calcinante y hasta mí llegaba el olor a sudor, a cuero húmedo y a metal recalentado que emanaba de mis soldados. Avanzaban, torpes y pesados, gruñendo maldiciones, con la arena entre los dientes y los ojos rojos e hinchados, bajo los cascos de cuero.

Me sentía enfermo de sol y desierto, enfermo de los barquinazos de mi carro de batalla, del olor de grasa ardiente que subía de los ejes y del polvo acre y asfixiante que nos envolvía sin cesar. Deseaba tan sólo volver a Lagash, sentarme en un fresco pórtico y beber a la salud de Ninkarsag, la diosa-madre, para que diera frescura a mis días y trigo a mis graneros.

¡Oh, madre Ninkarsag, líbrame del calor y del sudor! ¡Oh Samás, apártame el rayo de mi

Quince días y quince noches habíamos peregrinado por las mesetas y las escabrosidades de Elam, a la caza de un hombre. Lo habíamos buscado en las Tierras del Límite, en los montes escarpados donde viven los deformes comedores de hierbas y pájaros, que se llenan el cabello con cenizas. Y ahora buscábamos a los hombres brutales de Elam que viven en cavernas y guardan su fuego en odres de barro para que no se apaque.

La culpa la tuvo aquel pastor, estúpido de soledad y desierto que tra[illegible] nuestro rey, Urukagina de Lagash.

-¡Yo lo he visto, hijo de Samás! ¡Yo lo he visto! ¡Es alto como un carro de batalla y puedes colocar un escudo de los grandes sobre sus espaldas sin cubrirlas!

¡Carro de batalla! ¡Escudo de los grandes! ¡Sucio arreador de cabras! ¡Si te tuviera aquí, te haría caminar sobre el filo de las espadas!!

Varias veces conseguimos echar mano a alguno de los estúpidos comedores de carne cruda de las cavernas de Elam. Pero no conseguimos sacarles ningún informe. A veces chillaban bajo el hierro, pero luego enclavijaban los dientes y morían sin decir una sola palabra.

¡Habla, comedor de gusanos! ¿Has visto al hombre gigante? ¡Habla...!

Era inútil y nuestro aburrido rey Urukagina, quería al gigante para entretener su pereza y yo tenía que hallarlo.

¡Aquí, en Nippur, mira! ¡El hombre gigante pasó por aquí! Estas huellas...

Efectivamente. El hombre debió pasar en la madrugada, mientras la tierra estaba aún húmeda por el rocío y sus huellas quedaron marcadas claramente. Huellas enormes pero bien formadas. Mientras las estudiaba me sorprendió la voz a mis espaldas.

Si buscas al gigante rubio, yo puedo ayudarte, guerrero de Lagash.

Estaba sentado sobre unas enormes rocas y me contemplaba con la burlona insolencia del bárbaro.

¿Quién eres tú, jorobado?
Mi nombre es Shetho-él-que-es-maltrecho. He sido expulsado de las cuevas pues no sirvo ni para cazar ni para combatir. Si te digo donde hallar al gigante, ¿me darás de comer?
Dime donde está el gigante y te llevaré a Tagash y te daré al rey. Si eres pícaro y ocurrente, tendrás siempre comida en sus cocinas y lecho en sus corredores.
¡Oh, generoso señor! ¡Sanás te guarde y te bendiga, que tu vientre sea colmado de...!
No te apesadumbres por mi vientre y llévame junto al gigante.
Marchamos dos días seguidos, guiados por Shetho, hasta llegar a orillas del Mar sin Peces, allí me señaló las cuevas en las laderas de los montes que hacen sombra sobre el país de Ur-Tem.
Allí vive el gigante. Con la tribu de Eir-Rur, con mi tribu. Al oscurecer los hallarás a todos reunidos en la gran caverna, aquella delante de la cual está la roca blanca.

No eché en sordera los consejos del giboso. Aguardé hasta el anochecer antes de trepar con mis hombres que tras tantos días de marcha, estaban anhelantes de gritos y batalla.

La caverna era enorme y abovedada y con largas estalactitas colgantes que semejaban espadas de cristal. Sobre el piso de roca, tierra y suciedad, se amontonaban los comedores de carne cruda de Elam.

Uno de ellos nos vio. Vil criatura, más bestia que hombre, lanzó el grito de alarma.
¡Cuidado! ¡Los cazadores de hombres de Lagash!

Nos abrimos en semicírculo en la boca de la caverna, con las espadas y las hachas empuñadas. Me humillaba enfrentarme con esos miserables brutos que torpemente empuñaban garrotes y piedras, tropezando unos con otros. Al fondo las mujeres se arracimaban aullando como lobas y sujetando sus sucios críos. ¡Alto! ¡No quiero lucha, hombres de Ein-Rur. ¡No busco esclavos ni mujeres!

Aquellos que me entendieron, consiguieron acallar a los que chillaban. Un pesado silencio se enseñoreó en la caverna, roto solamente por el llorar de una criatura y por el gruñir de los perros, un anciano, puro piel, huesos y majadería se adelantó.
Si no buscas lucha, ni esclavos, ni mujeres... ¿Qué buscas, hombre de Lagash? ¿A qué has venido?

Busco a hombre alto como un carro de guerra, al de las huellas enormes...
La voz era clara y tranquila, pero daba la impresión de salir de un foso profundo.
¿Me buscas a mí, hombre de Lagash?
No había mentido el pastor. Era gigantesco y sus espaldas más grandes que un escudo de los grandes.
Tú eres el gigante de Elam. Mucho hemos oído de ti. Hasta el rey llegó el rumor de tu fama y él me ordenó que te llevara a su presencia.
Pareció meditar un momento y luego negó.
No, guerrero. No me llevarás. En tu ciudad yo sería un esclavo o un pasatiempo de tu rey. No iré.
Hablaba con brillantez y parecía sabio. No se parecía a los bestiales hombres de Elam.

AHHH
HHHH

¡Todos a mí, cazadores de esclavos!

Uno cae sobre él y lo envuelve, luego otra, y otra. Los hombres lo golpean con sus mazas. Pero él los derriba. Sus terribles golpes que parecen hachazos.

Parecía que nunca podríamos derribarlo.

AHHHHH

Todo ha terminado. El gigante yace, por fin, derribado. Mis soldados, maltrechos y heridos lo encadenan. Algunos yacen muertos...

Los hombres brutales de Ein-Rur, amontonados contra la pared, nos contemplan con los rostros oscuros de cólera, muchos de ellos parecen hasta llorar. El gigante debió ser muy querido. Un hombre así es peligroso.

Con placer abandono los arenales de Elam y entro en los fértiles prados de Lagash. Encadenado a mi carro, el gigante no da señales de fatiga mientras mis hombres se tambalean.

¿Cuál es tu nombre?

Me llaman Ur-El-el-de-grán fuerza.

¿Cuál es tu nombre?

Tu me sacaste de los...

No. Tú no perteneces a las cavernas. Eres rubio y de ojos claros como los hombres que llegan a veces en los barcos por el Mar sin Peces...

Quizá tengas razón, quizá no. Los hombres de Elam me hallaron en la arena, cuidado por una perra amaestrada muy feroz. Tuvieron que matarla para llegar hasta mí.

Era entrada la mañana cuando llegamos a Lagash, la blanca. Inmediatamente llevé al prisionero a palacio. Su enorme estatura llamaba la atención de todos.

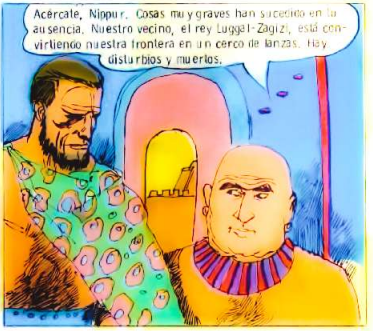
Una kagina estaba más viejo y más gordo y quizá más tonto. Ahora preparaba leyes para proteger los sembradíos de los jinetes. A su lado estaba su consejero y otrora sacerdote, Sumur, esquelético y maligno como una víbora.
¿De manera que éste es el gigante de Elam? Adelántate, fárharo.

Me fastidió que ese mono flaco, sacerdote o no, hablara así a un hombre mil veces mejor que él.
El prisionero no es tuyo, Sumur, sino del rey...
¿Cómo te atreves...?

Basta, Sumur! ¿Cómo se llama tu prisionero, Nippur?
Su nombre es Ur-El y viene de las cavernas de Ein-Rur en el país de Elam.

¿Fué difícil de capturar?
Lucha como veinte hombres y tiene la fuerza de un carro de combate.

No me gustó el cambio de miradas entre el rey y Sumur. Pero no pude pensar mucho en ello.
Está bien, Sumur. Encárgate de que el prisionero quede debidamente alojado en cala bozo seguro, y tú, Nippur, ven conmigo.

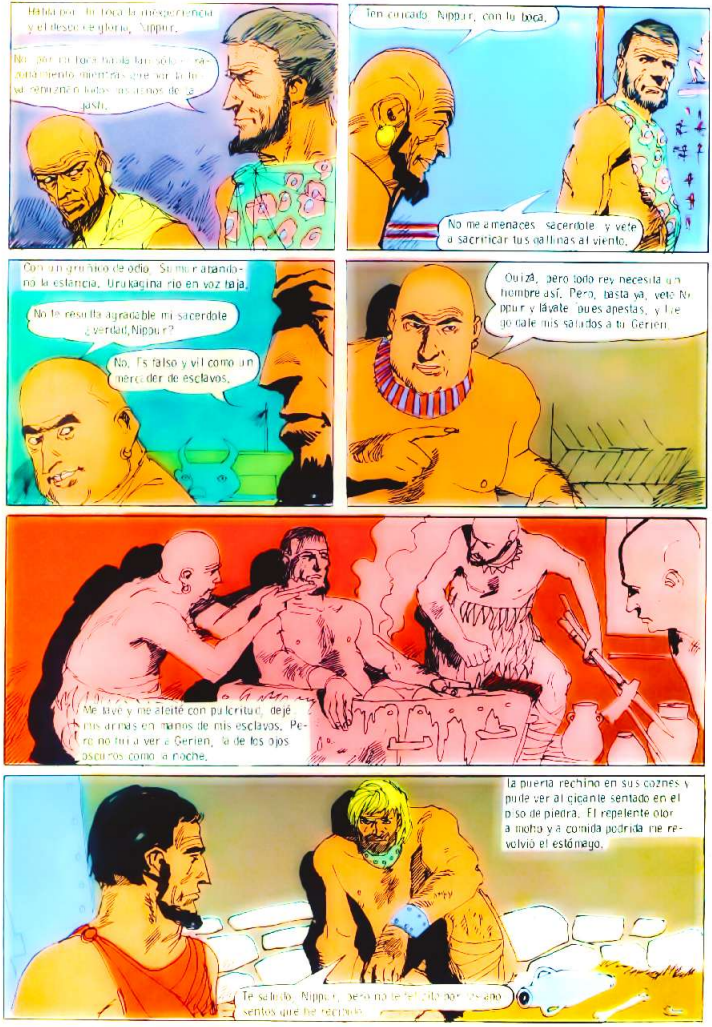

Acércate, Nippur. Cosas muy graves han sucedido en tu ausencia. Nuestro vecino, el rey Lugal-Zagizi, está convirtiendo nuestra frontera en un cerco de lanzas. Hay disturbios y muertos.

¿Quieres que arroje a los coyotes de Lugal-Zagizi de nuevo a su país?
No. No quiero que corra la sangre. Envié hace una semana a Sumur para negociar con él.

¿Negociar? ¿Negociar con ese asaltante de pastores? Gran rey, dame un mes y cincuenta carros y barreré a esa chusma hasta el Mar sin Peces.

Eres demasiado fogoso y demasiado joven, Nippur. No se debe arrojar a Lagash a la guerra. Debemos edificar sobre la paz.

Te darán la paz las espadas que aplasten a tus enemigos, no las tabletas de arcilla de Sumur. Lugal-Zagizi dará largas al tratado y cuando llegue el momento de actuar usará las tabletas y mandará además sus caballos de guerra.


Habla por tu boca la inexperiencia y el deseo de gloria, Nippur.
No, por mi boca habla tan sólo el razonamiento mientras que por la tuya rebuznan todos los asnos de la jasti.
Ten cuidado, Nippur, con tu boca.
No me amenaces, sacerdote, y vete a sacrificar tus gallinas al viento.
Con un gruñido de odio, Sumur abandonó la estancia. Urukagina rio en voz baja.
No te resulta agradable mi sacerdote ¿verdad, Nippur?
No. Es falso y vil como un mercader de esclavos.
Quizá, pero todo rey necesita un hombre así. Pero, basta ya, vete Nippur y lávate, pues apestas, y luego dale mis saludos a tu Gerien.
Me lavé y me aleité con pulcritud, dejé mis armas en manos de mis esclavos. Pero no fui a ver a Gerien, la de los ojos oscuros como la noche.
la puerta rechinó en sus coznes y pude ver al gigante sentado en el piso de piedra. El repelente olor a moho y a comida podrida me revolvió el estómago.
Te saludo, Nippur, pero no te felicito por los aposentos que he recibido.

¡Ese puerco sacerdote! ¡Ese mono de cabeza afeitada! Esta celda es sola mente para los criminales condenados. Ven conmigo, Ur-El.

Convencí al rey para que alojara al gigante en su [illegible] Saram, con abundante guardia y bajo mi responsabilidad. Sumur intentó oponerse.

Es mejor que muerdas tu lengua, [illegible] sano de templo, o te arrojaré al de saguadero donde está tu verdadero lugar.

La torre era un lugar hermoso y soleado desde el cual se divisaban los fértiles alrededores de Lagash. Sumur la había convertido en su retiro favorito. Tomé sus cosas personales y las arrojé por la ventana.

¿No comprendo porqué te has tomado tantas molestias por mí.

Eres un buen combatiente, Ur-El y tu lugar no está en una celda.

Tampoco está en esta torre. Dime, ¿qué piensa hacer conmigo tu rey?

Supongo que hacerte luchar con algún representante de otra ciudad. A veces hay apuestas enormes.

Mi vida fue quieta y pacífica en esos días.

Sí, Luggal-Zagizi ha aceptado mis proposiciones de paz y ha firmado las tabletas del tratado.

Me miró un momento y agregó:

Vendrá a visitarme con su corte dentro de dos meses. Traerá presentes, una de sus hijas para desposarse conmigo y un grupo de luchadores para animar las festividades.

Sí. Mi amigo Ur-El debía ser adiestrado para luchar. No había yo descubierto mi amistad por el hombre de Elam hasta que supe que debía convertirlo en carne de degüello.

¿Luchar con ellos? Es algo tonto pelear sin motivo.
Tu motivo es tu vida.

Enseñarle a luchar fue bastante peligroso pues su fuerza era terrible.
Creo que el brazo está roto, pero no es nada grave.

Por fin tuve que hacerlo personalmente pues mis soldados se tomaban demasiado.
¡Alto el escudo! ¡Ahora, ataja!

No lleves el escudo contra el cuerpo pues entonces sentirás igual los golpes.

El prisionero aprende rápido, ¿no crees, Nippur? Pese a ser un hombre de Elam no aparenta mucha estupidez.

Dime, Nippur, ¿es éste el gran Sumur, quien me hizo arrojar en aquella inmunda celda?
El mismo.

Lo alzó como un puñado de paja, mientras sus soldados lo rodeaban entre risas y silbos. Su mur era muy popular.
¡Tíralo lejos, hombre de Elam!
¡Mételo en el pozo!

Sus manos de bronce aferraban a Su mur, quien se retorcía chillando como una rata atrapada.
No... Suéltame...

El desaguadero es un mal lugar para un sacerdote y Ur-El lo debió entender así.
¡No!

Desde ese día nos apreciamos más aún. Ur-El podía ahora yagar libremente y se lo consideraba como un miembro más de mi guardia.

Pero el día llegó y Lugal-Zagizi entró en Lagash con su escolta y sus guardias barbudos y siniestros.

¡Salud, oh Urukagina, hermano y padre y salud a ti, Sumur, portador de la paz!
Apestaba a falso y a cruel. Trajo regalos y luchadores del país de los grandes ríos. Lo vi muchas veces apartarse para hablar con Sumur y esto me desagradó, pues cuando el chacal y la hiena se reúnen es que buscan carroña.

En la noche del banquete, el chacal hizo gala de su pésima educación, de su glotonería y de su afición al vino y a las fanfarronadas.
Tengo cinco luchadores como no hay mejores en todo Lagash, Urukagina, hermano, consigue cinco luchadores tuyos y veremos un gran espectáculo para el día de Ninkarsag.

No pude contenerme ante su soberbia, su jactancia y sus perfumes hedientes.
¡No hacen falta cinco, gran rey, sólo hacen falta dos!

Ur-I escuchó mi relato y sacudió la cabeza sonriendo.
Eres tan soberbio, Nippur, que me diviertes. No importa, amigo, nosotros daremos cuenta de ese grupo de comedores de pescado.

En la noche anterior a la festividad de Ninkarsag, dos caravanas de mercaderes pidieron permiso para acampar en Lagash, pues querían hacer descansar sus bueyes.

Muy bien, acampad, pero que los porteadores no molesten a las mujeres de la ciudad.

En el día de la Diosa Nimkarsag, toda la ciudad enloquecía. Ur-El contempla al pueblo que bailaba por las calles y rezongo.

¿La Diosa-Madre se sentirá más feliz con este escándalo?
Ustedes tienen demasiadas costumbres. Parecen bueyes de arada. Y dime, Nippur, los viajeros...

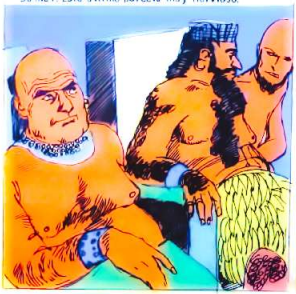
¿Viajeros?
Sí. Los hombres de las caravanas. ¿No pueden tomar parte en los festejos? Pues desde aquí los veo muy graves y tranquilos.

Efectivamente, pese a andar mezclados con la multitud, los viajantes, fácilmente reconocibles por sus mantos rayados no se sumaban a la algazara general.

Yo sé qué les ocurrirá. Habrán tenido alguna gran desgracia en su país o serán gentes sin alegría. Pero es mejor que los olvides y vayamos a prepararnos. En corto tiempo deberemos estar en la plaza.

La plaza rugía de público. La guardia de Lagash la había rodeado cruzando sus escudos y sus lanzas para evitar que fuera desbordada. Pude ver a muchos viajeros en las primeras filas detrás de ellos.

En el palco del rey, estaba Urukagina y a su lado, el grueso y seboso Luggal-Zagizi hablando con Su mur. Este último parecía muy nervioso.

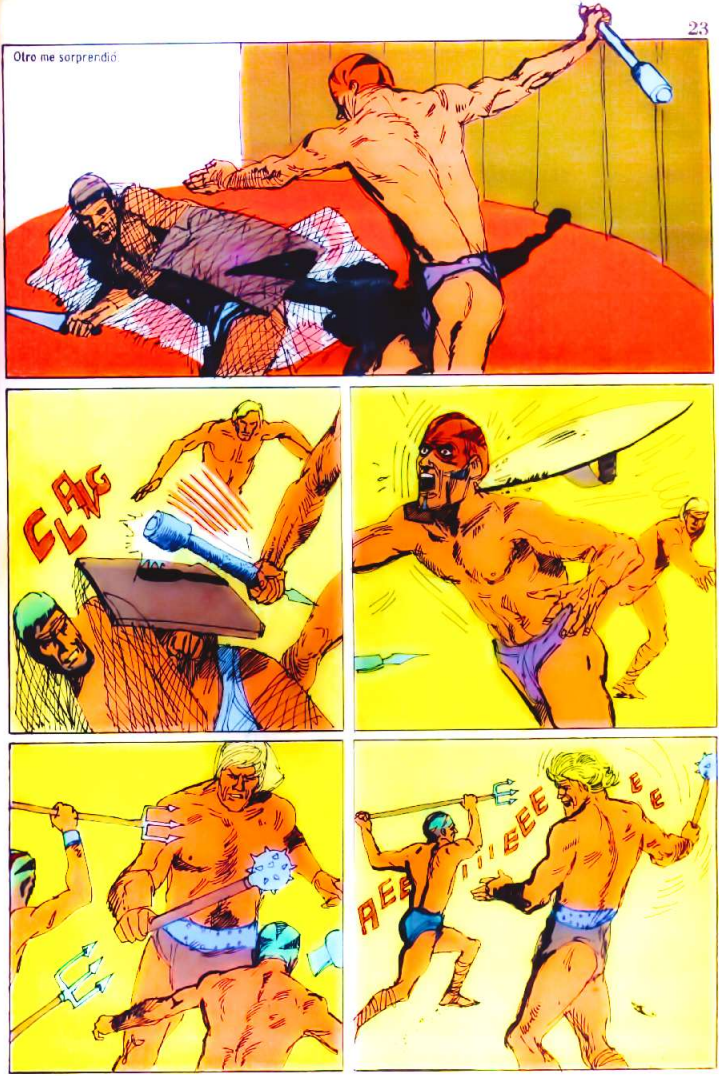


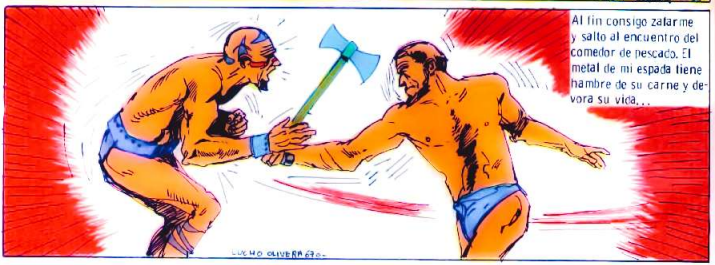
El sol era ardiente en el centro de la plaza y nuestras sombras se alargaban en la arena.

Los luchadores de Luggal-Zagizi habían entrado en la plaza con paso lento y felino, hombres altos con los rostros pintados con rayas de colores vivos. Empuñaban redes, lanzas de tres puntas y mazas de piedra.

Saludé a Urukagina y Ur-El me imitó pero los comedores de pescado, esperaron que termináramos sin hacer un solo gesto hacia su rey. De pronto uno de ellos lanzó un penetrante alarido y corrió hacia nosotros.

Pero no se mata con gritos a un adversario.


Otro me sorprendió.


Al fin consigo zafarme y salto al encuentro del comedor de pescado. El metal de mi espada tiene hambre de su carne y devora su vida...
LUCHO OLIVERA

Allí está a mis pies, largo, sucio y muerto, el luchador de Luggal-Zagizi. Luggal-Zagizi... Luggal-Zagizi... De pronto oigo los gritos terribles, los alaridos...

A su alrededor hay muerte. Los viajeros han arrojado las torrecas al suelo y ahora exhiben sus armaduras. Los guardias de Lagash, heridos por la espalda, agonizan ensangrentados.

En el palco real veo a Urukagina que se escurre hacia el suelo bañado en sangre. A su lado Sumur empuña el puñal de piedra enrojecido, el arma con la que acaba de dar muerte a aquél que le sentó a su derecha, en el trono.

Otro estruendo terrible me ensordece. Guerreros fornidos, sucios y barbudos aplastan a mis guardias desprevenidos.

Cálculo exacto. Todo. Hasta la lucha. Aprovechando el entusiasmo que distrajo a todos, los infantes se aproximaron a la ciudad mientras mercenarios de Luggal-Zagizi, disfrazados de viajeros acababan de un solo golpe con la mitad de la guarnición.
¡Perros!

Y allí el gran traidor, riendo como una hiena en el palco, sucio de sangre y de miedo. Tratados. Arquitecto de la paz.
¡Sumur!, Allá voy.

Corro como un hombre enloquecido hacia el palco. En la mano tengo el tridente de uno de los comedores de pescado. Su mur... Su mur...
A veinte pasos me detengo y echo el brazo atrás. El deseo de matar me hace doler las manos. Su mur... Su mur.
Su mur me ve y el terror le llena los ojos.
¡No! ¡Detén al...!
Los soldados de Luggal-Zagizi me rodean haciendo molinetes con sus espadas.
¡Cuidado con él! ¡Es Nippur, el matador de leones!
Toma, amigo. Enseñemos a los asesinos de niños y mujeres cómo hay que matar hombres.
Los atacamos como los lobos a las ovejas...

¡Izquierda, derecha... ¡arriba, abajo... ¡tira... punta... escudo... sangre...

No sé cómo nos abrimos paso hasta las murallas. Se me rompe la espada, pero consigo tomar un hacha. Sangramos por cien heridas.

Todo es inútil. Son mil contra dos. De pronto oigo una voz.
¡Nippur, hombre de Lagash! ¡Aquí!

En la muralla se abre la pesada puerta del desaguadero, en la que veo la encorvada silueta de Shetha, el jefe de Ein-Rur.

¡Ven rápido!

Corremos desesperados seguidos por piedras y jabalinas. Al entrar nosotros, Shetha cierra la puerta. Es gruesa y pesada. Tardarán en derribarla.

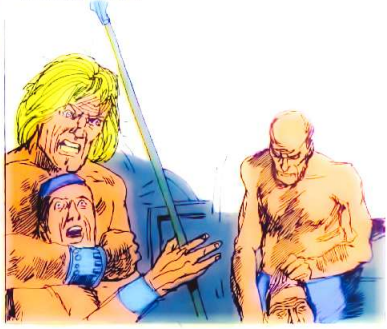
¡Corre ahora, Nippur, sígueme!

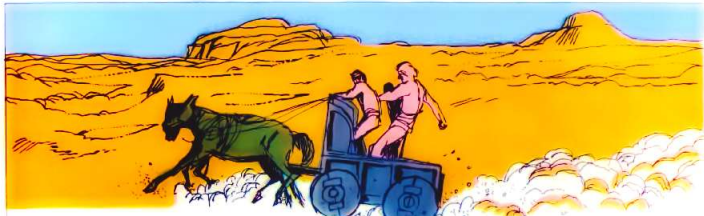
No sé cuánto tardamos en recorrer el hediondo canal; detrás mío, Ur-El gruñe.

Sumur también me arrojó a mí al desaguadero.

Salimos al sol. Pero yo siento en mí la oscuridad y el frío. Del otro lado de las murallas se oye el aullar de los heridos y el crepitar de los incendios.

Huimos del estruendo. Encontramos un [illegible] custodiado por dos soldados. Vi [illegible] y nos apoderamos de él.





Galopamos durante todo el día y durante toda la noche y durante todo el día. Llegamos a las cavernas de Eim-Rur. Los hombres brutales reciben a Ur-El con júbilo y no me molestan a mí y tampoco a Shetho.

La noche es fría y hermosa en el desierto. Las estrellas centellean como yelmos de batalla en el cielo. Yo miro las ondas de arena y de luna que mueren a la distancia.

¿Que harás ahora, Nippur?

¿Que haré? No tengo [illegible] dad, ni techo, ni fuego, [illegible] de ningún lugar. Me iré a recorrer el país de los grandes [illegible] zá las tierras del [illegible] sanarme el dolor. Después [illegible]

Y cuando vuelva... ¡Ay de ti, bugal-Zaqizi! ¡Todo el orbe te será pequeño como escondrijo! ¡Ay de ti, traidor!
El miro a la distancia y su rostro poderoso pareció sonreírle a la luna fría y lejana...
Será un viaje largo. Veremos muchas cosas extrañas.
¿Vienes conmigo, hombre de Elam?
Encontrarás muchos peligros y buenos vinos en el camino. Yo te acompañaré para apartar los peligros con tu espada y con mi lanza y beberemos los mejores vinos en memoria de tu hermosa Lagash...
Gracias, hombre de Elam.
Paz para ti, hermano. Compartamos el dolor.
El desierto es de plata y de sal. Las estrellas forman joyeles y carros de batalla en el cielo y nosotros las contemplamos en silencio.
FIN

NOFRETAMON

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

El Nilo, el sabio río que corta las tierras negras, se alarga millas y millas, bajo el sol enorme lagarto de fuego que nos amodorra con su calor.

Acodado en la borda me dejo dominar por el aroma del aire, y el sabor agridulce del río de los papiros. El navío avanza dando bordadas en dirección a Tebas, lento y crujiente. En un rincón sombrío de la cubierta Ur-El reposa del monótono viaje.

Muchos soles se habían puesto desde que comenzáramos el largo viaje a Tebas, dejando atrás los áridos desiertos del país de Khatti hasta llegar al río viejo, donde embarcáramos gastando nuestro último trozo de cobre.

¿Qué? ¿Te agrada mi país, hombre del Norte?

El capitán del barco es amable y charlatán y me ha sido muy útil para informarme de cuanto me interesaba.

¿Cuándo llegaremos a Tebas?

Mañana en la mañana, si Amón lo permite y si mi vieja tinaja resiste.

El Nilo es hermoso bajo las estrellas egipcias. Desde los cañaverales se oye el croar de las ranas y el ladrido de las hienas.

¿Qué haremos en Tebas, Nippur?

Iremos a visitar a mi amigo Kristaton que es cortesano influyente junto al faraón.

Tal vez nos convendría ingresar en el ejército, pero sabe asegurar que el soldado egipcio es torpe, tranquilo con sus armas.
¡Bah! Cuentos de los hicsos.
En la mañana siguiente, el navío arriba a Tebas y desde el primer momento me siento apabullado por el estrépito, el hedor y el lujo de la gran ciudad.
Atravesamos las calles a empujones, rechazando de mala manera a los vendedores que nos ofrecen baratijas, vinos, especies, esclavos...
La casa de Kristaton es enorme y blanca, y sus esclavos nos hacen esperar en los jardines. De alguna parte llega el rumor de una fuente y risa de mujeres.
¡Alabado sea Amón que te trae
Me siento abrumado ante su desbordante alegría. Habla y ríe feliz, desentierra anécdotas de nuestras cacerías de leones en los desiertos de Ein-Rur. Comemos con él una excelente oca asada y bebemos vino de las bodegas del faraón.
...dos veces lanceé a la mala bestia y ambas lanzas se rompieron...

Intenta explicar luego a Kristaton que nos hallamos en territorio de los cazadores nómadas... se niega a escucharnos y levanta los puños al cielo rugiendo:
¡Sin dinero! ¡Sin educación! ¿Y tú, mi criado, eres capaz de decir eso? ¡Esta casa y todo lo que en ella hay está manchado!

No desean alejarse de...
¿Una palabra más y te haré azotar por mis caballerizos! Una vez me sacaste de entre las garras del león cojo y otra de entre las lanzas de madera de los salvajes de la montaña. ¿Y me hablas como si fueras un mendicante?

Por fin, Kristaton se calma mientras Ur-El ríe a carcajadas, un poco por el vino y otro poco por la cólera de mi amigo.
De todas maneras, cuando vaya a ver al faraón me acompañarás y verá que ese viejo tonto se ocupe de ti y de ese rinoceronte que se burla de mí.

Luego su rostro se pone serio, tantas arrugas quiebran su frente como un viejo pergamino.
Extraños momentos vivimos en Tebas. Nimrir. Reina la inquietud y atan dan los crímenes. La hija ta de Senrusett está hu y él está listo para cu plir. Y yo temo, pues es lo traño lo que sucede en Tebas.

...viejo adornado por la oca y por el vino. Kristaton se retira a dormir y lo mismo hacemos Ur-El y yo.
Mi amigo está muy preocupado, Nippur, e incluso parece asustado.
Sí. Y eso me extraña pues lo he visto reír ante los leones del desierto y los asesinos de la montaña.

La semana trascurre entre paseos y cacerías por los alrededores de Tebas. Al volver una mañana en el carro de caza de Kristaton, embanderado con la sangrienta piel de un león cebado, nos topamos con la corte del Faraón que cruza las calles.
Mira, aquel es el faraón Senrusett

la litera de manos, custodiada por gigantescos guerreros negros, se detiene ante nosotros e inclinamos las cabezas.
Amón sea contigo, Kristaton. Veo que una nueva piel adornará tu sala de trofeos.

Allá me llaman los sentidos. Siento el estampido de la cuerda de un arco.

Un grito largo de agonía y el guardia a quien arranqué el escudo cae con la frente atravesada. Varias flechas se clavan alrededor mío.

Ya he visto las siluetas emboscadas entre una maraña de palmeras.

Me arrastro por la arena, lastimándome codos y rodillas, hasta nuestro carro de caza, seguido por Ur-El.

Salto dentro del carro. Ur-El se apodera de las riendas y lanza su estentóreo grito de guerra.

El pesado carro se sacudía violentamente cuando pasaba sobre los rotos cuerpos de los soldados caídos. Las flechas zumbaban a nuestro alrededor. Ur-El azuzaba a los caballos. Galopaban hasta perderse de vista.

Caemos como un huracán sobre ellos...
Todo ha sido rápido y mortal; mi maza se ha detenido, roja de sangre su alma de piedra.
No tardan en llegar un pelotón de guardias negros, que se ahí lanzan contra los cadáveres y los lancean y despedazan feroz-mente.
¿Qué hacen ahora? ¿Intentan derrotar a los muertos?
Los negros se enloquecen con el olor de la sangre. Hincan las cabezas muertas en las puntas de la lanzas. Uno de ellos, ansioso de matar, descarga su hacha contra la cabeza de uno de nuestros caballos.
El rugido de cólera de Ur-El hace hundir decir al mercenario.

La voz es suave, y el rostro imberbe a ser obedecido.
No toques ni la piel de un soldado del faraón o tendrás que llorar tu imprudencia, extranjero.

El hombre es peludo y alto y no aparta sus ojos de animal feroz del rostro de Ur-El. Ufanes, satisfecho dice:
Este es Baxnath, el general de mi padre. El que todo lo puede. Hasta ha conseguido que sus mercenarios negros se batan por los nuestros una vez al año.

Baxnath no siquiera concede una mirada al joven, y a una voz suya, los mercenarios se calman como por arte de brujería. Me pasma ver el dominio que este hombre frío y corpulento posee sobre la horda.

Esa noche somos huéspedes en el palacio del faraón, nos agasaja con presentes, joyas que fastidian a Ur-El y finas vestiduras, pero el rostro de Kristalon está sombrío y sin alegría.
Kristalon, no seas duro con tus amigos, sufrimos con tu sufrimiento, de manera que confía en nosotros. ¿Cuál es tu carga?

Por un momento creo que ni siquiera me ha escuchado, de pronto habla.
Muchos dioses tenemos en Egipto, pues son buenos para facilitar la vida y las cosechas, pero lo más sagrado en nosotros es la sangre del faraón. Nunca ni en el Bajo ni en el Alto país, el faraón ha sido objeto de un ataque.

No desprecies nuestra inteligencia, pues bien sabes que todas esas historias de sangres sagradas son sólo balbuceos de viejas. Muchos faraones habrán cruzado el umbral último por el puñal o el veneno.

Encogió los hombros con buen humor.
Después, ya a solas, quedó dormido entre las murallas, pensando en las palabras que diría a la luz del sol y el cómodo lecho de ante el faraón.

Además los asesinos eran esclavos...
¿Esclavos? ¿Bromeas? Un esclavo no puede conseguir armas ni...

Sé lo que piensas y también yo lo sé, sin embargo los que hoy se alzaron contra el faraón, eran esclavos de la construcción de la tumba real.

Esa noche, la cena real nos fascina con su esplendor, pero el clima es opresivo y cordial. Allí no Senrusett excluye.
Pawni, ve y dile a Nofretamon que venga a acompañarme, pues me agrada el deseo viejo y lo extraño.

¿Quién es Nofretamon?
La hija mayor de Senrusett, la hija del halcón y sacerdotisa de Horus. Es como el rayo y como las flores; como el vino y como el metal de las espadas.

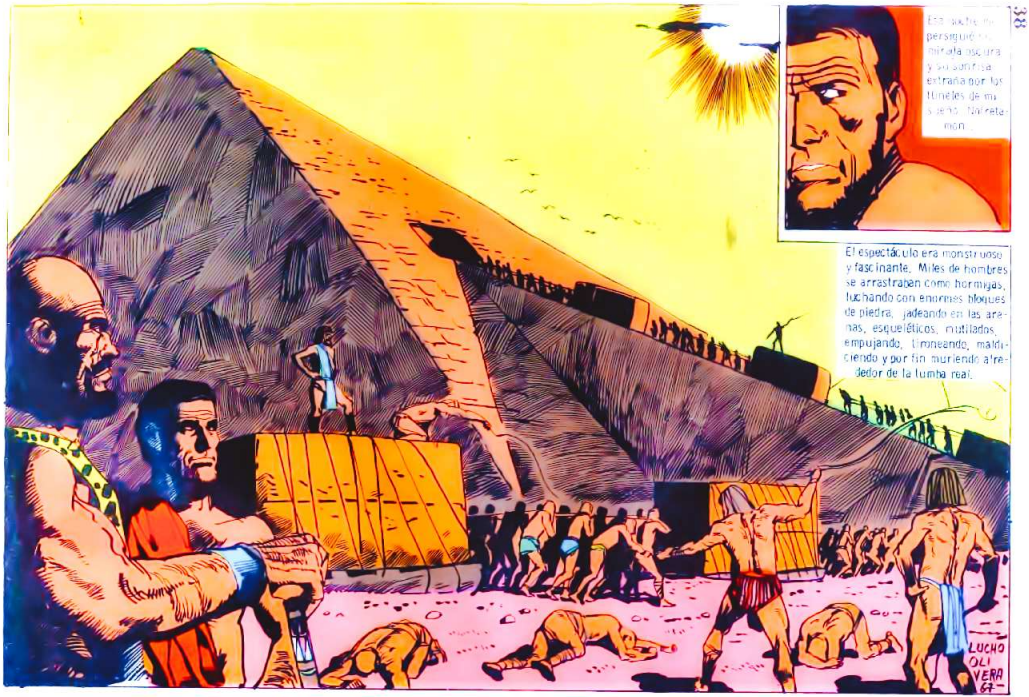
Quise refirme de Kristaton y lo llamé hipopótamo ahíto de vino y poetastro de los marjales. Y de pronto mi risa se cortó.
¡Por todos los dorados dedos de Samás!

Su belleza hería como el rayo y embelesaba como las flores; como el vino embriagaba y podía destrozar el corazón como el más afilado metal de guerra. Era alta y nívea, con ojos sombríos y enigmáticos. Sobre su hombro derecho se posaba un gran halcón de ojos salvajes.

Nofretamon, Sacerdotisa de Horus, hija de Senrusett y Pawni, Nofretamon, la de la belleza que hacía palidecer las estrellas y privaba del sueño a los hijos de los hombres.
Tú eres un hombre de espada, extranjero. Mi halcón olfatea en ti el sudor y la sangre del campo de batalla.

No te equivocas, bella Nofretamon. No hace mucho tiempo he comandado ejércitos y me he sentado a la diestra de un rey.
¿Te fue adverso tu destino?

Sí, fui y hoy mis hombres y mi rey son menos que tierra sobre la tierra y mi ciudad es humo y cenizas en un cerco de lanzas ennoblecidas, pero dejemos el triste pasado y deja que mi mirar te bendiga.


Esa noche me persiguió su mirada oscura y su sonrisa extraña por los túneles de mi sueño. Nofretamon...
El espectáculo era monstruoso y fascinante. Miles de hombres se arrastraban como hormigas, luchando con enormes bloques de piedra, jadeando en las arenas, esqueléticos, mutilados, empujando, tironeando, maldiciendo y por fin muriendo alrededor de la tumba real.
LUCHO OLIVERA 67

Ahí la tienes, hombre de Lagash. Esa es la fortaleza real, el monumento a la vanidad y a la tontería de un viejo.
No respetas mucho a tu rey, Baknath.

No puedo respetarlo. Los hicsos huyeron en nuestra frontera como hormigas cuando vieron las tropas de Ur-El. Nos hará invulnerables, y nuestro tirano sólo piensa en sus tumbas.

¡Por Amón! Con estas rocas, yo hubiera levantado fortalezas temibles y con el oro que se guardará adentro compraría carros de guerra y mercenarios del país de los leones. Luego los hicsos olerían mi miedo en mis lanzas.

Esa noche comenté esta conversación con Ur-El.
Baknath me preocupa. Es hombre violento y apasionado y además creo que es ambicioso en exceso.

Un grito largo y desgarrante hace erizar mi piel. Me abalanzo contra la puerta empuñando mi espada y corro hacia el grito.

Abarco la escena de un solo vistazo...

Los agresores no presentan combate y huyen desesperadamente por los grandes ventanales y los corredores, entre los salvajes gritos de los guardias negros que los cazan a lanzazos.

La princesa egipcia me contempla con sus ojos dorados y sin mensaje.
Llegaste primero que ninguno, Nippur. Grité con todas mis fuerzas y acudiste en socorro. Tú entraste con tu espada desnuda y con el rostro rojo de cólera. Tenías fuego en tu mirada.

¡Mi corazón detuvo su marcha cuando reconocí tu voz en el grito! Una pesada carga de temor.
¿Temiste por mí, Nippur?

Ni siquiera le respondió, ella tomó su mano, torpe y vil entre las suyas, frías y perfumadas. Dulce Nefertari también lo sintió.
Tus manos son grandes y fuertes, Nipur, y la espada y el puñal las han encallecido, pero para mí son tersas, aunque sean toscas, pues tus manos hablan a las mías.

De pronto se aparta de mí, como avergonzada y corre hacia las puertas. Horus, el halcón, con las garras aún sangrientas, la sigue.

¡Mira esto, Nipur! ¡Estos muertos también son esclavos de las construcciones!
¿Es la vez? ¿Qué acontecimientos extraños son estos?

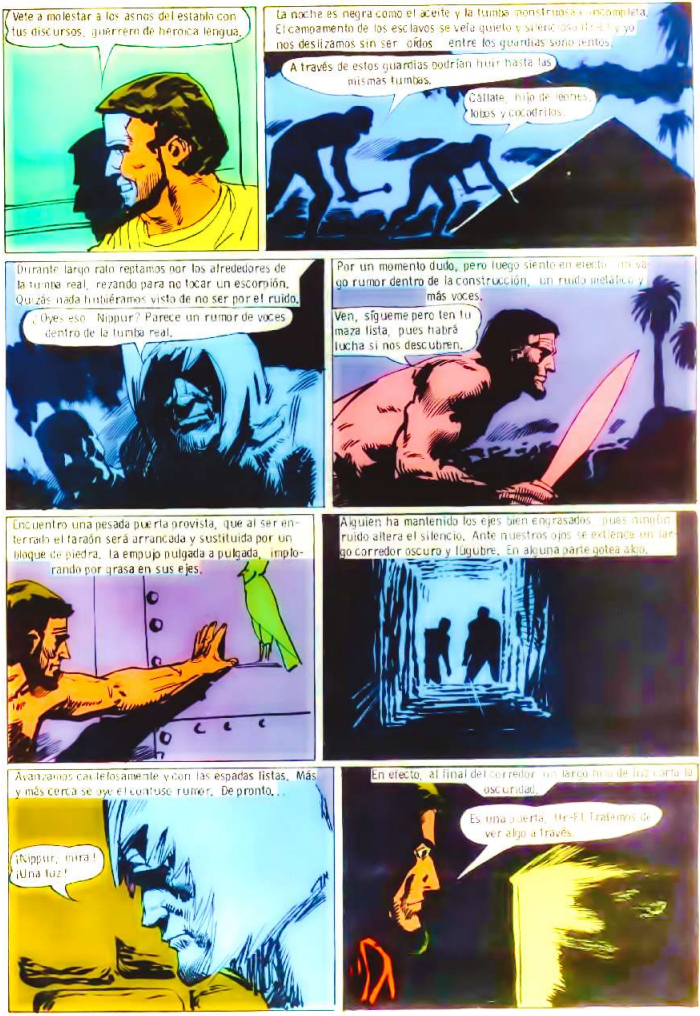
Algo extraño ocurre, pues, ¿para qué quieren los esclavos raptar a una princesa o matar al faraón? Su suerte no mejoraría con ello.
¿Cuáles tu idea, hombre de Lagash?

Al anochecer, Ur-El y yo nos deslizaremos por el campamento de los esclavos y trataremos de espiar entre ellos, buscando...
¿Buscando qué, entrometido?

Bien... no lo sé... ¡Algo!
Algo. ¡Bah! Y como siempre, por tus ocurrencias, tendré que correr como el viento y luchar como un león.

Si temes, no vengas...
¿Temer? ¿Temer yo? ¿Yo, Ur-El?

Se golpeó el pecho coléricamente y éste retumbó como un tambor de bronce.
¡Yo soy Ur-El! ¡El hijo del león de Elam y del lobo de Ein-Rur! Me amamantaron con leche de cocodrilo y saqué los dientes mordiendo el metal de las espadas. Con una mano despedazo a un hombre, arranco los árboles y...


Vete a molestar a los asnos del establo con tus discursos, guerrero de heroica lengua.
La noche es negra como el aceite y la tumba monstruosa e incompleta. El campamento de los esclavos se veía quieto y silencioso. Ur-El y yo nos deslizamos sin ser oídos entre los guardias sonolientos.
A través de estos guardias podrían huir hasta las mismas tumbas.
Cállate, hijo de leones, lobos y cocodrilos.
Durante largo rato reptamos por los alrededores de la tumba real, rezando para no tocar un escorpión. Quizás nada hubiéramos visto de no ser por el ruido.
¿Oyes eso, Nippur? Parece un rumor de voces dentro de la tumba real.
Por un momento dudo, pero luego siento en efecto un vago rumor dentro de la construcción, un ruido metálico y más voces.
Ven, sígueme pero ten tu maza lista, pues habrá lucha si nos descubren.
Encuentro una pesada puerta provista, que al ser enterrado el faraón será arrancada y sustituida por un bloque de piedra. La empujo pulgada a pulgada, implorando por grasa en sus ejes.
Alguien ha mantenido los ejes bien engrasados, pues ningún ruido altera el silencio. Ante nuestros ojos se extiende un largo corredor oscuro y lúgubre. En alguna parte gotea algo.
Avanzamos cautelosamente y con las espadas listas. Más y más cerca se oye el confuso rumor. De pronto...
¡Nippur, mira! ¡Una luz!
En efecto, al final del corredor un largo hilo de luz corta la oscuridad.
Es una puerta, Ur-El. Tratemos de ver algo a través.

Con lentitud y sigilo me detengo ante ella y me arrodillo. Luego apoyo un ojo contra la vena de luz.

Veo una gran bóveda iluminada escasamente por antorchas. En el suelo, sentados, hay medio centenar de hombres. Algunos visten la raída túnica de los esclavos, otros la túnica blanca de los ricos y otros llevan el uniforme de la guardia del faraón. Reconozco a varios.

En un extremo se alza un pulpito y sentado en él, una negra silueta embozada habla.

No permitáis que los hombres se lancen al pillaje, ni aunque aúllen por su presa. Primero deben terminar la lucha. Luego tendrán el placer.

No hay antorchas cerca de él y su voz surge de las penumbras.

Esta noche repartiréis las armas y las enterraréis en la arena.

Tarde comprendemos lo que ocurre. Me he apoyado contra una parte no finalizada de la construcción y una piedra cae estruendosamente.

¡Maldición!

Adentro oigo voces excitadas y pasos. No hay tiempo que perder.

¡Ur-El, escucha y no discutas! Corre al palacio real y notifica al faraón de todo esto y dile que ataque esta misma noche, que no utilice a la guardia real, pues no le es leal. ¡Corre!

Es tiempo. Mientras Ur-El huye por los corredores, la puerta se abre y el hombre que la abre salta a la eterna oscuridad.

Pero un repentino golpe me llena los ojos de luz y la mente de oscuridad.
Es suave, tonto y delicioso el despertar, un fuerte olor a estancado y húmedo me penetra por las narices. Hedor a tumba.
El embozado se halla de pie ante mí. Detrás suyo por una pequeña ventana veo las estrellas. Es de noche, aún...
Por tus despiertas, Nippur de Tajasti. Has sido para mí como una espina en mi pie, pero ahora te arrojaré al viento tras quebrarte, y tu muerte no será dulce.
Tus palabras son rebuznos de asno para mis oídos aburridos y me río de tus amenazas, pero, dime: ¿Realmente piensas conquistar Tebas con un ejército de esclavos?
¿Eres tonto? Cuento con el apoyo de la guardia real, sobornada por mis seguidores adinerados y por un ejército de mercenarios que estará en las fronteras del país de Mittani con sus carros listos.
La traición ensució tus manos y la ambición tu alma. Es inútil el embozo, Baknath, general del faraón. Baknath, guardián del sepulcro real. ¡Baknath, el traidor!

Sus ojos de animal feroz me queman con la mirada. Sus dientes afilados relucen entre la negra barba.
¡Sí! Me llamarán el traidor, el ambicioso, el que escuchó a su rey. Pero mentirán. Nada de cuanto hago lo hago por mí. Todo lo hago por Egipto, por mi Egipto acorralado por los hicsos y los bárbaros. Necesita un rey guerrero.
¿Entiendes eso? Un rey que le dé grandeza y gloria, no a ese viejo cloqueante ni a ese jovenzuelo fanfarrón.
¡No puedes ser rey! ¡La arena te ha entrado en el cerebro! ¡No corre sangre sagrada por tus venas!
Correrá si me desposo con una hija del faraón. Con Nofretamon.
Para ver a tu raptado, a mono. Mira detrás tuyo a Nofretamon, princesa de Fenio.
Se me congela el corazón en el pecho al ver a Nofretamon, de pie contra el muro, inmóvil y hermosa con la mirada oscura.
Esta mañana fue a sacrificar a Amen. Los hombres se apoderaron de ella. Como veras, todos sus planes... ¿Y eso?

Por el cortinaje veo el cielo teñirse de rosa y gris. Mezclado con la luz llega un confuso rumor, ahogado al principio, luego más potente hasta convertirse en un trueno poderoso.

¡El ejército del faraón! ¡Estás perdido, Baknath!

El rostro codicioso de Baknath se crispa de espanto, de pronto lanza un grito ronco y sale violentamente del recinto.

¡Nofretamon! ¡Nofretamon!

¡Aquí estoy, Ninpur! ¡Aquí estoy!

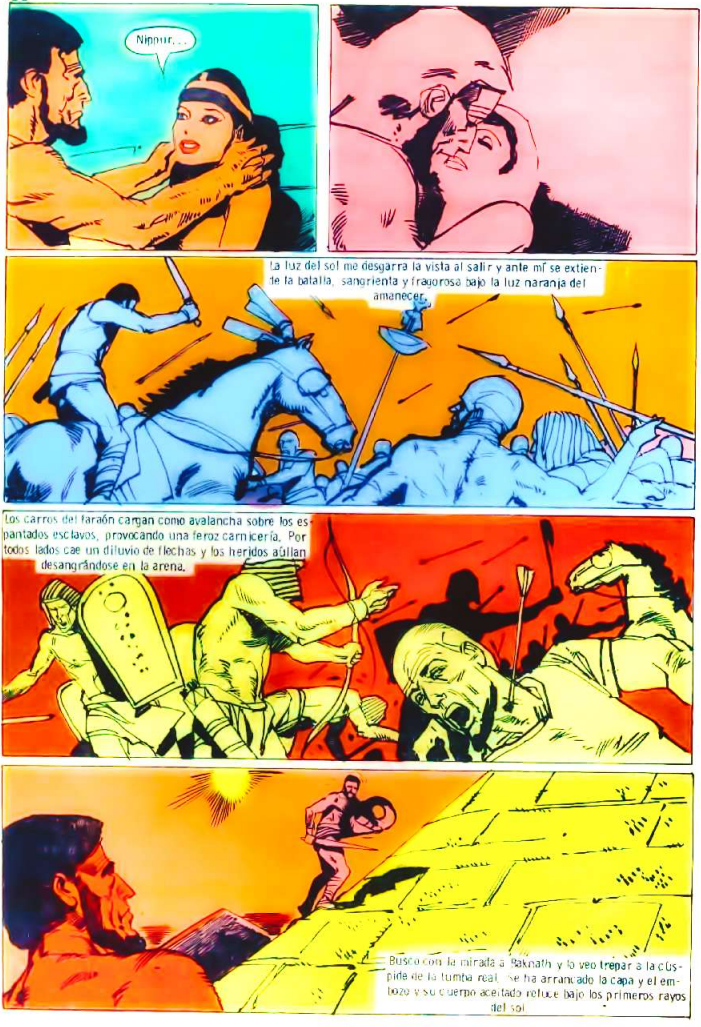
¡Rápido, princesa, mis ligaduras! ¡Suéltalas!

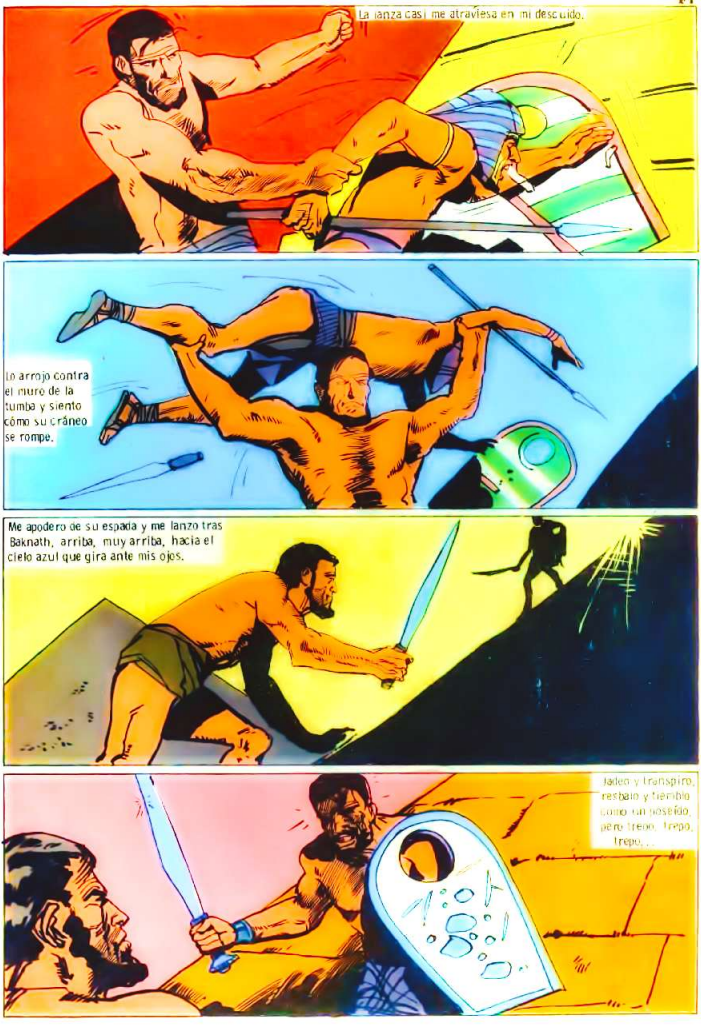
Los dedos blancos y finos trabajan con rapidez, pese a que sus uñas se rompen sobre las gruesas sogas.

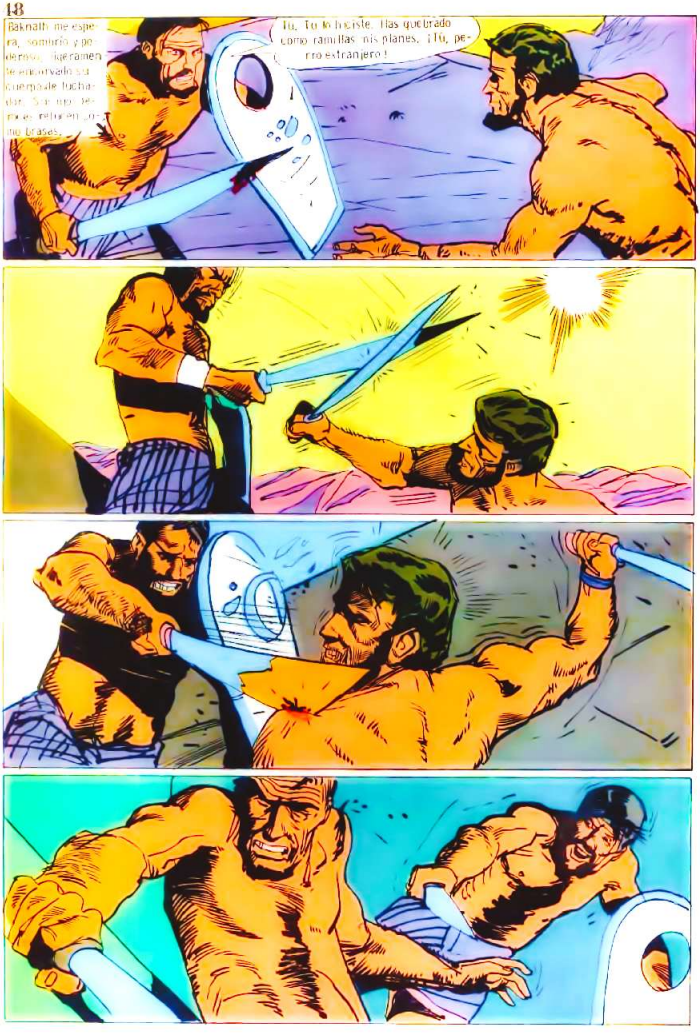
Abro la puerta de un puntapié y ante mí se extiende el largo corredor húmedo y sombrío. No hay nadie. Todos deben haber huido...

¡Nofretamon, debes esperar aquí sin salir ni un momento!

Ninpur, yo...


Ninnur...
La luz del sol me desgarra la vista al salir y ante mí se extiende la batalla, sangrienta y fragorosa bajo la luz naranja del amanecer.
Los carros del faraón cargan como avalancha sobre los espantados esclavos, provocando una feroz carnicería. Por todos lados cae un diluvio de flechas y los heridos aúllan desangrándose en la arena.
Busco con la mirada a Bakhath y lo veo trepar a la cúspide de la tumba real. Se ha arrancado la capa y el embozo y su cuerpo aceitado refluce bajo los primeros rayos del sol.


La lanza casi me atraviesa en mi descuido.
Lo arrojo contra el muro de la tumba y siento cómo su cráneo se rompe.
Me apodero de su espada y me lanzo tras Baknath, arriba, muy arriba, hacia el cielo azul que gira ante mis ojos.
Jadeo y transpiro, resbalo y tiemblo como un poseído, pero trepo. Trepo, trepo...


Baknath me espera, sombrío y poderoso, ligeramente encorvado su cuerpo de luchador. Sus ojos fieros relucen como brasas.
Tú, Tú lo hiciste. Has quebrado como ramillas mis planes. ¡Tú, perro extranjero!

Con un rugido de victoria, Baknath alza su espada que centellea al sol, sus enormes músculos se hinchan y sus tendones semejan fianas.

Implora a tus dioses, hombre de Lagash.

AHHHHHH

HH

H

HH

Pero una salvaje flecha de plumas y garras se abate sobre el rostro de Baknath y veo sus ojos feroces llenarse de sangre y su grito hiela mi sangre en las venas.

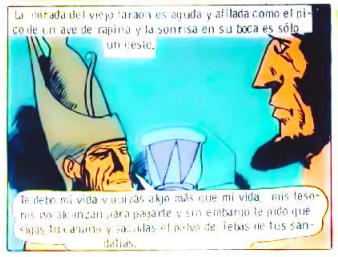
Le hinco mi espada en el vientre y lo siento retorcerse como un jabalí herido, mientras eleva hacia el sol su rostro desgarrado.

El griterío de los soldados victoriosos hace temblar la gran tumba. Extendido en cruz cara al cielo, yace Baknath, y Horus lanza ásperos chillidos y revolotea a mi alrededor.

La mirada del viejo faraón es aguda y afilada como el pico de un ave de rapiña y la sonrisa en su boca es sólo un gesto.

Te debo mi vida y quizás algo más que mi vida, mis tesoros no alcanzan para pagarte y sin embargo te pido que sigas tu camino y sacudas el polvo de Tebas de tus sandalias.

He visto a mi hija Notretarion contemplarte con ojos de mujer, y tú le respondías con ojos ardientes. Tú do te debo, pero mi hija es inalcanzable para ti. Por sus venas corre sangre de dioses y se debe a su país.



Se debe a su país. Estas palabras me arrebataron a Nofretamon. La volví a ver recién en el muelle cuando embarcábamos. Kristalon y Uvertes nos habían traído presentes y oro del faraón. Ur-El había quedado estupefacto ante las arcas y sus contenidos.

¡Somos ricos, Nippur! ¡Mira esto!

Calla, bruto codicioso. ¡Tu amigo no te escucha!

¿Te marchas, Nippur?

Así es, princesa; no debo permanecer más tiempo en tu país.

Sin cuidar el recato cortesano debido, me tomó una mano. Sus ojos estaban sombríos y doloridos.

Eres altivo y orgulloso, Nippur, tanto que destrozas mi corazón. Pero tal vez te amo justamente porque eres orgulloso y altivo, aunque no te vuelva a encontrar en mi sendero nunca más. Te amo, nunca lo olvides; te amo.

Nofretamon, princesa mía.

Véte Nippur, hombre de Tagash, amado mío. Véte. Véte, que yo te podré ver siempre en la bruma del río y te oiré en el resonar de los metales. Véte ya, que no quiero llorar ante ti...

El barco se aleja ágil y ligero y en el muelle la blanca figura de Nofretamon se achica cada vez más y mi pecho gime dolorido. De pronto la blanca silueta tiende un brazo.

El halcón corta el aire como una saeta, reluciente y feroz y se posa en mi hombro. Sus ojos de cuentas de cristal me miran curiosos.

¿Te envía ella, amigo? ¿Eres, quizá, el talismán que Nofretamon me regala?

Atrás queda el Egipto, con sus ibis y sus cocodrilos, sus tumbas y sus reyes y desde un muelle de Tebas, Nofretamon me ha enviado su emisario de amor. El viento gime entre el cordaje y el coro bronco de los remeros canta mi adiós a la princesa de Tebas.

FIN

LAS LANZAS Y LA ARENA

Por ROBIN WOOD

Un barco puede correr sobre las olas como un ave en el espacio o como una flecha que abandona la cuerda. Cortando los aires y las aguas, dando bordadas, rechinando cordajes y maderos.

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Así corría nuestro barco, como un ave o como una flecha, atravesando el Mar sin Peces, rumbo a las tierras que fueron pobladas por los primeros gigantes que alzaron fortalezas y desviaron mares y ríos.

¿Para qué deseas ir a tierras desconocidas, terco de cerebro desviado?

Quiero.

Tenemos bastante oro para vivir regaladamente en las ciudades costeras. ¡Pero tú prefieres ir a las tierras de los helenos y de los cretenses! ¡Esos ladrones!

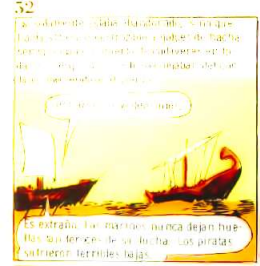
Ur-El lanzó un último reniego y se arrebujó en su manto, desalentado y meditabundo. Tal vez pensaba en las ciudades costeras y en las bailarinas del sur, de los grandes brazaletes amarillos.

Quiero conocer las tierras que domina Egeo, rey de Atenas. Dicen que es hombre sabio y gusta de los extranjeros.

¡Bah!

De pronto uno de nuestros marinos, Kafilas, extendió su brazo moreno y gritó...

¡Barco a la vista! ¡Parece abandonado!


Es extraño. Los marinos nunca dejan huellas tan terribles de su lucha... Los piratas sufrieron terribles bajas.

¡Por la Madre! ¡Dadme agua! ¡Agua!

¿Quién eres, buen hombre y qué te sucedió?

Me llamo... soy soldado de... llevábamos a bordo... gente de... del rey

¡Continua hablando, Piritos!
Princesa... piratas... se la llevaron. Norte... princesa Fedra... prin...

¿Piritos?
Es inútil. Está muerto.

¿Qué piensas, Nippur?
Esos piratas capturaron a una princesa de Creta y se la llevaron en dirección Norte. ¿Comprendes?

¡No! ¡No!
Sí, me comprendes. Iremos tras los piratas y les arrancaremos a la princesa Fedra y con ella nos presentaremos en Creta. De esa manera seremos magníficamente recibidos.

¡Nippur de Lagash! Has tratado de engañarme a mí con tus palabras... Sé muy bien que no resistes la tentación de ir tras ellos!

Sí, Kalim. Es cierto. Vamos tras ellos.

Nuestra tripulación estaba compuesta de marinos curtidos y belicosos, negros feroces del país de las jirafas, con los cabellos adornados con huesecillos de aves, quienes aprobaron entre alaridos nuestros planes.
¡Llevamos a cazar piratas, amo! ¡Ellos tienen oro y piedras de colores! ¡Llevamos!
¡Les arrancaremos su oro y su vida!

La costa rocosa y escarpada, salpicada de árboles y barrancos, corría velozmente ante nuestros ojos, mientras el viento hinchaba las velas y las naves cubrían el agua al ritmo del canto de los remeros.
¿Crees que sabrá dónde van?
Los bajeles de los ladrones del mar corren como pájaros, pero este va muy cargado de botín.

Me reclino en la proa y dejo vagar la mirada por las primeras arenas encrespadas. Desde lo alto llegaban voces de las aves blancas de grandes alas.

¿Dónde estarán?

¡Allí estaban!

Pero...

La bahía era invisible para los ojos de cualquier navegante hasta estar prácticamente dentro de ella. En la orilla se veían tarcos varados, cabañas y centenares de hombres, mujeres y niños.

¡Los piratas!

¡Mira allí, amo!

El barquichuelo emergió como una bestia marina, en la boca de la bahía y en el otro extremo otro, y allá otro y otro...

¡Esto es una trampa para los navegantes y hemos caído en ella!

¡Pues les costará muy caro, amo! No somos comerciantes gordos ni egipcios miedosos.

No, Rafilas. No lucharemos. Debemos tratar de sobrevivir.

¡Pero, amo, mi hacha tiene sed!

¡Métela dentro de un odre de vino, entonces! ¿Cuál es tu idea, Nippur...

Escucha...

Ya estamos encima de ellos. Es un barco pequeño, pero siempre tiene algún valor.

¡Mira, Keleter!

¡Enfilan hacia la costa!

¿Estarán locos?

Con un terrible rascar de arena y madera, nuestro bajel se detuvo casi sobre la playa. Al momento la confusa multitud corrió hacia nosotros, deteniéndose a pocos pasos, en silencio, a contemplarnos.

Me coloqué mi casco de guerra que dejaba libres sólo mis ojos y mi boca; era un casco que impresionaba, con sus largas crines negras y sus labios de bronce.

¡Ven, Ur-El! ¡Ven, Kafilas! Presentemos nuestros respetos a esta carroña!

Salté a la arena y caminé hasta la multitud. Era una masa estúpida y sucia que nos contemplaba con curiosidad.

¡Tú, cara de imbécil!

¿Yo?

¡Sí, tú! ¡Llévanos junto a tu jefe o te muelo el lomo con mi maza!

En la bahía los barcos cazadores se habían detenido en semicírculo arriando velas. Nosotros atravesábamos la orilla detrás de nuestro infeliz guía, que miraba espantado a Kafilas.

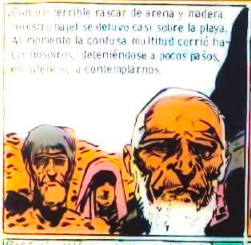
¡Apura, lombriz de tierra! ¿O prefieres que te arranque los huesos de la espalda con mi daga?

Ya nos esperaban. Una masa de hombres armados, de todas las razas, con estigmas grabados en sus rostros. Fugitivos de mil ciudades.

¿Quién es vuestro jefe?

Yo soy. Yo, Skyron amo de tierras y aguas.

Era enorme y fuerte como un buey. Numerosas espadas y muchas uñas de mujer habían labrado su rostro pesado y graso.



Yo soy Nippur de las tierras de entre los ríos y estos son mis hombres. Aquél es mi barco y esta es mi espada. Con ella hago respetar todo lo demás.

Era un desafío y Skyron enrojeció. Advertí que le faltaba un ojo. En su lugar llevaba un rojo rubí dentro de la órbita vacía.

¿Nos provocas, extranjero? ¿No sabes que podemos convertir tu cuerpo en abono de esta playa?

¿Quizás puedes hacerlo, Skyron, pero perderás temas [illegible] ¡Nos crees [illegible]!

El ojo astuto y la roja piedra recorrieron nuestras filas deteniéndose en las afiladas hachas, en las lanzas de tres puntas, en los cuerpos gigantescos y acertados de los negros.

Nos matarán, quizás, tras larga lucha y te podrás apoderar del oro que llevamos. Pero...

¿Pero qué? Continúa, extranjero. ¿Por qué embarrancaste aquí?

Porque te buscaba.

Hemos sido expulsados de nuestras tierras por crímenes contra los templos. ¡Fue una vil y falsa acusación, pero nadie creyó en nuestra inocencia.

Rió con una risa ronca y feliz.

Eso te creo. Todos los que estamos aquí somos inocentes como ovejas. ¡Es falso que robemos, matemos o saqueemos! ¡Todo falso!

Un coro de carcajadas lo celebró...

¿De manera que quieres unirte a mí, Nippur?

Eso es.

Por un momento la situación fue grave. Una multitud es fácil de enardecer. Ur-El salvó la situación.
¡Mira mi cadena, ratón de agua. Es de oro puro. Ven a tomarla con tu cuchillo, ven...
El desafío flotó en el aire como puede flotar la bruma o el polvo de las caballerías. El pirata se sintió contemplado por mil ojos. Alguien le dijo algo y varios rieron.
¡Allá voy, extranjero! ¡Te arrancaré la cadena sin sacártela por arriba!
Se movía como un ágil perro de caza y en su rostro picado de viruelas los dientes sucios relampagueaban. Ur-El le salió al encuentro.
¡Ven a mí, gusano! ¡Ni siquiera usaré arma!
SWOOSH
¡Pirata de pacotilla! ¿Peleas así con tus mujeres?
¡Así se combate, hijo de un conejo!
Rodaron por la arena golpeándose como fieras, entre los alaridos jubilosos de los piratas.

¡Julieta, bravo matador de viejos y mujeres!

¡No te mates, extraño! ¡No te mates! ¡Discutiremos palabras!
¿Matarte? ¿Y qué ganaría con tu muerte?

Un brillo cruel cruzó un momento por los ojos de mi amigo mientras sopesaba en la mano el ancho y curvo espadón del vencido.
No. No ganaría nada pero tampoco perdería mucho.

La pesada hoja trazó un rodillo en el aire como un jilguero de acero... un jilguero de muerte que atrajo el silbido de la piratla.
¡Calla!

Un gran silencio invadió la playa. Apenas se oía el batir del mar y el chillido de los pájaros. Skyron se alzó del muerto y lo trató con el pie. Sonrió como sólo sonríen los lobos. Los labios, los nombres que son lobos...
Buen golpe. Excelente. Ni yo lo hubiera hecho mejor.

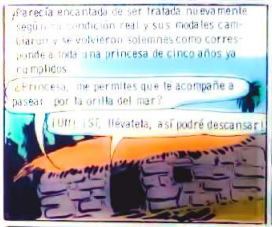
Su ojo amarillento me contempló sin expresar nada, luego alzó los brazos gritando:
¡Tendremos fiesta esta noche! ¡Comeremos y beberemos con nuestros nuevos amigos! ¡Tendremos vinos, carnes y fuego para todos!

La aldea de los piratas se convirtió en un infierno esa noche. Docenas de hombres, el vino corría en ríos mientras reses enteras giraban en los asadores de madera.

Skyron demostró ser un cumplido anfitrión y un cerdo repugnante. Comía entre gruñidos y jadeos sin interrumpir su conversación.
Me alegra tu venida, Skyron, pues necesito hacerme implacables aliados. Elegiré hija de Isolda...
¿Para qué dices eso...

Teseo, príncipe de Eleusis, avanza por mis tierras con muchos hombres. Me busca a mí y a mis hombres.
Teseo, de Eleusis...
Mientras la orgía gritaba y bebía, entre la grasa y las hogueras, conseguí apartarme con Ur-El.
Dile a Kafilas que envíe a uno de sus hombres fuera del campamento en dirección de los bosques. Que busque al príncipe Teseo y le dé este mensaje.
Transmití mi mensaje al príncipe y volví luego al centro de la hecatombe, donde Skyron atrajo de carne, cañada en vino, ebrio, con el rostro congestionado y caído contra la mesa.
¡El príncipe Teseo... ¡Si el enviado de Kafilas cumple bien no tendrás muchas más orgías, Skyron!!
La mujer surgió de pronto, frente a mí. Alta y hermosa, de ojos fríos y largos cabellos trenzados. Pese a ser mujer llevaba espada y brazaletes de cobre. Vestía como un guerrero y así me miraba.
¿Cuánto hay de cierto en tus palabras de la playa, extranjero? Mi instinto me dice que nos traerás desgracias...
No hagas caso de tu presentimiento, mujer. Ni mi amigo ni yo queremos dañarte.
La mujer se enfrentó con la mirada de Ur-El y por un momento sólo estuvieron ante la hoguera el gigante y la doncella de brazaletes y espada. Ella fue la primera en hablar.
Tú luchaste hoy en la playa. Luchaste bien, pero, ¿fue necesario que lo mataras?
Un guerrero no empuña su espada y la vuelve a envainar seca.
¿Cómo es tu nombre? ¿Qué haces aquí?
Mi nombre es Thamar. Soy hija de Skyron y lucho junto a mi padre como el mejor de sus guerreros.
Me aparté de ellos y fui hasta la orilla del mar mientras en mis oídos se apagaban los gritos de los beodos y el crepitar de las hogueras...

Al día siguiente recorrí con lentitud el campamento fingiendo curiosidad y tratando de descubrir el paradero de la princesa cretense.
¿Amo, no estará en el recinto de Skyron?
Es muy posible, Senumer. Ven conmigo, vamos a descubrirlo...
La residencia de Skyron era una enorme choza de piedra, rodeada por un foso erizado de estacas aguzadas. Skyron tenía aspecto cansado y ojeroso.
¡Maldito sea el vino y la carne! ¡Son la maldición de los hombres! ¡Y también las mujeres!
¡Cállate, gordo holgazán y bébete esto!
¡Puahh! ¡Llévatelo, vieja bruja y báñate con él!
¡Mira esto! ¡Tisanas y compresas! ¡Después de una batalla me siento como un buey y luego de una fiesta como un pez muerto! ¡Puahhhh!
¡Padre! ¡Padre! ¡La princesa está llorando y no quiere comer!
¿Quién es la princesa?
¡Es una cretense que capturé el mismo día que tú llegaste y me trae más problemas que todas mis mujeres juntas!
En ese momento oí un rumor detrás mío y giré sobre mis talones. Por un momento quedé sin habla. Estaba ante Fedra, princesa de Creta.
¡Tú, gordo feo y sucio! ¡Quiero irme a mi casa! ¡No me gustan esos estúpidos hijos tuyos!
¡Oh, cállate! Me duele la cabeza!



¿Parecía encantado de ser tratado nuevamente según su condición real y sus medales cambiaron y se volvieron solemnes como correspondía a toda una princesa de cinco años ya cumplidos.

La princesa real de Creta no pudo resistir la tentación de sacarle la lengua. Me la llevé rápidamente.

En la arena divisé una pareja. Ella tenía sus largos cabellos desatados y alborotados por la salitra brisa del mar.

La muchacha sonrió y todo pareció iluminarse alrededor de ella. Era hermosa como el sol y en sus ojos había fuerza y valentía. Me tomó una mano.

Gracias, Nipper, por tus palabras. Eres un hombre de buen corazón. Te quiero tanto como sé que él te quiere.

Me aparté con la primera sombra. Si no mienten, y siento en mi carne que así es, la otra era algo mucho más peligroso que los bosques que rodean el palacio de Teseo.

¡Amo, amo! ¡Ven rápido!

Había regresado, no tenía duda.

No tuve dudas. Apenas lo vi supe que era él. Delgado y pequeño, pero fuerte como una lanza y hermoso como un dios. Se acercó con gran juventud y colocó sus manos sobre mis hombros.

¡Nipper de Lajasho! Es un orgullo para mí conocerte. He oído hablar mucho de ti.

Me halagas, Teseo.

Me escurrí con las sombras de la noche, acompañado de Kafilas y del guía. Nos hundimos en la viviente oscuridad del bosque, con los ojos atentos y las hachas listas.

Corrimos así más de una hora. De pronto...

¡Detente allí! ¿Quién vive?

¡Soy yo! El príncipe me espera.

Era inteligente y su cerebro relampagueaba y fortalecía como el rayo. Sus planes estaban ya hechos y así me enteré que el campamento de Skyron estaba ya cercado.

Mis carros de guerra se ubicarán entre la playa y el mar, para que los bandidos no puedan fugar. Tú, Nipper, encárgate de proteger a la princesa de Creta y yo haré lo demás.

Yo también haré algo. He visto marinos masacrados.

Otra cosa. Skyron es mío. Me debe la vida de varios de mis mejores amigos.

Cuenta con él.

Me despedí del príncipe heleno y volví al campamento con las luces de la mañana. Encontré a Ur-El ya levantado.

¿Adónde vas?

Debo encontrar a Thamar. Voy a comprarla a su padre para poder casarme con ella.

Ur-El, amigo mío. Es mejor que esperes. Teseo atacará hoy.

¿Teseo?

Se quedó congelado. En la ebriedad maravillosa de su amor había olvidado completamente nuestra situación y ahora se enfrentaba a la cruda realidad.

¿Cuando ataque Teseo, nosotros lucharemos contra Skyron y nos apoderaremos de Hedra.

Thamar.

El sol estaba alto en el cielo cuando los gritos de guerra de los hombres de Teseo llenaron el aire. Era hora de luchar. Los otros

¿Qué es eso? Parecería...

Brotaron del bosque como un torrente, con sus grandes escudos relucientes y sus altas cascos de rojos penachos, con la inconfundible silueta al frente, casi cincuenta metros delante de sus hombres.
¡Adelante! ¡Sin piedad!

El choque fue terrible cuando el heleno se arrojó sobre entre la multitud como un Dios de la guerra, segando con su espada vidas y gritos.
¡Paso, miserable! ¡Paso a Teseo de Troizen y Eleusis!

Corrí con mis hombres hasta el recinto de Skyron. Sus guardias no tuvieron ni siquiera tiempo de entrestrar sus lanzas...

Skyron no estaba y agradecí a los dioses por ello. Ur-El, pálido como un muerto, revisó la casa.
Thamar tampoco estaba.
¡Rápido! ¡Tres de vosotros quedaréis aquí para cuidar a la princesa! ¡Los demás conmigo!
¿Nippur, qué ocurre?

Todo era caos. Todo era gritar y morir en la arena, entre la sangre y los escudos de los helenos que avanzaban como una oleada de bronce y lanzas.

Entonces vi a Thamar, con los cabellos de oro escapando bajo el arco de bronce del casco. Luchaba, efectivamente, como un guerrero. Como el mejor de ellos.

Más allá, Skyron trataba de organizar su horda, pero todo era inútil. El ataque feroz y decidido de los helenos, todo rabia y furia, hacía huir espantados a los bandidos en dirección al mar donde esperaban los carros de guerra. ¡Malditas cobardes! ¡Tomad vuestras armas! ¡A pelear!

Surgió de pronto ante él y se enfrentaron. El pirata feo y pesado como un buey y el helénico bello y feroz como un leopardo.
¡Pirata! ¡He venido a buscarte a ti!
¡Ven por mí, mocosuelo!
Saltó sobre él y por un momento vi brillar un cuchillo entre sus manos. Luego el brillo desapareció en el corpachón de Skyron.
¡Ahhh!
¡Thamar! ¡Por los dioses! ¡Thamar!

¡Thamar!

¡Thamar!
¡Thamar! ¡No!

¡Thamar!

¡Thamar...

Los piratas han sido exterminados, Nippur. Mis hombres cazan a los últimos fugitivos en el bosque. ¿Qué harás tú ahora?
Llevaré a la princesa Fedra a Creta. Ya nada me queda por hacer aquí, Teseo.

Partimos con las luces de una madrugada fresca y colorida, mientras el mar azul, lleno de pequeños dioses del agua, rumoreaba alrededor nuestro.
¿Vamos a casa, Nippur?
Sí, princesa. Vamos a casa.

Teseo contemplaba sin hablar la costa que se alejaba. Le oprimió el hombro con fuerza y pudo sentir que lloraba silenciosamente como sólo puede llorar un guerrero que lo hace por primera vez...

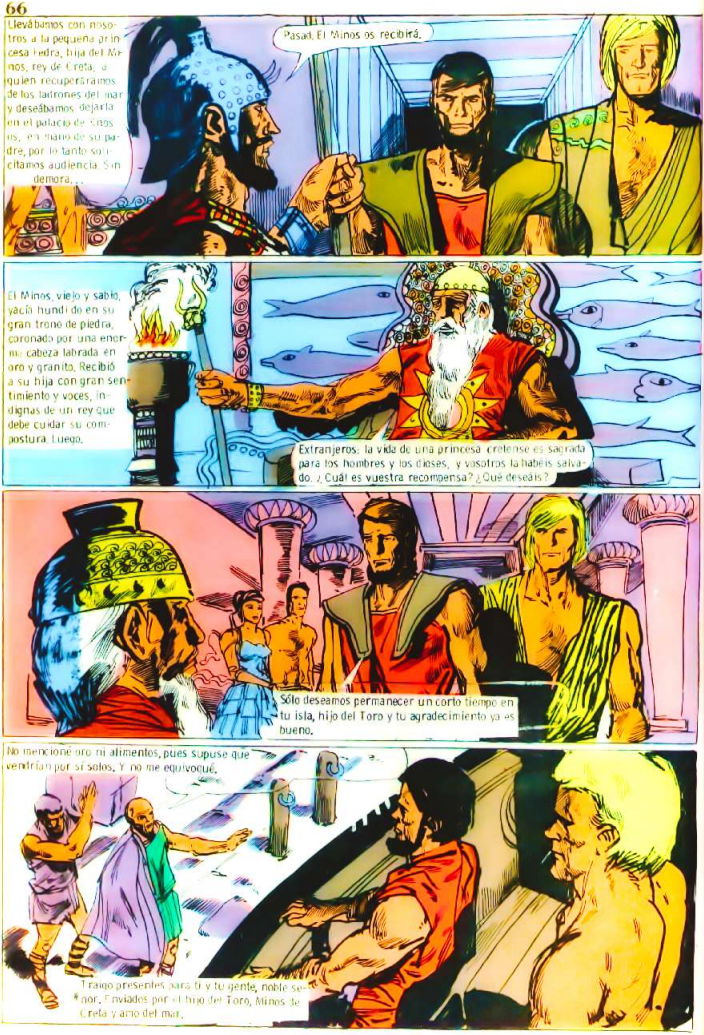
Un barco puede correr sobre las olas como un ave o como una flecha que abandona la cuerda.
FIN

MINOTAURO

POR ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

El viejo sol del mar era rojo como la sangre en el atardecer [illegible] de las islas del [illegible] con sus rocas [illegible] que las [illegible] decían los [illegible] viaje.


Llevábamos con nosotros a la pequeña princesa Fedra, hija del Minos, rey de Creta, a quien recuperaríamos de los ladrones del mar y desearíamos dejarla en el palacio de Cnosos, en manos de su padre, por lo tanto solicitamos audiencia. Sin demora...
Pasad. El Minos os recibirá.
El Minos, viejo y sabio, yacía hundido en su gran trono de piedra, coronado por una enorme cabeza labrada en oro y granito. Recibió a su hija con gran sentimiento y voces, indignas de un rey que debe cuidar su compostura. Luego,
Extranjeros, la vida de una princesa cretense es sagrada para los hombres y los dioses, y vosotros la habéis salvado. ¿Cuál es vuestra recompensa? ¿Qué deseáis?
Sólo deseamos permanecer un corto tiempo en tu isla, hijo del Toro y tu agradecimiento ya es bueno.
No mencioné oro ni alimentos, pues supuse que vendrían por sí solos. Y no me equivoqué.
Traigo presentes para ti y tu gente, noble Señor. Enviados por el hijo del Toro, Minos de Creta y amo del mar.

Contando con el favor real, no nos resultó difícil visitar la isla, desde el puerto hasta los montes boscosos. Nuestro guía fue un sacerdote, devoto y ladrón llamado Firiatos.

Firiatos, ¿qué es aquello?

Eso es el Laberinto, noble señor. El templo de los mil corredores del que sólo el Minotauro, el sumo sacerdote, conoce la salida.

Aquí, en las profundidades de la tierra, vive el dios de Creta, hijo de Poseidón. Todos los meses recibe su sacrificio.

¿Qué sacrificio?

Siete jóvenes y siete doncellas, entregados por las ciudades helenas como tributo. Casualmente, mañana llegarán los enviados por Egeo, rey de Atenas.

Estuvimos a la mañana siguiente en el puerto, entre la multitud que aguardaba la llegada del barco que traería las víctimas para el sacrificio. La gente se mostraba excitada y sus risas y chillidos me repugnaron, pues los que iban a llegar, cabalgaban ya en corceles de muerte.

¡Allí llega la nave de Kerimes!

Eran catorce jóvenes y fueron rodeados por la multitud entre risas y comentarios como si fueran ganado. Ur-El, sombrío, hizo sonar sus dedos mientras gruñía en voz alta:

¿Esa es la manera de respetar a la ofrenda para el Dios de Creta?

No te enojes, magnífico señor. El pueblo tiene derecho a ver lo que se entregará como presente.

Vi a un corpulento cretense de negra barba adelantarse hacia los helenos entre las risas de sus amigos, y dirigirse hacia una de las muchachas helenas.

Veamos lo que recibirá el dios. ¡Parece una gallina flaca!

La tocó y la muchacha gritó, asustada. Entonces uno de los helenos se movió como un rayo y todos pudimos sentir el estampido del golpe y el seco estallido de la mandíbula al romperse.

¡Apártate de la presa del dios, perro cretense!

Se irguió frente a la multitud atónita, y la fría mirada de sus ojos azules los desafió a todos. Las largas bocanadas de viento agitaban sus largos cabellos rubios y su rostro era hermoso y feroz.

¡Somos las víctimas de Poseidón, no la diversión de los cerdos, piara de Creta!

Los soldados pusieron orden a puntapiés y lanzazos. Yo contemplaba, estupefacto al joven heleno, erguido y orgulloso. No hacía un mes aún que ese joven había luchado, hombro con hombro, conmigo, contra los ladrones de Skiron.

(¡Teseo! ¡Teseo de Eleusis! ¿Qué haces aquí?)

Esa noche trepé las paredes del templo y logré llegar al patio interno. Por un pequeño ventanuco llamé la atención de uno de los helenos allí encerrados.

¿Quién eres tú? ¿Qué deseas de nosotros?

Llama al príncipe Teseo. Soy su amigo.

¡Negarte a bailar, Teseo! ¡Qué ofensa y sor-
presa!
¿Temes...
...que sea un toro mortal? Eres valiente
en la batalla...

Su rostro se oscureció y pude reconocer a Tu-
chanio, espada y escudo en mano, en la are-
na rey jefe por...
...as rondas de los carros de
batalla.
El príncipe es el pastor del pueblo. Por eso
pedí a mi padre permiso para acompañar a
las víctimas y tratar de salvarlas.
¿Salvarlas? ¿Son presas del dios?

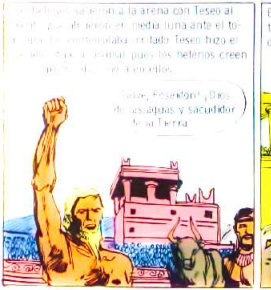
No creerás en esas cosas, ¿verdad?
Todo el mundo sabe que el toro
de...
...ta que puede morir cuando a los
reyes...
...les da la gana.

No puedo hablar con
ellos porque
prohíben hacerlo
fuera de las guardias
del templo, y debo
llegar nuevamente
a las murallas. Desde
allí contemplo un
momento la negra
estatua del dios,
brillando bajo la luz
de la luna.
¡Tal vez Teseo tenga razón y el dios
de Creta sea un falso dios. No pue-
do abandonar a quien fue mi her-
mano en la batalla.!

Debate un rato más con el viejo
sa... con gran deleite de Minos. Sólo Ur-El sabía
la verdad y no aprobaba.
Teseo salvó nuestras vidas y luchó junto a nos-
otros. Debemos esperar.

Ese mismo día vimos la danza del Toro. Fíria-
tos nos llevó hasta un estadio abarrotado de
una multitud numerosa que cruzaba apues-
tas e insultos mientras comían y bebían.
Ven, noble señor. El rey me ordenó que te con-
dujera hasta su palco junto con tu valeroso
amigo.
Fíriatos, hijo de una laucha, si me sigues
llamando noble señor, te retorceré el pes-
cuezo.

Entonces vi al toro en el ruedo, enor-
me y negro, con las fauces espumantes, rascando la arena con sus pezuñas. Ariadna, la otra hija del rey, me explicó la ceremonia.
Los helenos deben danzar ante el to-
ro para saber si la ofrenda es buena. Los que sobreviven, son elevados al
...dios.
Gran honor, ¿verdad?


...Teseo se arrodilla en la arena con Teseo al
...do. ¿...de pie en media luna ante el to-
...ro. Ariadna contemplaba, cuando Teseo hizo el
...mismo. Supe de inmediato que los helenos creen
...que el toro es uno de sus dioses.
¡Salve, Poseidón! ¡Dios
de las aguas y sacudidor
de la Tierra!

El toro atacó, y los cretenses rugieron de en-
tusiasmo cuando Teseo lo esquivó, ágil y fau-
do, como un ciervo del Helesponto.

Una y otra vez arremetió la bes-
tia hasta con...
...el suelo.

El grito de Teseo llegó tarde, y el cuerpo de Thinónides colgó de los cuernos como cuelgan las velas de un barco al cesar el viento.

¡El toro se zafó y buscó otra víctima. Teseo, entonces, comenzó a caminar hacia el animal. Este bramó de rabia.

Tembló la tierra cuando cargó con los cuernos ensangrentados y rasuró el suelo. Pero Teseo no se inmutó ni un palmo.

Al llegar el toro, saltó entre los cuernos y sus manos se apoyaron sobre el lomo negro y cerdoso.

Por un momento creí que el estadio se hundiría bajo las ovaciones y vítoreos de los cretenses. El toro, cansado, enfiló con la cabeza gacha hacia el túnel por donde había salido, mientras Teseo recogía el cadáver de su compañero.

¡Dime, Nippur, si hay hombre más hermoso y más valiente que el heleno!

Y en los ojos de Ariadna un brillo que ya había visto en los de otra mujer. Tiempo atrás, a las orillas del Nilo. El brillo que destroza la razón y las barreras de los hombres.

Ur-El, creo que la princesa Ariadna se ha enamorado de Teseo.

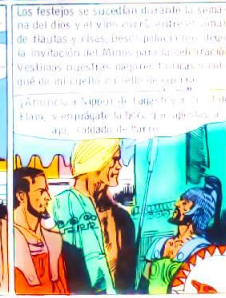
¿Es eso bueno o malo?

Aún no lo sé, pero debemos mantenernos alertas.

Según Firiatos, deberán ser llevados al dios durante la luna llena del próximo mes.

Los festejos se sucedían durante la semana del dios y el vino corría entre cantar de hazañas y risas. Desde palacio llegó la invitación del Minos para la celebración. Vestimos nuestras mejores túnicas sin qué de mi capelo ni el cetro de oro.

¡Amigos, a Nippur de Tagi le gusta el buen vino, y empápate la boca con aquello, amigo soldado de Tarros!



La fiesta estaba en su apogeo y casi todos los comenzales habían bebido en exceso. Sólo un hombre se veía sobrio y apartado. Inquirí a Ariadna.
¿Quién es ese hombre?
Es el Minotauro, el sacerdote supremo.
Un frío puñal pareció correr por mi espalda, mientras contemplaba aquel rostro enjuto, de labios finos y cuerpo magro. Un algo siniestro, un vaho de mal brotaba de aquel hombre, y hasta su nombre producía malestar: Minotauro.
De pronto se puso de pie. Estupefacto, lo vi colocarse una máscara de oro representando una cabeza de toro con largos cuernos. Su estatura era impresionante y las luces le daban un aspecto repulsivo y terrorífico. Un silencio opresivo descendió sobre nosotros.
¡Trae a los helenos, Tekapis!
Tekapis, un enorme bruto que hacía pensar en un toro con aspecto humano, trajo a Teseo y los suyos ante Minotauro, que los contempló detrás de su máscara brillante a la luz de las antorchas.
Sois la ofrenda al dios y tenéis derecho a compartir el festín. Beberéis y comeréis con nosotros, pues vais junto a él. Sentaos con los invitados.
Así lo hicieron todos menos uno. Teseo quedó solo en el centro del salón, erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho.
Soy hijo de reyes y no me sentaré como invitado de un sacerdote. Sólo puedo ser agasajado por un rey, pues tal es mi condición.
El silencio fue tan completo que pude oír el chirriar de la grasa ardiendo en los candelabros. El Minotauro pareció a punto de dar una orden, pero el Minos se le adelantó.
Teseo, hijo de Egeo de Atenas, honra mi mesa compartiendo mi pan y bebiendo mi vino. El dios sea contigo.
Se sentó junto a nosotros y pude ver que la máscara de oro del Minotauro se volvía hacia él, y un negro presentimiento corrió por mis venas.
Has enfurecido al Minotauro, amigo mío.
Soy un condenado a muerte. ¿Con qué me puede amenazar ese viejo de venas secas?
En ese momento Ariadna llegó junto a nosotros. Se veía joven y hermosa, azorada al ofrecer a Teseo la jofaina para limpiarse los dedos, como es la costumbre en los cretenses.
Teseo de Atenas, permíteme que cumpla mi deber con el huésped de mi padre.
Ven, Nippur. Estamos demás aquí. Conozco esa expresión de tonto en el rostro de Teseo y me hace sentir viejo y malhumorado.
Era noche cerrada cuando volvimos a nuestro alojamiento y en el cielo una gran luna amarilla corría entre las nubes.
La hija del Minos se ha enamorado de Teseo.
Sí. Esperemos que nos sirva de ayuda cuando llegue el momento de actuar.

Encendimos una antorcha y ante nosotros se extendió una visión increíble. Más de cincuenta túneles se abrían en la roca, cada uno coronado por un cráneo humano.

Es el Laberinto. Todo el que entra se pierde sin remedio, pues sólo el Minotauro conoce el camino. Por lo que sé, más adelante los túneles se entrecruzan y sólo uno llega hasta el dios.

Lentamente se aproximaba el día del sacrificio, inevitable, como un gran toro al que no se podía esquivar ni detener. Una noche me deslicé dentro del Laberinto para conocerlo y acompañado por Ur-El.

No lo vimos llegar. Debió ver la luz desde afuera, y curioso penetró hasta la boca del Laberinto, donde nos sorprendió.

Quiso gritar, pero le hundí un puño en la boca y sentí sus dientes morder con furia. Pero Ur-El se abalanzó sobre él, y vi relampaguear su cuchillo.

Todo quedó sumido en la oscuridad al apagarse la antorcha. El guardia se retorcía furiosamente entre mis rodillas. De pronto, sentí un ruido semejante al del cuero desgarrado, y su cuerpo saltó violentamente. Luego se aflojó y los dientes quedaron inertes.

Nos internamos por unos gigantescos escalones tallados en la roca viva, mientras un sofocante olor a incienso y humedad invadía, envolviéndonos. También sentí un extraño olor dulzón y repugnante que reconocí con un estremecimiento.

Los dioses lo habían sentenciado al permitirle ver la luz, y el hilo de su vida estaba ya cortado.

Arrojamos el cuerpo al mar. Todos creerían que había sido una riña vulgar entre la soldadesca y nadie se preocuparía mayormente.

¿Qué...?
¿Qué hombre que salió de nuestro encuentro en el palacio de Minotauros, es...
...estás tan...
...estás tan...
...estás tan

Sí, y ya falta poco. Escóndete detrás de aquel pilar. Yo me encargaré de ver qué pasa.
Dile que salí fuera.

Nuevamente estallé los cuernos salvajes y me hallé junto al ventanuco.
¿Eres tú, Nippur?
Sí, soy yo.

Escúchame bien, Siques, dispuesto a ayudarme?
¡No insultes. Con esa pregunta, bereno.

Muy bien. Escúchame entonces. Entrega esta espada a Ariadna. Ella acompañará al Minotauro hasta la entrada del laberinto. Después se sacará disfraz y volverá ilegalmente a palacio. No te entretengas. Así penetrarás armado.

Si ella yo tendremos que entrar de todos modos, pues el Minotauro está rodeado de la guardia del templo y no serán treinta guerreros. Pero... ¿cómo haremos para hallar el camino de regreso?

Ariadna me entregará un ovillo de hilo y lo iré desenredando a medida que penetre. Por intermedio de él llegarás hasta nosotros y así podremos salir.

Vete ahora, Nippur, que ya el sol está cercano a salir, pero antes toma mi mano.
Los dioses nos sean propicios, hijo de Egeo.

La Luna llena parece un escudo de plata en el cielo, pero negras nubes pesadas y bajas llegaban del Norte, el boreas de las leyendas, viejo como el recuerdo de los dioses.
Viene una gran tormenta desde el mar, una tormenta terrible.

Cuando la comitiva del sacrificio comenzó su siniestra marcha, la lluvia comenzó a caer en cataratas. Los rayos chisporroteaban por el cielo como antorchas enloquecidas, y los truenos hacían temblar la tierra.

El mar lanzaba olas inmensas contra los escollos, y el viento huracanado destrozaba los árboles de la costa. Escondido entre las rocas vi pasar la procesión entre el entrechocar de lanzas y escudos. Un relámpago hizo centellear la máscara de oro del Minotauro.

A mi alrededor, mis hombres, empapados, envueltos en sus negros mantos, aguardaban mis órdenes y Ur-Ei, con el rostro cubierto por la visera de su casco de guerra, se apoyaba en su hacha de dos cabezas, sin cuidarse del agua que chorreaba por sus ropas.

Avanzamos hasta la boca del laberinto. Allí vi una figura blanca temblando bajo la luz vista como una espada azotada por el viento.
¡Ariadna!
¡Nippur! ¡Tengo miedo!
¡Mucho miedo!

¿Dónde está el hilo para guiarnos?

Aquí lo tengo, en la mano.

A mi alrededor se desenvainaron las espadas y cayeron al suelo las capas empapadas. Las antorchas iluminaban con dificultad y las sombras corrían locamente por las paredes húmedas. El hilo delgado y resistente se perdía en la negrura de los túneles a medida que avanzábamos.

¡Adelante! ¡Todos detrás de mí!

El tufo a humedad era esfixiante. Las paredes estaban viscosas y cubiertas de moho. El eco de nuestros pasos retumbaban en resonancias que no parecían tener fin.

A trechos el túnel se angostaba o bien se ensanchaba como la bóveda de un templo. Se retorcía, cruzándose con otros túneles, y por todas partes aparecían más, adelante, atrás, a los costados...

¡Si el hilo llega a cortarse, jamás saldremos de este maldito, lugar!

Un ronco bramido pareció brotar de las entrañas de la tierra y gran cantidad de piedras rodaron por las paredes del túnel, espantando a mis hombres.

¡Amo! ¡Amo! ¡El dios se ha enfurecido con nosotros y quiere destruirnos! ¡Volvamos!

¡Si volvamos o moriremos todos!

Creí por un momento que echarían a correr en busca de la salida y quizá lo hubieran hecho de no intervenir Ur-El.

¡Déjalos irse, Nippur! ¡De nada sirve la compañía de una docena de cobardes!

Un silencio de muerte cayó sobre el grupo. Se miraron unos a otros con expresión avergonzada. Entonces habló Kafilas.

Perdona nuestro temor, amo, y permite que te sigamos. Sabes que luchamos como leones bajo tu guía.

¿No tienes ya miedo?

Aún lo tengo, pero no pensaré en ello.

¡Entonces venid detrás de mí!

El hedor a cadáveres era cada vez más penetrante y los temblores de tierra se sucedían ensordeciéndonos. Aquel pasadizo de locura parecía no tener fin. De pronto divisé una vaga luminosidad que diluía la penetrante oscuridad.

Creo que estamos llegando.

Sí, debe ser el reflejo de las antorchas.

Con lentitud nos encaminamos en esa dirección. Efectivamente, el túnel desembocaba en una enorme caverna abierta a medias de agua de mar. Encajadas en las paredes, docenas de antorchas crepitaban iluminando apenas el recinto. Sentí la mano de Ur. El que me oprimía el brazo.

¡Mira, Nippur! ¡El dios de Creta!

En el centro de la caverna había un enorme foso. Dentro de él pude divisar una masa informe y aparatosa que levantaba hacia los bordes infinidad de tentáculos repugnantes.

Muy cerca, los helenos se alineaban, cubiertos por sus largos mantos blancos ahora sucios de barro y mojados por la lluvia. Vi al Minotauro adelantarse con los brazos en alto.

¡Poseidón, devorador de la tierra y de los hombres! Recibe este sacrificio.

En ese momento un grito horrible hizo estremecer la caverna. Teseo había arrebatado su capa, y empuñando su espada que llevaba oculta, de un certero golpe había tendido a sus pies al guardia más cercano.

¡Ven tú a ofrendarme si eres cobarde, viejo cuervo!

Las guardias del templo se abrieron en arco alrededor de Teseo, acorralándolo contra el foso donde se retorcía y chapaleaba el dios. Pude ver cómo su mirada se alzaba hasta la boca del túnel, buscándonos, entonces grité:

¡Estamos ya contigo, Teseo! ¡Fuera las espadas, guardias de pusanos!

El Minotauro gritó algo con voz semiahogada por la máscara de oro. Las guardias se volvieron hacia nosotros. Sus cascos les cubrían los ojos y veía el brillo de sus pupilas a través de las ranuras de bronce.

¡Apártate de mi camino, extranjero! ¡Debo cumplir las órdenes del Minotauro!
¡Apártate tú! ¡Hazlo por tu vida!

Con pesadez de paquidermo, Iekapis avanzó sobre Teseu, con sus ojos torunos clavados en mi amigo.

¡No busques presa inquieta, rey del Minotauro! ¡Aquí tienes a Ur-El, que quiebra hachas con las manos!

Fue como una rama seca al quebrarse. El cogote de toro de Tekapis quedó grotescamente torcido entre las manos poderosas de Tiriel.

Ya las órdenes del Minotauro le importan menos que el soplo del viento, Tekapis.

Me abrí paso a golpes de hacha hasta llegar junto a Teseo, y lo cubrí con mi escudo. En ese momento [illegible] más fuerte, sacudió la caverna.

¡Teseo, debemos salir pronto! ¡Todos está sacudiendo la tierra!

¡Debo hacer algo más!

Cruzó como un leopardo entre los combatientes, en dirección a la alta silueta del Minotauro. Un guerrero le cerró el paso.

¡Por mi padre Poseidón! ¡Que él se apiade de ti!

Se encontró frente a frente con el sumo sacerdote, espectral y extraño, mitad humano y mitad pesadilla. En una de sus manos centelleaba el puñal de los sacrificios.

¡No te atrevas a tocarme, Teseo de Atenas! ¡Soy sagrado a los ojos de los hombres!

Evitó el golpe con facilidad de guerrero experto y sujetó los largos cuernos de la máscara de la misma manera como los matarifes de la Hélade sujetaban los de sus toros para derribarlos.

Luego, una torción violentísima, el estallido de huesos que se quebraban y el grito ahogado dentro de la máscara de oro. El cuerpo del Minotauro cayó, fláccido, sobre el piso húmedo y pedregoso de la caverna.

Los guardias miraron espantados la escena. Al mismo tiempo un trueno fragoroso pareció brotar de las entrañas de la tierra y enormes trozos de roca cayeron de la bóveda.

¡Poseidón ha despertado! ¡Quiere destruirnos!

¡Huyamos!

Escaparon por los túneles sin imaginar que ja-
más [illegible] de ellos. Y como las paredes del
foso se rajaban, [illegible] grandes rocas caían
sobre el [illegible] que se revolvía locamente.

¡Rápido! ¡Debemos huir mientras haya tiempo!

Seguimos el ovillo nuevamente, hasta sa-
lir al aire libre. Ariadna se arrojó en bra-
zos de Teseo, llorando emocionada. Detrás
nuestro, el túnel del laberinto se hundía
en medio de infernales estruendos.

No llores. Todo ha resultado bien. Ven, de-
bemos buscar un barco para huir.

Yo no podía apartar los ojos del cielo,
donde los relámpagos eran una red
de llamas blancas y azules. Los true-
nos retumbaban y el suelo temblaba
como una víbora moribunda. Oí a
Ur-El murmurar por lo bajo.

Poseidón se ha abalanzado sobre Cre-
ta y la embiste con sus cuernos y pe-
zuñas.

Sí, es la danza del Toro y es la
isla de Minos quien está en el
ruedo.

Cruzamos Knosos, entre chozas y palacios a los
cuales el terremoto igualaba en escombros. Cru-
zamos entre llamas y gritos desgarradores. Po-
seidón seguía embistiendo.

¡Allí está el barco!

En la mar abierta, las olas eran feroces
y violentas. Los titanes del mar lanzaban
montañas de agua contra nuestra nave,
pero ésta navegaba ágil, alejándose del
horror y las aguas revueltas.

Por la mañana, el carro del sol se ci-
ñó sobre la cintura del cielo como
una hebilla de oro y el mar fue diaman-
te de quietud.

Has sido generoso y arriesgado conmi-
go, Nippur. En mi palacio de Atenas
siempre habrá para ti un fuego y un
odre de vino. Y para ti también Ur-El.

Di mejor un barril, heleno mez-
quino.

Reímos y luego miramos en dirección a Cre-
ta. Era apenas una mancha, y sobre ella flo-
taba una negra nube que nos pareció tenía
forma de toro.

LUIS OLIVERA-69

FIN

EL MIRLO VOLO PRIMERO

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE L. OLIVERA

En la proa de mi barco, se oía el canto de Kafilas, un canto lento y grave que hablaba de su país antiguo de jirafas y florestas. Cuando callaba, alguno de los remeros tomaba el verso como una lanza en el aire y continuaba el sonsonete sombrío y nostálgico.

Ur-El extendía su gran cuerpo de luchador al dedo amarillo del sol haciéndome recordar a los perezosos leones de mi país de Elam.

Al flanco de nuestro barco corría la orilla escarpada y gris de la tierra de los helenos, agreste y vital, con viejos altares abandonados que en la época de los titanes se alzaron a los dioses.

Si no hubiera estado fastidiado por el monótono canto de los remeros, qui zá no los hubiera visto.

Era un hombre de gallardo porte vistiendo arreos de batalla que erguido en la arena color de miel contemplaba a un nutrido grupo de guerreros que avanzaba sobre él.

Soy hombre que rige su vida con la espada y no intervengo en una pelea leal, pero cuando muchos se reúnen en manada para acabar con uno solo, tengo un deber de guerrero que cumplir.

¡Kafilas, el barco a la orilla! ¡El barco a la orilla!

¿Qué ocurre?

Mira.

Los ojos veloces y agudos de Ur-El volaron sobre las aguas y cayeron sobre el grupo. Sonrió con su sonrisa de cazador.

Ya veo. Muchos chacales para un solo león.

Cerca de la orilla empuñé mi hacha de combate y salté al agua. No necesité mirar para saber que Ur-El y mis tripulantes me seguían.

La arena estaba seca y ardiente bajo mis pies mojados y los pequeños caracolillos se escurrían, duros y muertos a cada paso. El sol de frente me cegaba.

Entonces el que
rrero se dio vuel
ta y nos contem
pló. Su rostro es
taba tan pálido co
mo la espuma de
las olas y su sonri
sa, fría y distan
te, carecía de ale
gría y de vida. Sólo entonces vi la sangre que le manaba de la cintura.

Salve,forastero. Me alegro de ver un rostro desconocido en esta arena de infierno.

Te observé desde mi barco y vistes como un querrero. ¿Quiénes son esos hombres y por qué buscan tu vida?
Por odio...

¿A ti?
Sí. Son todos miembros de una pequeña ciudad tespia que tienen en la falda del Monte del Sol, aquél que ves allá...

Quise preguntarle más cosas, pero cayó de rodillas y un alarido de júbilo brotó del grupo que se acercaba con las armas desnudas.
Allí viene uno de ellos. Parece ser el jefe.

Era ágil y feroz y sus ojos relucían con placer de fiera. Miraba el cuerpo quebrado del querrero caído con ansias. Era un hombre que anhelaba sangre.
¡Al fin te tengo!

Detente,desconocido. No sé quién eres pero no es justo que ataques a un querrero herido.
¿Lo tomas bajo tu protección?

Si así lo quieres,...sí.

Ten cuidado, navegante, pues somos tespios y nuestra fama como hombres de armas aquieta las aguas del mar durante las batallas.

Algo oí de los tespios pero era con referencia a ollas y a utensilios de mujeres.

El insulto fue brutal como un golpe y claro como una copa de vino arrojada en el rostro.

Me llamo Milemónides, extranjero y todos mis familiares, esos que ves detrás mío,te pedirán una olla de sangre por cada palabra que has dicho.

Ur-El rió y aferró el escudo del tespio.

Y yo me llamo Ur-El, de las tierras de Elam y tengo para tus familiares ¡esto!

El tespio retrocedió asustado mientras contemplaba con ojos amarillos por el miedo las manos de gigante de mi amigo.

¡Dile a tus familares que vengan, bravo tespio de rodillas flojas!

Vinieron de repente, sin un grito, sin una voz, corriendo sobre la arena ardiente. Milemónides se las había arreglado para no estar en primera fila.

Lo vi girar como un jabalí herido y su garrote retumbaba en cráneos y costillas como un timbal de remero.

¡No ensuciaré un arma con vosotros, valerosos tespios! ¡Un palo me basta!

¡Espérame, valeroso guerrero!

¿Le has hecho daño?
No. Sólo lo he herido en su vanidad.

¡Vete, Milemónides de Tespia, vete antes de que me arrepienta y te hunda las costillas de un puntapié!

Llevamos al guerrero herido a nuestro barco. Allí, Kafilas se ocupó de él. Luego...
Tengo que darte las gracias, navegante. Mi nombre es Hirantes y soy ateniense. Para tu tranquilidad te diré que no soy un criminal, sino un caballero de la corte de Teseo.

Es una buena noticia ésa, pues entonces habrás oído hablar de mí. Soy Nippur, el hombre de Lagash y he bebido el vino de la amistad con tu rey. Por lo tanto seré doblemente feliz de poder ayudarte.

Mi problema es grave, Nippur. Hace ya un año pasé por estas tierras para reunirme con mi señor, Teseo, para acompañarlo en su campaña contra los piratas de Skyron.

-Venía entonces con mi hija Alida, quien enfermó cerca de aquí. Angustiado pedí asilo para ella en la ciudad de los tespios, hasta que sanara. Dejé oro para pagar por lo que consumiera y continué viaje pues mi obligación como guerrero era estar presente cuando mi rey entrara en batalla.

-Cuando terminó la campaña volví herido a Atenas y allí esperé a mi hija, pero los meses pasaron y ella no apareció. Cuando curé tomé mi caballo y vine a buscarla. Así supe que Milemónides, hijo del jefe de la guarnición, quería a mi hija para esclava suya.

Protesté ante los jefes de la ciudad pero no me hicieron caso pues soy extranjero. Decidí pedir ayuda a mi señor Teseo, pero un grupo de guardianes dirigidos por Milemónides me atacó aquí cerca, hiriéndome y acorralándome.
Ese es mi drama o mi comedia, Nippur. Mi hija está tan solo a un kilómetro, pero una ciudad entera se opone entre nosotros.
- Suficiente por hoy, Hirantes, cierra los ojos y descansa. Tus heridas aumentan y queman como cobre incandescente. El sueño es buen cicatrizante.
Hombre de Lagash...
¿SI?
-Si puedes prescindir de uno de tus hombres, envíalo a Atenas con un mensaje para mi señor, Teseo. Necesitaré ayuda...
No te preocunes, Hirantes, descansa.
La noche quieta y salada nos cobija con su humedad misteriosa y un vago eco de voces extrañas de las profundidades marinas acariciaba mis oídos.
...y eso es todo, Ur-El. Hirantes quiere pedir la ayuda de Teseo para rescatar a su hija.
¿La ayuda de Teseo? ¿Para qué diablos la necesita? ¡Estamos nosotros!
Es arriesgado.
¿Arriesgado?
¡Oyeme bien, Nippur de Lagash! ¡Por seguirte en tus disparatadas correrías he tenido que luchar contra sumerios y egipcios, cretenses y helenos, piratas, mercenarios, negros, esclavos, dioses y demonios.
¡He sudado como un remero y corrido como un caballo! ¡Me han cortado, golpeado, sacudido, lanceado y reventado! ¿Y ahora me sales con esa ocurrencia de que es riesgoso?
¡Esta vez la decisión la tomaré yo! ¡Ayudaremos a Hirantes! ¡No hace falta llamar a Teseo!
Muy bien. Se hará lo que tú quieres.
Hmmm

En la mañana siguiente, envuelto en mi manto y acompañado por Ur-Ei, me acerqué a la ciudad para tratar de trazar un plan de acción.

¡Eh, espera!
¿Uh?
Ven. Creo que haremos negocio.
Tras corta discusión
¡Noble señor! ¡Hijo de los dioses! ¡Luz de las estrellas! ¡Eres generoso como un rey! ¡Que tu camino esté sembrado de...
Deja el cultivo en paz y vete. Podrás comprarte diez burros ahora, si quieres.
Muy bien, ahora debemos decidir quién irá.
Tú eres demasiado grande. Te reconocerán.
No me vengas con esas, Nippur, pues tú no eres nada pequeño.
Muy bien. Mira esos dos árboles. En cada uno de ellos hay un pájaro. Uno es un mirlo. Si el mirlo alza el vuelo primero iré yo, si no, irás tú.
¿Estás de acuerdo?
Estoy de acuerdo.
Muy bien...
¿Eh, qué haces?
Pero... ¡Eso no es lo pactado!
¿No? Nadie dijo que no se pudiera apurar a uno de los pájaros.

Amanecía el día siguiente cuando entré en la ciudad, entre los mercachifles y los vendedores de verduras. La túnica del campesino apestaba a ajos y corral y su sombrero astroso me cubría hasta los ojos.

Me detuve ante la casa del jefe de la guarnición y comencé a vocear mi mercancía, no sin antes haberme metido varios granos de maíz en la boca para disimular mi acento extranjero. Ahora debía esperar.

El soldado ni se inmutó cuando alcancé a la joven antes que entrara en la casa nuevamente. Era usual que los campesinos pers iguieran a sus clientes...

Escondí al soldado entre unos arbustos y por las dudas le di otro porrazo. Luego tomé el asno por el ronzal y con paso lento y cansino me dirigí a la salida del pueblo.

Nadie me detuvo y pude salir del recinto amurallado. Así llegué hasta las orillas del mar, cuando el quejumbroso sonido de un cuerno cortó el silencio.

¡Descubrieron tu fuga! ¡Ven, Atlida, corramos!

La joven era ágil y sus pies volaban sobre la arena, como los de un ciervo, pero de pronto oí el estruendo de los cascos de caballos estremeciendo la tierra.

Surgieron a un costado nuestro cuatro jinetes a galope tendido. Al frente reconocí a Milemónides. Arrojé mi manto y desenvainé las dos espadas que llevaba ocultas debajo del mismo.

¡Espero que Ur-El ande cerca, !

¿De manera que eras tú? Debí suponerlo.

¿Qué esperamos? ¡A él!

Y el enorme garañón negro abalanzarse sobre mí y lo esquivé...

¡Ahhh!

Me acorralaron contra el mar, caballos y bronce en apretado círculo.
Es tu fin, extranjero. Tuviste un golpe de suerte, pero...

Ur-El estaba cerca...
¡Aghh!
SHUNK

Era mi oportunidad...

¡Ahora tú!

¡No te la podrás llevar! ¡No mientras yo viva!

¡Lo siento por ti!

¡No...! ¡No te la llevarás!

Murió con rapidez, como muere un lobo lanceado, aún tratando de herir.

¡Ven, Alida! ¡Nos esperan en el barco!

Nuestro barco desplegó velas y a violentos golpes de remos abandonó la arenosa playa de los tespios para huir mar adentro. De lejos seguía resonando el cuerno de alarma.

- ¿Dónde está la muchacha?
Abajo, con su padre. Los llevaremos hasta Atenas y al mismo tiempo visitaremos a Teseo.

¿Qué es eso que tienes en la mano?
Es la piedra que arrojaste al mirlo.

¿Para qué la guardas?
Para tirarla yo primero en la próxima apuesta de pájaros.

Corre mi barco sobre las olas, vuela sobre las espumas y habla con lenguaje de algas y de corales desde sus amuras con nostalgia de bosques. Su cordaje canta y cimbra como un arpa en manos del viento. Desde las laderas boscosas, los pastores helenos nos saludan con la mano.
FIN

LA FUGITIVA DE LOS HITITAS

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Atenas hervía de gente, pues la acertada dirección de Teseo la había convertido en una gran urbe comercial. Por sus apretadas calles se empujaban hombro con hombro cien razas diferentes. Negros, sirios, hititas, tespios, focios, fenicios, egipcios...

Había abandonado el palacio real, donde era huesped, con el deseo de conocer a fondo la ciudad; pero el hedor, el estrépito y la asfixiante multitud, habían hecho morir mi entusiasmo.

Fatigado, me detuve junto a un mesón que servía bebidas y comidas al aire libre y allí me senté. Una joven de largos cabellos corrió hacia mí.
¡Noble señor, ¿deseas comer o beber?

Tráeme vino solamente. Si es bueno y está frío te daré una pieza de plata.

El vino era frío y bueno y le di la pieza de plata. Aliviado, estiré las piernas y me dediqué a contemplar una tienda de alimentos levantada frente al mesón y atendida por un sirio plañidero.

Entonces lo vi. Si hubiera sido normal habría alcanzado los dos metros, pero una atroz jorobo lo partía por la mitad. Su rostro era chato y brutal y sus largos brazos apretaban un boisito de piel contra su torso de barril.

Se me acercó bamboleándose como un buey rengo. Pude ver sus músculos gigantescos emergiendo de entre los harapos.
Honorable señor, tengo algunas baratijas para vender. Tal vez te interesen...
Veamos...
¡Por Samás!
Su voz sonó temerosa.
¿Qué? ¿No te agrada?
¡Es increíble!
¡Esto es maravilloso! ¡Es una obra de arte!
¿Crees realmente que es bueno?
¿Cuál es tu nombre?
Me llamo Borak.
¿Sentarme? ¿Contigo?
Hablé claro. ¿Por qué preguntas?
Señor...,la gente huye espantada ante mí. No...,no es usual que un caballero...,tú comprendes.
Yo soy un guerrero, Borak. Para mí un hombre es un hombre y mientras no ensucie su lengua o su mano con villanía,puede sentarse a mi mesa.
Gracias, señor...,por el vino...y por tus palabras.

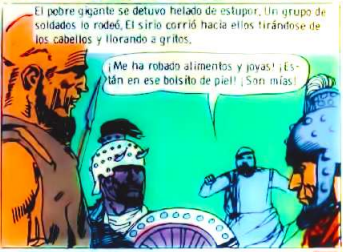
En cuanto a tus joyas, no he visto nada igual en todo el mundo conocido. Es obra de un artífice genial. ¿Las hiciste tú?

Sonrió orgullosamente y me mostró sus enormes manos rudísimas
¿Con estos dedos? No. Las ha hecho mi hija.

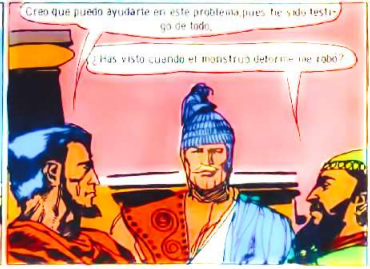
Bien, te compraré la pulsera y esos collares. Obsequiaré con ellos a la mujer del rey Teseo.
Gracias.

Lo vi cruzar a la tienda del sirio y hablar con éste. Luego cargó un saco con alimentos y entregó al comerciante una pulsera, tras lo cual se fue calle abajo.

Entonces el sirio comenzó a chillar.
¡Al ladrón! ¡Al ladrón!


El pobre gigante se detuvo helado de estupor. Un grupo de soldados lo rodeó. El sirio corrió hacia ellos tirándose de los cabellos y llorando a gritos.
¡Me ha robado alimentos y joyas! ¡Están en ese bolsito de piel! ¡Son mías!

Reconocí al jefe de las guardias, un gallardo joven llamado Dosio. Sonrió al verme.
Salve, Nippur, es un placer verte.
Salve, Dosio.


Creo que puedo ayudarte en este problema, pues he sido testigo de todo.
¿Has visto cuando el monstruo dormido me robó?

Me desagrada la boca de ciertos hombres y carezco de diplomacia.
¡Ahhh!
Puedes llevar a un verdadero ladrón a las mazmorras de tu señor, Dosio. La transacción fue honesta. Este hombre compró los alimentos y las joyas son de él.
Yo mismo le compré algunas, unos minutos antes.
Tu palabra es bastante, Nippur. Esto le costará las orejas al ladrón.
Dosio se fue arrastrando al sollozante sirio. Borak me miró tímidamente.
No sé cómo darte las gracias. ¿Tal vez aceptarás estas pulseras?
No, Borak.
Su rostro se entristeció y me apresuré a explicarle.
En mi tierra no se aceptan pagos de un amigo. Tu compartiste mi mesa, por lo tanto te he brindado mi amistad. ¿Comprendes?
Su rostro deforme se suavizó raramente con la sonrisa.
Gracias, señor. Aún no sé tu nombre.
Me llamo Nippur. Nippur, el hombre de Lagash, como me llaman.
Pensé que no volvería a encontrar a Borak, pero los dioses habían trenzado nuestros caminos de manera curiosa.
Ven, Nippur, acompáñame. Debo atender a una delegación de hititas.

No eran comerciantes sino gente de guerra, palurdos y de rostros crueles. Los hititas son una raza fuerte, de grandes narices y frentes anchas. Tienen demasiado orgullo por el solo hecho de ser buenos guerreros y mejores saqueadores.

Señor, mi nombre es Schanabalim y he venido en representación de mi señor Thaler, grande del país de Hatti.

Su dama no es florida como el cretense o grato al oído como el heleno. Me asemeja más bien a un ladrido áspero y gutural como el de los chacales del desierto. Me desagradaron.

¿En qué puedo serte útil, Scharabalim de Hatti?

Vengo en persecusión de una esclava que se fugó de los dominios de mi señor. Tengo órdenes de llevarla de vuelta, junto con el villano que la acompaña.

Scharabalim debió pensar que Teseo era tonto pero no tardó en descubrir su equivocación.

¿Quieres decir que tu señor envió un piquete de guerreros expertos y a un noble como tú a través de más de diez países, tan sólo a perseguir a una esclava?

El hitita se incomodó. Su única habilidad era dar espadazos y estocadas. Su don de diplomacia era peor que la de un porquerizo. Sólo atinó a balbucear.

Esas son las órdenes de mi señor...

Teseo se puso de pie y su voz fue helada y amenazante.

Pero el señor de Atenas soy yo, Teseo. Y mi palabra es ley aquí y cuando mi palabra no basta, habla mi espada. Dame los nombres de ambos.

Pero recuerda bien, hombre de Hatti, que deberé juzgar el caso tras haber oído ambas partes; por lo tanto los dos fugitivos deben comparecer ante mí.

El villano se llama Borak y la esclava, Gala.

Abandonaron la sala con gran estrépito de armas y escudos.

No tienen la más mínima intención de cumplir mis órdenes.

Es mejor que te adelantes a ellos.

¿Qué quieres decir?

Encuéntralos tú primero.

Eso sonrió.

Alivino que algo sabes de este asunto, Nippur, pero no te haré preguntas. ¿Quieres encargarte de buscarlos?

Me sería agradable.

Muy bien. Dile a Dosio que reúna una docena de hoplitas y que te acompañe.

Gracias, también llevaré a Ur-El.

Hmm, de eso no estés muy seguro, Nippur.

En efecto, de eso no podía estar muy seguro.

¿Irme de aquí a buscar a un jorobado y a su hija posiblemente más jorobada aún que él? ¡Estás loco!

Pensándolo bien, tienes razón. Es posible que tengamos un encuentro con los hititas y haya pelea. Sí, tienes razón. Es mejor que no te arriesgues. Ya te contaré a la vuelta.

Claro que sí...

Tengo razón... y...

¡Maldito seas!

Nunca te entiendo, Ur-El. Desdeñas comodidades, buenos vinos y hermosas mujeres para buscar a un jorobado y a su hija posiblemente más jorobada aún.

¡Cállate!

Dime, Ur-Ea, ¿Dónde te esconderías si fueras un fugitivo y tuvieras un saco de diamantes?

En las montañas.

Entonces, ¡allí vamos!

¿A las montañas? Me alegro de haber venido.

A la vista de las alturas escarpadas los ojos de mi amigo se volvían dulces y melancólicos. Yo sabía que estaba mirando por dentro otras montañas muy lejanas. Aquellas donde vagara semisalvaje en su mocedad. Las blancas montañas de Elam, las rocas de los dioses.

Abandonamos los caballos y nos lanzamos a buscar por los senderos de cabras los hoplitas, guerreros pedestres, no daban señales de fatiga; pero Ur-Ea parecía volar sobre las piedras.

Era sorprendente ver su inmenso cuerpo de dos metros de altura, brincar sobre las rocas casi sin tocarlas; ágil como un leopardo, feliz como un niño.

Yo lo comprendía bien. Había cerrado sólo mente a la realidad y rememoraba su tierra de rocas bravías y de hondos precipicios. Era su tierra cruel pero querida como ninguna.

Dos días enteros vagamos sin rumbo por los montes. Así fue que hallamos el campamento abandonado.

Había un grupo de hombres acampando en este lugar; creo que eran guerreros, por el orden de los caballos.

¿Qué crees, Dosio?

Hititas.

Al día siguiente...

¡Señor, mira!

Parecía una cosa de cabellos.

La roca erró a Dosio por el filo de un cabello. Era enorme y pesada y se hundió con gran estruendo en la tierra del desfiladero.

¿Por Poseidón!

El reaccionó primero. Con un prodigioso salto se encaramó en las peñas y corrió como un gato hacia las alturas donde desapareció.

En un pequeño anfiteatro natural se enfrentaban los dos colosos, Ur-El, gigantesco y hermoso como un dios, y Borak, contrahecho y espantoso como un titán del Averno, pero feroz y marrullero.

Vi sus manos deformes y nudosas cerrarse como pinzas de bronce sobre el cuello de Ur-El.

Con una repentina llave de lucha al estilo de los helenos, Ur-El arrojó a Borak contra las rocas.

Creí que la pelea había terminado pero me equivoqué.

Un viejo guerrero, a la vez amigo y enemigo, se interpone en mi camino. Mi espada se levanta...
¡Alto! ¡Es un amigo!

¡Basta! ¡Basta de sangre!

...cayendo sobre mi cuerpo al gigante. A mi oído llega la exclamación ahogada de Dosio.

Creí llegado el momento de intervenir.
No tienes necesidad de proteger a nadie, niña. ¿No me recuerdas, Borak?
¡Señor! ¿Vos?

Mas... ¡no atiendes, Dosio, al de aquel caballero de quien te hablé...

¿Por qué nos atacaste?
Os confundí... con cierta gente malvada que me busca.

¿Con los hititas?
¿Cómo sabéis?

Armamos el campamento y durante la cena, Dosio habló largamente con ambos. Cada vez que miraba a la joven le faltaba la voz y ella se ruborizaba.
Así es que mi señor Teseo te brinda protección y justicia.

¿Y la señora... Ariadna?

El rey de Dosio es mi amigo, Borak. Su palabra vale como el oro y su justicia es dura y justa como la espada de un guerrero.

Entonces, Dosio, hombre de Atenas, me pongo bajo la protección de tu rey. Y también mi hija adoptiva, cuida.
¿No es hija tuya?

No. La hallé cuando era niña entre los restos de una caravana destruida por los bandoleros. La crié conmigo. Cuando fue mayor gustaba de trabajar con artistas, dibujando en la tierra. Entonces le traté cobre para labrar.

[illegible]

[illegible]

Impulsivamente, la joven tomó una mano de Dosio y se la besó. El pobre joven enrojeció como una remolacha.

Gracias, Helena. Eres generoso.

En la mañana siguiente, antes de que el sol dorara las montañas, nos pusimos en marcha. Dosio caminaba al lado de la joven sacando pecho, pero tartamudeando cada vez que ella le dirigía la palabra.

¿Es buena persona ese joven, señor de Lagash? Lo pregunto porque veo que Gaia se siente atraída por él.

Ninguno hay mejor que él, después del rey.

Scharabalim surgió repentinamente ante nosotros, rodeado de sus hititas de corvas narices y anchas espaldas.

¡Deteneos! ¡Lleváis con vosotros dos esclavos que me pertenecen! ¡Los reclamo!

Nada tienes que reclamar, hombre de Hatti. Estos dos extranjeros se hallan bajo la protección del rey de Atenas.

Mi espada nunca oyó hablar del rey de Atenas.

Nos atacaron rápida y feroz-mente, pues eran guerreros expertos que sólo sabían de lucha.
Pero los hoplitas de Tesen no eran carne de ganado, sino hijos de combatirlas.
El y yo avanzamos trazando molinetes con nuestras ha-chas de combate.
Vi a Borak derribar a un jinete, asiéndolo de las piernas.

No, ... No! ... Piedad...

Fue una muerte cruel para un hombre cruel...

El resto de los hititas ni siquiera pudo huir. Hombres del desierto, eran torpes entre las rocas, y los hoplitas los cazaron a punta de lanza y de puñal.

¿Estás herido? Temí...
No... yo, ... sólo... no... no estoy herido...

Mira el viejo milagro, Nipur. El guerrero capaz de romper espinazos, que ante los ojos de una doncella se vuelve de cera tibia.

Teseo se movió incómodo en su trono, pues aún era muy joven para estar quieto mucho tiempo.
Tus penalidades han terminado, Borak. Si lo deseas, tengo un puesto para ti en mi guardia.
Señor, ... soy deforme.

¡Ah, eso! Tengo guerreros muy gallardos que no tienen fuerza suficiente para atarse las sandalias. Y no me discutas.
Se hará como dijas, señor. Gracias.

Tú sólo puedes yacer con mi esposa. Afemas, ésta orinales. Los mejores

En el jardín del palacio, Borak, tímidamente se sentó a beber con nosotros. Vimos pasar a Gala junto con Dosia. El pobre joven parecía muy incómodo.
¿Sabes, Borak, que Dosia va a casarse?

—No lo sabía. Nada me dijo de ello.
—El no sabe lo que el mismo que no lo sabe.

Fin

la FLECHA sobre las HOGUERAS

Los senderos eran escabrosos y difíciles, pero allá en la tierra, Lagash, a la sombra de las montañas, somos fuertes caminantes de piernas fuertes, de manera que la marcha me era fácil y llevadera.

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Un poco más atrás venía Ur-El, mi amigo, casi mi hermano, tan enorme y tan fuerte como las mismas rocas que nos rodeaban.

Durante largas semanas ven unos atravesando los senderos de rocas y arena de la tierra de Elsie Thiel, buscándole. Más con Cr llas del que tanto oyera nos hablar.
Es mejor detenernos, Nippur. Tú sabes siente cada vez más y nuestros hombres están fatigados.
Está bien.
Sí. Lo de los Belek Rimik, los hijos de la luna.
¿Dónde podremos hallarlos?
Cerca del Dedo de Piedra, a poca distancia de aquí.
Mañana iremos a comerciar con ellos.
En la madrugada alzamos nuestro campamento.
Tú y yo iremos al frente. En esta región abundan los leones.
La mañana se deslizó como una gran serpiente de sol. De pronto...
No te preocupes. Es un joven cazando pájaros.
El joven absurdo en su diminuto universo de nidos y espera no se había apercibido de nuestra presencia. Ni tampoco de su movimiento entre las rocas cercanas.
¡Nippur!

El joven le vio [illegible] que de la fiera.
El arco encerado y adornado devolvió el reflejo del sol.
Hubo un estampido vibrante y el salvaje grito de Ur-El estallando en el aire.
El salto del león se cortó bruscamente.
Mi flecha siguió a la de Ur-El y la bestia quedó inmóvil entre un remolino de polvo.
¿Quiénes sois vosotros?
Viajeros que buscan la tribu junto al Dedo de Piedra.
Ya lo sabía.
¿Cómo te llamas?
Reilem. Soy el hijo del jefe de la tribu. Mi padre, Matek se sentirá feliz de recibiros.

El joven parecía muy servicial y era gallardo pero había un no sé qué de reptilesco en el fondo de sus ojos que me desagradó.
Venid. Yo os guiaré.
Comenzaba a oscurecer cuando llegamos al Dedo de Piedra y nos encontramos con los Belek Rimik. Hombres de pequeña estatura pero vigorosos.
¡Alto! ¿Quién sois y qué deseáis?
Soy Nippur de Lagarh. Y deseo comprar provisiones en vuestra tribu. Somos pacíficos.
Bienvenido a mi fuego. Yo soy Malek, rey y sacerdote de mi tribu. Sed mis huéspedes. Pocas veces tenemos la suerte de ver gente de más allá de las montañas.
Mi hijo os indicará dónde podéis acampar. Reilem, ponte a las órdenes de los forasteros.
Seguidme.
Los Belek Rimik eran pastores y comerciantes. Esa noche los cabritos se doraban bajo los dedos de fuego de las hogueras. Reilem, vestido con larga túnica blanca, nos vino a buscar.
Mi padre os espera para partir la carne.
Toda la tribu estaba sentada alrededor de docenas de hogueras. Se oía las música de flautas y tamboriles.
Adelante, extranjeros. La carne está asada y el vino es bueno y espera ser bebido.

Luego de sus palabras de bienvenida nos señaló un hombre gordo y sudoroso que se [illegible]

[illegible] Aquiles, el rey de [illegible] recorre los países conocidos [illegible] piedras y trapos por joyas.

Hubo un coro casi obligatorio de risas tras la broma del jefe. Los ojos astutos de Aquiles nos recorrieron de pie a cabeza.

Pero... Sentaos y a comer!

Junto a nosotros se sentó Kafilas, nuestro ayudante negro [illegible] los [illegible] hombres que [illegible] y bebía [illegible]

De pronto de alguna parte llegó un canto lento y triste. Un gran murmullo monótono y doloroso. Vi que los ojos de Kafilas se achicaban súbitamente.

¿Qué es ese canto, Malek?

Fue Aquiles quien me respondió.

Son los hombres de mi expedición que cantan.

Me dí por satisfecho con su explicación, pero luego entre sorbo y sorbo de vino me volví a Kafilas.

¿Es verdad lo que ese hombre [illegible]?

No amo. Ese era el canto de los esclavos. Yo lo recuerdo bien pues era mi canto.

Estudié mejor a los hombres de Aquiles que vagaban de aquí para allá. Kafilas los estaba equivocado. Eran individuos brutales y crueles que llevaban el sello del negrero en sus rostros.

¿Eres hombre de Sumeria, forastero? Me pareció reconocer tu acento.

En efecto.

Mi nombre es Nippur y vengo de Lagash.

Agradable es la casualidad, hace cienos de seis, unas que estuve en Lagash.

Sentí una puntada de nostalgia al oír ese nombre en otros labios que no fueran los míos.
Háblame de mi ciudad, comerciante. Nada sé de ella.
Me alejé de la fiesta y me sumí en la oscuridad. Quedé solo con el frío manto de las estrellas sobre mí. Un agridulce dolor me llenaba el pecho. Lagash, mi ciudad de blancas murallas. Mi ciudad de cielos azules.
Sólo el viajero errante, sin hogar puede comprenderme. La ciudad deja de ser ciudad en la bruma de la distancia y se vuelve la esposa, la amante, la madre...
¡Lagash... Lagash de blancas columnas...!
Cuando regresé al campamento todo estaba silencioso y dormido. Me encaminé a mi tienda.
Y Él dormía pesadamente al igual que el resto de mis hombres. Decidí hacer lo mismo y me envolví en mi manta.
Una cohorte de visiones queridas turbó mis sueños, hasta que...
Pero...
Has hecho bien en despertar, hombre de Lagash, pero no será inteligente que trates de resistirte.
¿Qué significa esto, Malek? ¿Es ésta tu hospitalidad?

Es tiempo de que te pongas a prueba.
Sabemos que eres valiente, pero ¿eres fuerte?
¿Eres digno de ser llamado guerrero?
¿Eres capaz de luchar?

He salido muy afortunado al encontrarte. Malek y yo nos repartiremos esa recompensa.

Las antorchas crepitaban y hacían centellear las puntas de las lanzas. Sus sombras danzaban en la roca.
¡Pelea!

Tus hombres me harán ganar una buena suma cuando sean vendidos como esclavos y tu amigo será vendido como luchador para los reyes del norte.

¡Redem! ¡Así nos pagas el haberte salvado la vida?
¡Oh eso...!

Te recordaré con afecto, Nippur. Cada vez que gaste una pieza de oro de tu recompensa te encomendaré a los dioses.
¡Perro!

No sé como lo hice pues fue la furia la que me empujó. De un puntapié aparté a mi guardia.

No te atr...

Lo golpeé con el puño cerrado apoyando todo el peso de mi cuerpo en el envión.

Soy un hombre fuerte. Muy fuerte. Puede sentir un furioso sexo y esta lanza en el cuello de Redem.

Ur. El a su vez aferró a otro de los guardianes y lo alzó en vilo.
¡Ven aquí, escoria del desierto!
¡Ja, ja, ja! ¡Quieren capturar a Ur. El pequeñitos! ¡Vengan!
Con un prodigioso salto se perdió en la oscuridad. Quise seguirle pero un fuerte golpe me derribó.
El despertar fue doloroso y acre para mí...
Agua...
Dadle agua.
El rostro de Malek parecía viejo y amargado. Sus ojos inyectados en sangre no se apartaban de mí.
Bebe, hombre de Lagash. Bebe. Aún tienes que vivir hasta la noche.
¿Quieres decir...?
Morirá esta noche. Mató a mi hijo.
¡No puedes hacer eso! ¡Pagaré! ¡Pagaré! no nos pagará nada si no se lo llevamos vivo!
No me interesa. Mátate.

Lentamente el sol se fue deslizando por el azul escudo del cielo y sus rayos de fuego me aplastaron contra el poste. Una especie de niebla febril comenzó a envolverme.

Extrañas visiones me rodeaban. Me parecía ver rostros y tiempos pasados. Desfilaban ante mis ojos delirantes los espectros de los muertos y las batallas. Skyron... el Minotauro... Sumar... Thamar...

Cuando el agua cayó de mi rostro, pude ver que la noche había llegado y que grande, no que las estaban encendidas. [illegible]
Malek se aproximó a mí. Vestía todo de blanco y se veía increíblemente viejo y afatido, pero en sus ojos ardía el fuego del odio.
Dentro de una hora, yacerás con el corazón partido por el puñal de piedra, hombre de Lagash.
Te mataré, sí. Y luego podré morir...
Es tu culpa, Malek.
Quisiste correr por un sendero de villanía, traicionaste a un huésped y te aliaste con un traficante de esclavos. Yo salvé la vida de tu hijo pero eso no te importó. Los dioses te han castigado.
No quiero oírte más. Nippur. Soy viejo pero mi odio es joven. Mis dedos quieren por el cuchillo y mi corazón quiere por tu sangre.
Los tamboriles comenzaron a repicar cadenciosamente. El canto de los esclavos había cesado. Las hogueras alborradas de leña ardían furiosamente, lanzando lluvia de chispas.
Tironeé las sogas pero fue inútil. Las tiras de cuero crudo me desollaron las muñecas y la transpiración me empapó el cuerpo.
Es inútil.
Vi a Malek recibir el cuchillo de piedra en manos de una vieja mujer. Luego avanzó hacia mí. Los hombres de [illegible] comenzaron a cantar lenta y sonoramente.
¡Lagash de las blancas [illegible]

Lo vi manotear rabiosamente el duro astil de la flecha. Se tambaleó.
Maldito...
¡A ellos!
Salieron de todos lados. Negros de gran estatura, blancos de todas las naciones empuñando aún sus cadenas, armas inmóviles pero terribles.
Ur-El llegó hasta mí, aullando como un demonio. Dos tribeños le cerraron el paso.
¡Ah! ¿Queréis detener a Ur-El?

¡Pues intentadlo!

¡Esto es un juego, Nippur! ¡Estos ordeñadores de cabras ni saben pelear!
¡Suéltame de una vez!

El campamento estaba convertido en un campo de batalla. O mejor dicho de ejecución. Los esclavos, amos de la situación, ultimaban rabiosamente a los sobrevivientes.

En la mañana dejamos el nefasto campamento mientras los buitres comenzaban a descender en espiral. Grupos de escl
avos pasaban cerca nuestro montados en los caballos que fueran de los Belek Rimik.

Desde un gran peñasco eché mi última mirada al Dedo de Piedra, amarillo y ardiente, bajo el sol. Un buitre, el más decidido, descendió sobre él lanzando ásperos chillidos.
Fin

NIPPUR de LAGASH

EL VIEJO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

El llamado del cuerno ascendió por los aires, ingrávido y metálico como la voz misma del cazador. Un alarido jubiloso resonó en todas partes.

El rey Teseo, de Atenas, había organizado una cacería para honrar a los enviados de Egipto, a la cual seguirían fiestas y agasajos.

Ur-El y yo nos lanzamos por la floresta con los arcos listos. Habíamos rechazado los caballos pues sabíamos por experiencia que entre el follaje eran más un estorbo que una ayuda.
Cerca mío galopaba Talimiades, primo de Teseo
De pronto saltó el ciervo.
¡Mío!
El ciervo cayó de costado con la flecha clavada en el cuello.
¡Excelente tiro, hermano!
Toda la floresta hervía con los gritos, los ladridos y los relinchos. El cuerno seguía sonando con enloquecedora insistencia.
Cerca mío divisé a Teseo. El joven rey heleno parecía volar sobre el manto de hierbas y hojas secas buscando su presa.
¡Buenza caza, Nippur!
¡Buena caza, Teseo!
Lo vi detenerse junto a un árbol seco y allí se arrodilló.
¡Quieto, Nippur! Creo que viene un jabalí.
Lo esperamos y...

Un escalofrío de horror me corrió por la espalda. Sin perder un instante, desenvainando mi cuchillo,

De un profundo tajo abrí la carne, allí donde un orificio oscuro indicaba el lugar en que el insecto atacara. Lo hice sangrar con furia en la esperanza de extraer el veneno. La caza había terminado.

El regreso fue silencioso y triste. Delirante sobre una parihuela hecha con lanzas, yacía Teseo.

El viejo Maimon, el médico de palacio, abrió los brazos con ademán impotente.

Talimiades no parecía inquieto y eso me desagradó.

Ur-Él lo contempló con ojos despectivos.

¡Quietos! ¡Malditos sean los dos!

Maimón, no quiero ofenderte, pero no me apetece la idea de esperar sin hacer nada. Hay algún medico al que se pueda recurrir.

Maimón era un hombre honesto y no le molestaba reconocer la mayor sabiduría de otros.

Creo que sí, Nippur. Hay un hombre muy sabio que vive en las laderas del monte Taigeto.

Su edad se pierde en la bruma del tiempo pero puedo asegurarte que su sabiduría es real y valiosa como el oro puro. No sé si podrás convencerlo de que te ayude pues rehuye el trato humano.

¿Cómo se llama?

No lo sé. Nadie lo sabe. Todos lo llaman El Viejo. Nada más puedo decirte sobre él.

Bien, Ur-El. ¿Vendrás conmigo?

Por supuesto. Iré a preparar mis cosas.

Antes de abandonar la sala me volví. Talimiades, erguido sobre las grandes losas negras, nos contemplaba.

Nuestro equipaje fue liviano. Espadas y arcos y una bolsa de cuero con carne seca y maíz. Luego, acompañados por varios jinetes, llegamos hasta las estribaciones del Taigeto. Allí nos despedimos.

Aguardad con los caballos listos aquí durante quince días. Esperamos estar de regreso antes de ese tiempo.

El Taigeto se alzaba pedregoso y pesado bajo el cielo heleno. El sol era una espesa lava de oro que convertía nuestros pasos en una procesión de dolor.

El sol, arriba, girando amarillo... creel... y abajo los duros guijarros, la roca polvorienta.

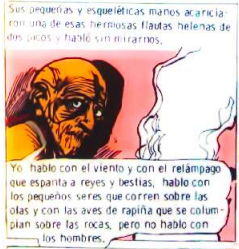
¿Cuánto crees que tardaremos en encontrar a esa momia?

Espero que lo hallemos mañana o pasado.

Nippur... no me ha gustado la conducta de Talimades.
Es normal. En toda corte hay un oportunista ambicioso.
Desea la muerte de Teseo, una muerte que lo deje a él libre, sin culpa ni mancha para poder izarse hasta el trono, de ser posible.
¡Bah! Cuando vuelva le hundiré las narices. Ahora... a dormir.
Mira, Nippur. Allá arriba veo una caverna.
Sí. Y hay alguien sentado frente a ella.
Cuando nos hallamos ante la cueva, vimos a un enorme bruto de rostro bobalicón sentado con las piernas cruzadas que jugaba con piedrecillas de colores.
Los dioses sean contigo. ¿Es ésta la morada de El Viejo?
Nos miró un momento y luego lanzó una risita y siguió jugando con sus piedrecillas.
Creo que tendremos que averiguarlo nosotros mismos.
La caverna era oscura y húmeda, pero el piso había sido cubierto por numerosas alfombras, algunas nuevas y costosas y otras viejas y polvorientas.
Allá veo luz.
La caverna terminaba en una especie de plataforma subterránea donde ardían numerosas antorchas. Allí se amontonaban trozos de oro y osamentas de bueyes, cascos y pieles, lanzas, estatuas y algunos esqueletos humanos.
¡Por los dedos de Samás! ¿Qué es esto?
Este es mi reino, Nippur de Lagash.
Era él. Parecía un pequeño mono arrugado pero sus enormes ojos eran vivaces y relucían en la penumbra como los de un gato.
¿Eres tú ese que llaman El Viejo?
Ese soy yo.

No te diré mi nombre pues ya lo sabes. Mi amigo se llama...
Se llama Ur-El, el-de-gran-fuerza.

Anciano, ¿cómo lo sabes? ¿Alguien te ha hablado de nosotros?


Sus pequeñas y esqueléticas manos acariciaron una de esas hermosas flautas helenas de dos picos y habló sin mirarnos.
Yo hablo con el viento y con el relámpago que espanta a reyes y bestias, hablo con los pequeños seres que corren sobre las olas y con las aves de rapiña que se columpian sobre las rocas, pero no hablo con los hombres.

Lo que sé de vosotros no me ha llegado de labios humanos. Sé muchas cosas de los hombres. Podría decirte tu futuro pero entonces la vida te sabría a cenizas. Por eso no hablaré de los tiempos por venir.

En cambio, quiero oír de tus labios los motivos de tu venida. El sendero es de polvo y fuego hasta aquí. Debes tener un motivo muy fuerte.

Sí, lo es. El rey Teseo de Atenas agoniza y sus hombres de ciencia son impotentes para salvarlo. Por eso vine a buscarte a ti.

Has hecho inútilmente el camino.
Pero... ¿no comprendes que el rey va a morir?

Nippur de Lagash, mi memoria flaquea ante el recuerdo de los reyes y de los reinos que he visto caer. Yo mismo fui rey en la edad en que las hachas y las espadas eran de piedra.

Fui guerrero y vi hundirse más reinos. Luego, mientras los años seguían corriendo, los reyes continuaban fundiéndose con el polvo y las murallas de las grandes ciudades se volvían escombro y maleza.

Y ahora tú vienes a pedirme que te ayude a salvar la vida de un rey. Un rey. ¿Qué es un rey? Apenas un hombre. Se morirá. Su destino está ya marcado. ¿Para qué luchar contra eso?

¡El rey puede cubrirte de oro.

¿Oro? ¡Bah! Mira a mi alrededor. Soy más rico que cualquier rey y además no me importa. ¡Oro! ¡Carroña para los hombres!

Cualquier cosa que desees te será otorgada.

Ur-El desenvainó su espada y el ruido hizo resonar ecos en todo el ámbito de la caverna.

¡Puedo ofrecerte tu vida! ¡Si no vienes la perderás para siempre!

El Viejo rió cascadamente.

¡No seas tonto! ¡Los chivos negros de la muerte no balarán aún por mí!

Detente, Ur-El. No es ésa la manera.

Escúchame anciano, no es la codicia ni el interés lo que me ha traído a tu presencia sino el afecto. El afecto, no a un rey sino a un hombre justo llamado Teseo.

Nada significa para mí el brillo de su corona o el tintinear de su oro, pues soy hombre mortal y con conciencia de ello. Pero sí significa y mucho, la riqueza de su justicia y su pureza de corazón.

Has dicho que los reyes solo polvo son, es cierto, pero el polvo de reyes como Teseo será la argamasa que alzará un monumento prodigioso para los hombres y los hijos

¿Y qué será ese monumento? ¿Cómo se llamará?

Tal vez se llame... paz.

...silencio pesado y extraño descendió sobre las aguas. Solamente se oía el revolotear de los murciélagos y el golear del aceite de las lámparas. Por fin...

Vaya! De tagasti...

...eres un loco, pero tu locura es más hermosa que todas las corduras. Quizás vivas en el error pero tu error es dulce para mis oídos.

¿Serías capaz de ofrecer tu vida a cambio de la de Teseo?

Pensé un momento y recordé a aquel joven valiente y hermoso como una llama que luchaba en el Laberinto.

...ciano, yo sólo soy un aventurero. Mi vida ...ría nada ni mi muerte tampoco. ...cambio, Teseo dejará una huella tras él. Además es mi amigo. Toma mi vida si la quieres, pero sálvalo.

No dijo nada. De pronto golpeó dos piedras y volaron las chispas. Un recipiente de aceite que se hallaba ante él estalló en llamaradas. Espantado retrocedí.

No te asustes, Nippur.

Su rostro iluminado por las llamas se veía rojo y negro y brillaban los charcos verdes de sus ojos.

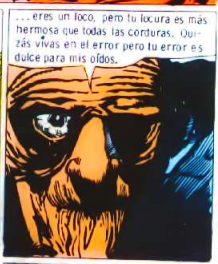
Salvaré a Teseo, pero en los años futuros caerá sobre él una desgracia espantosa y tú te llenarás el cabello de cenizas por haberle devuelto la vida.

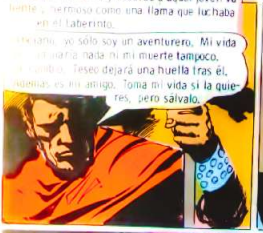
En cuanto a ti, las llamas me hablan de tu futuro. Veo una ciudad de blancas columnas y veo un trono. Veo carros de guerra y miles de gargantas que gritan tu nombre y el de tu amigo. Y veo una mujer que viene del Nilo...

Las llamas se redujeron y luego desaparecieron.

¡Continúa! ¿Qué más?

No hay más. El fuego se ha callado.





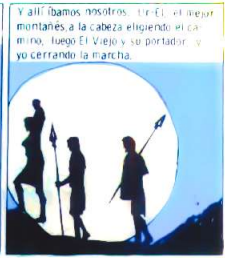
Con un mazo de piedras hizo resonar un gran escudo de bronce. No tardó de aparecer el gigante de la entrada.
Este es uno de mis nietos. Cuando sus padres vieron que los dioses habían quemado su cerebro quisieron matarlo pero yo se lo pedí y me lo dieron gustosos.

Los años ligaron mis piernas a la muerte, así es que mi cuello debe sufrirlas.
¡Levántame!

Con un movimiento cuidadoso y gentil, el gigante tomó al anciano entre sus manos y lo colocó sobre un hombro.
Vamos.

El sol había descendido mucho sobre el flanco de las laderas cuando dejamos la caverna.
¿Quieres ir ya o prefieres esperar el nuevo sol?
Prefiero ir ya. La fiebre debe estar clavando sus dientes en Teseo.

Una gran luna amarilla subió al cielo y el grito de los pájaros nocturnos voló de roca en roca.


Y allí íbamos nosotros. Ur-El, el mejor montañés, a la cabeza eligiendo el camino, luego El Viejo y su portador, y yo cerrando la marcha.

Era ya cerca de la madrugada cuando nos detuvimos para descansar un rato.
Prepararé algo de comer con nuestras provisiones.

El Viejo, sentado junto a una roca soplaba su flauta y la fina y suave melodía se izaba por las rocas para disolverse en el viento.
¿Por qué sopias un solo pico, anciano? ¿No sirve el otro?
Es un secreto, Nippur de Lagash.

La lanza se apoyó duramente contra mi pecho y luego otra contra mi espalda. Una voz ronca me ordenó:
¡No te muevas, sumerio o eres hombre muerto!

Ur-El estaba acuclillado junto a la hoguera, inmóvil, enfrentado a dos asaltantes que lo apuntaban con sus arcos tensos y las flechas centradas en él.

Y entonces apareció.

Salve, Nippur. Veo que eres inteligente y no te mueves.

¿Tú?

¿No te lo imaginabas?

No. Aún no había reconocido tu olor, pero ahora sí lo reconozco. Es el hedor de las hienas.

Sonrió. Se sentía triunfante y podía tolerármelo.

¡Bah! Insultame si quieres, pero cuando muera Teseo, seré rey. Rey de Atenas.

En ese momento oyó la flauta del Viejo, quien indiferente a todo seguía tocando.

¡Ah! ¡El hechicero! Está tocando la melodía de su muerte.

Se detuvo ante El Viejo con la espada desenvainada.

¡Eh viejo! ¿Sabes que vas a morir?

Me parecía ver una imperceptible sonrisa en el rostro del Viejo. Lentamente despegó los labios del pico de su flauta y los pasó al otro.

¿No me oyes?

El segundo pico no emitió ningún sonido, apenas un soplido fuerte y ahogado.

¡Ah!

SUP

Talimíades cayó de rodillas, mirando con horror al Viejo.

Veo un gran potro negro de ojos de acero que viene por ti, joven de corazón sucio.

Era la oportunidad.

¡A ellos!

El único sobreviviente intentó huir, pero...

¡Ahhhhh!

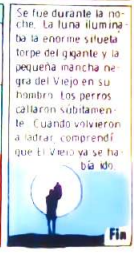
La flauta del Viejo seguía desgranando su música lenta y dulzona.
¿De manera que ese es tu secreto, Viejo?
Los dioses me prolejen pero no está de más que yo me ayude un poco.

Dile a tu amigo que venga. Yo lo curaré.
Gracias.

Contemplé a Teseo que caminaba lentamente por el gran jardín rodeado de sus amigos.
Tu trabajo ha sido bueno, anciano.
No fue difícil.

¿Qué harás ahora?
¿Ahora? Volveré a mi caverna a esperar.

¿Esperar qué?
No sé. Los tiempos por venir. El mañana lleno de nieblas. Tal vez la muerte. Tal vez todo. Tal vez nada.


Se fue durante la noche. La luna iluminaba la enorme silueta torpe del gigante y la pequeña mancha negra del Viejo en su hombro. Los perros callaron súbitamente. Cuando volvieron a ladrar, comprendí que El Viejo ya se había ido.
Fin

EL HOMBRE QUE VINO DE AKAD

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Era un templo pequeño, levantado a las sombra de enormes rocas calizas que lo abrigaban del viento y del sol. En la cúpula, un enorme buitre negro, inmóvil y ominoso clavó en nosotros sus redondos ojos.

A un centenar de metros del templo de los mensajeros, los hombres armaron sus tiendas de piel de cabra y clavaron las lanzas en semicírculo para espantar a los malos espíritus.

¿Este es el templo?

Sí

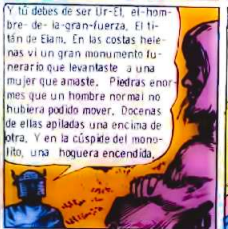
¡Es tan pequeña! Nadie imaginaría que es lo que es.
Hablas en enigmas.
En épocas inmemoriales, los adoradores de la Serpiente de la Tierra cumplían sus ritos en este lugar. Sacrificaban vidas humanas sobre esas rocas.
¿Y ahora?
Un Ei, estremecido, se arrebujó en su manto. Por debajo de éste, estaba seguro que sus manos hacían el signo de protección contra los malos espíritus.
Volvamos al campamento.
En nuestro largo camino hacia la tierra de los gigantes, nos habíamos desviado para ir a consultar a la Sibila, la mujer de los sueños.
¿Cuándo podremos verla?
¡Nippur, mira! ¡Un viajero...!
¿Dónde?
Había aparecido en el horizonte, marchando con paso ágil y poderoso sobre las arenas amarillas. Era un hombre de gran estatura y nobles facciones. Llevaba en hombros un saco de alimentos y una lanza en las manos.
Se detuvo a unos pasos de nosotros. Todo en él respiraba dignidad y dureza.
Los dioses sean con vosotros, extranjeros. ¿Quiénes sois?
Por un momento me quedé estupefacto al oírlo hablar, pues lo había hecho en la lengua de mi tierra, en sumerio.
¿Eres hombre de Sumer, forastero?
Había dejado su petate en el suelo y nos contemplaba apoyado en su lanza.
Sí. Mi nombre es Sargón y vengo de la ciudad de Akad.
¿Sargón? Oí hablar de ti. ¿Eres el ogro del rey de Akad?

Soy Nippur de Lagash.
Nippur?

Me contemplo en silencio durante un largo instante. Luego sonrío y pensé que era un hombre agradable.
Nippur de Lagash.

A veces creí que eras una leyenda y no un hombre. Tus huellas han marcado tantos senderos que a veces dudé de tu existencia.

Hablar de ti en Akad, en Tebas, en Creta, en Atenas, en el desierto, en Garth. Me hablaron de ti en sumerio, en griego, en fenicio, en cretense, en las lenguas de las caravanas y en el dialecto aqueo de las costas. A veces dudé de tu realidad. Y ahora te encuentro aquí, en la pupila del mundo.


Y tú debes de ser Ur-Et, el-hombre-de-la-gran-fuerza. El titán de Elam. En las costas helenas vi un gran monumento funerario que levantaste a una mujer que amaste. Piedras enormes que un hombre normal no hubiera podido mover. Docenas de ellas apiladas una encima de otra. Y en la cúspide del monolito, una hoguera encendida.

¿Sigue encendida la hoguera?
Sí. Los campesinos a quienes liberasteis de los piratas la mantienen siempre encendida y los barcos que cruzan allí hacen presentes para tener buena suerte en el viaje.

Todos lo llaman el fuego de Thamar.
Thamar...

Entre las brumas del desierto pude ver flotar la imagen de aquella hermosa mujer de cabellos de oro que avanzaba como un rayo de sol, espada en mano entre el fragor de la batalla.
Thamar...

¿He avivado tal vez un mal recuerdo?
No, hombre de Akad. Sólo me has traído llamas de una hoguera maravillosa aunque triste.

Perdona nuestra descortesía. Ven a beber con nosotros el vino del campamento.
Gracias. Será una bendición.

Esa noche comimos los tres de la misma olla como hombres que se respetan en un campo de batalla.

¿Has venido a consultar a la Sibila?

Sí. El rey de Akad está muy enfermo y deseo saber qué ocurrirá al morir.

¿Quién es su sucesor?

No se sabe. No tiene hijos varones, pero sí muchos parientes venales y corrompidos que desean el trono. Hay otros aspirantes además.

¿Tú eres uno de ellos?

Estudié el rostro de Ur-El con cuidado, como tratando de descubrir cuánta confianza podía depositar en mi amigo. Por fin pareció satisfecho.

En efecto. El rey me expresó su deseo de que lo suceda, pero no creo que los de más aspirantes lo acepten sin retaceos.

Por fin decidí venir a consultar a la Sibila. Ella me dirá lo que debo hacer.

Amo, han llegado dos forasteros más y solicitan permiso para compartir nuestro campamento.

Que vengan.

Eran dos hombres corpulentos y de inequívoca presencia guerrera. Uno de ellos se adelantó. Tenía aspecto ancho y humorístico.

Doy gracias por vuestra hospitalidad. Me llaman Toro y mi amigo es Kaxos, el silencioso.

Se sentó con nosotros y comió, charlando sin cesar, mientras su compañero lo hizo en absoluto silencio. Observé que Sargón lo estudiaba de reojo.

¿Has venido sólo con tu amigo?

¡Oh, no!

Traíamos seis hombres más con nosotros pero cerca de aquí fuimos atacados y sólo sobrevivimos nosotros dos.

Es extraño. No hay tribus en los alrededores. ¿Cómo vestían los atacantes?

Iban cubiertos de pies a cabeza por largos mantos negros y avanzaban sin cesar.

Una especie de viento frío pareció soplar por encima de las hogueras y todos nos miramos alarmados.
Por fin habló Sargón.
Los adoradores de la Serpiente de la Tierra.

Sí... creíamos que ya no existían.
Pero parece que nos equivocamos.

Seguramente buscan víctimas. Saben que son los días del Oráculo y esperan a los peregrinos que llegan a consultar a la Sibila.
Debemos estar atentos.

Sin embargo la noche y el día siguiente se deslizaron en la más absoluta quietud. Por fin llegaron las sombras.
¿Ahora?

Supongo que debemos esperar hasta recibir alguna señal del templo.
Viene una tormenta.

En efecto, el cielo estaba completamente encapotado y un viento huracanado comenzó a levantar la arena en grandes remolinos. En el horizonte, los relámpagos hacían girones la oscuridad.
Parece mal agüero.
No hay agüeros en esto. Es solamente una tormenta.

Creo que es mejor que vayamos ya.
Sí.

Dentro del templo vimos una luz chisporroteante por las aberturas de la pared y oímos un monótono canturreo.
¿Es la Sibila?

Penetramos en el estrecho recinto y me fuerte olor acre nauseabundo nos mordió el olfato.
¡Qué tufo infernal!
Pero...

Estoy aquí.

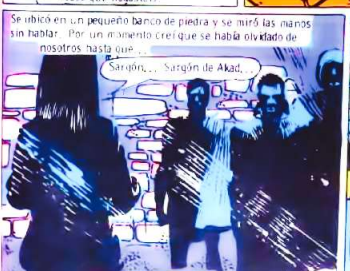
Era alta y delgada y su rostro pálido irradiaba una extraña belleza. Su larga túnica negra caía en largas ondas hasta el suelo. Sus ojos negros y rasgados nos estudiaron minuciosamente. De pronto señaló a Toro y a Kayos.
Tú y tú. ¡Afuera!

¿No me has oído? Este lugar es propio de cubrir a los asesinos.

Los ojos de Sargón se clavaron en los dos hombres y pude ver cómo su mano buscaba el pomo de su puñal.
¡Me buscáis a mí! ¿Os han enviado de Akad para asesinarme? ¿Lo sospeché desde que llegasteis!

Detente, Sargón. No es éste el lugar para verter sangre, y vosotros dos, es mejor que abandonéis el templo.

No se hicieron repetir la orden y desaparecieron en las sombras. La Sibila sonrió y sentí un sopio extraño en la habitación.
Sentaos.


Se sibicó en un pequeño banco de piedra y se miró las manos sin hablar. Por un momento creí que se había olvidado de nosotros hasta que...
Sargón... Sargón de Akad...

Tú viniste a conocer tu destino, pero es un error. Aquí el saber de tu vida no te dará consuelo. Sólo te diré que a los dioses no hay que ver temos.

Es una gran bondad de los dioses que os conozcáis aquí, pues vuestros caminos se enlazarán más adelante. Correréis un sendero de guerra que os llevará a la vejez y a la soledad.

Eres cruel.
No, pues mis palabras no son más sino que son vuestros pasos futuros que me hablan. Tendréis coronas y seréis reyes mas no tendréis felicidad.

La felicidad tiene nombre de mujer y en las tablas de vuestro destino no veo el pie de las mujeres. Sólo las ruedas de los carros de guerra y las sandalias de los guerreros.

Y tú, Ur-El, hombre de Elam, tienes que engendrar un niño para dejar tu semilla en la tierra pues el hilo de tu vida se acaba.

Sentí un espanto indecible al oír estas palabras.
Te equivocas, seguramente.

La Sibila me miró compasivamente y meneó la cabeza.
No, Rama el hombre de los cabellos rubios se duerme el final. Verá la montaña que arde y fuego entrará en la sombra que no tiene fin.

Un fuego de dolor me brotó de adentro. No pude evitarlo. Me golpeé la frente con el puño.
No... no...

Sentí las manos de Ur-El que me enderezaban. Sonreía.
No desesperes, hermano. Si ése es mi destino, bienvenido sea. En alguna parte, Thamar me está esperando.

Abandonamos el templo y salimos al desierto. La tormenta azotaba furiosa y los relámpagos incendiaban el cielo.
¿Dónde están los asesinos?
Aguzamos el oído pero todo era silencio. De alguna parte, llegó el aullido de un chacal.
Creo que...
¡Mira!
Estaban abiertos en semicírculo alrededor nuestro. Altas figuras vestidas de negro. La luz de los relámpagos iluminaba las puntas de las lanzas y las hojas de los cuchillos.
Los adoradores de la Serpiente...
Una de las siluetas se adelantó. Su andar contrahecho nos indicó que se trataba de un anciano.
No os resistáis, forasteros. La Serpiente de la Tierra os ha elegido y sería inútil tratar de huir a su deseo.
¿Qué armas tenemos, Sargón?
Solamente mi cuchillo.
¿Y tú Ur-El?
Ahora traeré una.
Retrocedió hasta el templo sin que ninguna de las negras siluetas lo persiguiera.
¿Adónde va?
No sé.
Sentí un crujido sonoro y Ur-El volvió jadeante, empuñando una enorme tranca de madera, pesada y alta como un hombre.
¿Y eso?
La arranqué de la puerta del templo. La Sibila no me dijo nada. A decir verdad, sonrió.

¡Forasteros... haced me caso. Es un gran honor ser elegido por la Serpiente.

Sargón saltó rá pidamente junto a él.
¡Entonces ve y réunete con ella!

Lo apuñaló certeramente y el sacerdo te cayó como un harapo a sus pies.
¡Ahora sí, hijos de serpientes y cule bras... ¡venid!

Lanzaron un terrible aullido y se abalanzaron sobre nosotros. Era como una gran nube de velos negros que nos quisiera ahogar.

Ur-El penetró como una cuña entre los enemigos golpeando con la enorme tranca. Sus efectos eran devastadores.
Sois buena carne de sacrificio, perros, pero primero tendréis que agarrarme.

A su costado, Sargón se había enrollado el manto en el brazo izquierdo y lo utilizaba para detener los golpes. En el puño derecho blandía su cuchillo de caza listo para herir.

Del otro lado me encontré yo y, desarmado, no tuve más remedio que abrirme paso a puñetazos. Por suerte, nuestros adversarios no eran hombres de gran fuerza física y pude mantenerlos a raya.

Conseguí echar mano a uno de ellos y le rompí el cuello con una llave de lucha griega. Eso me permitió tomar su espada.
¡Ahora sí!

Avanzamos luchando contra nuestros enemigos. De pronto...
¡Nippur, mira! ¡Han capturado a Toro y a Kaxos!

Sargón actuó por instinto, creo. Fue ver a dos hombres con sus dos prisioneros lo que lo hizo obrar así.
¡Paso! ¡Paso, perros negros!

El cuchillo de Sargón sajó las ligaduras de los dos prisioneros, mientras nosotros conteníamos a la horda.

Tara rugió de entusiasmo al sentirse libre.

¡Ahora ajustaré cuentas con esta carroña!

Saltó entre nuestros atacantes y los embistió a puntapiés y puñetazos. Demostraba conocer a fondo los secretos del pugilato.

¡Ahhh!

La lanza se me clavó en la cintura y retrocedí sorprendido, pero tuve tiempo de atravesar con mi espada el rostro de mi heridor.

¡Ahhhh!

Otra lanza se hincó en mi cadera y caí. Vi ante mí las piernas de mi atacante y...

Observé un cuerpo cerca mío. Reconocí al silencioso Kaxos, ahora más silencioso que nunca, con varias lanzas en el pecho.

En ese momento, un rayo cayó atronadoramente y la arena pareció arder y estallar. Los atacadores de la Serpiente se detuvieron espantados.

Sobre la roca... hay algo...

Era la Sibila. Sus negros cabellos flotaban en el huracán y sus ojos parecían brasas en la oscuridad. Alzó un brazo y pude oír su voz dura y fría como el cristal.

¡Hijos del desierto, defeneos! ¡Esta no es la noche de la Serpiente!

¡Bajad las armas! ¡Los dioses no han cortado el hilo de la vida de estos hombres! ¡No debéis tocarlos!

¡No podemos dejarlos con vida! ¡Mataron al viejo sacerdote! ¡Tienen que morir!
La tranca de Ur-El giró en un loco molinete y el cráneo del embozado crujió de un modo escalofriante.
¡...álate!
Otro rayo cayó muy cerca. Los escasos atacantes ilesos retrocedieron desalentados mientras Ur-El más enorme que nunca entre la tormenta avanzaba sobre ellos.
¿Quién quiere morir ahora?
Se esfumaron en la tormenta como sombras de un mal sueño. Un momento antes estaban allí y al siguiente habían desaparecido.
Creo... creo que nos hemos salvado.
Sargón se acercó a Toro y por un momento ambos se midieron frente a frente sin hablar. Luego Toro bajó la vista.
¿Quieres aún cumplir tu misión, Toro?
No, señor. Pero sí querría ofreceros mis servicios como escudero.
¿Podré fiarme de ti?
Señor, si alguna vez no obro en vuestro total beneficio que los dioses me sepulten en el infierno.
¡Malditos sean todos! ¡Cuando terminen con esos melodramas les aviso que tengo tres lanzas clavadas!
¿Y la Sibila?
Se fue.
Nos separamos de Sargón y Toro en la ciudad de Lether. El hombre de Akad volvía a su ciudad.
No te digo adiós, Nippur, pues ya dijo la Sibila que nuestros caminos se volverían a cruzar. Sólo te diré hasta la vista.
Nippur de Lagash. ¡Hasta pronto!
Hasta la vista, Sargón de Akad.
FIN

NIPPUR de LAGASH
EN GARTH, AL ATARDECER
Por ROBIN WOOD
Dibujos de LUCHO OLIVERA

El sendero desconocido tiene una extraña magia para quien lo pisa. El polvo y las piedras le hablan y el viento es todo un jorjeo de rumores. Pero estas piedras eran duras y negras y su viento era cruel, tal vez negro también como las piedras.
Viajábamos más allá de los bosques de los árboles de piedra, de los que oyéramos hablar en la corte de los helenos.
El grupo apareció repentinamente detrás de unas rocas.
Nippur, allí veo dos mujeres.
Sí.
Era una joven de rostro fatigado que llevaba un bulto entre los brazos. La otra mujer era anciana, de alta estatura y ademanes orgullosos.
Los dioses sean con vosotros, forasteros. ¿Quiénes sois?
Mi nombre es Nippur y vengo de Atenas. Soy amigo de Teseo Eréctida, el rey.
¿Eres noble entonces?
Soy noble, señora, en efecto.
¿Entonces brindarás auxilio a una mujer de alta cuna?
Me fastidió la manera de hablar de la vieja bruja y no me molesté en disimular mi desagrado.
Señora, protegería a cualquier mujer, noble o no.
La joven sonrió con dulzura y se me acercó.
Perdona a Cer. Es vieja y tiene un carácter agrio y altanero, pero es mejor de lo que ella misma quiere aparentar.
¡Leini, eres insolente!
En ese momento, del pequeño bulto que la joven Leini llevaba en brazos, brotó un lloro diminuto como una hoja de rocío.
Pero.

¡Nippur! ¡Mira! ¡Es un bebé!
¿Y qué creías que era? ¿Un asno?
Anciana, tienes una lengua que pincha como las hormigas rojas.
No necesito forzar mucho mi lengua contigo, pila de carne.
De joven debiste ser amarga como el vinagre y reseca como el cardo, tal como eres ahora.
¿Qué sabes tú de mujeres, grandulón zafio? Las únicas que conoces deben ser las gordas bailarinas, que mastican ajo para deleite de los camelleros.
¡Ur-El! ¿Qué manera de hablar a un huésped es ésa?
¿Huésped? ¿Ella? Al verla nuestros camellos se asustarán tanto que huirán.
Ni se darán cuenta de mi presencia pues aún deben estar riéndose de la tuya, mole de grasa.
¡Ger!
De alguna manera conseguimos llevar a la anciana y a Ur-El hasta nuestra caravana. Allí, al amparo de las grandes rocas, encendimos fuego, cocinamos carne y habas para las dos mujeres.
Toma, anciana. Es leche de camello. Te suavizará la lengua.
Gracias por darme la leche de tu hermano.
Cuando terminaron de comer las obsequié con dátiles y dulces. Luego...
No quiero ser indiscreto, joven Leini, pero querría saber qué haces en esta soledad.
Hubo un cambio de miradas entre las dos mujeres antes de hablar.
Enviudé hace dos meses y la soledad del desierto fue demasiada para mí. Tengo parientes en las ciudades costeras y decidí ir a residir con ellos.
Ger, que fuera mi ama de llaves, insistió en acompañarme. Luego, por un descuido, nuestros camellos huyeron y quedamos desvalidas hasta encontrar tu expedición.
Medité sobre cuanto me había dicho. Algunas cosas de su relato y de sus personas me llamaban la atención, pero no quise expresar mis dudas en voz alta.
Señora, viajo en dirección a la ciudad de Garth, la de la gran torre. Allí te llevaré y podrás unirte a alguna caravana que vaya a las ciudades costeras.

La mención del nombre de la ciudad pareció espantarla.
¡Ah, no! ¡A Earth, no!

Al caer en la cuenta de mi sorpresa se mostró turbada y balbuceó algunas excusas.
Es que... esa ciudad tiene malos recuerdos para mí... prefiero evitarla.

Bien... si quieres puedo brindarte dos camellos y un guía, para que te lleven hasta tu lugar de destino.
Si puedes hacerlo, los dioses te lo agradecerán.

Toma, es para pagarte las molestias que te ocasiono.

Estudié la pulsera que me entregara. Era de oro macizo, maravillosamente labrada y con incrustraciones de piedras preciosas.
Tu marido era un hombre muy rico, señora.

Sí... era un hombre muy rico.

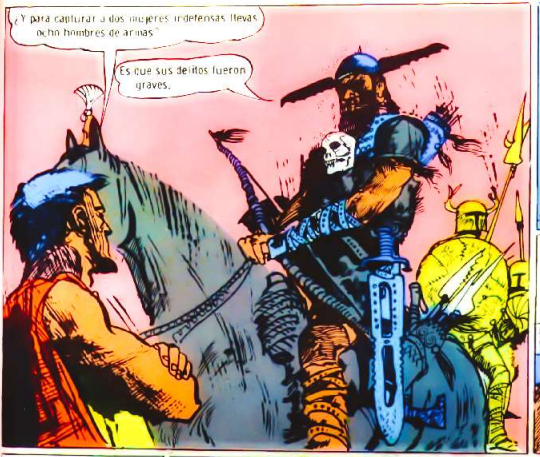
Toma tu pulsera, señora. En mi tierra hay una roca donde los dioses grabaron con sus dedos de fuego los deberes de los hombres. Yo no cumpliría con ellos si aceptara tu presente.

Ajpur, hombre generoso, pida tengas un sendero de flores y fertilidad en tu vida.

Se dirigió a su camello con dignidad de reina. Su deseo era el más sincero y puro que se puede desear de la gente del desierto. Muy pocos de tierra estéril me había deseado el agua y la tierra negra.

Sube, vieja bruja y pide a los dioses que este camello sea tan paciente contigo como lo fui yo.
¿Es este camello tu hermano? Ambos apestan de igual manera.

Un momento antes de que partieran me acerqué a la joven reina. Parecía más pequeña y desvalida que nunca, montada en el enorme animal.
Antes de que partas quiero advertirte algo.
¿Qué?
No vuelvas a repetir esa historia que me contaste. No eres esposa de un campesino pues tus manos son blancas y tus uñas aún conservan la tintura de la corte. Además, tus joyas son valiosísimas y repujadas con artesanía y eso no es propio de campesinos.
No sirvo para mentir muy bien.
Y los dioses sean benditos por ello. Hay demasiada gente práctica en ese arte. Ahora vete... y que Samas te proteja.
Se disolvieron en el horizonte polvoriento como un grano de sombra en el gran arenal del desierto.
Alzamos nuestro campamento y reiniciamos la marcha. Ur-El se acercó a mí.
Ella mintió, ¿verdad?
Sí, pero no lo hizo de mala fe.
El pelotón de jinetes apareció al día siguiente. Estaban polvorientos e irritados, armados hasta los dientes. El jefe visible, corpulento y de rostro cosido de cicatrices, se acercó a nosotros con su caballo sudoroso y...
¿Vosotros sois los jefes de la caravana?
Así es.
Soy Serek, jefe de la guarnición militar de la ciudad de Garth y enviado por el rey Suener.
¿Cómo? ¿El rey no es más Talaos?
No. El honorable Talaos, hijo de los dioses, murió hace una semana en un accidente de caza.
¿Y su esposa? ¿Y su hijo?
La joven reina, al conocer la infausta nueva perdió la razón, mató al heredero y se suicidó después.
¿Y tú qué buscas aquí, Serek?
Busco a dos fugitivas de la ley de Garth. Una mujer joven y una vieja, también llevan un niño de meses.



Hubo un brillo de sospecha en los ojos de Serek, pero la cantidad de hombres armados a mis espaldas lo hizo desistir de cualquier intento.

El pelotón se alejó con gran estrépito de armaduras y espadas. Vi que la dirección que seguía no diferiría mucho de la tomada por las fugitivas. -Ur-El, prepara un grupo de hombres y caballos.

Yo embestí con mi caballo apartándolo y me hallé frente a la joven Leiri.
Debo hacerte una pregunta. ¿Eres tú la viuda del rey Talaos?
Sí

Uno de los jinetes, obedeciendo a una seña de Serek, le atacó con su lanza.
¡Traidor!

Le descargué un espadazo en la cara, derribándolo como un saco.

La batalla estalló como un volcán a mi alrededor. Los jinetes se embistieron unos contra otros y los lanzazos hicieron jirones las carnes.

Vi a Ur-El embestir como un jabalí furioso contra el obeso y ahora asustado Serek.
¡Arreglemos las cuentas ahora, guerrero tridudo!

La lanza zumbó junto a mi sien y sentí su filo de bronce cortarme la carne.
¡Ahhhh!
SWISS

Al ver errado el golpe, el soldado se abalanzó sobre mí empuñando su cuchillo de dos hojas.

Caímos del caballo y rodamos abrazados por el polvo y las piedras. A mi alrededor los alaridos y los relinchos ensordecían.

Por fin conseguí inmovilizarlo contra el suelo y desenvainar mi cuchillo.
¡Ahhhh!

¡Rápido! ¡Mata al niño!

¡No!
El guerrero corrió hacia la joven Leini que espantada oprimió al niño contra su pecho. Vi la lanza cruzar el aire.

El cuerpo magro y viejo de Ger cubrió a madre e hijo. Hubo un golpe sordo y escalofriante.
¡Ahhhh!

Mi lanza atravesó el flanco del guerrero que cayó sin un grito.

Serek no esperó más. Picó espuelas frenéticamente y cruzó como una tromba el cerco de combatientes. Dos lanzas le erraron por poco y el canalla huyó a galope tendido.
¡Maldición! ¡Corre, bestia inútil! ¡Corre!

Leini estaba arrodillada junto al cuerpo ensangrentado de la anciana con los ojos arrasados por el llanto.
Ger... Ger...

No llores, chiquilla tonta. ¿Es esa conducta de una reina?
Ger... Ger...

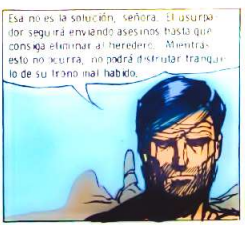
Muéstrame... muéstrame al niño.

Los ojos sorprendentemente dulces de la anciana, contemplaron al niño que lloraba a gritos pelado. Consiguió levantar una mano a medias...
Qué hermoso...

¿Ger?

Está muerta, señora... vieja.

Enterramos los cuerpos amigos y enemigos, pues en la muerte no hay diferencias. Luego nos unimos con la joven reina.
¿Qué harás ahora, señora?
¿Qué haré? Huir.


Esa no es la solución, señora. El usurpador seguirá enviando asesinos hasta que consiga eliminar al heredero. Mientras esto no ocurra, no podrá disfrutar tranquilo de su trono mal habido.

Qué decepción!

El pueblo cree que estás muerta. Pero si supiera que eso no es verdad, ¿le ayudaría a recuperar el trono?
Sí. No quieren a Suener.

Pero... ¿cómo volver a Garth sin tropezar con los hombres de Suener? Ellos no son gente de mi pueblo. Son mercenarios sirios asesinos.

Trataremos de pensar en algo.
Creo que tengo una idea.

Dentro de un par de días se festeja en tu ciudad la fiesta de las cosechas, ¿verdad?
Así es.

Por lo tanto todo el pueblo estará reunido en la plaza central.
Sí, pero no entiendo.

¡Espera! Y se permitirá la entrada de juglares y bufones para divertir al pueblo.
Sí.

Cuando la gente de Garth se había volcado en efecto en las calles, llegaron los seres siniestros. Pelotones de mercenarios sirios marchaban de aquí para allá apartando a los a puntapiés y a lanzazos.

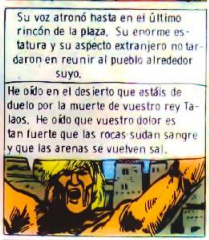
Nos habíamos disfrazado como buhoneros y cómicos trashumantes y en un pequeño carro descubierto llevábamos un gran cesto de mimbre.
¿Qué llevás allí?
¡Víboras!

¿Víboras?
Sí. Tenemos un encantador de serpientes gigantes entre nosotros. ¿Quieres revisar el cesto?

¡Fuera de aquí! ¡Llévate tu maldito cesto, tus malditas víboras y tu maldito encantador!

En un costado de la plaza se había levantado el gran palco real, rodeado por un cerco de sirios fornidos, armados hasta los dientes.
Parece que el buen Suenen no tiene mucha fe en el amor de su pueblo.

Llevamos nuestro carro al centro de la plaza y lentamente, nuestro gran cesto de mimbre comenzó a llamar la atención de la gente. Por fin Ur-El se puso de pie sobre el carro.
¡Pueblo de Garth!


Su voz atronó hasta en el último rincón de la plaza. Su enorme estatura y su aspecto extranjero no tardaron en reunir al pueblo alrededor suyo.
He oído en el desierto que estáis de duelo por la muerte de vuestro rey Talaos. He oído que vuestro dolor es tan fuerte que las rocas sudan sangre y que las arenas se vuelven sal.

Y sin embargo... ¿Si la reina no ha muerto? ¿Y si el niño no ha muerto?

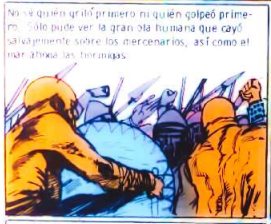
¡Cállate! ¡No perturbes a los muertos!

El grito de Ur-El hizo volar espantadas a las dormidas palomas en los aleros.
¡Tú perturbas a los vivos, asesino! ¡Asesino de Talaos! ¡Asesino de tu rey! ¡Pero no conseguiste llegar a ser asesino de tu reina!

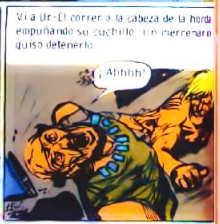
Con rápidos golpes de su cuchillo, Ur-El rajó la canasta en dos mitades... y lo que quedó así a la vista del pueblo que enloquecía de asombro.
¡Pueblo de Garth! ¡Aquí está tu reina! ¡Aquí está tu rey! ¡Celebradlos!

¡A ellos! ¡A ellos, Serek!

Nuestro viejo amigo Serek apareció en el centro de la plaza seguido de sus mercenarios. De pronto se detuvo. Había tomado conciencia del pueblo, que aquel día iba a cambiar lo enfrentaba como un gran batallón ruguiente.
¡Abrid paso! ¡Es la orden del rey!


No se quién gritó primero ni quién golpeó primero. Sólo pude ver la gran ola humana que cayó salvajemente sobre los mercenarios, así como el mar ahoga las hormigas.

Los sirios no pudieron defenderse. Fueron pisoteados, aplastados, destrozados por la multitud delirante.


Vira Ur-El corrió a la cabeza de la horda empuñando su cuchillo. Un mercenario quiso detenerlo.
¡Ahhhh!

Suener quiso huir del palco.
¡Aquí se corta el hilo de tu vida, usurpador!

¡Ahhhh!

¿Para ganar esto mataste? ¿Para morir así manchaste tus manos? ¡Pobre ambicioso!

Sigues tu viaje hacia las tierras de los gigantes, Nippur.
Sí. Sus planes siguen aun en pie.

Esto es para vosotros. Habéis rechazado mi oro pero no podéis despreciar este obsequio. Nada os pago con ello. Solamente quiero que recordéis que en Garth, la reina Leini os debe todo y os ofrece todo.

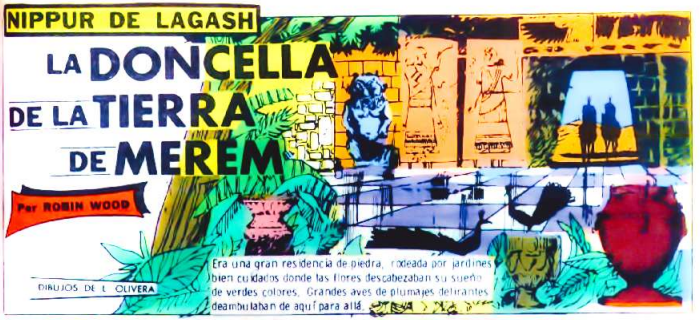
La ciudad de la alta torre quedó en el desierto y la reina Leini en el fondo de nuestra memoria. Caminante, si algún día cruzas por Garth, dile a la reina que Nippur de Lagash aún conserva un brazalete de oro y un recuerdo.
Fin

NIPPUR DE LAGASH

LA DONCELLA DE LA TIERRA DE MEREM

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE L. OLIVERA



Era una gran residencia de piedra, rodeada por jardines bien cuidados donde las flores descabezaban su sueño de verdes colores. Grandes aves de plumajes deslumbrantes deambulaban de aquí para allá.

Detuvimos nuestros cansados, fatigados y eché pie a tierra. Me sentía cansado y envarado y el peso de mi espada me parecía colosal. A mis espaldas sentía los relinchos y juramentos y el entrechocar de armas, junto con los lamentos de los cargadores.

A mi lado, Ur-El se golpeaba las piernas para hacer correr la sangre con más rapidez. Su rostro estaba oscuro y atezado y su cabello rubio, casi blanco por el sol del desierto, hacía resaltar sus ojos celestes como piedras chispeantes.

Miré atrás, donde quedaba por fin el desierto, tras varios meses de lenta y desesperante travesía. Me alegré de que hubiera terminado el viaje.

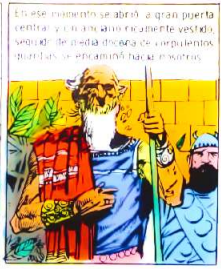
Creo que debemos pedir hospedaje en esa misión, Nipour.

Tienes razón.

Entramos nosotros dos, solamente, a caballo, tal como lo prescriben las viejas costumbres.

No creo haber visto en mi vida lugar más hermoso que éste.

En el centro del jardín descubrí un grupo de cinco o seis jinetes. Mercadeaban con tres guiñapos que habían traído consigo. Inmediatamente el gran visir Beshir —que nos respondía en el segundo piso— nos envió las llaves.
¿Y habrá nadie?


En ese momento se abrió a gran puerta central y en ella dio recientemente vestido, seguido de media docena de corpulentos guerreros, se encaminó hacia nosotros.

Bienvenidos al palacio de Melkartes, extranjeros. ¿Venís al torneo?

Por supuesto sé de qué hablas, anciano.
¿No pertenecéis a ninguna ciudad-fuerte? ¿No venís en busca de la mano de nuestra señora Merielem, reina de Merem?

No, anciano. Somos tan solo viajeros que deseamos hospedarnos esta noche para reiniciar nuestro viaje mañana.
Lamentamos haberte confundido.

¡Oh, no os preocupéis! En nada cambia la recepción. Mi señora Merielem, hija de Melkartes, desea que los viajeros sean atendidos con toda la consideración posible.

Tu señora es una mujer de noble corazón, anciano.
Efectivamente, lo es, viajero. Ahora dejad vuestros caballos en manos de mis criados y seguidme que os llevaré a su presencia.

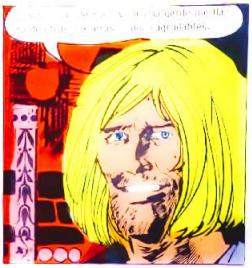
Desmontamos y seguimos al anciano tratando de acomodar nuestro andar a su paso lento y torpe. Atravesamos corredores y salas de piedra donde resonaba en múltiples ecos el entrechocar de nuestras espadas.

Por fin...
Adelante. Mi señora os espera.

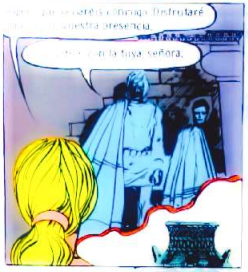
Era una mujer joven y de belleza dulce y serena para los ojos. Vestía sencillamente pero fue recibido con amable cortesía.
Sed juego de veros, extranjeros. Mi señora quiere saber de vuestras costumbres y de vuestros orígenes.

Mi nombre es Nippur de Lagash, a quien mucha gente ha comenzado a llamar "el errante".

Y tú, ¿cómo te llamas?



Río hasta que se le saltaron las lágrimas mientras apuntaba con un dedo a Ir-El.
¡Eres divertido, hombre de Elam! Claro que un poco deslenguado.


Disfrutaré
con la tuya, señora.

Señora, antes de abandonar tu presencia quisiera hacerte una pregunta.

¿Qué es ese torneo de que nos habló el anciano?

Ese torneo del que habló el anciano, es la manera como se elegirá mi marido.

Suena un poco tonto. ¿Por qué no lo eliges tú, directamente?
No me agrada ninguno. Y la ley dice que si no lo [illegible] después de un año de reinado deberá dejarse en manos de los dioses la elección del mismo.

En ese momento apareció el anciano nuevamente. Ahora parecía asustado.

[illegible]

No puedo decir lo mismo, Bakhr. ¿Es ésta la manera de entrar en mi palacio? ¿Crees aún que estás en la porqueriza que te sirve de morada?

Un enorme gandul que escoltaba a aquel jabalí humano rió groseramente mientras apoyaba todo el peso de su cuerpo en una gran espada.
¡Hablad así a mi señor por ahora! ¡Cuando salga la luna llena, será vuestro marido!

Estuve a punto de hundirle los dientes de un cuñetazo, pero Ur-El me ganó de mano.
¡Eh!

¿Qué te ha ocurrido, terrible guerrero? ¿Has tropezado con esa gran espada que arrastras con tanto esfuerzo?

Déjame que te ayude a levantarte.

Y ahora...

¡Vuela, pájaro de pico sucio!

El gandul se estrelló contra sus propios compañeros, cayendo en caótica confusión de brazos, piernas, espadas e insultos.

El llamado Bakhr parecía más que nunca un jabalí furioso y los hilos de oro de su barba temblaban airados.

¿Cómo te has atrevido a tocar a uno de mis hombres, miserable vagabundo?

Es mejor que vayas a pulir tus modales, Bakhr de Asur, antes que insultar a mi amigo. No tenemos por costumbre en mi país discutir con escoria de mercado.

Trató de desenvainar su espada pero salté junto a él y la aferré del correaje de su armadura. Le apoyé un cuchillo de dos hojas contra el cuello y su apestoso olor de sudor y perfumes me golpeó las narices.

Si tratas de tirar de tu espada verás la luna llena, mono de barba tejida.

Vaciló un momento y por fin ordenó a sus hombres que bajaran las armas. Pero antes de abandonar la sala del trono sacudió airado su puño en nuestra dirección.

¡Me pagaréis esta ofensa, vagabundo!

Creo que tu admirador no nos aprecia, señora.

Me alarmé al ver la palidez que cubría el rostro de la joven. Por un momento creí que estaba a punto de desvanecerse.

¡Señora! ¿Qué te ocurre?

Ur-El la ayudó a sentarse atendiéndola con una solicitud de la cual no lo creí capaz.

¿Te sientes mal, señora?

Sí. Me siento mal. He visto a la bestia entrar en mi casa como si fuera un cubil y me ha arrojado su seguridad a la cara como si fuera un puñado de basura.

Ha demostrado gran seguridad en su triunfo.

Tienes razón. Es uno de los guerreros más tremendos que han cabalgado en estas tierras. No tardarán en irse la mayoría de mis pretendientes al conocer su presencia.

Entonces... ¿temes que él gane?

Me espanta sólo pensarlo.

En ese momento penetró el anciano en el recinto. En su rostro tenía un magullón sanguinolento, caricia sin duda del jabalí de Asur.

Señora, algunos de los pretendientes os envían sus respetos y se retiran.

¡Já! El jabalí de Asur ha bramado fuerte y todos han corrido espantados al oírlo.

[illegible]

[illegible] trabajo [illegible] Nippur. Con [illegible] de esos hombres en esclavos de un [illegible] de fuertes músculos.

Sí. No es buena, pero es la tradición y hemos visto en todo nuestro camino que las tradiciones pesan como los yugos de las carretas.

[illegible] hasta la brisa parecía inquieta y desasosegada y golpeaba nuestras ventanas y sacudía las flores y parecía [illegible] con urgencia. Desde lejos se [illegible] un grosero estrépito de cubiertos y cantos de beodos.

El jabalí de Asur y sus hombres festejan por anticipado el triunfo.

Ur-El se puso de pie y se acercó a la terraza. La luz blanca y lechosa bañó su enorme figura.

Será muy amargo el destino de la joven si ese cerdo llega al triunfo.

De pronto lo vi inclinarse sobre el parapeto observando algo entre la fronda.

Nippur, la señora está en el jardín y creo que llora...

El no hesitó. De un tremendo salto abandonó la terraza. Vi su silueta enorme avanzar entre los macizos de flores y los árboles frutales.

[illegible]

[illegible] ¡Ah! ¡Eres tú, extranjero!

¿Qué te ocurre, señora? ¿Por qué lloras?

No es nada, extranjero.

Es tan solo miedo...

No debes temer, señora. No temas...

¡Oh, sí! ¡Tengo mucho miedo! ¡Tengo miedo de esa bestia sucia y cruel!

No llores más, pequeña. Ur-El está aquí y mientras así sea nadie te tocará ni un solo cedo.
La joven sintió los brazos anchos de Ur-El rodearla con suavidad y reclinó su cabeza en el pecho de mi amigo sollozando más suavemente.
Cuando Ur-El volvió supe que había tomado una decisión. Algo en él parecía más duro que nunca.
Nippur, amigo mío. Siéntate.
No hace falta que me lo digas, Ur-El. Vas a luchar por la mano de Merielem.
¿Cómo lo sabes?
Ur-El, piensa un poco. Desde que salimos de nuestra ciudad de Lagash, ¿cuántos años hemos vivido juntos? ¿Cuántas tierras hemos cruzado? ¿Cuántas luchas hemos tenido que afrontar? ¿Cómo puedes imaginar que no te conozco bien? A ti, que eres como un hermano para mí.
Me siento como un traidor, hermano [illegible] en el jardín [illegible] mis brazos [illegible] he consolado [illegible] do sus lágrimas [illegible] quido que volviera a [illegible] reír y me he sentido bueno y suave.
Hace mucho que viajamos, Nippur. Viajamos sin fin. Combatimos sin fin. Mi espada está mellada de golpes y mi brazo cansado de la sangre y de los gritos de los heridos y del trotar de los caballos.
Me detengo, Nippur. Voy a luchar por Merielem y si triunfo me casaré con ella. Es reina de todo el territorio que nos rodea, cinco ciudades y miles de hombres y mujeres. Podré ayudar a su gente con los conocimientos que adquirí en mis viajes, y yo podré hallar la paz.
¿Comprendes, hermano?
Comprendo a [illegible]
No hablamos [illegible]

Al día siguiente vimos el primer combate. Fue en un gran prado verde, salpicado de flores blancas y amarillas. Uno de los rivales era el jabalí de Asur, con su armadura negra y sus ojos inyectados en sangre.

El otro era un joven y atezado príncipe de las tierras bajas de los alrededores de Garth. Pese a que casi todos se habían retirado al saber de la presencia de Bakhr, él había decidido enfrentarse a lo.

La lucha fue corta y brutal. La espada del jabalí de Asur hizo pedazos las armas y las manos del joven y por fin su cuerpo elástico y moreno quedó tendido, ensangrentado de pies a cabeza entre las flores amarillas y blancas.

Al pasar junto a nosotros, con su armadura negra salpicada de sangre y la barba sucia de saliva, se detuvo ante Ur-El.

Me he enterado que lucharás conmigo, hombre de Elam. Es una buena noticia. Todos mis enemigos duran poco y me aburro. Tal vez tú me dures un poco más.

Esa noche los ancianos metieron los dedos en una calabaza hueca y extrajeron uno de los huesecillos que contenía para saber qué armas se utilizarían.

¡Mazas y cuchillos!

En el jardín vi a Ur-El caminar por los senderos de piedra tomado de la mano de la joven, entre flores y un cielo estrellado como el manto de un rey. Me sentí solitario y feliz. Solitario por mí y feliz por él.

¡Será triste seguir el camino solo, pero será bueno saber que él es feliz.)

El día siguiente amaneció nublado y tempestuoso. Violentas ráfagas de viento alzaban remolinos de polvo y los relámpagos acuchillaban el horizonte. El prado parecía gris y mustio.

Cuídate, Ur-El. Bakhr peleará como un loco

La locura también es peligrosa para el que la padece.

Avanzaron con cautela el uno hacia el otro. En la mano derecha la maza de piedra, en la izquierda el escudo y en el cinturón... el cuchillo de caza. Algunas gotas comenzaron a caer y los truenos nos ensordecieron.

Bakhr atacó el primero. Corrió agachado y lanzando espeluznantes alaridos.

¡Ahhhhhh!

Pero Ur-El sin inmutarse, le descargó un tremendo mazazo que el asirio consiguió detener a duras penas. Así se frustró su ataque y sus alaridos.

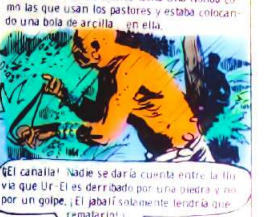
Luego avanzó Ur-El golpeando de derecha a izquierda con fuerza espantosa, haciendo saltar pedazos del escudo del asirio. La lluvia comenzó a caer con más fuerza.

Un terrible golpe de Ur-El chocó con la maza de Bakhr y...

Entonces me llamó la atención el gandul, el que Ur-El derribara en la sala del trono, pues se apartó de los que observaban la pelea y silenciosamente se dirigió hacia un grupo de árboles no muy lejanos.

Pero Ur-El aferró su escudo con ambas manos y descargó un golpe atronador y prodigioso sobre el brazo derecho del asirio.

Y allí lo vi. En sus manos tenía una honda como las que usan los pastores y estaba colocando una bola de arcilla en ella.



La lucha comenzó a igualar lentamente al principio, más rápida después. Sólo quedaba una cosa para hacer.

Y allí, en el campo de batalla, yace el jabalí de Asur que entrechocaba furiosamente sus colmillos contra los peñascos. Ahora, tirado en el barro, agonizaba sobre el ensangrentado cieno. Su voz de los abismos,

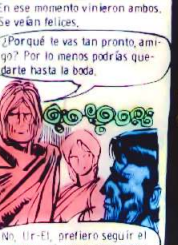
¡Ur-El!
¡No!

¡Esperad! ¡No...!

Hubo un relámpago vivísimo que iluminó la tierra y la lluvia y los hombres como si fueran estatuas de sal.

Tirado en el barro, encogido como un animal herido, Bakhr, el jabalí de Asur no parecía ni terrible ni amenazante. Apenas si era un hombre muerto.

No quise quedarme mucho tiempo en el reino de Melkartes, la tierra de Meriem donde ahora Ur-El iba a reinar. Mi caravana de camellos y guerreros jadeaban bajo las cargas y las armas.
¡Apretad fuerte esas cinchas, holgazanes!


En ese momento vinieron ambos. Se veían felices.
¿Porqué te vas tan pronto, amigo? Por lo menos podrías quedarte hasta la boda.
No, Ur-El, prefiero seguir el sendero. Tú me conoces bien.

Sí, yo te conozco bien.

Cristóbal a Ur-El, mi amigo, el hombre de Elam, cuya sombra no se había separado de la mía en cinco años y sentí que el corazón se me encogía.
¡Nooo...! ¡Yo...!

No sé si te dije algo. No recuerdo muy bien. Sólo sé que clavé espuelas en mi caballo y que todos mis hombres lanzaron un grito al unísono y se pusieron en marcha.

Me di vuelta y vi a mi amigo de pie ante la mansión de piedra. Me ensordecía el piafar de los caballos, y el tintinear de las armas y el crujir de las monturas. Creí que estaba transpirando y me toqué el rostro. No. Estaba llorando.
FIN

NIPPUR DE LAGASH

MI NOMBRE ENTRE LOS BÁRBAROS

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Venían de todos lados. Hombres y mujeres cansados y polvorientos, arrastrando bagajes y carretas, forcejeando en los estrechos caminos o tropezando por los campos de labranza.

Eran fugitivos de la guerra. Campesinos, labradores y pastores. Pequeños comerciantes, soldados derrotados, hombres, mujeres y niños.
¡Señor! ¡Señor! ¡Dame pan! ¡Un pedazo si te sobra!
Toma, mujer. ¡Llévale bastante para tu familia, si la tienes...
¡Gracias, señor!
¿De qué huís? ¿Quién es el enemigo?
¿No lo sabes?
Desde el Norte llegan los bárbaros del país de Marad, los hombres de largos cabellos rubios en sus pequeños caballos de crines amarillas. Cada uno lleva un puñado de lanzas y un escudo de cuero en la espalda.
Galopan día y noche y atacan con la rapidez del viento. Queman, roban y matan. Llevan esclavos, ganado y alimentos. En las puntas de las lanzas hincan las manos de los caídos.
Al frente de la horda viene su jefe, Bukati-el-sanguinario y más atrás la reina Niver lo sigue con sus amazonas.
¿Los manda una mujer?
No la llames mujer, señor. Es un guerrero. Galopa como un fantasma sobre la llanura y su lanza es la más certera de todas. Sólo a la súplica de sus consejeros se debe el que no se halle en primera fila.
No. No la llamo mujer. Quien puede contemplar toda esta desolación e incendio y matanza sin levantar un dedo no puede ser una mujer.
La anciana se encogió de hombros y con el pan apretado contra el pecho se sumó a la columna de fugitivos. Por un rato quedé observando esa serpiente de dolor y miseria humana.
En ese momento se acercó Kafilas, mi lugarteniente, un negro de gran estatura y pesados hombros. Su rostro tatuado se veía preocupado.
¿Qué hacemos, amo?
-Seguiremos viaje, Kafilas. La presencia de los bárbaros de Marad no debe inquietarnos.
No soy cobarde, amo. Tú lo sabes bien, pero... ¿no nos estaremos arriesgando inútilmente?

Kafilas, hombre sin riñones, nuestro destino está trazado. Los griegos dicen que nuestra morra, así llaman ellos al destino, está marcado desde antes de nuestro nacimiento.

Amo, eso será muy cierto pero en las batallas he visto a los griegos correr como galgos sin detenerse a pensar si su suerte estaría inscrita o no. De nada sirve bien ser pobre pajarito Kafilas.

Me temo, Kafilas, que tu destino está en la punta de mi espada.

Así lo hicimos. Por las dudas hice afilar las armas y afilar las lanzas. Sabía que mi emperador era peligroso pero me sentía terco en marchar hacia aquellos guerreros del Norte que avanzaban cosechando el horror.

No tuvimos contratiempos el primer día ni el segundo y mis hombres comenzaron a bromear y a echarse mutuamente en cara su miedo anterior.
Parece que tu prudencia fue excesiva, Kafilas.
Espero que así sea, amo.

Entonces aparecieron en la cima de la loma, con las largas crines de sus caballos flotando al viento y sus puntas de lanzas brillando al sol.

¡Amo! ¡Los bárbaros!
¡Malditos sean!

¡Rápido! ¡Hagan un círculo con los carros! ¡Caven zanjas! ¡Rápido!

Desde lejos podía oír el ulular pavoroso de los bárbaros que se reunían preparándose para atacar. Hice que los portadores cavaran pozos aquí y allá al rededor nuestro, de no más de medio metro de profundidad.

Otros clavaban estacas y las unían por medio de sogas o fijaban hierros afilados en forma de garfios o astas.
¡Rápido con los cepos!

Luego nos encerramos en el círculo y atamos los carros unos a otros usando sogas y cadenas. Los animales fueron atados de las patas y acostados en el centro del campamento.
¿Estamos listos, Kafilas.
Estamos listos, pudimos estar, señor.

Vi a los bárbaros galopar como diablos arrojando alaridos con sus lanzas. Con el choque de las lanzas cada vez más y más.

Me desembarazé de la capa y me coloqué el casco y la coraza, luego con mi hacha de combate, dos espadas al cinto, me fuí junto a las carretas.
Y entonces atacaron. Llegaron a galope tendido con los vientres de los caballos rozando el suelo, los ojos chispeantes y las bocas abiertas en un alarido inacabable. Llegaron en multitud.
Y entonces los caballos tropezaron con los pozos y las cuerdas y rodaron por el suelo y los jinetes se mataron contra las estacas y los garfios.
Y mis arqueros los mataron a flechazos con ésas, sus largas flechas de madera dura y puntas de hueso. Algunos, heridos, corrían gritando con una saeta sobresaliendo en sus espaldas.
Pero detrás vinieron más. Algunos tropezaban con los caídos y rodaban de sus cabalgaduras. Otros en cambio llegaban aullando hasta nuestras carretas y trataban de entrar.
Y allí los matábamos a lanzazos y martillazos, con hachas y cuchillos, con flechas y mazas. A piedrazos, a puntapiés...
Pero llegaban más y más. Trepaban encima de los carros con una lanza entre los dientes y dos en cada mano y desde arriba nos herían. Entonces, ordené...
¡Prendan fuego a las carretas!
Resecas por el sol ardieron como paja y los bárbaros encaramados encima de ellas saltaron con sus ropas de pieles salpicadas de llamas. Muchos corrían ardiendo como antorchas.
Pero ahora los bárbaros estaban enloquecidos por nuestra obstinada resistencia y daban saltos increíbles y atravesaban el cerco de llamas y caían sobre nuestras lanzas y todo se volvía una carnicería sorda y ciega.
Y llegaban más y más y más y más. Por todos lados entraban y ya no les importaba morir. Al frente vi a dos guerreros cubiertos de joyas que debían ser sus jefes.
¡Adelante Nippur! ¡Esa es buena presa!

Me atacaron con agilidad y fuerza.

¡A él! ¡Es el jefe!

Mi hacha aulló en el aire y uno de los dos jefes saltó de costado como un lobo lanceado.

El otro vaciló un momento y entonces lo herí debajo de la mandíbula.

¡Ahhhhh!

Miré a mi alrededor y vi a los bárbaros llenar mi campamento. Mis hombres eran atacados de todas partes.

¡Ahhh!

¡Kafilas!

Por su forma de caer supe que ya estaba muerto y mi odio fue como un alarido de locura en mis oídos. El lancero gritó cuando caí sobre él pero no tuve piedad.

Entonces supe que estaba rodeado. Un enorme cerco de rostros hoscos y un cinturón de lanzas. No era malo morir así.

Adelante, chacales. ¿Quién es el primero en querer poner los dedos encima de Nippur de Lagash?

Yo.

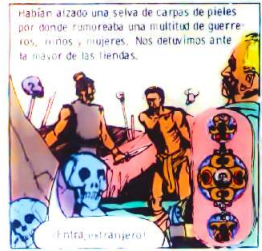
No terminó de hablar cuando salté sobre él y le descargué un golpe tan fuerte que lo levanté del suelo.

¡Ugh!
Ultrajados y fuera de mí por el poder desatado en mi sangre, le pegué con el revés del puño.

Volvió a caer una vez encima mío pero los arrojé a hachazos, loco de rabia. Sentía en mis brazos una fuerza sin límites.

Y entonces vino el golpe que me derribó...

Así llegué al campamento de los bárbaros con las manos atadas a la cola de un caballo y rodeado de sus semblantes llenos de perversos heridos como extrañación del costo de mi captura.


Habían alzado una selva de carpas de pieles por donde ramoreaba una multitud de guerreros, niños y mujeres. Nos detuvimos ante la mayor de las tiendas.
¡Entra, extranjero!

Dentro de la carpa estaba sombrío y fresco y vi un grupo de hombres y mujeres comiendo alrededor de un lago de almohadones.
Señor, te he traído un prisionero.

Era alto y flaco como un perro de campesinos. Tenía la cara maltrecha sin duda por golpes terribles aplicados en la mirada y estaba sentado sobre el suelo sin comer y sin beber. Levantó la cabeza y me miró.
¿Para qué me lo trajiste?

Peleó como un lobo, señor. Mató a muchos y antes de caer hizo una defensa estupenda.
¡Ah!

Se puso de pie y descubrió que era casi una cabeza más bajo que yo. Esto no lo hizo aparecer mucho más feliz.
¿Tú te has atrevido a pelear contra mis hombres?
Peleé contra ellos y los maté por docenas. En verdad, son malos guerreros.

Entonces apareció Xiwil. Sobre cuerpo ella pues vestía rojas de guerrero y llevaba los largos cabellos rubios sueltos hasta la cintura.
En mi campamento no me gustan las atrevidas. Les hago arrancar la lengua y les corto las orejas.

Supongo que eres la reina de esos guerreros hambrientos... ¡Muy hacha chita, pero... no nas reina que seas! No acostumbro a hablar con mujeres con los pechos vacíos de grasa.

Por un momento creí que iba a matarme allí mismo. Su hermoso rostro estaba rojo como un pimiento.
¡Bukal! ¡Enséñale a respetarme!

Como es natural, no esperé que su jefe cumpliera con la orden... Me lanzó la jalea encima.
¡Aaah!
HUGH

Señora, creo que tu jefe no estará en condiciones de hacer mucho durante largo rato.

¿Quién eres, extranjero? ¿Cómo te atreves a tanto?
Me llamo Nippur de Lagash y mi dignidad no merma por el hecho de haber caído prisionero.

Sonrió con una sonrisa cruel que prometía muchas cosas y ninguna agradable.
¿Dignidad? Espera, hombre de Lagash. Cuando yo termine contigo tendrás menos dignidad que un perro.

Ya noche por primera vez en mi vida oí el silbar del látigo y sus dientes de cuero convirtieron mi espalda en una gran llama de dolor.
¡AUUSH!

SWIIIIISHHHH
¿Qué te parece esto, mulo de Lagash? ¿Aún deseas patear?

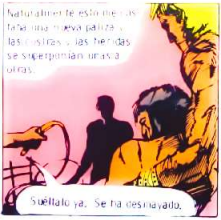
¡Ah!
¡PUFF!

Me arrearon como un animal entre a cuchillo de esclavos ambientales apaleados y rijosos. A veces se me acercaba alguien guardián a caballo y me golpeaba con el mango de su lanza.
TUMP
¡Eh, valiente! ¡Apúrate, cerdo!

Y mi respuesta era siempre la misma.
¿Eh, que ha...?

¡Y ahora, corre si quieres vivir, perro!

¡Ya basta, bastardo sucio!


Naturalmente esto me costaba una nueva paliza y las cicatrices y las heridas se superponían unas a otras.
Suéltalo ya. Se ha desmayado.

Cuando llegamos al pueblo de Nivert, una [illegible] se unió a nosotros.
[illegible] sembrados.

El tercer día vinieron Nivert y Bukati seguidos de varios cortesanos a contemplarme.
Trabaja bien el sumerio pero creo que necesitaría un poco de látigo para mostrar más entusiasmo.

¿Es una buena idea, señor?
¡Arrea un poco a ese esclavo!
¡Es perezoso!

¡Ya oíste, cerdo! ¡Apúrate!
SHSAS!

El golpe que me descargó ese cerdo untuoso colmó mi paciencia.
¡Ahhh!
CRUCK

Bukati, creo que ese prisionero es demasiado duro para los guardianes que tiene. Sus hombres aún no han recibido suficiente como para cuidarlo.

¡Vámonos de aquí!

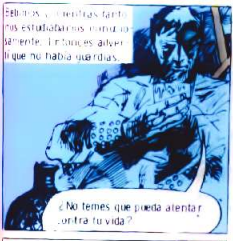
Esa noche, un grupo de guardianes me sacó a la rastra del campamento de los esclavos. Calculé que mi último momento había llegado. Por fin me detuvieron ante una enorme tienda.
¡Aquí seguramente será ejecutado!

¡Ufff!

Adelante, Niver! ¡Ve a la isla de Tatarsi! No temas nada. Yo estaré contigo en el agua.

¿Estás dispuesto a luchar por mí, Niver?
Es difícil de explicar... Siento que puedo hacerlo.

¡Niver, cuidado!


Bebimos y comimos hasta hartarnos. Entonces Niver me contó todas sus aventuras, incluso cómo había conseguido la espada.
¿No temes que pueda atentar contra tu vida?

Sonrió con burla y se acarició un ancho puñal curvo que llevaba en la cintura.
No necesito guardias. Si trataras de atacarme, yo misma te mataría.

No le di tiempo a nada. Con un movimiento le tomé los brazos entre las mías sin dejarle desenvainar su puñal.
¡Que haces, Niver?

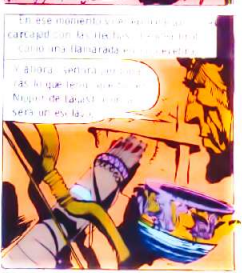
Entonces apreté. Fuerte. Fuerte. Fuerte. Desde mis hombros hasta mis muñecas todo era presión y palanqueo con los dedos. Vi su rostro hermoso volverse blanco de dolor. La oí gemir.
¡No!... Me duele... no... ¡Suéltalo, seas!

Y de pronto sollozó. Un largo sollozo femenino y su rostro estaba angustiado como el de una chiquilla azorada. Entonces la solté.
No se amenaza a un hombre de verdad, Niver.

Y entonces la besé. Su rostro estaba frío por las lágrimas y sentí sus brazos alrededor de mi cuello.
Nippur... Nippur...

Se apartó de mí y me miró asustada. Ahora no era la reina querrera sino una muchachita azorada que ha recibido su primer beso.
Nunca me habían besado nadie.

Tal vez eso sea lo que necesites, Niver. Caricias. Conocer el amor sencillo. La paz. El calor de una familia. Cuando llegues al fondo de ese frío tuyo también podrás volver a montar un caballo de guerra o empuñar una lanza.


En ese momento [illegible] cargado [illegible] Sobre una llanura [illegible]
Ahora, ¡vuelve con [illegible] Niver de Tatarsi [illegible] será un espléndido

Antes que pudiera reaccionar, le clavé el cuchillo en el cuello, le até las manos y los pies con las cuerdas de cuero de la tienda, y lo amordacé.
¡Perdóname, pero es importante que no grites en este momento!

Luego tomé una docena de flechas y las mojé en las llagas que tenía en el cuello.
¡Veremos cómo resulta...!

De un cuchillazo hice un boquete en la tienda. Luego me eché la punta de la flecha en la boquera hasta que todo llegó.
¡Ya allí va!

Y así, una tras otra, las fui clavando en las telas de la tienda... El efecto fue instantáneo...

¡Disparé todas mis flechas menos una.
¡Fuego! ¡Fuego!

Entonces, cogí la última de mis flechas envenenadas, la más afilada, la más mortífera, la más letal, la más...
El miserable, el cruel, el ave sino Bukat.

Me dirigí contra una vez más.

Mientras todos los bárbaros luchaban denodadamente contra el fuego, me deslicé fuera de la carpa y agachado corrí hacia el corral de los caballos.

Encontré un guardia. Cuando entré en el corral lo dejé clavado con mi cuchillo a la cerca de palos. Con un dedo escribí su nombre en la arena a sus pies. No quería que me olvidaran fácilmente.

La luz del nuevo día me descubrió así, semidesnudo, jinete en un miserable caballejo sin montura, sin armas. En el zurrón que le robara al guardia hallé un poco de carne seca.

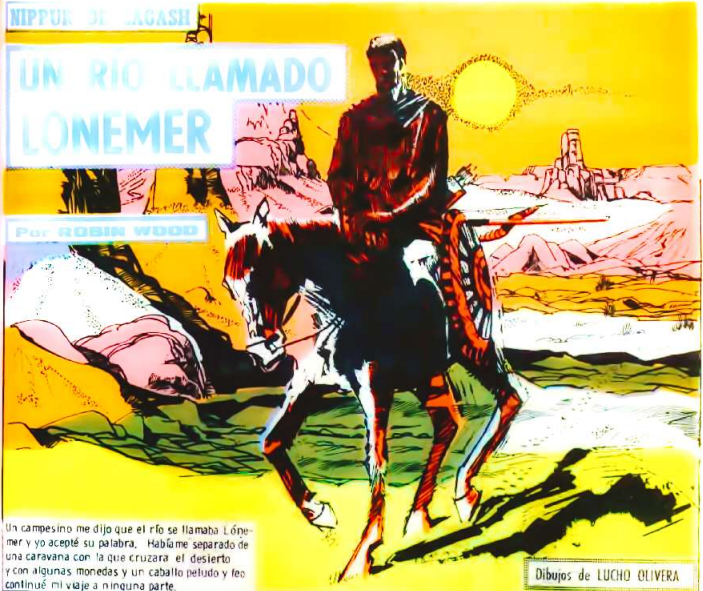
Recordé la profecía de la Sibila que me vaticinara tronos y riquezas y contemplé el trozo de carne seca que tenía en la mano.
¡Hum... el comienzo no es prometedor!

Acordé la magra ganancia y me reí un poco. El caballo pateó inquieto... no sé por qué me sentí absurdamente feliz.
Fin

NIPPUR DE LAGASH

UN RIO LLAMADO LONEMER

Por ROBIN WOOD



Un campesino me dijo que el río se llamaba Lónemer y yo acepté su palabra. Habíame separado de una caravana con la que cruzara el desierto y con algunas monedas y un caballo peludo y feo continué mi viaje a ninguna parte.

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Era un descanso para mis ojos el verder de las riberas y el agua fría y rápida del río. Tras largos meses de desierto no me cansaba de zambullirme una y otra vez.

La caza era abundante y a veces tropezaba con ciervos. Entonces derribaba uno y comía en algún bosquecillo umbrío y salpicado de flores.

Creo que en esos días fui feliz. Mis pertenencias eran escasas y sin valor y no tenía que preocuparme de nada. Llamé a mi caballo con el nombre de Jerek, que en sumerio significa "el feo". Y nunca hubo nombre mejor puesto.

Y así vagaba sin apartarme del río. A veces recordaba las grandes ciudades y los ejércitos poderosos y los grandes carros de guerra. Recordaba a mis amigos... Teseo de Atenas... o...

(Ur-El... Ur-El...)

[illegible] casi mi hermano, el gigante de Elam de [illegible] al convertirse en rey de Merem.

(¿Qué estará haciendo en este momento?)

Cuando la noche era oscura y la luna dormía como un puñado de polvo de plata sobre la superficie del agua, me sentaba cerca de la orilla. Era hermoso estar solo sin otra persona y sin otros sueños y oler la humedad del río y de la savia de los árboles.

[illegible] Hippo de Lagash, quien [illegible] Pobre y [illegible] sin nada encima, yo que viviera entre el oro y la obediencia. Y sin embargo era feliz. Después [illegible] y con nostalgia [illegible]

Fue en uno de esos días sin importancia y a mismo tiempo tan importantes, cuando vi al jinete.

(Parece un cazador.)

[illegible] un hermoso caballo y ante él, un [illegible] trataba de huir por entre los árboles.

(¡Ud. [illegible])

(Entre esos árboles, [illegible] puede atacarlo por sorpresa.)

No me equivoqué. El verraco desesperado giró sobre sus cuartos traseros y embistió salvajemente al caballo de su perseguidor.
¡Maldito!

¡Corre, Jerek! ¡Ese idiota se va a hacer matar!

¡Ah!

Cayó pero se puso de pie de inmediato y desenvainó su cuchillo de caza. El jabalí furioso bajó la cabeza hasta el suelo y apuntó hacia él.

¡Corre, Jerek! ¡Corre!
Jerek corría como sólo él sabía hacerlo. Con el vientre casi tocando el suelo.

Con dedos febriles desaté los nudos que sujetaban mi lanza y la empuñé. Tenía que actuar rápidamente.
Mi lanza era de madera pesada y con la punta de bronce. La arrojé con todas mis fuerzas.

Golpeó al jabalí en el costado y lo tiró al suelo casi partido por el medio.
El joven quiso correr para rematarlo pero lo detuve dándole un pechazo con mi caballo.
¡Quieto, chiquillo imprudente!
Empuñé la vieja espada de mi montura y me acerqué al jabalí que pateaba y chillaba. Una vez junto a él, ...
Ya está. Ya tienes tu presa, muchacho.
Era un chiquillo de una hermosura inquietante. Algo me llamaba la atención en él.
No es mi presa. Lo mataste tú.
Tú la hallaste, muchacho.
¡Deja de llamarme muchacho, campesino ciego!
¿Hmmmm?
¡Ahora caigo! Tú no eres un muchacho. Eres una niña.
¡Miserable campesino! ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Toma!
¡Ay!
Creo que te hace falta algo que ni tu padre ni tu madre te dieron.
¡Suéltame!

¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro!

Y espero que con esto aprendas a hablar con cortesía a una persona mayor que tú.

El jinete salió de entre los árboles con una sonrisa divertida en los labios. Vestía ropas de caza y contempló a la joven riendo sonriente.
¿Qué haces en el viejo, Tirem? ¿Has perdido algo?
¡Padre...!

¡Padre! ¡Este villano me pegó en... en... bueno, ¡me pegó! ¡Te exijo que lo castigues!
Caramba... caramba...

Y dime, hijita, ¿mataste tú al jabalí?
Lo mató él.

¿Y tú dónde estabas en ese momento?
Padre...

¡Eres cruel! ¡Debes haber visto todo y te estás burlando de mí!
No, hijita. No me burlo.

Y, en efecto, cómo el tarasterio te salvó la vida. Y también creo que te enseñó a ser más cortés. Ambas cosas las hizo bien.

Y ahora adivina qué es lo que yo espero que tú hagas.
Padre...

Daban la impresión de ser un padre y una hija que se entendían muy bien. Se miraron un momento y ella se acercó a mí.
Señor, quisiera pedirte que seas tú quien les dé la noticia a mis padres. Ellos... ellos... no saben que he muerto.

Lo dijo con gracia y casi divertida. No pude menos que reírme.
Las disculpas debo pedirlas yo por ser demasiado fácil de manos.
Está estudiando con el rabillo del ojo a su padre y murmura y no lo hago para que él no lo escuchara.
Y bien pesada que la tienes, cañoso jinete.
El anciano se acercó a mí.
Mi nombre es Alomeres, jefe de guerra de esta región, y este demonio es mi hija Tiren.
Es un placer conocerte. Mi nombre es Nippur de Jagash.
¡¡¡Qué!!!
¿Tú eres "el errante"?
Pues... sí...
Ven a mi casa. Será un honor para mí que seas mi huésped por algún tiempo.
Bueno... yo...
Era un enorme conjunto de edificios de piedra rodeado por las chozas de los aldeanos y más al fondo se veían los cuarteles de los soldados.
Este es mi pueblo, Nippur.
¡Ah! ¡No había advertido cómo extrañé esto!
Ten cuidado con esa hoja, bruto, o te arrojo por la ventana.
Señor, mi amo te envía estas vestiduras.
Gracias. Déjalas ahí.

Cuando bajé al gran salón de paredes de roca, ya los dueños de casa me esperaban.

Esta es mi esposa [illegible], Nippur de Lagash.

¡Qué diferente estás, extranjero! ¡Esa túnica cambia tu aspecto totalmente!

Pues tú ahora luces como una verdadera mujer y no tengo escrúpulos en decirte que tu belleza es deslumbrante.

Ahogó una risita y murmuró bajo para que [illegible] escucharan.

¿Sigues teniendo la mano pesada, bruto maloliente?

Más pesada aún, mocosa huesuda.

Durante la cena tuve que responder a mil y una preguntas sobre mis viajes y los países que había conocido.

Tuve noticias que conociste en el templo de la Cibila al gran señor Sargón.

Así es, en efecto. ¿Cuáles son las noticias sobre él?

Es rey de Asad. Tuvo que [illegible]

Pedigüe [illegible] recuerdo de aquel hombre alto de facciones [illegible] estrecharé mi mano en el desierto.

¿Eres bueno peleando o solamente es [illegible]?

[illegible]

Viví durante dos semanas en la casa de Alomeres y dediqué casi todo mi tiempo a cazar en su compañía y en la de su hija.

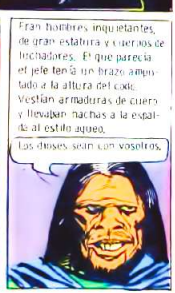
Esa noche comimos frente a la casa, en el prado, rodeados por los campesinos. En el fuego, el ciervo recién cazado se doraba lentamente. De pronto Alomeres gritó:

La joven se puso de pie junto a la hoguera y con dedos ágiles soltó su larga cabellera que se abrió como una cascada negra.

Sus pequeños pies cobraron vida propia sobre la hierba negra del prado y danzó como una llama más alrededor del fuego mientras se oía el resonar del arpa, apenas un tintineo desde la noche.

Adelantados, forasteros, y acercaos al fuego. Tenemos carne y vino para quien lo desee.

Eran hombres inquietantes, de gran estatura y cuerpos de luchadores. El que parecía el jefe tenía un brazo amputado a la altura del codo. Vestían armaduras de cuero y llevaban hachas a la espalda al estilo aqueo.



Mi nombre es Astarión y éstos son mis hermanos Lucio y Lanios.
No me gustó nada la mirada sedienta que lanzó el manco a Tiren. Sus ojos eran perros aullantes.
Se sentaron y comieron en silencio y no tardamos en olvidarlos. Tiren volvió a danzar alrededor del fuego y el monótono entrechocar de las palmas de las manos marcaban el ritmo de su danza.
¡Baila, Tiren, baila!
Cuando el cansancio nos dominó nos tendimos allí mismo, sobre el césped cubriéndonos con nuestros mantos y no tardamos en dormir pesadamente.
Me despertó un grito que me parecía un alarido animal.
¡Tiren!
¿Qué ocurre, Alomeres?
¡Tiren! ¡Tiren ha desaparecido!
Busqué con los ojos a los tres forasteros.
Entre las huellas revueltas de sus caballos hallé una cinta del vestido de Tiren.
¡Busca a tus soldados, Alomeres, y sígueme! Yo te dejaré huellas de mi camino.
Busqué a Jerek y me armé con arco, flechas y mi cuchillo de caza. En mi memoria brillaban los ojos febriles del manco.
¡Corre, mala bestia! ¡Corre!
Busqué huellas febrilmente corriéndome en círculos hasta que...
¡Aquí están!
Jerek corría como un rayo por la ancha pradera verde y gris y el retumbar de sus cascos arreciaba cada vez más.
¡Corre, Jerek! ¡Corre!
Uno de ellos había quedado para cubrir la retirada de sus compañeros. Lo supe cuando un par de aves volaron espantadas desde un matorral.
¡Ajá! ¿Quieres sorprender al viejo Nipour canalla?!

¡Ah! ¡Ahhhhhhh!
Pero jamás sospeché que un par de kilómetros más allá esperaba el segundo. Me di cuenta de mi error cuando sentí el silbido de la flecha.
¡Ah!
El golpe contra el suelo fue doloroso pues no es cosa de risa caer desde un caballo al galope tendido.
Me quedé quieto en el suelo con el rostro hundido en la hierba, esperando. Un gran arbusto florecido se interpondría entre mi alacante y yo.
¡Espero que venga a asegurarse de mi muerte!
¡Ahhhh!
LUIS OLIVERA - 1969

Desclavé mi ancho cuchillo de caza de su cuerpo [illegible] y me puse de pie. El astil de la flecha se había roto y la sangre me corría por el brazo.

¡Jerek! ¡Aquí!

El olor de la sangre lo asustaba pero era un caballo dócil y se acercó. Me costó subir.

Vamos, Jerek. Queda uno solo. Vamos, amigo.

Un campesino me dijo que el río se llamaba Lónemer y allí, en el centro de la corriente, vi los dos caballos que avanzaban.

¡El manco ...!

El agua era fría y llegaba hasta mis muslos y Jerek avanzaba bufando y braceando. En mi brazo sano llevaba el cuchillo empuñado.

El manco me vio y no quiso darme la espalda. Retrocedió y salió a mi encuentro. En su único brazo vi relampaguear el hacha enorme y pesada. Sus dientes relucieron en una sonrisa [illegible] tera.

No podía luchar con él. El dolor de la herida enfriada me daba nauseas y a cada momento me sentía desfallecer más y más.

¡Tengo que hacer algo!

¡Ah!

Me jugué el todo por el todo. Tomé el pesado puñal por la hoja y...

Perdió el equilibrio y cayó en las revueltas aguas del río que me dijeron se llamaba Lónemer. [illegible] un relámpago su rostro espantado [illegible]. Luego las aguas se cerraron sobre [illegible] nada más.

¡Ningún [illegible] carga!

Conseguí llegar hasta Jeren y desatarlo. Después, [illegible]

Supe después que mi herida se había hinchado como un puño y que la fiebre me hacía ver visiones de largo tiempo atrás.
¿Cómo estoy...?
Tu aspecto es lastimoso.

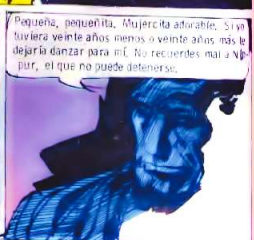
Un día pude levantarme y otro día me sentí fuerte otra vez. Y volví a sentir la vieja inquietud.
Alomeres, debo avisarte que partiré otra vez.
¿Por qué?

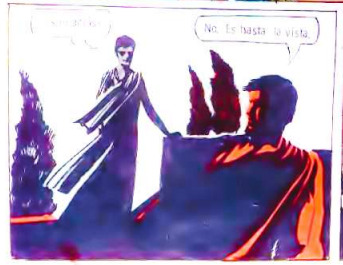
Hay preguntas que no tienen respuesta, amigo mío. No me preguntes lo que yo mismo no sé.
Comprendo.

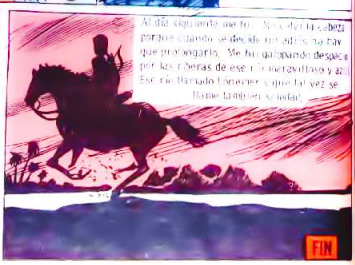
Salí al prado negro de noche y blanco de luna y miré a lo lejos la serpiente de la cura del Lohemer.
Nippur...
¿Quién...? Ah... Eres tú...

Sé que te vas.
Así es.

Nippur, te amo. La otra noche cuando dancé lo hice para ti. ¡Llévame contigo! Quiero danzar para ti toda mi vida.


Pequeña, pequeñita. Mujercita adorable. Si yo tuviera veinte años menos o veinte años más te dejaría danzar para mí. No recuerdes mal a Nippur, el que no puede detenerse.


No. Es hasta la vista.


Al día siguiente me fui. Sobre mi cabeza parpadeaban estrellas de mil colores. No hay que preocuparse. Me fui galopando desde allí por las llanuras de ese país maravilloso y azul. Ese país llamado Lejanía y que tal vez se llame también Soledad.
FIN

NIPPUR DE LAGASH

BAJO UN CIELO DE ESTRELLAS Y PASTORES

Era un niño apenas, envuelto en pieles de ovejas y apoyado en su cayado. En la cintura llevaba un zurrón de cuero y una calabaza y me miraba con los ojos lentos y meditativos de los pastores.

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Veo tu cara llena de preguntas. No temas del rey de la espada, de la lanza, del caballo. Hay otros aprendizajes por conocer, otros gritos de guerra diferentes.

¿Y qué gané? ¿Oro? Sí, es cierto. Gané oro a cambio de vidas. El recuerdo de ese oro me quema ahora las manos. No, pastorcillo. No te anhartes de tu majada. Tu mundo aquí es dulce.

Pero algunos han ido por el mundo y han ceñido esmeraldas.
Sí. Algunos han ceñido esmeraldas. Y miles han ceñido las piedras negras de la muerte alrededor del cuello. ¿Olvidas eso?

Tal vez tienes razón.

Ven a pasar la noche con mi familia, viajero.
¿Con tu familia?

Sí, mi padre se sentirá contento de recibirte.

Hacía mucho que viajaba solo, a lomos de mi feo caballo bárbaro y casi había perdido ya el gusto por la comunión humana. El pastorcillo me recordó la lumbre de las hogueras y las familias a su alrededor.
No tengo nada para darte por el hospedaje.

Mi casa es pobre pero si no tienes más que el queso de oveja y de cabra, será un honor tenerte por huésped.

He sido recibido por soberanos de muchos países pero aquella invitación fue la más valiosa de mi vida pues se me ofrecía mi más mi menos que todo lo que tenían.
Gracias, pastorcillo.

Cuando el sol comenzó a descender la ayudé a reunir su pequeña majada. Y por de lanudos perrazos nos ayudaron. Comenzaba a hacer frío y me envolví en mi manto.

¿Eres feliz con esto?
Por qué no? Tengo para comer. Algún día levantaré una hoguera y me casaré y tendré una gran majada.
La casa de los pastores era de barro y palos con techo de paja. No eran nómadas, sino que vivían allí desde generaciones.
Aquél es mi padre. Una de sus piernas quedó inútil después de un accidente.
Padre, he ofrecido hospedaje a este hombre. Se llama Nippur de Lagash y viene desde tierras muy lejanas.
Los dioses que rosos.
Sentado alrededor de su fuego compartí el quiso y el queso y el vino que sus hijas me escanciaron.
¿Cuál es tu profesión?
Pues... soy guerrero. Lo era, al menos.
Perdí cuanto poseía en un desdichado viaje a la tierra de los bárbaros, hasta mi libertad. Conseguí
Uno de los perros se apartó del fuego con lentitud, gruñendo. Los demás lo imitaron y desde la oscuridad junto con los chirridos nocturnos llegaron risas de hombres.

¿Y de cuántas ovejas...
...además de ganado, de la herencia? Y estos tres... "Un padre no tiene más hijo varón que uno, y yo, en cambio, tengo seis hijos."

Nuestro vecino Garuth tiene cuatro hijos fuertes, y más de ocho pastores que trabajan con sus ganados. Quiere tener más ovejas. Quiere tener más tierras.

No pude evitar reírme.
¡Es divertido! ¡No hay diferencia entre un pastor de Ur o un rey griego o un faraón egipcio! Todos quieren más. Más ovejas. Más ciudades. Más oro.

¿Y cómo esperan obtener más ovejas?
Por la ley tribal.

¿Cuál es?
Las mujeres deben tener hombres que las cuiden y las defiendan. De lo contrario deberán ser tomadas por esposas para no estar desvalidas.

El viejo Garuth es astuto. Manda a los hijos a visitar nuestro hogar junto con algunos de sus pastores. Luego uno de los pastores ofende a una de mis hermanas y uno de sus hijos la defiende.

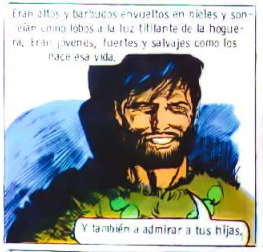
Así noche tras noche, y cualquiera de sus hijos solicitarán a mis hermanas o a los ancianos de las tribus por haber las defendido continuamente...

¿Y nada puede hacer tu padre?
¿Hacer qué?

El es inválido y yo, su hijo, apenas soy un niño.

Me acurrucé meditando en lo que oí. El mundo es muy complejo y en todas partes florece la ambición humana.
Ovejas. Ciudades. Oro. Mujeres. La gente, en general, no tiene suficientes.

¡Salve, Branae! Los dioses sean contigo.
Nos hemos detenido a compartir tu fuego un momento.


Eran altos y barbudos envueltos en pieles y soñolientos como lobos a la luz titilante de la hoguera. Eran jóvenes, fuertes y salvajes como los hace esa vida.
Y también a admirar a tus hijas.

Uno de los pastores me llamó la atención. A diferencia de los demás se mantenía en hosco silencio. Era el más alto de todos y parecía muy fuerte.

Y de pronto vi que su mirada se cruzaba con la de Kritos, la menor de las hijas del viejo Branae.

¿Ese es el nombre del silencioso pastor...?

Tritos era el mayor de los hijos de Garuth. Había bebido bastante y contemplaba con insolencia a las jóvenes.
¡Son hermosas! ¡Cualquiera me gustaría!

El cerdo carece de paladar.

Te refieres a mí?

¡Eh, tú, contesta! ¿Te referías a mí?

Sí, por supuesto.
Me contemplá un momento y lanzó una carcajada.
¡Mirad esto! ¡El viejo Branae ha traído un hombre para proteger a sus hijas!
¿No has oído hablar de mí? Soy el hombre más fuerte de la región.
Sí, he hablado de ti.
Además, también te pude oler desde que entraste en el valle. Báñate de vez en cuando.
Una carcajada atronadora estalló. Era el pastor que yo advirtiera silencioso. El viejo Branae, las jóvenes y el pastorcillo le hicieron eco.
Entonces el iracundo Tritus me lanzó un golpe. Golpe estúpido que excluyé con una seca torsión de cintura.
¡Yo te enseñaré...!
Lo golpeé en el costado de la cara a la manera del pugilato griego.
¡Ahh!
Sabía que se vendrían de manera que me incliné y aferré un largo y pesado leño. El calor de la hoguera era fuerte.
¿Alguno quiere acercarse?
¡Ahhh!
No sé quién salió primero. No estaban acostumbrados a otra esgrima que los puntapiés y cabezazos, y eran inhábiles para una lucha inteligente.

Los golpeé con rapidez, apuntando a las cabezas o al vientre. Ellos tropezaban unos con otros.
¡No!
¿Qué haces?
¡Son muchos contra uno solo! ¡Lekman no permite eso!
¡Suéltame!
¡He dicho que no!
¡Augh!
Y atacar con su cayado asestando golpes certeros y retumbantes y el movimiento de sus piernas era tan veloz que resultaba casi invisible.

Los hicimos retroceder confusamente, los perrazos excitados corrían de aquí para allá mordiéndoles las piernas y las manos. Ibar arrojaba piedras que resonaban contra sus cabezas.

Por fin se fueron. En la oscuridad oí sus maldiciones y sus insultos.

Esta vez no volverán satisfechos a sus chozas.

¿Cómo es tu nombre?

Lekman.

Me has ayudado bien. Y tú, Branae, ¿no necesitas un pastor fuerte y honrado, además de valiente?

En efecto, Nipour, en efecto. Lo necesito.

¿Quieres usar tu cayado con mis manadas, Lekman?

Será un honor, anciano.

Sonreí divertido cuando vi el rostro luminoso de Kritos y sus ojos llenos de sonrisas. El pastor parecía ahora cohibido pero yo tenía algo que averiguar.

¿Qué harán ahora los hijos de Garuth?

Recurrirán a Torfos.

¿Quién es?

Fue guerrero de Tith, el rey de Ur que murió picado por una víbora. Abandonó el ejército por una pendencia de juego y durante largo tiempo vagó por los caminos.

Ahora alquila su espada a aquel que pueda pagarle y para él una muerte nada significa. No teme a los dioses ni a los hombres.

¿Es cruel?

No. Es valiente y decidido y muchas veces ha evitado el tener que rematar a algún herido, pero también muchas veces ha cortado un aliento como el que corta un racimo de uvas.

¿Y qué supones que hará ahora?

Pues... Garuth irá mañana a verlo y le ofrecerá oro por tu vida. Lo tendrás aquí en el atardecer.

¡Muy bien, Esperanthos,

Tekmian no se equivocó. El sol descendía lentamente cuando vi la silueta oscura y alta que llegaba caminando por sobre las rocas.
¿Tortes?
El mismo.

Cuando se acercó la pude estudiar bien. Era de estatura media y extremadamente delgada. Su cara, arrugada y vieja y repartida en varios sitios. Usaba una espada muy larga, arma típica de muchos guerreros sumerios. Vestía con pieles de animales y con gran cantidad de pelaje.

¿Eres tú, Tortes?
Sí. ¿Y eres tú el extranjero que apaleó a los hijos del viejo Garuth?

¡Ja, ja, ja! ¡Me hubiera gustado ver cómo corrías a esos monos fanfarrones! ¡Y la Trilos con la cara hinchada como un zapallo y negra como un caracol!
¡Ja, ja, ja!

Y ahora te han enviado a ti.
¿Así es. ¿Tienes espada?

Desenvainé y él miró con desconfianza la facilidad con que yo manejaba la pesada hoja de bronce.
Eres un guerrero. No me equivoco nunca. El sello está en ti.

¿Listo?
Listo.

La larga vida luchando contra pastores y campesinos lo había ablandado y sus golpes no eran del todo exactos.

No tardó en comenzar a jadear. La transpiración le corría por el rostro.
Estás viejo, Tortes.

Esta vez ataqué yo.
¡Cuídate, Torfes!

Lo hice retroceder a más velocidad de la que podía soportar. Le descargué terribles golpes de izquierda y derecha y las chispas volaron por el aire.

No quise matarlo. Cuando lo vi casi agotado lo pateé sorpresivamente en la cintura.
¡Aghhh!

Le abiqué una llave de lucha mitta y lo tiré sobre el suelo hasta que su espinazo crujió.
¡Ahhhhhh!... ¡Vas a...!

¿Te rindes, Torfes?
¡No... !... ¡Mátame... !... ¡He llegado al fin... !... ¡Mátame!

Lo solté y cayó jadeante sobre las piedras del suelo. Me senté a su lado y le acerqué un pellejo de vino.
Toma. Bebe.

Bebió y se sentó tristemente sobre la tierra.
He llegado al fin del camino.
¿Cómo?

Sé lo que te ocurre, Torfes. Sientes que estás envejeciendo y tus huesos te duelen al despertar en la mañana envuelto en tu manto de rocío. Y temes que tu vejez te traiga la miseria y la soledad.

No tienes hogar ni tienes un fuego donde sentarte a la noche, ni una familia que espere tu regreso tras el día de labor.
¿Qué es... Sabes mucho de eso.

Entonces, escucha, Torfes. Puedo ofrecerte todo eso: fuego, familia, tranquilidad.

Esa noche a rededor del fuego, Tortes comió y bebió y contó historias divertidas del ejército. Las jóvenes fueron hasta llenarse los ojos de lágrimas y el viejo Branae tosió y siguió encantado.
¡Eres una fiesta, soldado!
Y entonces oímos las voces y las risas que se acercaban. Tortes me guiñó un ojo mientras flexionaba sus brazos de luchador. -Tenemos visitas. Creen que tú ya no existes.
Me recliné cómodamente sobre varias pieles de oveja y juguetée con mi jarro de vino.
No están equivocados del todo. Ahora es asunto tuyo y de Lekman.
Ambos se sonrieron y empuñaron un par de nudosos garrotes de intranquilizador aspecto.
¿Vamos a espantar a los chacales, Tortes?
¡En marcha, Lekman!
Las pieles de oveja eran cálidas y el vino picante. El viejo Branae, el joven Joar y las muchachas corrieron detrás de los dos hombres para observar todo. Quedé solo junto a la hoguera.
No ha estado mal.
Un coro de rugidos y gritos de dolor rompió el silencio de la noche y pude oír las carcajadas de mis amigos. Me sentí feliz y cansado y lentamente me amodorré.
Mirad. Nippur se ha dormido.
Lo cubriré para que no pase frío.
Es un buen hombre, Branae. Algún día oiremos cosas increíbles de él y entonces cada una de sus palabras será un recuerdo más valioso que una gema.
Fin

NIPPUR DE LAGASH

HACIA EL MAR

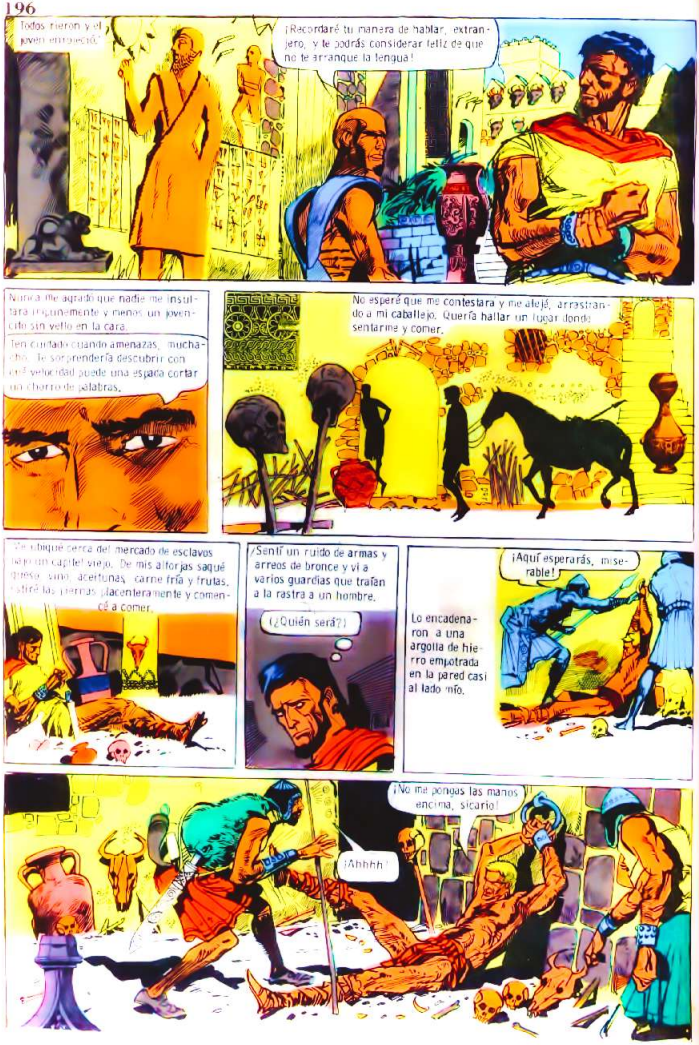
Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Atravesé la gran puerta de acceso público de la ciudad de Ur, cuando el sol estaba alto y los guardias amodorrados junto a las paredes no me prestaron atención. Mis ropas eran pobres y mis polainas de piel de oveja me hacían parecer un pastor.

Al paso lento de mi caballo crucé por la plaza central donde el mercado bullicioso y maloliente me obligó a descabalgar.

Había vacado mucho tiempo por las llanuras y los desiertos y había perdido la costumbre de las multitudes, por un raro, raro no sentí sencillamente
Un canalejo de ojos astutos se acercó lentamente a mi caballo.
¡Los ladrones pelearán
Descolgué el látigo de mi cintura y en el momento en que tendía la mano hacia mis alforjas...
¡Ay!
STUMP
¡No intentes robar
ratero de poca cuantía
¡Ahjhhhh!
STUMP!
Corrió entre la multitud que festejó a carcajadas el suceso.
¡Corre, ladronzuelo! ¡Esta vez te han sacudido!
¡Ja, ja, ja! ¡Corre!
Enrollé mi látigo y me lo volví a colgar en la cintura. Y en ese momento...
¿Quién eres tú que tienes la mano tan ágil para golpear?
Era un hombre joven y de aspecto agresivo. Vestía arreos militares pero por sus manos blancas nunca jamás hubiera empuñado una espada.
Mi nombre es Nippur
y soy rápido en golpes
lo merecen.
Yo soy Aklanámides, hijo
Pues tendrás que estar muy atento, Aklanámides de Ur. Por lo que veo, ya hubo oportunidad de que intervinieras sin que nada ocurriera.
Yo.


Todos rieron y el joven enrojeció.
¡Recordaré tu manera de hablar, extranjero, y te podrás considerar feliz de que no te arranque la lengua!
Nunca me agradó que nadie me insultara impunemente y menos un jovencito sin vello en la cara.
Ten cuidado cuando amenazas, muchacho. Te sorprendería descubrir con qué velocidad puede una espada cortar un chorro de palabras.
No esperé que me contestara y me alejé, arrastrando a mi caballejo. Quería hallar un lugar donde sentarme y comer.
Me ubiqué cerca del mercado de esclavos bajo un capitel viejo. De mis alforjas saqué queso, vino, aceitunas, carne fría y frutas. Estiré las piernas placenteramente y comencé a comer.
¡Sentí un ruido de armas y arreos de bronce y vi a varios guardias que traían a la rastra a un hombre.
(¿Quién será?)
Lo encadenaron a una argolla de hierro empotrada en la pared casi al lado mío.
¡Aquí esperarás, miserable!
¡No me pongas las manos encima, sicario!
¡Ahhhh!

¡Quietos! ¡No lo golpeen! ¡Lo que recibirá después será bastante!

¡Puerco esclavo!

Era un hombre joven y fuerte como un perro de batalla. Desdeñosamente escupió en el polvo.

¿Esclavo? ¡Sí! ¡Soy esclavo pues fui capturado en una batalla con las armas en las manos!

Pero... vosotros... ¿Sois esclavos de guerra? ¿Sois soldados? ¡Qué va! ¡Apenas uno: miserables esclavos por salario!

¿Buscas morir?

¿Te atreves a matarme tú? ¡Ven entonces! ¡No tengo armas y tú tienes tu espada! ¡Ven si tienes un solo pelo de hombre!

Me reí entre dientes de sólo ver el rostro poco entusiasmado del soldado. Por fin...

¡Basta de tonterías! Volvamos al cuartel.

Se alejaron con paso lento y desacompasado. Uno de ellos se sentó en el suelo, cerca, con la intención de vigilar al prisionero.

Me agradan los hombres valientes aunque sean algo salvajes. Prefiero el salvajismo del toro a la mansedumbre del buey.

¿Tienes hambre?

¿Por qué lo preguntas?

Porque tengo comida excesiva para mí.

Me puse de pie y le llevé queso y aceitunas. El guardia protestó desde el suelo evidentemente sin ganas de levantarse.

¡Eh, tú! ¡No puedes darle de comer al prisionero!

Toma. Bebe un poco para aflojar la severidad.

¡Bah! ¡Puedes darle algo... pero rápido!

Gracias, terrible guerrero.

Hace corto tiempo que yo también fui un prisionero y un esclavo. Mi suerte fue buena, pero no me ha lavado la memoria.

Soy un prisionero de guerra y un esclavo, ¿cr ende. Pero yo era guerrero y nadie puede quitarme mi orgullo.

Pero éstas son cosas que me digo a mí y que por lo tanto no tienen importancia. En cambio sí es importante el hecho de que golpeé a un capataz. Eso me costará la flagelación.

Y ahora apártate de mi lado, viajero. Se acerca la hora del descenso del sol. Y entonces me vendrán a buscar.

Mi nombre es Límides y vengo de las tierras junto a las orillas del mar.

Miró a su alrededor y por un segundo vi una luz de desesperación en sus pupilas.

¿Sientes nostalgia de tu tierra?

¿Nostalgia? ¡Ojalá pudiera dar un nombre tan sencillo a lo que siento! A la noche pego mi oreja a la tierra tratando de oír el rugir de las rompientes, pero nada oigo.

A las mañanas aspiro a pleno pulmón el aire tratando de sentir sabor de sal. Pero sólo siento la quemazón de la arena.

Al mismo y ahora Sinuhé ve la desesperación y el dolor en el rostro de Yera joven.
¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!

¡Mocoso de tobillos sucios! ¡No debes pegar a un guerrero veterano!
¿No, eh?
¡Tal vez esto te sirva para estudiar otra respuesta que me agrade más!
Mi cólera desbordó.
¡Esta respuesta será suficiente!
¡Ahhh!
HUGH!
Lo levanté del suelo y no sentí lástima de su rostro ensangrentado y pálido. Lo sacudí como si fuera una rata y...
¡No debes permitirte más insultos de los que puedas mantener con tu espada!
Sollozó de dolor y me dio asco. De una bofetada final lo arrojé al centro de la plazoleta. Quedó allí despatarrado entre los charcos y las sobras de frutas.
Perro...
Se arrodilló, sucio de basura y sangre y gritó y aulló como un demente.
¡Esto te costará la cabeza, vagabundo! ¡Te lo juro!
¡Soldados, prendedlo! ¡Al darlo con él!
¡Ven con nosotros!
¡Suelta!

No tenía tiempo de llegar hasta mi caballo donde estaban mis armas, de manera que desenrollé el látigo que llevaba a la cintura.
¿Queréis lucha? ¡Ya os daré bastante?

Los golpes de mi látigo ensordecían y los guardias perdieron el poco entusiasmo que tenían.
¡Ja, ja, ja! ¿Ninguno se acerca ahora?

¡Huye, viajero! ¡Huye antes de que vengan más!

No me hice repetir la advertencia. Aparté a los guardianes a latigazos.
¡Fuera! ¡Fuera!

¡Alcancenlo... ¡Alcancenlo!
¡Tú... ! Te ríes, ¿verdad...? ¡Yo te cortaré las risas!
Cabalgué furiosamente más allá de las murallas de Ur, pero no quise alejarme mucho de la ciudad.
¡Aquel bosquecillo está bien.!
¡Será difícil, pero esta noche tengo que volver allí para tratar de ayudarlo.!
¡Esta noche...!
Buscaba la plaza. Allí debía estar aún el joven. Los castigados quedaban en exhibición durante uno o dos días.
En efecto. Vi la silueta fast mesa colgada de los brazos de un travesaño de madera.
¡Allí está!

Lo coloqué como pude sobre mi caballo y me dirigí al paso lento, con la cólera burbujeante como una lava negra, hacia el viejo palacio de Ur.

Desde el trono protector de una palmera lo vi. Tenía el rostro como una bolsa de carne roja pero ésta y bebía junto con varios guerreros y muchachas ayudantes.

¡Ah, ya te veo, hermosa! ¡Ahora, me darás un...!
Pero...
Salí del jardín con rapidez y trote hasta mi caballo. Límides me miró.
No has traído tu lazo.
No. Lo he utilizado para colgar una basura pardo.
Me alejé de Ur, la ciudad de los mil senderos, al galope tendido de mi caballo bárbaro, tratando de amortiguar las sacudidas del cuerpo roto de Límides.
¿Adónde me llevas?
¡Al mar, Límides! ¡Al mar!
Eramos fantasmas en la noche cuando amaneció seguíamos galopando.
Me muero...
¡No! ¡Piensa en el mar! ¡Piensa!
En el atardecer detuve mi caballo.
¡Aspira el aire! ¿No reconoces el olor?
Alzó los ojos...
No puedo creer...
Allí, ante él se extendía infinito y azul y verde y blanco de gaviotas y de espuma, con chillidos y un trueno amortiguado de milenios.
El mar...
No pude sujetarlo. Cayó pesadamente. Tal vez ya había muerto antes de tocar la arena, con sus ojos llenos de mar y su piel ebria de sal.
Hice lo único que pude, amigo.
Te traje a tu mar... ¿Lo ves?
FIN

NIPPUR DE AGASH
LA FURIA DE LOS DIOSES
Dibujos de LUCHO OLIVERA

[illegible] distrutando de mi sole[illegible] [illegible] satisfacción.

Atrás había quedado un año largo, de cautiverio en manos de los piratas, nuestra rebelión y la captura del barco sobre cuyo [illegible] recordaron mis dientes. Atrás.

Llevaba mucho oro en mi bolsa, tras haber vendido la nave con todas sus pertenencias a los marinos de las islas blancas, también una buena espada y un atado de provisiones.

[illegible] marchaba hacia la corte de mi amigo Teseo, rey de Atenas.

¡Será bueno volver a verlo.!

Tenía sed de ver caras amigas, de beber una copa, de descansar en la sombra. Hacía ya muchos años que lo único familiar en mi camino era el estruendo de la batalla y el alarido de los muertos.

Y así como el cerdo queda ahito de sobras y loco, así estaba yo ahito de sangre y de sol.

¡Veré a Hipólito y a Fedra...!

Hipólito... Debe haber crecido mucho. Teseo estará orgulloso de él.!

La vieja estaba sentada a la vera del camino jungando con un puñado de huesos de gallina. Pasé junto a ella y...

¡Detente, forastero!

¿Qué te ocurre, anciana?

No sigas hacia Atenas.

¿Cómo sabes que voy hacia allá?

[illegible]

¿Cómo sabes que lo soy?

¡Jo! ¿Quién puede caminar con espaldas tan derechas? ¿Quién se detiene apoyando la mano sobre la espada? Tus ropas de caminante no disfrazan el bronce de tu vida.

No vayas a Atenas.

¿Por qué? Tengo amigos allá.

No. Hoy no hay amigos en Atenas.

¿Qué quieres decir?

He oído a los dioses golpeando dentro de la tierra. Sus gritos de horror y de furia eran terribles. He oído la tormenta por encima de los olivos y he visto las piedras rezumar sangre.

¡Mira allá! ¡Mira el rostro de los dioses cómo se oscurece!

Me estremecí. En el horizonte había aparecido negras nubes de tormenta pesadas, extrañas. El viento comenzó a soplar más fuerte y un tinte rojizo descendió sobre todo.

No vayas. He visto a los árboles dejar caer sus hojas y los peces detenerse muertos en las orillas.

La tormenta no me daba su furor. Ahora, una gran [illegible] sobre la tierra y las [illegible] por el furor del viento.

Así lo hice. Pero cuando estuve junto al océano mi corazón vaciló aterrado al ver la furia del mar, negro como la muerte.
(¿Qué ocurre? ¿Qué extraña tormenta es ésta?)

(Debo seguir... debo llegar a Atenas...)

Una nube de espuma y agua salada caía continuamente sobre mí. Debí envolverme en mi manto y continuar mi marcha trastabillando sobre la arena a la luz de los relámpagos.

Y al chisporroteo de uno de ellos, lo vi.
(Parece... parece un carro.)

(Es un carro de guerra... y está volcando...)

(Ladrones...)

Sí. Era un grupo de mendigos que aprovechaba la oportunidad para saquear impunemente.
(¿Qué haré?)

No sonriáis desdeñosamente cuando un guerrero os diga que vació antes de enfrentar a un grupo así. Los mendigos son un extraño y oscuro peligro. En su hedor, sus muletas y sus cuchillos, la muerte hace muecas a los viandantes.

Pero en ese instante vi el cuerpo...
¡Pero... Ese joven...!

Estaba tendido sobre la arena con los ojos muy abiertos. Las olas que llegaban hasta él mojaban su cabeza y sus hombros. No estaba ensangrentado.

¡Me parece conocer ese rostro... pero no recuerdo...!

Entonces tomé mi decisión...
¡Eh, vosotros, basura de la costa!

Se volvieron como hienas en mi dirección. A la luz de los relámpagos parecían demonios de la noche, jorobados, cojos, tullidos, tuertos... Sus ojos amarillentos me miraban desde su masa de harapos y muletas.
¿Qué quieres?

Este carro y este hombre pertenecen a la corte de Teseo. Teseo es persona de mi aprecio. No dejaré que sufra ningún daño en su propiedad.

La fuerza y el ímpetu sobrevivían mostrándome su destrozada armadura.
Vete, extranjero... o nuestra debilidad saciará nuestros dientes de perro en tu carne.

De un seco tirón desenvainé mi espada.
No. Mejor es que tú y los tuyos pongan distancia entre mi espada y vuestra sangre.

No se asustaron. Sin embargo, vieron cómo sopesaba la espada y vieron también los cuchillos.
Vete, extranjero... la noche siempre pertenece por un mendigo.

que no logues más ese carro y ese cuerpo.
¡Ahhhh!
¡Es nuestro!
Tal vez eso consiguió mantener viva mi conciencia... —¡No! ¡Aún no!
Empuñé mi espada con dos manos y ayudé descargando terribles golpes, pero mis atacantes saltaban de un lado a otro como perros de caza, esquivándolos.
Me puse de espaldas al carro para evitar que me tomaran por detrás y...
¡Ahora te
Golpeé como si fuera para derribar un árbol...
¡Ahhhh!

¡Vera mi cuchillo, guerrero!
¡Ahhhh!
Es nuestro.
Los otros dos sobrevivientes avanzaron hacia mí, cuchillo en mano.
Hacia la parte donde sobresalía una afilada extremidad de bronce.
¡Toma!

El último fue muy rápido y casi lo consiguió. Ca

Rodamos sobre la arena mojada hasta llegar al agua helada. Forcejeamos por el cuchillo mientras las olas se deshacían alrededor nuestro.

Y de pronto, con una seca toma de lucha hitita le rompí la muñeca.

¡Ahhhh!

¡Piedad!

¿ Piedad? Muy tarde.

Lo sujeté del cuello y de un tirón hundí su cabeza en las aguas espumosas.

Muy tarde.

Muy tarde.

Más allá los dioses darán cuenta de vosotros. Malo es el que roba a un vivo. Sin salvación es el que roba a un muerto.

Me sentía fatigado y aterido. Busqué mi manto y me envolví en él.

(El muerto...)

Me incliné sobre él. Era muy joven en efecto y su piel estaba helada.

(Tiene el cuello roto... La caída del carro, sin duda.)

(Le llevaré hasta Atenas. La distancia no es mucha.)

Busqué un manto en el carro y lo hallé. Con él envolví el cuerpo...

(Y sigo encontrando algo de familiar en él...)

Con un último esfuerzo me lo eché a hombros. La tormenta arreciaba. Las fuerzas de las aguas y los aires parecían haber enloquecido. Relámpagos, truenos, torbellinos de agua negra y la arena volando en nubes...

Aspiré hondamente y comencé a caminar. A paso lento avancé por la playa, dejando atrás el carro de guerra, los caballos muertos y los cuerpos negros con sus garras de hule las y cuchillos.

El camino era difícil. La arena me lo turaba absorbiendo mis pies cada vez que intentaba detenerme y el peso del cuerpo doblaba mis espaldas.

La oscuridad era cada vez mayor y en algunas veces tropecé con las rocas o las aguas. ¡Tengo que llegar...

Fue pronto. Apenas unas gotas de luz. Sentí un calor súbito dentro de mí.

Me sorprendió el aspecto de los guardias. Cuando me vieron aparecer con el escudo roto sobre los hombros, parecieron a punto de echarse a correr.

No preguntaron más. Atenas estaba a oscuras. Apenas si algunas antorchas titilaban débilmente.

El palacio también estaba a oscuras. En alguna parte un sollozo desgarrador. Instintivamente volví a empuñar mi espada.

Hoy se cumplía la profecía... Los dioses la habían dicho. La muerte del rey ha traído la oscuridad que cubrirá de sangre mientras por allá [illegible]

Se debía ver a Teseo con ella. Fedra fue
[illegible]

¿Y qué dijeron a los dioses los

Ambos se enzarzaron en [illegible]
Teseo y [illegible]. Hubo insultos

Teseo, Hipólito abandonó el castillo furioso
Teseo lo maldijo.

¿Lo maldijo? ¡No se puede ser

Sí. Pidió a los dioses que lo castigaran. ¿Lo comprendes, forastero? Pidió a los dioses que lo castigaran. Y los dioses desataron su furia contra todos los erechidas, contra el rey también.

Me pareció mucha tontería reunida y lo achaqué todo a la soldadesca supersticiosa. Y en ese instante entré en la sala del trono.

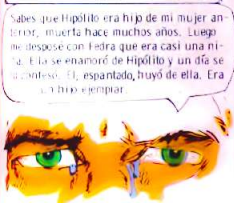
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Es Hipólito, Nippur. Es mi hijo.
¿Hipólito?

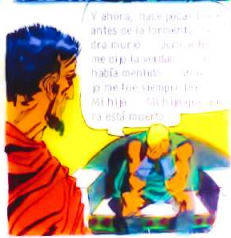
Sí. Sí, hijo. Mi hijo, a quien maldije hoy.

Los dioses han traído la noche sobre Atenas. Abajo, yace el cadáver de mi esposa Fedra. Aquí, el cadáver de mi hijo.

¿Qué ocurrió?
La ira. Sí. Mi ira estalló hoy como una fogata. Hoy maldije a mi hijo porque me mintieron y yo creí a la mentira antes que a él. Fedra amaba a Hipólito.


Sabes que Hipólito era hijo de mi mujer antes de mi matrimonio... muerta hace muchos años. Luego me desposé con Fedra que era casi una niña. Ella se enamoró de Hipólito y un día se lo confesó. El, espantado, huyó de ella. Era un hijo ejemplar.

Entonces, Fedra despechada quiso vengarse y me corroyó con mentiras. Y yo le creí. Insulté a mi hijo. Y lo maldije...


Y ahora, hace pocas horas antes de la tormenta... Fedra murió... porque le dije la verdad... había mentido... yo me he siempre... Mi hijo... Mi hijo que ya está muerto...

...contaríamos en el Destino hasta una de los centinelas de piedras y rumor de voces. La tormenta cesaba por fin. Hubo un... preso... Todo... Todo... Todo... destrozados... los... pueblos vecinos y... aliados...

Tan lejos parecía todo... Todas espaldas ofa los soldados con... cos de Teseo.

...Teseo...
...quebrado...

NIPPUR DE LAGASH

ENIGMA DEL QUE MUERE

Por ROBIN WOOD

Cuando yo era joven, los caminos hablaban para mí y su polvo y sus rocas murmuraban al pasar las extrañas leyendas que se forjaron en ellos desde los tiempos inmemoriales. Cuando yo era joven.

Pero ahora es diferente de la vejez del cuerpo la que me ha alcanzado y no la del corazón. Ayer tenía sólo [illegible] del cuerpo [illegible] del [illegible] tan sólo del [illegible] de las [illegible] de mi [illegible] guerra y [illegible] Apenas [illegible]
Atrás queda Atenas, atrás queda Tesoro, [illegible] por mares [illegible] para visitar a mi amigo [illegible] sólo [illegible] un hombre desesperado ante la catástrofe que cayera sobre él. El [illegible] llameaba en las torres de su ciudad y los fantasmas gritaban junto a las rocas del mar.
Por eso [illegible]
Vacilo durante el día y durante la noche [illegible] tan diferente a años anteriores. Cuando les estaba mi cabeza sobre el pelaje a la noche miraba las estrellas inmóviles en el cielo. Yo, inmóvil en la tierra. Y también frío y sin vida.
Así llegué a las regiones de Panalos, donde en otra época dos robustos hombretones de risa fácil y paso fuerte vagaron sin preocupaciones. Ur-El y yo. ¡Hace tanto... Casi parece un sueño!
En ese instante vi a la multitud que [illegible] camino
¡¿Y eso?!
Detuve mi carro al ver que nadie se apartaba y me contemplé intrigado. Eran gente de pueblo de aspecto común pero con un aire sombrío y [illegible] sus facciones. ¿Qué ocurre? ¿Por qué [illegible] jáis pasar?
Nadie me respondió. Rodearon mi carro y se apoderaron de las [illegible] de mis caballos [illegible] Hacha de guerra [illegible] Llevaba [illegible]
Debo precaverme!
Pero nadie alzó una mano contra mí. A decir verdad, me trataron con casi diría adoración. Como algo que no se atreven a tocar.
¿Qué entiendo? ¿A dónde me llevan?
De pronto abandonamos el bosque [illegible] nosotros se extendió una ciudad [illegible] y vacía. Sólo algo [illegible] ta edad deambulaba de aquí para allá.

Y luego vi al hombre solo, apartado de todos. Alto, fuerte y con un gesto seguro en sus quijadas. Un luchador valiente. Un viajero de mil caminos, tal vez.
Bienvenido, extranjero. Yo soy Selene, reina de país de Panalos.
Mi nombre es Nippur. Me llaman el Hombre de Lagash o El Errante.
¿Por qué me habéis traído aquí?
Debes luchar contra el rey.
¿Luchar contra él? ¿Por qué?
Es la tradición. El rey vive durante un año. Luego debe luchar por su trono y por su vida con el primer forastero que venga por el camino, sea quien fuere. Si vence vivirá un año más, si no, no.
Veo que no tengo opción.
Es la voluntad de la ciudad.

Nada me quedaba por hacer. Me desenfundé de la armadura y me envolví en los brazos con tiras de cuero. El rey me [illegible] en el centro de la plaza con [illegible] traído.
Avancé a su encuentro. Ya había dejado de pensar. Todo estaba dicho y preparado y lo [illegible] a escapado al control de mis manos.
¿Estás listo?
Sí.
Era un luchador experto [illegible] de un salto y de no haberme [illegible] a un costado, su puntapié [illegible] hundido el pecho.
[illegible] de la cabeza y lo pateé en el vientre pero consiguió detenerme con un antebrazo.
Rodamos por el suelo, golpeándonos. Sentí sus dientes en mis hombros y lo golpeé con la rodilla.
Nos separó [illegible] tras [illegible] de mirar [illegible] miedo [illegible]
[illegible] esta vez al atacar [illegible] en una [illegible] de lucha [illegible] y lo derribé al suelo.
[illegible]

Me puse de pie, sobreviviente bajo el sol amarillo mientras la multitud sombría comenzaba a sonreír. Luego alguien me victoreó.
Pocos instantes después toda la plaza era una tormenta de gritos y flores. La reina llegó junto a mí.
Has luchado bien y has ganado tu corona. Mañana serás ungido y te convertirás en nuestro representante ante los dioses.
Siento una premonición de muerte... Pagaréis por esa vida. Ese sacrificio ahogará tu ciudad.
Además de reina era sacerdotisa. Lo comprendí cuando la vi hacer los gestos de conjura contra los maleficios.
Deja a los muertos en paz. El ya nada importa. Su cuerpo será arrojado hoy al mar.
Advertí su extrañeza y me pregunté si sería yo el primer rey que expresaba una voluntad pero, ¿cuánto tan hasta el cadáver y lo alcé en los brazos.
Vete, compañero.

En los días siguientes descubrí que el título de rey que yo llevaba no era más que eso. Un título. No había tenía que hacer en la ciudad. Mi presencia no era requerida para nada.

Ya tarde en comprendí que en el país de Panalos el rey era solamente el depositario de la suerte y la desgracia del pueblo. Si no llovía era culpa del rey. Si los corderos no se reproducían, si las vides no maduraban, era culpa del rey. Y entonces se esperaba con ansia la llegada de la fecha en que un forastero aliminaría a aquel que no era grato a los dioses.

¡Yo no seré un buey de sacrificio!

Mi nombre es Nippur y una vez viví en mi ciudad de Lagash. Maté hombres cuya memoria no conservo y desdeñé coronas y mujeres. Y ahora no iba a dejar que hicieran conmigo lo que quisieran.

¡Nunca!

La ciudad de Panalos tenía un mandato tradicional. Por un lado la reina Helena impartía la justicia y controlaba la economía y por otro

Ahora el Gobernador Tuvo, explotará de Panalos.

¡Bah! Te odias las cosas demasiado a pecho. Tu antecesor Thumca se preocupó de esas pequeñeces.
Y ahora está muerto.

Acompañarme al jardín, Nippur.

Se avecina para nosotros una gran lucha. ¿Lo sabes?
Tengo entendido que vais a invadir la tierra de los hombres libres que viven de la pesca.

¡Hombre libres? Eso son otra cosa que dan ellos que no. Son de utilidad para nadie.
Son útiles para ellos mismos. Cultivan su libertad.

fronterías. Necesitamos esclavos para nuestra ciudad y para nuestros cultivos. Eliminaremos a los que se resisten y haremos presión sobre los demás. Nosotros tenemos soldados. Ellos no los tienen.

Tal vez... pero no los subestimes, señora. El hombre que lucha por su libertad es un hombre que no teme a nada. Ten cuidado.

Observó la plaza que parecía blanca bajo los rayos de la luna, blanca y enfermiza.
Ten cuidado hasta los que tienen sangre que parece pagado.

Estoy en peligro.

No sé por qué me enfurecí de pronto. Tal vez por el recuerdo de aquella sonrisa postrera, comprensiva, valerosa, aquella sonrisa que compartía conmigo su desafío hacia la multitud que ofrecía nuestro sacrificio sin arriesgar nada.
Huele a un viento diferente. Sobre todo, muy fuminoso y es algo que no huele a tierra como

Un terrible presentimiento se apoderó de mí en aquel momento y las antorchas del palacio se apagaron.

Cállate, Nippur y déjate de invocar a los demonios.
No me toques, Artamasos. Tal vez los reyes aquí sean poca cosa, pero no olvides que antes que rey aún soy hombre.
Pero... ¡No!
Un mes más tarde el ejército de Panalos estaba listo para marchar contra los hombres de las orillas del mar, que en esos momentos, ignorantes de todo, arrojarían sus redes a las aguas verdes donde los duendes benévolos las llenarían con peces de sal y de plata.
Tu quedarás encerrado en esta torre, Nippur.
¿Por qué?
Me sonrió secamente y hubo un reflejo rojizo en sus ojos de carnicero.
Si la batalla nos fuera adversa es señal de que los dioses no están satisfechos con nosotros... Y tendríamos que llevar a cabo un sacrificio.

Pero decidí no había llegado el momento de actuar. Ellos habían olvidado que yo era un ser aparte, alejado por mi propia decisión, de su vida. Esa noche quedaba un solo guardián en cámara y una ventana a las puertas.
¡Ahora debe ser!

¡Eh, tú, vete!
¡Señor!

Toma esto
¡Oh!

Lo siento, soldado. ¡Eres tú, o yo!

Por fin dejo de debatirse
No debes quejarte. Fuiste un vulgar soldado en vida. En cambio eres un rey en muerte.

Me coloqué sus ropas y me acerqué a la puerta. La cámara no tenía ventanas desde la cual pudiera intentar huir.
¡El relevo no ha de tardar...!

En efecto, no tardó. Cuando entró, me eché el manto del muerto al cuello de manera que me ocultara el rostro lo suficiente, sin llamar la atención.
Vete, Zarxas, o te quedarás sin comer.

Por suerte había poca luz en los corredores y al pasar por entre los soldados ninguno me detuvo. Así llegué hasta la calle.
¡Iré al establo. Allí encontraré animales...!

Allí encontré un carro de combate y eso me alegró. Los caballos y el volante eran reales en trapos para que no reflejaran. Luego salí a la calle.

Toda estaba desierto y nadie me detuvo. Ascendí así hasta lo alto de una gran elevación rocosa desde la cual podría echar un vistazo hacia la ciudad.

Y entonces, desde lo alto, los vi.
¡Parecen jinetes que entran en la ciudad...!

Sé reconocer a los fugitivos y pese a la distancia distinguí a la silueta bamboleante que entraba a la carrera en la torre.
¡Artamasos...!
¡Ha ocurrido lo que nunca esperaron. Han sido derrotados y han venido a buscar la presa que expíe sus errores.!
Vi las antorchas que corrían como locas estrellas de fuego por la ciudad. El viento me trajo gritos alarmados y espantados.
¡Ya lo saben! Ya saben que esta vez deberán enfrentar ellos solos su responsabilidad humana.
¿Y aquello?
Fue como si un trozo de oscuridad hubiera cubierto las calles de Panalos pero entonces comprendí que era simplemente una multitud que avanzaba por las calles. Vi brillar hachas y espadas, lanzas y garfios.
¡Los hombres de las ventanas del mar!
Lancé mi carro como un trueno cuesta abajo hasta llegar al linde de la ciudad. No sé por qué lo hice. No lo sé aún hoy. Allí me detuve.
¡Nada se puede hacer...!
Trepaban por los tejados y por las torres como un enjambre de hormigas silenciosas y mortíferas. No lanzaban gritos de guerra ni injurias. Eran hombres simples que habían venido a terminar con una plaga.
Algunas casas comenzaban a arder. Escuché el primer grito.
Vi a Artamasos salir corriendo empuñando dos espadas.
¡Alto vosotros! ¡Perros pescadores!

Y en la revuelta calleja el cadáver de Artamasos. Algún pescador había recuperado la red. La red es importante. La necesitaban para trabajar. Para cosechar sus peces de sal y de plata.

Dediqué un pensamiento al hombre que fue mi amigo un segundo y que me exoneraría de su sangre. No quise pensar en la ciudad. Ya no había ciudad. Todo era fuego. Todo era nada.

De pronto vi varias figuras que me contemplaban. Pescadores curtidos de rostros graves y taciturnos, apoyados en sus lanzas. Uno de ellos me preguntó:

FIN

NIPPUR de LAGASH
EL CUERVO
Por ROBIN WOOD
Dibujos de LUCHO OLIVERA

El color del humo puede tener un símbolo en su esencia. Blanco, humo del descanso, de la hoguera bienhechora tras el largo camino. Gris, humo de señal, voz muda de la madera y del pasto verde que se alza hacia el cielo en grito de aviso. Detente. Avanza.
de muerte, de desolación, de
y de pupila inmóvil.
Y era negro el humo de ese caserío. Negro el humo, cuando yo me acerqué.
Niños, mujeres, hombres. Todos mezclados y revueltos en su fin común y atroz. Aquí y allá el humo y por todas partes la risa cloqueante de la muerte.
Todos han sido muertos. Ninguno fue perdonado ni capturado como esclavo.
¡Hasta mataron a los animales...!
¿Cuándo acabaré de ver estas cosas? ¿Hasta qué punto alcanza la crueldad del hombre? A veces, creo que la sangre y las lágrimas rezuman de las piedras y del pasto
¡Hay alguien...!
debe estar siempre
de un material
Todas sus palabras
Todos
Sea quien fuere el que está oculto tras ese matorral que salga. De lo contrario atropellaré con mi carro y lo arrollaré todo.
Silencio. Pero yo sabía que alguien estaba allí.

¡Cuidado! ¡Un caballo sin jinete!

Aquí estoy.

¡Por Samás! ¿Quién eres tú?
Mi nombre es Lebenem y pertenecí a este pueblo hasta hoy.

La joven tiritaba de frío, de manera que descendí del caballo y la cubrí con mi manta de piel.
Ven. Encenderemos una hoguera para que te calientes. Te daré algo de beber.
No enciendas fuego. Yo

¿Y tu gente?
Los hombres negros del Cuervo lo verían. Por favor, no enciendas fuego. Si nos buscamos, los hallarán.

¿Quién es el Cuervo?
No lo sabemos. Vino hace mucho desde más allá de las montañas hablando un idioma desconocido y acompañado por un centenar de guerreros de piel color de madera quemada, que se adornan con huesos y calaveras.

Señaló con su brazo hacia el norte.
Allí edificó sus casas con piedras y las rodeó de fosos y estacas afiladas y luego trajo esclavos, hasta un número imposible de contar. Lo llamamos el Cuervo porque sus corrajes son negros y tiene la cara y el cuerpo de los comedores de carroña.

Por mi honor no puedo dejarla sola en su hora de necesidad. Si no quiere ir con nosotros, no podré ayudarla. Pero si es así, no tendrán la joven hasta después de mi muerte.

El Cuervo se volvió peor de lo que era en carácter. Sus hombres comenzaron a moler huesos y cráneos para fabricar todo con sus colmillos y con sus hachas. Hubo muertos.

Los campesinos se refugiaban

El acostumbraba ir al frente de sus guerreros negros y por ello preparamos una emboscada. Enviamos un falso delator para que lo atrajera junto a unas grandes rocas, lejos de sus viviendas. Habíamos preparado una avalancha.

Calló un momento. Luego...

Los dioses se rieron de nosotros. No sabemos por qué. El Cuervo no quiso venir y envió a su hijo. No lo supimos y provocamos la avalancha.

¿Murió el muchacho?

No. Las rocas le rompieron las piernas y la espalda. Dicen que sus dolores son tan atroces que grita sin cesar y sus gritos enloquecen al Cuervo.

¿Por eso hizo esto?

Sí, pero es sólo el principio. Arrasará todo el valle.

Así se lo oí gritar mientras su horda apuñalaba a los hombres y obligaba a las mujeres a entrar en las chozas incendiadas. Hubo gritos espantosos. Y el Cuervo corría de aquí para allá con su espada chorreando sangre. Había sangre por todas partes. A veces resbalaba en ella y caía y se levantaba rojo y goteante. Humeante como un carnicero.

-Basta. No pienses más.

No puedo evitarlo. Mi madre, mi padre, mis hermanos. Todos ellos eran parte de ese charco en el que el Cuervo se revolcaba como un cerdo.

¿Qué piensas hacer?

No sé. No soy más que una pobre mujer, pero me vengaré. Oh sí, lo haré. El Cuervo gruñará de horror algún día por mí, lo juro.

Lo juro por los dioses malditos que viven en los campos estériles y en los mares envenenados; lo juro por los hijos de la noche que caen junto a los sepulcros. Por todos ellos, lo juro.

¿Tienes amigos? ¿O parientes?

No. A nadie.

¿Puedo llevarte a alguna parte?

No. Buscaré algunas ropas en el pueblo. Luego creo que sé lo que haré.

¿Tienes alguna idea?

Quizá...

No me agrada dejar a una mujer abandonada de esa manera pero no tuve opción. Fue inútil preguntarle nada pues cerró su boca y no volvió a hablar de manera que al amanecer subí a mi carro y la saludé y me fui, dejándola de pie junto a sus ruinas humeantes y al barro rojizo y los buitres que bajaban en círculos.

¡Ah!
¡Cuídate de este loco que su locura muerde!
¡Ahhhhh!
Pero...
Los dioses te perdonen algunas de tus fallas, guerrero oscuro, que, al menos, tenías valor.

Gracias por ayudarnos, señor. Ahora
Para convertirte en un esclavo hubiera sido mejor que te dejaras matar
¿Qué hacías con los hombres del cuervo?

¿Conoces la historia?
Sí. Una doncella a la que ayudé en una aldea me la contó. Responde a mi pregunta

¿Crees que ganarán?

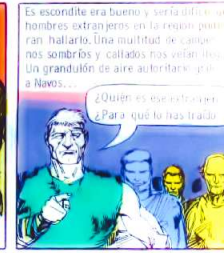
Somos casi mil hombres ya y
El pero es que son guerreros y los tuyos, granjeros. Eso equilibra todo

Señor, tú tienes aspecto de guerrero y luchas como tal. ¿No querrías ayudarnos?

Dicen los ancianos de mi país que ningún hombre es ajeno al dolor de otro hombre

Ningún hombre es ajeno al dolor de otro hombre. Recordé los pueblos quemados y el olor a carne putrefacta. Al dolor de otros hombres... Y los cadáveres de mujeres entre las espigas del campo

Y manos que aún aran
una extraña tierra rojiza y revuelta donde se posan miles de moscas negras
Llévame con tu gente


Es escondite era bueno y sería difícil que hombres extranjeros en la región pudieran hallarlo. Una multitud de caras nos sombríos y callados nos veían llegar. Un grandullón de aire autoritario gritó a Navos...
¿Quién es ese extranjero?
¿Para qué lo has traído?

Es amigo nuestro. Gigaltos fue salvo la vida y va a ayudarnos a combatir con el Cuervo
Yo nos hace falta ayuda de nadie. Que se vayan. Si quieren ir a luchar, que lo hagan solos

Muéstrame eso, Gigaltos. Muéstrame cómo serías capaz de hacerle con eso que tu llamas manos y yo llamaría pezuñas de asno.
¿Cómo te atreves?

¡Toma!

¡Ah!

¡Oh!

¡Ah!

Debes tener cuidado con tu lengua, Gigaltos. El hombre más fuerte del mundo puede resbalar sobre su palabra al igual que el más débil.

Y ahora hablaremos con tu gente, Navos. Quiero saber qué es lo que son capaces de hacer.
Sí, amo.

Durante un mes estuve con los campesinos adiestrándolos, insultándolos y maldiciéndolos mientras los veía tropezar con sus lanzas y lastimarse con las espadas.
¡Inútiles! ¿Y de esa manera pensaban enfrentar a los hombres del Cuervo?

Pero por fin...
Tu gente está ya en condiciones de hacer valer su número para algo más que el morir en gran cantidad, Navos. Ahora sólo será necesario ver cómo son las defensas de la fortaleza del Cuervo.

Yo puedo ayudar en eso.
¿Cómo? ¿Sabes algo, Gigaltos?

Hay un viejo que lleva ganado al Cuervo. El nos podrá informar. Esta noche podríamos ir a verlo.
Muy bien. Iremos a verlo tú y yo, Gigaltos. Esta noche.
En plena oscuridad llegamos junto a una mísera choza de pastores. Hacía frío y el pasto estaba empapado de rocío helado.
¿Es aquí?
Sí. Entra.
Cuando abrí los ojos supe que estaba perdido. Aquellos ojos abrasados y ese rostro sólo podían pertenecer a una sola persona.
Veo que pareces reconocerme, extranjero.
Oí hablar de ti.
No veo nada...
¡Mira esto si puedes!
¡Ah!
Yo también, Gigaltos me contó de tu gran actividad instruyendo a los hijos de los bueyes para que puedan luchar contra mí.
¿Gigaltos..., es tu espía? Ya veo.
No. Comenzó a serlo desde que tú lo apaleaste. Es un miserable que sueña con llegar a ser alguien. Había comenzado a serlo cuando apareciste tú. Cuando comprendió que no debía esperar nada por allí, se volvió hacia mí.
Lo he recompensado dándole un premio digno de él. Mira detrás tuyo.
El que traiciona una vez, traiciona dos veces. Yo no le daré esa oportunidad.
En ese instante se abrió la cortina que cubría la boca de entrada al sótano y unos pasos livianos descendieron sobre las piedras. El Cuervo sonrió...
¡Ah! ¿Eres tú, [illegible]? Aquí tengo otro de estos héroes que quieren echarme del mundo de los vivos.

Sirkos, el joven aplastado por las rocas. El Cuervo tiró el cerco y asintió con la cabeza.
Sí, vamos. Luego ajustaré cuentas con este perro.
Quedé solo en el sótano, con el cuerpo bamboleante de Cigalos observando la boca negra de la entrada, las paredes sucias y negras de humo.
Y de pronto sentí algo que movía mis ligaduras, luego un chasquido de cuero cortado y...
¿Quién es?
Calla.
Soy yo, Leberem. Ten cuidado ahora. Soltaré tus manos. No caigas...
El dolor de sentir mi sangre corriendo otra vez libremente me hizo gritar. Me masajeé con fuerza...
No entiendo, ¿qué haces aquí? ¿Y con el Cuervo, nada menos?
Una vez te dije que no hicieras preguntas. Ahora toma esta espada y este cuchillo, no he podido conseguir otras armas.
¿Qué debo hacer?
Espera, la respuesta vendrá por sí sola.
Antes de que pudiera preguntar más volvió a irse, dejándome en la oscuridad con las armas en las manos.

¿Y eso? Parecen gritos...!
Eran gritos confusos, sordos pero inconfundibles. Una claridad rojiza parpadeó en la entrada del sótano.
¡Eso es fuego! ¡Debo ir afuera!
Salí al exterior y estupefacto vi a la horda que yo adiestraba en la montaña escalando muros, luchando en los patios y en los techos...
¡Es el ataque...!
Un negro corrió hacia mí...
¡Ahhh!
¡Muere!
¡Ah!
El Cuervo... Lebenem...
Corrí hacia las grandes escaleras de piedra que llevaban a las estancias del Cuervo. Dos negros quisieron detenerme...
¡Ah!

Me volví una vez y abandoné la estancia. Y el exterior, mudo, roleaba el fuego pero ya no había lucha. Los cuerpos de los negros hacían una alfombra

Entonces azoté a los caballos, que, con un fuerte relinchio, saltaron en la noche, torturando la tierra con sus cascos. Su poderoso galope me llevó lejos del fuego y del grito. Me llevaron hacia la distancia, hacia la noche, hacia la nada

Fin

NIPPUR de LAGASH

UN DÍA EN QUE YO ERA FELIZ

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

El día era hermoso y tranquilo y por sobre las copas de los árboles, un airecillo remolón y divertido jugaba con las hojas y las ramas, empujando a los pájaros y abriendo las flores. Un perro salido de no se sabe dónde me ladró al pasar en mi carro.

Perro tonto. ¿Por qué me ladras?

Tenía hambre y me apeé. Desuncí los caballos para que pastaran a gusto y abrí mi morral y saqué [illegible] pan, [illegible] y queso. Me senté apoyado en mi carro, dejando que el sol me quemara. ¡Ven, perro tonto! Tengo un poco para ti también.

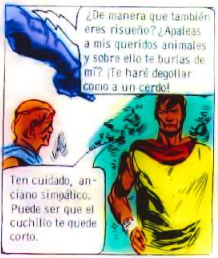
Era un perro muy condescendiente y tras estudiarme con recelo un instante meneó la cola y se sentó junto a mí con aire expectante.

Vaya... ¿Seremos amigos?

Toma, hermano, y come. Hoy tendrás carne en vez de un palo en el lomo y yo tendré un ladrido en vez del mugir de algún campesino rabioso que me ve demasiado cerca de sus hijas.
El no prestó la menor atención a mis palabras dedicándose solamente a su carne y su pan. Decidí hacer lo mismo. Estaba contento. No muy lejos de mis pies un puñado de flores amarillas se abrían al sol.
Un pájaro cantó desde un árbol. Canta bien, hermano. Nunca sabemos cuál es nuestro último canto. Canta bien, hermano pájaro. Come, hermano perro. Mantente lejos de mí, hermano hombre, que a ti no te tengo confianza.
¿Y eso? Fue un cuerno de caza...
El ciervo surgió casi frente a mí. Era un hermoso animal con los ojos luminosos de miedo. Corre, hermano ciervo. En tus patas está tu vida.
¡Aunque tal vez también pueda ayudar yo un poco...!
Corrí hasta el lugar donde había cruzado el ciervo empuñando mi lanza. No lo hacía por otro motivo que no fuera ese hermoso día en el cual nadie debería morir. Era un día de vida no de muerte.
¡Aquí los esperaré...!
Llegaron casi enseguida. Grandes perrazos amenazantes, aullando con las narices pegadas al suelo. Me escupí las manos, divertido.
¡Veamos cómo lo haces, Nipour...!
Uno de los perros llegó junto a mí. Tomé la lanza y le descargué un garrotazo con todas mis fuerzas. Y soy muy fuerte.
Detrás llegó el resto de la jauría...
¡Fuera!

¡Toma, mala bestia! ¡No hay ciervo hoy!
¡Fuera todos! ¡No hay ciervo!

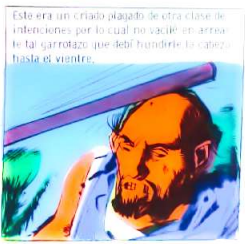
¡Maldito imbécil de cerebro de asno! ¿Qué has hecho con mis sobres animales? ¿Cómo fuiste capaz de tocarlos...?
Yo no los toqué, noble señor, fue el mango de mi lanza.


¿De manera que también eres risueño? ¿Apaleas a mis queridos animales y sobre ello te burlas de mí? ¡Te haré degollar como a un cerdo!
Ten cuidado, anciano simpático. Puede ser que el cuchillo te quede corto.

¿Cómo te atreves a hablar así Arrak Triarco, miserable? ¡Dilátate y...

¡Ah!
Era un buen criado, plagado de malévolas intenciones con respecto a mi padre, por lo cual no vacilé en asestarle un solo golpe demasiado fuerte... apenas un estocazo...

¡Te lo has buscado!


Este era un criado plagado de otra clase de intenciones por lo cual no vacilé en asestarle tal garrotazo que debí hundirle la cabeza hasta el vientre.

Arrak Triarco era un hombre muy rico en esa región. Poseía caballos y tierras, ganados y esclavos y un humor sumamente variable.

Ya caía en la alegría más desaforada, ya en el pesimismo más trágico. Su mesa era generosa y su charla, insoportable.

En ese momento una joven penetró corriendo en la sala donde nos hallábamos.

La joven lanzó un sollozo antes de salir. He observado que cuando las mujeres comprenden que los gritos no servirán de nada, de inmediato recurren al llanto. Arrak se volvió hacia mí bufando furioso.

¿Has visto algo igual? Le consigo un marido agradable y aún es capaz de rebelarse. ¡Su ingratitud podría llenar el Mar sin Orillas!

Creo que a las mujeres siempre les agrada el poder elegir a sus maridos.

¡Bah!¡Mocosas con cerebro de pájaro! ¡Para ellas basta una cara bonita y unas espaldas anchas y ya están embobadas! ¡Jamás se les ocurriría averiguar quién es, si posee ganado o barcos o algo que no sea su preciosa figura! ¡Mujeres! ¡Bah!

Y ahora discúlpame, estimado amigo, pero debo retirarme a trabajar. Debo continuar mis cuentas pues no [illegible] más que robarme [illegible] sa despilfarran mis [illegible] fuera el rey de las Tierras Negras de Egipto.

Yo debería [illegible] abusado de ti ya...

¡No, maldito seas! ¡Quédate aquí algunos días! ¡Mañana llegará ese imbécil...digo, el buen amigo Andros y yo quiero tener alguien con quien hablar en esta casa! ¡Las mujeres no me dirigirán la palabra y en cuanto a Andros, su charla me convertiría en vinagre el vino!

Está bien, Arrak, me quedaré hasta que el casamiento de tu hija se lleve a cabo.

¡No menciones eso!¡No vuelvas el cuchillo en la herida!¡Su madre y sus hermanas están de parte de ella y me harán sufrir como un esclavo!¡Ya verás las comidas sin sal que deberemos soportar!

No me retiré a mis habitaciones [illegible] decidí salir a recorrer el bosquecillo que rodeaba la casa de Arrak. Hacía tiempo [illegible] dormía bajo las estrellas y la idea de una habitación cerrada no me seducía.

(Tal vez me convendría traer mi manta al [illegible] y...)

(Pero... Algo se ha movido en aquel matorral...)

(¿Y eso? Alguien llora.)

Me asomé con mucha cautela entre los matorrales y vi a...

(Vaya... Es Maidan, la hija de Arrak. Y ese es el joven siervo que yo aporreé con [illegible] vidad esta mañana...)

La rama se quebró sacamente bajo mi rodilla...

Pero...

¡Es el huésped! ¡Nos estuvo espiando!
¡Se lo dirá a mi padre!
No. No lo hará.
Espera, chiquillo. No te precipites...
Aquella mañana él había estado lleno de benevolencia cuando me quiso hacer arrodillar, ahora en cambio tenía el más absoluto deseo de acabar conmigo y su cuchillo erró por dedos a mi estómago.
Me gusta hablar con los jóvenes... pero no con un cuchillo de por medio.
¡Basta!
Mi señor Arrak no debe saber del amor que hay entre su hija y yo.
¿Por qué?
Sólo soy un siervo. Si él lo supiera, sería capaz de hacerme arrancar la piel con hierros al rojo.
¡Ah!
No quise decirle al pobre chiquillo que dudaba de que el buen viejo Arrak fuera capaz ni de aplastar una mosca, a pesar de sus terribles gritos, porque el respeto es una cosa muy saludable entre los siervos. Por lo tanto...
¿De manera que amas a Maidan?
Con todas mis fuerzas, señor.

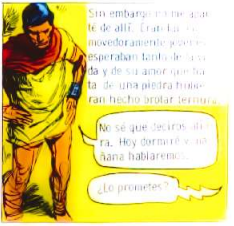
¿Y qué piensas hacer mañana? ¡Vendrá un hombre de la costa que se la llevará!
¡Lo mataré!

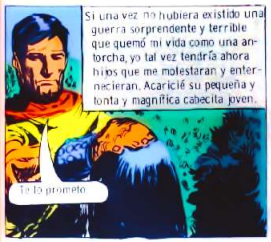
Espero que tengas más éxito que ahora. De todas maneras te verás obligado a huir si ese Andros tiene familiares pues enviarán guerreros detrás tuyo por la deuda de sangre.

Pero yo...

Extranjero... espera. No te conocemos ni sabemos de dónde vienes ni adónde vas pero necesitamos consejo. Lo necesitamos desesperadamente. Somos jóvenes y no estamos seguros de lo que debemos hacer. Por favor, ayúdanos...
¿Yo...?

Sí. No tenemos a nadie que pueda aconsejarnos...
No sé qué decirte, muchacha. No soy quién para indicar caminos a nadie pues ni siquiera conozco el mío. No sabría qué decirte.


Sin embargo no me gusta verlo y compararlo con el hermoso Tarsos, el siervo, comprendía que si todo el oro del hombre podría comprar la circunferencia de su cuerpo.
No sé qué decirte allí fra. Hoy dormiré y mañana hablaremos...
¿Lo prometes?


Si una vez no hubiera existido una guerra sorprendente y terrible que quemó mi vida como una antorcha, yo tal vez tendría ahora hijos que me molestaran y entenecieran. Acaricié su pequeña y tonta y magnífica cabecita joven.
Te lo prometo.

Me alejé de ellos meditabundo y algo melancólico. Estaba recordando a un joven sumerio, con poca cabeza y fuertes músculos que vivió una vez en la ciudad de Lagash, hacía ya miles de años. Un joven que era yo... Hacía tanto tiempo...
¡Nippur... ¿Tan viejo estás?!

Andros llegó a la mañana siguiente
Este es Nippur, amigo mío y huésped.
Los dioses te sean propicios, Nippur.

Verdad es Alcenio, la amiga... debiera ser... ¡Ay, no sé!

Eso es mucho hablar, Andros. En mi país de Sumer y en la Hélade soy considerado un buen timonel de carros.
Me sonreía con la rara cordialidad con la que un acezado hombre de mundo sonríe a un cabezal campesino y estoy tentado de borrarle su excelente sonrisa de una bofetada.
Alcoonte ha corrido contra los campeones hititas, asirios, egipcios, hicsos, cretenses y hasta contra los nómades del desierto que son famosos por cuidar sus caballos mejor que sus mujeres.
Eso era un reto y vi sus ojos astutos estrecharse como los de un cerdo que husmea su alimento.
¿Tal vez desearías hacer una apuesta?
Sí. Poseo un carro de guerra que perteneció al rey Teseo, cuya coraza está labrada y tiene apliques de oro. Además un tronco de caballos excelentes y todos sus arreos. ¿Te parece interesante?
Pero impongo una condición.
¿Cuál?
Si yo gano, tú no me pagarás a mí.
¿Cómo es eso?
¿A qué estado pertenece tu amigo?
Es un siervo.
Lo vi especular consigo mismo pero ya sabía su respuesta. La dote de la mujer de un siervo no es más que una piltrafa y mi carro en cambio valía una fortuna. Sonrió fregándose las manos.
Trato hecho. Redactemos una tablilla...
De acuerdo. Y se impondrá la tasa de que si uno de los dos no paga su deuda deberá responder con sus manos como ladrón.

Mis caballos plafaban irritados al presentir los animales de Alcoonte. Olían al adversario, al desafiante. Yo me había envuelto los antebrazos con tiras de cuero y esperaba.

¡Alcoonte es muy corpulento... Nada le debe costar dominar a sus caballos...!

Los animales saltaron como arrojados por una catapulta y la tierra voló en nubes a nuestro paso. El carro se bamboleaba bajo mis pies. Tratando de conservar el equilibrio aullé e insulté a mis caballos.

...lo relampaguea arriba y abajo. Traté de escupir la sangre que me llenaba la boca pero no tenía... A mi flanco, el carro de Alcoonte volaba como un trueno.

¡Fuerza! ¡Corre, corre, corre, corre!

Un dedo, dos, una mano, dos. Mi carro tomaba ventaja. Loco, delirante azoté a mis animales, rugiendo mientras el polvo me entraba por los ojos y la boca. Adelante, el río a la vista; adelante, esparrancado en el carro, adelante...

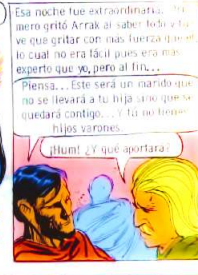
Y el látigo de Alcoonte que estalló en mi cuello...

Es un buen corredor pero jamás ha luchado de carro a carro y esa es mi ventaja. Las riendas aullan como brujas al tocarse y...

Lo arranco de su carro tironeando de un caballo y lo veo caer entre el polvo y el lodo. No se hará demasiado daño. Salvo algún hueso roto.

Buen amigo Alcoonte. No debo olvidarme de romperte algunos dientes cuando termine la carrera pero ahora debo llegar al río...
¡Arre!

¡Nippur! ¡Ganó!


Esa noche fue extraordinaria... Mi primero gritó Arrak al saber todo y tuve que gritar con más fuerza que él, lo cual no era fácil pues era más experto que yo, pero al fin...
Piensa... Este será un marido que no se llevará a tu hija sino que se quedará contigo... Y tú no tienes hijos varones...
¡Hum! ¿Y qué aportará?

Eso depende de ti. El que paga es Andros. Recuerda la apuesta. Puedes exigir lo que quieras. El deberá cumplir a menos que desee perder sus manos.
¡Hum!

Es una buena idea... Vaya... ¡Ah! ¡Alguien va a pagar todos los dolores de cabeza que me han dado esas mujeres! ¡Andros! ¿Dónde estás?

Desaté mis caballos y los limpié con cuidado. Maidan y Tarsos me ayudaron, mientras parloteaban sin cesar sobre la piara de hijos que tendrían y los cuales al parecer llevarían mi nombre desde el primero al último.
De lejos llegaban los lamentos de Andros y la voz tonante de Arrak gritando citras.

tú

NIPPUR DE LAGASH

LA JUSTICIA DE JANIPO

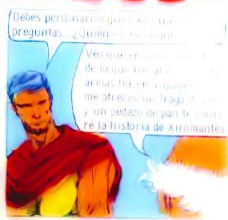
Por RUBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Por el camino marchaban pequeños grupos de gente, campesinos, pastores, comerciantes, todos en grupos silenciosos y de igual color, una corriente única y transparente de gentes que corrían en silencio, movimiento que consideraban suyo, que los asustaba pero a la vez los atraía, los fascinaba, penetraba en su médula y luego se mezclaba y era expulsado.

¿Adónde va esta gente, anciano?
A la ejecución.

¿Ejecución? ¿Cuál?
La de Xiromantes.


Debes perdonarme que sea tan preguntas. ¿Quién es ese viajero?
Ven que te cuente. Ya que has de llegar tan pronto a Armas hacerte compañía, me ofreces tan buen trago y un pedazo de pan tan bueno, te contaré la historia de Xiromantes.

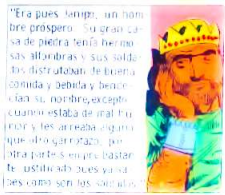
Si tenía prisa y me obligué a hacer un estanque. Desuncí los caballos y me tendí sobre la hierba. Puse carne, queso, pan y vino delante del campesino y yo...
...estaba hambriento. Venía hacia allí con tiempo para asistir a la ceremonia y me había quedado mucho.

Parece ser algo muy interesante para ti esa ejecución.
Lo es, señor. Muy interesante.

¿Cuéntame. ¿Quién era Xiromantes?
Antes de hablar de Xiromantes tendrás que hablarte de otro hombre...

Tendrás que hablarte de tiempo, de la guerra, de todo la región, con sus hombres de armas, sus caballos fuertes y sobre todo de un poco loco...

...todo esto ocurría en esta región, en algún lugar. Hay que poner el acento en el nombre y en los acontecimientos, porque en ellos se halla el germen de todos los demás, además de que siempre hay que guardarse de los odres del rey. Además albergaba el germen de todos los buenos vinos, cosa que no es precisamente de despreciar en un lugar como este.


"Era pues tiempo, un hombre próspero. Su gran casa de piedra tenía hermosas alcobas y sus soldados disfrutaban de buena comida y bebida y bendecían su nombre, excepto cuando estaba de mal humor y les arrebataba algunas que otra garrafa. Por otra parte si en paz bastar le gustaba a sus vecinos, cuando no les recibía a pedradas como con los odres.

¡Suelta! ¡Me rompes el brazo!
Xiromantes te buscaba.
¿Sí, mi señor?
Ven. Quiero mostrarte algo.
"Lo siguió por muchas estancias, tú sabes cómo son los palacios de los reyes, llenos de grandes salas que en realidad no sirven para nada. Hasta..."
¿Sabes que habitación es ésta, Xiromantes?
Sí. La que ocupaba la finada reina.
Así es, en efecto.
Mira esto. Es la tela que ella estaba tejiendo para mí aquel día que sintió el dolor... Nunca la terminó.
Era una buena esposa, tal vez algo regañona y protestaba cuando yo entraba con los pies embarrados y me obligaba a descalzarme en la entrada lo cual hacía reír a mis esclavos. Y sin embargo tan dulce, tan cariñosa...
Quiero una esposa, Xiromantes.
No sé qué decirte, señor. Yo...
No digas nada. Ya lo pensé yo todo.
No hay mujeres aquí que sirvan para desposarse con un rey. Todas son campesinas que huelen a caballo o majaderas hijas de comerciantes que en el segundo día de matrimonio ya me habrían sacado hasta la última pieza de plata.
Deseo una esposa digna de un rey y aquí no la hay. Por ello te envío a ti como emisario mío para que me traigas una.

"Puedes imaginar, forastero, la expresión de estupor de Xiromantes, inexperto jovenzuelo en cuyo mundo las mujeres eran algo apenas entrevisto a la distancia y mucho menos interesante que una lanza."

Pero... Ya no.

Deja de balbucear, Xiromantes, que me pones frenético y escucha. Todo lo que deberás hacer es buscar una mujer hermosa y de porte y ofrecerle tu mano. También llevarás regalos y...

Señor... ¿por qué no envías a Damos? El ha visto mucho mundo...

Demasiado. No le confiaría ni a mi desdentada abuela.

¿Y Tafos?

Es ladrón. Traería cualquier urraca de pueblo y se guardaría los regalos. No.

¿Y Finímedes?

Le gustan las gordas. Me traería un tonel humano. No. Quiero casarme, no hacer el ridículo.

"El desdichado Xiromantes agotó la lista de los otros candidatos y ninguno, uno por cojo otro por rengo, ninguno pudo sacarle el fardo de los hombros."

No te lo tomes a mal, Xiromantes. Ya verás que todo es más fácil de lo que crees.

Mira, para ayudarte te permitiré que te lleves a Heres, mi tesorero. Es astuto, mundano y te aconsejará con mucha sabiduría.

Partieron pues, como te dije, los enviados del rey: Xiromantes, sudando como un animal dentro de sus arreos militares y el flaco Heres que es famoso por muchas cosas que no vienen al caso ahora. Llevaban criados, caballos y regalos de oro y plata."

¡Esto es una estupidez! ¡Yo soy un guerrero! ¡Se me educó para ir a la guerra y morir por mi reino y no para servir de casamentero!

Ahá.

¡Es injusto! ¡Cualquier comerciante lo podría hacer mejor! ¡Yo debía estar luchando contra los piratas cretenses o contra los hititas!

Ahá.

¡Y tu, callate! ¡Estoy harto de oírte hablar sin cesar!

"Nunca pedí mucho de los dioses, excepto cuando solicité que el techo de la casa de mi vecino Acio se derrumbara sobre su estúpida cabeza después que mató por error a uno de mis cerdos, pero juro por mi honestidad que hubiera pagado cualquier precio por ver a Xiromantes escapando, mujer para su rey."
¿Parece algo gorda, ¿no?
¿Parece? Hundiría la galera real si subiera a bordo.

¿Será muy del gusto?
¡Ja! El rey tendría una esposa a la cual jamás vería de perfil.

"Hubo otras aventuras en la cual, Xiromantes descubrió ciertos detalles de su persona que ignoraba."
¡Bésame, hermoso soldado! ¡Bésame!
¡Espera! ¡Es mi rey quien...!

Si al menos se le fuera ese escandaloso olor a perfume de mujer, todo sería más fácil. ¡Puf!

Veamos... ¿Adónde iremos ahora?
Pues... podemos llegarnos hasta Truno, cerca de los grandes farallones.

¿Quién es rey allí?
Ese vejete insoportable de Lucumo, si es que aún vive.

Allá está la ciudad. ¿Qué te parece?
¡Es tan chica como la nuestra! ¡Allí no encontraremos mujer para...!

Mira. Una patrulla de soldados se acerca.
Sí. Y viene un verdugo con ellos.

Heres..., mira entre los soldados.
Ya veo.

Esa. ¡Esa es una mujer para un trono!
¡Espera!

¡Alto! ¿Quiénes sois vosotros?

Soy Cinco, jefe de cien de la ciudad de Truno y estoy cumpliendo una misión del rey Tanaros.

¿Tanaros? Pero... yo creí que el rey era Lucumo.

"El oficial se mostró algo incómodo y removió los pies. Y por fin..."

Verás... Lucumo sufrió un accidente... Mientras miraba desde una torre tropezó y... y era muy alta...

Ahá. Comprendo. ¿Y luego?

Pues... Tanaros, jefe de mil, oyó rumores de una rebelión que se preparaba y se apoderó del trono, temporalmente, por supuesto.

¿Y esta joven?

Es la nieta de Lucumo. Para evitar que nadie atente contra su vida la alejamos de la ciudad rumbo a un refugio seguro.

Ahá. ¿Y para eso llevas un verdugo? ¿Me crees tonto?

Mide tus palabras.

Lucumo tenía un tratado de paz firmado con mi señor Janipo. Por lo tanto es mi obligación defender a la hija de su hijo.

Espera...

"Como comprenderás, esto no era más que una excusa porque no hay rey que no sea aliado de todos los demás, sin que eso lo prive del derecho de rajarles la cabeza más tarde. Pero Xiromantes necesitaba una excusa."

Por lo tanto, ¡Soltadla ya!

"Bueno, imagina el resto. Los soldados cuando hablan parecen idiotas."

¡Jamás! ¡Tengo orden de mi rey Tanaros!

¡Apártate en el nombre del rey Janipo!

"Y es ya, [illegible] el caso es que Xiromantes, [illegible] era [illegible] muy [illegible] la [illegible] a espadazos contra todos."

¡Fuera!

¡No me obligues a matarte!
¡Descuida! ¡No te obligaré!
SCRAC
¡No corras, cobarde! ¡Muere como un hombre!
¡Más cobarde eres tú!
"Xiromantes entró de esta manera en Truno, pisándole los talones al desdichado Cinco que se las vio negras para no ser degollado. De pronto se halló de pie en la plaza del mercado rodeado del pueblo curioso."
Pero...
¡Pueblo de Truno, he oído con sorpresa que vuestro viejo rey ha sido asesinado y me habéis permitido eso sin un gesto de reprobación!
Bueno... Estaba muy viejo ya.
Sí. No hacía mucha diferencia.
¿No? Hace pocos instantes he salvado de la muerte a vuestra señora, su nieta. ¿Comprendéis eso? ¡Iba a ser asesinada! ¿Qué decís a eso?
¡Muerte a Tanaros!
¡Al ataque, a Tanaros!

¿Quién...? ¿Quién es...?

¡La justicia que te alcanza, Tanaros!

"La justicia, y por lo menos Xiromantes debió apelar a sus piernas con ganas porque Tanaros corrió como una liebre hasta quedar acorralado en una torre."
¡No me mates! ¡Mi sangre no te es necesaria!

¡No!

¡Ahhh!

"Y ésa fue la manera. (SI. Un poco más de vino.) La manera como Xiromantes repuso a Arsinoe en el trono de su abuelo. Arsinoe era la joven. Luego cuando ésta, ruborosa y feliz, le preguntó qué recompensa solicitaba, el insigne y leal imbécil respuso:"
Tu mano, señora.

¿Es tuya si la quieres, noble Xiromantes. Nadie tendría más derecho que...
¡Oh, no! ¡No es para mí! Es para mi rey Janipo.

"¿Tú entiendes algo de mujeres? Arsinoe lloró durante cuatro días hasta que todos en el palacio estuvieron sordos y de pronto un día dijo:"
Acepto, Xiromantes. Me casaré con tu rey.

"Luego lloró algunos días más, arrojó algunas bandejas de plata a la cabeza de Xiromantes sin explicaciones y juntos volvieron al palacio de Janipo que se mostró encantado."
¡Eres más hermosa de lo que podía pedir! ¡Xiromantes ha cumplido como el mejor!

"Y... romantes perdió el apetito y se puso tan insoportable como un asno sordo. Comenzó a deshojar flores en los jardines y hasta se olvidó de afilar su espada. Vagaba de aquí para allá, suspirando y tropezando con todos los guijarros del sueño y empeorando a medida que el día de la boda se acercaba."

Y Janipo sentado en su trono tenía la cara exacta que se puede esperar de un hombre que encontró a su prometida besándose con otro. ¿Qué habría elegido? ¿El hacha? ¿La horca?

En ese momento sonaron las trompetas y todos enmudecieron...

Ven.

¡Adiós, amada mía!

¡Xiromantes!

Lo hicieron pararse en el centro de la plaza.

Agáchate ahora.

¿Qué? ¡Un guerrero muere con la espalda derecha!

¡Agáchate, maldito seas!

En el silencio total que siguió todos volvimos la cabeza en dirección al ruido repentino. Janipo se había puesto de pie.

Descendió los escalones con lentitud y rostro sombrío.

Por fin se detuvo. En el silencio total que reinaba sólo se oían los suflazos de Arsinoe. Un perro aulló tristemente.
¡Ahhhh!
Sentencia cumplida.
Pero...
SNACK!
Bueno... Cálmate. Ahora todos estaremos contentos...
¿Qué te ha parecido la justicia de nuestro rey, forastero?
Tu rey tiene más sabiduría en un pie que muchos otros en su cerebro...
El rey se llamaba Tanipo. Decidí recordar su nombre. Vosotros que escucháis esta historia no lo olvidéis tampoco. Me cuesta no algo.
Fin

NIPPUR de LAGASH

EL CARRO DE ESTRELLAS

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCIO OLIVERA

Me hallaba a orillas de uno de los dos grandes ríos que abrazan las regiones donde el cultivo es fácil. Había llegado a las cercanías de la ciudad de Nippur.
Sí. Nippur. Es la ciudad que recibió el nombre. Mis padres nacieron allí aun que cuando yo vi la luz hacía ya muchos años que vivían en Lagash, la de las blancas murallas. En su nostalgia y recuerdo por la vieja ciudad me dieron su nombre.
Mi nombre, Nippur, el hombre de Lagash. Ese soy yo, Nippur el errante, el que nada tiene, el que a ninguna parte va y que de ninguna parte viene. Nippur, el nadie, el nada.
(Rehe.)
(El cielo está limpio. Azul y puro. Una nube. Una maravillosa nube suelta y sola en el cielo. Tan sola como yo.)
(¿Y ése? Alguien viene hacia acá...)
(Es un joven...)
Desde lejos pude distinguir su cabeza afeitada y reluciente de ungüentos y su túnica de lana teñida, sucia de barro en el borde inferior.
(Es un sacerdote...)
(SÍ... Es un sacerdote y parece huir de algo.)
Los hombres aparecieron a sus espaldas. No pude distinguirlos muy bien en la distancia pero pude ver brillos de metal en sus manos.
(Muerte. Quieren matar.)
No me gusta la caza del hombre. Yo he sido cazado muchas veces y reacciono mal ante los aullidos de la turba.
(Esperad. Ahí voy yo.)

Corrí despacio. Sólo el guerrero inexperto corre hasta que los pulmones estallan. El veterano lo hace con cadencia, dosificando las energías. Es siempre mejor que el enemigo venga hacia nosotros y que sea él quien se canse.

¡En, tú, fugitivo!

Debió creer que era uno de sus perseguidores. Cuando me vio surgir ante él, Vi el terror reflejado en su rostro juvenil, pues joven era.

¡No! ¡Por Enlil!

Cálmate... Soy amigo. Ponte detrás mío.

Peor...

No me hagas hablar tanto. Tus enemigos se acercan.

Está bien.

Es extraño el efecto que producen el camino y el desierto en mí. Cuando llego a los sitios poblados, los hombres me parecen muy pequeños y débiles. Años de combate, años de remo, me han hecho grandes las espaldas y las manos. Miles de soles me han quemado la piel.

Allí llegar...

Se detuvieron casi frente a mí. Veían al sacerdote a mis espaldas pero también veían mi enorme espada y veían mi protección.

¿Eres amigo del sacerdote?

No, pero lo protejo.

Tenemos orden de gente muy alta de castigarlo por sus crímenes. Es un hereje y un falsario.

Fuertes palabras y muy bruscas. Nada me dicen excepto que este hombre está solo y vosotros sois muchos. Volved a Nippur y decid a quien os envió que un sacerdote no puede ser muerto como un animal silvestre.

¿Y quién le creemos que envía ese mensaje?

El primer golpe se asesta de derecha a izquierda y la lanza se saja como una vara de mimbre.

...espada asesta gira como una hoz que sie... de izquierda a derecha y vuelve a su po... inicial.

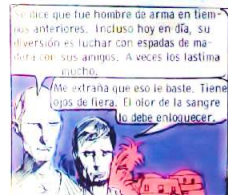
Enrojecí hasta el cuello y me sentí conmovido. Era tan joven, tan terrible y magníficamente joven y presa de tal miedo en la justicia y en la honradez que daban deseos de protegerlo o de golpearlo con un palo.

Ninguno había cambiado mucho desde la última vez que yo la viera hacía de ello casi diez años. Sus calles arenosas, sus cuadradas casas blancas, su gente pausada y morena, todo ello me pareció tan familiar que por un momento retrocedí en mi vida.

Entonces vi al grupo apartado de la multitud. Eran los que persiguieron al joven sacerdote y rodeaban a un hombre de alta estatura.

Lo observé con atención y decidí que era hombre de temer. Alto y fuerte, con más de asirio que de sumerio, anchas mandíbulas y ojos fríos y quietos aunque con algo de perro rabioso atentando en el fondo de ellos.

Se dice que fue hombre de arma en tiempos anteriores. Incluso hoy en día, su diversión es luchar con espadas de madera con sus amigos. A veces los lastima mucho.

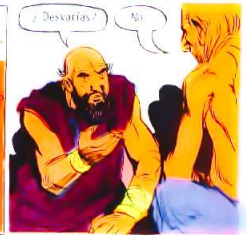


El grupo de ancianos sacerdotes esperaba en el gran círculo de arena de la plaza, sentados en el suelo en silencio. Uno de ellos, de pie, adelantado, nos recibió. Parecía frío y molesto.

Caminé hacia el anciano, además una pequeña momia viviente con ojos increíblemente vivaces. Al llegar junto a él me detuve.

Así lo hice y sus ojos antiguos me observaron con atención; luego sorpresivamente hundió el dedo en la arena y con ella trazó algunos signos sobre mi hombro.

Balaim se impacientaba. Su carácter violento se desbocaba. Intentaba calmarse pero el fuego volcánico que lo consumía lo hacía sudar, remover los pies, caminar de aquí para allá, rascarse los músculos.



Tienes los ojos vacíos. Tienes la cara vacía. Nada hay que pueda hacer por ti. Eres culpable ante todo, el dios que guarda la casa y ante la ciudad que te acoge.

¡Estás loco! ¡No puedes acusarme sin saber!
Yo no te acuso. Tú te acusas.

Balaim escuchaba con los ojos fijos en el suelo, sin expresión de ninguna clase. Parecía estar sumido en sus pensamientos.
¡Está perdida su causa. Ahora yo lo sabía!

¡Y ahora comenzará a dejar de ser zorro y se volverá jabalí furioso. !

En ese momento, Balaim se volvió hacia el patesi.
Tú, ¿qué dices a esto?
¡Ah! ¿De manera que me dejas librado a mi suerte? ¿Nada puedes decir en mi defensa?
Muy bien. ¡Escucha, anciano! Lo que dijo el joven sacerdote es verdad! ¡Me robaste al templo durante años! ¡Pero no solo!
Yo? Nada. ¿Qué quieres que diga? Esto no me concierne.
¿Por qué tendría que decirlo?

¿Cuando el patesi me ofreció el puesto de consejero supremo que llevaríamos a cabo juntos, le rapiñé! ¡Durante todos estos años él se ha quedado con la mitad de lo que yo obtenía!

¿Y ahora, que me ve acorralado, intenta abandonarme.
¿Me insultas también? ¡Ahora verás!
Mentira! ¡Asirio ladrón!
Vi relampaguear el cuchillo en sus manos. No tuve tiempo de hacer nada...
¡Toma!

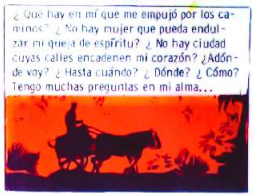
El palestino quedó inmóvil en su sitio, helado como si su carne se hubiera vuelto piedra. Luego bajó los ojos con gesto aloñito y los detuvo en el mango del cuchillo que sobresalía de su pecho.
Luego cayó sin un grito. Sin nada.
¡Asesino!
Otro cuchillo relampagueó en sus manos y se volvió hacia mí. Debajo de sus ropas había venido armado. Parecía satisfecho de poder dejar de lado el disfraz y dar rienda suelta a toda su violencia.
Ahora te mataré a ti.
Lo siento, tesorero.
Sentí su grito de fiera. Su piel apestaba a locura y a filo de cuchillo. Me eché a un lado.
Retrocedí hasta mi carro con paso lento, mientras Balaim avanzaba con las espaldas curvas, ciego, sordo, loco.
Empuñé una de mis lanzas y me volví hacia él. El brillo de bronce era rojizo. La cara de Balaim era también roja e hirsuta.
Lo siento.

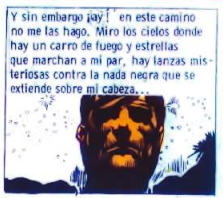
¡Ahhhh!
El impacto lo alcanzó con tal fuerza que sus pies dejaron de tocar el suelo. ¡Gritó como un animal sacrificado...

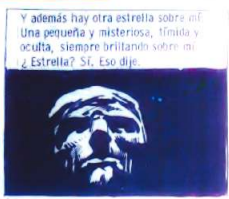
Está muerto.

Extraño. Las estrellas no vaticinaron tragedia con tu venida. Sólo vi un carro de estrellas y una lanza y una estrella más que no pude definir. Tal vez no debía reconocerla yo... No había tragedia... Debo suponer que no lo eran. Debieron ser hombres malvados.

Necesitaremos unoir otro patesi.
Ese ya lo tienes, anciano. ¿Quién mejor que un hombre que no se ama a sí mismo?
Tienes razón, Nippur. Quién mejor...
Un atardecer abandoné la ciudad de Nippur que una vez, años atrás, dio su nombre a un niño que es hoy ese hombre amargo que saluda desde un carro. Ese hombre que soy yo. Un hombre mitad lanza y mitad adiós.
Adiós, Nippur.
Adiós, amigo.


¿Qué hay en mí que me empujó por los caminos? ¿No hay mujer que pueda endulzar mi queja de espíritu? ¿No hay ciudad cuyas calles encadenen mi corazón? ¿Adónde voy? ¿Hasta cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? Tengo muchas preguntas en mi alma...


Y sin embargo ¡ay! en este camino no me las hago. Miro los cielos donde hay un carro de fuego y estrellas que marchan a mi par, hay lanzas misteriosas contra la nada negra que se extiende sobre mi cabeza...

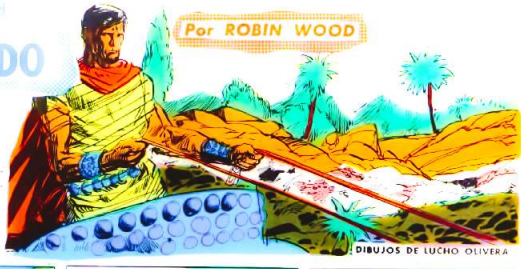

Y además hay otra estrella sobre mí. Una pequeña y misteriosa, tímida y oculta, siempre brillando sobre mí.
¿Estrella? Sí. Eso dije.

Estrella, dime, ¿quién eres? Contéstame. Estoy tan solo...
FIN

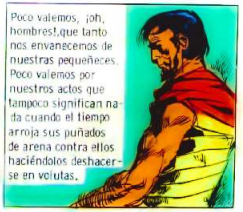
NIPPUR DE LAGASH

EL ENVIADO

Por ROBIN WOOD



Silencio es lo que siento en mi oídos. Sí, Silencio. Esa extraña clase de silencio hecha de rumores que nada significan al instinto, ya sea el susurro del viento entre el ramaje de un árbol, o el canto de un pájaro fingiendo ser cristal contra el oro del sol. A veces, desde las altas montañas oía el retumbar de una roca cayendo.



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Yo soy Nippur de Lagash, hombre que ha visto mucho, mucho y que por ello mismo no ignora su poco valor y su gran valor. ¿Suena esto como contrasentido? No lo es.

Poco valemos, ¡oh, hombres!, que tanto nos envanecemos de nuestras pequeñeces. Poco valemos por nuestros actos que tampoco significan nada cuando el tiempo arroja sus puñados de arena contra ellos haciéndolos deshacerse en volutas.

Valemos, eso sí, por el soplo divino que llevamos adentro. Por alguna fuerza insuflada desde el más allá, desde la región sin llanuras ni fronteras donde los dioses moran. Valemos como hombres por algo de Dios que tenemos.

En un arroyo me detuve y revisé mis heridas, la mayoría de las cuales ya habían cicatrizado. Las quemaduras en mis hombros tardarían aún un cierto tiempo.

(Pero curarán... Quedarán marcas, eso sí, pero de todas maneras tengo tantas ya...)

(Tantas... Eso fue lo que me dijo Kirmos cuando me vio el torso... Mapa de las guerras lo llamó...)

(Kirmos... Y no hace aún sesenta días de ello...)

(Hacen falta casi trescientos días para gestar el nacimiento de una vida y sin embargo bastan menos de veinte para [illegible] el final de otras. Extraño animal el hombre.)

(Nada imaginaba yo el día que con mi carro me interné en las montañas de Bairin, cerca del Elam.)

Marchaba con sumo cuidado, pues marchaba en territorio bajo la influencia de mi terrible enemigo, Luggal-Zaggizi, el usurpador que ocupaba el trono de mi ciudad natal, Lagash, la de las blancas murallas.

5561

Desde el día en que por la traición y la sangre se hicieron con el trono, el miserable había agotado los medios para acabar con mi vida pero todos habían fracasado. De todas maneras siempre intenté mantenerme alejado de él y en esta ocasión, al verme obligado a pasar cerca de sus territorios extremaba las precauciones.

Por ello vi volar al buitre.

¡Ese buitre ha sido espantado por algo o alguien.

Saque de su rígida funda de cuero duro mi corta lanza de combate. No la larga con la que me enfrento con los jinetes, sino la breve, con el extremo inferior forrado en bronce, que puede ser utilizada asimismo como maza.

¡Hay alguien escondido...!

¡Y si está escondido es por algo. Algo de lo cual yo debo precaverme.!

Avancé con lentitud. No tenía miedo. Había luchado muchas veces con bandidos y salteadores de caminos y sus osamentas debían estar blanqueándose al sol aún.

¡Al doblar el recodo veré que...!

Los vi.

Pero

No eran bandidos sino soldados, casi una cincuentena de ellos bloqueando el camino.

¡Alto!

No retrocedí. He sido amo y señor de más de una veintena de ejércitos y el chillido de un oficial no es algo que me impresione.

¿Qué significa esto?

Menos preguntas. Apéate del carro.

¿No me oyes? ¡Bájate te he dicho!
No me gustaron sus modales ni su voz gritona ni el velado desprecio con que sus hombres lo miraban. El oficial de un grupo de soldados puede ser querido u odiado, o ninguna de las dos cosas, pero respetado siempre.

No.

¿Te atreves a desobedecer a Foros? ¡Te...!

Pero...

Quieto, imbécil gritón, o te dejaré aquí clavado contra el suelo. No debes tratar de ser más hombre de lo que eres. El perro por más que gruña nunca será tigre.

Sentí un trallazo cerca mío pero antes de que pudiera reaccionar.....
¡Ah!

No te muevas, forastero. Podría sacarte los ojos con mi látigo antes de que tuvieras tiempo de decir nada, pero no es ésa nuestra misión.

Era Kirmos. Aún no conocía su nombre, pero esto no tardaría. Hombre con belleza de dios, joven y fuerte como un león, sonreía contagiosamente mientras su látigo de cuero e hilos de cobre se mantenía alerta.
Haz lo que te digo.

Ahora sí los soldados se movieron. La voz de Kirmos los conmovió como la nota de un clarín. Me desarmaron con rapidez.
¿Lo atamos, señor?

No. No hace falta. Creo que el forastero es lo suficientemente inteligente como para saber que no puede huir.

A fe de vida, ¿cuál es tu nombre?
Nippur de Lagash.

Me confundió sensiblemente ver a los soldados de piel curtida acercándose. Por fin...
Tú. No sé si eso es bueno para nuestro pueblo, pero de todas maneras eres quien fue elegido por los dioses.

¿Qué sabrá él con esas palabras...
Ya lo verás, hombre que viaja... Ahora sube a tu carro y sígueme... con cuidado. Diez arqueros te apoyan.

¿Adónde vamos?
A Talas, mi pueblo. Allí es donde te necesitamos.

¿Me necesitan? ¿Para qué?
¡Cuántas preguntas haces, hombre de Lagash! Más parecen una comadrona curiosa que el guerrero fuerte y de quien todos hablan.

Esto me humilló un poco y guardé silencio durante el resto del viaje. Kirmos me observaba irónicamente de cuando en cuando hasta que...
Allí está mi ciudad.

Era pequeña y blanca como tantas de estas pequeñas ciudades del país regadas por los dos grandes ríos. Más allá podía ver los verdes y amarillos de los sembrados y el manchón de un río pequeño. Un pueblo hermoso.
¡Y silencioso...!

Estoy muy cansado... Necesito descansar...

¿Sí. Alguien llora en alguna parte...?
Baja, Kirmos. Ayúdame a descender.

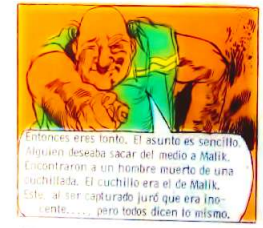
Entra. Esta es la casa de mi padre y la mía.
Atravesé estancias sombrías y frescas sin ver a ninguna mujer ni a ningún chiquillo hasta que...
Este es mi padre, patesi del pueblo.
El patesi, o sea el rey sacerdote de Tafas, era un hombre [illegible] de arrugas y años, [illegible] y [illegible] quien ya no se lucía el palpar la realidad de la vida que le rodeaba. Un anciano cuyo espíritu ya se [illegible] contacto humano.
Siéntate, forastero.
¿El es el forastero que ha cruzado por el sendero?
Así es, padre. Es el elegido.
¿Elegido para qué?
Acércate.
¿Qué ves allá?
Estaba atado a un poste, al sol, con el cuerpo sudoroso y temblorosa, pero con el gesto hostil y decidido. Su fibra recia era más fuerte que su carne asustadiza.

Sigo sin comprender para que me quieres.
Para matarte.
Hay una vieja tradición religiosa que dice que toda muerte que se perpetre dentro del perímetro sagrado de la ciudad hará recaer la sangre sobre la cabeza del matador. Ese es el motivo por el cual nadie querrá hacerlo. ¿Entiendes?
Entiendo. ¿Por eso esperaron a que apareciera un forastero por el camino?
Por eso.
Así dicen.
No lo haré.
Me sonrió otra vez, con simpatía y buen humor, pero su mano acariciaba con suavidad el látigo.
Sí. Lo harás. Te lo juro.
Me encerraron en una habitación y me hicieron llegar carne, vino, frutas, miel y quesos. No podría haber sido mejor tratado el más grande de los huéspedes, pero toda esa cortesía tenía un sabor dulzón y enfermizo. Sabor a sangre.
Pasaron horas y hubo cambios de guardia en mi estancia. El tercero de los soldados que debía custodiarme era gordinflón y de aspecto pacífico.
Toma un poco de vino y comida. Hay demasiada para mí.
No debo...

...tomará el dinero y regresará esta misma noche. Así dijo. Y se fue sin ser molestado y al no ver a nadie.
¡Oh! ¡Los dioses te bendigan!

No tardó el vino en soltarle la lengua.
¿Te cerdenado? ¡Ah! ¡Ese hombre cuyo nombre es Malik debe ser un gran mago!
¿Por qué?

Enrolló y plegando un ojo con gesto complaciente.
¿No llamarías mago a un hombre que roba y mata estando a un día de viaje del pueblo?
No entiendo.


Entonces eres tonto. El asunto es sencillo. Alguien deseaba sacar del medio a Malik. Encontraron a un hombre muerto de una puñalada. El cuchillo era el de Malik. Este, al ser capturado juró que era inocente..... pero todos dicen lo mismo.

¿Por qué querría alguien sacar del medio a Malik? ¿Tiene fortuna?
No.

No tiene fortuna, pero tiene una esposa que enloquece a todo aquel que la ve. Eso es lo que alguien está buscando.

¿Y quién puede ser ese alguien?

Hipó sonoramente y pareció despertar de su sopor. Me miró casi asustado.
He hablado mucho. El vino hace decir tonterías.

¡De manera que es eso. Por ello todo el pueblo está escondido. Todos saben de lo que se trata y nadie quiere intervenir.)

¡Y soy yo quien fue puesto en ese camino por la moira, por el destino, !

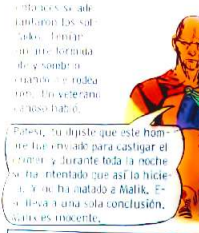
Seguridad llegó sin que yo me diera cuenta y una silueta se recortó frente a mí.
Levántate, hombre de Lagash.
La plaza, horas antes loca de sol, estaba ahora fría y oscura a pesar de las hogueras. Confusamente sentía ahora a la multitud apretada, observando.
Adelante.
Eres el enviado de los dioses para dar el castigo a un asesino. Cumple pues con tu misión.
Toma.
Contemplé un momento la hoja que se teñía de rojo con el reflejo de las hogueras.
No. Los dioses no me enviaron aquí para cometer un crimen.
¡Hazlo!
SHAASHH
SHAASH!!
STTSSHH

No.
¡Hazlo!
No. No mataré a un inocente.
Hubo más latigazos. Más y más. Sentía que mi sudor corría a torrentes por mis flancos y mis músculos temblaban como los de un animal enfermo. Pero a cada latigazo respondía.
¡No lo haré!
Por fin, Kirmos se detuvo jadeante, falto de aliento y bañado en transpiración contemplándome con ojos incrédulos.
De qué material estás hecho, viajero? ¿No sientes nada?
Déjame a mí. Yo lo haré moverse.
Ya verás como lo consigo...
¡Oh, dioses, dadme fuerzas!
¿Lo harás?

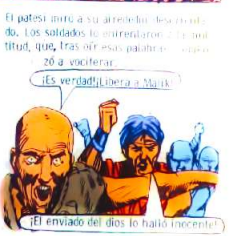
No

Entonces parecieron volverse locos y me golpearon a mí, a Malik y a mi hermosa mujer, como si fuera el último día.

Me arrastraron hasta el lugar donde se alzaba el patíbulo. Los soldados lo rodearon hasta formar un círculo.
No... ¡no lo hagáis!... ¡No, a mi no!


Entonces se adelantaron los sacerdotes. Tenían una gran fortuna de oro y sombra en el rostro. Un veterano de ellos habló.
Pateci, tu dijiste que este hombre había enviado para castigar el crimen y durante toda la noche se ha intentado que así lo hiciese. Y no ha matado a Malik. Ha llevado a una sola conclusión, ¡ante es inocente.

Por lo tanto te exigimos la libertad de Malik y la de este hombre que debe ser sin duda enviado por los dioses, pues su fuerza no es humana.


El patesi murió a su alrededor desmayado. Los soldados lo arrastraron a la multitud, que, tras oír esas palabras, ¡Es verdad! ¡Libera a Malik!
¡El enviado del dios lo halló inocente!

El rugido aumentaba. Por fin...
Está bien. Será liberado.

En ese instante me desmayé con los oídos llenos de la ovación de la multitud.

Tardé casi dos meses en ponerme de pie otra vez y subir a mi carro. Malik y su hermosa mujer me cuidaron durante todo ese tiempo y fueron ellos los que me despidieron.
No sé qué decirte.
No digas nada. Las palabras me incomodan.

Adiós

¡Adiós. El misterio queda allí...

Salve, Mupir...
Salve, Sirtor... ¿Me esperabas?

Ah... ¿Cómo está tu cuerpo? Tu corazón ya no guarda de las guerras, viejo amigo.
Los latigazos han sido buenos.

Sí, las quemaduras tardaron en poco más.
¿Para qué me esperabas?
Para matarte, creo.
No puedo evitarlo. Me reí.
Así que eras tú, Tú, el que mató y cargó la culpa a Mal k. Tú, el que trató de ganar una mujer sobre la sangre de su marido.
¡Toma!
El látigo se enrolló como una serpiente en mi brazo pero en vez de esquivarlo lo dejé hacer y entonces lo sujeté con fuerza y...
¡Arre!
¡No!
¡Noooo!
¡Es extraño pero todo fue verdad. La sangre de su crimen cayó sobre su cabeza... El me llamó enviado de los dioses para castigar el crimen... y yo lo maté...!
Alcé los ojos hacia el cielo azul. El arroyuelo murmuraba cerca mío. El cielo azul, infinito...
¿¡Es todo casualidad?!
FIN

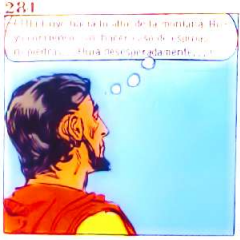
NIPPUR DE LAGASH

RAM, EL ARQUERO

Por ROBIN WOOD

Yo la sabía. Porque era inevitable, porque estaba estipulado por los dioses que yo la vería estrellada contra la roca, como una roja flor espinosa... La vi en un recodo del camino que conduce a Sarmes, la que está a las orillas de uno de los grandes ríos.

Dibujos de E. OLIVERA


¿Ella? Hay todo tipo de la montaña. Hombres con... con fuerza y coraje, espíritu... no perdiéndose... Ahora descontentamente...

¿Estoy pensando otro pensamiento. Negro? No es igual similar noche de vagabundos. Hay otra mujer que no... ¿Es esta criatura? ... De quien huyes? Abajo en la... Quién?

Y la sombra se extendió en la tierra ante mí, y la vi acercarse lentamente.
¿Te ocultas en las tinieblas, mientras que no apartas tus ojos de mí? ... Sombra.

¿Quién eres tú

Ranulfo el Cazador, ¿Has oído hablar de mí?

Sí. He oído hablar de Ram y su destreza inverosímil. Ha recibido mucho oro por sus flechas, como un campesino lo recibe por sus cerdos. Es un vendedor de muerte.
Sí. He oído hablar de ti.

¿Qué ocurrió aquí? Hay huellas de combate y de una mujer.
Ah, sí

Cómo... Cómo se llama nuestro campeón?

¿Cómo te llamas,
Vipour.

Me miró perezosamente... desafío en sus ojos. No soy fanfarrón por desto. Sé que mi fama ha crecido con los pactos de muchas naciones. Ahora, oído hablar de mí.
¿El de Lejano?
Sí

Allí está nuestro campamento.
Ese repugnante gordo de rostro de cerdo es Songar... el hombre que paga por mis hechos.
¡No te atrevas a hablar así, Ram!
Callate, cabeza de trapo, si quieres algún día poner las manos sobre la doncella, ya sabe cortar hablar de
El hombre gordo calló. Evidentemente pagaba a Ram por algo, pero le temía. Y Ram lo despreciaba con el helado desprecio que sienten los mercenarios por el hombre inútil que necesita de ellos.
No deseo discutir más. Ozor murió.
Vi a media docena de hombres de armas agrupados a la sombra de un bosquecillo. No muy lejos se veían dos cuerpos cubiertos con sus mantas. Ram escupió.
¡Puah! Siete hombres y no fueron capaces de capturar a un simple pastor.
No es un simple pastor, Ram. Sacó espada y cuchillo y luchó con sabiduría, dando tiempo a la joven Tres para que huyera. Es hombre de armas.
Ram impulsó la cuerda de su arco que sonó como si fuera voz humana.
Mejor... Me gusta cazar piezas difíciles.
¿Qué es esa pieza humana que persigues, Ram? ¿Quién es ese Ozor que ha muerto? ¿Quién es esta bola de grasa que necesita de tus servicios?
Te lo puedo decir porque eres un hombre de armas aunque no pertenezcas a mi especie. Voy a cazar un hombre que ha robado una mujer.
Es fea acción.
No en este caso pues la joven huyó de buen grado con el joven. Ella es la sobrina de este hombre grasiento que está tras nuestro y quien la desposó debiera hacerse cargo de sus campos y riquezas que son muchas.

Rió sordamente y escupió.
No tomó en cuenta que hay ocasiones que es más fácil torcer la corriente de un río que la voluntad de una mujer. Ella se rió y ningún látigo fue suficiente.
Además resultó existir un joven misterioso y sumamente enamorado como todo joven que se precie de serlo. Este joven penetró en la casa de Sangor, le rajó la cabeza a dos esclavos y se llevó a la muchacha.
Yo me hallaba por casualidad en el pueblo y de inmediato Sangor me hizo llamar y me prometió un asno cargado de oro si me ponía a sus órdenes.
Y aceptaste.
Soy esclavo del oro como todos los hombres.
No todos lo son.
¿Tú no lo eres?
No.
Se rió con crueldad. Era un hombre experto en la vida y en los hombres.
No hables tan virtuosamente, incorruptible Nippur, pues si no eres esclavo del oro lo serás de algún sueño, de algún hombre o de alguna mujer. Todos somos esclavos de algo.
Me cuidaré, no te afanes.
Me alejé del campamento de los perseguidores y retomé el sendero de cabra que llevaba al sitio donde dejara un carro. Sentí zumbido de abejas, alrededor mío.

(Allá está mi carro. Lo mejor sera que me aleje hacia...)
(¿Y eso?)
(Ah no, joven. No me dejarás a pie...)
(Lo siento...)
¡Ah!
¡Thinos! ¿Qué tienes? ¡Responde!
Es nada más que un piedrazo, muchacha. Nada serio.
Soy el dueño del carro que [illegible] robar. ¿Te basta el [illegible]
Yo no quería robar [illegible] sigueu.

Ya lo creo... Una vez estuve a punto de ser capturado por los hombres de Sobek... Estaban a pocos metros de aquí.

Me dejé llevar y me encontré en los brazos de un joven que me llevaba rápidamente en brazos.
Se acercan. Debemos huir.
¡Sí!

El joven intentó levantarse, pero...
¡Ah! ¡Mi brazo!

Déjame curar...
¡Cuidado!

Está roto. La piedra te sacó el hombro...
¡Oh, no!

No podremos huir... Nos alcanzarán.
¡Oh, dioses! ¡Estamos perdidos!

¿Por qué hablas así? No creo que Sobek intente nada contra vosotros... Sólo desea que la eviter vuelva a casa.

¿Eso crees, forastero? Tan profundo es el mar de tu ingenuidad que puedes sumergirte en él sin tocar fondo.

Cuéntale, Trez lo que ocurrió la noche de nuestra fuga. Díselo.

Esa noche le notifiqué mi decisión de tomar como marido a Thinos, que es militar en la corte de Tebas y a quien conocí en mi peregrinación a los dioses de las Tierras Negras. Entonces pareció volverse loco...

Conseguí enviar un mensaje a Thinos por intermedio de una vieja criada que lo ayudó a entrar durante la noche en la casa.
¡Qué previsión! Sonsacar a los criados antes de sobornarlos.

Y ahora no nos queda ni eso.

Ya veo.

Déjame que te ayude...
Pero...
Tu fama de guerrero me era conocida, pero ignoraba tu cualidad de hombre de corazón frágil. No te muevas. Niopurco te atravesaré el corazón.
¡Ya os tengo! ¡Me pagaréis todos los gastos ocasionados y esta estúpida búsqueda bajo este sol despiadado!

¡No la toques, carroña!

¡Atalo a su carro!
¡Ah!

¡Atalo a su carro! Luego decidiremos qué hacer con él.
Sí, amo.

¡Ah!
No te acerques...

¡No te acerques!

Matadlos. A los dos. Nada se puede lograr de ellos. Diremos que el mismo secuestrador la mató.

Uranos, pálido de dolor, apoyó sus espaldas contra las de Irez. Cada uno de los jóvenes empuñaba un cuchillo. Los siervos los rodeaban espada en mano.
Te amo...
No lo olvides...
No lo olvidaré...

Me recuerdan dos perros protegiéndose mutuamente.
No.

Me recuerdan esos pájaros que durante la tormenta, empapados por el agua, aterrados por los truenos, aún encuentran fuerzas para cubrir el nido con sus alas...
Tal vez...

¿Dejarás que los maten?
Me han prometido oro por ellos.

¿Y eso es todo para ti? ¿En tu alma sólo hay ecos provocados por el oro?
Nada más, tú lo has dicho.

¡Ah!

¡Ya la tengo!
¡Suéltala!

¡Mátalos! ¡Mátalos!
¡Tú serás el primero!
¡Ah!
¡Ah!
¡Ah!
¡Ah!
¡Huyamos!
¡Ah!
Pero... ¿estás loco? ¿Qué ha...?
¡Ah!

El sol perezoso y ardiente seguía lamiendo las rocas y el sendero de polvo. Con un cuchillo, Ram cortó mis ligaduras.

Ayuda a los jóvenes.

Luego se dirigió al cadáver de Songar y comenzó a despojarlo de sus joyas.

¿Cómo está Thinos?

Habrá que entablillar el brazo. El golpe no es nada.

Yo lo haré. Consígueme una lanza y rómpela en tres pedazos.

Veo que el joven está bien. Me alegro. Tú debo irme.

¿Por qué los ayudaste, Ram?

Tú sabes cómo son las promesas de esta clase de gente, Nippur. Aire sobre polvo. Todo te ofrecen cuando te necesitan. Luego te mezquinarán hasta la última moneda de cobre. Preferí tomar solamente las joyas de Songar. Estan to como lo prometido.

¿Solamente por eso lo hiciste?

Me miró sin decir una palabra. Luego sonrió encogiéndose de hombros. Yo me reí sin disimular.

Hay algo acerca de tu corazón que tampoco tu fama cuenta. Ram.

Adiós, Nippur. Los dioses te acompañen.

Adiós, amigo.

Dio media vuelta y con paso ágil y cómodo se alejó entre las rocas con su gran arco de guerra atravesado en la espalda. Su nombre era Ram, el arquero y tuvimos el mismo corazón en aquella tarde calurosa de sol y húmeda de muerte y dulce de juventud.

Fin

NIPPUR de LAGASH

UN MISTERIO LLAMADO MUERTE

Por ROBIN WOOD

Qué bellos son los días cuando el desfile del sol se va alargando y su parca de oro demora más y más sobre el cielo y hace crecer flores y pastos y agota los árboles bajo el peso de sus frutos. Los arroyos se ven limpios bajando a los llanos desde lejanas montañas que han sangrado su blanca sangre de nieve que luego correrá cristalina entre piedras pulidas y helechos rumbo a la mar inmensa.
Sobre mi cabeza cruzaban las blancas saetas de plumas y cantos ebrios de sol y efluvios de aromas, volando locamente y cantando y piando sin cesar...
Apoyado en el filo de mi carro dejé vagar pensamientos y miradas a mi alrededor, sintiendo rejuvenecer mi espíritu dentro de mi piel agrietada y de mi experiencia antigua.
(Viejo Nippur...)
(Mira a tu alrededor... ¿No te sientes de pronto convertido en chiquillo?)
(Mira esas flores... Cada una de ellas es una obra de arte tal que no hay joyero ni artista hombre que sea capaz ni siquiera de aproximarse a su belleza...)
(Y yo las miro y estoy tan encallecido que debo hacer un esfuerzo para sentir algo... ¿Tan duro me he vuelto? ¿Tantos años me alejan ya de mi juventud? ¿Tanto tiempo ha transcurrido desde mis años mozos tan alegres?)
(¿Qué se ha hecho de aquel joven sumerio llamado Nippur que reía con una carcajada tan estentórea?)
(¿Es que le habían matado los caminos y las guerras? ¿Es que su sangre se había ido enfriando ante la falsedad de los hombres y la inconstancia de las mujeres?)
(No. Nada matará al joven Nippur. Debo cuidarlo para que nunca muera. No debo convertirme el día de mañana en uno de esos ancianos que miran con rencor a los jóvenes y olvidan sus verdes años...)
¡Arre! ¡Sigue tu paso, "Orajas"! ¡Arre!

¿Qué ocurre? ¿Qué siento? ¿Algo no va bien? ¿Hay algo de extraño en el aire?

¡Los pájaros no cantan...!

¡Algo va mal aquí! ¡Hay algo...!

Los pájaros no cantaban. Sólo el viento continuaba agitando las hojas de los árboles y doblando los tallos de las flores. Algo colgaba de las ramas de un árbol. Un fruto macabro. Sentí un regusto amargo en la boca. "Mis hermanos, los hombres, han pasado por aquí..."

¡Es otra aldea de campesinos... La han arrasado...!

¡Veo por las huellas que arrearon el ganado y prisioneros... Excepto los hombres y las mujeres viejas...!

¡Hombres de armas, jinetes y carros! Sin cuenta al menos...

Su senda iba aquí... Pude oír sus sombras. Fueron los cuervos quienes me alertaron.
¿Qué pasa? ¿Está cerca?

Aguardé tenso como la cuerda de un arco. En el momento de atacarme, quien fuera mi enemigo tendría que hacer un ruido delator.
¡Espera, Nippur...!

Y de pronto un crujido de pedregullos y un jadeo.
¡Toma!

...te rio de los cabellos
...cuando pasó junto a mí.

...y le clavé mi rodilla en las costillas con tal fuerza que las sentí retumbar como un tambor.
¡Ah!

Pero... ...es un niño...

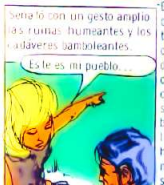
Me incliné sobre ese cuerpo flaco y doblado por el dolor y lo enderecé. Vi una carita gris sácea y los dientes descubiertos en la boca gimiente.
Chiquillo tonto. ¿Qué intentabas hacer?

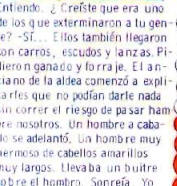
Enderezé de despacho...
...Con cuidado. Es posible que no tengas nada roto.

Toma. Un poco de vino te hará bien...

Y ahora dime quién eres y de dónde has salido. Me entristece descubrir que he golpeado a un niño aunque ese niño haya intentado separarme los huesos de la espalda con un cuchillo. Habla.

Perdón, señor... Creo que me precipité en actuar, pero sul poder de mi ineptitud y de mi rabia. Mi nombre es Turmo...
Explícate.


Señaló con un gesto amplio las ruinas humeantes y los cadáveres bamboleantes.
Esto es mi pueblo...


Entiendo. ¿Creíste que era uno de los que exterminaron a tu gente? -SÍ... Ellos también llegaron con carros, escudos y lanzas. Pidieron ganado y forraje. El anciano de la aldea comenzó a explicarles que no podían darle nada sin correr el riesgo de pasar hambre nosotros. Un hombre a caballo se adelantó. Un hombre muy hermoso de cabellos amarillos muy largos. Llevaba un buitre sobre el hombro. Sonreía. Yo que estaba oculto tras un matorral creí que sería un dios.

Se detuvo ante el anciano. Sin dejar de sonreír lo tendió de un lanzazo. Luego gritó órdenes y sus hombres rieron, quemaron, mataron y saquearon. Yo lo vi todo.

El buitre volaba de aquí para allá chillando hasta que volvió al hombre del jinete. Se llevaron a los jóvenes del pueblo y se alejaron.

Ya he desahogado mi corazón todos y sólo con decirlo me encuentro mejor. ¿Y tú? ¿Cómo es que has llegado hasta aquí?
Quise matarte. ¿Sabes? Mis tres hermanas fueron llevadas con los invasores. Mis únicas hermanas.

Déjame pensar.

Ven. Sube a mi carro.
¿Yo?

¡Sí, tonto! ¡Apura!

Cuando Turmo sé hubo afirmado con fuerza en el carro, sacudí las riendas salvajemente y gritando en el estilo de los aurigas helenos lancé mis caballos en una loca carrera por el camino de tierra.

¡Señor! ¡Señor! ¡Vamos en dirección a los asesinos!

¡Lo sé! ¡No te preocupes!

Mi carro volaba y relachaba en los pozos y desniveles de la tierra lanzando piedras y polvo en nubes a nuestro paso. El viento atronaba en mis oídos y podía sentir el salvaje vigor de mis caballos. Llegará a mis manos a través de las riendas como si éstas fueran venas por nos unieran en un solo ser.

Y de pronto desemboqué en un pequeño valle recondo y cubierto de vegetación y vi carros y tiendas en un extremo.

¡Son ellos! ¡Huyamos!

No.

Detuve mi carro no muy lejos de ellos y descendí. Turmo, aterrorizado, se pegó a mis talones mientras yo avanzaba hacia los mercenarios.

Ven, intentaremos algo contra esta caterva de perros de mala raza.

Los mercenarios se habían puesto de pie al verme llegar. Eran hombres de diferentes pieles y razas, pero hermanos todos en la brutalidad que los empapaba como si estuvieran bañados en grasa. Un gigante de pelo negro y torso de buey me gritó.

¡Alto! ¿Quién eres y qué quieres?

¿Eres tú el jefe de esta tropa?

Yo he hecho la pregunta, forastero. Contéstame que no tengo mucha paciencia.

Yo me estaba arriesgando, pero, me arriesgaba sabiendo con la clase de hombre con la que tenía que tratar y como debía tratarla. Escupí despectivamente al suelo.

¿Un cerdo me pide respuesta a mí? ¡Llama a tu jefe, bola de grasa!

¡Hijo de una perra!

¡Duele!

Realmente parecía un dios, con su hermosa cabellera rubia, larga hasta la cintura y su rostro perfecto, casi femenino en sus facciones. Sobre su hombro, el buitre, repugnante e informe parecía clavar en mí sus pupilas rojizas.

Soy Nippur y he servido en muchos ejércitos. Busco una plaza de guerrero que llene mi bolsa y mi estómago. Vi tus huellas y las seguí.

No tienes el tipo de mercenario, Nippur. No huelles a bestia ni apestas a cerdo como los que me siguen. Hablas lengua pura y clásica. ¿De dónde vienes?

De alguna parte como todos.

¿Y ese niño?

Es mi hijo. Va conmigo.

Eres intrigante. Tal vez seas un buen soldado. ¿Eres fuerte?

Di a dos de tus hombres que sostengan mi escudo en sus extremos.

Allí lo tienes...

Mira entonces...

Cerré el puño y me llené el pecho de aire hasta que no pude más. Entonces golpeé terriblemente, soltando el aire con un bramido.

¡Grrr!

Eres fuerte. Ven conmigo.

Espera un momento. Quiero recordar algo a alguien. ¡Eh, tú!

¿Yo?

Sí... ¡Tú!

¡Ahhhh!

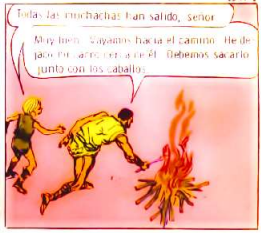
SOCK

Está muerto
Es una advertencia. Ningún hombre que me insulta vuelve a ver el sol dos veces.
Mi nombre es Lario y mi procedencia no importa. Basta con que sepas que nací rodeado de una guardia de honor y que mi nacimiento motivó bailes y ofrendas de agradecimiento a los dioses. Luego vinieron tormentas y extraños destinos y debí huir siguiendo el vuelo de los buitres.
Ahora encabezo esta horda con la cual me alquilo a los reyes durante las guerras y con la cual saqueo durante la paz. Llevo fuego y lanzas en mis manos y mi símbolo es el buitre, el comedor de carne muerta.
Estudié su hermoso rostro buscando algo. Sus palabras eran dichas con liviana indiferencia de un cortesano que habla de cosas sin importancia, pero en el fondo de sus ojos vi una llama helada y terrible. Comprendí que había secretos negros y fangosos en su pasado que lo habían convertido en un demonio.
¿Hay lugar para mí en tu ejército?
Sí, pero recuerda que quien ingresa en mi tropa debe olvidar al mundo que deja a sus espaldas. Sólo forman en mis filas aquellos que han sido malditos por los dioses y por los hombres. Sólo se licencia a los muertos.
Nada me sorprendió ya en él ni en la gente que lo rodeaba y a cada momento comprendía con mayor claridad quiénes eran. Eran los malditos. Los rechazados. Los que provocaban el gruñido de los perros con su olor a muerte.
Acepto.
Entonces ve y desmantela tu carro. Puedes solicitar tu comida en cualquiera de los fuegos, pero ten cuidado. En cada campamento siempre dejo cadáveres por riñas.
El campamento era un caos. No había nada en el de orden militar ni cosa parecida. Se oían gritos de ebrios y maldiciones.
¡Esto no es una tropa sino un grupo de condenados a los infiernos. Su propia compañía es su castigo.!
Kippur, he visto a las cautivas. A las mujeres de mi pueblo. Están encerradas en una cerca de palos. Están sanas pues las guardan para venderlas como esclavas.
¿Esclavas? ¿Qué clase de carroña es ésta que nos rodea? ¿No tiene límites su vileza?

Escúchame bien, Turmo. Trazaremos un plan para intentar liberarlas. ¿Me ves?
Liberarlas... Qué daríamos con ellos. No podríamos huir en una tierra sin que nos alcanzaran con sus carros.
No pienso solamente liberar a las mujeres, Turmo, sino exterminar a todo el grupo.
¡Señor! ¡Peliras!
Haz lo que yo te digo y nada más. ¿Ves aquellos barriles en aquel cerro?
Sí...
El valle donde habían acampado los mercenarios formaba una especie de losa rentada de un lado por un precipicio y del otro por el camino. A los costados se alzaban inmensas peladas imposibles de escalar.
(La única salida es el camino...)
(Por allí actuaré...)
Los alaridos de los borrachos eran cada vez más estentóreos y en alguna parte escuché el estrépito de espadas chocando. Las hogueras chisporroteaban atestadas de leña vomitando lluvias de chispas rojas hacia lo alto. Un aire tétrico y loco y demoníaco flotaba sobre el campamento.
(Sí. Un infierno... Un infierno lleno de demonios y en demoniados que se odian y que sin embargo están obligados a vivir uno junto al otro hasta la muerte...)
Y sobre todo ese infierno podía ver la sombra hermosa y sombría de Lario bajo las alas extendidas de su repugnante buitre, su símbolo de carroña y muerte.
(Y al frente de ellos... los dioses me ayuden...)
¡Bajaron! Todo está hecho!
Cálmate. Ahora debemos ir junto a los prisioneros. Tal vez haya centinelas custodiándolos.
Entra y dile a las mujeres que comiencen a arrastrarse hacia la salida del valle. Que lo hagan en silencio.
Sí...

Pude oír con fusas murmullos de voces y luego silencio. Las piedras mandadas sobre la cumbrada se movían en silencio.
¡Ahora debo ver el aceite...!

No necesité acercarme a los carros para verificarlo. A cada tiro de piedra mis pies ya chapaleaban en el aceite que formaba un lago en la entrada del valle.
¡Excelente. Turmo hizo todo tal cual se lo indiqué. Ahora hay un mar de aceite entre los mercenarios y la salida del valle.!


Todas las muchachas han salido, señor.
Muy bien. Caminen hacia el camino. Hemos dejado por allí un caballo. Debemos sacarlo junto con los caballos.

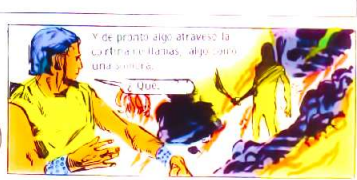
Así llegamos y en la boca de entrada del valle, un grupo temeroso y fantasmal en la noche.
Son las mujeres.

Me volví al vallecito negro donde rugían las hogueras. Más allá estaba el abismo y la eternidad.
Los dioses sean piadosos con vosotros, asesinos. Que ellos lo sean...

¡Porque yo no lo seré!

Arrojé la antorcha sobre el aceite y fue como desatar a los demonios de los interiores de la tierra. Una selva de llamas brotó en trombas. La noche se iluminó con una feroz luz roja.
Los pastos no estaban resecos, pero el calor salvaje del fuego los devoró. Las llamas avanzaron silbando y bramando hacia el campamento. Oí gritos y pensé en los borrachos. Y pensé en los farallones imposibles de escalar de los costados. Y el abismo al otro extremo.

Y pensé que la muerte silbaba entre las llamas y el humo y entre los quejidos y relinchos...
¡Los dioses se apiaden. Yo no puedo. Apenas si soy un ser humano...!


Y de pronto algo atravesó la cortina de llamas, algo como una sombra.
¡Qué...

Yo, Nippur. Yo. Cuando vi el fuego empapé mi capa en vinagre y envuelto en ella atravesé las llamas. No temo al fuego ni estaba ebrio como mis hombres. Yo estoy vivo. Yo y mi buitre. Yo y mi espada.

Desenvainé mi espada pensando que en efecto ese hombre cuya negra silueta se recortaba contra el fuego no debía tocar bebidas. Sus ebriedades provendrían de otras fuentes. De las recónditas y ponzoñozas fuentes de su espíritu carbonizado por el mal.
Terminemos entonces lo que el fuego no ha podido.

Sueñas, Nippur. Nada puede matarme. Ni el hierro, ni el fuego, ni la piedra, ni el rayo. Tengo fuerzas supremas en mí.
Hay algo que puede matarte, Lario. Algo que puede matar o dar vida a cualquier cosa.

¿Qué?
La voluntad de un hombre.

Sonrió diabólicamente y el fuego teñía de rojo sangriento sus manos, su espada, sus dientes y sus ojos y el viento hacía flamear sus cabellos de oro. El fuego continuaba rugiendo y el buitre revoloteaba locamente sobre nosotros.
Veamos.

¡Ahhhh!

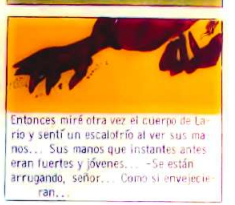
No. El dios dijo...
Cayó de rodillas sobre el suelo y la espada se hundió hasta la empuñadura. Gemía roncamente y sus ojos le giraban increíblemente en las órbitas.

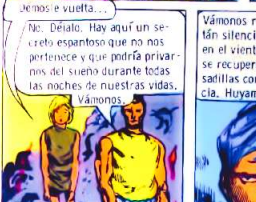
Me miró un instante y todo su rostro hablaba de terror y sorpresa sin límites. Luego murmuró:
¿Quién...? ¿Quién eres tú? ¿En realidad?

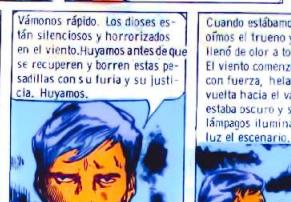
Luego cayó y su rostro se hundió en el polvo. No se movió más.

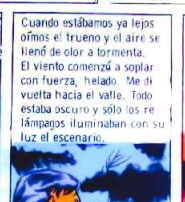
Señor...
¿Qué?

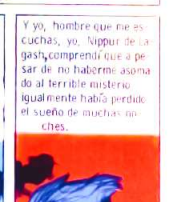
Es extraño... Cuando mataste al demonio el buitre cayó a tierra de inmediato. Está muerto. Mira.
Sí. Es extraño en verdad.


Entonces miré otra vez el cuerpo de Lario y sentí un escalofrío al ver sus manos... Sus manos que instantes antes eran fuertes y jóvenes... -Se están arrugando, señor... Como si envejecieran...


Demos la vuelta...
No. Délalo. Hay aquí un secreto espantoso que no nos pertenece y que podría privarnos del sueño durante todas las noches de nuestras vidas. Vámonos.


Vámonos rápido. Los dioses están silenciosos y horrorizados en el viento. Huyamos antes de que se recuperen y borren estas pesadillas con su furia y su justicia. Huyamos.


Cuando estábamos ya lejos oímos el trueno y el aire se llenó de olor a tormenta. El viento comenzó a soplar con fuerza, helado. Me di vuelta hacia el valle. Todo estaba oscuro y sólo los relámpagos iluminaban con su luz el escenario.


Y yo, hombre que me escuchas, yo, Nippur de Lagash, comprendí que a pesar de no haberme asomado al terrible misterio igualmente había perdido el sueño de muchas noches.
FIN

EDITORIAL
COLUMBA

NIPPUR DE LAGASH

Esta edición esta compuesta por las siguientes novelas publicadas con anterioridad en la revista D'artagnan:

Historia para Lagash.....(D'artagnan 151)..... 7
Nofretamon .....(D'artagnan 158)..... 31
Las lanzas y la arena.....(D'artagnan 163)..... 51
Minotauro.....(D'artagnan 169)..... 65
El mirlo voló primero.....(D'artagnan 171)..... 79
La fugitiva de los hititas.....(D'artagnan 177)..... 90
La flecha sobre las hogueras.....(D'artagnan 182).....104
El Viejo.....(D'artagnan 184).....116
El hombre que vino de Akad.....(D'artagnan 189).....128
En Garth,al atardecer.....(D'artagnan 190).....140
La doncella de la tierra de Merem.....(D'artagnan 195).....151
Mi nombre entre los bárbaros.....(D'artagnan 196).....161
Un río llamado Lónemer.....(D'artagnan 203).....171
Bajo un cielo de estrellas y pastores.....(D'artagnan 204).....183
Hacia el mar.....(D'artagnan 205).....194
La furia de los dioses.....(D'artagnan 210).....205
Leyenda del rey que muere.....(D'artagnan 211).....216
El Cuervo.....(D'artagnan 214).....227
Un día en que yo era feliz.....(D'artagnan 216).....239
La justicia de Janipo.....(D'artagnan 220).....250
El carro de estrellas.....(D'artagnan 221).....261
El enviado.....(D'artagnan 224).....272
Ram,el arquero.....(D'artagnan 225).....283
Un misterio llamado muerte.....(D'artagnan 229).....293

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN A.G.G.S. INDUSTRIAS GRAFICAS S.A.
RIO DE JANEIRO BRASIL PRINTED IN BRAZIL ABRIL de 1981

NIPPUR DE LAGASH

El errante y misterioso personaje El de las mil aventuras y dueño de todas las leyendas. Pero ¿cómo empezó todo? ¿Lo sabes tú, lector? ¿Lo recuerdas? Ahora, para que puedas sentirte un poco dueño de toda su fama, de todos sus caminos, para que puedas recorrer junto a él sus noches y sus días, te ofrecemos en este volumen totalmente en colores sus principales episodios. Tendrás así en tus manos la vida y el ser de esta extraordinaria figura con textos de ROBIN WOOD y dibujos de LUCHO OLIVERA.

$ 15.000.-

Elenco Episodi

Colecciòn Clàsicos

1- NIPPUR DE LAGASH: EL HOMBRE DE LAGASH (tomo negro)

di Robin Wood e Lucho Olivera (Revista D'Artagnan, 1967/70)

- L'esilio: Nippur il generale errante e Ur-el il gigante di Elam

1.Historia para Lagash	E001
2.Nofretamon	E002
3.Las lanzas y la arena	E003
4.Minotauro	E004
5.El mirlo volò primero	E005
6.La fugitiva de los hititas	E006
7.La flecha sobre las hogueras	E009
8.El viejo	E007
9.El hombre que vino de Akad	E010
10.En Garth, al atardecer	E008
11.La doncella de la tierra de Merem	E011

- Nippur l'errante

12.Mi nombre entre los bárbaros	E012
13.Un río llamado Lónemer	E014
14.Bajo un cielo de estrellas y pastores	E015
15.Hacia el mar	E016
16.La furia de los dioses	E018
17.Leyenda del rey que muere	E019
18.El cuervo	E020
19.Un día en que yo era feliz	E022
20.La justicia de Janipo	E024
21.El carro de estrellas	E025
21.El enviado	E026
23.Ram, el arquero	E027
24.Un misterio llamado muerte	E029

NIPPUR DE LAGASH:

Colecciòn Clàsicos:
Tomo 2 (tomo aranjado)

EL INCORRUPTIBLE
(Septiembre 1981)

Segunda tanda de episodios de la dupla original, Robin Wood- Lucho Olivera. Son 27 episodios de un Nippur solitario (ya sin Ur-El, ya sin pequeño ejército, ya sin tanta visita palaciega) y más nostálgico y profundo que nunca. Muchos de estos episodios, si alguien le diera bola al orden cronológico, deberían haber sido publicados en el libro anterior; pero como son historias autoconclusivas, salvo por un par de detalles, la desprolijidad es perdonable. Como en el caso anterior, los capitulos de este libro originalmente fueron publicados en la D'artagnan entre 1969 y 1972. Acá todos están a color, pero sólo uno ("Las huellas del Hombre de los Ojos Amarillos") fue publicado en su momento de esta forma.

*Portada de Alfredo de la María
*Anónima biografía de los autores.

Elenco episodi

Colecciòn Clàsicos

2- NIPPUR DE LAGASH: EL INCORRUPTIBLE (tomo anaranjado)

di Robin Wood e Lucho Olivera (Revista D'Artagnan, 1970/72)

- *Verso Akad*

25.Abajo, más abajo los buitres	E013
26.Agria historia de mi esclavitud	E017
27.La bruja	E021
28.Como conocí y soporté a Ramar	E023
29.El dios negro y el hombre	E028
30.Los fantasmas de sangre	E030
31.No mates al hombre, cazador	E031
32.Hombres, dioses y aguas	E032
33.El ciego rey del sueño	E033
34.Yo ví a Gilgamesh buscando su muerte	E034
35.Ennam, el de los pantanos	E035
36.Oráculo	E036
37.Los guijarros de la muerte	E037
38.Crónica desesperante de Jacodeo	E038
39.El hombre necesario para Larsa	E039
40.La feria	E040
41.Las huellas del hombre de ojos amarillo	E041
42.Melodía de la flauta y el guerrero	E042
43.Recuerdos de los vagabundos	E043
44.El gigante infernal	E045
45.Enathim y los enviados de la muerte	E046
46.La mala pasión	E047
47.El ladrón que hirió con miedo	E048
48.Los lobos y las ovejas	E049
49.Los sueños peligrosos	E050
50.La loba	E051
51.Los cortesanos y los guerreros	E053

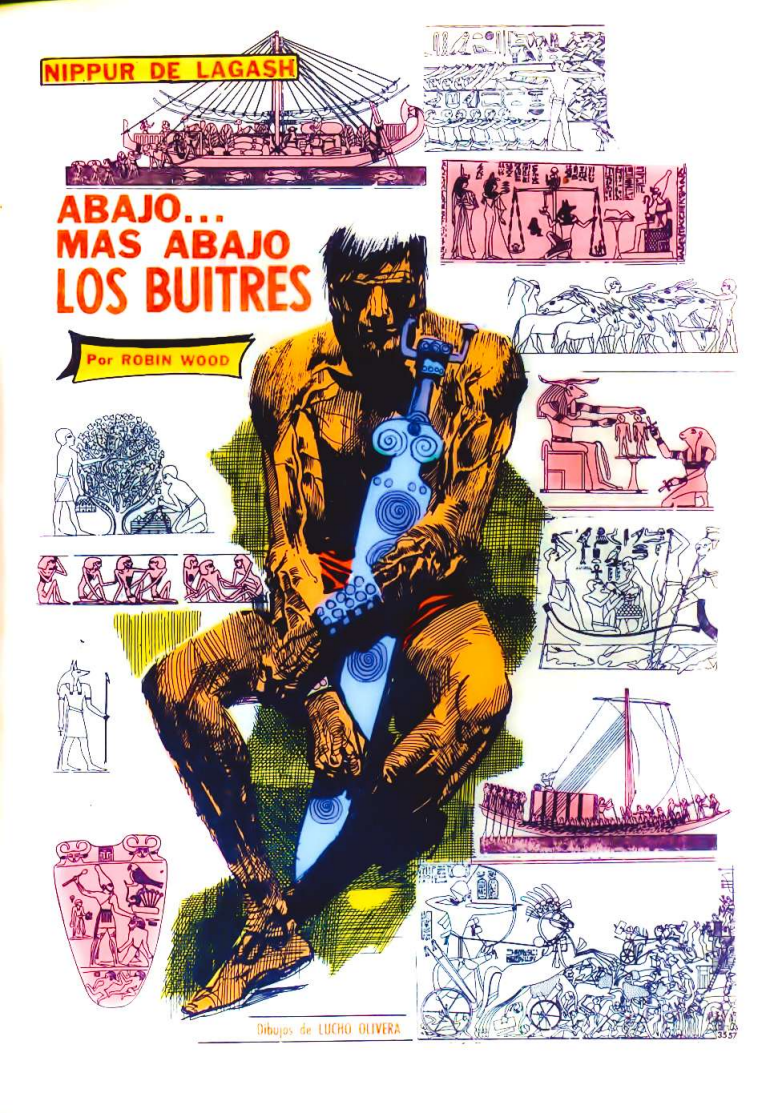
(episodi esclusi dal tomo anaranjado)

52. Los sanguinarios perros del alma	E044
53. El juicio de la espada	E052

NIPPUR DE LAGASH

ABAJO... MAS ABAJO LOS BUITRES

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LUCHO OLIVERA

3357

No sé cuál era el nombre de la ciudad, tal vez ni lo tuviera. Era pequeña y de casas pequeñas y de habitantes pequeños. Algunas cabras deambulaban de aquí para allá.

No tenía ni una mísera pieza de cobre, ni un collar, ni un anillo, apenas las ropas que llevaba y un caballo con pelaje de rata. Y tenía hambre.

Escúchame, anciano, deseo comer y no tengo con qué pagar. ¿Qué me aconsejas?

Era un viejo de rostro arrugado y de mirada sabia. Y es sabido que los viejos son dueños de las respuestas, por lo menos algunos de ellos.

Ven conmigo.

Caminó sin prisa por una estrecha callejuela y por fin se detuvo ante una casucha de adobe cocido por el sol.

Entra.

En el interior estaba fresco y el anciano me hizo sentar sobre una piel de oveja. Una mujer apareció y cambió algunas palabras con él.

Luego se sentó frente a mí y puso ante los dos una fuente de dátiles.

Come, extranjero. Mi mujer preparará mientras tanto el almuerzo. Es vieja pero sus dedos son expertos en el guiso.

Abuso de ti, anciano.

No digas tonterías.

Tengo un hijo de tu edad más o menos y tal vez en este momento se halle muy lejos. Y tal vez un día tenga hambre. Y tal vez entonces un anciano lo lleve a su casa a comer. Los dioses son buenos y todo lo ven.

Anciano, ¡qué rico eres!

¿Rico? ¡Si soy pobre como...!

No hablaba de esa riqueza, sino de otra.

Nos quedamos callados largo rato mientras oíamos el entrechocar de los cacharros en la cocina. Por fin...

¡Ah! ¡Aquí llega la comida! Ahora sabrás por qué deben morir las ovejas.

El guiso de oveja era aromático y picante y devoré sin vergüenza como un carrero mientras el viejo reía con placer.

Comes igual que mi hijo. ¡Serías capaces de barrer un rebaño entre los dos!

En ese momento sentí un rumor sordo que aumentaba paulatinamente. Cencerros, gritos, un relincho...

¿Qué es eso, anciano?

Una caravana de los hombres de las orillas del mar, que atraviesan el desierto con mercaderías.

¡Una caravana! ¡Tal vez pueda ir con ellos!

¿Tan inquietos son tus pies, extranjero?

Me llaman "el errante" aquellos que me conocen. Y ningún hombre lleva un nombre sin motivo.

Tal vez, tal vez...

¿Dónde se detienen las caravanas?

En la plaza del mercado. En el centro del pueblo.

Caminé con rapidez por las callejuelas polvorientas y ebrias de sol. En mi cabeza daban vueltas los planes más dispares.

Por fin vi la caravana detenida. Los camellos bebían de los pozos, mientras los caballos iban de aquí para allá pateando el suelo. Busqué a uno de los camelleros.

¡Eh, tú!

Me miró sin interés. Mis ropas raídas y mi falta de armas no lo inclinaban al respeto.

¿Qué quieres?

Quiero ofrecer mis servicios como guardián de la caravana. ¿Con quién debo hablar?

El hombre era tonto y tal vez más que un tonto pues mi espalda es ancha y puedo matar a un hombre con mis manos, y le llevaba más de una cabeza de estatura.

¿Tú? ¡Ja, ja, ja! ¿Crees que aceptamos mendigos en esta caravana?

–Me desagrada que un cualquiera me llame mendigo.

¡Eh! ¡No...!

¡A él, compañeros! ¡Me atacó!

Tal vez fuera apreciado por sus compañeros. Tal vez no, pero siempre era uno de ellos y eso significaba algo.

¿Cómo te atreves?

¡Oh!

¡Ya lo tengo!

Eso era hablar de más y hasta él debió comprenderlo así.

¡Aghhh!

Un cochino gordinflón trotó lastimosamente hacia mí arrastrando una enorme lanza y chillando insultos como una mujer. Empecé a enojarme.

¡Dame esa lanza, cerdo!

¡Ay!

¡GR-RC

Otro me atacó tirando sablazos como si creyera que cortaba uvas. Aferré un cántaro de agua y le dí de beber. A mi manera.

¡Agh!

Al agacharme me salvé. El cuchillo se clavó con un estampido en el costado de unos de los carros.

¡Por Samás!

Era el siervo que se había reído primero. Fui a él y lo arrastré de los pelos hasta el estanque.

¡Ven que te enseñaré a combatir como un hombre!

¡Bebe, hijo del desierto! ¡Bebe como beben tus hermanos de cuna, los camellos!

Entonces vi al hombre gordo vestido de púrpura y oro que llegaba aullando de risa hasta donde estábamos.

¡Ja, ja, ja! ¡Suficiente, extranjero! ¡Ja, ja, ja! ¡Hace años que no reía tanto! ¡Ja, ja, ja!

De un puntapié arrojé al imbécil dentro del estanque y me volví hacia el risueño gordo.

¡Ja, ja, ja! ¿Quién eres tú y qué deseas?

Me llamo Nippur y quería conseguir un puesto de guardia en tu caravana. Pregunté a ese mono maloliente y me contestó de una manera que no me agradó.

-Eso último lo supuse. No creí que ésta fuera tu manera de saludar a los desconocidos. ¿Tienes armas?

No. Estuve prisionero de una tribu bárbara y conseguí huir, pero sin ninguna de mis pertenencias.

Gruñó malhumorado y miró a sus hombres que se levantaban gimiendo del polvo.

¡Maldita sea mi suerte! ¡Todos esos guerreros de barro se presentan casi aplastados por el peso de armas que no saben manejar! ¡Y el único que sabe pelear viene sin un miserable palo!

No te preocupes. Enseguida tendré armas.

Desclavé el cuchillo del carro y lo guardé en el cinturón. Luego, fui hasta uno de mis atacantes que acababa de levantarse y le saqué la espada.

¿Qué haces? ¡Es mía!

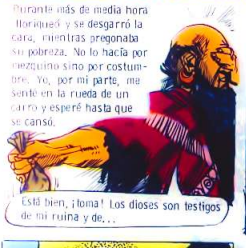
Odio discutir con nadie.

Era.

¡Ahhh!

De los otros recogí una lanza y un escudo sin que ninguno protestara. No eran gran cosa pero sí mejor que nada.

Ya estoy armado.



Monté en mi peludo caballejo bárbaro y les dije adiós. Quedaron allí ambos, menudos y viejecitos, sonriéndome, con el gordo cordero a los pies.

De pronto apareció el camellero con el que peleara (que supe luego se llamaba Gados) seguido de un hombre embozado en flotantes mantos negros.

¿Qué haces aquí? ¡Mi puesto es a la cabeza de la caravana!

¡No creas que...!

¡Uff! ¡Cállate!

Y ahora te haré una advertencia, cuidador de camellos. No vuelvas a importunarme o te costará la vida. ¡Ahora, vete!

Se alejó renqueante y el hombre de los mantos negros reintervenido.

¿Qué te causa gracia?

Eres persona práctica para discutir, hombre alto.

¿Quién eres tú?

Yo soy Ser-el-Kher, el guía de esta caravana.

¿Hay algún peligro en el camino?

Los peligros son como los pozos en la arena. Están allí y tú no los ves. Pasas a su lado y nada te ocurre. Otras veces te hundes.

¿Hay tribus hostiles?

Las tribus hostiles son como el viento que arrastra la arena. En cualquier momento brotan como trombas sobre las dunas. ¿Vendrán? ¿No vendrán? Los dioses lo saben.

Por un momento tuve deseos de hundirle la cabeza en esa arena que presidía toda su conversación pero al fin deseché la idea y espoleé mi caballo para explorar el terreno.

El horizonte estaba desierto y solamente el sol parecía tener vida. Pero yo no miraba el cielo sino las rocas y la arena.

De pronto me detuve. Algo había en el suelo que me alarmó.

¡¡Carozos de dátiles.... Excrementos de caballos. Hay frescos y secos...!

...es gustaría que alguien
...ciera durante esta larga
...ada. ¿Sabes? Tal vez
...eses me hayas oído
...ir... pero todos sabemos que
...ra es la cobarde.

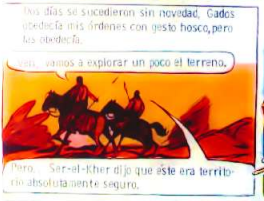
...Querrá decir eso que
...alguien nos acechan?

No bien le contó a Launio, éste se abandonó a tal serie de llantos y denuestos que creí que estallaría como un tonel golpeado. Por fin...
Esta noche tendremos que colocar más guardias. Ocúpate de eso, Nippur.

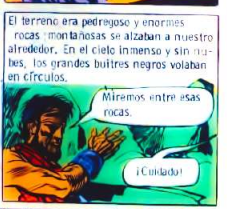
¡Esto es una tontería! ¡Por unos excrementos de camello, algunos carozos cunde toda esta alarma! ¿Qué es el significado de esa menudencia?

Ser-el-Kher, yo he sido soldado desde los doce años y he perdido la cuenta de las guerras y las batallas a las que fui arrastrado. Y esas eran huellas de hombres que estuvieron esperando.

El guía del desierto no discutió más y quedó allí, de pie, como un gran bajo relieve negro de flotantes velos.
Toma a Gados para que te ayude.


Dos días se sucedieron sin novedad. Gados obedecía mis órdenes con gesto hosco, pero las obedecía.
...vamos a explorar un poco el terreno.
Pero... Ser-el-Kher dijo que este era territorio absolutamente seguro.

No me interesa lo que dijo el hombre del desierto. Me gusta ver las cosas por mí mismo.


El terreno era pedregoso y enormes rocas montañosas se alzaban a nuestro alrededor. En el cielo inmenso y sin nubes, los grandes buitres negros volaban en círculos.
Miremos entre esas rocas.
¡Cuidado!

...tres surgieron
...ridas de una enorme
...sión de color pizarra.
...stían largos y flo-
...antes velos negros y
...os arcos y escudos
...an paquebaten ante el
...sol del desierto.

...ellos, más rápi-
...o Launio, cruzó
...ente en...
...ndió hacia
...ellos. Ya lo había apreciado
...en el desierto.

El primero de mis adversarios cayó como un fardo oscuro sobre la arena amarilla. Mi caballejo tártaro se movía con la velocidad de un gato entre los grandes garañones de los hombres del desierto.

¡Ah!

Corrí hasta Gados pero mi ayuda fue innecesaria pues el cuchillo de mi compañero había rezado una oración de muerte por su atacante.

¿Qué significa esto, Nippur?

Significa que van a atacar la caravana, Gados.

¿Te has fijado? Visten igual que Ser-el-Kher, nuestro guía.

No es extraño. Deben ser de la misma tribu.

Cuando llegamos al campamento detuvimos nuestros caballos entre un remolino de polvo y comencé a gritar órdenes. Supe que Ser-el-Kher había desaparecido.

¡Pongan los carros en círculo! ¡Saquen los arcos y las flechas!

Laurio casi se desmayó al conocer la mala nueva pero no le pude prestar atención pues una idea me perseguía la mente.

Gados, Gados. ¿Hay pez en algún carretón?

Sí.

Encontramos un carro cargado de tinajas de pez. Hice volcar el espeso líquido negruzco alrededor de nuestras carretas y por sobre las rocas.

Ahora prepara flechas con trapos en las puntas, Gados.

Surgieron desde las rocas, con sus flotantes mantos negros y sus lanzas enarasadas brillando al sol. Al frente iba un jinete con el rostro descubierto, Ser-el-Kher.

Gritaron algo que pareció una invocación religiosa y entonces...

¡Atacan!

Vinieron como el trueno y los cascos de sus caballos hicieron volar chispas. Sentí una gran excitación. Otra vez tenía hombres bajo mi mando. Otra vez era yo, Nippur de Lagash.

¡Ya!

Las flechas fueron untadas en las hogueras y cuando tomaron fuego salieron silbando contra los atacantes.

[illegible] comenzó. El [illegible] estalló en [illegible] mientras los [illegible] sobre [illegible]

¡No! ¡Ay!

Los flotantes mantos negros lo harán luego como pajas y los caballos patalearán enloquecidos al sentir las quemaduras.

¡Ahhhhhhhhh!

¡Ah!

El fuego tomó más y más fuerza. El calor y el hedor de la carne quemada me daban náuseas. Las flechas llovían sobre nuestros atacantes.

Algunos brotaban entre la humareda acre y espantosa, tosiendo, ciegos y a veces ardiendo para hallarse ante las lanzas torpes de mis hombres. Por más torpe que sea un lancero, siempre vence a un enemigo cegado.

¡Ah!

Ser-el-Kher, amenazante. Desmontado de un caballo cruzó a la carrera entre las llamas y los muertos hasta entrar en nuestro campamento. Me buscaba.

¡Nippur!

Tomé mi espada y salí de entre los carros.

¡Llegó el momento de enfrentarnos, Nippur! ¡Vamos a luchar!

Tú...

¡Ah!

Al caer rompió las duras flechas de madera [illegible] el suelo. Pude oír nítidamente el [illegible] de los astiles al romperse. Estaba muerto.

Al día siguiente, el viento soplaba y la arena fina y de color de oro comenzaba a cubrir los cuerpos muertos de amigos y enemigos. Pero no podíamos detenernos. El desierto no es lugar para perder el tiempo.

¡Adelante!

Adelante. Adelante la caravana. Adelante. Miré el cielo azul con su sol omnipotente y vi a los buitres volando en círculos cada vez más bajos.

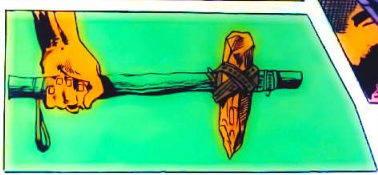
Fin

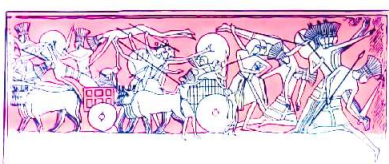
NIPPUR DE LAGASH

AGRIA HISTORIA DE MI ESCLAVITUD

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA





Mi caballo caminaba con lentitud por la orilla del mar, el "Thalassa " de los antiguos, el inmenso desierto de sal y agua donde los misterios de los espíritus nacen y mueren entre los revueltos torbellinos de espuma.

Y el viento era agradable, así como también el trueno inmenso y sin fin del mar y la fina neblina húmeda que flotaba como pendiente del cielo.

A veces me sentaba en la orilla y me dejaba estar horas y horas, solo, tan extraña y bellamente solo como una piedra en un infinito fresco y salado.

Porque estaba feliz con mi soledad allí, menos que una brizna de vida en ese mundo donde todo poder era el trueno inmenso del mar y su sal.

El pescador era un hombre viejo y rugoso, con una red sobre los hombros. Caminaba con pesadez sobre la arena.

Los dioses te protejan, viajero.
Los dioses te protejan, pescador.

¿Vas de paso?
Sí.

¿Tienes algún rumbo o marchas a la ventura?
Marcho a la ventura.

Entonces desvíate un poco que tal vez sea mejor. Es la época de las incursiones.
¿Qué incursiones?

Veo, en efecto que eres forastera. Pues bien, escucha...

Hacia allá están las islas que no tienen reyes. Son pequeños peñones solitarios y agrestes donde nadie vive, excepto las gaviotas y los monstruos marinos.

Ahora se han vuelto moradas de piratas, los perros ladrones del mar. Parricidas, sacrílegos y forajidos. Todos los malditos por los dioses han anidado allá y con sus barcos surcan los mares robando y quemando.

Capturan hombres y mujeres, los venden como esclavos o los encadenan a los remos de sus naves. Aquello que les gusta lo roban, lo que no pueden robar lo queman."

¿Y qué hacen los de tierra firme?

¡Los dioses los maldigan!

Oímos que hace muchos años, el rey Teseo de Atenas y sus aliados barrieron a los piratas de Skyron de los istmos de la Hélade, pero aquí... ¡Ja!

"Apenas si son pequeños hombres, se encierran en sus fortalezas y dejan que la carroña del mar cruce por estas tierras como la langosta y la tormenta."

Por eso te aconsejo que desvíes tu caballo de las playas, viajero. Tus, el sanguinario, ha detenido sus naves de banderas amarillas cerca de aquí y sus hombres saquean, matan y capturan a quien hallan.

¿Y tú no tienes miedo?

¿Yo? Yo soy un viejo. ¿Qué pirata perdería su tiempo tratando de capturarme? ¿Quién me compraría? Y matarme, ¿para qué?

Soy demasiado viejo, demasiado pobre y creo que ni siquiera me ven. Hoy me he encontrado tres veces con los piratas y ni han torcido la cabeza al verme pasar.

Pero tu caso es diferente. Eres de gran estatura y tus músculos son enormes. Podrían venderte como esclavo a buen precio.
Decidí no desoír los consejos del anciano y abandonar la playa.
¡Allá voy un bosquecillo. Desde ahí alcanzaré el horizonte, tal vez los vea...
Fue un error. Debí suponer que los piratas habrían dispuesto grupos de vigías en los sitios más adecuados. Y el bosquecillo era adecuado.
¡Pero...
¡Quieto! ¡No te muevas!
Mis ropas eran de pastor y eso lo engañó y lo hizo confiarse. Al ver correr la sangre de mi querido y feo caballo bárbaro sentí una furia endemoniada...
¡No!
Rodamos por la arena como perros de pelea y lo sentí torpe y débil entre mis manos.
¡Toma!
Mis puños, que son grandes y duros, cayeron sobre él pero al mismo tiempo yo sentía voces y pasos que se acercaban.
Apenas pude esquivar un cuchillazo.
¡Suéltalo!
A pesar de la desesperante situación, sentí un acre placer al enfrentarme con ese grupo aullante y derribarlo a golpes de izquierda y derecha.
Y enloquecí de furia. No quería ser capturado. Y los golpeé con rabia, con golpes de pucilato helenos...

A los que embestían los disloqué con presas de lucha hilita o los pateaba en el rostro.
Uno me saltó sobre la espalda y sentí sus dedos sobre mis ojos. Le mordí las manos con ferocidad y lo oí gritar y soltarme.
Pero otras manos me sujetaron de los pies y caí en la arena y aullaron de júbilo y sentí sus cuerpos malolientes que se abalanzaban sobre mí.
¡Es nuestro!
Así fui capturado y me llevaron a la playa, colgado de un palo como un animal salvaje.
Allí, con una estaca atravesada a la altura de los codos y las manos atadas a la espalda, fui amontonado con casi un centenar de hombres y mujeres también prisioneros.
Al no tener nada que hacer pues mis ligaduras eran perfectas, me dediqué a observar a los piratas y divisé a un grupo en la orilla. Vi una especie de trono y un hombre sentado en él.
No dudé de que era Tur. Su estatura y su poderoso cuerpo lo hacían un caudillo ya de por sí. Además su rostro era inteligente. Pensé que debió ser un hombre de noble cuna en alguna de las ciudades de tierra firme antes de haberse convertido en un pirata.
Cuando oscureció encendieron grandes hogueras y comieron y bebieron. Tirado en la arena que se humedecía con el rocío podía oír sus alaridos y sus risas...
¡Perros...!
¡Son perros sanguinarios, es verdad!
¡Pero... son ellos acaso peores que los aventureros de tierra firme!

¿Acaso los otros no saquean, roban y matan a las órdenes de Teseo, o de Urukagina?...!

¡No, Nippur. No son más que perros sanguinarios, pero en realidad no son mucho peores que los que vegetan en las montañas.!

En la mañana, un grupo de aspecto brutal comenzó a separar a los hombres que parecían más fuertes.
¡TÚ! ¡vete allí!

Vi a un hombre que se apretujaba junto a su mujer. Los comprendí. Estaban perdidos y sin embargo trataban de demorar un poco más la separación.
¡Desdichados...!

¡Eh, tú! ¡Alzate!

No... yo...

¡Alzate te digo antes de que te hunda el cráneo!
Mi mujer... no...

Déjalo. Iré yo en su lugar.

Era estúpido como un buey y le gustaba gritar órdenes y ser autoritario.
¡Yo diré quién hace las cosas aquí, perro!

Déjalo,hombre. No lo separes de su mujer.

¡Te dije que te calles!

¡Cerdo miserable! ¡Aprende a hablar con un guerrero!

Lo perseguí a puntapiés por la arena sin dejarlo levantarse hasta que varios de los ladrones de mar me sujetaron.
¡Ten cuidado con él! ¡Es el salvaje que capturamos ayer!

¡Ahora verás!

¡Quieto!
Pero... él me ha...

Ya lo he visto. Y ha hecho bien. Y ha golpeado bien. Ponlo a él en lugar del otro. Y no vuelvas a golpear a nadie. No quiero que estropees la mercadería.

Y tú, ¿sabes lo que irás a hacer?
No...

Vas a ser un remero.

Así fui confinado en la cubierta del barco y encadenado a un banco. Sentí entre mis manos el remo lustroso por el roce de muchas manos anteriores. "Es mi moira. Es mi destino."

¡Y contra aquello que es nuestro destino, es inútil luchar!

Así supe lo que es el remo y esta vez no desde el puente de mando, sino desde el fahlón ardiente bajo el sol, con el vodo y la sal que agrietaban mi piel y mis labios...

Mis manos, que yo siempre creí fuertes, se pelaron y sangraron y luego lentamente se volvieron marrones y duras como de piedra.

El monótono tan-tam desde la cubierta superior marcaba el ritmo de nuestros movimientos y un capataz corría de aquí para allá descargándonos latigazos cuando lo creía necesario o simplemente cuando sentía mal humor.

Encadenado al remo perdí la noción del tiempo y los días dejaron de importar. Todo el tiempo era un largo temblor empujando el remo, sentir su resistencia en el agua, enclavijar los dientes y empujar. Y siempre el sol en lo alto.

Nunca nos soltaban, excepto en tierra firme. Dormíamos y comíamos en el banco y también allí debíamos soportar la lluvia o el frío.

Tenía otro compañero en el mismo banco pero un día murió y lo tiraron al agua. Luego trajeron otro...

¿Tú serás mi compañero?

Me costó contestarle. Mi barba y mis cabellos habían crecido y había perdido la costumbre de hablar.

...sí... ...así es.

Mi nombre es Angidon y soy de la tierra de las jirafas. ¿Cómo te llamas tú?

¿Yo?

Había olvidado mi nombre. Lo comprendí entonces. Había dejado de ser un hombre para convertirme en una parte del remo. Hice un esfuerzo.

Mi nombre es Nippur. Nippur... de Lagash.

El viento sopló fresco sobre mi piel y lo aspiré hasta el fondo de mis pulmones.

Soy Nippur de Lagash. Soy Nippur de Lagash.

Ese día comprendí que el peligro que yo debía enfrentar era mucho más sutil que el de la muerte. Debía evitar en lo futuro el caer otra vez en el estupor y la pesadez. Y así comencé a repetirme continuamente una y otra vez.

¡Recuerda... Eres Nippur de Lagash... Eres Nippur de Lagash...!

Un día Angidín murió y su cuerpo fue arrojado al mar. Mientras encadenaban al nuevo remero, el capataz me contempló divertido.

¿Te resistes mucho, eh?

No fue hace por detestarlo sino más bien por obligar a mi cuerpo a que ejecutara algo que no hubiera sido ordenado por nadie.

¡Augh!

¡Barco a la vista!

Eso me salvó de la cólera del capataz. Abandonando sus herramientas corrí hacia la borda para contemplar la nave extraña. Esa era mi oportunidad. Tomé una corta y tosca hacha de su cesto y la escondí bajo el banco.

¿Qué haces?

¡Calla! En algún momento trataré de liberarnos.

El capataz se llevó el cesto sin advertir la falta del hacha. Por todo el barco corrían rumores de batalla.

Los latigazos aumentaron junto con el volumen del tambor. Nuestras espaldas se curvaban como arcos sobre los remos y el sudor no nos dejaba ver.

Luego sentí un choque terrible y un coro de alaridos espantosos. Vi cómo los piratas saltaban a la otra nave.

¡¡Ahora! ¡Por los dioses... ahora!!

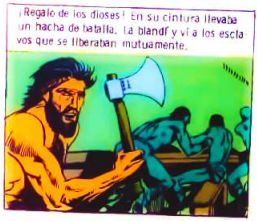
Dos terribles hachazos y la cadena saltó destrozada.

¡¡Soy Nippur! ¡¡Soy Nippur de Lagash!!

¡Toma! ¡Suéltate tú y suelta a los demás!
¡Tomen armas y ataquen a los perros!
¡Sí! ¡Ahora mismo!

Pero... ¡Te has...!

Su frágil cuerpo humano no fue obstáculo para mis manos acostumbradas al remo y al mar.
¡Aghhhh!


¡Regalo de los dioses! En su cintura llevaba un hacha de batalla, la blandí y vi a los esclavos que se liberaban mutuamente.

¡Cuidado! ¡Los remeros se han soltado!

¡Ahhhh!

Me siguieron como un vendaval blandiendo sus cadenas, tenazas, garfios. Todo era bueno y aquella pesadilla de hombres macilentos y espectrales buscó la batalla como el perro busca la carne.

Desde el otro barco debieron darse cuenta de lo que ocurría. Algunos de los piratas saltaron otra vez de regreso pero hallaron la muerte.
¡Ahhhh!

Y entonces reinó el caos. Los hombres de la otra nave contraatacaron y nosotros saltamos también y caímos sobre las espaldas de los ladrones del mar.
¡Matémoslos!

Fue demasiado. No eran soldados, apenas carroña criminal y al verse atacados por ambas partes se aterraron.
¡Huyamos! ¡Nos matarán!

Vi a Tur trazando molinetes con su espada de dos puntas, tratando de reorganizarlos. Pero era inútil.
¡Deteneos, perros miserables!
De pronto me vio. Y me reconoció. No me sorprendió pues así como los leones se reconocen unos a otros, así nos reconocimos él y yo.
Tú hiciste esto, ¿verdad?
Me reí.
Sí, yo.
Entonces lo pagarás. Debí dejarte morir aquella mañana en la playa.
Fue imprevisto. Uno de los marinos del otro barco surgió a sus espaldas. Vi el brillo de una lanza y...
¡Ahhhhhhh!
Murió de inmediato pues la lanza le atravesó el corazón. Me dio un poco de lástima. Después de todo, me había obsequiado una vez con mi vida.
Te hubiera regalado la tuya, pirata. Alguna vez fuiste un caballero, al fin y al cabo.
Dos horas después terminamos de limpiar las naves de muertos y heridos. No se salvó ningún pirata pues los tripulantes y los esclavos estaban encantados con la muerte.
¿Qué harás ahora? Eres amo del barco. Te consideran su jefe.
Llevaré el barco hasta la Hélade y allí lo venderemos. También hay tesoros en la bodega que los repartiremos entre todos.
¿Por igual?
No. Yo llevaré la mejor parte pues los liberé. De todos modos, hay mucho.
Entonces adiós, quienquiera que seas. Has salvado mi barco y te estoy agradecido. ¿Tienes algún nombre para darme como recuerdo?
Me acaricié la barba crecida y me prometí un corte heleno en cuanto pisara tierra firme. Luego miré el mar revuelto y las nubes que se amontonaban en el cielo como ovejas locas.
Sí. Tengo un nombre para darte.
Soy Nippur de Cadash. Ahora he vuelto a serlo.
FIN

LA BRUJA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Estoy sentado en las orillas del río sobre mi manta doblada y con mi espada hincada ante mí, viendo cómo el sol hace descender su carro ardiente hacia el filo del horizonte. Nacerá la noche entonces y los silencios se volverán rumores oscuros. Duendes y fantasmas correrán sobre las nubes para atormentar a los hijos de los hombres.

Hace ya tres días que me detuve en este rincón de las orillas que marcan el camino hacia Akad, adonde viajo. Había oído rumores de guerra civil entre Sargón, el gran copero del muerto rey y los familiares reales. Rumores de sangre y revuelta.

Y yo iba allá, buscando un fin que justificara mi deambular.

por mi amistad
tal vez porque
de soledad.
La hoja de la espada se tiñó de rojo. Más allá, el sol se revolcaba en su propio fuego, agonizando en su orgía roja y negra. Yo, solo detrás de mi espada, pensaba en cosas viejas. En viejos amores y en días ya viejos.
Y entonces oí los cascos del caballo...
Qué extraño...)
Luego oí el relincho y el chapalear de unos cascos en el agua. También oí el grito de miedo.
(¿Qué ocurre allí?)
Corrí rápidamente. Tengo piernas largas y fuertes como todos los montañeses y no tardé en acercarme al grito.
¿Quién eres? ¿Adónde vas?
de Lagash y voy a
ha sido ese grito.
Otro grito se escuchó. Era una mujer. La voz se le quebró y se convirtió en sollozo. Perdí la paciencia.
No me gusta oír gritar a una mujer.
Apártate.
¡No! Escucha lo que...
¡Apártate!

La niebla del mar era blancuzca y formaba extrañas espirales absurdas, ilógicas y entre ellas avancé, sintiendo el agua que me empapaba los pies.
(Fue por...)

Vi un caballo muerto, manando un chorro de sangre de su cogote cortado.
Socorro... Socorro...

Avanzaban como fieras sobre la muchacha caída en la arena. Debían ser diez y tenían el paso lento y vacuno de los campesinos. Empuñaban cuchillos...

¡Alto! ¿Cómo puede alguien que no sea un perro atacar a una mujer?

No parecieron sorprendidos al verme, casi diría que su aspecto era resignado, como si me aguardaran. Un viejo con la cara triste y sombría me preguntó:
¿Eres un demonio convocado por la bruja?

No. Sólo soy un forastero de paso. Fui atraído por el grito.
¿Eres un hombre?

Ya te lo he dicho antes.
Entonces apártate y déjanos acabar nuestra tarea. Esta mujer está maldita y debe morir.

¿Por qué?
Es Aria, la que invoca a los demonios en la noche y trae la muerte y el hambre y la peste sobre nuestras aldeas. Por adonde ella va descienden buitres y pena. Apártate que debemos terminar esta tarea.

Es la segunda vez esta noche que alguien me dice que me aparte y ya esto me está dejando de causar gracia. Apártate tú, cuidador de bueyes.

¡Te advertí que...!

Atacó estúpidamente con torpeza de hombre de surco y su cuchillo cortó el aire.

¡Ah!

¡Fuera, perros! ¡A sudar vuestra cobardía y vuestra peste lejos de aquí! ¡Corred!

No quise herirlos. No eran guerreros y no sabían pelear. Matarlos hubiera sido innecesario. Un soldado busca a otro si desea sangre. El tigre no combate contra el perro.

¡Fuera!

Creo que tardarán en volver...

Entonces fui junto a la joven aún caída en la arena mojada. Nunca había visto yo cabellos tan largos y tan negros. La cubrían como un manto y sus puntas se mojaban con el agua del mar...

Muchacha....

Alzó la cara y me sentí impresionado. No era hermosa pero sus ojos verdes, relucientes en la oscuridad, le daban un aire extraño de felino. Aria, la bruja, había dicho. Yo no creía en brujas.

Te debo la vida, extranjero.

Tal vez...

¿Dónde vives? Te llevaré allí...

Hay una cueva en una montaña no muy lejos de aquí. Allí vivo yo....

Enganché mi carro de guerra a los caballos y subimos. Había un extraño olor perfumado en sus cabellos que no me agradaba del todo y tampoco sus ojos que relucían en la oscuridad como si tuvieran un fuego propio.

Sujétate fuerte. Hay muchos pozos en el camino.

Sus brazos eran suaves y tibios alrededor de mi cintura mientras nos bamboleábamos en el carro. Los cascos de los caballos retumbaban sobre la tierra húmeda. A veces las ramas de los árboles nos rozaban.

Sigue el camino blanco, extranjero.

Trepamos por un sendero pedregoso y cuyas piedras chirriaban y gemían bajo las ruedas. La negra boca de la caverna se abría cerca de la cumbre.

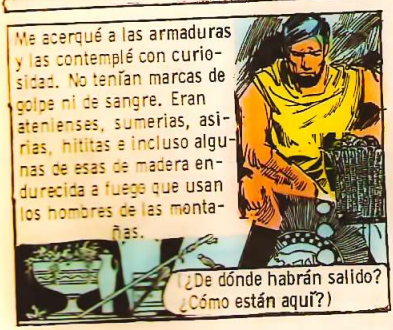
Allí es.

Descendió con agilidad y varios perros de siniestro aspecto la rodearon. Al verme me mostraron los colmillos pero ella los espantó con secas órdenes.

Perdónalos. Los campesinos los apedrean constantemente, por eso no quieren a los extraños.

Ven adentro. Hoy eres mi huésped.

La cueva era grande y me sorprendió su limpieza y la profusión de mantas y cueros que cubrían el suelo. También vi armaduras de guerreros apiladas en el fondo.
Siéntate. Yo cocinaré.


Me acerqué a las armaduras y las contemplé con curiosidad. No tenían marcas de golpe ni de sangre. Eran atenienses, sumerias, asirias, hititas e incluso algunas de esas de madera endurecida a fuego que usan los hombres de las montañas.
¿De dónde habrán salido? ¿Cómo están aquí?)

Un visitante no hace preguntas a su anfitrión y además yo tenía la seguridad de que aquella muchacha nunca las contestaría. Además...
(¿Y ese ruido? Son pasos...)

¿Qué ocurre?
Alguien viene... Tal vez algunos de los campesinos...

Vi una mano que aparecía y apunté hacia allí con mi espada.

Los dioses sean loados...

¡Ah! Este es Eburmes, mi amigo. Vive aquí en esta caverna.
¿Tu amigo?

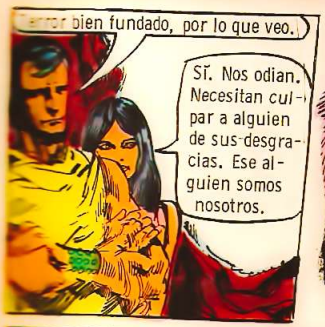
Te aconsejaría que cambiases tus amigos, Aria. Por lo menos éste. Hoy intentó detenerme cuando corría para ayudarte. ¿Tal vez intentaba evitar que pudieras recibir auxilio?
¿Has hecho eso, Eburmes?

No... Creí que era otro de los que venían a atacarte y por eso traté de detenerlo. Me alegro de haberme equivocado...

No le creí, por supuesto. Recordaba sus palabras y sus gestos. Y sin embargo enfrentó mi mirada con decisión. Pequeño, lamentable con su triste cuerpo roto y mal soldado.
Es la verdad, guerrero. Solamente intentaba hacer bien.

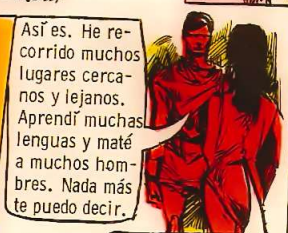
El deforme monstruo le lanzó una mirada sorprendente donde el amor y algo como el horror y la fascinación se mezclaba. Pareció con deseos de decir algo, pero luego se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

-Hace casi diez años cuando llegó aquí con un grupo de vagabundos. Lo traían en una jaula y lo exhibían para conseguir algo de comida. Consiguió escapar de ellos y se refugió en estas montañas. Yo lo encontré insolado y loco de hambre. Lo cuidé, y desde entonces vive conmigo.



Pero ven... Siéntate y come. Debes estar cansado.

Así es. He recorrido muchos lugares cercanos y lejanos. Aprendí muchas lenguas y maté a muchos hombres. Nada más te puedo decir.



Es grato hablar con alguien que ha visto el mundo que nos rodea.

Hay poco de interesante en este mundo, mujer. Arroja una piedra en el agua y el impacto formará círculos que se abrazarán unos a otros. Los hombres son así. Lejos o cerca son iguales del primero al último. Nada hay de extraño en el habitante del desierto envuelto en sus mantas o en el negro desnudo, con pelo, lleno de huesos.

Las vi colgar de los pies de las ramas de los árboles acribillados a flechazos. Habían realizado numerosas ceremonias sacrificando niños pequeños y los campesinos superaron su miedo, fueron hasta ellas y las mataron.

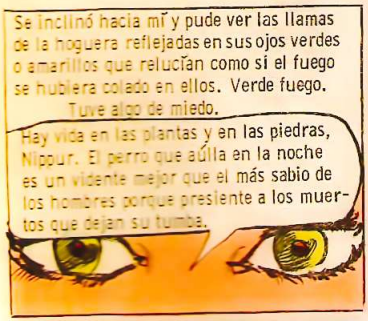
Bajó los párpados con suavidad y luego al alzarlos, sus ojos verdes parecían más amarillentos aún. Sonrió.
Parece que todos los hombres temen a las brujas.
Tal vez...

¿Tú no, extranjero? ¿Tú no les temes?
No creo en ellas.

¿Por qué?
Temo aquello que existe. Temo al golpe de una espada o a mi estómago vacío o a una mujer charlatana, pero no puedo temer a una sombra o algo que sólo está en las charlas de las viejas.

Sonrió otra vez, al igual que sonríen los viejos ante los chicos. Eso me irrita.
No sonrías con ese gesto de suficiencia, mujer. Sabes que es así.

¿Lo es, Nippur? ¿Estás seguro de lo que dices, hombre de Lagash? ¿Crees realmente que no hay fuerzas extrañas más allá del poder de los hombres? ¿No sabes acaso que el viento no es otra cosa que las voces de esa fuerza invisible?


Se inclinó hacia mí y pude ver las llamas de la hoguera reflejadas en sus ojos verdes o amarillos que relucían como si el fuego se hubiera colado en ellos. Verde fuego.
Tuve algo de miedo.
Hay vida en las plantas y en las piedras, Nippur. El perro que aúlla en la noche es un vidente mejor que el más sabio de los hombres porque presiente a los muertos que dejan su tumba.

Todos ellos son poderes. El negro poder de la noche. El aullido del perro, las vidas secretas, la vida y la muerte, el jugo de una planta casi invisible puede matar como el filo de mil espadas, un símbolo de maldición puede desviar ejércitos enteros... Una maldición puede matarte...

Me puse de pie lentamente. Ya no sentía terror. El vino me quemaba las entrañas y las palabras de Aria me habían soliviantado.
Trae esa magia ante mí.

Yo la enfrentaré con esto.

Ella sonreía y no dijo nada pero un soplo de viento repentino entró en la cueva y la hoguera se apagó. Supe, intuí, adiviné que aquellas vidas extrañas de las que ella hablara podían estar allí. Tal vez cerca de mí. Tuve miedo nuevamente.
¿Hay alguien más en la cueva?

Nadie más que tú y yo, Nippur. Nadie más que se pueda palpar u oler...

Y sin embargo, algo palpitaba alrededor mío. Lo sentía en la oscuridad, hinchándose, creciendo, haciendo crujir las rocas con su volumen. Retrocedí varios pasos. Ahora se oían chirridos y rumor de pequeños pies que corrían de aquí para allá.

¿Qué es esto?

Y algo golpeó contra bronce... Algo hizo retumbar las armaduras apiladas en la oscuridad y oí una carcajada...

¿Quién está ahí?

Corrí hacia adelante bamboleando mi espada pero no encontré nada. Temí tropezar con la pared de la cueva pero no hallé nada. Corrí más aún pero tampoco hallé nada. Desesperado, palpé a mi alrededor. Nada. Lo más negro. El silencio....

¿Dónde estoy?

Nippur...

Quedé de pie, inmóvil, estupefacto, mirando aquella silueta blanca y fantasmal que me observaba. Tenía los ojos meditativos y me estrujó el corazón reconocerlo.

Nippur...

Ur-El..., amigo mío...

Nippur...

Nippur...

¿Qué es esto? ¿Qué significa? ¿Qué hacen aquí todos?

...me gritaban cosas pero yo no las oía. Sólo veía sus bocas que se abrían y cerraban, mascando el silencio y sus manos blancas que me buscaban. Cosas de los muertos y de los vivos y yo retrocediendo, mientras oía los pasos que retumbaban por todas partes.

¡No!

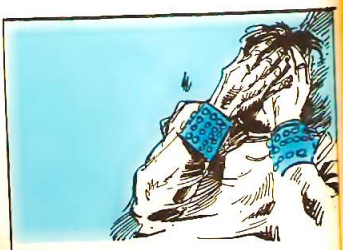
Nippur.

Nippur...

Nippur...

Nippur...

Me aparté de ellos, pero me siguieron. Salían de todas partes y me gritaban con sus bocas mudas mientras tiraban de mis ropas...



Corté sus manos a pedazos pero éstas caían al suelo y caminaban sobre sus dedos como arañas y se agarraban a mis tobillos... Un sudor helado me bañaba... Basta...

Estaba tendido no muy lejos de la cueva sobre el pedregullo húmedo de rocío, temblando como una hoja y la boca agria del sabor del vómito. El enano se inclinaba sobre mí.

Mírame, jorobado, asqueroso, contrahecho. Fui amasado con barro por un dios enano. Debí huir de todos para ocultarme. La gente me arrojaba piedras y los perros me mordían las pantorrillas. Luego me emplearon y me exhibían por el pueblo.
Cuando huí de mis captores y hallé a Aria, ella no se asustó de mí. Me cuidó y me trató bien... Luego me convirtió en su diversión. Se burlaba de mí ante los guerreros que pasaban por la cueva y luego reía al obligarme a llevar sus cadáveres a la mar y arrojarlos en ella.
Sus demonios la enloquecían y ella se ensañaba conmigo y sin embargo yo la amé. Los dioses se apiaden de ella.
¿Adónde vas?
A la cueva, Nippur. Los campesinos deben haber terminado su tarea...
Tu carro, tus armas y tus caballos están al pie de la montaña. Tómalos y aléjate de aquí. Este es un lugar maldito.
Pero... ¿y tú?
¿Yo? Ya no importa. Ahora ya nada importa. Adiós.
¡Espera! Dime... ¿Todo lo que ocurrió en la cueva fue delirio?
Adiós, Nippur de Lagash. No preguntes mucho. Las preguntas son al hombre lo que la sal a las heridas. Resígnate a ser humano. Adiós.
Se alejó con su paso desigual y su joroba bamboleante, un extraño monstruo mitad hombre y mitad pesadilla y tan solo y tan triste. A lo lejos se oía el paso lúgubre de los campesinos que descendían de la cueva...
Fin

CÓMO CONOCÍ Y SOPORTÉ A RAMAR

NIPPUR DE LAGASH

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

El caballo de la derecha había comenzado a cojear cuando abandonamos un torrentoso arroyo de márgenes pedregosas que crucé mientras marchaba en dirección al norte, hacia la región de los dos grandes ríos que la hacen fértil.

(Se ha rajado el vaso. Ya no me será más útil.)

(Lo siento, viejo amigo. Lo siento de verdad.)

Estas son las cosas tristes de nuestras vidas. El ser humano que muere es muchas veces culpable del camino que ha escogido y que lo lleva a desembocar en el final violento, pero una bestia es siempre una víctima de nuestros actos.

Mi otro caballo relinchó lastimeramente al olfatear la sangre. Sus ojos desconcertados no se apartaban del cuerpo inmóvil de su compañero de tantas cabalgatas. Le temblaba el belfo.

No te asustes, amigo. Ya nada se puede hacer.

Es el final, desgraciadamente común. Roguemos a los dioses que lo cuiden y le permitan galopar en otro mundo donde no haya imbéciles hombres que lo atormenten.

Yo estaba junto a unas grandes rocas y en ese instante algunas piedras cayeron junto a mí. Eso me alertó.

(Hay alguien arriba...)

Me eché a un costado y el hombre que se abalanzara sobre mí desde lo alto se estrelló contra el suelo.

¡Ahhhhh!

¡Ah, Sanás, dios del sol, de la abundancia y de otras cosas! ¡Qué golpe! ¡Creo que me he roto...!

Este... señor nobilísimo y gentil, ¿no podrías apartar la espada? Tiene una punta muy aguda y me está lastimando el cuello... No es por mí, pero lamentaría ensuciar tan hermosa hoja con mi despreciable sangre.

Amigo mío, no sé quién eres pero sinceramente estoy tentado de cortar esa gran cabeza que tienes y colocarla en la punta de un palo como aviso para todos los salteadores de caminos que deseen imitarte.
Eso estaría mal de tu parte, guerrero. Tú obedeces a tu rey y yo al mío, que es mi estómago, el que en estos momentos aúlla por su real derecho de digerir algo. Como ves, no he tratado de asaltarte por maldad sino por decreto de una autoridad muy alta.
Me causó gracia su desvergüenza y lo hice ponerse de pie a golpes.
Si deseas comer, prepara el fuego y cocina algo para los dos. Pero si haces un solo gesto que me moleste, tu cabeza quedará aquí y nunca más tendrás problemas con tu real estómago.
¿Cómo es tu nombre, bribón?
Pues... el último que uso es el de Ramar, noble señor. Soy músico, ilusionista, cantor, médico, hechicero, vendo filtros de amor, leo la buena suerte, pues si lees la mala te rompen el lomo a bastonazos. En fin, hago de todo y nada. Yo soy yo.
Ajá. ¿Y eres ladrón también?
La voluntad de los dioses nunca es comprensible a los hombres.
¿Y ahora qué haré contigo? Debería cortarte la cabeza.
No valgo ni siquiera la molestia que te tomarías y, como verás, soy un buen cocinero. Podrás disfrutar de una excelente comida y yo también si dejas de lado ese desagradable tema de mi cabeza que me quita el apetito.
A todo esto, ¿hacia dónde te encaminas? No conozco las insignias de tus escudos.
Marcho hacia Akad. A la corte del rey Sargón que es amigo mío.
Akad. Es una hermosa ciudad, llena de bolsas con piezas de plata que solamente piden una mano ágil que las recoja...
¿Tal vez querrías llevarme contigo?
¿Yo? Ni con el cerebro lleno de moscas se me ocurriría una idea tan loca.
Piénsalo bien, señor. Soy un hombre de numerosos recursos y te podré ser de gran utilidad en estos países que no conoces y tan llenos de pícaros.
El ciego insulta al tuerto.
Espera... Tengo una idea...
Hoy he tenido que matar uno de mis caballos. ¿Puedes conseguirme otro?
Fácilmente, señor.

En ese caso, te llevaré. Consígueme el caballo. ¿Estamos de acuerdo?

Absolutamente, señor. Ojalá los dioses te cubran de dones y...

Escúchame bien, dulce efebo de los bosques. Quiero un caballo solamente. No se te ocurra aprovechar la ocasión para llevar a cabo ninguna jugarreta.

¡Ay! ¡Te juro que mis intenciones son limpias como el agua de los arroyos!

Espero que sea así. En la mañana partiré. Llevaré la carne de mi caballo. Tienes tiempo hasta mañana para volver.

Sobrará el tiempo, noble hijo de los dioses.

El viajero debe aprovechar todos los recursos con que cuenta. Corté los trozos más tiernos del animal y los sequé al sol con sal. Servirían como alimento para más adelante.

(Ya está.)

A la mañana siguiente, fiel a su palabra, Ramar estuvo de vuelta, montado en un asno de cómico aspecto y trayendo un caballo.

¿Y ese caballo? ¿De dónde lo sacaste?

Los caminos de los dioses son inescrutables para los hombres. Encontré este animal vagando por el bosque sin dueño.

Dudé mucho de los divinos decretos que parecían iluminar de continuo el camino de mi nuevo criado pero no deseaba ahondar en el asunto.

Muy bien. Sujétalo al carro y partamos.

Es lo que te iba a aconsejar, señor. Partamos rápido, lo más rápido posible. Tuve una visión de los dioses que aconsejaban que saliéramos de aquí lo antes posible.

¡Arre!

Ramar no aceptó compartir el carro y me siguió montado en su impasible asno que aseguró era de pura ascendencia divina. No quise discutir los orígenes asnales de Krakomónides (que era el nombre del pollino) y nos pusimos en marcha.

Nunca hice preguntas sobre aquel caballo regalado por los dioses pero el gesto de alivio de Ramar cuando abandonamos la región fue más que suficiente para que yo imaginara cuáles fueron los ágiles dioses que se lo habían obsequiado.

Pero no lamenté su compañía. Tenía numerosos talentos que me agradaron, exceptuando su infatigable charlatanería. Era un óptimo cocinero, barbero, músico, armero y hasta un excelente costurero.

Si fueras mujer y bonita, serías una esposa ideal.

No sabes lo que dices, mi señor. La esposa ideal existe hasta que se convierte realmente en tu esposa. En ese momento terminan las dulzuras y nace el gruñido, los lamentos y el agua hirviendo y los cabellos despeinados ; los dioses te libren del matrimonio, señor. Yo lo sé bien pues he estado casado ocho veces.

Así llegamos un día a una pequeña aldea cercana a la zona del primero de los grandes ríos donde termina la influencia de los helenos.

Este pueblo tiene un aspecto acogedor, señor. Deben tener un excelente vino y algunas mozas agradables.

Me sorprende que los dioses no te hayan dicho nada al respecto.

Deja que bajen a mi estómago un par de cántaros de buen vino negro y los dioses cantarán sus alabanzas a coro en mi cabeza.

¡Eh, tú, gordinflona! ¡Trae de inmediato vino para mi noble señor y su miserable esclavo que soy yo!

¡Ah! ¡Mi señor Nippur, ya oigo a los dioses cantando sus alegrías y...!

Escucha, simpática tabernera. ¿ Qué es ese ruido allí al fondo?

Es un grupo de soldados de la guarnición de la ciudad que juegan a la taba, apuesto viajero.

Vaya... es interesante. ¿ Me permitirías un momento a mirar?

Sí, pero no te metas en líos.

Quedé allí un instante meditando sobre el final de mi viaje mientras oía los gritos y los denuestos de los soldados. Luego...

¿No deseas nada más, forastero?

¿Cuál es tu nombre?

Hannah.

Más tarde oí el chillido desesperado de Ramar, invocando a todos los dioses de que tenía memoria.

Espera, Hannah, parece que algo ocurre.

Vi a Ramar acorralado en la calle por media docena de hombres furiosos que blandían sus espadas desnudas con intenciones bastante claras.

¡Alto! ¿ Qué ocurre allí?

¡Este ladrón ha intentado estafarnos utilizando una taba falsa! ¡Lo desollaremos vivo por ello!

¡No es cierto! ¡Los dioses son testigos!

Este hombre es mi esclavo. Si te ha ganado algo en mala ley, recupéralo. Yo me encargaré de que sufra el castigo pertinente.

Para ello me basto yo solo. Y me llevaré su cabeza como recuerdo.

¡No se lo permitas, noble hijo de los dioses!

¡Cállate, idiota! Y tú, deja ya en paz a mi esclavo. Ya te he dicho lo que puedes hacer.

Apártate, forastero. No me molestaría llevarme dos cabezas en vez de una.

¡Ahhhhh!

Sus compañeros se abalanzaron sobre mí rugiendo como toros. Eran veteranos curtidos y violentos y me aporrearon con ganas. Yo, por mi parte, los tomé a puñetazos con todas mis fuerzas.

¡Ah!

¡Te romperé el cuello!

Amo mi cuello como el que más y no me molesta que se encuentre entero, de manera que me vi obligado a no permitírselo.

¡Ah!

¡Uff!

No hubo tolerancia para nadie y así fue como nos hallamos rápidamente encerrados en un foso cerca de la casa real de la ciudad. Excepto...

A Sinnes, en realidad, sus muertos y heridos le importan menos que el excremento de sus caballos, pero fue una buena excusa para reclamar pago por ellos. Naturalmente, nuestro rey Sivalt se negó; estaba de mal humor, ya que sufre de la enfermedad de los puntos rojos pues sólo tiene catorce años, y ordenó sacar a patadas a los enviados hititas. Eso desencadenó la guerra.

Veré lo que puedo hacer pero no te doy fe en nada. ¿ Cuál es tu nombre?

Nippur. Nippur de Lagash.

¿ Tú? ¿ Tú eres "el errante"?¡Por Samás! ¿ Y yo te he golpeado?

No me lo recuerdes o te hundiré los pocos dientes que te he dejado sanos.

El rey Sivalt era un crío todavía a quien la corona le traía un sinfín de problemas, el primero de los cuales era el tamaño, pues le iba tan grande que tenía que rellenar el hueco con un trapo para que no se le deslizara hasta el cuello.

Estoy feliz de conocerte, Nippur. Y espero que me puedas ayudar pues mi jefe repentinamente comenzó a oír llamadas divinas cuando supo que venían los hititas.

Dame el mando de tus hombres y haré lo que mejor pueda.

Son tuyos si es que eres capaz de conseguir que dejen de holgazanear y robar gallinas.

La tropa no pasaba de unos dos centenares de viejos y escamados que se limpiaban las narices con los dedos y decían claramente a sus oficiales adónde podían irse cuando estos le daban una orden. No quise discutir con ellos....

No voy a discutir, chusma de campo. A todo aquel que no obedezca, le rajo la cabeza.

No me costó hacerme entender y al tercer cráneo roto comprendieron que lo que decía era en serio y comenzaron a obedecer. Yo, por mi parte, decidí elaborar un plan de lucha con un grupo de oficiales que resultaron ser los jugadores de taba con los que me liara a puñetazos.

Los hititas son mil hombres tal vez y expertos. Debemos madurar algún proyecto de lucha contra ellos.

Creo que yo te podría ayudar, mi señor.

¡Es el fullero!

¡Socorro, nobilísimo Nippur, divino hijo de Samás y Horus y Zeus y Amón y Ormuz y Poseidón y....!

Alto. Envainad las espadas. Tal vez Ramar sea un ladrón, pero también es un artista en muchos sentidos, como lo demuestra el hecho de que aún conserve la cabeza sobre los hombros.

Habla, Ramar. Dime cuál es el plan que ideaste.

Sí, hijo de los dioses... ¿Sabes? Los hititas tienen un largo trecho que recorrer. ¿Para qué esperarlos aquí? Se podría...

Reconocí aquellas siluetas pesadas y amenazadoras que avanzaban lentamente por entre las rocas con sus lanzas al hombro. La raza de los malditos. Los hijos del filo de bronce.

Veremos si tu plan resulta, Ramar.

¡Ya!

¡Fuerza!

Los habíamos esperado durante dos días en aquella estrecha garganta montañesa. Amontonamos troncos de árboles en lo alto y grandes rocas. Al oír mi voz...

¡Cuidado!

La avalancha los cogió de lleno y muchos de ellos no tuvieron tiempo de esquivarla...

¡Ah!

¡Rápido! ¡Los flecheros!

Durante casi dos horas acribillamos a flechazos a la columna hitita. Expertos guerreros, simplemente se sentaron tapándose con los escudos esperando que se nos acabaran las flechas...

...casión que aproveché para deslizarme con un grupo de hombres y llegar junto a sus carros de vituallas a los cuales prendí fuego.

También rajamos sus odres de agua. Y ésa es una región en la cual el agua escasea como la honradez.

Ahora verás, amo. Deja que los hititas sigan avanzando. Más allá de las rocas está la llanura seca y sin agua, pues he hecho secar los pozos que había. Espera un poco.

Los hititas avanzaron tercamente bajo un sol de fuego sin agua y sin comida. Desde lejos los observábamos.

Espera, señor. Ya verás...

Mira que los hititas prefieren morir antes que rendirse.

Esa es una frase que todos ellos suelen decir. Nunca he comprendido bien cómo hay tantos que llegan a viejos con tales cantidades de heroísmo.

Luego comenzamos a hallar cascos, escudos, mochilas...

¿Ves? Cuando un ejército comienza a abandonar cosas así quiere decir que ya está derrotado.

No se equivocó Ramar. Dejamos que los hititas avanzaran durante dos días más por los ardientes arenales antes de surgir a su alrededor.

No queda ninguno en pie.

Te equivocas. Creo que aquél es el tullido en persona, el rey Sinnes.

Ajá. ¡Eh, rey! ¡Ríndete!

¡Nunca! ¡Un hitita con el arma en la mano no se rinde!

Se tambaleaba y parecía a punto de caerse. Se volvió hacia sus hombres y gritó:

Pero... ellos pueden darnos agua.

¡De pie todos! ¡A luchar!

¿No me oyes? ¡De pie o los mato a todos! ¡Un hitita no necesita agua! ¡Bebe sangre!

¡Déjanos en paz, idiota! ¡Queremos agua!
¡Ahhhh!
¡Ahhh!
¿Ves, Nippur? ¿Recuerdas lo que te dije de las divinas voces del estómago? Mira lo importantes que son.

¿ De manera que te quedarás aquí?
Así es, amo. El rey Sivalt necesita un ministro y cree que yo puedo serlo mejor que nadie. Le he prometido robarle poco... Además...
...además la simpática dueña de la taberna me mira con ojos de vaca desde que llegué y he pensado que si me he casado ocho veces podría hacerlo una novena. ¿ No crees? Después de todo, amo, siempre llego a la conclusión de que los designios de los dioses son inescrutables.
No repitas eso o te tiro a una fuente.
¿ Y tú, amo? ¿ Qué harás?
¿Yo? Seguiré viaje.
¡Nippur!
Bueno... no enseguida... Tal vez me demore un poco aún por aquí...
Oh, amo, los designios de los dioses son...
Amo..., esto ha estado mal...
Fin

NIPPUR de LAGASH

EL DIOS NEGRO Y EL HOMBRE

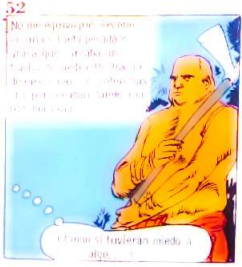
Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

5/93

Esa noche se repitió una vez más, una entre muchas otras, la escena tan familiar de la carne sobre el fuego, del picante olor de la leña, del chirriar de la grasa goteando sobre las brasas. La escena vieja y siempre nueva. La hora del solitario que mira sus recuerdos gestarse en el fuego de su campamento.

Comí con gusto y bebí vino. Luego apagué el fuego con cuidado y me alejé para dormir. Nunca cuento, es el de los fuegos de mi campamento. Soy un guerrero que ama la vida y un fuego encendido es siempre excelente guía para los ladrones de los alrededores...
¡Debo emprender de una vez por todas mi viaje hacia Akad. Ya he encontrado tres mensajes de Sargón pidiéndome que vaya a verlo.!
¡Mi amigo Sargón... Tiene problemas con los reyes vecinos y ya ha sostenido algunas escaramuzas... entre ellos. En cualquier momento comenzará la guerra... cuando eso ocurra me estará tener generales expertos.!
¡Y no los tiene. Por eso me busca. Debería ir. Es mi amigo.!
¡Pero no me agrada la idea de ver guerra otra vez. Ver sangre, saqueo y fuego. El dolor y la muerte con su alucinante cosecha. Sin embargo debería ir...!
¿Y eso? He oído algo...
¡Veamos. Me gusta conocer el origen de los rumores cercanos a mi casa.!
Me deslicé con mucha cautela por entre los arbustos y follajes del bosque hasta que...
¡Allí hay alguien. Parecen guerreros...!
¡Sí. Y traen a una joven con ellos.!
¡Esto tiene aspecto sombrío. Siento olor a hierro en el aire...!



Vi al verdugo empujar a la joven. Esta no vaciló, caminó con decisión y rechazó con rabia el empujón de la mano del llamado Faris.

La sola idea me hizo reír entre dientes en el matorral.

Extremé mi risa ante el verdugo apresando su boca. El silencio era impresionante y muy adecuado para mis intenciones. Juntar y liberar el alarido acumulando que hubiera helado la sangre en las venas de cualquier ser viviente.

Grité con más fuerzas aún, aunque a veces con el alarido se mezclaba una carcajada pues la situación me resultaba intolerablemente cómica. Hasta que...

Creo que el hombre estaba tan asustado como el que más, pero era un valiente o había otra cosa que lo asustaba más que mis gritos. Corrió hacia la joven tironeando de su espada...

¡Debo cumplir con la...!

Recogí una pesada piedra del suelo, admirado de su torpeza y terquedad...

Hoy no cumplirás ninguna orden, bravo adversario de cabras y ovejas.

Incluso desde mi escondite pude oír claramente el retumbar de la piedra cuando alertó, soy un buen lanzador. Basta con armas de pastor.

¡Ah!

Los demonios... me atacan... Debo huir...

Olvidándose de su espumarajo de valor giró sobre sus talones y huyó con la velocidad del viento, si es que realmente existía un viento capaz de rivalizar con él.

No, no dejes de correr. Corre o los espíritus malignos te morderán.

¿Quién eres tú? ¿Eres acaso un demonio de la noche?

Lo soy solamente en la medida de mi mal carácter o de mi estómago vacío, muchacha. ¿Quién eres tú?

Me llamo Alana, de la gente de Kutir, los que guardan ganado más allá de los dos valles sin agua.

Yo soy Nippur de Lagash. Y esos hombres que te traían, ¿quiénes eran?

Son gente del templo del Padre Negro, el amo de las cosechas y de las lluvias. Vinieron a buscarme para que fuera sacerdotisa en el templo y me negué. Baras, el sacerdote, quiso llevarme a la fuerza...

...y yo le pegué con una piedra en la cara. Creo haberle partido algunos dientes. Mucho daño no pude hacerle, pues bastante feo era ya.

¿Y ahora qué harás?

No sé. No me atrevo a volver al pueblo. Nadie me protegerá contra la gente de Baras. Temen su poder y la protección del Padre Negro. Tendré que seguir las rutas de las caravanas.

Me gustaría conocer tu pueblo. Si yo voy... ¿y eres conmigo?

En la mañana siguiente montamos en mi carro de batalla y bajamos desde el valle donde yo acampara. Mientras viajábamos, Alana abrió la boca y no hizo falta que lo hiciera por segunda vez puesto que no volvió a cerrarla en todo lo que duró el viaje: —Y un día Boras aseguró que el dios se le había aparecido y ordenado que le levantara un templo junto al gran precipicio que hay al final del valle...

Me mantuve alejado para no cohibirlos en sus demostraciones de alegría. Por fin, ellos se acercaron y...
Me ha contado mi hija lo que hiciste. Si un reino tuviera, no sería suficiente para premiarte por devolverme a esta hija mía tan querida a pesar de su fantástica lengua.
¡Tu hija está condenada, de manera que no bebas un vino que aún no tienes en la copa, viejo! ¡Ni beses una mejilla que ya está casi muerta! ¡Entrega a tu hija a mis hombres!
¿Boras?
Sí.
¡Ven aquí, perra! ¡Ven!
Oye...
¿Qué?
¡Ahhhh!
¿Qué haces? ¿Cómo te atreves a enfrentarte con los enviados del Padre Negro? ¡Su cólera te ahogará!
No creo en los dioses locos de cólera, Boras. He visto a muchos de ellos y la más de las veces se le he visto a los hombres violentos tras la fachada del dios. No me eches a mí tus dichos. Soy un perro que no muerde esos huesos.
Tengo a mis guerreros.
Guárdatelos. Acabar con ellos no justificaría ni siquiera el trabajo de desenvainar mi espada. No. Guárdalos.
Calló un momento meditando seguramente mis palabras. No era un hombre con arena en el cerebro, pues estos nunca llegan a lo que él llegó. Sorpresivamente sonrió. Tenía los dientes rotos. Recordé la pedrada de que hablara Alana.
Está bien.
Nada haré yo y nada harán mis hombres. Será el dios el que llegará a ti.

No me burlé de él. Por encima de sus palabras flotaba un judo negro de muerte y amenaza. Había resistido en sus designios.
Esperaré a tu dios, Boras. Mi espada también tiene magia.

Se alejó rodeado de sus guardias en dirección al precario puente de cuerdas que unía la aldea con el templo. Una vez volvió la cabeza y me miró. Luego comenzó a cruzar el puente...
(Este hombre es peligroso. Es un hombre que piensa. Y es como ciertas lanzas. Tiene filo de un solo lado.)

(El lado del mal...)

Esa noche comí con la gente de la aldea. Lo hacían todos juntos en el centro del poblado, sentados en círculo alrededor de una hoguera. Se reía, se cantaba y se bailaba...
Toma más vino, Nippur.

¡Canta algo, Alana! ¡Cántanos!

(Esperemos que al cantar sea más soportable que con su cháchara...)

Me sorprendió. Comenzó a cantar, despacio primero y poco a poco con voz más alta. No entendí muy bien su dialecto pastoril, pero comprendí que era una canción de amor.

Las mandíbulas se aquietaron lentamente y todos los movimientos cesaron. Solamente Alana junto a la hoguera tenía vida. Su voz era ahora alta y traía ecos de épocas guerreras de su país.

Épocas olvidadas pero que son buenas para cantar a los niños que duermen...
Y luego calló y nadie dijo nada. El mejor homenaje a su canto fue el silencio respetuoso que lo siguió. Y yo comprendí otra cosa...
(Se debe estar muy solo del otro lado del precipicio. ¿Verdad, Boras? Y la voz de Alana en la noche te debe hacer soñar junto a tu ídolo negro y siniestro.)

(Sueños que no se pueden convertir en realidad ni con oro ni con la amenaza de tu dios.)

Ve a buscar más vino, Alana. Este ha desaparecido milagrosamente.
Voy.

¿Qué piensas, Boras, anciano?
¿Qué quiere pensar? Muy fuertes son todas estas lluvias que han dado de vida a estas tierras que ahora nuestro señor os ofrece. De esto nos queremos burlar con el amo con los nuestros corazones...

¡Astuto Boras, Dios veneno para los que retan. Usa la montaña para ver llegar la tormenta y así prédecir la lluvia. Astuto...

Mirem allí, i el gabinet de pintor i tots els encants
...verdad

El puente colgante aparecía ahora espectralmente iluminado por antorchas encendidas que dejaban ver de trecho en trecho las siluetas de los guardias. Al fondo, el fólclo reflejaba el dibujo loco de las llamas. Y entonces oímos el grito.
¡Es Alana! ¡Se la han llevado!

¡El fólclo ha despertado!

Llamas rojas surgían de los fólclos y la boca del fólclo y por encima de la noche, de las antorchas y del terror de la gente que me rodeaba y que caía de rodillas al el grito...
¡Ven a buscar a la joven si la quieres, extranjero!

¡Voy!

Voy

Voy

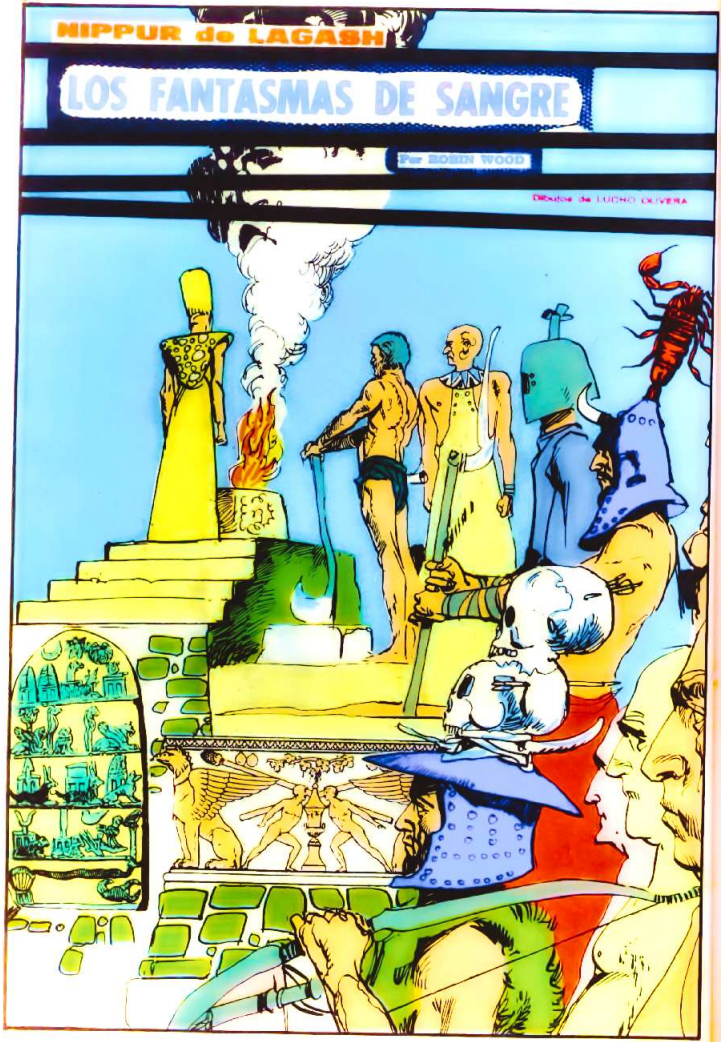
¡Ah!

¡Toma!

¡Ahhh!

¡A él! ¡Hiérelo en las piernas!
¡Cuidado!
¡Ah!
¡Ahhhh!
El puente se balanceaba espantosamente y tuve que aferrarme a él para conservar el equilibrio. Había sangre por todas partes cuando volví a avanzar hacia el ídolo.
Allá voy.
Nada veía que no fuera esa atrocidad brillante y flameante al final de mi camino. Mis sienes retumbaban como tambores de guerra...
Espera, ídolo de muerte. Aquí está Nippur...
¡Trata de vencerme! ¡Soy más fuerte que tú! ¡Enfréntame!
Un chirrido terrible me ensordeció y las enormes manos de piedra se alzaron mientras fuego y brasas eran vomitados por el dios...
Me salvé por poco...
Mientras las manos inmensas se alzaban otra vez, me abalancé contra el vientre de roca, palpándolo frenéticamente, rompiéndome las uñas, buscando... hasta que...
¡Aquí está!
Has llegado.
Sí. No me sorprendió tu farsa, Boras. He visto ya ídolos movibles en Egipto. Sé cómo se realiza la superchería. No te valió conmigo.

¡Entonces, tal vez esto valga!
¡Tampoco!
¡Ah!
Tampoco, Boras...
Tampoco.
Busqué un hacha y una vez que la hallé subí por las escalinatas que llevaban hasta el rostro del monstruo y una vez allí...
¡Toma!
Recién cuando el rostro fue un montón de escombros me detuve y entonces vi que la gente del pueblo me observaba desde lejos, en silencio.
Ya no hay más ídolo, amigos. El ídolo ha muerto.
Eres un hombre extraño, Nippur. Luchas con los dioses y con la noche. No temes morir ni eres... res. ¿Quién eres?
Me miraban con algo de temor. Dejé el hacha y al dios muerto y bajé. Tenía sed y quería beber algo.
¿Quién soy? ¿Es preguntó el viejo?
(¿El? No. No es sólo él quien pregunta...)
(Yo. Yo le pregunto. ¿Quién es Nippur de Lagash?)
(Y yo contesto: Un hombre. Nada más.)
Fin


NIPPUR de LAGASH
LOS FANTASMAS DE SANGRE
Por ROBIN WOOD
Dibujos de LUCHO OLIVERA

Pudo haber sido un animal o un pájaro... hasta el mismo viento que soplaba esa mañana. Cualquiera de esas cosas menudas y comunes pudo mover las ramas del arbusto.

Pero yo sabía que no era ni un animal ni el viento aunque soplara. Intuí la presencia humana oculta tras el verde y las pequeñas florecitas pintadas.

¿Serán asaltantes? Tal vez...

Allí veo algunos jóvenes... Parece que aguardan a alguien...

No es el manco, Huri. Es sólo un viajero.
Ya lo veo. Ocultémonos otra vez.

¡Ese al que aguardan debe ser más importante que sus mismas cabezas. El sol las ha transformado en patos a las brasas,

Seguí de largo junto al matorral donde se ocultaban los jóvenes sin volver al cabeza. Ellos no llevaban ya más y no parecían deseosos de molestarme.

Pero una sola vez doblado un recodo del camino detuve mi carro y lo dejé oculto entre los árboles. Luego desandé lo andado y
¡Estoy curioso...!

En las cercanías donde el grupo se hallaba me apoyé tras una roca acomodando el cuerpo para la espera. El guerrero sabe cómo hacer para que la vigilia sea más soportable. Todo guerrero debe tener algo de cazador.

¿Tal vez lo que hago es una tontería pero de todas maneras las tonterías son al hombre lo que las pulgas al perro...!

¡Ya viene Hurt!
Preparémonos.
El joven apareció en ese momento caminando entre las rocas y los matorrales del sendero. Vi por un segundo al sol reflejarse en su cabello rubio como el oro. Avanzaba con lentitud. Con algo extraño en su cuerpo.
¡El brazo...!
Sí. Vi su costado izquierdo mutilado. Allí donde debería tener el brazo, la túnica colgaba con flojedad y todo el cuerpo parecía resentido por esa ausencia. El joven se acercaba.
¡Murumin!
¿Quién?
¡Bastardo manco! ¡Vete de aquí!
¡Ahhhh!

¡Toma! ¡Obedece cuando un hijo del Sol te da una orden!
Tú no eres hijo del Sol, Huri. Sólo eres un mortal de carne perecedera. No eres un hijo del Sol...
Esto te va a costar todo el aliento de tu cuerpo y la sal de tu alma, Murumin.
No temo...
¡Alto!
¿Quién eres tú? ¿Qué deseas?
Apártate de este hombre. No es bueno que muchos ataquen a uno.
Soy Huri, hijo del patesi de En-Mel-Arna, la ciudad de las orillas del mar, y tengo potestad para juzgar y sentenciar criminales. Por lo tanto no te coloques en el camino de la justicia.
Me reí de buen grado. Y Huri, hijo del patesi, pareció irritado.
No uses palabras rimbombantes muchacho. La justicia es anillo que cabe en muchos dedos aún que esté hecho para uno solo.
Y ahora apártate de ese hombre.
Te advertí que...
Avancé un paso y apoyé la mano en la empuñadura de mi espada. Bastó ese gesto para que callara. En sus ojos se encendió la llama amarilla de los cobardes.
Sólo te haré una advertencia. Vete.
Retrocedieron paso a paso, buscando palabras o gestos que salvaran la humillación. Los jóvenes tienen cosquillas en su ánimo. Eso los lleva muchas veces a la muerte. Por fin...
No tenemos armas y no lucharemos, pero tú te arrepentirás.

Si tuviera un ladrillo de adobe por la amenaza de cada tonto con el que me he cruzado en la vida, podría levantar una torre que superara las tumbas de los reyes de Egipto. No juegues más con tu suerte. Vete.
Los observé hasta que se perdieron tras el camino de rocas y recién entonces me volví hacia el joven caído.
Déjame ayudarte.
Alzó su rostro hacia mí, un rostro pálido, ajado y marchito con grandes ojeras y surcos de sufrimiento. Me impresionó.
¿Quién eres?
Me llamo Murumin, hijo del muerto patesi de En-Mel-Arna.
Allí manda ahora el padre de Huri, ¿verdad?
Lo llevé hasta mi carro y encendí fuego y cociné carne. Estaba famélico y devoró desesperadamente.
¿Cuánto hace que no comes?
No sé. He vivido en una salvaje pesadilla día tras día, en medio del delirio y la incredulidad.
Cuéntame.
"Mi padre era patesi en En-Mel Arna; era un hombre justo y severo, sacerdote y soldado. El puerto dejaba grandes ganancias a la ciudad y mi padre las distribuía equitativamente evitando la riqueza desmedida en algunos."
"Eso irritó a los mercaderes. Entonces mi padre tomó una decisión: los convocó para el juicio divino de sus actos. ¿Sabes cómo es?" -"No."
"Te lo diré. Los patesis son padres e hijos en nuestra ciudad desde tiempo inmemorial y vienen del linaje del hombre del brazo de fuego. En el templo junto al mar conservamos la llama que nuestro antepasado encendió."
"Allí, con la mano izquierda hundida en el fuego, mi padre conjuró a los dioses y casi de inmediato una bandada de palomas llegó junto a él. La voluntad de los dioses apoyó a mi padre."

"Pero el mal estaba en marcha, ¡oh, sí que lo estaba! Mi padre no permitía que los habitantes de la ciudad tuvieran trato con los marinos y los extranjeros que comerciaban con ellos y la gente estaba descontenta."

Los hombres de la ciudad querían acercarse a las mujeres extranjeras que danzaban con velos y las jóvenes suspiraban por los corpulentos guerreros que veían desde sus casas. Además querían el oro, las joyas y los vinos que el espíritu severo de mi padre no permitía entre ellos."

"Les pintaron libertades embriagantes y el pueblo miró con odio a mi padre. Y un día, cuatro jóvenes de túnicas negras se le acercaron cuando caminaba junto al mar.

"Lo acuchillaron sin que él se defendiera. Cuando se sintió morir caminó hacia el mar y se dejó hundir entre las olas. Entonces el cielo se nubló, un trueno hizo temblar la tierra y los peces aparecieron muertos por miles en la playa."

"No se atrevieron a matarme por miedo a la cólera de los dioses y se conformaron con mutilarme para que nunca pudiera más mano izquierda lanzar al fuego y a los dioses."

"Desde entonces vago, loco de visiones por los campos sin alejarme de la ciudad. Siento tinieblas espantosas dentro de mí y fantasmas de sangre que me atormentan."

Y la ciudad canta y baila, ebria de libertinaje, borracha de placer ve con el freno de mi padre. Maldita sea en todas las épocas por venir.

Deberías irte de aquí.

Lo he pensado. Deseo irme a un templo y consagrarme a la oración pues siento sabor a cenizas y vinagre cuando pienso en los hombres. Pero no puedo.

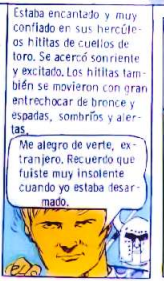
¡No puedo! ¡Hay fantasmas que me enloquecen desde el mar, desde el fuego y desde el aire! ¡Toda la naturaleza y sus fuerzas parecen estar hinchándose y a punto de volar sobre la ciudad!

Te matarán. Tú les recuerdas su delito. Hay han intentado apedrearte. Mañana te apuñalarán. Debes irte.

¿Y tú... ¿Quién eres? ¿Qué eres?
Mi nombre es Nippur, el hombre de Lagash. Eso es todo.
Mañana bajaré a tu ciudad. Te dejaré mi carro y mis provisiones hasta que vuelva.
Correrás peligro si te ve Huri. Sabe odiar.
No me aconseje, es prudencia. Yo también tengo fantasmas de orgullo y de desprecio que me empujan.
(En-Mel-Arna... Hermosa ciudad...)
Entré por sus calles blancas de revoque y doradas de sol y comprendí la historia de Muru...
(La ciudad se ha lanzado al desenfreno.)
¡Toma! ¡Bebe hasta ahogarte!
¡Tomen! ¡Tomen! ¡Soy rico! ¡Beban por mí!
(Ebriedad... locura... riqueza... La ciudad se ha convertido en una llaga infecta... un caldo de veneno y corrupción.)
En alguna parte oí un grito y el estallido de vasijas rotas. El ruido de instrumentos exóticos se mezclaba con los alaridos de los apostadores de una riña de perros y un canto de marinos ebrios...

Hombres de todas las razas pululaban mezclados con el pueblo. Negros, amarillos, hicsos, egipcios de caderas angostas y helenos de hermosos rostros. Incluso vi hititas de corvas narices y ojos de bestias feroces.

Y entonces vi a Huri entre esos hititas. Debían ser guerreros contratados para proteger al nuevo faraón.
¿Tú...?


Estaba encantado y muy confiado en sus hititas de cuellos de toro. Se acercó sonriente y excitado. Los hititas también se movieron con gran entrechocar de bronce y espadas, sombríos y alertas.
Me alegro de verte, extranjero. Recuerdo que fuiste muy insolente cuando yo estaba desarmado.

El cobarde es un hombre que siempre está desarmado aunque el peso de sus armas lo haga caer al suelo.

¿Cómo te permites hablar así? ¡Te...!
¡Ahhhh!
¡BAK!

¡A él! ¡Sujétenlo!

Los hititas lo miraron un segundo con desprecio. Luego pensaron en el oro y vinieron hacia mí.
No te resistas.

No me gustan los hititas, esa raza dura y obstinada, cuya única cultura está en el filo de sus espadas y en las grandes espaldas de sus guerreros.
Fuera la mano.
- Te dije que...

¡Ahhhh!
HUSH!

¡Oh!

Se echaron sobre mí todos. Y eran maestros de la lucha, pero si ellos eran buenos, yo era mejor y decidí dejar a cada uno un recuerdo mío. Y hundí los dientes de uno con mi rodilla...

Y rompí algún hueso... Un brazo retumbó bajo una palanca mía y noté ferozmente una cara; sentí sabor a sangre...

Quieto...

Hombre o como te llames, pagarás con tu vida el haber levantado tu mano contra el hijo del patesi...

Me llevaron a las cuadras y allí me dejaron...
¡Fue una estupidez venir...!

Creo fue como dije... Hay fantasmas de desprecio y orgullo en mí...

Afuera. Síguenos.

El pueblo estaba agolpado en las orillas del mar junto a un pequeño templo en cuyo interior vi un fuego violento que parecía hervir y escupir chispas...
¡El fuego del que hablé Murumin...!

Y allí está Hun... y su padre...

Resplandecían de oro y joyas pero no parecían felices. El patesi echaba vistazos furtivos hacia el mar que bramaba guturalmente desde la oscuridad como un animal al acecho...
Acércate...
Estás sentenciado a muerte, extranjero. Levantaste tu mano contra sangre de patesi, contra la carne de un descendiente de los dioses.
¡Mentira! ¡Mentira!
Es Murumin.
¡Háganlo callar!
¡No me harás callar, falsario! ¡No eres patesi! ¡No eres el elegido de los dioses sino el elegido del puñal y la traición!
¡Soy patesi!
¡Pruébalo! ¡Pruébalo en el fuego! ¡Llama a los dioses! ¡Hazlo!
¡Lo haré! ¡Te lo probaré a ti y a todos!
Caminó con el paso seguro de un hombre que marcha hacia algo que no comprende bien. El fuego crepitaba en el templo...

Luego, con gesto triunfante y con sonrisa loca de soberbia.

Entonces un trueno espantoso nos hizo rodar casi por los suelos mientras todo se estremecía.

Vi al patesi chillar espantado, mirando las llamas como si viera algo terrible. Gritó:

Tal vez todo el pueblo debió gritar por su voz en ese momento. Pero ya los dioses estaban sordos y los fantasmas sangrientos levantaban las aguas del mar.

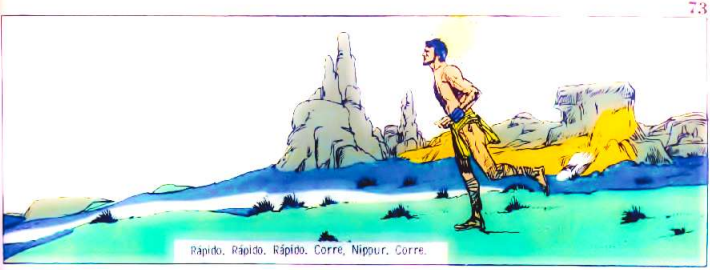
No dije nada. Miraba helado y vacío las aguas negras que se agitaban. Aquí y allá comenzaban a flotar algunos cuerpos blancos.

NIPPUR DE LAGASH

NO MATES AL HOMBRE, CAZADOR

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

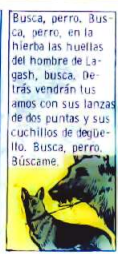

Rápido. Rápido. Rápido. Corre, Nipour. Corre.

Piedras bajo tus pies y una rama espinosa que te hiere. ¡Corre!

¡No los oigo... ¿Los habré dejado atrás?)

(No. Aún siento los perros tras mis huellas...)

Sí. Los grandes perros negros de los hombres de Boca de Bronce están detrás mío, seguramente olfateando la hierba donde mis huellas serán como gritos para sus instintos. Buscan.


Busca, perro. Busca, perro, en la hierba las huellas del hombre de Lagash, busca. Detrás vendrán tus amos con sus lanzas de dos puntas y sus cuchillos de degüello. Busca, perro. Búscame.

(Es inútil. Ellos conocen mejor esta zona y son hombres de piernas fuertes tanto o más que las mías. Lo único que puedo hacer es...)

(...enfrentarlos.)

(¿Con qué? ¿Piedras? ¿Palos? No hay gente que pueda facilitarme armas en este desierto. Y ellos están bien armados y cuentan con agua y alimentos. Y yo no. Cuando desfallezca me alcanzarán...)

(Una espada... Si tuviera una espada, en el nombre de Enlil...)

(Ayer la tenía. Ayer... Hoy. Ayer cuando llegué a ese maldito lecho...)

Ayer... cuando llegué a ese pueblecito...

¡Allí hay un foso...!

¡Ah! Por fin... Creí que nunca terminaría de atravesar ese desierto... Y el sol...!

¿Dónde estaré? Parece ser un pueblecillo de pastores. Tal vez alguien me pueda orientar sobre el sendero a seguir.

Esto era una muleta de mi espíritu. Marchaba vagamente en dirección a Axad donde me aguardaba mi amigo Sargón, ahora rey de la ciudad-estado, pero mi camino se bifurcaba demasiadas veces...

La paz sea contigo, anciano.

Siéntate, forastero.

Bebe. Es leche de cabra. Es buena para aquellos que salen del desierto con los labios partidos.

Gracias.

Mientras bebía, una cabeza asomó a espaldas del anciano y unos enormes ojos negros me contemplaron sorprendidos.

¡Métete adentro, Leulen! No debes asomarte.

Sí, padre. Perdona.

Es un estado muy duro el del encierro para una joven, anciano.

Sin embargo... es, muchas veces, el más sensato.

Pareces amargado por la posesión de una hija bella.

La belleza en las mujeres es como la miel. Fragante, dulce y deleitosa... pero también atrae a los insectos.

Me resultó graciosa la comparación del viejo cabrero y me reí.

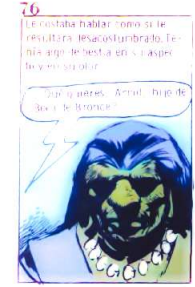
Las moscas son naturales alrededor de la miel así como los galanes alrededor de una joven. No debes mirarlos con demasiada severidad.

Me miró sombríamente.

Hay ocasiones en que el juego de belleza y galantería se vuelve juego de muerte, forastero.

¿Qué quieres decir?

Veo que llevas espada y pareces hombre de muchas guerras. Tal vez seas bueno o malo, o tal vez lo uno y lo otro, sin embargo me siento confiado en ti. Tienes un rostro noble y no desvías la mirada al hablar.
Con un gesto fácil señaló unas lejanas montañas. . .
¿Ves? Allá vive una familia de hombres duros. Cazadores que matan todo aquello que aletee, se arrastre o corra.
Visten con pieles sin curar que apestan a cadáver y se dejan los cabellos y las barbas hasta la cintura y viven entre árboles y matorrales como las fieras. Comen carne cruda y su fuerza es colosal.
¿Son muchos?
Son tres hermanos y el padre. El mayor es Kafit, Ush el segundo y Armil, el menor.
A veces han venido a buscar mujeres a nuestro pueblo y se las llevan a sus montañas. El único que no tenía esposa era Armil, el salvaje.
Pero ayer la vio en el río. Y enloqueció. La persiguió como una fiera pero Leulen tenía su caballo cerca y pudo huir. Huir. En realidad no ha huído mientras esté al alcance del salvaje. En cualquier momento puede aparecer por aquí.
Se miró las manos viejas y resecas meneando la cabeza tristemente.
Y en ese caso, ¿qué puedo hacer yo... ? Excepto hacerme matar que es lo que haré.
Mira allá... ¿qué ves?
Alguien viene por el campo. Un hombre armado. He visto el sol reflejarse en una superficie de bronce.
(Veo que eres guerrero.)
¿Armil?
Seguramente.
¡Viejo!


Le costaba hablar como si le resultara desacostumbrado. Tenía algo de bestia en su aspecto y en su olor.
¿Qué quieres, Armil, hijo de Bork, el bronce?

Los ojos del hombre giraron en su cara peluda como bolas rojas buscando algo a espaldas del anciano.
Quiero tu hija. Vengo a llevármela.

No, Armil. Mi hija no es una esclava que se pide como si fuera un perro.

Armil no respondió. Gruñó como un cerdo y su enorme cuerpo saltó. Era horrible su similitud en movimientos y gruñidos con los animales con los que debía convivir en las montañas.
¡Fuera!
¡Ahhhh!

¡Ahhhh! ¡Aquí estás! ¡Ven conmigo!
¡No! ¡No! ¡Socorro!

¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

Soy nadie, de ningún lugar. Soy alguien que pasa. Deja a la muchacha y vuelve a las montañas. Una mujer no es ganado.

Armil no escucha... Mata si quiere matar... Lleva si quiere llevar...

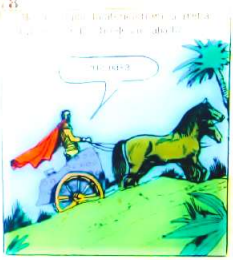
¡Y ahora quiero matar!

¡Matar!

El más estúpido soldado lo hubiera matado de no ser por su loca fuerza de mastodonte y aun así tal vez. Su hacha parecía una llama ciega.
¡Matar! ¡Armil, matar!

Y de pronto le clavé mi espada en su enorme pecho peludo, fue casi como si matara a un oso o un cerdo salvaje...
¡Ahhh!

Y de pronto con un alarido se desclavó de mi espada y retrocedió varios pasos. Temblaba de pies a cabeza como un animal herido.
Tú... tú... me matas.
¡Mi padre y mis hermanos me vengarán!
Y girando sobre sus talones hizo lo increíble. Huyó. Sujetando su espantosa herida con las manos corrió por el desierto con la velocidad de un caballo.
¿Adónde va?
A las montañas. A buscar a los suyos. Yo los está llamando. ¿No oyes este alarido?
Sí. Es mejor que huyas, forastero. Yo haré lo mismo con mi hija. Cargaré mi carro y me iré lejos de aquí, a la ciudad de Ur.
Es una buena idea. Yo seguiré hacia el norte.
Ayudé al anciano a cargar su carro y enganchar sus animales. Luego lo miré alejarse...
(Yo debo imitarlo antes que los montañeses se lancen tras de mí...)
¡Arre!
(Todo parece muy tranquilo. Hace horas que dejé el pueblo y hasta ahora...)



*Cuando la diosa blanca esté en el medio de la altura negra te soltará hacia el desierto. Te daremos tiempo hasta que la luna sea vuelta luz. Entonces saldremos a buscarte. El que te encuentre deberá traer tu arco para extenderla sobre el cuerpo de Arnul en las ramas del árbol sin fin de los deseos.

Ayer, cuando llegué...
¡Me estoy agotando...!
¡Esta no es la manera de hacerlo. Huir así es una estupidez. Tengo que pensar en algo.!
¡Desde lo alto de esta roca podré ver bien lo que ocurre.!
Desde la cumbre de la roca pude divisar el territorio a mis espaldas... también pude ver las tres manchas oscuras que allá a lo lejos se acercaban muy distanciadas una de la otra.
Se han separado para cubrir más terreno.
¡Boca de Bronce trae los perros. Los hijos vienen solos.!
¡Esto es una cacería y la presa a cazar soy yo. Pero no voy a seguir corriendo. Tengo que pensar en algo...!
¡Y creo que sé en qué...!
¡Usaré las correas de mi sandalia para esto...!
¡Veremos si resulta...!
¡Debo dejarme ver ahora...!
Esperé asomado sobre las rocas hasta que una de las figuras apareció ante mí. Oí un alarido de júbilo...
¡Te tengo!

¡Espera y verás!
¡Eso es... Acércate por allí...!
¡Ahhh! ¡Ahora te...!
¡Ah!
El golpe le hizo perder el equilibrio y...
¡Ahhhh!
(Se ha hecho pedazos en la caída.)
(Debo huir... Allí llega el otro... Y no he podido tomar ningún arma.)
Ha matado también a Karil... ¡Lo haré pedazos!
(¿Dónde está? No lo veo...)
(Aunque... Allí, junto a esa roca...)

¡La tierra está removida... El extranjero se ha ocultado con nuestra misma técnica... ¡Ja!

¿Creíste engañar con esto a un cazador experto? ¡Toma!

Veamos ahora... ¿Dónde?

¡Ah!

¡Jamás creí engañarte, Ush. Lo hice a propósito para que te distrajeras. Y ahora utilizaré tus armas...!

¡Allí se acerca Boca de Bronce con sus perros... Esos perros... Pueden destrozarme en segundos... Olfatearían en mí al enemigo...)

¿Y si...?!

¡Ah. Los animales sienten la presencia del sumerio. Los dejaré ir. Ellos lo acabarán...)

¡Corre! ¡Mata! ¡Mata!
... de gruñidos y ladridos fue ... la carrera de los mastines. ... de Bronce rió torvamente.
De ésta no te librarán ni los dioses, sumerio.
Los dioses tal vez no pero el cambio de mis ropas con tu hijo sí. Los mastines han buscado el olor y lo han hallado. En la locura de la carrera no habrán identificado el olor familiar de Ush bajo mi manto.
¿Mis hijos...? ¿Acaso tú...?
Los dos...
Perro... la muerte te resultará dulce a cambio de lo que te espera.
... la espada aterrada a dos ... entró bajo los brazos del ... y allí la hoja de bronce ... abrió como si fuera una fruta podrida...
¡Ahhhh!

Nos... nos has matado a todos...
¿Cómo...?

No es bueno cazar a un hombre. Es un juego donde la frontera entre víctima y matador no ha sido bien delineada y puede cambiar en cualquier momento.

Como ahora

Me di vuelta y comencé a alejarme...
¿Qué haces? ¡No me dejes solo! ¡Estoy herido!

No te dejo solo. No tardarán en volver tus perros. Volverán enloquecidos por la matanza... y olerán tu sangre.... No,... No te dejo solo...

Te dejo con la muerte.

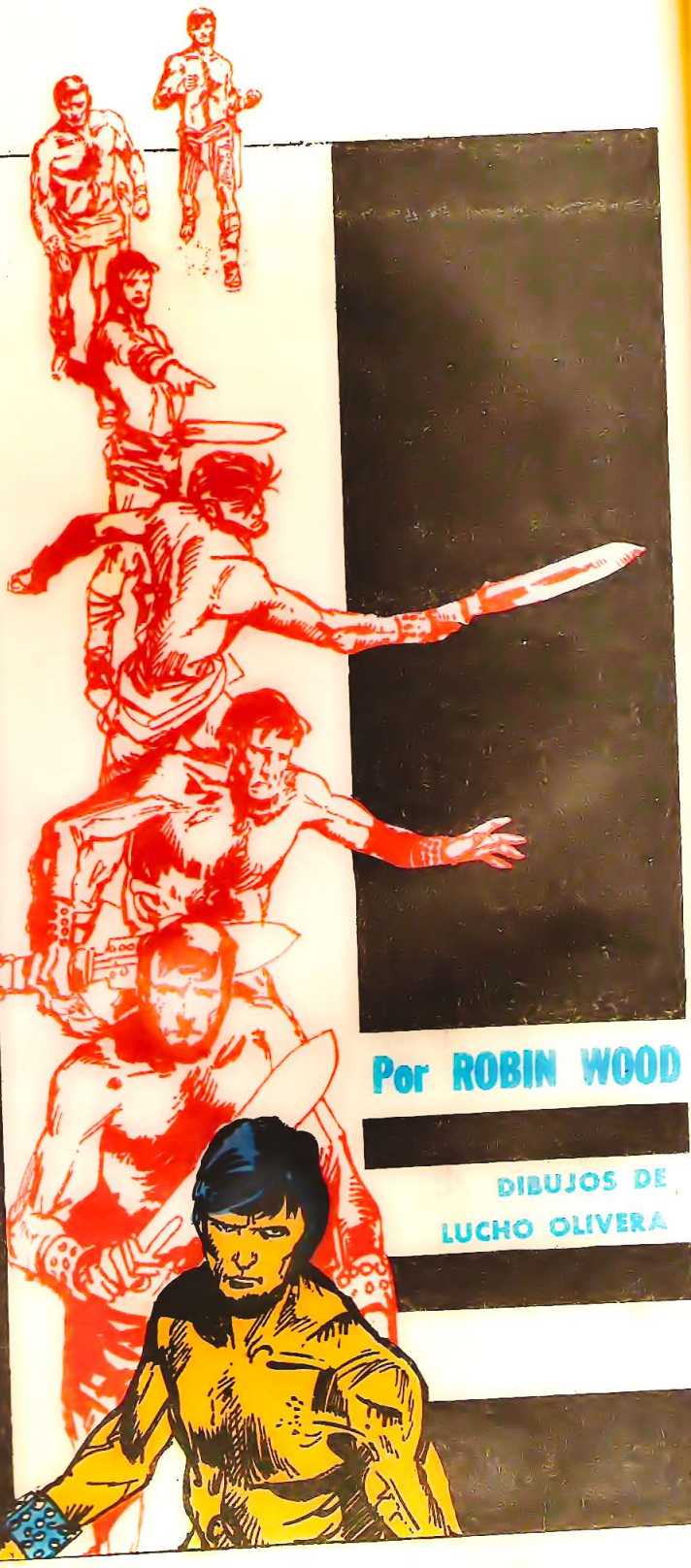
Me alejé y lo oí gritar. No era un grito, era más bien un bramido espantado. Cerré mis oídos al trémolo de horror de su voz y apuré el paso. Tenía que recuperar mi carro y mis armas.

Estaba tejos cuando oí ladridos en la distancia...

Fin

NIPPUR DE LAGASH

HOMBRES, DIOSES Y AGUA



Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Desde que atravesé los caminos de piedra de aquellas montañas
sentí que los aires se enrarecían, como si el humo de una ex-
traña hoguera invisible para los ojos humanos los sofocara, cre-
ciendo en silencio y enmudeciendo a los pájaros.

Hasta mis caballos parecen
sentirlo... Están nerviosos
y asustados... y resulta difí-
cil controlarlos...)

En lo alto de las montañas
de piedra entreví de pronto
un destello.
(Creo que... hay hombres
entre las rocas...)

(Y en el suelo veo marcas de
caballos y pies, marcas pro-
fundas. Eso quiere decir que
están armados...)

(Y ese extraño olor... ¿qué es?)

¡Alto!

¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué
me detienes?
¿Eres uno de los Tres?

No sé de qué hablas. Explí-
cate mejor.

Un hombre joven de aros de
oro se descolgó ágilmente
entre las rocas y se acer-
có a mi carro mirándome
con cautela. Por fin...
No tiene el tatuaje. No es.

No quiero ser curioso en exce-
so, pues soy forastero en estas
tierras, pero, ¿qué es lo que
buscas?
6236

¿Tienes interés tal vez en ganar una cesta de oro del tamaño de la rueda de tu carro?

Verás... soy hombre ajeno al oro, yo sólo sé de la sal y desgracia con que está amasado pero por otros motivos tal vez no resulte perdido el tiempo que gastes conmigo.

Muy bien. Escucha, entonces. Hay tres hombres ocultos en estas montañas cuyos nombres y rostros ignoramos. Todo lo que sabemos es que llevan un extraño tatuaje en la frente y que intentarán matar a nuestro señor, Urulim, dueño de tierras y hombres en esta región.

Un chillido nos sobresaltó. Un viejo cabrero encaramado en lo alto de una roca, increíblemente harapiento y peludo hasta parecer más un animal que un hombre, reía. Era tan deforme y polvoriento que ni habíamos advertido su presencia.

¡Ja, ja, ja! ¡Te olvidas de contarnos algo!

¡Cuéntale lo de la roca labrada por los rayos frente al castillo! ¡Háblale de la noche en que los alaridos de los asesinados hicieron caer muertos a los pájaros de las ramas de los árboles!

¡Cállate o te...!

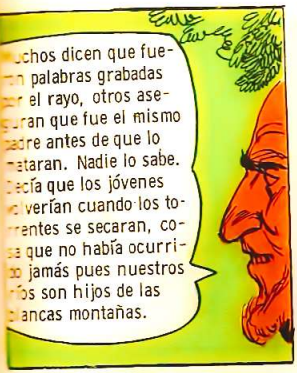
No uses armas contra quien no las tiene. Déjalo hablar. Las palabras son lanzas con puntas de aire. Déjalo hablar.

¡Eso es! ¡Déjame hablar! Oye bien lo que te digo, forastero. El hombre del castillo teme hoy la furia de los Tres cuya frente tatuó su padre hace muchas cosechas ya, para que no pudieran jamás confundirse con el resto de los hombres. Hace mucho de esto. Centenares de cabras han nacido y muerto desde entonces.

Los tatuó y luego los hizo huir en diferentes direcciones poco antes que Urulim apareciera inevitablemente tentado por el oro, ganado, tierras y mujeres. El sabía que esto ocurriría y que no podría defenderse pues era pacífico y no tenía gente armada.

Los hombres de Urulim trabajaron como segadores y tuvieron que sacarse las armaduras para matar, pues les molestaban. Cuando terminaron, arroyos de sangre corrían por entre las rocas. Todos estaban muertos...

...menos los tres niños con las frentes tatuadas que desaparecieron. Y a la mañana siguiente entre el terrible olor a muerto que espantó hasta a los buitres, vieron una roca con un mensaje grabado a fuego o martillo...


...uchos dicen que fue-
...n palabras grabadas
...r el rayo, otros ase-
...guran que fue el mismo
...adre antes de que lo
...ataran. Nadie lo sabe.
...decía que los jóvenes
...lo verían cuando los to-
...rrentes se secaran, co-
...sa que no había ocurri-
...do jamás pues nuestros
...ríos son hijos de las
...blancas montañas.

Y sin embargo, mira...

Miré y vi los lechos de los ríos, polvorientos y pedregosos, llenos de esqueletos de peces y fantasmas arenosos. Me estremecí.
Veo.

¡Has hablado demasiado, cabrero! ¡Tu cabeza ocupa un lugar innecesario sobre tu cuello!

¡Quieto!
¡Suelta!

No es bueno discutir con un joven fogoso que tiene una espada en la mano. Puede cortarse con ella o lastimar a otro.
¡Quieto te he dicho!

Está bien... Suelta... Me rompes el brazo.
Cálmate entonces. La rabia es mal vino.

¿Y el cabrero?

Huyó.
Sí. Los viejos conocen el valor del momento adecuado.

Y ahora me iré yo. Perdona mi mano pesada pero era una muerte que nada hubiera añadido a tu renombre de guerrero.
¿Cuál es tu nombre? Me resultas extraño.
Nippur de Lagash. Nippur, "el errante". Nippur, el hombre.

Así que eres tú... Extraños días son estos y extrañas gentes llegan a nuestra tierra.
Todas las gentes en los caminos son extrañas. Adiós.

Lo dejé rumiando pensamientos de joven y azucé mis caballos por el camino que corría junto a los ríos secos y hediondos, llenos de esqueletos de peces.
(Extraña historia es ésta...)

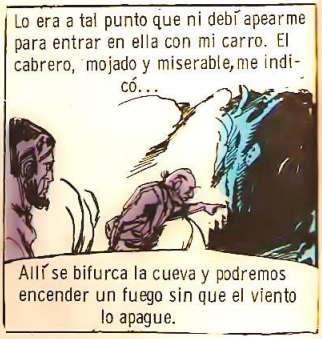
¡Eh, viajero! ¡Detente!

¿Qué quieres, viejo?
Agradecerte mi vida y decirte que llega una gran tormenta del otro lado de la montaña y que es mejor que busques un refugio.

¿Conoces alguno?
Sígueme.

El viejo cabrero no se equivocó. El cielo se oscureció completamente a medida que un helado viento del sur amontonaba sucias nubes sobre las montañas. Los relámpagos degollaban esa oscuridad espantosa.
¡Apura!

Y luego la lluvia. Gruesas gotas espaciadas en un principio, que poco a poco se transformaron en un colosal torrente.
¡Allí está la cueva!
¡Es enorme!


Lo era a tal punto que ni debí apearme para entrar en ella con mi carro. El cabrero, mojado y miserable, me indicó...
Allí se bifurca la cueva y podremos encender un fuego sin que el viento lo apague.

Espera, cabrero, ¿no notas algo?
¿Qué...?

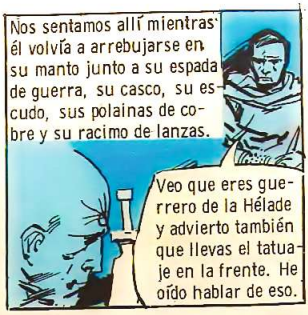
Ya hay una hoguera encendida en la cueva.
Es cierto...

Doblé el recodo y vi una gran espalda corvada frente al fuego y una espada desenvainada que reflejaba el rojo de las llamas.
Los dioses sean contigo, hombre.

Lentamente giró mientras sus dedos de bronce se cerraban sobre el puño de la espada. Vestía la túnica roja de los lacedemonios y era anguloso y pálido. Las llamas crepitaron.
¿Quién eres?

Tenía extraños ojos solitarios y apáticos y entre esos ojos sin juventud y sin emoción nacía el tatuaje que se izaba con sus ramas azules hasta la negra cabellera.
¿Quién eres?

Perdona. Acércate. Esperaba enemigos y creí que tú lo eras.



Navegué. He recorrido mares. He llegado a tierras lejanas. He visto monstruos de muchos brazos y hombres del tamaño de mis dedos. Y ahora estoy aquí.

El hombre alto es Nippur de Lagash, el de las leyendas en los fuegos. Combatí una vez contra él y su amigo Teseo al frente de mis amazonas. Aún lo recuerdo.

Mi reina lo era. Nos aliamos con los piratas del mar para terminar con nuestras patrullas pero fuimos derrotados. Te vi luchar hombro con hombro junto a tu amigo, Ur-El, el gigante.

Erais como dioses de espadas relucientes y músculos enormes y no había fuerza que os detuviera. Vi a tu amigo derribar caballos y carros con las manos desnudas y riendo a carcajadas como un niño que juega...

Perdona. Ni mis flechas ni mis polainas pueden desmentir la realidad de mi lengua de mujer.

¡Ahhh!
¡Con esto los alertaré...!
Napalim conocería el sonido. El canto de guerra de los helenos. La orden de ataque...
¡Ahhh!

Sentí humedad al abrir los ojos y en un principio no comprendí dónde me hallaba pero luego sentí las losas de piedra bajo mi cuerpo y vi los pies que me rodeaban. Alcé los ojos...

Supe que era Urulim. Tenía un miedo antiguo, fermentado con los años, que había corrompido su sangre y lo había marcado con más fuerza que cualquier tatuaje.
¿Dónde están los Tres? Tú los ayudaste a huir. ¿Dónde están?

Su miedo era una melaza pestilente ante la cual fruncí el ceño. El miedo protegido con lanzas y escudos mercenarios no es miedo digno.
No lo sé. No los conocía.

¡Mientes! ¡Dime dónde están o te haré hervir en agua salada!
Aunque me hirvieras en mi propia sangre nada podría decirte.

¿Buscas la muerte?

Si la buscara, éste sería en verdad el lugar adecuado pues ella está aquí. ¿La sientes? Acecha en todos los rincones de tu castillo. Esto no es una fortaleza, Urulim. Es sólo una gran tumba de piedra.

Afuera está la noche y la tormenta y en ellas están tus enemigos de frentes tatuadas, y te buscan...
Y es inútil que te escudes en tus guerreros y en las piedras de tu fortaleza. La muerte se ríe de lanzas y murallas.
Te doy vida hasta la mañana. Cuando el sol surja sobre la montaña yo seré despertado con tu cabeza colgada en mis ventanales.
Lo miré y lo vi amarillo de miedo, tembloroso y me pareció que una gran sombra negra se cernía sobre él.
Tal vez...
Lo siento, Nippur, hombre de Lagash, pero debo obedecer a mi amo.
Es malo tener un amo pero peor aún es no elegirlo. Lo siento por ti.
(¿Moriré realmente en la mañana? ¿Será que mi sendero terminará aquí?)
(No. Siento en los huesos que mi fin no está aquí. No. Siento a los dioses protegiéndome.)
(¿Y eso? Pareció un gran alarido...)
(Siento corridas... y gritos.)
(Se abre la puerta...)
Ven, Nippur. Puedes abandonar la celda.
¿Qué ha ocurrido?
Ven conmigo. Tal vez tú puedas explicarme qué ocurrió.

Mira.

Tenía en los ojos hincado un terror tan temible como la espada espartana que lo tenía clavado contra el respaldar de su lecho y en la frente florecía un tatuaje rojo que lloraba arroyuelos de sangre.

¿Cómo fue? Había guardias en la puerta... en las ventanas... en los corredores... ¿Cómo fue?
El cómo no importa. Lo que importa es que es.

Vamos a abandonar el castillo. Está maldito y lleno de espíritus. ¿Vienes?

Quedé solo, con el cuerpo muerto y con su miedo muerto golpeando como un murciélago ciego contra las paredes, mientras las antorchas bailaban locas de viento.
(¿Cómo...?)

Pero...
SCREC

Nippur...

¿Así fue?
Sí. Esta casa fue nuestra y en ella murieron nuestros padres. Aquí murieron primos, tíos y amigos. Aquí han lavado el suelo con vinagre durante años para ahogar el olor de la sangre vertida.

Nada nos costó buscar los pasos secretos que entran en la casa y que el usurpador no conocía y... pero, ¿qué te ocurre, Nippur?

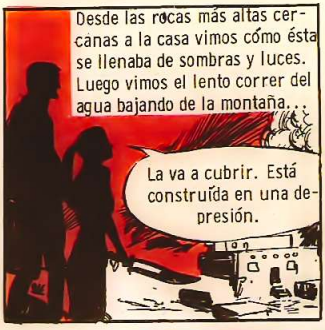
Los tatuajes... se están diluyendo...

Se contemplaron unos a otros con estupor.
¡Es verdad! ¡Ya no los tenemos!

Es extraño. Como si al morir Urulim, el espíritu furioso de vuestro padre hubiera terminado de morir también.

Observaron el cuerpo en silencio. Un trueno retumbó...
Tal vez sea como dices..

Entonces salgamos de aquí. Esta casa ya no es para pies humanos.
Sí. Salgamos de aquí. ¡Rápido!


Desde las rocas más altas cercanas a la casa vimos cómo ésta se llenaba de sombras y luces. Luego vimos el lento correr del agua bajando de la montaña...
La va a cubrir. Está construída en una depresión.

Así fue. Despacio, tan despacio que sólo concluyó de cubrirla al salir el sol, el agua negra y turbulenta convertía todo aquello en un lago estancado y silencioso.
Es el fin.

¿Qué harán ahora?
Volveré con Macarios. Hay más guerras.

Volveré al mar. Mi tumba será de sal.

Volveré con las amazonas. Mi caballo debe relinchar de tristeza al no sentirme cerca. ¿Y tú?

¿Yo? Ya no tengo nada a qué volver. Ni un ejército ni un mar ni un caballo. Mira si seré pobre. Sólo tengo los caminos. Y a ellos volveré.

Adiós, Nippur.
Adiós.

Los miré alejarse a cada uno por su sendero hacia su guerra, hacia su mar, hacia su caballo, mientras las montañas recogían los primeros rayos del sol y yo sentía un gran viento que parecía querer apaciguar a hombres, dioses y aguas. Y en lo profundo de mi corazón deseé que así fuera.
FIN

NIPPUR DE MAGASE

EL CIEGO REY DEL SUEÑO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

La superficie del arenal era infinita o al menos así lo semejaba ante mis ojos. Una gran bandeja color oro perdiéndose en la distancia sin alteraciones, sin nada que rompiera la muerta monotonía del grano de arena.

Arriba, el sol, ese dios quemante y necio, eternamente colgado de su telaraña azul, girando sobre nosotros los míseros hombres. El sol, ese buitre de fuego...

(Podré reiniciar el viaje cuando oscurezca. Ahora sería una locura.)

(Debo aprovechar la sombra.

El sol oprimía los aires cada vez con más fuerza y sentía el reflejo de su fuego viborear en el aire como serpientes de cobre. Yo era hombre sin caballos ahora.

(Los pobres...)

Con sólo volver la cabeza podía ver sus cuerpos que se descomponían con rapidez. Ya su espantoso olor parecía una neblina en el aire caliente.

(Esas víboras... No pude imaginar que habría allí un nidal de víboras venenosas...)

(Pero lo había. quedé sin caball... Tendré que aban... mi carro y segu... pie. Será una pe... perderlo pero no... da otra solución

Algo hizo ruido en el aire y alcé la cabeza...

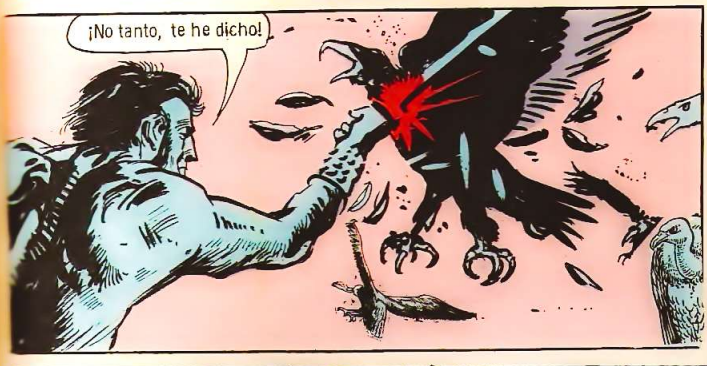
(Los buitres... Ya han sentido la carne muerta...)

(Tendré la espada lista. A veces los buitres se enloquecen y no distinguen la carne muerta de la viva...)

estos están hambrientos. No se muere aquí con la suficiente abundancia como para mantenerlos satisfechos.)

(No te acerques tanto, bicharraco. No tanto...)

(No tanto...)


¡No tanto, te he dicho!

¡Por Samás! ¡Están enloquecidos!

Hubo un relámpago pardo en ese momento y un chillido áspero y agudo relampagueó entre los graznidos de las aves de rapiña. Chorros de plumas negras y estrellas rojas salpicaron el aire hirviente...

Es un pájaro de caza... Como los que usan los egipcios..., pero nunca vi uno de estos aquí...)

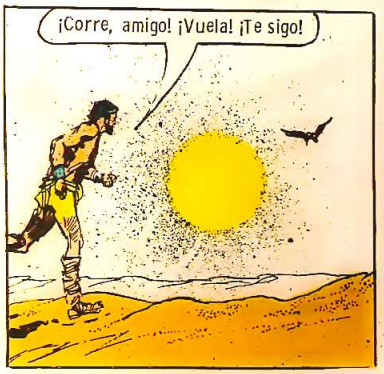
Los cuervos huyeron en loca desbandada mientras las garras y el corvo pico afilado destrozaban a los más rezagados.

Ven aquí, amigo. Ven. Nippur te llama.

Hermoso animal. Potente. Hermoso. Y tiene collar de oro y un aro en la pata. ¿ De dónde vendrá?

El halcón se elevó de mi mano y se alejó volando..., no muy lejos. Volvió otra vez a mí...
(Y se aleja otra vez... Como si me llamara...)

(Los designios de los dioses están en niños y en monstruos, en pájaros y flores... Veamos lo que ocurre...)


¡Corre, amigo! ¡Vuela! ¡Te sigo!

El pájaro de guerra enloqueció con sus graznidos el cielo color de bronce y como una flecha cruzó el aire. Corrí tras él, sintiendo el calor de fuego de la arena bajo mis sandalias.

(¿Adónde irá? ¿ Qué ocurrirá?)

(Parece haberse detenido del otro lado de aquella duna. Vuela en círculos allí, chillando. Creo que se ha acabado el camino...)

(¿ Qué habrá del otro lado?)

(Aquí es el fin del camino...)

Desde lo alto de la duna dominé toda la escena. Una escena similar a la mía pero con buitres de piernas y corazones de basura...

Vi al viejo guerrero, viejo como los monumentos alzados por los gigantes del desierto, cosido de cicatrices, con su escudo de cuero y su espada sangrante enfrentando a la horda escuálida y aullante...

Detrás de él vi al hombre de hermoso rostro, con los ojos claros e inmóviles, vestido de blanco, quieto e indiferente como si su espíritu estuviera lejos, lejos de todo...

Y vi a la mujer joven, tan hermosa y tan firme como él con sus niños, sus dos niños colgados de la falda. Pude ver en sus ojos que se negaba al miedo con todo el desprecio de un alma soberbia y única.

El alarido de uno de aquellos míseros seres me sobresaltó. De pie en una duna me señalaba. El sol arrancó destellos de oro de sus collares, collares de oro sobre sus harapos de piel de oveja.

¡Un extraño ha llegado! ¡Que muera también!

Eso me despertó. Mientras la majada de chacales se removía al pie de las dunas vi una roca, un extraño misterio en ese mundo sin consistencia de la arena ardiente y salté junto a ella.

¡Quien me quiera que me tome!

¡A él!

Sentí el sudor que corría como aceite sobre mi cuerpo y la roca era caliente y liviana entre mis manos. Soy fuerte como un toro y pocos me superan en los mundos conocidos.

-¿Quién se atreverá a tocar al hombre de Lagash?

¿Quién?

Los vi asustados. Vi en sus ojos el miedo de aquellos en quienes el miedo es algo tan consistente como la sarna en los perros o el hedor en la hiena.

Reí...

¡Para vosotros!

¡Ahhh!

Desenvainé mi espada que lanzó su chillido de bronce contra cuero. Estaba caliente como todo en ese sitio extraño con hervores de aceite y muerte. Bajé hacia ellos.
¿ Quién luchará conmigo?

¿ Quién...?

No sabría decir cuál corrió primero, pero no tardaron en hacerlo todos sin hacer caso de los chillidos de la hiena de collares de oro.
¡Carroña de montaña! ¡No corran! ¡Hay que matar a los reyes!

Pensé que no valía la pena gastar esfuerzos y filo en él y recogí una piedra y se la arrojé. Su cráneo resonó como yo esperaba. Con el seco sonido de una vasija hueca.
¡Ay!

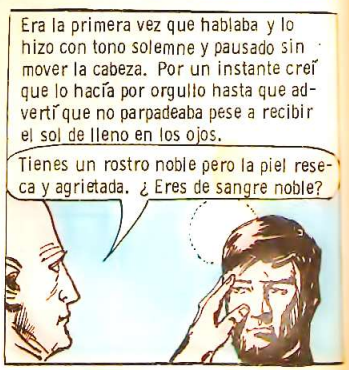
¡Corre tú también, escoria! ¡Corre a esconder tu peste y tu olor! ¡Corre!

Se fue. Me volví al viejo guerrero. Se había sentado cansado y me miraba. Parecía aún más viejo visto con calma.
Yo soy Anasharim. Y lo sigo siendo gracias a ti.

Hablaba uno de esos chapurreados dialectos guerreros que se aprenden viviendo años en campamentos.
Yo soy Nippur de Lagash. Y tal vez lo sigo siendo gracias a tu halcón.

Ah. Tonhas es valiente y feroz. Odia a los buitres y los chacales y creo que tiene en él algo de humano, infeliz sea por ello.

Acércate tú, el que nos ha salvado. Deseo conocerte.


Era la primera vez que hablaba y lo hizo con tono solemne y pausado sin mover la cabeza. Por un instante creí que lo hacía por orgullo hasta que advertí que no parpadeaba pese a recibir el sol de lleno en los ojos.
Tienes un rostro noble pero la piel reseca y agrietada. ¿ Eres de sangre noble?

...e tiene sangre en los camisa... excepto la que vierte en su ...me y ésa es siempre roja. ...lén eres tú?
¡Soy el rey de todo lo que tu ves alrededor. Soy rey de estas tierras como lo fueron mis padres y mis abuelos y sus padres.
Miré el arena ardiente y luego a Anasharim que se encogió de hombros y escupió con su insuperable destreza de veterano.
Ahora sufro la triste condición de fugitivo. Los pastores mataron a mis guardias y he debido huir para salvar la vida de mis hijos y la de mi mujer.
Mis hijos volverán aquí. Volverán a reinar sobre las montañas y sobre los bosques, sobre pastores y ganados. Ellos volverán.
Calló y sus hermosos ojos ciegos quedaron inertes contemplando algo misterioso y lejano. Mundo ajeno y recóndito de los ciegos. Su mujer me sonrió y hubo una luz superior a la del sol.
Te agradezco nuestras vidas. Gracias.
En ese momento sentí el mugido. Me volví a Anasharim.
¿Tienes animales?
Dos bueyes. ¿Por qué?
Tengo un carro de guerra aquí cerca. Podremos uncirlo a los bueyes y ellos viajarían en él. De esa manera todo sería más fácil.
¡Magnífica idea! ¡Llevemos los animales hasta el carro!
...me, Anasharim, y no ...deseo que te enfurezcas ...ero, ¿qué extraña nu... ...le flota en el cerebro ...te ése que se dice rey? ...De qué bosques habla?
Habla de unos bosques que murieron hace mucho, cuando también murieron sus ojos. Porque todo esto era un gran bosque cuando él era niño... Luego comenzó a soplar un inacabable viento caliente. Un viento que trajo arena y mató el verdor.
...l no lo vio. Una caída de ...caballo lo había dejado en ...nieblas para siempre y creció en el castillo donde la ...steza había llegado con la ...rena. Se casó y tuvo hijos, ...os que ves allí. Y todas ...as mañanas preguntaba por ...os bosques y todos le respon...dían que nunca los habían visto tan verdes.

Y los años corrieron y todo lo verde murió y murieron los animales menos unos pocos que fueron conservados con sacrificios y desesperación. El castillo de piedra se llenó de silencio y todos los siervos comenzaron a irse.

Y un día, los pastores, locos de hambre, de rabia y de arena, se abalanzaron sobre el castillo de piedra que ahora estaba ya semiderrumbado. Querían matar algo y no encontraron nada... Excepto a nosotros huímos.

¿ El está loco?

No sé decírtelo. Su bondad es tanta que podría superar en tamaño a este desierto pero vive en aquel mundo que vio antes de que todo oscureciera. Nunca sintió el sol ni la soledad del castillo. Le he oído hablar con los niños y mencionar árboles y bosques y caza abundante. He visto a los niños correr a las puertas, mirar el arenal y llorar.

¿ Y qué haces tú con un hombre perdido en sí mismo?

Llegué al castillo siendo él ya ciego y rey... ¡Rey! ¡Bah! Me ofreció su hospitalidad y su casa... Me la ofreció sin preguntarme quién era ni de dónde venía y me sentó a su mesa como invitado... A mí... Claro que sólo había verduras para comer..., pero yo nunca fui más que un guerrero de la más baja categoría.

Sus hijos jugaron con mi espada y me tiraron de la barba y supe que desde ese día mi vida estaría uncida a la de él. Así ha sido. Y ahora trato de llevarlos hasta el mar donde dejé yo una barca hace mucho. Los podré llevar hasta alguna ciudad. Aún tienen mucho oro para vivir espléndidamente.

Eso siempre y cuando los pastores no nos alcancen...

El hombre estaba de pie bajo el sol. Sentí una gran ternura ante ese rey ciego y loco.

No te alcanzarán. Yo los ayudaré.

Gracias. Ya habrá algún dios que te lo pague.

Sí. Alguno que no escupa.

Hacia allá está el mar. Llegaremos en dos días.

Ahora es mejor que pienses en acampar. La noche se viene encima.

noche comí con ellos a la luz de una
era. El viejo Anasharim insistió en
ar guardia.
De dónde vienes, Nippur? Háblanos un
de los mundos que viste. Hace mu-
que no oigo una voz extranjera.

Poco te puedo decir, excepto que los reyes y los reinos cambian de nombre día tras día pero no de esencia. Los puñales acechan tras los finos tejidos y son muchas las coronas de oro que cubren una cabeza brutal.

Extendió las manos para sentir el calor de las llamas y sonrió melancólicamente.
Yo soñé con un reino hermoso. Soñé con un reino donde mis vasallos pudieran ser felices y donde los esclavos serían libres al nacer su primer hijo. Quise convertir los nacimientos en milagros para que todos pudieran amarse más.

Quise...

Descansa.
Calló y por un momento sus ojos parecieron de oro sobre el fuego. Sentí algo en el pecho que me oprimía, como si las chispas de aquella maravillosa locura me hirieran, me alcanzaran. La mujer lo acarició, no como se acaricia a un hombre sino como se acaricia a un niño.

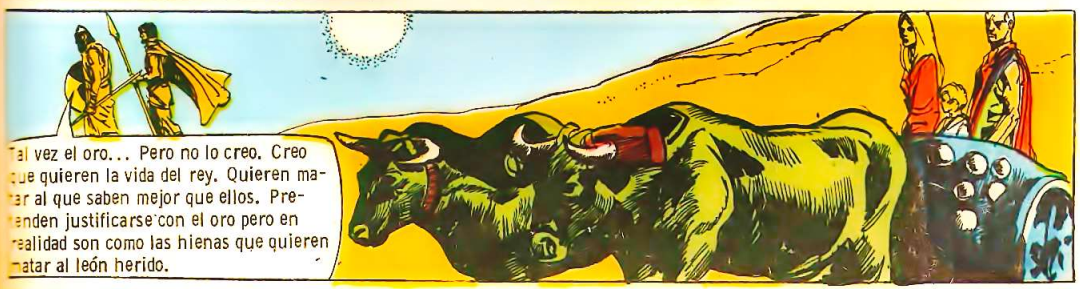
¿ Duerme?
Sí.

Quedamos en silencio. Luego hablé.
Tenemos que salvar a tu rey, viejo. Tenemos que salvarlo aunque nos vaya la vida en ello.
Veo que también te ha cautivado a ti.

¿ Quién podría ser inmune a su hechizo? El fuego de bondad que hay en él podría incendiar el mundo.

Tal vez,algún día el mundo sea incendiado con su fuego. Tal vez aparezcan otros hombres que nos traigan su fuego...
Los dioses te oigan.

Nos siguen.
Reiniciamos la marcha con el sol. Marcha cómoda ahora con el carro y los bueyes. Sólo que...
Sí. ¿ Qué quieren?


Tal vez el oro... Pero no lo creo. Creo que quieren la vida del rey. Quieren matar al que saben mejor que ellos. Pretenden justificarse con el oro pero en realidad son como las hienas que quieren matar al león herido.

¡Mira! ¡El mar!

¡Y allí está la barca! Estamos a salvo. ¡Subamos!
Anasharim.

Yo no iré con vosotros. Tú llevarás a mi mujer y a mis hijos a tierras donde puedan vivir. Te llevarás el oro también. Yo quedaré aquí, en mi tierra.
Señor... ¿ Bromeas? ¡Te matarán!

Tal vez me maten pero no me harán abandonar mi tierra. Aquí quedaré. Y no discutas. Es la última orden que te doy. Vete. Y cuídalos.
Señor...

Dio la espalda al viejo guerrero, se apartó unos pasos y se arrodilló en la arena húmeda de la playa. Su mujer y sus hijos se acercaron a él.
¿ Quieres que lo arrastre al bote?
No. Si ha decidido quedarse,lo hará.

La mujer volvió hacia nosotros. Sus lágrimas brillaban como granos de sal.
Debemos irnos. He hablado ya con él.

Ven. Sube. ¿ Qué esperas ?
No...

Yo también me quedo con él. No dejaré que los perros lo toquen.
¿ También has enloquecido, hombre de Lagash?

¡Vete! ¡Vete! ¡Sí!¡Yo también estoy loco! ¡Ojalá hubiera mucha más locura de ésta en nuestros mundos!

¡Ven con nosotros, maldito! ¡Ven!

Vete. Tienes algo muy importante que hacer, viejo guerrero achacoso. Vete.

(¿ Y él? ¿ Rezará?)

(Me quedaré junto a él. Por primera vez en mi vida siento que soy esclavo de un rey. Magnífico rey loco, rey de un sueño...)

(Por él... Contra todo el mundo...)

¡Ahhh!

(Retroceden. No quieren morir. Y todo aquel que intente tocarlo volará a los dioses cabalgando en el filo de mi espada...)

(La noche es fría aquí... ¿ La sentirá también él?)

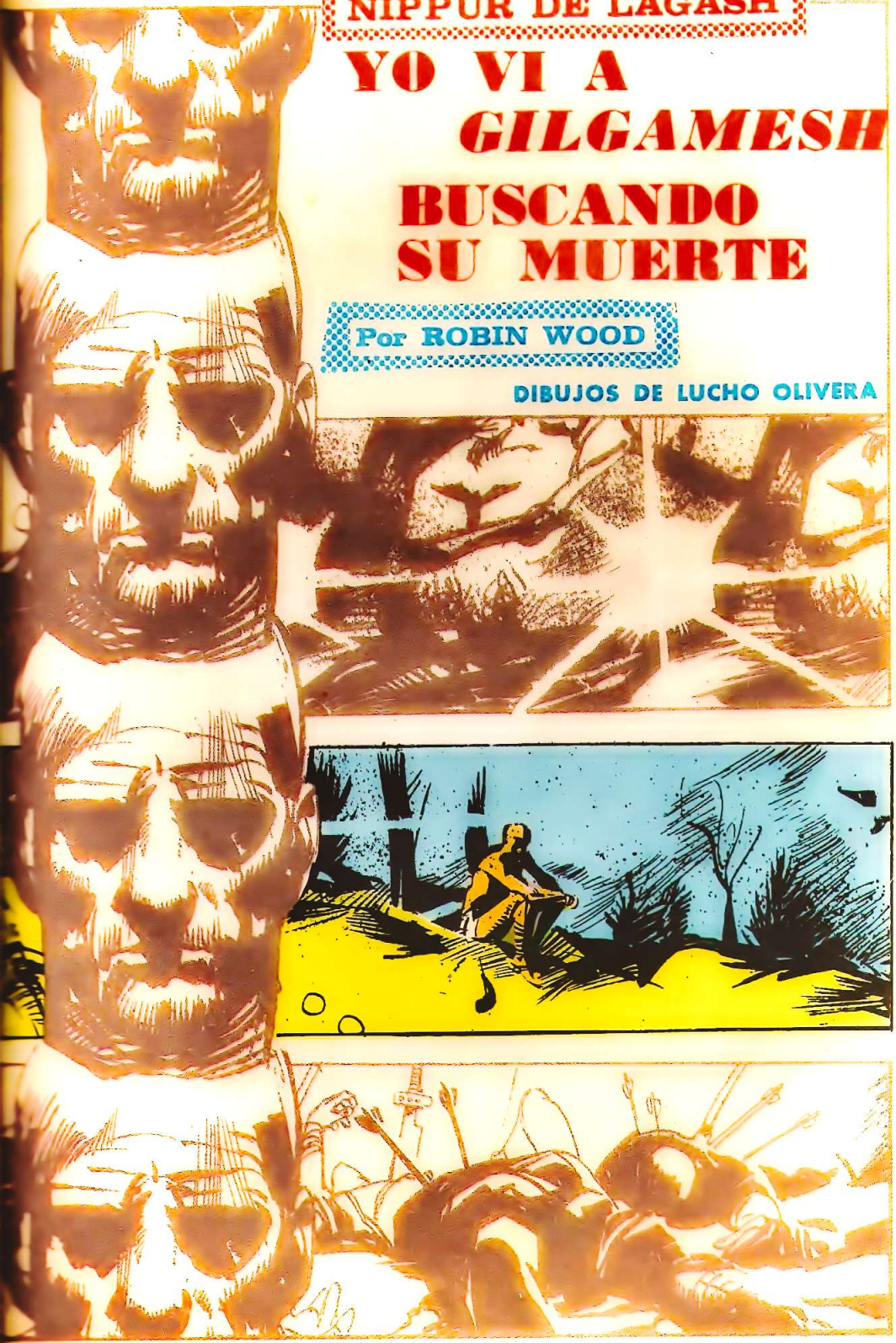
(El sol quema... Y los pastores rondan como chacales pero no se acercarán...)
(No...)
¿Señor...?
Oh, dioses... Vosotros... Los verdaderos... Cuando lo recibáis escuchad el mensaje que lleva... Esos bosques con los que él soñaba no debían florecer en tierra desierta.
El soñaba con bosques que florecerían en los corazones áridos de los hombres. Veía demasiado lejos y demasiado hondo...
¡Perros! ¡Ya no le podéis hacer nada! ¡Ya está más allá de vuestro hedor y vuestra bajeza! ¡Corred y aulladlo en el desierto! ¡El rey ha muerto!
El rey ha muerto...
Fin

NIPPUR DE LAGASH

YO VI A *GILGAMESH* BUSCANDO SU MUERTE

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



Era tiempo de cosechas en las tierras que se extienden más al sur de las murallas de la ciudad de Eridu, debajo de uno de los grandes ríos, el Buranum. Era tiempo de que los frutos se abrieran al sol y que las manos de los labradores recogieran el trigo, el alimento, la vida...

Pero la cosecha florecida era cosecha de humo, de fuego, de buitres en bandadas negras, de cuerpos hediendo en los campos pelados, de regueros de esqueletos de caballos y escudos abandonados. Cosecha de guerra.

Miré a ambos lados aquel escenario yermo, que hablaba de un pasado de luz y de vida. Ahora, nada.

Eridu cerró sus murallas y los guerreros de largas barbas llenas de piojos devastaron los campos mirando impotentes sus torres de piedra y delirando con el saqueo frustrado.

Y bajo mis sandalias las cenizas estaban calientes aún y la sangre no había terminado de secarse. La matanza de hombres y animales fue enloquecida y estúpida.

(Rondarán alrededor de Eridu hasta que no puedan conseguir más alimentos y esto será pronto. Han quemado todo, hombres estúpidos.)

(Me conviene desviarme de estos caminos. Muchos de esos guerreros saben que Luggal-Zaggizi daría una carreta de oro por la cabeza de Nippur de Lagash.)

(Muchos saben que el tirano de Umma no puede conciliar el sueño tranquilo sabiendo que el hombre que no pudo matar en Lagash corre vivo, libre y armado por los caminos.)

Sonreí duramente a los campos quemados y a los esqueletos de caballos.

(Y hace bien en no dormir. Ya le brindaré yo el descanso eterno el día que lo tenga cerca de mi espada.)

(Allá hay un hombre junto al camino. No es guerrero. Tal vez me pueda dar novedades de lo que ocurre.)

Salve, forastero.

Alzó con lentitud su hermosa cabeza pensativa y los ojos extrañamente antiguos me miraron desde su silencio. Vestía como un viajero y llevaba espada y morral.

¿Qué deseas?

Mi nombre es Nippur y busco senderos tranquilos para poder llegar hasta Eridu sin tropiezos. ¡Ayúdame!

Su rostro helado tenía un hálito de grandeza y soledad, una soledad total cobijada en sus pupilas inmemoriales.

¿Tú eres el hombre de los caminos? ¿El de los cantos de vagabundos? ¿El de Lagash?

Sí. Soy el hombre de Lagash.

Presta atención, entonces, a lo que te digo. Sigue por el sendero de las rocas. El sol arde en él y nadie lo vigila. Te llevará a Eridu.

¿Y tú? ¿No temes que te hagan daño al hallarte?

Nada pueden quitarme.

La vida...

Nada pueden quitarme...

Adiós, entonces, y gracias por tus informes.

Adiós, Nippur de Lagash. Buena suerte.

Me alejé por el sendero, vacilé y me detuve. A la luz crepuscular y entre las negras columnas de humo, él seguía silencioso en sus visiones.

Tu nombre... ¿Cuál es tu nombre?

...svió sus ojos de la visión distante entre ...s humaredas y me miró. Habló bajo.

Gilgamesh.

No nos dijimos más y le di la espalda alejándome hacia las murallas lejanas de Eridu.

En alguna parte un perro aulló lúgubremente. Por todas partes aleteaban los buitres. Gilgamesh, seguía perdido en alguna visión misteriosa.

Esa noche franqueé las murallas de Eridu y los centinelas ebrios de frío y de sueño casi me degollaron por hacerlos apartarse de sus hogueras, pero al fin...

Pasa. Mientras estés en la ciudad tendrás que ayudar si sufrimos algún ataque.

Busqué por las calles tortuosas y llenas de basura hasta encontrar una barraca con luz y voces. Entré en ella y...

Tengo este anillo. Dame comida y vino a cambio.

Hmmm. Está bien.

Dime. ¿Has oído hablar alguna vez de un tal Gilgamesh?

Como el fuego que se apaga siseando bajo la lluvia, así se extinguieron las voces al conjuro del nombre. Un silencio total se hizo a mi alrededor.

¿Qué ocurre? ¿A qué se debe esto?

¿Has visto a Gilgamesh, viajero?

Sí. ¿Por qué? ¿Quién es él?

El es el inmortal.

Recorrí con mis ojos los rostros que me rodeaban y en todos vi una luz temerosa. Sonreí.

¿Te burlas de mí?

No, viajero. Es la verdad. Ese hombre es Gilgamesh, el hombre sin muerte. Fue rey de Uruk durante las épocas en que las espadas eran de piedra. No sabemos cómo se estancó su edad igual que un río que no corre y quedó petrificado en su madurez.

Tuvo hijos, nietos e hijos de sus nietos que envejecieron y murieron. El sigue allí, en su edad inacabable. El...

El chirrido de la puerta lo interrumpió. Todos volvieron la cabeza y vieron recortada en el hueco de piedra la silueta alta, de hombros tan anchos que casi tocaban los costados, del hombre que viera en el camino.

Es Gilgamesh...

Es el inmortal... Vayámonos...

Nos volvemos a ver, hombre de Lagash.

Así es, Gilgamesh, hombre sin muerte.

Veo que ya las moscas han puesto huevos en tus oídos.
Cuando son muchas las moscas es inútil no querer oír su zumbido. ¿Eres lo que ellos dicen?

Sí. Soy un hombre que camina sin la sombra de la muerte.
Es difícil de creer.

¿Cuántas cosas has visto que llamaste imposibles, hombre de Lagash? ¿Cuántos mares de misterio has vadeado?

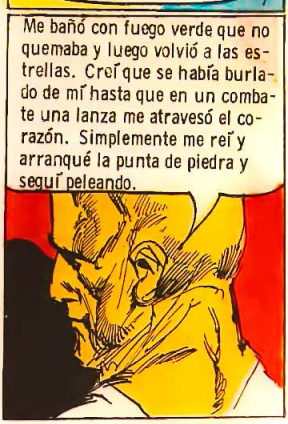
Tienes razón, Gilgamesh. He visto flores que gritaban y he oído a los cuervos reír. He visto a las aguas cortar caminos por rencor y a cadáveres convertirse en espuma por un deseo de esperanza. A pesar de ello a veces mi mente de hombre reacciona como mente de hombre y cree en los imposibles.

Hablaba con un frío desapego y tal sensación de indiferencia que no le pude discutir.
Somos dos solitarios. Háblame, si quieres, de tu secreto.
¿Te atreves a oírlo?

era rey en Uruk, era joven, fuerte y temido pero no era bastante para mí. Eran días en que los dioses estaban cercanos aún y tu voz los alcanzaba. Yo quería ser inmortal como ellos. Los odié y maldije por ser un humano.

Busqué plantas extrañas en las rocas inaccesibles y en los mares profundos, inútilmente. Presté oídos a hechiceros y charlatanes y por fin tuve que resignarme a la muerte.

Pero un día vi una luz en el desierto y curioso fui hasta ella y hallé a un hombre herido y fracturado a quien auxilié. Era un gran sabio que llegó desde las estrellas en un gran carro de bronce blanco. Me ofreció la inmortalidad como recompensa y acepté. Era mi sueño realizado.


Me bañó con fuego verde que no quemaba y luego volvió a las estrellas. Creí que se había burlado de mí hasta que en un combate una lanza me atravesó el corazón. Simplemente me reí y arranqué la punta de piedra y seguí peleando.

Y los días se hicieron años y vi morir generaciones enteras de quienes yo era un lejano antepasado. Amé a mujeres a quienes llegué a ver desdentadas y calvas y vi derrumbarse de vejez las murallas que yo hiciera levantar.

La gente te teme...

Me temen los que no comprenden. Los que no me temen me envidian porque también quisieran ser inmortales.

¿Y tú, Nippur? ¿Qué piensas?

¿Yo?

Yo nada, Gilgamesh. He vivido mucho y sé que es de hombre prudente el no emitir frases apresuradas. Yo no lo haré.

Veo que tu fama de sabio es justificada.

Veo que las moscas también han sembrado huevos en tus oídos.

Brindemos, Nippur. Tú dijiste bien antes que somos dos solitarios. Brindemos por nuestros caminos extraños.

Brindemos también por las mujeres amadas y los amigos de ayer, Gilgamesh.

Así choqué mi jarro de vino con el inmortal en Eridu, en la taberna, mientras en el exterior las hordas sitiadoras aullaban junto a sus fogatas. El resplandor teñía todo de rojo a nuestro alrededor como un presagio.

Y entonces resonó el grito...

¡Cuidado, han arrojado escalas contra las murallas! ¡Todos a defenderlas!

De un salto tomé mi espada y mi lanza. Sólo cuando corrí hacia la puerta vi a Gilgamesh aún sentado.

¿Tú no vienes?

¿Para qué? Todos los que combaten allí afuera morirán de una manera u otra. ¿Para qué luchar?

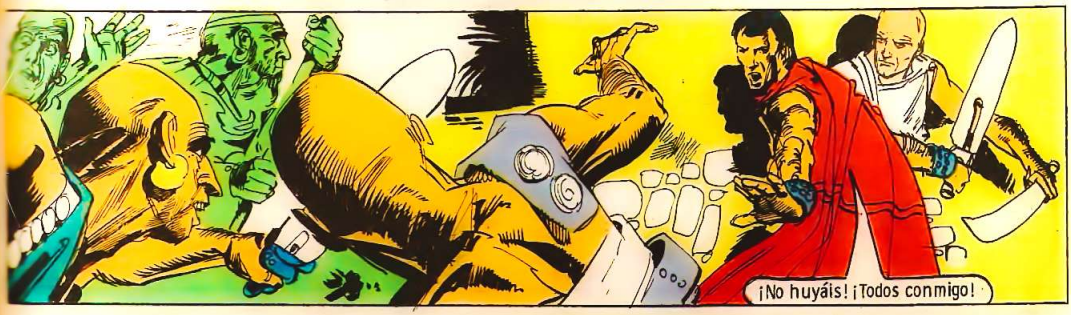
Sí. No es tu lucha.

¿Y la tuya?

Yo soy un mortal, Gilgamesh. Y mis días están amasados de sangre. Yo debo ir.

Espera, entonces. Te acompañaré.

...s murallas eran un infierno de fuego, sombras y gritos y la ...nfusión golpeaba los bastiones con más fuerza que los arie... ...es. Los atacantes hormigueaban locos de codicia.



...rité como un loco y maté a uno ...dos que querían huir. Los de... ...ás, enloquecidos de confusión, ...e agruparon a nuestro alrede... ...dor.

Como una oleada embravecida que regresa, la muchedumbre erizada de lanzas embistió a los atacantes. Un grito inmenso hizo palidecer a la noche.

Me abrí paso entre las cabezas barbudas moviendo mi espada con dos manos y sintiendo la sangre salpicarme. Tenía los dientes enclavijados y los ojos fuera de las órbitas, casi...

Derribé enemigos de izquierda y derecha, a filo y punta; los trituré con mis manos cuando mi espada se perdió; hallé un hacha y clavé un corredor de carne...

...asta que la aurora espantada ...uminó vacilante la fuga de... ...rdenada, despeñada mura... ...as abajo de los atacantes...

Miré su rostro pálido y nostálgico e involuntariamente retrocedí un paso. El me observaba con la flecha ensangrentada en las manos.
Sí. Lo olvidé por un momento....

Sonrió de pronto con una sonrisa dulcemente triste, tristemente vieja e increíblemente solitaria, apretando aún en sus manos la flecha ensangrentada.
Yo también lo olvidé por un segundo. Por un segundo sentí la muerte en mí al oír tu voz. No debe ser mala la muerte sintiendo la angustia de un amigo cerca.

Tú y yo hubiéramos sido grandes amigos.
Tal vez lo somos.

No. Nunca lo seremos. Nunca un hombre podrá ser mi amigo. Jamás.

¡Eh, vosotros! ¡Perros sumerios! ¿Quién quiere combatir conmigo? ¿Hay alguno que sea capaz de descolgarse de esas murallas donde se ocultan como viejas?

¡Espérame, cerdo asesino! ¡Allí voy!

Déjame ir, Nippur. ¿Para qué te arriesgarás tú?
No, Gilgamesh. Si fueras tú, no seríamos justos. Si fueras nos burlaríamos de los dioses. No. Iré yo.

¡Espera! ¡No...!

Me descolgué desde las murallas y v
venir a aquel peludo hombretón. Ta
vez era un estúpido que solamente s
ñaba con una fama que se cantara e
los fuegos de los campamentos.

En ese instante las grandes puertas de Eridu se abrieron bramando y una muchedumbre se desbocó por ella. Gilgamesh iba al frente.

Los atacantes asesinos no se esperaban aquello. Fue como una avalancha sobre su campamento donde la mayoría se había tendido a reposar tras haberse sacado las corazas. Nunca tuvieron tiempo de calzárselas otra vez.

Fue el delirio de la muerte. Las tiendas fueron incendiadas y un vértigo de filos y flechas se encendió como una tormenta marina. Y sobre todo ello, Gilgamesh flotaba como un estandarte.

Lo busqué entre los que volvieron y no lo hallé. Lo busqué entre los muertos y me reí de mi estupidez. Lo busqué hasta que lo hallé caída la noche.

Gilgamesh. ¿Qué haces?

Alzó su hermosa cabeza plateada de luna y vi en sus ojos una sombra negra y terrible. Me miró, ciego y solo en ese campo de muerte, entre ese mundo de muertos olientes a sangre y pelo quemado.

Nippur...

No has vuelto a la ciudad.

No. Allá han vuelto los vivos que festejan su victoria sobre los muertos. Yo he quedado en el lugar que me corresponde.

No te entiendo...

Yo no soy el inmortal como todos me llaman, Nippur. Yo soy el muerto eterno. Soy solamente un espectro deambulando sobre la Tierra. Un cadáver que alienta.

Encabecé ese ataque para cuidarte, para que tu vida estuviera a salvo. Pero luego, durante la batalla, sentí lanzas y espadas atravesándome como las sentí tantas veces antes. Me mataron tres veces esta tarde.

Y me mataron muchas otras veces antes. Me mataron con siglos, con hombres, con mares, con bronce, con piedras, con soga pero mi cuerpo emerge siempre de la muerte como una víbora del agua, burlándose de ella... burlándose de mí también...

Mi cuerpo vive pero mi alma se ha muerto, Nippur. Se ha muerto en mis innumerables muertes, en mis innumerables resurrecciones, en mis miles de años. Soy como la vacía cubierta de una tortuga muerta.

¡Estoy muerto! ¿Me oís, vosotros, los muertos? ¡Yo también estoy muerto!

¡Pero no me dejan morir! ¡No puedo!

No puedo...

Quisiera morir... Quisiera saber que voy a morir para poder mirar los ojos de una mujer y no ver ya su esqueleto a través de ellos... Quisiera saber que me acerco a mi tumba para amar los días que se extienden ante mí...

Amigo...

No. No podemos ser amigos, Nippur. Tú estás vivo y yo estoy muerto aunque no lo parezca. Debo esperar por mi vida para volver a ser un hombre y no un fantasma.

¿Qué harás?

Buscaré al mago de las estrellas y le pediré que me devuelva mi muerte. Que me la devuelva para vivir otra vez. Lo buscaré hasta hallarlo esté donde esté. Algún día lo encontraré.

Y ese día te recordaré, Nippur, hombre de Lagash. Y cuando sepa que mi muerte humana, viva, lógica, me espera, entonces te recordaré y tal vez resucite en mi corazón el sentimiento que me hizo hoy lanzarme murallas abajo para protegerte.

Tal vez entonces pueda llamarte "amigo", estés donde estés. Tal vez nos encontremos en otro lugar aunque yo tarde mucho en llegar. Un día mi espíritu vivo encontrará al tuyo.

Hasta ese día... Adiós...

Adiós, Gilgamesh.

Tú que oyes esta historia, tú que tal vez la descifres desde los pergaminos o las palabras, detente, alza tu vista, mira a tu alrededor...

¿No ves, tal vez, a Gilgamesh? ¿No ves al inmortal buscador de la muerte cerca de ti? Mira bien... Mira con atención... Yo lo vi. Buscaba su muerte. ¿Sabes, tú que me oyes, si la ha hallado?

FIN

ENNAM, EL DE LOS PANTANOS

Por ROBIN WOOD

No era un pueblo, apenas un apeñuscamiento de cabañas de piedra y barro con techos de cañas entrelazadas agrupadas al rededor de un pozo de agua. Más allá se veía el reflejo del sol sobre la superficie cenagosa de los pantanos.

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Me detuve allí apoyado en mi lanza, observándolo. El suelo sobre el cual caminaba era húmedo y verdoso y costaba despegar los pies. Los esqueletos de caracoles y cangrejos formaban una corteza crujiente.

Vine a dar a aquella zona pantanosa simplemente perdido en mi deambular. Estaba hambriento pues no había caza en esas tierras blandas y mi carne salada hacía días que se había terminado.

Además, no tenía oro ni plata ni nada de valor.

(Es mejor que me acerque. Tal vez me inviten a comer o tal vez haya algún trabajo...)

(Seguramente alguno de estos insectos del barro es comestible o tal vez haya peces en las aguas pero no tengo conocimiento de ellos...)

Me eché la lanza al hombro y seguí acercándome a la aldea. Un olor dulzón y nauseabundo llegaba desde los juncales.

Mira, padre.

Un forastero. ¿Qué querrá?

Tiene aspecto de hombre pobre.

Los dioses os bendigan...

Pasa, forastero.

La hospitalidad es lema de los pobres para el viajero. El que vive en los caminos sabe que la puerta de un palacio tal vez se le cierre pero nunca la de una choza.

Come con nosotros. No nos falta pescado ni verduras.

Te agradezco.

Mi nombre es Ennimer. Estas son mis mujeres y mis hombres. Soy la cabeza de la aldea.

Soy Nippur, nada más. Solamente poseo lo que llevo encima y un estómago que pide más cuando hay menos.

Todos rieron y un chiquillo semidesnudo y de ojos divertidos me alcanzó una escudilla de vino.

Gracias. ¿Cómo te llamas?

Enmerkar, hijo de Ennimer, el hombre que te ofrece su vino y su comida para que te reconfortes.

Ennimer era un anciano fuerte con las piernas débiles de tanto trabajar en el limo verdoso del pantano. Me senté en su patio, entre sus hijos y su mujer. Todos me miraban con curiosidad pero fue el pequeño Enmerkar el primero en romper el silencio.

¿Eres guerrero?

En cierta forma puede decirse que sí lo soy, pequeño amigo, aunque realmente no formo parte de ningún ejército.

Me sonrió orgullosamente.

Yo toco la flauta. ¿Quieres oírme?

No molestes al invitado, Enmerkar.

No, hombre, déjalo. Sí, toca algo para mí, muchacho.

Su rostro enrojeció de placer y de sus ropas extrajo una corta flauta de cañas, teñida de color azul.

Te tocaré una canción de labradores. Te tocaría alguna canción de guerra pero no conozco ninguna.

Con lentitud, casi con religiosidad, el niño se llevó la flauta azul a la boca. Sus dedos estallaron como chispas blancas sobre los ojos negros del instrumento. Y la melodía se desenroscó en el aire como humo brillante...

El silencio se había hecho a nuestro alrededor y las manos estaban inmóviles sobre las escudillas de comida. Me descubrí a mí mismo, olvidado de mi hambre, oyéndolo extasiado.

...uego, como un sueño que se destruye, o como una flor se...a que se pulveriza al contacto ...l viento, la música cesó.

Muchacho, he visto muchas tierras y he oído a muchos músicos pero jamás he escuchado a ninguno que se te pueda comparar.

Enmerkar es nuestra felicidad aquí en nuestros pantanos. Su música es un presente de los dioses y nos acerca a ellos.

¡Bah! Valdría más que trabajara como todos en lugar de perder el tiempo con su estúpida flauta.

Siempre hay los mismos tipos de hombres en los grupos. Este era el grandulón corpulento y bruto, de cerebro estrecho y vanidad quisquillosa. Tenía arcos y flechas, y las manos ensangrentadas.

Es una boca para alimentar que no gana lo que le das, Ennimer.

Cuando yo te diga cómo matar tus presas, tú me dirás cómo educar a mis hijos, Agga. Hasta entonces respétalos.

El grandulón sonrió torcidamente y escupió al suelo. Tenía ojos estrechos y malignos.

¿Y si no...?

El anciano comenzó a incorporarse pálido de ira pero en ese momento el lúgubre sonido de un cuerno resonó sobre los juncales.

¿Y eso?

Es el jorobado. Quiere su comida.

Sí. Prepara rápido algo.

Toma, aquí tienes. Déjalo a la entrada del pueblo.

Descuida...

Sorprendido, vi al anciano Ennimer alejarse con la cesta en dirección a los juncales. Toqué el hombro de la mujer de Ennimer.

¿Qué hace tu marido?

Hay un hombre que vive en los juncales, Nippur. Un hombre gigantesco, jorobado y horrible que aterroriza a nuestra gente. Nos reclama comida y nos dicta leyes.

Lo hará hasta el día en que yo pueda alojarle una flecha segura. ¡Ese día se convertirá en abono para nuestros sembrados!

¡Cállate! ¡No hables así!

¿Defiendes al jorobado, mocoso? ¿Quieres que te...?

Deja al muchacho.

¿Y tú quién eres? ¿De dónde sales y con qué derecho me ordenas callarme?

Me puse de pie y vi que sus ojos me estudiaban. Éramos casi del mismo tamaño, pero su piel era enfermiza y sus músculos fofos. Vaciló y le sonreí agriamente.

No trates de asustarme a mí con tu musculatura, cazador. Matarte me sería la cosa más fácil del mundo.

¡Tú...!

¡Miren! ¡El jorobado!

Olvidé todo y creo que a los demás les ocurrió lo mismo. Volví los ojos hacia el juncal. El sol comenzaba a descender en el horizonte y un frío húmedo se elevaba de la tierra.

canto ululante de un pájaro trajo a todos a la realidad del momento. En el atardecer gris nos miramos unos a otros. El encanto horrible del monstruo aún no nos dejaba hablar.

Ese era...

Me voy. Debo colgar mi presa...

¿Hace mucho que apareció el monstruo?

Tres años. Un día capturó a uno de los nuestros y le dio instrucciones para el pueblo. Quería comida en cada atardecer o de lo contrario nos haría conocer el horror de su furia.

qué hicisteis?

le dejamos comida. Luego intentamos colocar trampas pero las descubrió. Por cada una que colocamos un hombre de nuestra aldea recibió una paliza tremenda.

Uno de nuestros cazadores fue a matarlo y nunca volvió. Desde entonces dejamos de resistir. Le dejamos sus comidas y de tanto en tanto él habla conmigo.

¿Habla? ¿De qué?

De los sembrados. Nos dice dónde trabajar o qué cultivar. Eso es algo que conoce muy bien, y gracias a él podemos tener mejores cosechas de las que nunca tuvimos.

Es extraño...

volví el rostro hacia los juncales barrosos donde, en estos momentos, en alguna parte, aquel ser de pesadilla estaría devorando su comida, invisible en su universo de fango y caracoles.

Extraño...

Ven. Te indicaré dónde dormirás.

¿Cómo podré pagarte esto? Carezco de todo.

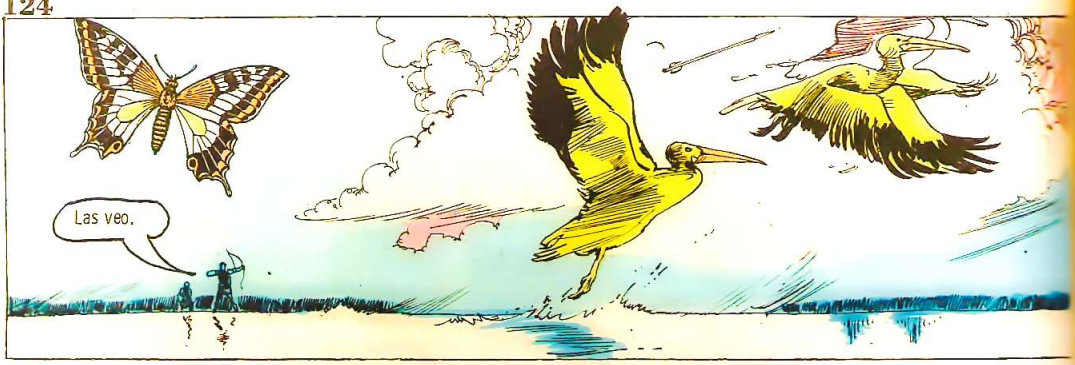
Si quieres puedes ayudarme yendo de caza mañana. Tengo arcos y flechas que manejo muy mal. Tal vez tú lo hagas mejor que yo.

Haré lo posible.

En la mañana me interné en los pantanos. Llevaba arco y flechas y me acompañaba el pequeño Enmerkar.

Por aquí suelen venir las aves...

¡Allá! ¿Las ves?



La caza fue fructífera y volvimos cargados de presas. El viejo Ennimer palmoteó satisfecho.

¿Ves lo que te decía? Hay que saber usar el arco.

Sí. Algo de eso hay.

(Allí va. Creo que la seguiré...)

(Se interna por los juncales, y marcha muy seguro...)

(Ni se da cuenta de que lo sigo...)

(Pero... ¿Dónde está? Lo he perdido de vista...)

(Un momento... Allí escucho una flauta...)

(Veamos...)

(Allí están...)

...orobado parecía una som-
...a monstruosa y deforme,
...ás horrible que nunca
...mparado con el niño es-
...o que junto a él hacía
...ar su pequeña flauta a-
...zul.

Entonces me puse de pie...
Hermosa música, Enmerkar.

¡Nippur!

¡Quieto o te atravieso!

¡No lo hagas, Nippur!
¡No lo hagas! ¡Ennam es mi amigo!

Cálmate. No pienso atacarlo. Sólo quería asegurarme de que tampoco él me haría daño. Vengo en paz y mis flechas sólo son para las aves.

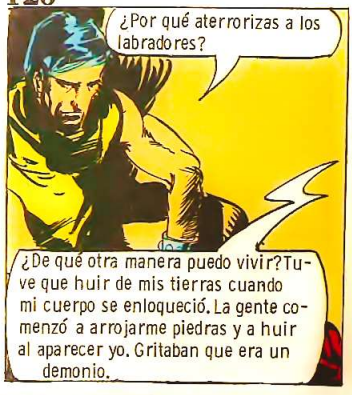
Esta vez el que habló fue el jorobado. Su voz era ronca y gutural, una voz que no estaba ya acostumbrada a ser utilizada.
Si vienes en paz, nada te haré. Acércate.

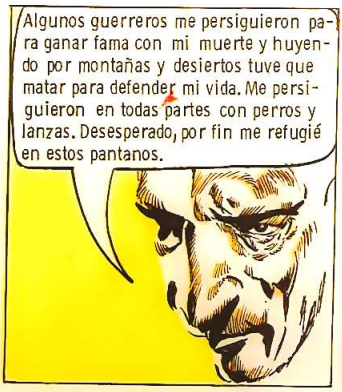
¿Cómo nos encontraste, Nippur?
Te seguí. Imaginé que eras amigo de él.

No entiendo. ¿Cómo sospechaste...?
Por la flauta, Enmerkar. Y por las manos manchadas de jugo azul de tu amigo. Advertí eso cuando lo vi llevarse la canasta.

Hay muchos pueblos que conocen el secreto del teñido por medio de jugos de hierbas y creo que tu amigo Ennam viene de uno de esos pueblos. Estoy seguro de que tu flauta es obra de él. ¿Me equivoco?

...No te equivocas. En efecto, en el pueblo donde yo nací ...nocían ese arte y yo lo aprendí de niño. Un día oí tocar a ...merkar y me acerqué a él y al contrario de los demás no ...yó al verme. Desde entonces somos amigos.


¿Por qué aterrorizas a los labradores?
¿De qué otra manera puedo vivir? Tuve que huir de mis tierras cuando mi cuerpo se enloqueció. La gente comenzó a arrojarme piedras y a huir al aparecer yo. Gritaban que era un demonio.


Algunos guerreros me persiguieron para ganar fama con mi muerte y huyendo por montañas y desiertos tuve que matar para defender mi vida. Me persiguieron en todas partes con perros y lanzas. Desesperado, por fin me refugié en estos pantanos.

Pero no había comida y decidí utilizar el horror y exigí provisiones a los labradores. No quería hacerles daño y por eso cuando pusieron trampas solamente golpeé a algunos. Luego vino un cazador que me sorprendió, luchamos y él murió. Tuve que defenderme.

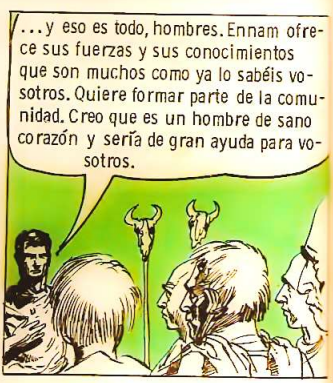
Creo que cometes un error, Ennam. Creo que en la aldea de Enmerkar te recibirían bien. Les has hecho mucho bien con tus consejos y ellos lo saben. Deberías unirte a ellos.

¡Se lo he dicho muchas veces, Nippur! Pero tiene miedo de dejar su escondite. ¡Díselo tú! ¡Dile que venga con nosotros!

Si tú quieres, yo hablaré con los hombres de la aldea y les expondré el caso. ¿Qué te parece?

Por favor, Ennam... Acepta...

Está bien. Háblales.


...y eso es todo, hombres. Ennam ofrece sus fuerzas y sus conocimientos que son muchos como ya lo sabéis vosotros. Quiere formar parte de la comunidad. Creo que es un hombre de sano corazón y sería de gran ayuda para vosotros.

Has hablado bien, Nippur, y te hemos escuchado con gusto. La historia es curiosa e interesante y yo por mi parte estoy dispuesto a ofrecer mi casa y mi mano al hombre de los pantanos.

también.
Y yo.
Yo también.

¿Y tú, Agga?
Pues...déjalo que venga.

Ya has oído, Nippur. Dile al hombre de los pantanos que nuestra aldea lo recibirá como un hijo más.
Lo haré.

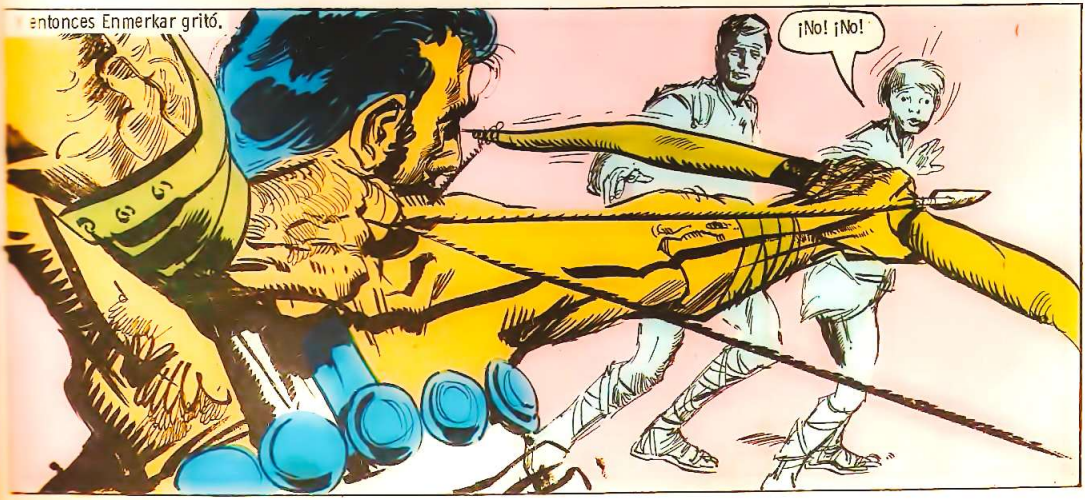
la mañana toda la gente de la aldea donó sus casas y aguardó de en el exterior. De los pantanos se ele- la niebla.
Tu hijo ha ido a traerlo. No tardará en llegar.

Allí viene.

Sí, los juncales crujieron y el niño y el monstruo aparecieron a nuestra vista, tomados de la mano. Dulce escena en que el niño parecía dar fuerzas a su colosal amigo.

ve, Ennam! Me alegro de verte.
Salve, Nippur...

Ven. Te llevaré ante el padre de Enmerkar. Está impaciente por conocerte mejor.


entonces Enmerkar gritó.
¡No! ¡No!

Y lo vi...

Muy tarde...

Pero...

¿Por qué...?

¡Lo maté! ¡Maté al monstruo de los pantanos! ¡El nombre de Agga será famoso en...!

¡En los infiernos resonará tu nombre asesino!

¡Ahhhh!

Me volví hacia el cuerpo caído del jorobado de los pantanos. El llanto de Enmerkar sonaba desesperadamente.

Ennam... Ennam...

Luego, sus ojos arrasados en lágrimas se alzaron como buscando algo, como implorando algo y se detuvieron en mí. Musitó entonces con voz estrangulada:

Nippur...
¿Por qué...?

No pude contestar nada. Ni siquiera fui capaz de sostener su mirada dolorosa de niño. Por sobre los juncales fangosos la niebla parecía humareda y por sobre todo ello debía haber un sol que no podíamos ver. Un sol muy lejano.

Fin

NIPPUR DE LAGASH

ORÁCULO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Había cazado un ciervo esa mañana gracias a un afortunado lanzazo. No fue mucha pericia de mi parte, simplemente el animal surgió ante mí espantado o atraído por algo y mi reacción fue más rápida que la suya.

Por ello colgué mis mantas y mis armas en aquel bosquecillo y comencé a disfrutar de mi presa. Disfrute que también incluía labor.

Cazar un ciervo es la fortuna del vagabundo. Puede comer carne fresca, asada sobre brasas. Puede salar carne con la cual llenar su bolsa. Además la lengua es un delicioso bocado.

Y su piel, curada y golpeada, ofrece nuevas sandalias, nuevas correas para las muñecas y para reparar las ropas gastadas. Y sus cuernos sustituyen las empuñaduras quebradas de cuchillos y espadas.

(Sí. Gran fortuna es cazar un ciervo.)

Entonces oí algunas pisadas a mis espaldas. Mi oído adiestrado me dijo que eran pies lentos, meditativos, pies que deambulaban sin prisa y sin objeto.

(Pies de hombre que piensa mientras camina.)

Una rama crujió y el sacerdote apareció frente a mí, entre los árboles. Era de mediana edad, de aire gentil y pulcras ropas blancas. Sonrió al verme.

Los dioses te protejan, forastero.

Y entonces vio los restos sangrientos del ciervo. Lo vi palidecer.

¿Qué has hecho? ¿Has matado?

Sí. He cazado un ciervo. ¿Por qué? ¿He hecho mal?

¿Sabes por ventura dónde estás?

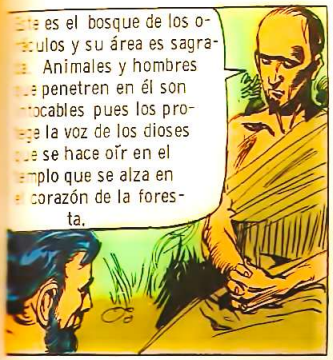
No. Es la primera vez que piso estas regiones. Soy forastero como verás por mi ropa y por mi lengua.

Comprendo y veo que no hubo mal en tu acción. Por lo tanto te explicaré el sitio donde te hallas.

Por favor, siéntate y comparte mi comida.

Me sentaré contigo pero no comeré. Soy sacerdote y sólo me alimento de hierbas pero tú puedes comer mientras yo te hablo.

6415


Este es el bosque de los oráculos y su área es sagrada. Animales y hombres que penetren en él son intocables pues los protege la voz de los dioses que se hace oír en el templo que se alza en el corazón de la foresta.

Allí llegan peregrinos de todas partes buscando una respuesta a sus angustias y a sus anhelos y la criatura sagrada les responde con la voz de los dioses que resuena por su boca.

¿He pecado contra el oráculo entonces?
No. Peca aquel que sabe, no aquel que ignora, pero deberás purificarte en el templo.

Entonces déjame terminar con mi tarea e iré contigo. El cierro ya está muerto y sería mala cosa no aprovecharlo.
Tienes razón. Esperaré y mientras tanto podrás hablarme un poco de lo que has visto en tus caminos. Pareces hombre que ha viajado mucho.

¿Viajado? Tal vez. Más bien me siento como una roca que cae por las laderas rebotando contra todas las salientes sin poder detenerse nunca.

El sacerdote sonrió bondadosamente. No era viejo, pero parecía un hombre sabio.
Veo que también eres un hombre que ha conocido mucho sufrimiento.

Vamos al templo. Ya he terminado mi tarea.
Sígueme.

A medida que nos adentrábamos en el bosque comencé a vislumbrar rastros de hombres y bestias por todas partes.
Veo que los peregrinos afluyen aquí por millares.
-Sí. Llegan desde todos los países con presentes para el oráculo.

-¿Aceptáis los presentes?
No. Y a veces es difícil hacer comprender a los implorantes que el oráculo puede darles la voz de los dioses sin recibir nada a cambio. Muchos vienen con alma de mercado a trocar oro por bienaventuranza y se sienten inseguros y engañados cuando no aceptamos su oro.

El alma del hombre es un pozo donde cada piedra arranca un sonido diferente. Y hay algunos ingenuos que dicen comprenderla.

He allí el templo.

Ven.

Era casi una caverna cavada contra una formación rocosa que se levantaba entre los árboles. Y vi numerosos peregrinos con su acémilas acampados a su alrededor. Olía a fogatas e inciensos y reinaba un gran silencio.

Entramos en el templo oscuro, lleno de humo balsámico y gente arrodillada. Se oían sollozos ahogados, gemidos y susurros. Alguien reía.

Ven.

Y vi apoyados contra una pared a los seis hombres vestidos de piel y bronce, con sus caras barbudas llenas de cicatrices y aburrimiento y mi ojo experto adivinó los cuchillos en las polainas y bajo las pieles. Olían a ajo y misterio.

Luego seguí al sacerdote y los olvidé. Llegábamos ya al centro del templo donde las llamas de una hoguera se reflejaban en un pequeño estanque de aceite.

Allí está la criatura de los dioses.

Estaba sentada junto al estanque. Parecía un niño pero no lo era. Sus cabellos rubios llegaban hasta sus pies y su piel era blanca como la espuma. Era tan delgada que podía ver su corazón golpear la piel a cada latido.

Un hombre llega a ti, voz de los dioses.

¿Me ve? Tiene ojos extraños...

No lo sé muy bien. A veces mira y otras no. Sus ojos y su salud son caprichosos y débiles. Vivimos temiendo por su vida.

Hunde tus brazos en el aceite...

Así lo hice. Estaba tibio y cenagoso y me repugnó un poco. Entonces el oráculo me miró. Tenía ojos inmensos incoloros, extraños...

Tú eres hombre de largas distancias. Tú eres hombre de muchas espadas. Eres hombre de manos sangrientas y corazón limpio...

Sufres... buscas algo y no lo hallas... Buscas la perfección humana y no eres tolerante con las debilidades. Olvidas, hombre, que los hombres son débiles como niños perdidos. No seas duro. Ablanda tu pecho de bronce. No des tus sentimientos como aquel que da migajas.

El oráculo me sonrió por sobre el aceite luminoso. Una extraña calma de alas pálidas descendió en mi pecho.

No seas tan fuerte, Nippur. No seas como las montañas inaccesibles. Deja que tu espíritu baje a las llanuras humanas. Deja que la ternura florezca en ti. Haz que tus manos dejen de ser puños. Olvida el estruendo de los imperios derrumbados y escucha el canto del arroyo.

Luego calló y lentamente, como una flor que se cierra, bajó la cabeza y encogió brazos y piernas. El sacerdote junto a mí murmuró:

Debemos llevarlo a su lecho. Es débil y esto lo debe haber fatigado. Hace años que no hablaba tanto con nadie.

...edé allí en silencio, sobre mis rodillas, perdido en mis ...samientos. No sé cuánto tiempo estuve así hasta que...
Nippur...

...e oscurecido... ¿Cuánto tiempo ...e estado así?
Varias horas. Todos los demás se han ido ya. Ven. Esta noche duermes aquí.

Allí, a un costado del templo hallarás mantas y pieles. Descansa con los dioses.
Te agradezco.

(Expulsa la dureza, dijo... Abre tu alma, dijo...)

...ero no es fácil. Cuánta sangre ...e visto... Cuánta barbarie... ...uánta locura... ¿Cuánta? ¿Cómo poder llenar el pecho con bondad ante la bestialidad de los hombres?)

(Y sin embargo, en este templo se respira algo... Algo puro y bueno... Se respira el aliento de hombres que sólo viven para guiar a otros. Se respira la bondad...)

(Bondad... Fe... Oh, dioses omnipotentes...)

Me dormí, no sé cuánto tiempo. Dormí como un niño satisfecho o como un hombre en paz con todo. Dormí en la gracia de los dioses...

...hasta que me desperté con los cabellos erizados, buscando a tientas mi espada mientras algo hacía sonar mi instinto como la cuerda de un arco.
¿Qué...?

La cara brutal estaba sobre mí y sentí su ...edor a ajo, a putrefacción.
Quieto. No te muevas si quieres vivir.

Oí voces susurradas y un rumor conocido. Bronce contra cuero. Espadas saliendo de las vainas. Sombras bailando contra las paredes de roca.

¿Qué hacéis?

Allí está el oráculo. Llévenlo a la carreta.

¡Alto!¡En nombre de los dioses! ¿Qué es este sacrilegio?

¡Mátalo antes que grite!

Bien.

¡Ahhh!

¡Miserables! ¡Sangre en el templo! ¡Los dioses os harán malditos por esto!

¡Calla!

Levántate tú y ven con nosotros y ten cuidado con intentar nada. Somos expertos y tu cabeza rodaría por el suelo antes que pudieras terminar un gesto.

¿Dónde está el oráculo?

Lo tenemos en la carreta.

SXHP

Muy bien. ¡Tú! Arrastrarás la carreta y rápido. Y ten cuidado.

¡Marcha!

No entendía aún bien lo que ocurría cuando mis manos fueron atadas rabiosamente a la pértiga de una pequeña carreta de cuyo interior brotaban gemidos. Una lanza me pinchó en la espalda.

Con el silencio oprimente de la noche comenzó esa marcha fantasma por el bosque, rodeado de las sombras siniestras y con el gemido lastimero siempre a mis espaldas.

La luz del día (feroz luz de sol relampagueante) nos sorprendió en unas estribaciones montañosas y áridas donde trepé entre tropezones y bamboleos de la carreta. Y el gemido...
(¿Qué hacen? ¿Adónde vamos?)

Alto. Descansaremos una hora antes de seguir. Come y bebe. Lo necesitarás.

¿Cómo está?
Gime. Ha bebido agua locamente. Creo que el sol le hace mal.

¡Bah! Es más que un ser humano. Aguantará hasta que salgamos de la región.

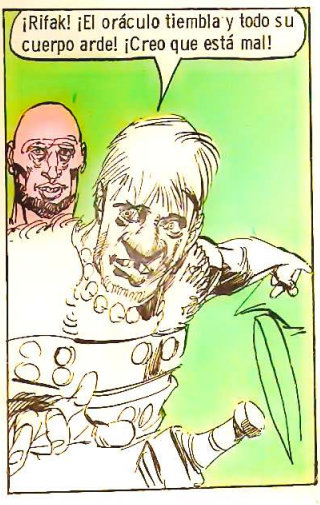
¿Qué quieres hacer con el oráculo, hombre?
Me llamo Rifak. Y quiero el oráculo para ser poderoso.

No entiendo...
¿Qué no podré conseguir con el oráculo en mis manos? La gente vendrá a él con sus presentes de oro y yo los tomaré en vez de rechazarlos como estos estúpidos sacerdotes. Con mucho oro podré, sin dudas, conquistar reinos en nombre del oráculo. ¿Quién lo enfrentará?

Me quedé mirándolo estupefacto ante su increíble bestialidad y su inmensa y maloliente humanidad. Por fin atiné a balbucear...
Hombre imbécil... ¿Por eso lo has hecho? ¡Estás loco!

Cuida tu boca. No quiero fatigar a mis hombres tirando de la carreta por si hay combate y por eso aún vives, pero solamente por eso. Recuérdalo.

Loco... loco... loco...


¡Rifak! ¡El oráculo tiembla y todo su cuerpo arde! ¡Creo que está mal!

El sol... El sol lo hace gritar... Lo enferma...

Hay que sacarlo de aquí.

¡Vamos!¡En marcha!

A golpes, a gritos, azuzado como un animal, comencé aquella marcha de pesadilla entre las rocas escabrosas, tambaleándome, cayéndome, bajo un sol de fuego...

Mis manos, mis rodillas, mis pies se desollaron en golpes y caídas y la sangre se mezcló con mi transpiración y mi jadeo ronco con el llanto desesperado de la carreta...

¡Apura!¡Apura, maldito seas!

-Mira, Rifak... Parece que se debilitara...

Aguantará, esto seguro...

(Lo están matando... Los sacerdotes han cuidado su vida como una llama débil y ahora estos cerdos sanguinolentos...)

(¡Oh, dioses! ¿Por qué permitís esto? ¿No hay rayos? ¿No hay un fuego que borre hasta el rastro de esta horda humana?)

Y el llanto subiendo y bajando bajo el sol de calor y la tierra rajada...

Creo que se está...

¡Cállate! Aguantará...

Y el llanto débil y fino como un hilo de agua flotaba sobre el estruendo de las ruedas entre las rocas...

(Lo matarán... Su pobre cuerpecillo no soportará esto.)

Escucha, Rifak... Tengo miedo... Creo que hemos cometido un pecado horrible. Volvamos atrás, devolvamos al oráculo...

¡Cállate! Si vuelves a hablar del asunto, te mato.

Y el llanto débil...

(Están enloqueciendo de terror... Todos, hasta Rifak... Comienzan a comprender lo que han hecho... Lo que están haciendo...)

Y el llanto no cesa...

Rifak... volvamos. Volvamos... Devolvamos al oráculo... Tengo miedo.

Y el llanto...

¡Cállate! ¡Te lo advertí!

¡Ahhh!

Y el llanto...

Devolvámoslo... Estamos cometiendo una locura.

Te mataré, cobarde. Te...

Pero...

El llanto...

Todos los rostros se volvieron a la carreta donde el llanto había cesado. Un escalofrío me corrió por las carnes.

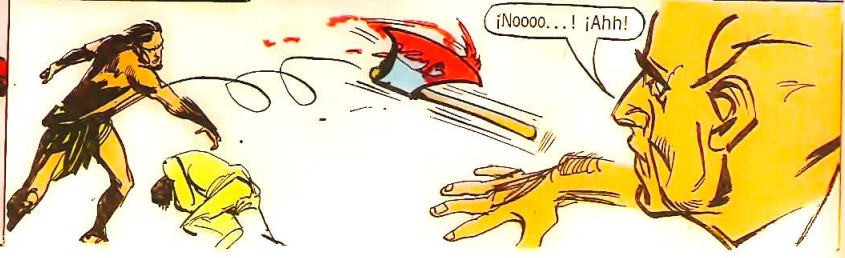
Y uno se acercó y alzó la manta. Luego un rostro amarillo y despavorido se alzó.

Está muerto.

(Criatura de los dioses. Lo que te han hecho... Cerdos, cerdos...)

Una furia salvaje trepó como arañas por mis huesos y mis tendones hasta llegar a mi cerebro donde estalló como un relámpago rojo...

Me incliné a toda velocidad y mis manos se cerraron sobre el mango del hacha. Mis dientes castañeteaban y todo mi cuerpo temblaba como afiebrado...



ahora tú... el peor, el primero, el mayor asesino...

No... espera...
Tengo...
Tengo oro...

Lancé un grito que me ensordeció y todo estalló en rojo y negro. Sentí mis manos con toda la fuerza del mundo explotando en mis dedos...
¡Aahhhhh!

¡Los dioses te esperarán más allá del Mar Negro! ¡Maldito seas!

Nippur... ¿Tú?

Yo, sacerdote. Yo. Yo con la más grande tristeza de los mundos. Mira qué trofeo de angustia traigo.

Lo supimos. Las flores murieron de pronto y lo supimos. No lo lamentaremos. Estará bien ahora.
No... No puedo aceptarlo tan fácil como lo dices...

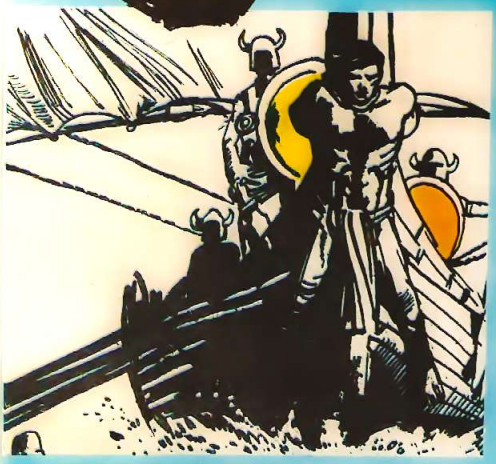
Su alma tan hermosa... ha servido de revolcadero... No... No me resigno... No lo acepto... No.
Nippur...

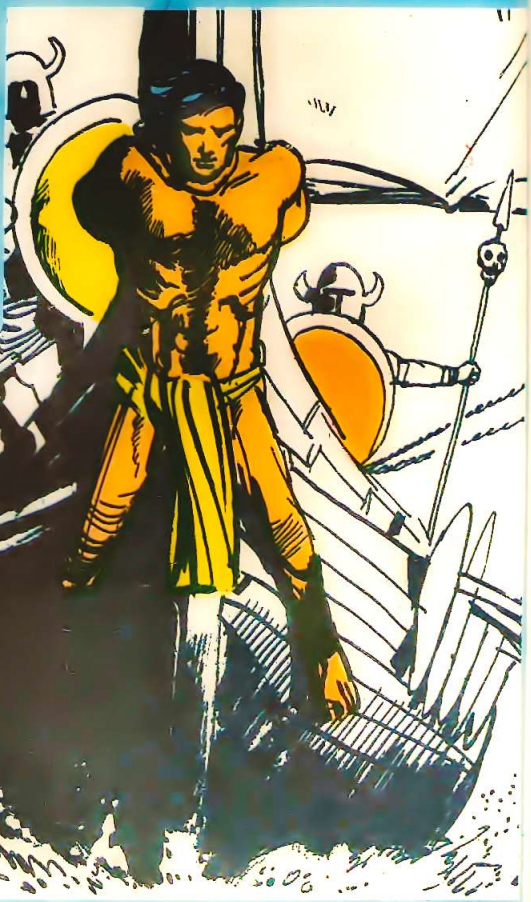
Estás llorando...
¿Llorando...?

Sí... es verdad... Sí...

Sí... ¡Sí!
FIN

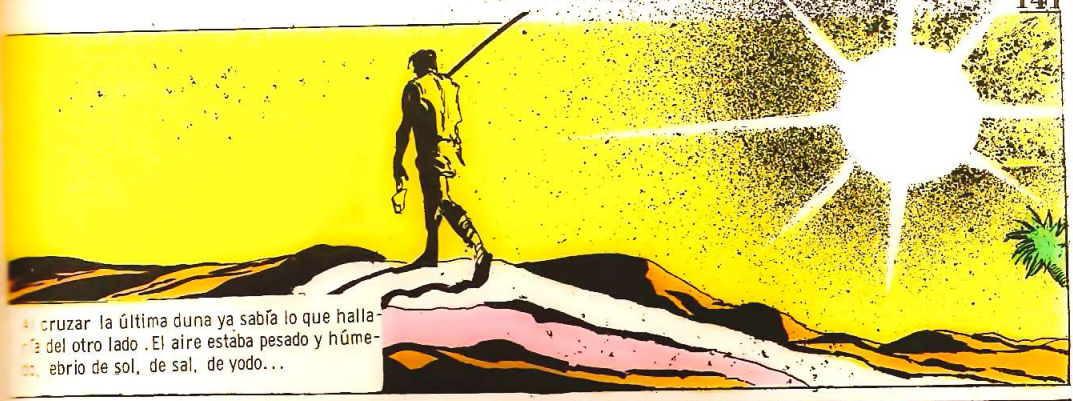
LOS GUIJARROS DE LA MUERTE

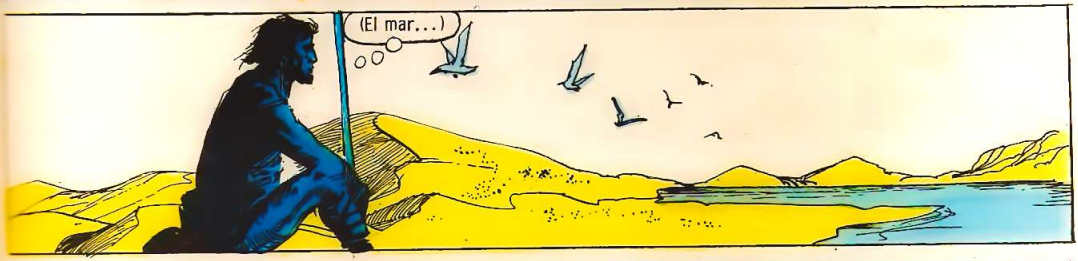




Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

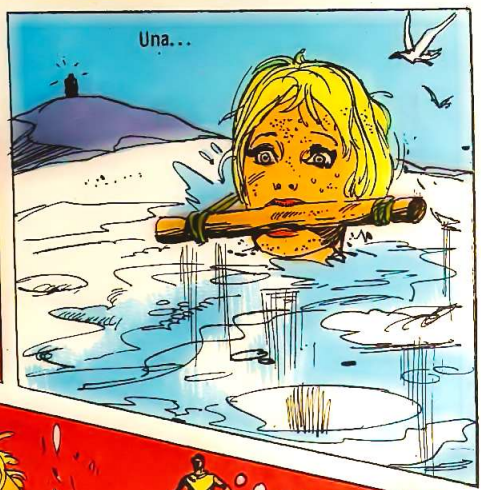




No sé de cuánto tiempo ya, se había incubado en mí alma el silencio. La calma y una rara sensación de paz vivían en mí desde hacía tiempo. No me apuré en llegar a las aguas verdes que se deshacían en la arena amarilla.

De pie, miré todo sin apuro, desmenuzando las pequeñas cosas, asimilando sus significados y sus formas... Un caracol..., un espumarajo colgando de un tronco viejo...

Una gaviota volviéndose llamarada blanca contra el sol...



¿Qué es eso? Parece una cabeza humana...)

Otras cosas que no son mi alma también me han educado. Desenvainé mi espada y miré a todas partes antes de moverme...

(Parece no haber nadie...)

(Es una cabeza humana... Es una mujer...)

Volví a detenerme. Ya distinguía la perfecta cabeza asomando de la arena. Las olas de la marea que comenzaba a subir se arremolinaban junto a ella... Volví a mirar a mi alrededor.

(Es una mujer enterrada en la arena hasta el cuello. Cuando la marea creciera, moriría ahogada...)
(Le han puesto un palo en la boca para que no gritara... ¿Quién ha ideado esta tortura?)
Cálmate, muchacha. Yo te sacaré. Cálmate...
Ya está... Espera... No te esfuerces.
Agua... Agua...
Toma. Despacio. No te apures.
Cuidado... El sanguinario... No te lo perdonará... Vete...
¿Quién?
Unas palmadas y unas carcajadas me hicieron alzar la cabeza.
¿Quién...?
Una duna los había cubierto mientras yo avanzaba y luego no los vi, ocupado con la muchacha. Eran una cincuentena de cortesanos que comían sobre tapices extendidos en la arena. Varios reían...
¡Divertido! ¡Ha llegado un salvador!

Mejor. De lo contrario hubiera sido aburrido. Todos mueren sin variación.
Eso. Clamirontas tiene razón. Es aburrido.

Silencio todos. Veamos quién es ese misterioso salvador.

...joven y de aspecto sano. Pero yo vi ...mar los pies de oro tallado bajo el ...de su túnica. Tenía joyas y adornos ...rey y estaba bajo un dosel amarillo.

Traedlo.

Los guardias se acercaron con entrechocar de corazas. Vi las lanzas chispear bajo el sol. Me envolví el brazo izquierdo con mi manto rojo y empuñé la espada.

Veo que quieres desperdiciar la vida de tu gente.

No pelees. El rey quiere que vayas junto a él. Deja la espada.

Hay demasiados reyes en este mundo. Sería fatigoso tener que obedecer a todos.

¡Ven!

¡Ahhh!

Algo estalló en el aire con rumor de cuerdas y pulseras. No comprendí lo que era hasta muy tarde...

Pero...

¡Es nuestro!

¡Sin golpearlo! ¡No quiero que se le haga daño!

Me arrastraron por la arena como a un animal cazado en dirección a los pies de oro. Quise maldecir pero mi propia humillación y orgullo me hicieron callar.

(No les daré el gusto de gritar.)

Ponte de pie. Si te quedas quieto, mis hombres no te harán daño.

Vaya. Tiene gesto orgulloso. No es un campesino.

Claro que no. Mira los músculos. Y además está cosido de cicatrices.

Has despertado mi curiosidad ¿Cómo te llamas?

Nippur, el hombre de Lagash.

Oí murmullos excitados entre los cortesanos. No me sorprendió pues debían venir de una gran ciudad donde las historias corren.

¿De manera que eres "el errante"? Es la sorpresa más agradable que he tenido en mucho tiempo.

Llevadlo a bordo. Nos servirá de diversión durante nuestro viaje hasta Trimas.

Espera...

¿Qué harás con la muchacha? No es de hombre matar mujeres.

¿Por qué te preocupas tanto por ella? No es más que una imbécil que ni siquiera sabe bailar bien. Le ordené que lo hiciera y me irritó.

¿Es una esclava?

Es la hija de un oficial de mi guardia que quedó en Trimas, mi ciudad. ¿Esclava? Sí, es una esclava. Todos los que me rodean son mis esclavos.

Yo no lo soy.

¿No?

Me sonrió y vi que tenía los dientes muy afilados. La sonrisa convertía su rostro juvenil en la máscara de una hiena.

-Tú también serás mi esclavo, hombre de los caminos. Tú también.

¿Y la mujer, señor? ¿Qué hacemos con ella?

Hizo un gesto con una de sus pálidas manos sin sacar sus ojos de mí. No sonreía.

Mátala. No sabe bailar. Clávale una lanza.

Oí los pasos del guardia sobre la arena a mis espaldas. No me moví pero puntas afiladas se apoyaron sobre mi cuerpo desde todas partes.

No lo hagas. Es una mujer...

Oí el gemido, un rumor sordo y silencio. Bajé la cabeza. El solamente sonrió.

La vida de los esclavos no vale nada. Y todos aquí lo son.

Vamos a mi barco. Quiero mostrarte algo.

nstintivamente miré
us pies. El adivinó
esto pues sonrió sal-
vajemente.
Sí. No tengo pies. No tengo piernas. Nací a medias apenas y fui la vergüenza y el horror de mi corpulento padre. Pero fui rey a su muerte, con piernas o sin ellas.
Ven a mi barco, Nippur de Lagash. No me hacen falta piernas. Tengo miles. Tengo velas. Tengo ruedas. Tengo montañas de oro.
Ten cuidado, reyezuelo. Si uno de tus innumerables pies tropieza, ¡tal vez no puedas volver a levantarte.
El golpe vino desde mis espaldas. Alguno de sus guardias debió anticiparse a cualquier deseo de su amo ante mi insulto.
¡Ayy!
Por Samás... Mi cabeza...
¡Pero... ¿Dónde estoy? ¿Enjaulado?
Así es, Nippur. Enjaulado como un perro. Es una celda pequeña. No puedes ponerte de pie en ella. Cuando lo hagas tu espalda estará curvada como la luna menor. No me agradan las espaldas muy derechas.
Pero antes sal un poco. Tus palabras de la playa fueron muy fuertes para mis oídos. Hace mucho tiempo que nadie se atreve a decirme algo así. Casi hasta es emocionante oír una amenaza. Un rey sólo oye palabras hechas de plumas.
Tú me has hecho oír palabras de bronce. Creo que tú eres de bronce.
Salí de la jaula y me estiré haciendo crujir mis coyunturas. El me contemplaba con el rostro sombrío.
Eres uno de los hombres más altos que he visto y tus músculos son enormes. Tienes manos de piedra.

A mí me hubiera gustado ser como tú. Me hubiera gustado poder cabalgar o montar un carro de guerra. Me hubiera gustado correr por las montañas o nadar en las aguas del mar.

Y mírame. Apenas soy medio hombre aunque esa horda de cortesanos estúpidos me llamen dios y me comparen con Samás, el radiante. En cierto modo sus alabanzas a veces me suenan a burla...

Y sin embargo hombres fuertes y musculosos me obedecen y como antes te dije mis pies se multiplican y soy el más fuerte. Es irónico, ¿no crees?

No es irónico. Es muy común. El oro es un vino que puede elevar a un asno pero que también puede convertir a un hombre en un cerdo.

Hablas de tus piernas, ¿verdad? Conocí no hace mucho a un rey que era ciego, que no tenía riquezas y cuyo reino era un desierto. Lo he visto con el rostro vuelto hacia sus arenales soñando con cosas buenas para el hombre, con cosas que lo elevaran. Ese hombre ciego tenía más ojos que nosotros.

En cuanto a ti... tienes menos piernas que una víbora. Y menos alma también.

¿Pretendes calmar tu alma con el lloriqueo por tus piernas que no existen? ¿Pretendes con eso justificarte, miserable?

Sólo te diré que, ¡ay de ti cuando los dioses presenten sus tablillas y tengas que responder ante ellos por tus infamias! ¡Ay de tí, hombre corrompido!

¡Cállate!

¡Ay de tí, rey indigno! ¡Ay de tí porque entonces toda la sangre vertida por tus innumerables manos convergerá sobre ti como un torrente y serás ahogado por ella!

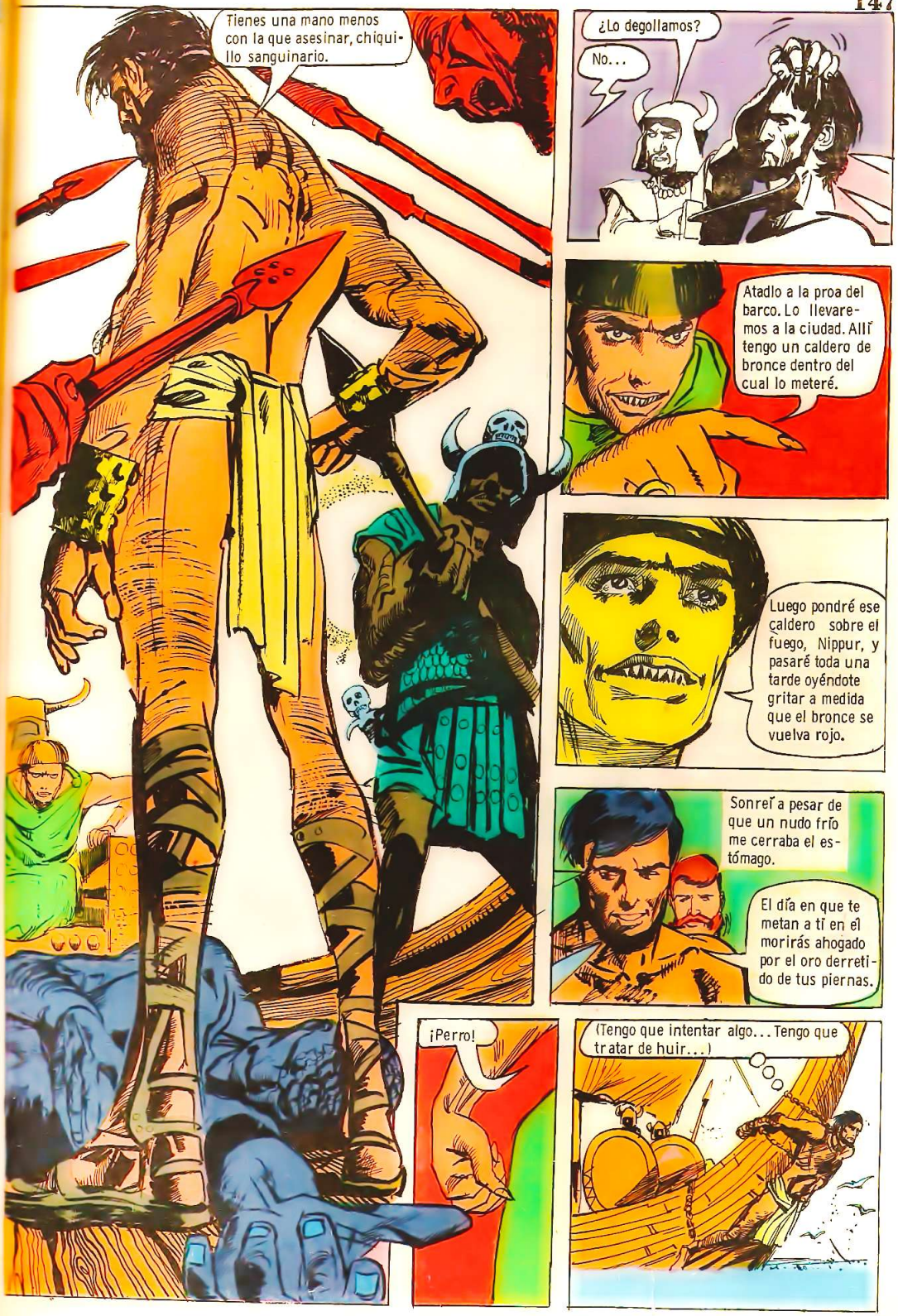
¡No! ¡No! ¡Mátalo, Bruminam! ¡Mátalo! ¡No quiero oír más! ¡Mátalo!

Perro sumerio, te lo has buscado...

Era mucho el tiempo en que se había convertido en verdugo y que había dejado de ser un guerrero. Olvidó que todo lo que se quiere matar no siempre es oveja...

Pero...

¡Ahhh!


Tienes una mano menos con la que asesinar, chiquillo sanguinario.
¿Lo degollamos?
No...
Atadlo a la proa del barco. Lo llevaremos a la ciudad. Allí tengo un caldero de bronce dentro del cual lo meteré.
Luego pondré ese caldero sobre el fuego, Nippur, y pasaré toda una tarde oyéndote gritar a medida que el bronce se vuelva rojo.
Sonreí a pesar de que un nudo frío me cerraba el estómago.
El día en que te metan a tí en el morirás ahogado por el oro derretido de tus piernas.
¡Perro!
(Tengo que intentar algo... Tengo que tratar de huir...)

(Pero... ¿Cómo? Estos guardias son cazadores de hombres veteranos. No los podré engañar... Tal vez...)

Soldado, dame agua...

Me miraron desde lejos, sombríos; ausentes, con ojos callados sin odio y sin vida.
Bebe el viento, sumerio.

Dadme de comer... Tengo hambre...

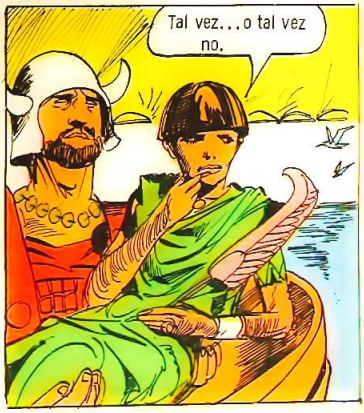
Come el viento, sumerio.

(Maldición... No se acercarán a mí más que para hacerme desembarcar.)

Una risita me hizo alzar la cabeza. El estaba allí.
Es inútil, Nippur. Nada conseguirás. Nadie te dará oportunidad de huir. Solamente serás libre cuando el caldero esté al rojo vivo.

Estarás muerto y para mí importarás menos que un guijarro arrancado de mi camino.

Un día arrancarás un guijarro que provocará una avalancha y serás sepultado por ello. Tal vez lo hayas arrancado y la avalancha se esté hinchando sobre tu cabeza.


Tal vez... o tal vez no.

Quedé solo con mis etaduras y la noche, tiritando de frío, azotado por el viento y sintiendo la sal crujir sobre mi piel. Creo que tenía miedo.

Mañana llegaremos a su ciudad...)

(Mañana...)

Allá está Trimas. Reluce como un puñado de guijarros blancos...

O de huesos esparcidos.

¿Qué quieres decir?

Pienso en Atarathon.

Atarathon...

(Hay muchos guerreros en el muelle... y todos con armaduras y lanzas. Hay algo raro en el aire...)

...n jefe de larga barba blanca se acercó ...l rey. Tenía los ojos sombríos y a sus espaldas ...e amontonaban los guardias.

Señor... Pastores y caminantes han traído historias terroríficas aquí...

¿Qué historias, Atarathon?

Mi hija, señor... ¿Dónde está ella?

No sabía bailar, Atarathon. Me ofendieron sus pies torpes...

Entonces... es cierto... No lo pudimos creer... Siempre fui un hombre fiel...

¡Y me has pagado así! ¡Has matado a mi única hija! ¡Perro!

¡No! ¡Espera! ¡Soy...!

¡Ahhh!

¡No...! No... no...

Suelten a los prisioneros del barco y déjenlos ir. En cuanto a los hombres de la guardia, morirán todos. A ellos.

Me acerqué despacio a aquel cuerpo dislocado en el muelle. A mis espaldas oía el choque de bronce y carne y los gritos.

¿Oíste lo que gritó al morir?

No lo entendí muy bien. Dijo algo de guijarro...

La luz del sol arrancó reflejos de luz de los pies de oro tallado y de los charcos de sangre. A mis espaldas los gritos disminuían. El significado de ello me hizo estremecer. Un pedregullo de muerte era el puerto...

FIN

CRÓNICA DESESPERANTE DE JACODEO

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Me encontraba aquel día sentado al borde de un sendero polvoriento, cerca de la zona semihelena y semiegipcia de Rades, donde han cruzado muchas expediciones guerreras sin que ninguna se sintiera tentada de quedarse.

Naturalmente esto era comprensible con sólo echar un vistazo al paisaje árido y polvoriento, sólo alterado aquí y allá por rocas negras y matorrales espinosos.
(¿Quién podría ser tan imbécil como para querer vivir aquí?)
(Claro que cruzando el pequeño brazo de mar está el valle de Infes y dicen que es hermoso y cuajado de viñedos.)
(Tal vez no sería mala idea llegarme hasta él. El vino bueno es raro por aquí... Además nunca faltará una alegre moza que quiera cuidar de este viejo guerrero.)
Me estiré placenteramente al sol. El calor me infundía una alegre pereza y mis pensamientos eran benévolos y huecos.
(Sí. Sería buena idea.)
(De todas maneras esto está muy solitario aquí. Solamente cruzan vagabundos o...)
(...o imbéciles como dije antes.)
No sé si fue la palabra "imbécil" la que convocó a Jacodeo. Sólo sé que no bien mi cerebro la pronunció un rumor llegó a mis oídos.
(¿Y eso?)
(Parece que viniera una carreta cargada de bandejas de bronce por el ruido...)
(Allá aparece algo. ¿Será el buey de la carreta?)

era un buey aunque
tardaría en darme
enta de que la diferen-
e no era muy grande.
e un guerrero muy
o y muy corpulento
rgado de casco, escu-
coraza y demás que
oducía un verdadero
struendo a cada paso.

Hasta que me vio...

¡Eh, tú!

¿Yo?

¡Sí! ¡Tú! ¿Reconoces que Lacodeo es rey de estas tierras?

¿Lacodeo? ¿Quién es Lacodeo?

¡Miserable! ¿Te burlas de mí? ¿Finges ignorar el nombre de Lacodeo, amo y señor de Infes?

Me resultó simpático aquel extraño idiota, transpirando en su agobiante armadura y aún con ganas de discutir por algo de lo cual yo no tenía la menor idea. Le mostré mi pellejo de vino.

Ven, hombre, y tómate un trago. Creo que el sol te...

¡Te burlas! ¡Eso te costará la vida!

Tal vez fuera simpático, pero no podía negar que era un poco alarmante ver esta mole paquidérmica que resonaba como todo un ejército en marcha avanzar sobre mí, espada en mano.

Espera, muchacho... No te enfurezcas...

Pero...

¡Ooufff!

Su caída alzó una nube de polvo como la que provocaría una avalancha. Cuando se disipó lo vi despatarrado y comprendí que el peso de su armadura no lo dejaba levantarse.
Vaya... ¿Qué hago contigo ahora?

Por favor, ayúdame a levantarme. Se me está llenando la armadura de tierra.
Está bien, pero deja tu espada quieta, ¿eh?

Comencé a soltar correas y ganchos hasta que el pobre diablo pudo emerger mal que mal del revoltijo de bronce y cuero, sudando como un caballo.
¡Uuuff! No aguantaba más...

Toma un trago de vino. Mi nombre es Nippur.
Gracias. El mío es Jacodeo.

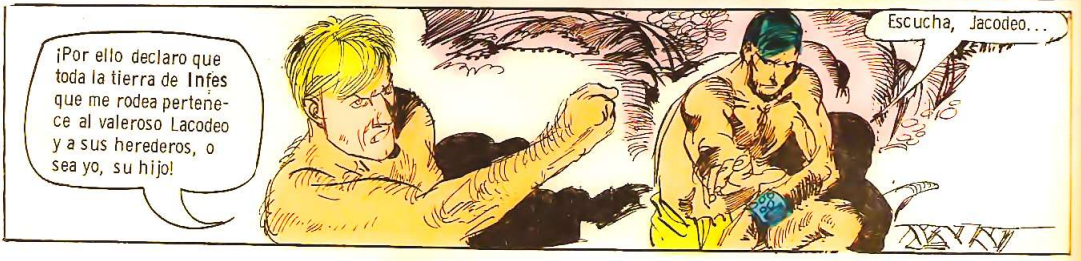
Creí que serías Lacodeo... por toda esa gritería de no sé que reinado.
Lacodeo es mi padre. Rey de Infes. Me irritó que lo negaras.

No lo negué. Simplemente no tengo la más remota idea de lo que hablas. Soy extranjero en esta región.
Entonces lo comprendo y pido disculpas. Creo que mereces una explicación.

"Mi padre, Lacodeo, era un gran militar que intervino en varias expediciones militares, una de las cuales llegó hasta Infes. Como premio a su valor, su jefe le concedió la corona de Infes."

"Mi padre reinó por tres meses en ella hasta que la nostalgia lo hizo volver a nuestro hogar en la Hélade. Para su alegría, yo había nacido en su ausencia y encontró un primogénito. Bebió bastante para festejarlo y se cayó de la azotea y se rompió la cabeza. Claro... estaba muy alto."

Por ello cuando llegué a la mayoría de edad decidí reconquistar su reino para honrar su memoria.


¡Por ello declaro que toda la tierra de Infes que me rodea pertenece al valeroso Lacodeo y a sus herederos, o sea yo, su hijo!
Escucha, Jacodeo...

¿Qué?
Si quieres restituir Infes a tu padre tienes que caminar un poco más. Esto aún no es Infes, sino Rades.

¿Quiere decir que no he llegado aún? Camino desde hace un año, creo.
Le falta poco. Sólo deberás cruzar un estrecho de mar y estarás en Infes.

Nippur, ¿quieres venir conmigo a Infes? Cuando tenga mi corona te nombraré consejero o algo así.
Dioses... Creo que te meterás en un lío espléndido.

Y por ello sería mejor que te acompañe. Eres demasiado amigo de andar a los garrotazos por cualquier motivo. Alguien debe cuidar de ti y creo que tendría un verdadero sentimiento de culpabilidad si te dejo ir solo.

¡Magnífico! ¡Ya verás lo acertado que estás! ¡Te daré tierras, títulos, oro, casas, esclavos...!
Sosiégate o te quedarás sin reino antes de tenerlo.

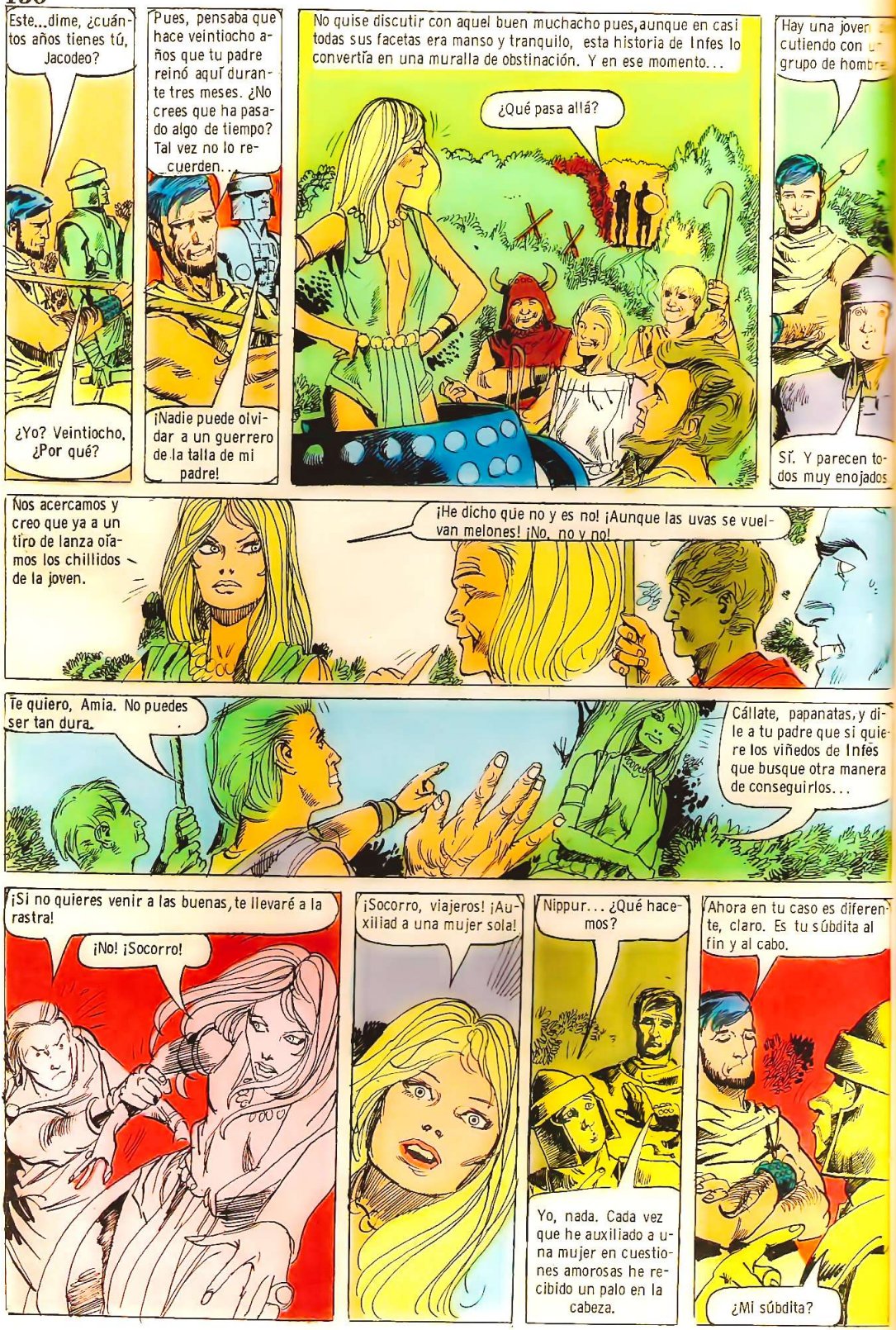
¡Salud!
Los dioses nos protegan...

No quiero aburrir a mi memoria con los innumerables disparates que llevó a cabo aquel increíble y bondadoso tonto tambaleándose por los polvorientos caminos de Rades con su aplastante armadura a cuestas.
¡Maldito seas! ¿Cómo no viste la zanja?
Es que se me había caído la visera del casco.

Y luego, el cruce del estrecho brazo de mar me descubrió que si Jacodeo en tierra firme era un desastre, sobre la cubierta de una nave era todo una catástrofe.
Nippur... me muero... Todo se mueve...
Todo no. Sólo el barco.

Nunca... nunca más volveré a subir a un barco. Jamás.
Serénate y no te caigas. Apóyate en mí.

Muy bien. Estás ya en Infes. ¿Qué harás ahora?
Pues... buscaré al rey actual y reclamaré mi trono.


Este...dime, ¿cuántos años tienes tú, Jacodeo?
¿Yo? Veintiocho. ¿Por qué?
Pues, pensaba que hace veintiocho años que tu padre reinó aquí durante tres meses. ¿No crees que ha pasado algo de tiempo? Tal vez no lo recuerden...
¡Nadie puede olvidar a un guerrero de la talla de mi padre!
No quise discutir con aquel buen muchacho pues, aunque en casi todas sus facetas era manso y tranquilo, esta historia de Infes lo convertía en una muralla de obstinación. Y en ese momento...
¿Qué pasa allá?
Hay una joven [illegible] cutiendo con u[illegible] grupo de hombre[illegible]
Sí. Y parecen todos muy enojados
Nos acercamos y creo que ya a un tiro de lanza oíamos los chillidos de la joven.
¡He dicho que no y es no! ¡Aunque las uvas se vuelvan melones! ¡No, no y no!
Te quiero, Amia. No puedes ser tan dura.
Cállate, papanatas, y dile a tu padre que si quiere los viñedos de Infes que busque otra manera de conseguirlos...
¡Si no quieres venir a las buenas, te llevaré a la rastra!
¡No! ¡Socorro!
¡Socorro, viajeros! ¡Auxiliad a una mujer sola!
Nippur... ¿Qué hacemos?
Yo, nada. Cada vez que he auxiliado a una mujer en cuestiones amorosas he recibido un palo en la cabeza.
Ahora en tu caso es diferente, claro. Es tu súbdita al fin y al cabo.
¿Mi súbdita?

...o. Dado que recla... la corona de Infes ...es también autori... ...y deber de protección ...tos sus pobladores.

Hummm.

¡Por los dioses que tienes razón! ¡Y esos bellacos se atreven a atacar a una de mis vasallas! ¡Los haré pedazos!

Veo que comienzas bien.

Con mi pellejo de vino sobre las rodillas me senté cómodamente para disfrutar del espectáculo.

(Creo que esto puede llegar a ser divertido si lo contemplamos con buen humor.)

¡Alto allí! ¡Dejad en paz a esa mujer en nombre de Lacodeo, rey de Infes!

¿Lacodeo, rey de Infes? Jamás hemos oído de él.

Ya dije que este asunto del reinado era el único punto débil del buen Jacodeo. Yo lo sabía pero aquellos pobres diablos lo ignoraban y no podían prever su reacción.

¡Ah! ¿Te atreves a negarlo, miserable?

¡Espera! ¡No quisimos ofenderte! Yo...

...uentas cosas se... ...ían fáciles de solu... ...onar si la gente ...e detuviera a ha... ...blar un momento ...en lugar de comen... ...zar a los espadazos.

¡No corráis, miserables! ¡Os rajaré las entrañas!

Noble señor... No sé cómo agradecerte... Eres gentil...

Nada me debes, muchacha. Solamente cumplí con mi deber. ¿Quiénes son estos viles?

Son hermanos, hijos de un tal Harmahn, dueño de muchas tierras a quien le agradaría conseguir las tierras de Infes para él, casándome con uno de sus estúpidos hijos.

Más tarde, Jacodeo insistió en montar guardia como todos las noches lo había hecho cumpliendo con sus enseñanzas militares que en realidad me parecían un poco excesivas.

...an resultó ser un ...pático vejete,con u... sospechosa nariz ro... un tufillo a vino ...etor. Nos recibió en... ...tado y al oír a Jaco... se mostró loco de ...tento.

¡Claro que recuerdo a tu padre! ¿Qué se ha hecho del bellaco?

Se cayó de la azotea de casa.

Ah. Me lo temía. Siempre se caía por todas partes y yo tenía que levantarlo.

Ah. Ya veo. Es un mal de familia.

Mi padre era rey aquí.

Claro que sí. Vinimos juntos con las tropas de Hierodantes y la conquistamos. Luego tu padre se la ganó a Hierodantes jugando a la taba.

Mi padre recibió la corona como premio a sus hazañas..., dijo él.

No sé qué hazañas... El rey de Infes acababa de morir de viejo cuando llegamos, así que no hubo nadie con quien pelear excepto un perro bravo que nos mordió en los pies cuando quisimos entrar en la casa. Por suerte teníamos algunos huesos.

¿Y luego?

Tu padre perdió la corona jugando a la taba conmigo. De todas maneras estaba harto y quería volver. Yo era soltero y me quedé.

Mi padre no lo contó así exactamente...

No me extraña. Cuando tu padre tenía vino cerca se ponía algo fantástico. Por suerte se cayó rápido de la azotea, de lo contrario estarías ahora reclamando el trono de Egipto.

Entonces... he hecho el viaje inútilmente. Tendré que volver a la Hélade... Eso es... me reintegraré al ejército y buscaré una muerte gloriosa.

Dime, Nippur. ¿Anda bien de la cabeza este muchacho?

Sí, lo que ocurre es que se ha caído muchas veces. Además tiene una manía con este viejo asunto del heroísmo.

¡Señor! ¡Señor! ¡Los hijos de Harmahn están aquí! ¡Y vienen con espadas a desafiarte! ¡Gritan que no mereces el trono o algo por el estilo!

¿Otra vez? ¿Y a la hora de la comida?

Señor, tengo una deuda de honor por mis imprudentes declaraciones y deseo enfrentar a estos atrevidos como prueba de mi arrepentimiento.
Sí quieres... Yo jamás les presto mucha atención. Generalmente esperan afuera y a veces se insolan.

¡Allí voy!

Oh, padre... Se va a ir. Yo... no quiero que se vaya... Me moriría.
¿Eh? ¿Conque esas tenemos?

Estuve pensando que no te vendría mal tener un yerno corpulento y bravío que te llene de nietos...
Humm. No es mala idea. Además se podrá encargar del trabajo.

Pero, ¿cómo convencerlo? Parece un joven terco.
Sí... pero tiene un punto débil.

Y mientras tanto afuera...
¡Ay!

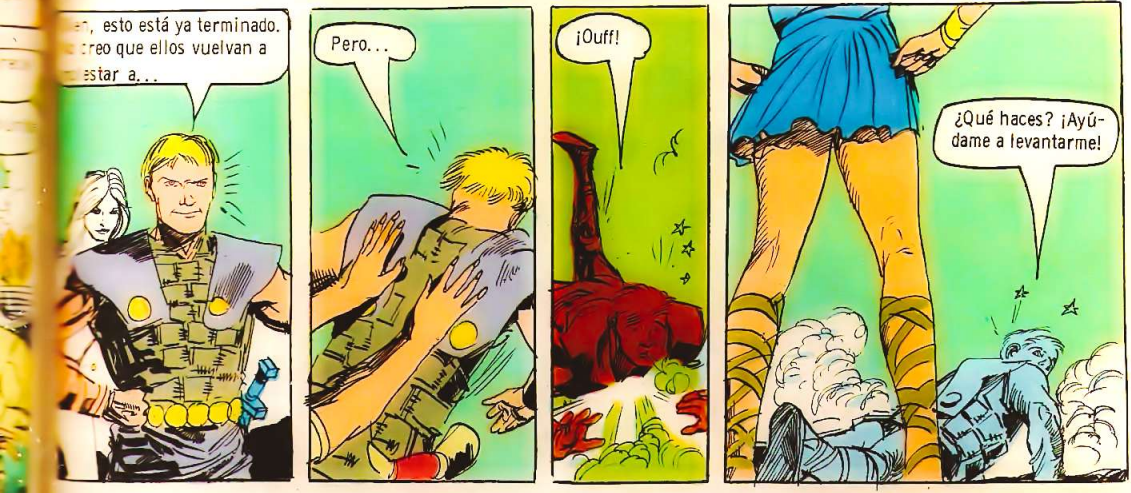
¡Esto en nombre de mi padre Lacodeo!
¡Ay!

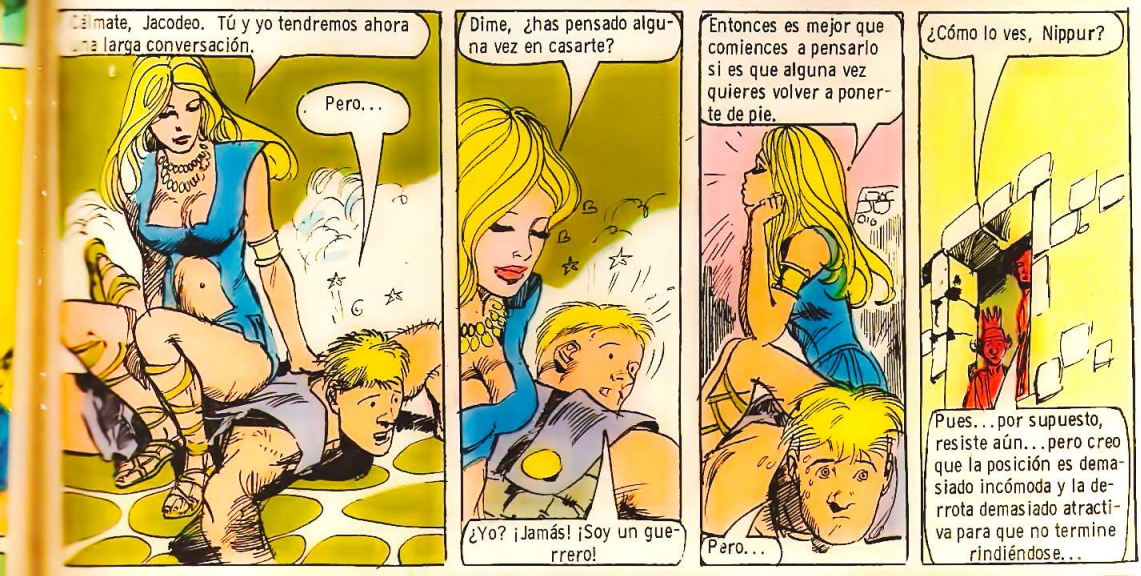
¡Espera! ¡No me pegues! ¡Tú tienes razón! ¡Como dijiste antes, Lacodeo es rey!
¡Ah! ¿Te burlas?

¡Toma! ¡Lacodeo no es rey! ¡Cierra tu boca!
¡Ahh!

No entiendo... Si dices que no es rey te apalea... Si dices que sí lo es... te pega igual...

¡Y que no vuelva a saber que aparecéis por aquí otra vez! ¡Afuera!


...n, esto está ya terminado. ...creo que ellos vuelvan a ...estar a...
Pero...
¡Ouff!
¿Qué haces? ¡Ayúdame a levantarme!


...Cálmate, Jacodeo. Tú y yo tendremos ahora una larga conversación.
Pero...
Dime, ¿has pensado alguna vez en casarte?
¿Yo? ¡Jamás! ¡Soy un guerrero!
Entonces es mejor que comiences a pensarlo si es que alguna vez quieres volver a ponerte de pie.
Pero...
¿Cómo lo ves, Nippur?
Pues...por supuesto, resiste aún...pero creo que la posición es demasiado incómoda y la derrota demasiado atractiva para que no termine rindiéndose...

...Ven. Tengo seis ...diferentes de vinos ...mis bodegas. Aprovechemos ahora que estos ...cados jóvenes no ...molestan.
¡Buena idea!
Fin

NIPPUR de LAGASH

Por ROBIN WOOD

EL HOMBRE NECESARIO PARA LARSA

Entré en la ciudad de Larsa por la puerta que todos llaman Puerta del Garfio, ya que allí son colgados los delincuentes ejecutados en el día. Es una puerta oliente siempre a carne muerta y donde vive una perpetua bandada de buitres.

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

6418

Aquel día eran tres los cuerpos...

(Vaya... La justicia de Larsa es activa.)

Y además hay algo que me sorprende. Esos muertos no parecen gente de baja condición. Sus ropas son finas...)

(Y uno es una mujer...)

Dime, viejo, ¿qué ha pasado aquí? ¿Quiénes son esos muertos?

Nada sé, extranjero. Nada he visto. Nada he...

Tengo un pellejo lleno de vino. ¿Querrías un poco?

¡Los dioses te bendigan! ¿Qué quieres saber?

Nada más que lo dicho. ¿Quiénes son los muertos?

Miembros de la familia del muerto patesi de Larsa. Su última sangre, excepto el joven Gugalanna, que aún vive prisionero en un ziggurat.

Sigo igual que antes en mi ignorancia.

Verás. En Larsa era patesi, era rey, el viejo Tal-Es-Mar, que lo fue por muchos tiempos. Nos dirigió en todas nuestras guerras y siempre fue bastante tolerante con los impuestos.

Tuvo hijos y nietos y también un sobrino llamado Enki, hijo de una hermana que se casó y murió en tierra de los hititas. De ellos aprendió Enki el uso de las armas y de allá trajo amigos.

Cuando el viejo Tal-Es-Mar comprendió que la hora del largo sueño llegaba reunió a los importantes del pueblo en un consejo y dejó como heredero a su nieto Gugalanna, joven de mente limpia y cuyo nombre fue recibido con beneplácito.

Pero el viejo cometió un error. Dio el dominio de la guardia a Enki, quien la llenó de hititas afectos a él, la moldeó a su gusto y la tuvo alerta como un perro de caza esperando su oportunidad.

Esta llegó con la muerte de Tal-Es-Mar. El viejo murió de viejo durante una comida pero Enki bramó que había sido envenenado y lanzó a sus hombres sobre la ciudad.

Casi toda la gente del patesi fue encerrada y esta mañana fueron decapitados y colgados. Son esos que ves allí.
¿Y el joven Gugalanna?
No se han atrevido a tocarlo pero ya verás cómo de un momento a otro nos llega la noticia de su suicidio. Ya verás.
Hablas mucho, viejo.
Y tú preguntas mucho, forastero.
Se nos habían acercado despacio, con sigilo de mal agüero. No eran sumerios. Sus corvas narices, sus cogotes de toro, sus bocas crueles y sus polainas de cuero revelaban su origen. Hititas.
¿Por qué quieres saber tanto, forastero?
No me gustan los hititas. No me gusta su pesado orgullo de espadas y escudos.
El preguntar mucho lleva a la sabiduría, hitita.
O a la muerte.
A veces no hay que apresurarse, hitita. No todos son ovejas en los campos. Alguna vez puedes hallar al lobo entre ellas.
SHHASYH!
Le di la espalda con un alarde estúpido y echándome el pellejo de vino al hombro comencé a alejarme hacia el interior de la ciudad...
Pero...
¡Cuidado, forastero!
Giré sobre mis talones y golpeé con el pellejo de vino la cara del hitita. Vi su espada brillar...
¡Ahhh!
SOCK
HUGH!

Pagarás con tu vida esto, vagabundo.
SHAAACK

Muéstrame cómo lo harás. Los buitres se han hartado de picotear los cadáveres de los que han pronunciado tus palabras. Ven. Acércate.

Avanzaron sobre mí cautelosos y amenazantes. Desenvainé los cuchillos que llevaba en mis polainas y los esperé encorvado. Vi al viejo arrastrarse buscando el pellejo de vino.

Y entonces atacaron...

¡Ahhhh!

¡Quieto!

¡Ahhhhh!

Mataste a Lekharion... Perro...

¡Socorro! ¡Aquí, la guardia!

Vaya. Creo que debe tener las piernas más fuertes de todo el país de Hatti.

Ven conmigo, forastero. Antes de pocos momentos esto hervirá de guardias y no vale la pena que los esperemos. El vino no es suficiente para todos.

Sígueme...

¿Adónde me llevas? No puedo ni ver mis manos.
No protestes. Si los hititas te capturaran no te dejarían manos para ver ni ojos con qué hacerlo.

Entra aquí...

¿Y esto?

La mujer joven y hermosa que escuchaba a los hombres alzó la cabeza y pude ver sus espléndidos ojos verdes. El silencio que provocó mi entrada fue roto por su voz.
¿Quién eres?

Tal vez un hombre de Enki. Tal vez debamos...
Quietas las armas, Enamatum. Primero hablaremos.

El viejo entró tras de mí y rió al oírla.
Haces bien en sujetar al buen Enamatum, señora, de lo contrario creo que tendríamos que recogerlo en tiras del suelo.

¿Qué quieres decir?
Este forastero debe haber crecido entre hombres de armas pues acaba de luchar contra dos hititas a uno de los cuales abrió de pies a cabeza como una oveja.

Lo traje aquí pues será buscado como una fiera en toda la ciudad. Y tú necesitas hombres que sepan pelear de verdad.

Echó un vistazo insolente al perfumado jovencito que respondía al nombre de Enamatum.
Hombres de verdad que peleen con puños y espadas y no con túnicas a la moda.

Un discreto zumbido de risas le hizo eco y el acicalado joven se sonrojó como una doncella. La mujer también sonrió y me hizo un gesto.
Acércate. Queremos conocerte.

Señora, mi nombre es Nippur y nací en la ciudad de Lagash, la de las blancas murallas y aparte de eso no tengo mucho más que contar.

Te burlas de nosotros, Nippur, si crees que no hemos oído hablar de ti. Y creo que tu presencia es providencial así como tu choque con los hititas. ¿Tú puedes ayudarnos?
¿Ayudar a qué? ¿Y cuál es tu nombre, señora?

Me llamo Lusasa, hermana de Gugalanna, de quien tal vez has oído hablar.
He oído, en efecto. ¿Y cuál es la ayuda que solicitas?

Queremos arrojar a los hititas de nuestra ciudad. Queremos terminar con la niebla de miedo que Enki nos ha traído.
Pero no estamos muy seguros de cómo hacerlo.

Y tus leyendas cuentan de tu astucia y tu valor.
¿Y si no los ayudo?

Te daremos un caballo, alimentos y un guía que te acompañe fuera de la ciudad y te ponga a salvo de los hititas, buscaríamos solos la solución.

Mi señora Lusasa, ni todas las cadenas del mundo podrían sujetarme con más fuerza que tu generosidad. Me quedo.

El viejo eructó sonoramente mientras comenzaba a destapar el pellejo de vino.
Esto merece un trago... claro que como vosotros estáis ocupados con importantes asuntos asumiré yo solo esa responsabilidad.

Estuve oculto en el sótano dos días hasta que en el sigilo de una noche fui trasladado a...
Esta es mi casa, Nippur. Aquí quedarás hasta que todo concluya.
Como tú digas.

Hace mucho que vagas por los caminos, ¿no es así, Nippur?
Muchos años, sí. Desde que Lagash fue ocupada por Lugal-Zaggizi.

¿Y qué se hizo de tu amigo, el gigante de Elam? Ur-El creo que se llamaba.
Se casó con la reina de la tierra de Merem, cerca del mar, y quedó allí. Era un hombre magnífico que necesitaba vivir para algo y a quien los caminos secaban el alma.

¿Y tú, Nippur? ¿No has pensado nunca en dejar los caminos? ¿En buscar una mujer y casarte?
¿Hmmm?

Era una pregunta tan impertinente y al mismo tiempo tan delicada que me llené la boca de carne mientras trataba de encontrar alguna respuesta justa. Y en ese momento...
¿Qué son esos gritos?

El joven Enamatum entró como un torbellino en la sala con su elegante túnica en desorden y su rostro joven y delicado, purpúreo de cólera.
¡Lo que sospechaba! ¡El aventurero en tu casa! ¡Contigo!

Las mujeres son raras. A pesar de su gesto de fastidio, Lusasa me dio la impresión de estar encantada con la escena. Yo, por mi parte, aún tenía la boca llena y no podía ni hablar.
No eres quién para pedirme cuentas de mis actos, Enamatum.

El joven estaba furioso y la espada que sacó era digna de respeto.
¡Tal vez a ti no pero a él sí! ¡Lo voy a partir en dos pedazos!
SHACK

Conseguí tragar todo lo que tenía en la boca y me dirigí al joven con una sonrisa...
Escucha, muchacho...

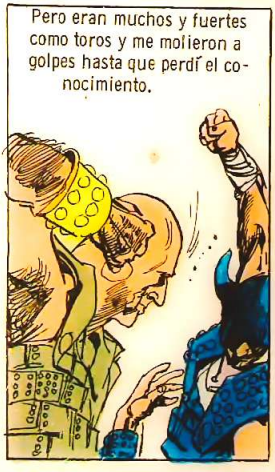
¡Para qué lo habré hecho! Me tiró una lluvia de espadazos que me hicieron saltar como un mono para salvar mi cabeza. Lusasa lanzó chillidos de emoción.
CRACK
¡Espera, maldito seas!

Era lo mismo que gritarle a una piedra. Estaba entusiasmado con la idea de cortarme en trozos y se dedicó a la tarea con todas sus fuerzas.
SWISH
¡Espera, imbécil!

Comprendí que el razonamiento no tenía lugar en ese baile de locos y...
HUGH
SPLASH
¡Basta!

Salieron de todas partes. Vi la luz quebrarse en sus adornos. Manos pesadas llovieron sobre mí...

Le rompí los dientes de una patada para que no creyera que todo era tan fácil...
¡Ahhh!


Pero eran muchos y fuertes como toros y me molieron a golpes hasta que perdí el conocimiento.

Cuando recobré los sentidos me encontré en una gran sala de piedra rodeada de hombres armados y a mi lado vi a...
¿Tú?
Sí. Entraron a mi casa rompiendo las puertas y me trajeron aquí. Estoy llena de moretones.

Alguien nos traicionó...
Pero... ¿Quién...?

Nos miramos en silencio y la vi palidecer...
No... No puedo creerlo... Enamatum es honesto...
¿Quién, entonces, sino él?

Un par de sandalias retumbaron frente a mí y alcé la cabeza. Me imaginé que aquel corpulento joven de cara astuta era Enki.
¿Así que tú eres el que mató a uno de mis hombres?
Solamente tuve el mismo deseo que él con mayor habilidad.

Tienes una boca fácil. ¿Quién eres?
¿No te lo ha dicho el delator? ¿El que me traicionó?

Se rió sonoramente y sentí que se sentía muy satisfecho de sí mismo.
¿Delator? Nadie te ha delatado, hombre. Desde que supe que había alguien que mató a uno de mis oficiales, coloqué espías alrededor de todos aquellos que sé que conspiran contra mí. Y así vi cuando en la noche fuiste a casa de Lusasa.

¿Y ahora?
Necesitaba un motivo para eliminar a los últimos enemigos que me quedaban. Tú me has dado la oportunidad. Incluso Gugalanna caerá y ya nada nublará mi poder. Seré la voz y el corazón de Larsa.

En ese momento una voz alegre chilló desde la puerta.
¡Enki! ¡Amigo querido! ¿Cómo estás?

¿Tú por aquí, Enamatum? Me sorprendes.
¡Bah! Olvidemos los viejos rencores, querido amigo. Lo he meditado un poco y creo que mi conducta ha sido un poco infantil contigo...
Bueno... me alegro que pienses así...
Mira, te he traído un regalo incluso. Un ánfora de...
Pero...
Lo que siguió fue veloz. Olí aceite antes de comprender muy bien lo que ocurría. Un líquido negro y hediente se derramó por el suelo. Vi a Enamatum arrebatar una antorcha de la pared y aullar...
¡Este es mi presente, asesino!
El aceite estalló y las llamas volaron hasta el techo. Oí gritos y burbujeos. Empujé a Lusasa.
¡Huye de aquí! ¡Corre!
¡Toma, Nippur!
¡Gracias! ¡Retrocede también hacia la puerta! ¡Rápido!
La confusión era espantosa y el aceite estallaba lanzando chispas y gotas ardientes más terribles que lanzas. Negros como demonios, con las ropas quemadas, retrocedimos protegiendo a Lusasa.
¡No escaparán!
Déjamelo, Nippur. Es mío.
Es tuyo, Enamatum.
¿Así que te atreves a medirte conmigo, alfeñique perfumado?
No hace falta oler a cerdo para ser hombre.
¡Pues ahora olerás a sangre!

Las espadas estallaron como truenos, entrechocando. Enki estaba loco de rabia pero en los brazos de Enamatum debían haber tendones de acero...

Por ello cuando se detuvo para darse un respiro sus ojos habían perdido la luz de desprecio y estaban inseguros y alertas.
Eres duro. No lo creí...

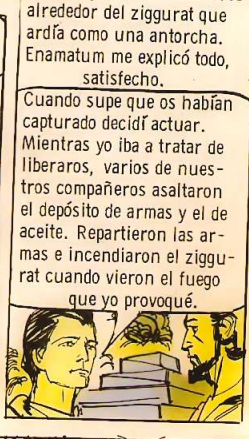
¡Ahora verás lo duro que soy!

El ataque de Enamatum fue terrible y sus golpes hicieron tambalear a Enki, hiriéndolo por todas partes...

...lo acorraló contra el fuego que vomitaba calor y olor a carne quemada y...
¡No! ¡No! ¡Espera...! ¡Podemos compartir...!

¡Ahhh!

Nada tienes para compartir como no sea tu fuego y tu muerte vil, Enki.


En el exterior hallé un gran revuelo y muchos cadáveres alrededor del ziggurat que ardía como una antorcha. Enamatum me explicó todo, satisfecho.
Cuando supe que os habían capturado decidí actuar. Mientras yo iba a tratar de liberaros, varios de nuestros compañeros asaltaron el depósito de armas y el de aceite. Repartieron las armas e incendiaron el ziggurat cuando vieron el fuego que yo provoqué.

Los guardias que vinieron fueron todos emboscados y no fue difícil eliminarlos estando todos dispersos. También liberaron a Gugalanna y a los otros prisioneros.

Enamatum, sólo te diré que tu gente estaba equivocada al creer que necesitaban alguien de afuera. Contigo bastaba.
Gracias, Nippur. Conservaré tu elogio como la joya más valiosa.

¡Enamatum! ¡Estoy sorprendida por tu conducta! ¡Por tu culpa me he arruinado mi mejor vestido y tengo el cabello lleno de quemaduras!
Pero...
–Yo lo hice para...
¡No quiero oír más tu nombre! ¡Jamás...!
¡Oh, Nippur! ¿Qué haré? Nada de lo que hago le parece bien. Hace ya cinco años que vivo para ella y mira cómo me trata...
Este... escúchame, Enamatum.
Yo soy un poco más viejo que tú y me gustaría darte un consejo. ¿Quieres que ella cambie su conducta contigo?
¡Claro que quiero!
Recogí un grueso palo del suelo y se lo di. Miró el palo y me miró a mí...
¿Tú crees...?
Te sorprenderá ver los resultados.
Volvió a mirar el palo y lo sopesó. Luego miró calculadoramente hacia Lususa que se alejaba. Y Entonces gruñó.
¡Ya lo creo! ¡Es una buena idea!
¿Quieres?
Gracias. Eres oportuno.
¡Ah! ¡Excelente!
¡Dame un poco!
¿Cómo va eso?
Pues... creo que Lususa va a tardar mucho tiempo en sentarse. Enamatum sabe poner entusiasmo en lo que hace...
Ah... ¡Hic!
FIN

NIPPUR DE LAGASH

LA FERIA

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Mi nombre es Nippur y con una espada y un morral de carne seca y maíz, recorro los caminos arrapado en la sensualidad del vagabundo que no debe defender ni añorar nada porque nada posee.
Dibujos de L. OLIVERA

Soy un hombre rico en nostalgia, en soledad y en vanidad porque bien saben los dioses cuán soberbios somos los solitarios. Tan soberbios que elevamos altares para admirar nuestra soledad.

¡Eh, tú!

¿Qué quieres?
Llevo tu mismo camino. ¿Me dejas ir contigo?

¿Por qué quieres ir conmigo?
Tienes una espada y muchas cicatrices. Debes ser guerrero. Podrás protegerme si soy atacada.

Eres muy hermosa. ¿No temes que sea yo mismo quien te ataque?
No. Tienes los ojos amargos de aquel que ha perdido sus ilusiones y sus deseos. Para ti las mujeres ya no tienen valor.

Eres extraña.
¿Y tú no?

¿Cómo te llamas?
Ala. Soy hechicera.

¿Y tú?
Nippur. Soy solitario.

Yo no. Yo amo a las gentes y ayudo a que curen sus rebaños y sus hijos. Maldigo a aquellos a quienes detesto y entonces sufren toda clase de tragedias. ¿Y tú?

Soy viejo. He olvidado el odio y el amor. Perdí a mi mejor amigo y perdí a mi más grande amor. Luego mi sangre se secó como una raíz sin agua.
Eres apuesto y tienes los ojos helados. Me gustas...
¿Adónde vas?
A Lagris. Hay feria allá y me darán piezas de plata por leer la buenaventura. Ven conmigo.
¿Por qué
Da lo mis
Allí está la ciudad. Me apasiona ese bullicio.
A mí no. Me recuerda las manadas de cabras de mi país.
Instalaré mi puesto junto a esa columna. Y tú,¿qué harás?
Vagaré un poco.
¿Volverás?
Tal vez.
(Prestidigitadores... Ladr
nes... Perdidos... Lo de siempre...)
¡Eh,tú! ¿No quieres luchar contra el gran Callus?
No...
Eres fuerte y tienes espaldas enormes. Habría apuestas y un gran premio. ¿Te interesa?
No.

Buscaré un puesto donde me den algo de carne y pan...)
Extranjero, ¿quieres comer conmigo?
¿Y quién eres tú? ¿Y por qué tu generosidad?
Me llamo Ilam y estoy buscando a un hombre como tú.
¿Para qué?
Recién te ha detenido Umas, el propietario de los luchadores, ¿verdad?
Así es. ¿Y qué?
Te hablé de un premio, ¿verdad?
Sí.
Ese premio es una esclava. La más hermosa que jamás se vio en Sumeria.
Creo que voy entendiendo.
Tú estás enamorado de ella, ¿verdad?
Pues... pues... sí.
Pero mírame. Soy un montón de huesos y sufro de tos. No puedo luchar por ella.
¿Y quieres que lo haga yo?
Te pagaré bien.
¿Quieres desposarte con esa muchacha?
¿Desposarme? ¡Es sólo una esclava y yo soy un negociante rico! No. Sólo la quiero en mi casa como una sierva más.

No me gusta tu manera de hablar.
Te pagaré bien. Diez piezas de oro si ganas...
Además, ¿acaso sería mejor su suerte si la consigue algún cabrero o algún labriego? En mi casa estará bien y nada le faltará. Soy rico...
Hablas de tu riqueza como el matón de sus músculos.
Déjame pensarlo. Encuéntrame aquí a la hora del oscurecer.
Recuerda. Diez piezas de oro... o quince.
(Estoy curioso por ver a esa esclava que ha conseguido hacer tanto impacto en este imbécil. Iré hasta la tienda del luchador.)
(Debe ser aquélla...)
(Sí. Es bonita... Supongo que un joven quedaría prendado de su preciosa cara de oveja... Y parece muy ocupada mirando algo...)
(Y ese algo parece ser ese hermoso pastor... y menuda cara de tonto tiene él. Debe estar enamorado...)

(Se aleja hacia la tienda...)

...seguí porque ni mis años ni mis experiencias han conseguido curar mi curiosidad...
(Creo que esto es ni más ni menos que...)

(Sí. Una cita de amor.)

Tenemos que tener cuidado, Uri. Umas, mi amo, sospecha que nos seguimos viendo y me ha amenazado con molerme a palos si lo descubre.
Necesitaba verte...

Escucha...,hoy desafiaré al luchador...
¿Otra vez, Uri? La última vez te rompió una pierna y estoy segura de que mi amo le ha dado órdenes de matarte esta vez.

...prefiero que me mate a vivir sin tí.
¡Oh, Uri!

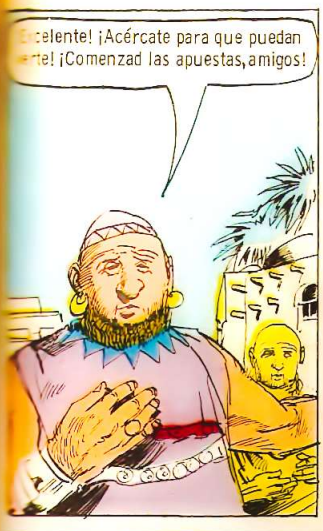
(Oh, jóvenes. Las imbecilidades que se dicen con tanta seriedad deben hacer reír a carcajadas a los dioses...)

(Me agradan los enamorados... Son bellos como flores y tontos como vacas...)

(Me gustaría ayudarlos...)

(¿Y por qué no?)

Hola, amigo.
Bienvenido. Has llegado justo a tiempo para invitarme a comer.
Gruñó porque debía ser avaro, pero la codicia por la muchacha lo acicateaba.
Está bien. Pide lo que quieras.
¿Has decidido pelear por la muchacha?
Pues... Tal vez...
Claro que si gano al luchador me darás veinte piezas de oro.
¿Qué? ¡Estás loco!
No. Cualquier comerciante pagaría cuarenta piezas por la muchacha.
No discutamos. Te daré veinte piezas de oro si ganas al luchador.
Eructé placenteramente y me puse de pie.
Entonces no perdamos el tiempo...
¿Quién lucha con Callus, el hijo de los dioses de las batallas? ¡Mirad el premio! ¡La más hermosa esclava que imaginó el alma de los hombres!
(Hmm. Creo que el joven pastor piensa salir ahora. Es mejor evitarlo...)
Alzó el brazo para llamar la atención del feriante y entonces...
¡Ah!
¡Yo lucho, amigo!


¡Excelente! ¡Acércate para que puedan verte! ¡Comenzad las apuestas, amigos!

Un murmullo de voces se alzó en la multitud y oí comentarios por todas partes...
Es muy pequeño comparado con Callus.
Tal vez, pero mira su espalda y sus manos...

Me recuerda a mi difunto marido. Era así de apuesto.
Pues por lo que yo recuerdo era jorobado.

Es muy apuesto.
¡Vete a casa, Ingahacem! ¡No haces más que mirar hombres!

Desde su asiento de madera, Callus me observaba. Parecía fuerte como un toro e inteligente como un asno.

¿Estás listo?

Me puse de pie. Me sentía contento, fuerte y feliz. Se necesita poco para sentirse bien...
Estoy listo.

Callus se acercó bamboleándose. Parecía grande como un carro y sentí un olor que no me resultó desconocido... "-Aceite. Debe estar todo embadurnado..."

(O sea que no debo intentar agarrarlo...)

¡Callus mata!

Esquivé su acometida y la fuerza de su ataque lo llevó a...
¡Ah!

Callus te matará...
Parecía muy irritado y si su nariz estaba rota como yo suponía no le faltaban motivos para ello.

Entonces hice algo que no se esperó. Ataqué yo...

¡Ah!

¡Oh!

Pero...

¡Ah! ¡Callus mata!

Iba a matarme realmente de manera que me llené la mano de tierra y...
¡Uff!

Callus era demasiado fuerte para ser buen luchador. Si hubiera sido más débil, se hubiera visto obligado a ser más astuto. Todos los guerreros temibles han sido aquellos que tenían espaldas angostas...
¡Ah!

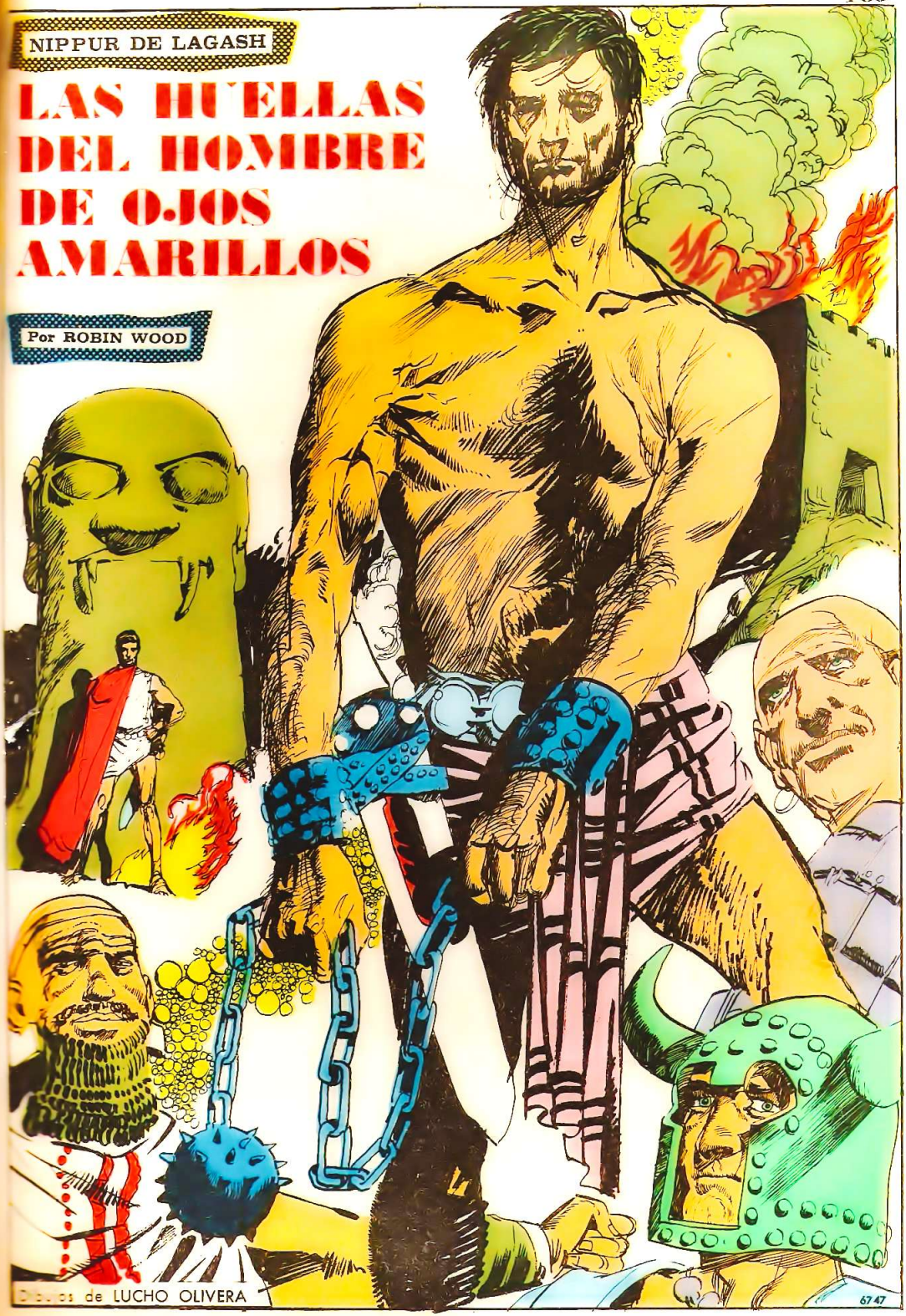
¡Agh!
...No... Yo...
Se ha terminado la lucha, luchador. Descansa.
¡Descansa!
¡Cuff!
Un coro de alaridos y vítores resonó a mi alrededor. El feriante se acercó con la cara descompuesta y la esclava de la mano...
No sé por medio de qué brujerías, pero has ganado.
¡Un momento! ¡Yo también quiero pelear por la esclava!
Otra vez tú, pastor, ¿eh? No ha escarmentado aún con las quince palizas que le dio Callus. ¿Pelearás con él, extranjero?
¿Por qué no?
¿Listo?
¡Toma!
Pero...
No entiendo... Parece desmayado... ¿He... he ganado?
Pues... Pues creo que sí... Si no se levanta...

¡Qué puño tiene este muchacho...! Me declaro vencido... No quiero arriesgar mi vida en otro golpe... Que se lleve a la esclava...
Pero...
¡Uri! ¡Lo has conseguido!
¡Por fin juntos!
¡Maldito seas! ¿Cómo has podido perder ante ese jovenzuelo?
Ha sido el designio de los dioses...
¿Y mis piezas de oro?
¡Vete a los infiernos! ¡No hay esclava y no hay oro!
El trato era que yo tenía que ganar al luchador y gané. No me hagas enojar.
Calma... calma... ¿No creerás que pensé en negarte tu oro? Era una broma...
Hola, hechicera...
Hola, solitario. Temí que no volvieras.
He vuelto. Hoy quiero besarte y acariciar tus manos cerca de las hogueras y quiero que me cantes algo de tu país. No quiero ser solitario hoy.
Me alegro de que hayas vuelto.
Y me alegro de que hoy no quieras ser solitario. No lo serás hoy. Tal vez mañana otra vez...
...pero hoy no.
FIN

NIPPUR DE LAGASH

LAS HUELLAS DEL HOMBRE DE OJOS AMARILLOS

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LUCHO OLIVERA

67 47

(¿Dónde estás? ¿Por qué no te muestras?)
(Ah. Te mueves por fin ¿eh? Espera.)
¡Eres mío!
Coletea cuanto quieras ahora, fantasma del agua. Esta noche serás aroma y delicia de nuestros dientes.
¿Siempre hablas a solas, Nippur?
A veces. Cuando la soledad es muy larga se la mella con monológos. Sé hablar a caballos, a tortugas, a halcones...
¿Y a mujeres?
A pocas. No tengo las palabras pulidas que capturan jovencitas ni las sabias que capturan viejas.

A mí me has capturado.

Claro. Tú eres una hechicera. Has cuidado tanto de tus filtros y tus hierbajos que no has tenido tiempo de conocer hombres y así te has prendado de mí como un asno de la carga que lleva.

A veces tienes sabor a sol en la boca cuando te beso y te dejas adorar con tal naturalidad que pareces un dios. Me gustaría saber de dónde vienes.

¿Para qué? Hasta yo mismo lo he olvidado.

Pasaron dos meses desde que conociera a Ala, la hechicera, y me había dejado sujetar a su red de ternura y cabellos sedosos. Levanté una choza a orillas del mar y vivía como un pescador.

De día nada deseaba mientras arrojaba mis redes al mar o recogía almejas o cazaba en los bosques. El sol me doraba la piel y mi barba crujía de sal.

Era de noche... Empezó en el segundo mes. Sentado junto a la hoguera comencé a soñar... Con la cabeza sobre una mano comencé a soñar... Con una mujer cuya mirada se entristecía comencé a soñar.

Envuelto en mi burda túnica soñé con armaduras brillantes al sol... Entre el olor del pescado friéndose en el aceite soñé con el olor a cuero y grasa de los ejércitos en marcha...

Solo en mi arenal comenzó a aturdirme el estrépito de las legiones en marcha y de los imperios desmoronándose...
(Sargón...)
(Debo ir a Akad. Sargón comenzará su lucha contra Lugga!-Zaggizi y contra Biluma. Necesitará jefes.)
¡¡Ja! ¿Qué dirá cuando me vea con mis ropas de pastor, mi bolsa con comida? Se reirá y dirá: 'Este es mi amigo, el loco que prefiere los caminos polvorientos a los palacios blancos...")
(Sí, iré junto a él. Estoy cansado de vivir como un labriego o un pastor. De pronto siento sed de batallas y de ver ejércitos brillando bajo el sol.)
¿Cuándo te irás?
¿Eh?
No he dicho nada de irme.
No, pero lo estás pensando. Tus pensamientos son tan consistentes como el bronce.
Tal vez haya pensado en irme, Ala, pero si lo hago te llevaré conmigo.
¿De verdad, Nippur?
De verdad. Sabes que no miento.
Pero... ¿Lloras?
Oh, Nippur... Soy tonta... o soy mujer simplemente ... Hace tiempo ya que te veo hincado en la arena soñando con cosas desconocidas para mí y he tenido miedo...

Miedo de perderte... Los hombres no tienen idea del mundo tenebroso de los temores de las mujeres. Es un mundo de sal y de lágrimas escondido y en el cual peregrinamos tanto...
Y yo te amo tanto...
Cálmate. No me hagas sentir culpable de tus lágrimas.
¡Oh, no! Estas son lágrimas de felicidad...
Criatura... ¿Cuando sufres, callas y lloras cuando eres feliz? Qué extraña eres...
Soy una mujer, nada más.
No hay mayor misterio que ése.
Espera...
¿Qué ocurre?
He oído algo que se acerca.
¿Quién va?
Paz. Soy solamente un forastero de paso.
Acércate. No negamos fuego ni comida a nadie.
Benditos sean los dioses.

No me detendré mucho. Sólo quería algo de comer y un sorbo de vino. Pagaré bien.
No me gustó. Tenía una mirada amarilla y sucia y sus ojos eran barrosos al mirar a Ala. Estaba sucio y llevaba armas de guerra.

No necesitas pagar nada. Sírvete.
Gracias, hombre generoso.

Comía como un cerdo, atorándose, atragantándose y untando de grasa su cara. A la se apartó con repugnancia. Luego...
Te doy las gracias... Me voy....

...pero ya que no aceptáis pago, permíteme que obsequie a tu mujer con este pequeño regalo.
Si es tu voluntad...

Te agradezco. Es muy hermoso.
Consérvalo como recuerdo de un caminante agradecido. Adiós.

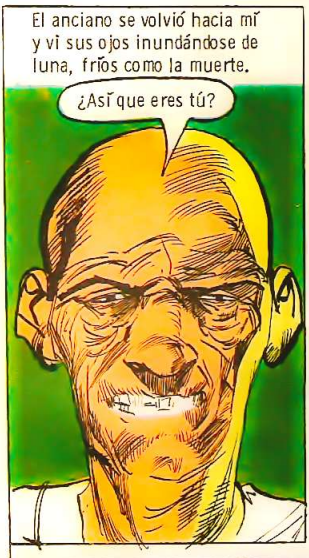
Tal vez lo juzgué mal.
Tal vez...

Y ahora continúa diciéndome esas cosas hermosas...
Nada de ello. Vamos a dormir. Mañana iré a cazar temprano.

(Iré a cazar y luego comenzaré a observar los caminos que deberemos seguir para llegar a Akad. Tal vez consiga...)

...e dormí casi sin ...arme cuenta mien...ras el mar brama...e sobre la arena sa...ando el aire y los ...ientos...
Y abrí los ojos cuando las lanzas se apoyaron en mi cuerpo.
Quieto.
Me enderecé despacio rodeado de aquellos hombres mudos y temibles, quienes parecían fantasmas negros nacidos en la noche.
¿Qué ocurre? ¿Quiénes sois?
¿Eres tú el asesino de mujeres?
No sé de qué me hablas. Soy pescador y vivo aquí con mi mujer.
Revisa la choza, Aruniman.
Sí, padre.
(El asesino de mujeres... Ese hombre de ojos brillantes... y su forma de mirar a Ala...)

¡Padre! ¡Mira! ¡Es una de las joyas de Krina!

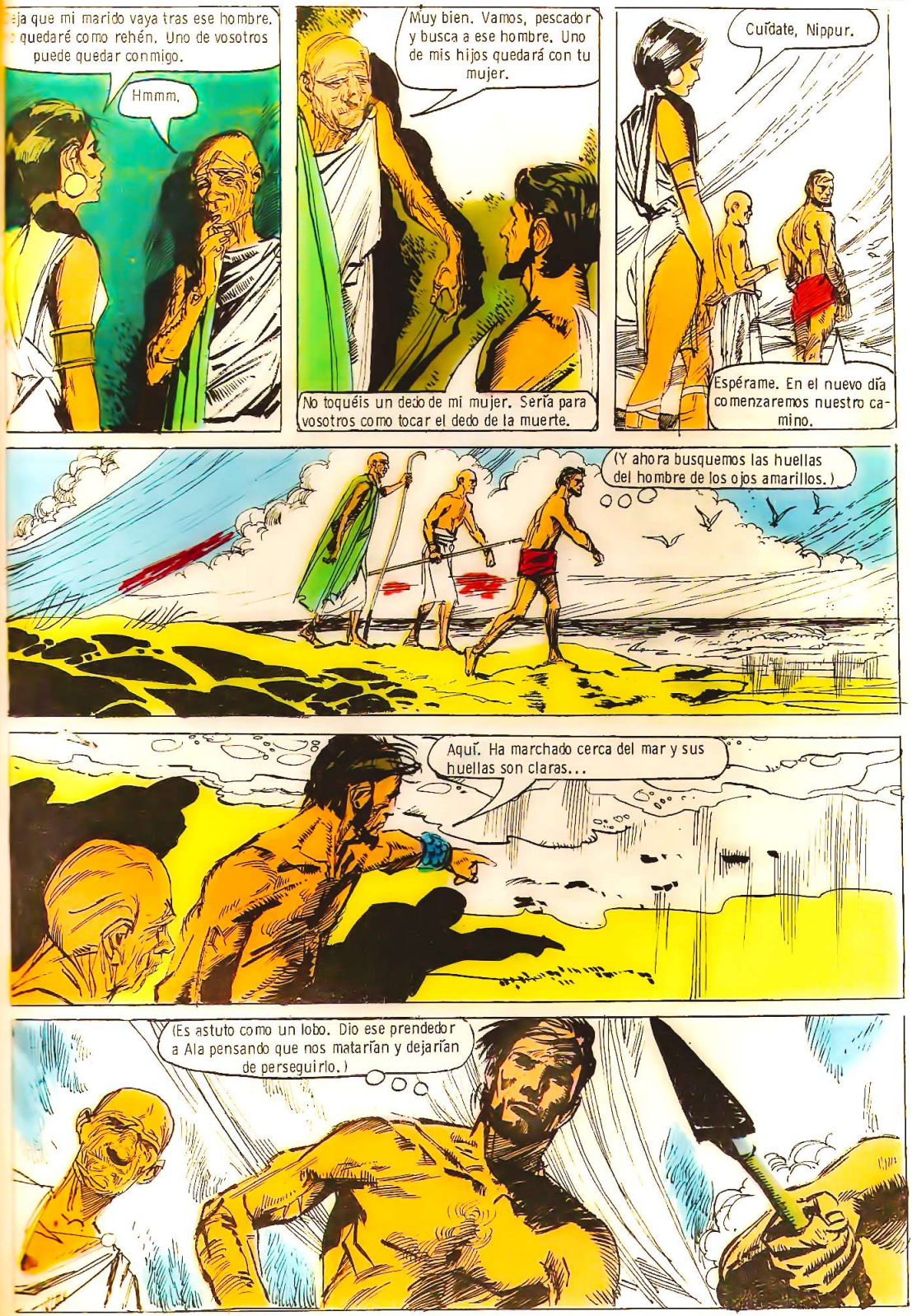

El anciano se volvió hacia mí y vi sus ojos inundándose de luna, fríos como la muerte.
¿Así que eres tú?

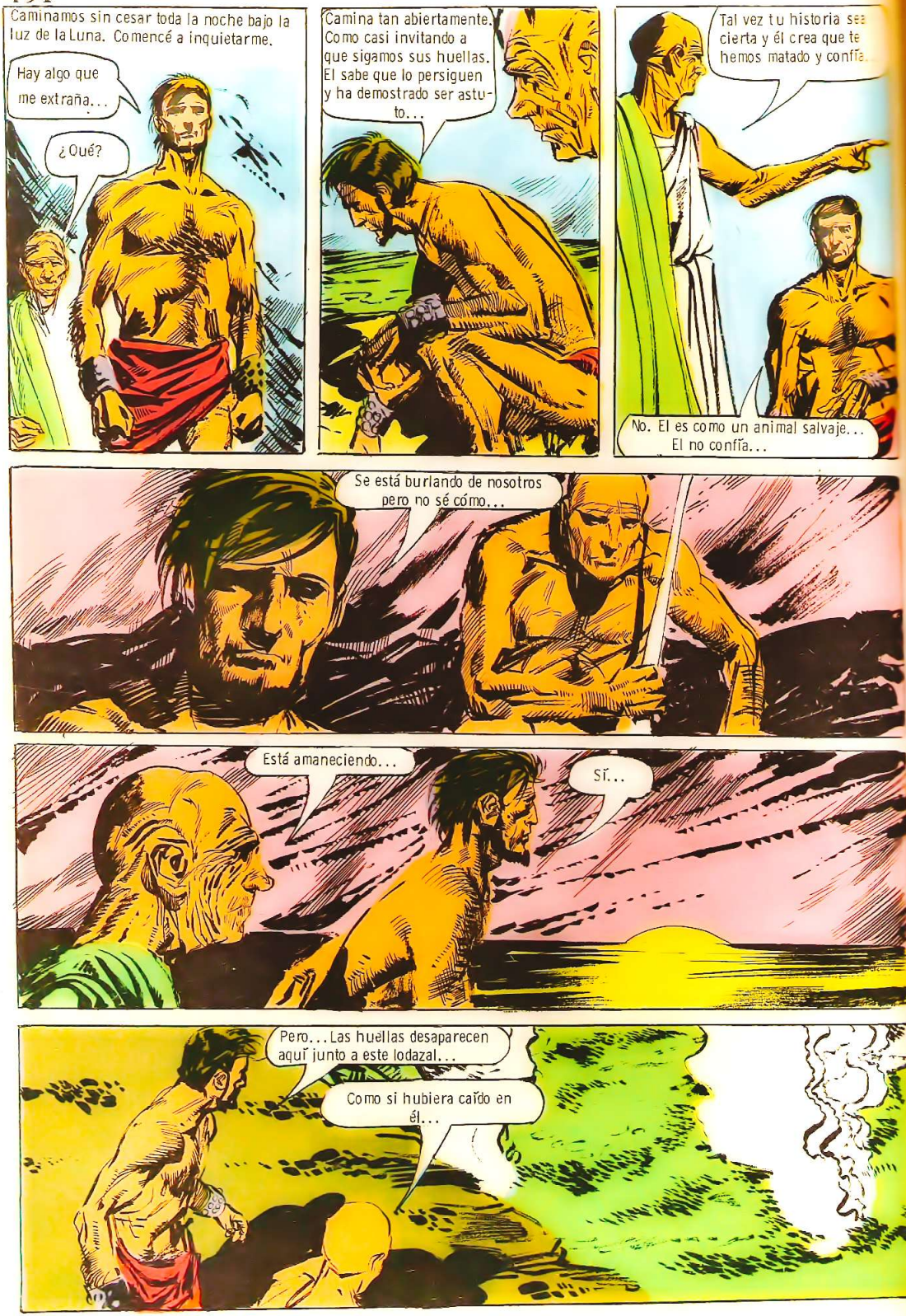
Espera un momento. Esa joya fue obsequiada a mi mujer hoy por un viajero que pasó por aquí. Un hombre de ojos amarillos.

¿Ojos amarillos? Así lo describió el pastor, padre.
Tal vez sea él. Es corpulento y tiene armas de guerra.

¡No seas tonto! ¡Yo no soy el hombre que buscas!
Y si lo eres no creo que me lo dirías. Creo que eres el que buscamos.

Si me dejas en libertad yo te traeré a ese hombre.
O no te volveré a ver. No. Prefiero matarte.


eja que mi marido vaya tras ese hombre. quedaré como rehén. Uno de vosotros puede quedar conmigo.
Hmmm.
Muy bien. Vamos, pescador y busca a ese hombre. Uno de mis hijos quedará con tu mujer.
No toquéis un dedo de mi mujer. Sería para vosotros como tocar el dedo de la muerte.
Cuídate, Nippur.
Espérame. En el nuevo día comenzaremos nuestro camino.
(Y ahora busquemos las huellas del hombre de los ojos amarillos.)
Aquí. Ha marchado cerca del mar y sus huellas son claras...
(Es astuto como un lobo. Dio ese prendedor a Ala pensando que nos matarían y dejarían de perseguirlo.)

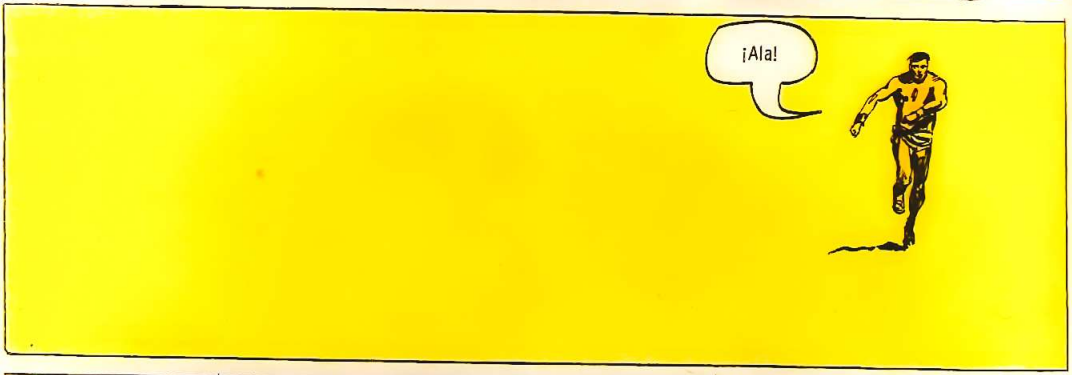

Caminamos sin cesar toda la noche bajo la luz de la Luna. Comencé a inquietarme.
Hay algo que me extraña...
¿Qué?
Camina tan abiertamente. Como casi invitando a que sigamos sus huellas. El sabe que lo persiguen y ha demostrado ser astuto...
Tal vez tu historia sea cierta y él crea que te hemos matado y confía...
No. El es como un animal salvaje... El no confía...
Se está burlando de nosotros pero no sé cómo...
Está amaneciendo...
Sí...
Pero... Las huellas desaparecen aquí junto a este lodazal...
Como si hubiera caído en él...

Si eso ocurrió, nuestra cacería termina aquí...
Sí. No puede haber salido vivo de este pantano.
Espera...
Me incliné junto a las huellas del fugitivo. A su lado estaban marcadas las nuestras. Algo me había llamado la atención...
La profundidad...
¿Por qué las huellas de él son más profundas que las nuestras, si es de nuestro mismo peso y tamaño?
Es verdad... Tal vez...
El pisó dos veces estas huellas... viniendo primero... Luego caminó hacia atrás sobre ellas mismas...
Aquí dejan de ser profundas...
Sí... Aquí saltó hasta esos matorrales...

Y aquí comenzó a correr. Miren lo hundido que están las puntas de sus pies... Corría a toda velocidad hacia...

Hacia el lugar de donde vino...

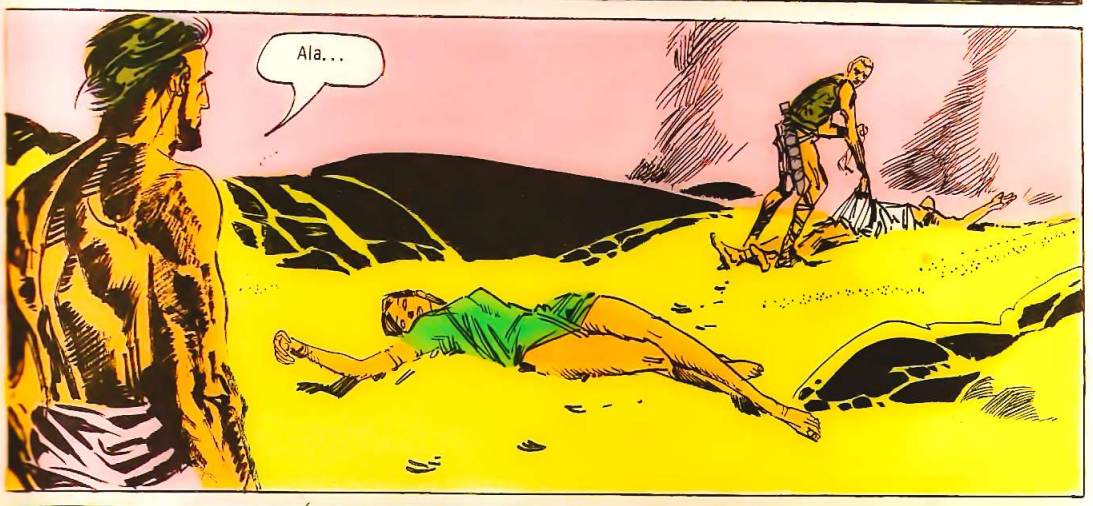
Ala...


¡Ala!

¡Ala!

Corrí sin pensar en nada, olvidado de todo. Corrí sobre la arena húmeda en el amanecer grisáceo y frío...

Corrí... corrí...


Ala...

Ala...

...debió creer que
...nfiados en su
...uerte no volve-
...íamos con rapi-
...ez y estaba sa-
...queando al joven
...uerto. De pron-
...e vio...
¿Tú?

¡No!

No dije nada. No podía hablar. Tenía los ojos llenos de niebla. Caí sobre él como una montaña...
¡Ah...!

Perro...
¡Ahhhh!
Perro...
¡Nooo...!
Perro...
¡Ahhh!
Perro...
Perro...

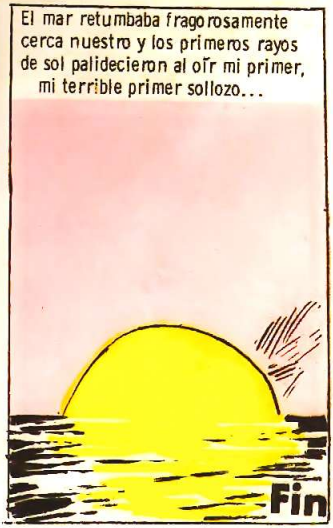
Déjalo, pescador. Está muerto.
Perro...

Ala... Ala, despierta... La pesadilla ha terminado. Despierta... Ríete... Dime algunas de tus pequeñas cosas...

Por favor..., mi pequeña hechicera. Mi niña del mar... ¿No me dices nada?

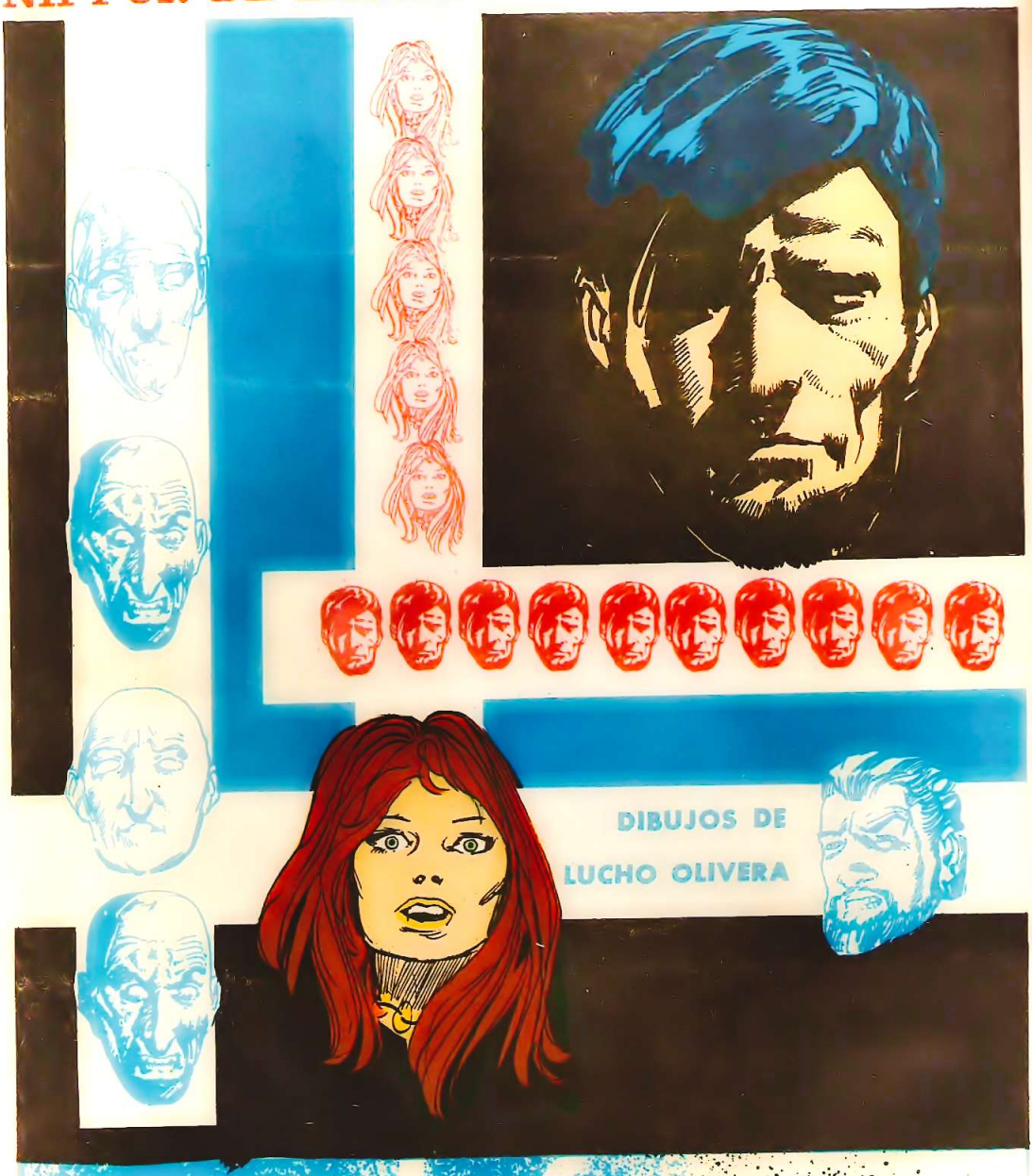
Entonces... ¿Es cierto...?

¿Es cierto que me has dejado?


El mar retumbaba fragorosamente cerca nuestro y los primeros rayos de sol palidecieron al oír mi primer, mi terrible primer sollozo...
Fin

NIPPUR DE LAGASH

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE
LUCHO OLIVERA

MELODÍA DE LA FLAUTA Y EL GUERRERO

Eran tres guerreros enormes, de caras sombrías y severas, que comían en silencio. Vestían placas de cobre sobre sus ropas de piel de lobo y no habían dejado las espadas muy lejos. De vez en cuando alzaban la cabeza y miraban a su alrededor con ojos fríos y atentos...

(Guerreros contratados. Marchan para unirse a algún rey... Tal vez a Sargón... Podría preguntarles...)

(Pero prefiero no hacerlo. Tal vez no vayan a reunirse con Sargón, sino con uno de sus enemigos y eso me pondría en una situación molesta...)

¡Eh, viejo! ¡Trae más vino y más carne!

¿Por qué están todos tan callados? Tal vez no he elegido bien el lugar donde detenerme...)

(Lo mejor será seguir mi camino...)

¡Eh, tú! ¿Adónde vas?

¿A mí me hablas?

A ti, claro que sí. ¿Adónde vas?

Soy hombre libre. Nada me ata a ninguna parte.

No puedes irte ahora de aquí. Este pueblo tiene que dar su tributo viviente a nuestro señor Urumil y hasta entonces nadie deberá salir de él.

Yo no pertenezco a este pueblo. Estoy de paso por él.

No me vengas con razones. Estás aquí y aquí te quedas.

Comencé a sentir que mis sienes se hinchaban de cólera ante ese hombretón lleno de corazas y vacío de razonamientos. Dejé mi morral en el suelo.

Déjame salir.

No.

Déjame salir.

Vuelve a tu lugar y siéntate.

Cerré el puño como una maza y le aplasté la cara con un furioso golpe de pugilato heleno.

¡Ahh!

¡El perro sumerio golpeó a Atti!

¡Acabaremos con él!

Fui imprudente. Había olvidado que también otros hombres son fuertes, violentos y sabios en el arte de golpear.

¡Oughhh!

¡Ahhh!

Creo que me desmayé casi de inmediato. Sólo tuve ante mis ojos una fugaz visión de pies calzados con sandalias y luego todo fue negrura...

Luego ví el rostro de Aix. Yo aún no sabía que era él, con su sonrisa bondadosa y su flauta colgada del cuello.

¿Cómo te sientes, forastero? Te han molido a golpes.

Eso ya lo supongo. Mis huesos me lo dicen. ¿Dónde estoy?

En las fosas de Urumil, el señor de la región. Tú, yo y este grandulón que llori-quea en ese rincón somos los elegidos para el juego.

Sigo sin enterarme de nada. ¿Por qué luché con esos soldados? ¿Por qué no me querían dejar ir? ¿Qué son los juegos?
Veo que es cierto que no sabes nada...

Este es el castillo de Urumil, el señor de las lanzas. Hace un año que es ciego. Los campesinos murmuran que los dioses quemaron sus ojos para castigar su maldad. Vive encadenado a las sombras como un perro enloquecido.

Todos los pueblos deben darle tres hombres una vez al año para sacrificar. Urumil no puede ver pero le agrada oír los gritos de los combatientes. Los hace luchar con campanillas de diferentes sonidos atadas al cuerpo y así adivina el combate con sus oídos.

Tú has sido elegido por haberle roto la nariz al guardia. El grandulón este por tener una esposa muy bonita a la que quieren ver viuda.

¿Y tú?

Suavemente sopló tres acordes de cristal con su flauta...
¿Yo? Porque mi flauta pesca a las mujeres como peces de plata con su música. Porque me río de esos hombres olientes a sudor y grasa. Porque soy libre.

¿Cuándo será?
Un día de estos. Cuando Urumil lo desee.

¿Te someterás a esto?
Claro que no. Ya he revisado la fosa y aquí no podemos hacer nada. Las paredes son de piedra y no tenemos con qué cavar.

Sólo nos queda estar alertas...
Sí...

¿Contra quiénes luchan generalmente los prisioneros?
Depende del humor de Urumil... A veces los hace combatir contra sus guardias... Otras, entre ellos mismos.

Nos miramos un momento en silencio. La flauta de Aix volvió a sonar suavemente.

Tres días después la puerta se abrió de pronto y un torrente de luz penetró mezclado con una voz estentórea.

¡Afuera vosotros! ¡Quieren veros!

El sol nos cegó.

No veo...

Y de pronto lo vi rodeado de su séquito de guardias y cortesanos, con los ojos vacíos y una boca cruel como una trampa para matar pájaros.

¿Cómo son?

Dos son grandes y esbeltos. Uno parece muy duro y cruel. El tercero es delgado y esbelto y lleva una flauta colgada del cuello.

¿Una flauta?

¿Eres músico?

Entre otras cosas.

Toca. Quiero oírte.

Aix no vaciló. Se llevó a los labios su amarilla flauta de pastor y la primera melodía se desgranó como un reguero de semillas de flores.

Todo calló. Sólo la melodía estaba viva y se deslizaba rauda y dulce entre nosotros ... El rey Urumil estiraba su cabeza hacia el sonido como un animal que ventea el bosque.

Luego, Aix calló...

Tocas muy bien. ¿Cómo lo haces?
Es simple. Tengo el corazón lleno de felicidad y de alegría y eso va en mi música.
Urumil meditó la respuesta y comprendió el desafío que había en ella. Sonrió lúgubremente.
Yo también sé hacer música, flautista. Ya lo verás. Hago música con hombres. Interpreto sones que nunca imaginarías.
Su boca se estiró y pareció más que nunca una trampa mortal.
Yo sacaré música de ti.
sacarás una música que del color de tu alma. Negra.
¡Miserable! ¡Te enseñaré a morder tu lengua...!
Pero...
¡Oufff!
Ten mucho cuidado, patán. Tu valor te pesa tanto que no puedes mantener el equilibrio.
¡Ahhhh!
¡Vete a asustar criños con tu cara de cerdo! ¡No sirves para mucho más que eso! ¡Vete!

El del rostro cruel ha apaleado a un guardia que quiso golpear al flautista.

Ahá.

¿Así que son amigos? Excelente. Veremos cuán amigos pueden ser ante la muerte.

Creo que adivino lo que ocurrirá.

Yo también. La mente del [illegible] es clara. Nos enfrentará.

¿Qué haremos entonces?

Su flauta sonó dulcemente en las fosas de Urumil. Mi corazón se encogió.

¿Dónde nos encontramos exactamente?

Dentro de la fortaleza de Urumil. Estos fosos están cavados debajo de ella. La construcción es alta, redonda y hecha con piedras.

La muralla está rodeada de agua pues un río pasa cerca y Urumil lo desvió por medio de zanjas para proteger aún más su reducto. Es profundo.

Si pudiéramos salir...

No creo. La sala donde se llevan a cabo los combates se encuentra en lo alto de la fortaleza.

La flauta volvía a sonar melancólicamente en las tinieblas y yo aplastaba mi cara contra las piedras frías buscando una salvación.

(Algo... alguna esperanza...)

¡Eh, tú, flautista! Preocúpate menos de la música y más de la muerte. Mañana lucharás.

ñana? ¿Contra quién?
Contra tu amigo, el de la barba.
No lo quise mirar. El silencio fue oprimente luego de la partida del guardia y Aix comenzó a tañir su flauta pero la dejó.
No das música. Sólo ruido.
Nippur, mírame. Mañana lucharemos pero no te preocupes. Si te ofrecen la vida, lucha con todas tus fuerzas. No pienses en mí.
Cállate.
¿Por qué? Es...
¡Cállate te digo!
(Cállate, por favor, porque esas mismas palabras me las dice por dentro un Nippur cobarde cuya carne tiembla ante la posibilidad de morir.)
(Samás, padre de la sabiduría, no me dejes caer en la tentación de vivir a cualquier precio.)
Afuera vosotros tres.
Subid. Urumil espera.
Ah. Están aquí, ¿verdad? Adivino sus pisadas. Apartad al tercero. Ese no importa. Luego crearé algo para él.
Acércate, flautista. Y tú también, guerrero. Quiero oírros. Acérquense los dos.
Dad la lanza al flautista. Deberás servirte con habilidad de ella, flautista. Está envenenada. Basta un corte para que tu enemigo muera en pocos instantes.

Tú recibirás un cuchillo, guerrero. Si eres herido pero matas al flautista, tu herida será quemada y quedarás libre. Te doy un arma corta pues eres más fuerte y me dicen que tienes aire de veterano.
Comenzad. Quiero oír vuestros cuerpos moverse y vuestras armas chocar.
Quiero oír música. La música que yo sé hacer sonar en vosotros. ¡Comenzad!
Nos miramos de frente, espantosamente solos sobre ese piso de piedra. No dijimos nada. De pronto Aix sonrió.
Es inútil.
¿Qué cosa?
Este rey carnicero no pulsará en mí la música que desea. No.
Si te matara (y eso lo veo muy difícil) mi flauta quedaría muda para siempre. Y prefiero morir yo y no mi música.
¡Comenzad! ¿Qué ocurre?
Golpea fuerte, amigo, y procura acertar. Tengo miedo y no quiero sufrir.
Qué valiente eres...
¡Comenzad! ¡Comenzad!

...se oirá mi canto, Aix. Mi canto de guerrero. Mi música.
¡Esta!
Pero...
¡Ahhh!
¡Dame esto y corre a la muralla!
¡Cuidado! ¡La lanza está envenenada!
¡Fuera, carroña! ¡Salta, Aix!
¿Saltar...?Pero...
¡No hay chance! ¡Salta!
¡Voy!
¡Adiós, carroña! ¡Pelead por el trono que queda vacío y no os juguéis el pellejo yendo tras nuestro!

(¡Dioses! ¡Que no haya...!)
(No... No había... ¿Y Aix?)
¡Aquí, Nippur! ¡Ven!
¿Nos perseguirán?
Lo dudo. Deben estar mirando el cuerpo muerto de Urumil y relamiéndose ante el hueso que ha quedado sin dueño.
Vámonos. La música es de muerte ahora y tiene aullidos de chacal. Vámonos. No es lugar para nosotros ahora.
FIN

NIPPUR DE LAGASH

RECUERDO DE LOS VAGABUNDOS

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Mi nombre es Giar y soy pastor. Cuido los ganados de mi padre y los arreo por los prados verdes y pedregosos para que pasten. Tengo un perro que me ayuda y que se llama Lumas.

El trabajo de un pastor es más difícil de lo que creen aquellos que no lo conocen. Hay que cuidar que las ovejas no huyan, si se enferman hay que curarlas, si se fracturan entablillarlas. No. No es fácil el trabajo de pastor.

Mi padre ya no es joven y su vista comienza a fallar. Todos los atardeceres sube a una roca con mi hermana Laengrin y pregunta forzando los ojos...

¿Ves algo?

Tenía el presentimiento que lo veríamos, sin embargo.

Todos los días lo tienes.

Tal vez... Tal vez... Lo que ocurre es que anhelo tanto volverlo a ver...

(Pobre padre. Sigue soñando con el regreso de Izaras.)

(Hace ya muchos inviernos que se fue a la guerra. No lo recuerdo muy bien pues yo era pequeño. Tengo en la mente un gran caballo piafante y la risa de Izaras. Reía como un río...)

67 87

(Pero ha pasado tanto tiempo y mi hermano no vuelve... No creo que vuelva más pero mi padre no se resigna y cada tarde sube a la colina para ver si divisa algún jinete.)

(Y para peor están los hombres de Sirnam... Haría falta un guerrero que los enfrentara.)

Samás te envíe luz, jovencito. ¿No tendrías algo de comer para dar a un pobre

¿Eh?

No te había visto.

Es que me muevo como un lagarto entre las rocas, pero no temas. Soy pacífico y sólo quiero implorar tu caridad.

Tengo pan y queso. Come conmigo. Luego cenarás en casa de mi padre. Nuestra casa está abierta a todos.

Los dioses te protejan y recompensen.

¿De dónde vienes?

De muchas partes. Del norte, del sur y del este. Vengo de muchas guerras donde he dejado trozos de mi cuerpo y de muchas penas donde he dejado toda mi alma.

Hablas bien. ¿Dices que has estado en guerras?

Sí.

¿Has oído hablar alguna vez de un gran guerrero llamado Izaras?

¿Izaras? No. ¿Quién es?

Mi hermano mayor. Debe ser un gran jefe de ejércitos ahora. Volverá en un carro de oro un día.

Mira. Otro caminante.

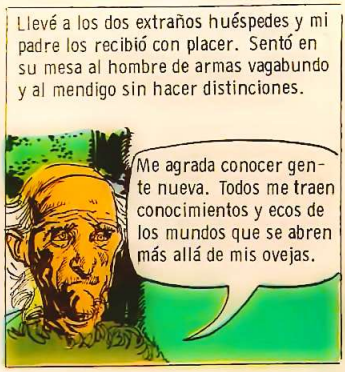
Sí. Y éste tiene trazas de guerrero. Mira la espada que lleva.

Los dioses sean con vosotros. Busco refugio y comida y puedo pagarlo. ¿Dónde lo podría hallar? La noche se cierra ya.

Lo hallarás en mi casa sin pagarlo. Todo caminante es bienvenido. ¿Cuál es tu nombre?

Nippur de Lagash.

¿Y tú? No te lo pregunté.
Mendigo. Ni nombre tengo.


Llevé a los dos extraños huéspedes y mi padre los recibió con placer. Sentó en su mesa al hombre de armas vagabundo y al mendigo sin hacer distinciones.
Me agrada conocer gente nueva. Todos me traen conocimientos y ecos de los mundos que se abren más allá de mis ovejas.

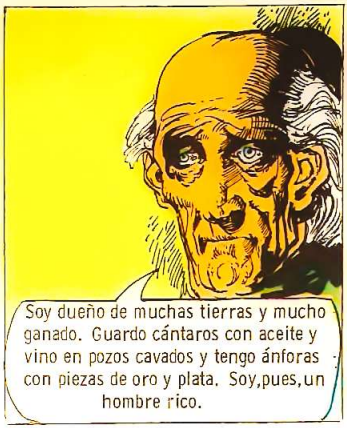
¿De dónde vienes tú, mendigo?
Oh... De Akad... Hay allí mucho estruendo de armas y el rey Sargón prepara sus ejércitos para la guerra. La gente está callada y sombría y piensa en sus hijos.

Claro... Los comprendo. Yo también tengo un hijo en la guerra.

La guerra no parece hallarse muy lejos de este lugar, anciano. He visto jinetes armados viniendo.
¿Hombres armados?

Sí. Guerreros o por lo menos iban armados de lanzas y espadas y cabalgaban en silencio. Llevaban túnicas de piel de oveja.
Ah.

No. Esos no son hombres de guerra sino de rapiña. No son halcones sino buitres.
¿Qué quieres decir?


Soy dueño de muchas tierras y mucho ganado. Guardo cántaros con aceite y vino en pozos cavados y tengo ánforas con piezas de oro y plata. Soy, pues, un hombre rico.

Y también tengo a Laengrin, mi hija. Los pastores cantan que no hay mayor belleza en estas tierras. Muchos han implorado por ella.

Laengrin se sonrojó y bajó la cabeza pero advertí que observaba a hurtadillas al hombre que se llamaba Nippur.
Los comprendo.
El hombre que viene con esos jinetes se llama Sirnam, el de la mano ávida.
Se dice guerrero pero no es más que ladrón y asesino. Vive en una fortaleza de piedra y hace mucho que me acecha.
Quiere a Laengrin y también su dote o sea todo lo mío. Lo he podido mantener a raya con la amenaza de la vuelta de mi hijo mayor pero el tiempo ha pasado y ya no teme.
Me ha enviado un recado. Viene a tomar a Laengrin.
(Le ha gustado.)
¿Y qué harás?
No sé. Si pudiera pelear uno de nosotros con él sería una solución pero yo soy muy viejo y Giar aún un niño.
¡No soy un niño y me atrevo a pelear con ese mentecato!
Todos rieron y eso me irritó...
Basta de charlas. Vayamos a dormir. Mañana tendremos mucho trabajo.

Ven, señor. Te indicaré dónde dormirás.
Gracias.
Es aquí. Que los dioses velen tu sueño.
Espera...
Déjame mirarte un poco. Siempre tienes la cabeza gacha como si te avergonzara tu belleza.
Yo...
Tienes ojos azules...y mejillas suaves. Comprendo que un hombre pierda el sueño por el deseo de acariciarlas. Ah, sí. Eres hermosa.
(Qué raro. Es la primera vez que Laengrin no patea a alguno que la toca. Además se puso colorada como el fuego cada vez que el forastero la miraba. Tonta.)
No entiendo por qué los hombres mayores andan siempre tras las mujeres. ¡Si ni siquiera saben tirar con la honda!)
¡Eh, de la casa!
¿Qué ocurre? ¿Quién grita de esa manera?
Es... ¡Es Sirnam! ¡Y viene con una decena de jinetes!

Los dioses sean contigo, Sirnam. ¿Qué deseas?
Lo sabes muy bien, viejo. Quiero a tu hija. Me he cansado de esperar respuesta.
No debiste esperar tanto. La respuesta es no .
¡Bah! ¡Palabras! ¿Pelearás conmigo por tu hija o alguien lo hará?
Mi hijo es un niño y yo soy un viejo.
¡Es lo que te digo! Te hace falta un hombre en la casa y ese hombre soy yo.
¿Tú en mi casa? ¡Ni para cuidar los cerdos!
¡Entonces me llevo a tu hija a la fuerza! ¿O alguien me lo impedirá?
Yo.
¿Quién eres tú? ¿Por qué te metes en esto?
Porque siempre hago algo de movimiento durante el día para desentumecerme. Y tú me pareces adecuado.
¿Adecuado? ¡Soy un guerrero temible!
Pues no lo pareces.
¡Te lo demostraré!

¿Así? No lo haces muy bien, guerrero temible.
¡Ah!

Uff... Pegas duro...
Así dicen. ¿Sigues la pelea?

No. No voy a ensuciarme las manos con tu sangre. Para eso tengo a mis hombres. ¡A él!

¡Ah, perro cobarde!

Así me gusta. Ya arreglaré cuentas contigo.

¿Y bien, viejo? ¿Te das cuenta que yo soy el más fuerte? ¿Por qué no llegas a un acuerdo conmigo?
¡Jamás!

Y tú, Laengrin. ¿No estás feliz de ver otra vez a tu amado Sirnam?
¿Amado?

¡Saca las manos!
¡Auuu!

Veo que sois una familia que no entiende razones. Muy bien. ¡Yo os demostraré quién es Sirnam!

Esperaré hasta mañana al amanecer, viejo. Si para entonces no has aceptado mis condiciones degollaré a este gigante y luego a tu hijo... y tal vez a ti también.

Si haces eso, los dioses harán caer sobre tu cabeza...
Deja mi cabeza y los dioses en paz, viejo, y piénsalo.

Mis hombres acamparán aquí. Que ninguno de los tuyos intente nada. Y que preparen algo. Tenemos hambre.

(¿Qué podemos hacer? No hay dónde pedir ayuda y ellos son demasiados... ¿Qué hacer?)

La noche fue un caldo de pesadillas que al fin comenzó a licuarse bajo el sol de la mañana.
(¡Amanece...!)

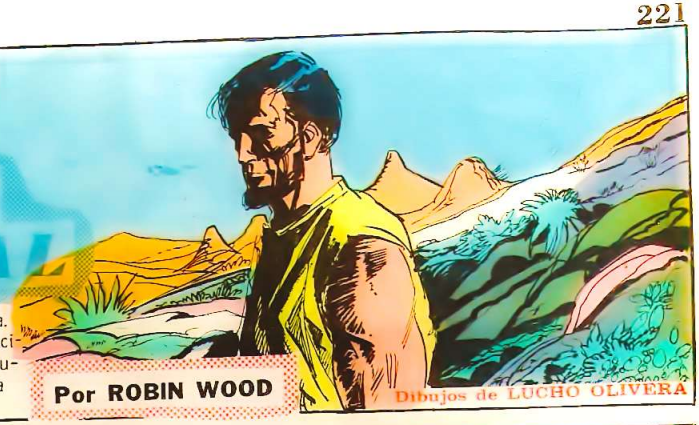
¡Ah, hermoso día! Hermoso día para que se tomen decisiones.

¡Arriba, holgazanes! ¿Todavía durmiendo? ¡Arriba!
¿Qué ocurre? ¿Estáis sordos?
Pero... ¡Está muerto!
Todos muertos... ¿Cómo es posible?
¡Ahhhh!
¿Quién...? ¿Quién...?
No puedo entender esto. ¿Cómo amanecieron muertos los hombres de Sirnam? ¿Y quién lo mató a él?
Ya lo dijiste tú anoche. Los dioses descargaron sus cóleras sobre ellos.
Extraños dioses estos que usan cuchillos.
Hay dioses y dioses...
¿Así que os vais? Me agradaría que os quedarais...
Acepto tu hospitalidad. Aún puedo ser útil para pequeños trabajos pero antes iré al santuario de Samás. Luego volveré.
¿Y tú? ¿No me dices nada?
Adiós.

Adiós.
Extraño lo de anoche, ¿verdad, mendigo?
Muy extraño, pero la vida está llena de misterios.
¿Sabes? Tengo una sospecha.
¿Cuál?
Tu nombre... ¿No es Izaras, por casualidad?
Sí. Sí lo es. Yo soy Izaras.
¿Y por qué lo ocultas?
¿No has oído hablar a mi padre? Esperan el regreso de un general en un carro de oro.
Carro de oro. Y decirles que soy yo. Que sepan que su Izaras es un mendigo mutilado y comido por piojos. No. Viviré cerca de ellos cuidándolos pero no les dejaré saber quién soy. Nunca.
Hiciste muy bien lo de Sirnam.
Me muevo como un lagarto en la noche y sé bastarme con una mano.
Mi nombre es Giar y soy pastor. Nunca volví a ver al guerrero errante. El mendigo, en cambio, volvió y vive con nosotros y mi padre se cortaría un brazo antes de dejarlo ir, pues le ha tomado cariño.
Hace mucho que no sube a la colina a otear el horizonte esperando a Izaras. Creo que ya sabe que nunca volverá. Pero Laengrin sube todas las tardes a la cúspide.
Pero no es a Izaras a quien ella espera.
Y tampoco ése, al que ella espera, volverá. Estoy seguro. Nunca. Pero ella sueña en su colina.
FIN

NIPPUR DE LAGASH

EL GIGANTE INFERNAL



No había allí caminos ni nada que se le pareciera. Solamente pedregales salpicados de bosques y macizos de flores blancas. A veces, un lagarto se escurría entre las piedras con un seco siseo de arena derramada...

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Me senté entre las rocas a descansar y también a oír el canto de los pájaros. Me agradan los trinos y sé diferenciar unos y otros con la misma facilidad con que diferencio las voces humanas.

(Un buitre ha visto carne... Tal vez algún animal muerto... Y un pájaro de las flores busca compañera...)

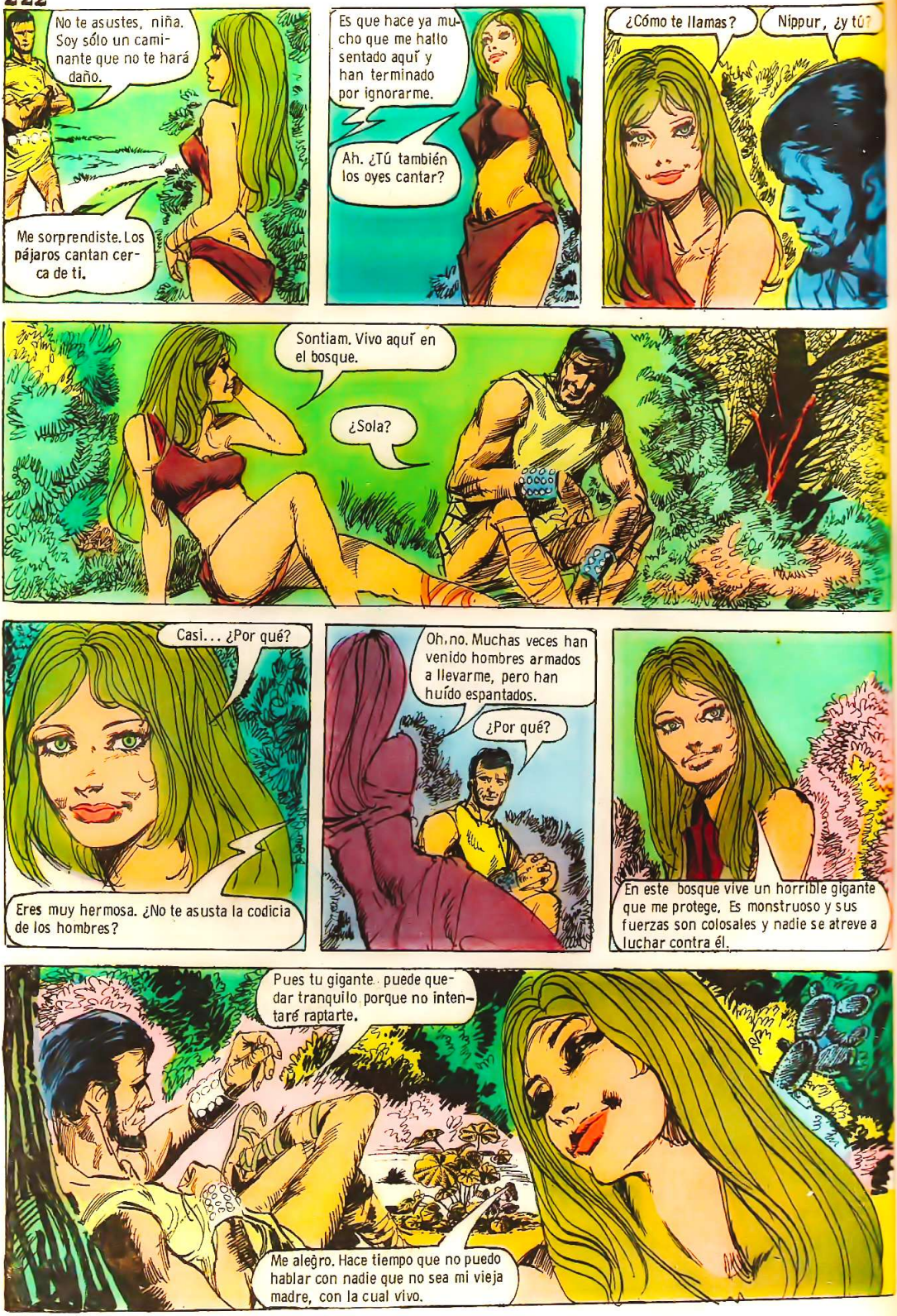
(Pájaros que buscan carne... Pájaros que buscan amor... Igual que los hombres...)

(En alguna parte debe haber también un pájaro solitario y sin nido y sin pareja volando incansablemente...)

(Un pájaro solitario llamado Nippur...)

Pero... los pájaros callan y vuelan a mi derecha. Alguien viene sin cautela...)

Oh...


No te asustes, niña. Soy sólo un caminante que no te hará daño.
Me sorprendiste. Los pájaros cantan cerca de ti.
Es que hace ya mucho que me hallo sentado aquí y han terminado por ignorarme.
Ah. ¿Tú también los oyes cantar?
¿Cómo te llamas?
Nippur, ¿y tú?
Sontiam. Vivo aquí en el bosque.
¿Sola?
Casi... ¿Por qué?
Eres muy hermosa. ¿No te asusta la codicia de los hombres?
Oh, no. Muchas veces han venido hombres armados a llevarme, pero han huído espantados.
¿Por qué?
En este bosque vive un horrible gigante que me protege. Es monstruoso y sus fuerzas son colosales y nadie se atreve a luchar contra él.
Pues tu gigante puede quedar tranquilo porque no intentaré raptarte.
Me alegro. Hace tiempo que no puedo hablar con nadie que no sea mi vieja madre, con la cual vivo.

El joven de largos cabellos rubios lanzó una carcajada. Era de rostro alegre y bondadoso.

En ese momento recién Enulla pareció ver a la joven.

La hemos hallado.

Quien la vino a buscar soy yo, ¿verdad? Ha sido una suerte increíble. Me la llevaré y...

No te atrevas a tocarme o tendrás que enfrentarte a Thrum, el guerrero que me proteje.
Ah. ¿Así que es verdad que tienes quien te defienda?

Sí. Y si quieres llevarme es a él a quien tienes que pedirme... espada en mano.
¡Lo haré! ¿Cuándo?

Esta noche. Cuando la luna corte el cielo en dos trozos iguales. A Thrum le gusta matar en la noche.
¡De acuerdo!

Qué hermosa eres. Nunca comprendí por qué tantos venían tras de ti. Ahora sí. Ahora lo comprendo.
¿Y tú no viniste por mí?

No. Lo hice solamente por acompañar a mi primo. Es tan tonto y tan joven que temí que pudiera sufrir algún accidente.

Los ojos de Sontiam chispearon maliciosos. Soy muy veterano en ojos de mujeres y reconocí ese brillo.
¿Y ahora no me buscarías?
No. No de esta manera.

¿Qué quieres decir?
No me gusta ganar a una mujer con sangre de nadie. He visto guerras y he matado hombres y sé que no es buena moneda de compra.

¿Así que para tí no valgo ni siquiera una pelea?
Lo vales pero de otra manera. Por defenderte, sí. Por pagarte, no.

¿No será que eres un cobarde?
¿Cobarde? ¡No me provoques chiquilina de narices sucias o te zurraré!

¡Más sucias las tendrás tú, crío disfrazado de soldado! ¡Y ten cuidado y no tropieces con esa enorme espada que arrastras con tanto trabajo!
¡Merecerías que te...!
(Qué contento estoy de no ser tan joven ya. Qué facilidad para gastar energías en discusiones...)
¿Has visto, Nippur? ¡No sólo es cobarde sino que insulta a una mujer!
¿Insultar? Yo no diría tanto.
¡Me ha dicho que tenía las narices sucias! ¡Y me ha llamado chiquilina!
No te lo tomes así. A mí me ha parecido un muchacho muy simpático.
¡Ah, sí! Es muy simpático. Y hermoso como un dios. ¿Has visto los ojos que tiene? ¿Y sus pestañas?
¿Pestañas?
(Es innegable. Nunca entenderé la forma de razonar de las mujeres. Pestañas. ¡Bah!)
Debo irme, Nippur. Tengo que avisar a Thrum que afile su enorme espada. Lo hace contra los troncos de los árboles y a veces los derriba.
Dile que no lo haga en mi dirección.
Nippur...
¿Qué?
Ese muchacho... el rubio... Lo que dijo fue muy hermoso, ¿no crees?
Es un joven sabio. Es un joven que muchas veces debe haber girado la cabeza para contemplar sus propias huellas y pensar en ellas. Creo que es un buen campesino de su alma.

Explícame eso.
En todo hombre crecen plantas malas y plantas buenas. Cada uno debe reconocerlas y tratarlas. Muchos las ignoran hasta que son tan fuertes que resulta imposible hacer nada. Y a veces son malas. Y a veces son buenas.
Otros saben que están allí y que crecen y extirpan las malas. Las malas crecen con más facilidad, ¿sabes? Y hay que luchar mucho contra ellas.
Creo que las malas hierbas de Liniem nunca crecerán mucho.
Eres extraño, Nippur. Hablas como si fueras viejo como las montañas. ¿Eres tan viejo?
¿Qué es la vejez? ¿El paso de los años? En ese caso no soy viejo. ¿El desfile de penas y tristezas? En ese caso soy viejo como los dioses.
¿Y tus plantas? ¿Son malas o buenas?
Unas y otras. Demasiado vigorosas las dos. Me fatiga luchar contra ellas.
Adiós, Nippur. Tal vez nos veamos otra vez.
Tal vez, muchacha. Nunca se sabe.
(Tal vez me quede para ver el combate de esta noche. ¿Por qué no? Me atrae el temible Thrum, que derriba árboles...)
¡Eh, forastero! ¡Ven! ¡Come con nosotros!
¿La muchacha se ha ido?
Sí. Parece que debe prevenir al gigante que la protege.
Me pareció que el joven moreno no parecía tan desafiante y advertí que lanzaba rápidas miradas hacia el tenebroso bosque que comenzaba a llenarse de sombras.
¿Has... has visto a ese gigante?
No. Nunca. ¿Y tú?
Yo tampoco... pero dos amigos míos sí... Tardaron mucho tiempo en poder recuperar el habla del horror...
Dijeron que era un demonio espantoso... Dijeron...

Sí. Ya advertíamos una sombra siniestra bamboleándose entre los árboles, bajo la luz amarillenta de una antorcha.

Luego, la figura se desprendió de los árboles. Alta, como no había visto yo otra en mi vida, ancha y lúgubre, envuelta en sus mantos negros. Un casco de cobre con la visera baja le cubría el rostro...

Thrum...
Es...es enorme...

¿Quién me busca?

Prácticamente, Liniem tuvo que patear a Enulla para que se adelantara. Intentó hablar dos o tres veces pero la voz no le salía. Al fin...
Y...yo...yo...

Muy bien. Prepárate. Thrum te enviará a los infiernos donde los muertos son cocidos en cobre hirviendo...

¿Estás listo?
S...sí...

Comencemos, entonces...pero antes...

Antes... Mira.

¡Mira mi rostro!

No...No...Es un demonio...

¡No! ¡Socorro! ¡Socorro!

¿Y eso es un valiente? ¡Bah! La muchacha seguirá en mis garras cuanto tiempo quiera yo...

Nippur... ¿Y es este monstruo el amo de Sontiam? ¡No lo puedo permitir!
Pues...

¡Eh, tú, demonio o lo que seas, detente! ¡Yo quiero pelear contigo! ¡Quiero que esa joven quede libre de ti!
¿Tú? ¿Por qué?

¿Acaso la amas?
Este... eso no viene al caso...

Vamos, eso es injusto, Liniem. Solamente vale la pena que pelees por ella si la amas. Y creo que es así, ¿verdad?
Pues... este...

¡Sí! ¡La amo! ¡Y prepárate que la lucha será a muerte!

¡Ya!

Espera, Liniem. Hay otra cosa que quiero hacer.
¿Qué ocurre, Nippur? No haces más que interrumpirnos. ¿Y por qué te ríes?

¡Cuidado! ¡No te acerques al demonio o te destruirá, Nippur!

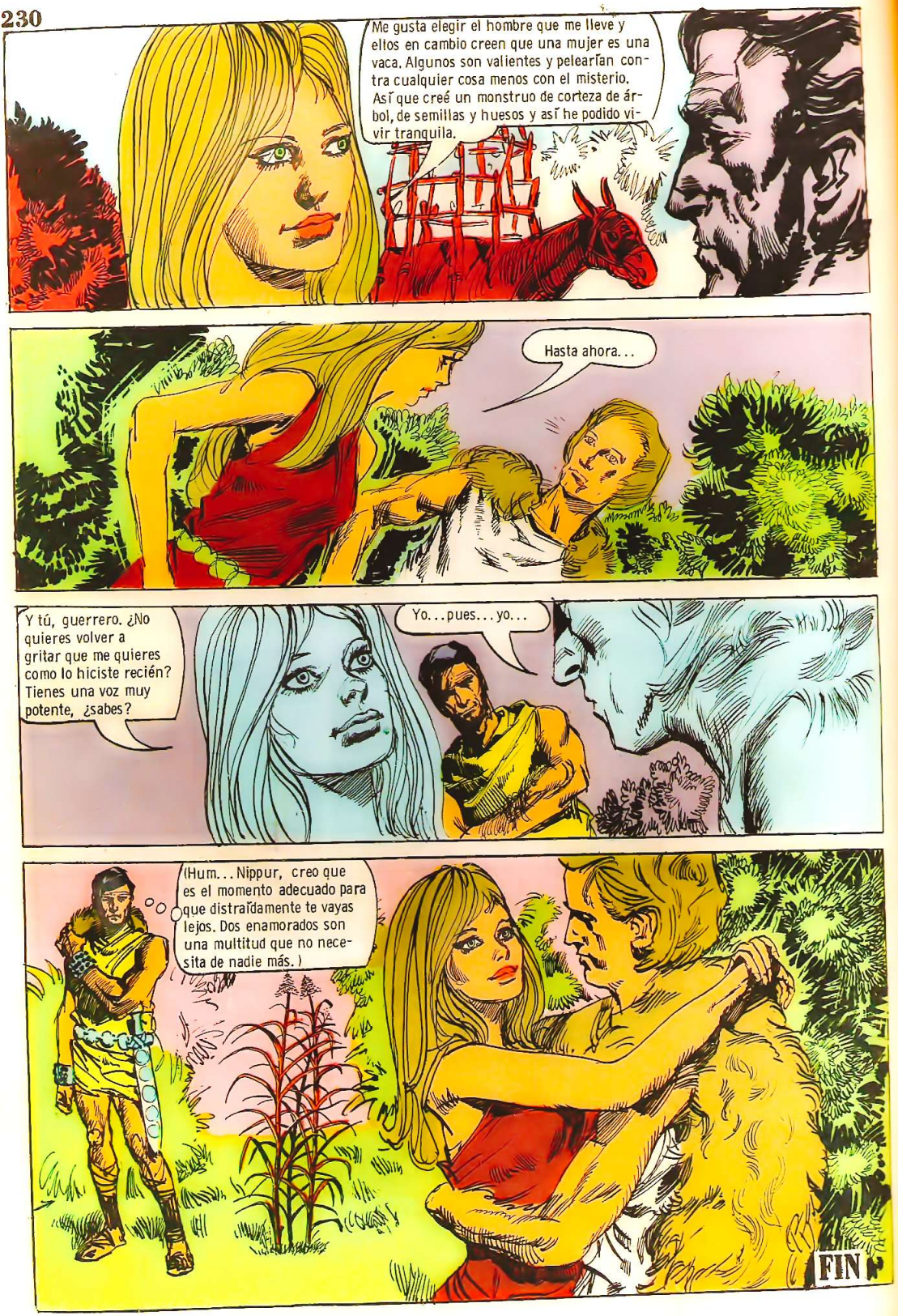
¿Destruirme? No creo.

Sal de allí dentro, Sontiam. Debes estar muerta de calor.

Hubo un silencio, luego una risita y por fin...
¿Cómo te diste cuenta?
Por las huellas... Extraño gigante es éste que tiene cuatro patas y pezuñas de asno.

Es que para que fuera más alto mi gigante tuve que montarlo sobre mi burrito. De esa manera es más impresionante.
¿Y la voz?

Hablo a través de una bocina de corteza de árbol que la hace retumbar como un trueno. Y también sirve para esos aullidos escalofriantes que oíste en el bosque.
Ahá. ¿Así que te has servido de ese armatoste para espantar a los galanes?


Me gusta elegir el hombre que me lleve y ellos en cambio creen que una mujer es una vaca. Algunos son valientes y pelearían contra cualquier cosa menos con el misterio. Así que creé un monstruo de corteza de árbol, de semillas y huesos y así he podido vivir tranquila.
Hasta ahora...
Y tú, guerrero. ¿No quieres volver a gritar que me quieres como lo hiciste recién? Tienes una voz muy potente, ¿sabes?
Yo...pues...yo...
(Hum... Nippur, creo que es el momento adecuado para que distraídamente te vayas lejos. Dos enamorados son una multitud que no necesita de nadie más.)
FIN

Por ROBIN WOOD
Llovía. Llovía sin cesar desde la mañana y al acercarse la noche se acercaba también el frío y la oscuridad. Mi manta chorreaba y todo mi cuerpo temblaba bajo el viento aullante. Tenía hambre.
Dibujos de LUCHO OLIVERA

¡Y no tengo ni una mala pieza de oro o plata... y no puedo ni soñar en encontrar caza con esta lluvia.)

(Allá veo luz. Debe ser la posada de la cual me habló ese campesino. Tal vez pueda comer algo y pagarlo con trabajo.)

(Veamos...)

Hacía calor y estaba seco. Algunos viajeros sentados sobre el suelo de tierra y en algunas mesas me miraron...
Hmmm.

Deseo comer algo y dormir. Puedo pagártelo solamente con trabajo.

Pareces un hombre fuerte y yo tengo mucha leña para partir. ¿De acuerdo?
Sentí un ruido a mis espaldas, casi inaudible.
(Eso es un...)
Salté de costado casi al tiempo en que la flecha se clavaba en la madera.
¿Quién?
Una carcajada poderosa hizo temblar las paredes. Miré estupefacto a aquella figura conocida.
¡Bravo, Nippur! Veo que aún conservas tus sentidos alerta.
Ram, el arquero. Un día tu pellejo colgará entre buitres si continúas con esta clase de bromas.
¡Bah! El perro flaco de la muerte ladrará por mí cuando sea el momento debido, no antes.
Y ven a comer conmigo y mis dos amigos. Dile a ese gordo ladrón que parta él su leña.
Veo que tienes oro.
¿Y tú? Creo que andas muy pobre.
Mi pobreza es ya como el mar de la muerte. No tiene orillas.
Tal vez yo pueda ofrecerte algo que marque un poco las orillas de ese mar tan ingrato.
¿Tú? Malo es el viento que sopla del desierto.
—Antes déjame que te presente a mis compañeros. Este es Nunamnir, del Elam. Lo llaman también "el cuchillo". Si has oído hablar de él, sabrás por qué.

He oído hablar de él. Y hasta las palabras que lo mencionan rezuman sangre.

Nunamnir me miró con sus ojos fangosos sin pestañear ni hacer un gesto. Sus dedos jugaban con el cinturón de cuchillos que llevaba en la cintura.

Y éste es Inshubar. Lo llaman simplemente "el muerto".

¿Inshubar? Tú eras verdugo en Umma. Eras verdugo de Luggal-Zaggizi, el rey. ¿No es así?

Inshubar me sonrió con una sonrisa de dientes podridos. Su alma parecía asomarse por ese hueco negro y fétido.
Sí, pero lo dejé. Se mata poco últimamente y yo recibía poco.

Luggal-Zaggizi tiene muchos enemigos. Todo tirano los tiene.

Me hizo un gesto melancólico y respondió con el tono de voz de un labrador que añora la lluvia.
Tenía.

Un matador, un verdugo asesino y un aventurero. ¿Qué es lo que los tiene juntos?

Tienes una lengua muy ágil, hombre de Lagash. El último hombre que me llamó asesino aún no ha sido enterrado pues sus amigos no se atreven a descolgar su cuerpo por miedo a mi cólera.

No lo intentes conmigo. No tienes ni árbol fuerte ni cuerda bastante larga ni coraje suficiente para mí.

¡Te...!
¡Quieto!

Eramos cuatro hombres temibles en esa mesa y todos los cuchillos tenían filos. Nos contemplamos en silencio.
Basta de tonterías.

Tenemos un jefe que nos ofrece mucho oro por la captura de un hombre. Un hombre llamado Enathim. Es un hombre muy peligroso.

El que me paga me hizo buscar y me contrató. Y lo mismo con Nunamnir y con Inshubar. Nuestro amo quiere que ese hombre muera.

—¿Quién es tu amo, Ram?
Su nombre no importa. Es rico y no puede dormir tranquilo mientras Enathim sigue vivo. Enathim tiene un cuchillo muy largo que cosquillea el sueño de mi amo.

Si vienes con nosotros, ganarás buen oro.

No, Ram. No me gusta ser cazador de hombres. Sabes que conozco bien lo que es ser perseguido. El rey Luggal-Zaggizi ofrece un cofre de oro por mi cabeza, pues teme que un día regrese a Lagash. He sido perseguido mucho tiempo para poder convertirme ahora en perseguidor.

Además, el oro ganado con sangre huele a carroña.

Palabras. El oro huele a oro.
Y el chacal huele a chacal.

Como quieras, Nippur. De todas maneras come esta noche con nosotros y mañana nos separaremos.
Muy bien.

¿Recuerdas cuándo nos conocimos, Ram?
Sí. Yo perseguía a una joven pareja que se había fugado del sanguinario tutor de ella. Tú los defendiste.
Y tú me desarmaste y heriste, y luego mataste al tutor y a sus secuaces y dejaste huir a la pareja, ¿recuerdas?
Recuerdo. Por suerte los muertos llevaban muchos adornos de oro y así compensé la pérdida del premio ofrecido.
¿Tan importante es para ti el oro, Ram?
He matado a mucha gente en mi vida y a veces en las noches oigo sus voces, y entonces necesito vino, mujeres, ruido para no escucharlos... y todo eso cuesta oro.
Una sola vez fui generoso. Y fue en aquella ocasión en que te conocí. Fue un capricho.
Deberías tener más de esos caprichos.
Y tú, hombre de los cuchillos, ¿buscas a ese tal Enathim sólo por oro?
El oro nada me importa. Yo lo busco por su nombre. Lo llaman de muchas maneras heroicas. Además es altivo y temible.
Quiero que en Sumeria y en Elam se cuente la historia de su muerte por mis manos. Quiero que los pastores lo relaten en sus fuegos y que la historia viaje con las caravanas por todos los mundos conocidos.
¿Y tú, verdugo?
Otra vez la sonrisa de dientes y alma podrida.
Quiero matar. Eso es todo.
Así que eso es lo que atormenta a cada uno de vosotros. Uno quiere matar por placer, otro por vanidad y el tercero por oro.

Tú y yo pudimos haber sido grandes amigos, Ram.
Tal vez, pero nuestras raíces son diferentes. Sólo nuestros troncos se parecen.
Tú eres un niño grande, Nippur, y crees que me haces reír. Tú hablas de hombres y amores. Y eso no existe. Los hombres son perros.
He visto a los perros lamer sus crías y morir peleando por sus amos, Ram. ¿Son los hombres menos capaces de eso?
Siempre has jugado muy bien con las palabras, Nippur, y no voy a enredarme en una discusión contigo. Es hora de dormir.
Ha cesado de llover.
Sí.
Dormiré afuera.
¿Afuera? Debe estar todo embarrado.
No. Siempre se encuentra un lugar seco. Y yo he perdido la costumbre de dormir a cubierto.
Nos veremos mañana, Nippur.
De acuerdo.

Eh, hombre de Lagash!
¿Qué?
¿No nos deseas suerte en la matanza de Enathim?
Deseo que Enathim os mate a los dos. El aire estara más limpio luego.
¿Y a Ram? ¿No le deseas la muerte?
No. A Ram no. Tal vez porque aún creo en él, más que él mismo. Ram cree que todo en él está podrido y olvida que en el barro también se encuentra oro.
Que los dioses te concedan un buen sueño, Ram.
¿Lo has oído hablar, Ram? Casi se diría que te aprecia.
Si él supiera...
¡A callar los dos! ¡No quiero hablar de él!
No quiero...
El viento había arrastrado las nubes y el cielo estaba limpio y cuajado de estrellas. Respiré el aire a pleno pulmón.

(En el bosque hallaré algún lugar seco.)
(Aquí está bien.)
(Ram, el arquero. Realmente podría haber sido su amigo, pero...)
Y me quedé dormido.
En silencio... No hagáis ruido... El es terrible...
Lo sabemos. Cállate.
Allí está.
Tratemos de no hacer ruido.
Puedes hacer todo el ruido que quieras, asesino. Estoy despierto.
¿Eh?
¿Nos esperabas?
Claro que sí.
Yo también hablo el idioma de los elamitas y sé lo que significa la palabra Enathim. "El errante". "El que camina".
O sea yo. Yo soy Enathim. Yo soy el que buscáis.

En efecto. El rey Luggal-Zaggizi es el que nos envió a buscarte por todos los caminos. Sabe que Sargón te busca para ponerte al frente de sus guerreros y teme tu venganza.

Muy bien. Adelante entonces. Os espero.

Hubo un largo silencio y ninguno se movió. En alguna parte se oyó el chillido de un pájaro nocturno y el gotear de los árboles empapados. Las espadas estaban blancas.

Ram me apuntó. Sus flechas eran mortales. Todos sabían que era capaz de acertar a nueces arrojadas al aire.

Tírale.

¡Tírale! ¿Qué esperas?

Pareció que iba a hacerlo, pero de pronto bajó el arco y sacudió la cabeza.

No. No lo haré... Yo...

¡Me imaginé que esto ocurriría! ¡Toma!

¡Ahhhhh!

¡No lo mates!

¡Ahhhh!

El hombre que me quería matar por vanidad ya había desclavado su espada y la apuntaba hacia mí. La sangre humeaba en el frío de la noche.

¡Se ha...!

¡Ahhhhh!

Se hablará en toda Sumeria de esto.

Se hablará tal vez, pero no como tú crees.

Me acerqué a Ram. Estaba muerto. La espada experta no había dejado ni un soplo de vida. Me senté junto a él.

Gran tonto. Jamás llegaste a ser ni una pizca de lo malvado que creías...

Y mira qué ironía. Has muerto por culpa del único que quería que vivieras. Pobre amigo mío...

Luggal-Zaggizi era barbudo y de ojos cenagosos y crueles. Hablaba poco y durante horas meditaba con el rostro apoyado en la mano...

Señor...

Un campesino ha traído una caja para ti... Dice que te la envía Nippur de Lagash.

¿Qué?

Huele a podrido. Ábrela.

Ah.

Extraño. La de Ram no está.

¿Mandó decir algo ese hombre?

Sí. "Espérame".

El rey Luggal-Zaggizi medita con la barbilla apoyada sobre la palma de la mano. Lo rodean guerreros de pesadas lanzas que semejan bosques de bronce a su alrededor. Pero el rey tiene miedo... Un miedo que es como un gran frío en sus huesos...

FIN

NIPPUR DE LAGASH

LA MALA PASIÓN

Por ROBIN WOOD

(Esto es regalo de los dioses. Hoy podré hartarme de comida y podré secar carne para llevar.)

Desenvainé mi viejo y gastado cuchillo de caza y comencé a desollar la presa. Me sentía satisfecho y canturreaba entre dientes una melopea de los pueblos del sur.

Hasta que...
¿Quién...?

Has matado un ciervo en tierras mías. ¿Tan poco aprecias la vida, vagabundo? ¿No sabes que has perdido la cabeza por esto?

Los animales sólo pertenecen a los dioses. Y en cuanto a mi cabeza, está firme sobre mis hombros, y allí quedará por mucho tiempo más.

No hablas como un campesino a pesar de que vistes harapos y tienes aire orgulloso. ¿Quién eres y de dónde vienes?
Soy nadie de ningún lugar.

¡Contesta a mi señor, perro!

Era un joven con ganas de demostrar que conocía bien su deber y que sabía cumplirlo, pero esto no era del todo cierto.
¡Ahhh!

Nunca hagas eso, imbécil. Ocupas tus manos y dejas libres las de tu adversario. Usa la cabeza.

¡Ja, ja, ja! ¡Pobre El-Urim! Tu vanidad tardará mucho en curarse de esto.

Deja que mis hombres lleven el ciervo, forastero, y ven tú a comer conmigo en mi casa. Me llamo Al-Azram y soy cabeza de toda esta región.

La casa de Al-Azram era grande y llena de oro y bronce con sombras frescas que aliviaban el calor del sol. Edificada junto a un río, estaba cruzada por acequias que la llenaban de rumores de agua.

¿Cuál es tu nombre?

Nippur. Nippur de Lagash.

Me miró entrecerrando los ojos con aire divertido y sorprendido.

¿Así que me he encontrado con "el errante"? Es un gran placer. No creí que fueras real.

Ya ves que lo soy.

Sí. Ya lo veo. Y veo que vives en la miseria. Eso me sorprende.

Tu amigo Ur-El es rey en Merem y te acogería con los brazos abiertos y te daría cuanto posee. Sargón de Akad envía jinetes de norte a sur que te buscan. Teseo, rey de Atenas, te considera como un hermano.

Todos los reyes de Sumeria y el Elam, los de las tierras negras de Egipto y los helenos se sentirían halagados de que aceptaras su hospitalidad. ¿Y tú?

Sí.

Mírate. Pareces una bestia del bosque. Barbudo, requemado por el sol, con las uñas crecidas y vestido con andrajos. En esta habitación cerrada te mueves como un animal incómodo por no estar al aire libre.

¿Por qué?

¿Has empujado alguna vez una roca cuesta abajo, anciano?

Sí.

Ese soy yo. Ruedo cuesta abajo arrastrado por el peso de mi cuerpo y voy de aquí para allá sin saber bien por qué. Me encuentro bien, solo. Viviendo con pájaros y caminos. Lejos de las mezquindades de los hombres.

No te entiendo.

No te sorprendas por eso. Yo tampoco me entiendo.

¿Quieres quedarte un tiempo aquí? No es un regalo. Me gustaría que instruyeras un poco a mis guardias. No tienen verdadero conocimiento de batalla y dedican más tiempo a las mozas y al vino que a las lanzas.

¿Por qué no? Acepto.

¡Magnífico! Y durante las noches me contarás acerca de tus viajes.

Oh, perdona. No sabía que tenías gente contigo.

No te excuses, Lilim. ¿Qué ocurre?

Una tontería. Ha llegado un vendedor de telas y joyas y quería pedirte permiso para comprar algunas.

¿Otra vez? En fin... Hazlo, pero contrólate un poco.

Ay, mujeres...

Bah. No lo tomes así. No eres el primero en tener problemas con una hija.

Lilim no es mi hija. Es mi esposa.

En los días que siguieron mi vida sufrió otro de sus múltiples cambios. Ahora contaba con esclavos que preparaban mi baño, recortaban mi barba y cosían y cortaban nuevas túnicas para mí.

Volví a observar hombres bajo el límite de bronce de un casco. Otra vez vi brillar lanzas y espadas a mi alrededor.

Mi lugarteniente era El-Urim, el joven a quien derribara de un golpe cuando lo del ciervo. Era, como todos los jóvenes, honesto, algo tonto y muy quisquilloso.
Estos no son guerreros, El-Urim. Están solamente disfrazados.

Desde mañana harán entrenamiento desde la salida del sol. Y diles que dejen de llevar sus pellejos de vino encima.
Lo haré.

¿Sigues molesto por lo del golpe?
No creo que eso sea del interés del instructor de mi señor Al-Azram.

Muchacho, vete al infierno.

(Hmm. Allá va la juvenil esposa de Al-Azram, cargada con más joyas que una reina...)

(Hmm. Y el joven El-Urim, disimuladamente, sigue el mismo camino que ella.)

Oí risas entre los soldados y agucé el oído.
¡Ja! Allí va El-Urim, velando por los intereses de su señor.
Sí. Velando más de lo debido.

¡A ver, carroña! ¡A moverse! ¡Todos con el equipo a cuestas a correr! ¿Qué creéis que es esto? ¿Un mercado?

(Malo. Algo huele a inmundicia aquí.)

Todas las noches me reunía con Al-Azram y con su lánguida esposa y cenábamos juntos.
Debes haber conocido muchas mujeres en tus viajes. ¿Verdad, Nipour?
Algunas.

Y dime. ¿Soy yo bella comparada con ellas? ¿Me encuentras bella?

Señora, la belleza de una mujer tiene muchos matices. Una espada puede tener buen filo pero si su bronce es de poca calidad se romperá al primer golpe.

No entiendo esos complicados razonamientos tuyos. Los hombres dicen que soy muy hermosa. Me gustaría ir a las grandes ciudades para ser admirada.
No hagas caso a sus palabras, Nippur. Es una chiquilla tan sólo. A veces pienso que cometí un error en buscar esposa tan joven.
(Y tal vez un error más grande del que crees.)
Caminas distraído como los enamorados, Nippur.
Los dioses sean contigo, Lilim. ¿Qué haces a estas horas aún despierta?
La luz de la luna no me dejaba dormir. Y tenía deseos de hablar contigo. Eres una persona que me intriga mucho.
¿En qué sentido?
Tú eres un hombre. El único verdadero que hay aquí.
¿Y tu marido?
Mi marido es un viejo. Creí que tendría poca vida cuando me casé con él pero los años pasan y su vigor parece acrecentarse en vez de disminuir.
No me gusta tu manera de hablar.
¿Por qué no? Digo la verdad. Estoy cansada de esperar mi libertad. Mi juventud se agota y sólo puedo cubrirme de joyas para ser admirada por campesinos y por vacas.
¿Por qué me cuentas esto?
Porque tú podrías ayudarme. Mi marido es viejo y al morir él todo sería para mí. Si tú me ayudaras...
Cállate.
Cállate y desaparece de mi vista. De lo contrario tal vez ocurra algo que te espantaría.
Piensa. El tiene mucho oro. Sería tan fácil.
¡Vete!
Me miró y su rostro parecía una mancha pálida en la oscuridad. El olor de las flores era pegajoso y dulzón.
Piénsalo.

Pobre viejo... ¿Imaginará él lo que se trama bajo su mismo techo? Casi lamento haberme detenido aquí.)
(¿Y si se lo dijera? No. Yo no tengo la lengua de bronce necesaria para eso. Hace falta una clase de valor del que yo carezco.)
¿Cómo están mis hombres, Nippur?
Tal vez ahora puedas llamarlos guerreros sin que la gente al verlos se revuelque de risa.
Estoy muy satisfecho por tu trabajo, Nippur. Me gustaría que me acompañaras en un viaje que quiero hacer a Ur. ¿Querrías?
Pues...
...pienso reanudar mi camino, señor. He estado mucho tiempo aquí ya.
¿Ya?
Qué inquieto eres.
Sin embargo, seguí demorando mi partida. Tenía un presentimiento oscuro y molesto que me detenía cada vez que miraba el camino polvoriento.
(Aún no.)
(El-Urim está pálido y con grandes ojeras. ¿Qué le ocurrirá? Parece que algo lo roe...)
(También Lilim está pálida y desmejorada.)
Señor, voy a enviar todas las espadas a afilar, ¿llevo la tuya también?
Pues... sí. Tómala.

(Bien, Parece que por fin El-Urim se ha decidido a olvidar el golpe que le di.)

(Tal vez me vaya mañana. Con lo que he ganado compraré un caballo a Al-Azram y me llevaré mis ropas nuevas y algo de comida.)

(Tal vez podría ir en dirección a Egipto.)

Egipto. La palabra arrancó un acorde en mi alma. Volví a ver, esfumados en la luz crepuscular, unos ojos negros y una larga cabellera.

(Nofretamón... ¿Qué será de ti, princesa de mis sueños? ¿Cómo te habrá tratado la vida?)

(En fin, iré a revisar el cuartel. Veré si estos imbéciles tienen todo en orden.)

Pero...

¿Por qué tienes tu espada?

¿Mi espada? No entiendo, señor.

¿No las han llevado a afilar?

¿A afilar? No, señor. Lo hacemos nosotros mismos cada cinco días.

Entonces...

¡Maldición!

(¡Dioses! ¿Cómo fui tan imbécil?)

¡El-Urim!

Aquí estoy.

Yo creí...
¿Que había venido a asesinar a mi señor?

Pues tenías razón, Nippur. Había planeado hacerlo con tu espada para luego culparte a ti. Fue idea de Lilim. Ella diría que tú la perseguías y que la habías amenazado. Vine a matar hoy.

Pero no pude. Cuando estuve junto a él, de pronto recordé todo lo que le debía, los años en que fue más que mi padre... y de pronto la espada pesó más que las montañas.

Al-Azram me miró. Su rostro parecía más viejo que nunca y no pude resistir su mirada. Bajé los ojos.
Ella quería matarme... y él...
El te fue leal. Tu bondad ha sido más fuerte que la mala pasión que lo consumía.

¿Debo matarla?
No. Su sangre no es buena ni siquiera para eso. Echala de tu casa. Descubrirá el mundo terrible que se agazapa más allá de estos muros. Será un castigo mejor.

Luego me di vuelta y salí. Oí un sollozo a mis espaldas y no pude distinguir si era del viejo o del joven.

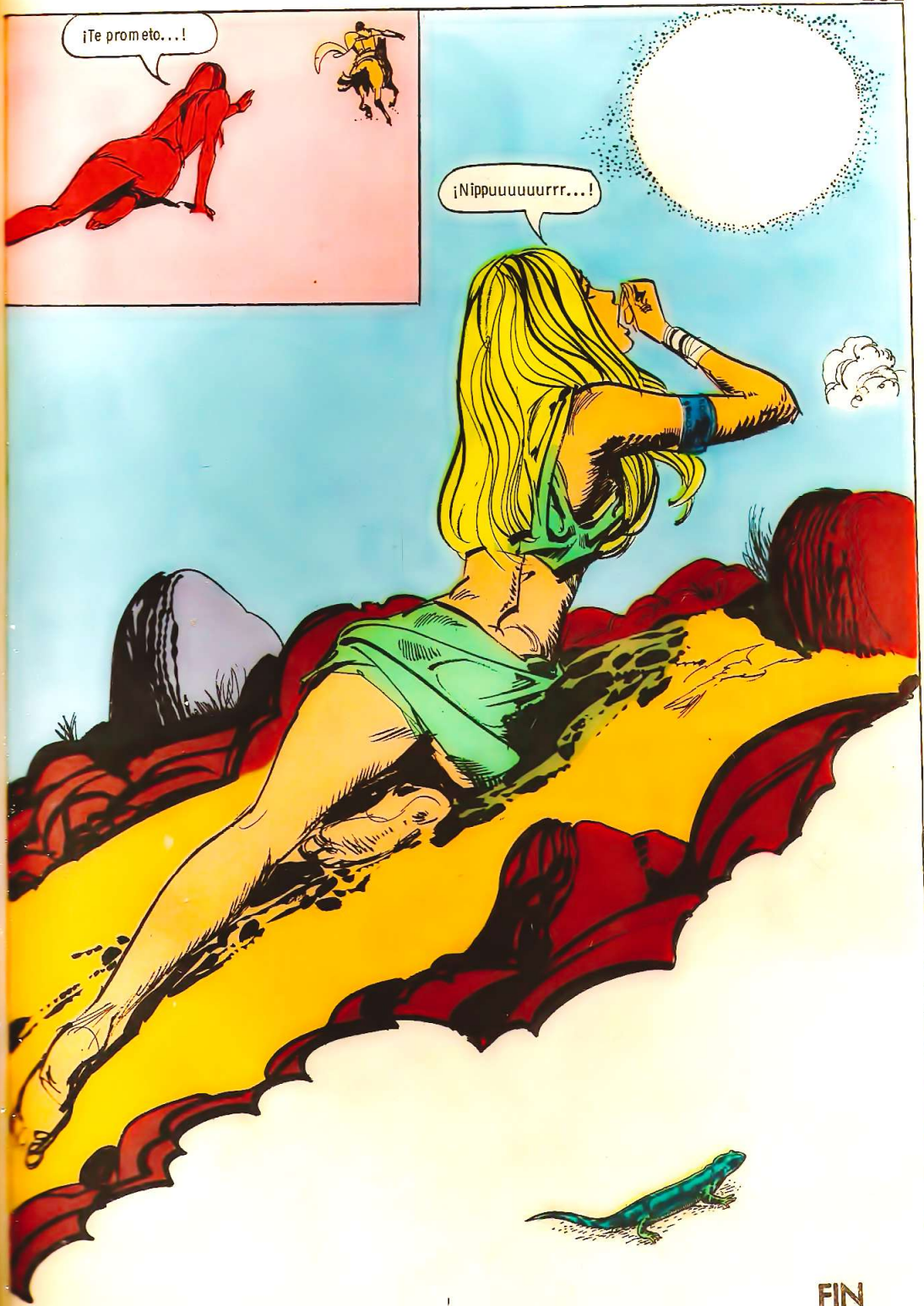
A la mañana siguiente abandoné la casa cuando el sol era un disco ardiente en el cielo. Entre mis rodillas, el caballo parecía bullir de vida. Me lancé a galope tendido por el camino de tierra dorada.

Era ya lejos cuando vi la silueta agobiada de calor, sentada a un costado del camino. Oí su grito y me detuve.

¡Nippur! ¡Llévame contigo, por favor!

No. Podrás conseguir lo que necesitas para vivir trabajando con los campesinos. Allí conocerás el dolor, la fatiga y la injusticia en tu carne. Allí se secará tu belleza y purgarás por la sangre que quisiste verter.

¡No! ¡Espera...!


¡Te prometo...!
¡Nippuuuuuurrr...!
FIN

NIPPUR DE LAGASH

EL LADRÓN QUE HIRIÓ CON MIEDO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Había ido descolgándome con lentitud hacia el sur de los países sumerios en cortas etapas, orillando el río Buranum, que es uno de los dos grandes ríos que hacen verdear las tierras labrantías. Había pensado ir en dirección a Egipto pero era larga la distancia teniendo por medio la inacabable extensión de los arenales hirvientes.

(¿Y para buscar qué? Espectros de mi juventud... Tal vez una mujer que me amó y a la cual abandoné por orgullo...)
(Cuando los años del hombre comienzan a caer como hojas secas, se vuelve a sus años mozos como una planta vieja busca el sol. Comienza a recordar y a dorarse al calor de otros veranos...)
(¿Significa eso, Nippur, que tus años ya escasean? ¿O simplemente que tu alma está vieja y sin ilusiones? Aún conservas la risa y puedes regocijarte con el vuelo de los pájaros o con los corderitos que vacilan sobre sus patas tiernas...)
(Pero tu soledad... Allí es donde algo se ha roto. Has perdido de una manera u otra a todos los que querías. Y en realidad no sabrías qué hacer con ellos si los recuperaras. Te has vuelto ajeno y ya no puedes compartir tu vida. Cuando te rodean amigos sólo sueñas con tu soledad y tu camino.)
(Esos caminos que nunca llevan a ninguna parte... Claro que en eso todos los caminos de los hombres son iguales, vayan por donde vayan. Todos terminarán en el puño negro de Nergal, el dios de la muerte. Allí nos encontraremos todos, hombro con hombro, reyes, pastores y mendigos, sin oros ni espadas ni harapos.)
(La muerte será una corona de polvo y huesos que nos igualará a todos...)
(A todos...)
Ah...
Me deslicé por el ijar de mi caballo sin entender muy bien lo que ocurría. Algo como una brasa me hacía hervir el pecho.

¿Por qué...? ¿Por qué?

Mi caballo, detenido, me miraba vacilante y piafaba. Con esfuerzo conseguí ponerme de pie y sujetarme de sus crines. Mi piel estaba helada y sentía mis ojos turbios y locos de misterio y muerte.

Y a través de esa niebla oí una carcajada salvaje y vi una silueta poderosa aparecer ante mis ojos. Sus dientes de lobo relampagueaban entre los negros pelos de su barba.

¿Aún estás vivo? Eres fuerte.

¿Por qué?

¿Por qué? Por tu hermoso caballo, por tu armadura, por tu espada y porque tal vez tengas oro encima...

No te preocupes. No te haré sufrir mucho. Tengo gran práctica en esto.

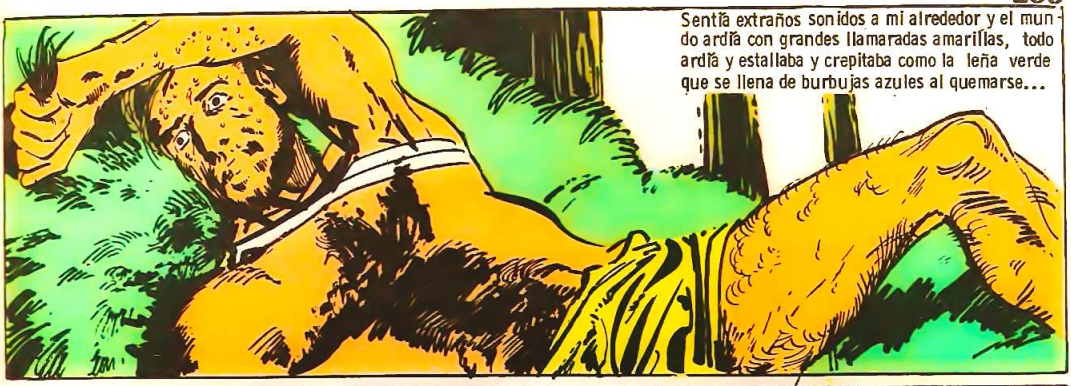
Se rió ferozmente y avanzó hacia mí con su gran cuchillo relampagueando como una hoguera. No era un hombre. Era la muerte, era Nergal el que avanzaba hacia mí. Grité...

¡No...!

Espantado, mi caballo se lanzó a correr y yo, prendido a sus crines, fui arrastrando. Sentí gritos, injurias y maldiciones y el olor a sudor y nervio de mi caballo.

¡Maldito seas!

¡Puercos dioses! ¡Se ha ido!


Sentía extraños sonidos a mi alrededor y el mundo ardía con grandes llamaradas amarillas, todo ardía y estallaba y crepitaba como la leña verde que se llena de burbujas azules al quemarse...

Un fantasma cadavérico que olía a sal, a yodo y a cenizas frías cruzó ante mí y me gritó...
¡Nippur! ¡Ven conmigo! ¡Ven conmigo a la morada que está más allá del Mar Primordial!

No... no quiero...

Bebe esto, hombre. Te hará bien.
No iré con él... No...

Y el mundo se oscureció pero de la oscuridad salían voces y gemidos y vi escenas que reconocí. Yo abría los ojos enormemente para ver esas escenas. Los abría todo lo que podía hasta que mis mejillas temblaban.

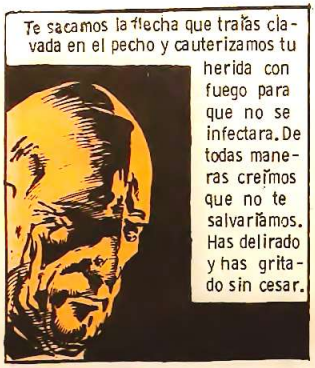
Y vi a un niño que yo conocía, un niño pálido y de ojos brillantes...
¿Dónde está mi madre? ¿Por qué no puedo entrar a verla?
Escúchame, Nippur... Tu madre no está más aquí...

El dios Nergal se la ha llevado al país sin regreso, Nippur.
¡No! ¡No!

¡Dame una espada! ¡Lo mataré! ¡No se llevará a mi madre! ¡No temo al dios de la muerte! ¡Dame una espada!
¡Nippur! ¡No blasfemes!

¡Todos teneis miedo de Nergal! ¡Yo no le temo! ¡Que me devuelva a mi madre o lo mataré! ¡Dame una espada!
¡Dame una espada!
Cálmate, guerrero. Se te podría abrir la herida.
Dame una espada...
Pero no me dieron una espada sino que oí una gran risa y vi la silueta maciza que salía de la niebla como los monstruos salen de los pantanos.
¿Quieres mi cuchillo, Nippur? Yo te lo daré.
No... Vete o te mataré...
¿Tú? No. Yo te mataré, Nippur. Mira.
¡Nooo!
Y entonces abrí los ojos. Me sentía débil, deshecho y mi corazón golpeaba como un escudo batido por la lanza. Un rostro viejo se inclinaba solícitamente sobre mí.
¿Estás mejor?
¿Quién... quién eres tú? ¿Dónde estoy?
Me llamo Abzulina y soy labrador a orillas del Buranum. Y ésta es la casa de mi familia, de mis hijos y de sus hijos.
Tu caballo te trajo hasta aquí. Estabas prendido a sus crines y no pudimos conseguir que las soltaras. Tuvimos que cortarlas para traerte adentro. Mira tu mano.

La miré. Estaba cerrada como un cepo de piedra aún sobre el puñado de crines cortadas.


Te sacamos la flecha que traías clavada en el pecho y cauterizamos tu herida con fuego para que no se infectara. De todas maneras creímos que no te salvaríamos. Has delirado y has gritado sin cesar.

Tal vez... No consigo recordar muy bien...
No lo intentes. Descansa ahora. Estás tan débil que no podrías soportar ni la embestida de un pájaro.

Dormí y desperté y volví a dormir. Me dieron de comer y los niños me contemplaban con sus enormes ojos abiertos y tocaban con timidez mi espada. Las jóvenes hijas (o nietas) de Anzulina me mojaban el rostro con agua y me preguntaban mi nombre.
Nippur... Nippur de Lagash...

Por fin un día pude ponerme de pie sobre mis rodillas temblorosas y salir a buscar el sol.
Estoy vivo... Acabo de darme cuenta...
Lo estás pero por poco. ¿Qué te ocurrió?

Un hombre peludo me disparó una flecha... un asaltante. El lo dijo. Un hombre corpulento de dientes de lobo...
Ah...

¿Lo conoces?
Sí. Es Azrar, el ladrón. Corre por las orillas del Buranum como una hiena, matando hombres y robando animales y mujeres. Todos los campesinos hacen marcas en el suelo al pronunciar su nombre.

Cuando esté sano y fuerte lo buscaré... y lo mataré.
Es un hombre muy peligroso.

Yo también lo soy.
Lo sé. He visto tu cuerpo cosido de cicatrices como si unos demonios locos lo hubieran bordado con uñas de bronce. Pero...

Pero, ¿qué?
Creo que la herida que te ha provocado Azrar no ha sido solamente la que te hizo con la flecha sino...

¿Quieres decir con el miedo?

Sí. Has hablado mucho en tu sueño.

Tal vez, anciano. Sí. He tenido miedo y en mis delirios he visto su silueta de bestia acercarse riendo, cuchillo en mano, prometiéndome la muerte. Y yo estaba indefenso, babeante, y sólo pude gritar como grita el ternero antes de ser degollado.

Lo mataré por ello. Para que con él muera mi miedo.

Los dioses te ayuden.

Lentamente mi herida se cerraba y poco a poco comencé a recuperar fuerzas. Mi cuerpo había quedado convertido en un largo guiñapo grisáceo, punzado por los huesos.

(El ladrón ataca siempre en las márgenes del Buranum pero no vive en ellas.)

Revisé el lugar en que me atacara. Soy experto en las palabras de los rastros y sé hablar su lenguaje.

(Me esperó oculto tras estos matorrales, con las flechas clavadas en el suelo para tenerlas más a mano. Hábitos de cazador.)

(En los bosques... Allí hallaré a Azrar. En los bosques está su cubil... En alguna parte...)

Entonces apareció el niño y me sobresalté ante él. Era menudo y de cabellos oscuros y en su pequeño rostro los ojos eran dos sonrisas.

¿Me ayudas a cortar una rama?

¿Quién eres tú?

Inim, el-que-es-querido. Debo llevar una rama a mi padre para que me haga una espada como la de los querreros. ¿Me ayudas?

¿Esta te servirá?

Oh, sí. Es perfecta. Mi padre estará satisfecho con ella.

Fue mi primer encuentro con Inim. Durante mis siguientes peregrinaciones por el bosque lo hallé de continuo como si fuera un duendecillo furtivo de la foresta.

¿Cómo va la espada que te talla tu padre?

No tardará en terminarla. Luego me tallará un escudo.

¿Y tu madre?
Ella hizo un largo viaje, me ha dicho mi padre. El pone una cara muy extraña cuando le pregunto y se le cambia la voz.
Pensé en otro niño, mucho tiempo atrás, y le acaricié la cabeza. La cabeza de un niño me da miedo. Es una cosa tan pequeña, tan frágil...
¿Quieres mucho a tu padre?
El me quiere mucho... Y me enseña cosas de la vida de los animales y los secretos de las plantas.
A veces, cuando el día muere, nos acercamos al Buranum para ver cómo el sol quema el cielo a lo lejos. El me cuenta historias de la época en que los dioses vivían sobre la Tierra. Casi siempre me duermo y él me trae en brazos.
Tu padre es un buen padre. Los dioses lo premien.
Veo que ya estás fuerte, Nippur.
Aún no del todo, Abzulina. Llevará mucho tiempo pero por el momento, me basta.
¿Sigues con tu idea?
Sí.
Sigo con mi idea y ahora quiero llevarla a cabo.
(En el bosque. Allí lo encontraré...)
Hola, Nippur. ¿Adónde vas?
Voy a cazar, pequeño.
¿Qué vas a cazar? ¿Algo peligroso?
Sí. Algo muy peligroso.

(Voy a cazar a un hombre más peligroso que una fiera. Voy a cazar a un cazador de hombres.)

(Huellas aquí... Tal vez sean las de él... y están muy hondas. Venía cargado y teniendo carga marchó hacia el norte.)

(Al norte está el cubil...)

Pero...

¿Tú? Tendré que terminar mi trabajo, por lo que veo.

No podrás...

(Te mataré... Te mataré porque tú me has herido con miedo... Por eso...)

¡Muere!
¡Ahhhh!
¡HUH!

¡Muere!
¡Muere!

Se acabó, bandolero. Tu vida y mi muerte se han acabado.

Pero, ¿qué es esto?

Una espada de madera a medio tallar... Pero...

Pero, ¿entonces...?

Lo cuidarás, ¿verdad?
Será como uno de mis hijos. Además, lo que trajiste de la guarida del bandolero nos permitirá comprar más tierras. Cuando crezca tendrá la suya. No te preocupes.

Nippur, ¿adónde ha ido mi padre?

Me encargó que te dijera que lo esperes un tiempo. Ha de hacer un largo viaje. Mira, me dejó la espada que te estaba tallando. Abzulina te la terminará.

¿Tal vez ha ido a buscar a mi madre, Nippur?

Tal vez, pequeño. Tal vez...
FIN

NIPPUR DE LAGASH

LOS LOBOS Y LAS OVEJAS

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Me impresionó su poderosa traza. Tenía músculos de toro y hombros que podrían soportar cualquier peso, pero sus ojos eran alegres e inocentes como los de un niño. Señaló la hoguera junto a la cual había quesos y aceitunas.

No fue tanto el hambre sino su sonrisa cordial lo que me hizo apearme. Miró admirado mi caballo y mi espada. El bronce es mucho lujo en Sumeria y hay tantas espadas como hombres capaces de llevarlas solamente.

Encogió sus enormes hombros y me sonrió con esa sonrisa indulgente que tienen los niños al explicar sus cosas importantes a esas personas tan poco despiertas que son los adultos.
¿Yo? Soy pastor. Me llamo Ahon y en mi pueblo me dicen " el que tiene corazón de oveja".

¿Corazón de oveja? ¿Por qué?
Los dioses los comprendan. Desde que nací me elevé siempre una cabeza por encima de los otros niños y con mis manos podía levantar a cuatro de ellos al mismo tiempo. Entonces supusieron que yo sería guerrero.

Pero los sudores de la guerra me disgustan y todos los guerreros que he conocido eran brutales y estúpidos. Yo no quise ser uno de ellos. Además no peleo. Nunca pude.

A veces los muchachones del pueblo me golpean, pero ni siento sus puños. Prefiero apartarme y estar con mis ovejas. Ellas me conocen y aceptan de mis manos frutas y caricias y oyen mi música.

Y por todo ello me llaman " corazón de oveja " y se tocan la cabeza con un dedo cuando me ven mirar flores y jugar con los corderos. A veces me gustaría no volver al pueblo y vivir siempre aquí.

Eres un hombre, Ahon, y no puedes escapar a esa realidad.

No. No puedo . Hay cosas que me lo recuerdan.

¿Hay en tu pueblo una posada donde pueda reposar?
Posada no la hay pero en mi casa podrás dormir y comer. Vivo solo.

Lanzó un silbido a sus perros pastores y estos reunieron las ovejas entre ladridos. El viento soplaba con tibieza.
¡Hala! ¡Vamos a dormir, mis queridos!

Síguenos, viajero.

Monté en mi caballo y seguí a la blanca majada y a la enorme silueta del pastor. El día se iba muriendo...

Allí llega Ahon.
Sí. Viene alguien con él.

Algunos jóvenes del pueblo y un anciano se acercaron curiosos. Un forastero es siempre bien recibido en los pueblos perdidos.
Samás te proteja, forastero.
Lo mismo a ti, anciano.

-¿Vas a unirte con Ureddinna, el barbado?
No sé de qué me hablas, anciano. Vengo desde las márgenes del Buranum y trato de llegar a Egipto con alguna caravana.

Ah. En ese caso aún deberás viajar bastante. La ruta de las caravanas está más al sur. Allá están los hombres de largos mantos que te podrán llevar.

¿Quién es Ureddinna?
Es un jefe de hombres de armas que vino desde sus arenales con todos sus guerreros de piel oscura, con narices agujereadas y que se dirige hacia Umma.

(Hacia Umma... Luggal-Zaggizi sigue alistando hombres bajo sus estandartes. La guerra se avecina y de un momento a otro chocará contra Sargón...)

(Mi amigo Sargón...)

¿Quieres venir a comer con nosotros, forastero?

Ya lo he invitado yo.

¡Cállate, "corazón de oveja"! El forastero preferirá comer con hombres en su mesa.

¿Cuál es tu nombre, muchacho?
Ninnuna.

¿Sabes lo que es un cobarde, Ninnuna?
Pues...

Yo te lo diré. Cobarde es aquel que golpea a quien sabe que no se defenderá. ¿Por qué no me pegas a mí? Yo me defenderé.

Deja, Nippur. No pelees con él. No quiero que haya riña.
Está bien. Por esta vez.

¡Ahon!

Enrojeció y no hizo falta ningún comentario. Recordé sus palabras.
(Esta es una de las cosas que te recuerdan que eres un hombre, ¿verdad?)

Mi padre quiere que le traigas quesos mañana. ¿Lo harás?
Este... sí, lo haré.

Y mira, toma. Te he traído esto... Es miel que hallé en un panal del bosque.
Oh, gracias, Ahon. Tú eres el único que...

¡Dame eso! ¡Allí, entre la basura!

No traigas más regalos a mi hermana, "corazón de oveja". En mi familia somos hombres y nuestras mujeres se casan con hombres.
¿Y yo no lo soy?

¿Tú? Ni aunque nacieras otra vez.

Vi abatirse sus inmensos hombros y sus ojos azules de niño me miraron con tristeza. Hizo un gesto ambiguo como queriendo espantar algo y...
Vamos, Nippur. Tendrás hambre.

Este... dime, Ahon. ¿Has peleado alguna vez?
No con hombres, Nippur.

¿Qué quieres decir?
Solamente con un toro, una vez. Estaba herido y salvaje y atacó a mis ovejas. Solamente por eso.
¿Y qué ocurrió?
Nada. Corrí hacia él, le pegué un golpe con el puño y lo maté.
Vaya...
¿Y esa muchacha?
Ella es la única gentil conmigo. Una vez la besé cuando éramos niños y desde entonces nos amamos. Nos gustaría levantar una casa para nosotros solos pero sus padres y sus hermano no quieren.
¿Por qué todo esto, Nippur? ¿Por qué tengo horror de alzar mis manos sobre otro hombre?
Ellos tampoco están del todo equivocados, Ahon.
No entiendo.
Así como tus perros cuidan a tus rebaños, así deberás tú cuidar a tu mujer y a tus hijos. Y si no te atreves a hacerlo..., ¿qué será de ellos?
¿Es decir que soy yo el que está equivocado?
Ahon, ¿quién que no sea un necio puede decir qué es lo que es correcto o lo que no? Si todos los hombres pensaran como tú, los lobos comerían de nuestra mano y cuidarían de las ovejas.
Pero el mundo de los hombres no está hecho así, desgraciadamente. La experiencia dice que los lobos devoran a las ovejas y los hombres devoran a los hombres. Tú eres como una oveja trotando entre lobos.
Entonces, ¿qué será de mí?

No le contesté. ¿Qué le hubiera podido decir? Los consejos son alimentos de aire que todos saben servir. Yo soy mal cocinero de ellos. Ahon miró la lumbre como los niños que no pueden hallar la respuesta a sus preguntas.

Yo me arrebujé en mi manta y cerré los ojos. Antes de dormirme tuve un último pensamiento.

(Ovejas... Lobos... Todos están como fueron creados...)

(Pero el hombre no... El hombre se levantó sobre su soberbia y quiso tener la estatura de los dioses... Y eso fue su miseria.)

(No somos animales... y no somos dioses... Somos seres perdidos que se tambalean entre dos mundos. Y en cualquiera de esos dos mundos somos extraños intrusos...)

(Pobres hombres... pobres niños perdidos...)

Y me dormí.

Me desperté bruscamente con la mano cerrada sobre mi espada. Al principio no comprendí muy bien por qué. Luego escuché los gritos y el entrechocar de corazas.

Guerreros...

¿Qué ocurre, Ahon?

Ureddinna y su cincuentena de guerreros negros han llegado al pueblo. Marchan hacia Umma y se han detenido aquí.

Aquél de la barba trenzada es Ureddinna.)

Parece que discutiera con el jefe de tu pueblo.

Así era. Hasta nosotros llegó el estruendo de la voz del bárbaro.

¡No me interesan tus lloriqueos! ¡Quiero comida para mi gente!

Señor, si te damos lo que pides, nada nos quedará. Somos pocos y pobres y muchos niños morirían.

Y si no haces lo que digo, morirás tú. ¿No tienes miedo de la muerte?

¿A mi edad? No. Estoy tan cerca de ella ya...

Entonces no la hagamos esperar.
¡Ahhh!
Desclavó su espada y pareció olfatear la sangre como una hiena olfatea la carroña. Luego se volvió hacia sus silenciosos negros de escudos de madera.
¡No discutamos más con esta basura! ¡Ya que mezquinan su carne y su vino, tomaremos su carne, su vino y su vida!
Dioses...Van a saquear el pueblo.
Con un alarido espeluznante, los negros de lanzaron contra las puertas de las casas. Se oyeron gritos de mujeres y estallidos de vasijas rotas.
¡Todo es nuestro!
¿Qué haces, Nippur?
Me preparo. Conozco a los asesinos. Cuando el vino corra, querrán hacer correr la sangre. Habrá que pelear.
Oímos un coro lastimero de balidos y comprendí que por sorpresa habían entrado en el corral de las ovejas. Salimos y los vimos gritando y cantando y matando. Ya no les interesaban las provisiones.
Mis ovejas...No...
¡Socorro! ¡Socorro!
No...No...¿Por qué? No hagan eso...
Basta, déjala. No la maltrates.
¡Fuera, escoria!

¡Fuera te digo!
SOK

Lentamente, Ahon alzó su rostro. Un temblor convulso lo hacía tiritar y por entre el río de sangre que le corría vi brillar sus ojos como los de un loco.
Perros... perros...

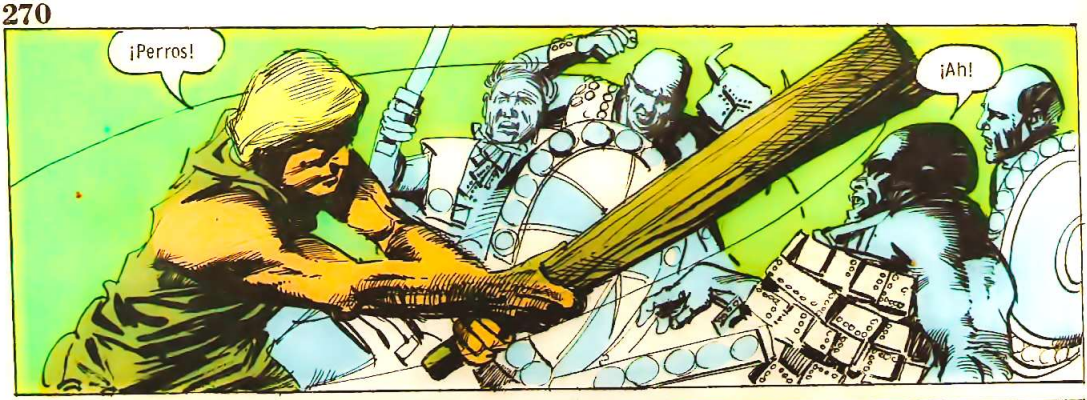
¡Suéltala, te digo!

¡Ahhhh!

¡Hay uno que pelea!
¡Sí! ¡Es uno solo! ¡A él!

¡Dos!
¡Ahhhh!

¡Perros! ¡Mis ovejas...!


¡Perros!
¡Ah!

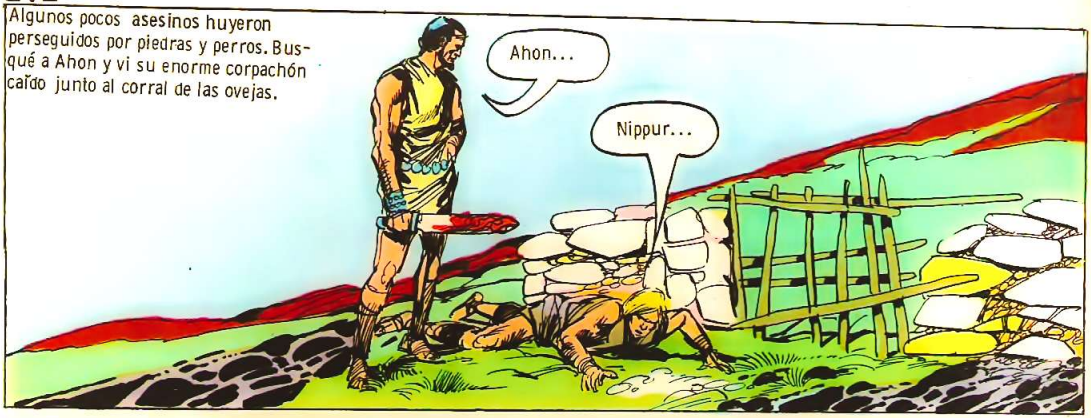
¡Fuera de mi camino!
¡Ahh!

¡Mátenlos! ¡Son sólo dos!

¡Ahon está destrozando a los asesinos! ¡Ayudémoslo!
¡Démosles su merecido!

¡A ellos!
¡Ahhh!

Mis ovejas...
¡Toma!
Mis ovejas...
¡Noooo!
Mis ovejas...
¡Ahhh!
Mis ovejas...


Algunos pocos asesinos huyeron perseguidos por piedras y perros. Busqué a Ahon y vi su enorme corpachón caído junto al corral de las ovejas.
Ahon...
Nippur...

Mira... Todas muertas... No pude hacer nada por ellas... ¡No pude... Tal vez tenías razón... Tal vez si hubiera tenido hijos y mujer tampoco...

Tampoco...

¿Ahon...?

¿Cómo está?
Muy lejos... Muy lejos...

Donde esté ahora, podrá cuidar de sus ovejas y sus flores. Sin que lo hieran ni se burlen... Podrá reír y los dioses lo llamarán por su nombre... Y tendrá paz.

Todos callaron a mi alrededor y se olía la sangre y el polvo. Los perros pastores, desorientados, husmeaban el cuerpo enorme de su amo. Por fin, uno de ellos lanzó un triste aullido.
Fin

NIPPUR DE LAGASH

LOS SUEÑOS PELIGROSOS

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

El camino se estrechaba en esa región montañosa y trepaba entre las rocas grises y blancas como una víbora de polvo. Algunos matorrales le daban color y a lo lejos se veían praderas y bastiones de nubes.

Yo soy Nippur, el que sabe de las batallas y los caminos. Yo soy el que sabe algo de los dioses y nada de las mujeres. Me agradan las flores y me desorientan los niños. Yo soy Nippur, vagabundo que fue gran jefe, hombre amado que amó, amigo que también los tuvo.

Soy un hombre, semilla del destino y sigo la trayectoria de todos los hombres, que en eso no somos diferentes aunque lo deseemos. Ganado que ama el mismo pasto, ya sea que ese pasto se llame oro, poder, mujer o ilusión, los hombres nos parecemos.

¡Eh, jinete! ¿Vas solo?

Yo no persigo el oro ni las mujeres, aunque no desdeño a las que encuentro en mi camino. Conozco el gusto de reclinarme en el amor de una mujer y también conozco la ardiente sensación de inutilidad del adiós. He visto llorar a muchas por mí... las que luego llorarían por otros o serían felices con otro. La mujer no tiene ayer.

Así es. ¿Quieres unirte a mí?

¿Por qué no? El camino es largo y sólo puedo entretenerme tirando piedras a los buitres.

Me llamo Nippur, me dicen "el errante".

Me llamo Uttu. Ahora muchos me llamarán manco.

¿Qué te ocurrió?

He sido guerrero de Ninnanaphar, que peleó contra los martus, los bárbaros que no conocen el grano. Me alisté cuando era muy joven aún...

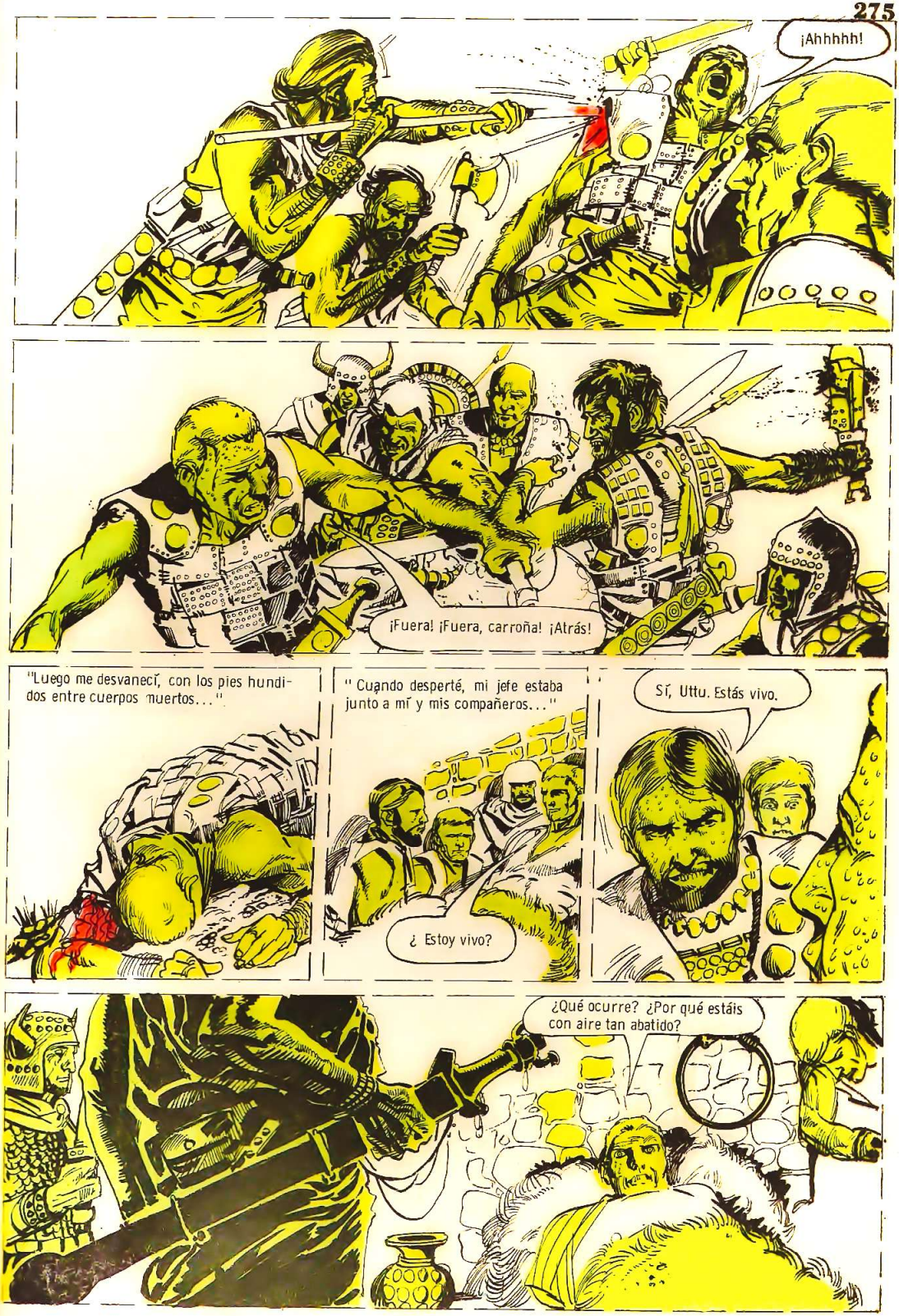
Durante siete años estuve en sus filas y llegué a ser un jefe de cien. Me concedió honores y aceptaba mis opiniones en las batallas. Recibí muchos collares de oro y mis hombres me querían.

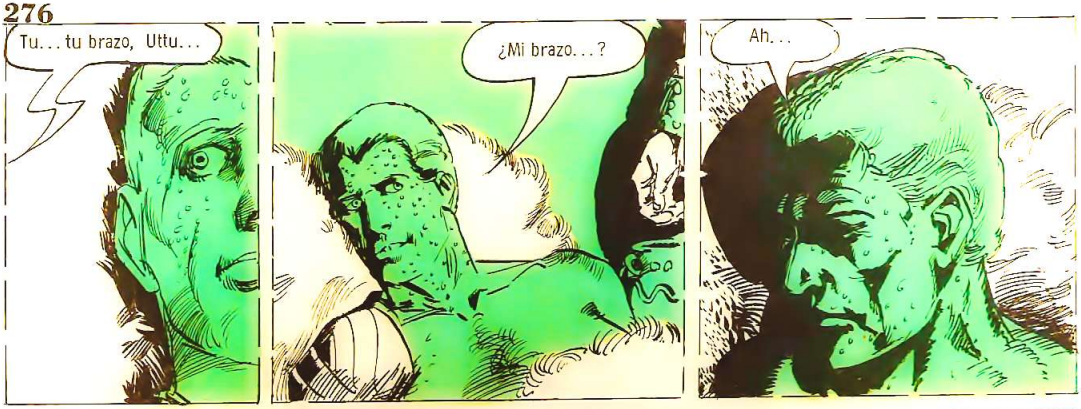
Lanzó un suspiro...

Ah, sí. No era mala la vida de guerrero.

En fin... el caso es que conseguimos acorralar a los últimos bárbaros sublevados en el sendero de Dios Toro y allí los exterminamos. Lucharon como locos y consiguieron llegar sorpresivamente hasta el carro de nuestro jefe. Lo hubieran matado.

"Yo lo defendí con un hacha..."

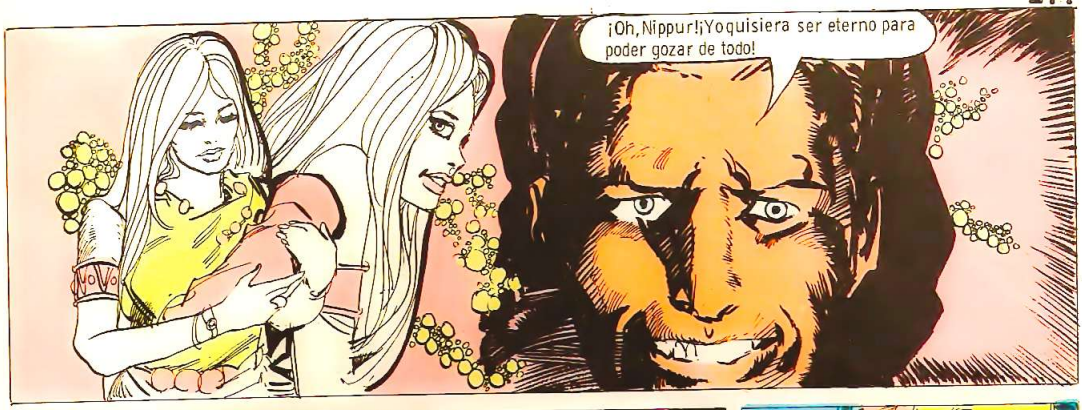

¡Ahhhhh!
¡Fuera! ¡Fuera, carroña! ¡Atrás!
"Luego me desvanecí, con los pies hundidos entre cuerpos muertos..."
"Cuando desperté, mi jefe estaba junto a mí y mis compañeros..."
¿Estoy vivo?
Sí, Uttu. Estás vivo.
¿Qué ocurre? ¿Por qué estáis con aire tan abatido?


Tu... tu brazo, Uttu...
¿Mi brazo...?
Ah...

Nosotros...
Por favor, dejadme solo un poco...
"Lloré, sí. Lo reconozco. Lloré solo en la tienda. Lloré..."
Pero luego me consolé. Soy joven, fuerte y con un brazo se puede hacer mucho.
Eres un joven animoso, Uttu. Me agrada oírte hablar.

¡Bah! No soy tan animoso como crees. Simplemente la vida es hermosa y todo es tan bello... Cada vez que sale el sol comienza una hermosa aventura... y cuando llega la noche comienza otra. Hay estrellas y soles y mujeres y niños. Es difícil no ser feliz, Nippur.

Piensa en la madre que nos cuidó de niños y en las que nos han querido luego piensa en que podemos beber, cantar y reír. Piensa que tendremos hijos a quienes enseñar y que nos querrán.


¡Oh, Nippur! ¡Yo quisiera ser eterno para poder gozar de todo!

Dime, ¿cuál es el secreto de esa alma maravillosa que tienes?

Tal vez, el amor, Nippur...
¿Una mujer?

Sí. Una hermosa mujer. Una hermosa muchacha, Hania. Me espera en mi pueblo natal. Volveré junto a ella y tendremos hijos y campos labrados. Seré feliz con ella y con los días y las noches de los años por venir.

Cuando me decidí a luchar lo hice para ganar dinero y poder ofrecer a Hania una vida cómoda. Ahora tengo oro más que suficiente. Mi señor Ninnanaphar quiso que siguiera con él pero ya la nostalgia por mi amor fue mucha. Por eso regreso.

Dentro de tres días llegaré a mi pueblo y buscaré a Hania. Me miraré en sus ojos y le diré simplemente: "He vuelto a ti". Y ella me sonreirá y tal vez llore.

Toma, Uttu. Bebe. Beberemos los dos por tu futura felicidad y por tu horda de hijos.
Gracias, Nippur...

¿Y tú? ¿No tienes una mujer que te aguarde?

No, Uttu. Las mujeres alimentan sueños que sólo pueden hacerse realidad por medio de un hombre. Y yo no me atrevo a ser responsable de los sueños de otro.
¿Por qué no? Es hermoso.

También puede ser terrible. Un sueño puede ser más terrible que una espada.

Esa noche pensé en las palabras de ese magnífico joven que no muy lejos mío, dormía borracho de vino, de amor, de sueños y de vida. Y lo envidié con una bonachona envidia de viejo.

(Ojalá los dioses te colmen con sus bendiciones.)

Allá, más allá de aquellas colinas está mi pueblo. Llegaremos en dos días.

¿Te quedarás para mi boda?

Con mucho placer.

Nos miramos sin hablar y al mismo tiempo separamos nuestros caballos. No hacían falta palabras de alerta entre dos guerreros. El sonido de una cuerda de arco al tensarse se puede oír claramente cuando es tirada por un inexperto.

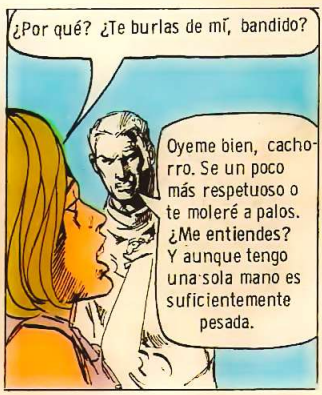
¡Cuidado, Nippur!

¡Huyamos! ¡Le erré!
¡Corre!

¡Alto!

¡Quietos, he dicho!

¡Mátame, bandido! ¡No esperes que te pida piedad!
No acostumbro a matar cachorros sino leones crecidos. ¿Quién eres tú y por qué nos has atacado?


¿Por qué? ¿Te burlas de mí, bandido?
Oyeme bien, cachorro. Se un poco más respetuoso o te moleré a palos. ¿Me entiendes? Y aunque tengo una sola mano es suficientemente pesada.

Este... ¿No sois hombres del Deforme?
¿El Deforme? ¿Qué Deforme? Yo soy un antiguo guerrero que vuelve al hogar y mi amigo, un viajero. Y sólo tenemos deforme la paciencia.

Creo que...
Sí. Creo que hemos cometido un error.

Debéis perdonarnos, señor. Estábamos aquí con la esperanza de matar a un hombre que traerá mucho daño a nuestro pueblo.

Uttu lanzó un reniego...
¿Y para eso lanzas una flecha sin mirar a quién y luego sales corriendo como un conejo a campo abierto ante un jinete? ¡Idiota!

No sabemos nada de guerra, y además somos los únicos hombres que hay en nuestro pueblo.
¿Cómo es eso?

Los hombres han ido a llevar los ganados a las tierras bajas y eso les llevará semanas. Esa es la oportunidad que el Deforme aguardaba.
¿Qué es lo que quiere el Deforme?

Mujeres para él y para los suyos. Y venganza. El nació en nuestro pueblo pero su cuerpo y su cara eran horribles. Y la gente huía a su paso. Un día mató y tuvo que huir. Juró volver y vengarse de todos.

Y ahora lo esperamos. Vendrá con sus tres amigos, hombres con los cuales ha depredado por muchas tierras. Vendrá y dejará el pueblo bañado en sangre, por eso estamos aquí.

¿Qué te parece, Uttu?
Pues... no tengo tanto apuro en llegar a mi pueblo. ¿Y tú?

No me gusta que se ataque a mujeres. Justifica la mala fama de los hombres

Lanzamos una carcajada y palmeamos a los jóvenes..
¡Vamos! Llévanos a tu pueblo que queremos conocerlo.

Mujeres asustadas y esperanzadas nos dieron carne, verdura y vino, y nos contemplaron anhelantes mientras cuchicheaban.
¿Qué opinas del asunto, Uttu?
No me preocupa.

Son cuatro salteadores, seguros de que no hay hombres en el pueblo. Haremos colocar algunos pellejos de vino en la entrada del pueblo. A ellos les gustará beber.

Y tú sabes, Nippur, lo inconveniente que es combatir con el estómago y el cerebro lleno de vino.

Sí. Y también comprendo por qué tu jefe quería conservarte a su lado. Eres astuto.

Los cuatro hombres se detendrán en la entrada del pueblo y...

Mira, Deforme... ¡Vino!

Soy feliz... No me gusta matar seco. Matar con vino es más hermoso. Bebamos...

Ah... Es bueno y fuerte... ¿Y las mujeres?

¿Dónde están las mujeres?

¡Mujeres!

No grites tanto, simpático monstruo. No te imaginas hasta qué punto rechina tu voz.

¿Quiénes sois vosotros?

Hombres. Todos los pueblos tienen hombres que los defienden. ¿No lo sabes?

¿Y vosotros sois los hombres que defenderán este pueblo?
Exactamente. ¿Te agrada la idea?
¿Por qué no? Ya tengo el vino. Ahora quiero la muerte.
Esa la tendrás. Mírala. Estaba durmiendo en el filo de mi espada pero ahora se despereza y abre los ojos.
¡A ellos!
Uttu se movió. Nunca creí que existiera un ser tan veloz en el mundo. Su espada centelló atravesando bronce y carne...
¡Ahhhh!
¡Esto es demasiado fácil, Nippur!
¡No es tan fácil, manco!
¿No?
¡Ahhh!

No miré más. El Deforme se abalanzó sobre mí lanzando tajos...

¡Ahhh!

¡No! ¡Nooo!

¡Asesino!

¡Ah!

Creo que el aire está un poco más limpio ahora...

¿Y el cuarto?

El cuarto bandido yacía despatarrado sobre su propia sangre. Un poco más allá, Uttu se había sentado en el suelo.

Tú tenías razón, Uttu. Fue demasiado fácil.

Me sonrió. Nunca vi tanta dulzura en una sonrisa.

No, Nippur. No fue tan fácil.

Recién entonces vi el charco rojo que se agrandaba bajo él...

Uttu...

¿Qué iba a suponer? Me confié mucho... Fue al matarlo...

Te llevaré...
No me muevas. Estoy muerto. Sé lo que es esta herida... Justo ahora... Hania... Hania... Hania...

Ve a verla, Nippur... Dile que... que no pude volver... junto a ella, pero que...

Murió allí, sin cambiar de postura. Murió como viviera, gentilmente.

La mujer alzó su rostro. Era joven pero de aire malhumorado y su gordura la hacía pesada y sudorosa.
Yo soy Hania...

Dos o tres chiquillos peleaban detrás suyo. Se sonó la nariz con los dedos y le pegó un puntapié a un perro para apartarlo. Vacilé...
Soy amigo de Uttu...
¿Uttu? Ah, ese chico del pueblo...

¿Tú eras algo de él?
Bah. Chiquilladas. Sueños que se tienen de joven. Me prometió que se haría rico y que volvería a buscarme. Era un buen chico pero muy soñador. ¿Por dónde anda ahora?

Mascullé una respuesta cualquiera y ella se volvió a sus hijos para acallarlos. Me aparté de su lado al paso lento de mi caballo...)
(Mi pobre Uttu... Esta mujer gritona y sudorosa es lo que queda de tu sueño. Nada más.)

(Muchacho querido. ¿Te acuerdas de lo que dije?)

(Los sueños son tan peligrosos...)
Fin

NIPPUR DE LAGASH

LA LOBA

Guión de ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

El aullido se elevó hacia el cielo como un quejumbroso agüero de desgracia.

¡Rápido, Nippur!

¡Rápido!

Pero el lobo percibió algo en el aire y de un tremendo salto se arrojó entre las rocas. Mi flecha se hincó inútilmente en tierra.

La muchacha balbuceaba espantada en el árbol. Me acerqué a ella y con mi cuchillo corté las cuerdas.
(Bestia astuta... y bien astuta... Debe haber sido herida con anterioridad por algún cazador y sabe el peligro que significa un arco...) ¡Calma, muchacha. Estás a salvo.

Toma. Un trago de vino te hará bien. Toma.

Gracias... Gracias, señor... Ya me siento mejor. Fue el miedo, solamente...
Pues era una razón con mucho fundamento, te diré.

¿Quién te ató aquí? ¿Quién es el autor de esta crueldad?
Mi gente, señor... Los de mi pueblo...

¿Los de tu pueblo? ¡Por Negal! ¿Qué crimen cometiste para merecer una muerte tan horrible?
Ninguno, señor. Fue Mahna, la mujer que cura, la que dijo que debían entregarme a la loba para calmarla.

No entiendo. ¿Alimentan a la fiera con carne humana? ¿Faltan cazadores en tu pueblo?
No, señor, pero la loba no es un animal, sino un demonio.

Creo poco en los demonios cuando dejan huellas y huelen a madriguera. Esa era una simple loba, un poco más grande que otras, nada más.
No, señor. Mahna lo explicó y ella sabe mucho de las cosas de la muerte y de los infiernos.

Parece que no estás muy contenta de que te salve.
Puedo asegurarte, señor, que sí lo estoy... No me creas desagradecida.
Ven, te llevaré a tu pueblo.
Oh, señor... Temo que se enfurecerán de verme volver... Esperaban que con mi sacrificio la loba se mostrara satisfecha.
No exageró la muchacha. La gente del pueblo blasfemó y maldijo cuando la vieron aparecer.
¿Y ahora? La bestia seguirá persiguiéndonos y destruyéndonos. ¿Por qué has vuelto?
Yo salvé a esta muchacha.
¿TÚ? ¿Y por qué tienes que meterte tú, un extranjero, en nuestros asuntos?
¿Qué eres tú? ¿Un hombre o un perro? ¿Tratas de comprar tu paz con la vida de otro?
¡Miserable!
Pero...
Mide tus palabras, labrador. A veces la muerte está más cerca nuestro de lo que supones. Y en este momento revolotea alrededor de tu boca.
Perdona... No quise ofenderte...
Una risa cascada se oyó y pude ver una mujer delgada y arrugada, con rostro de ave de rapiña que avanzaba hacia mí cojeando. Era vieja y fea como el infierno.
¿Así que ha llegado un hombre a este pueblo de mujeres?
Tú debes de ser Mahna, la de los consejos.
Y tú eres un hombre de guerra. Ah, sí. Tienes la cabeza erguida como la de las águilas y el orgullo te ha dado ojos claros. Tú eres de los que no se arrodillan ante la muerte. Tú eres de los que se ríen con risa de bronce.

En este pueblo todos miran sus pies y tienen el alma y las espaldas curvas. Ríen con los dientes y sueñan solamente con un plato lleno. No puedes pedirles más que eso.

El círculo oscuro de gente a nuestro alrededor vacilaba golpeando por la voz de la mujer. Eran rostros grises y cansados y los ojos eran huecos, plañideros. En todos leí lo mismo.

Miedo.

¿Qué haremos, Mahna? ¿Debemos volver a atar a Nunnia al árbol?

Ni lo intentes muchacho. Si tan solo te acercas a ella, te meteré una flecha en cada ojo.

Pero... ¡La loba nos seguirá matando!

Entonces muere como si fueras un hombre y no trates de ganar tu vida con el sacrificio de otros.

Mahna rió agriamente. No parecía molesta por mi intromisión sino que incluso parecía agradarle. Su voz rechinaba y vibraba como un látigo azotando a aquella masa temblorosa, destrozada por el miedo.

¡El forastero se burla de vuestro miedo, cobardes! ¿Veis lo que es un hombre? ¡Comparadlo con vuestras miserables personas!

¡Y vosotras, mujeres, mirad a vuestros maridos! ¡El único valiente es un extranjero! ¡Vuestros hombres tiemblan como ovejas! ¡Y eso es lo que son!

Ya se ha hablado bastante. Deseo comer. ¿Hay quien pueda ofrecerme algo?

Mi nombre es Maphanir y soy padre de Nunnia, la muchacha que tú salvaste. Ven a comer a mi casa.

Comed pero no olvidéis que esta noche aullará otra vez el demonio y que temblaréis en vuestras casas sabiendo que la fiera ronda alrededor.

Hasta a mí llegó un frío coletazo de miedo. Esa voz cruel y carrasposa era como un pájaro negro que aleteara a nuestro alrededor. Nunnia me tocó el brazo.

Ven, extranjero.

¿Qué pensáis hacer con respecto a la fiera?

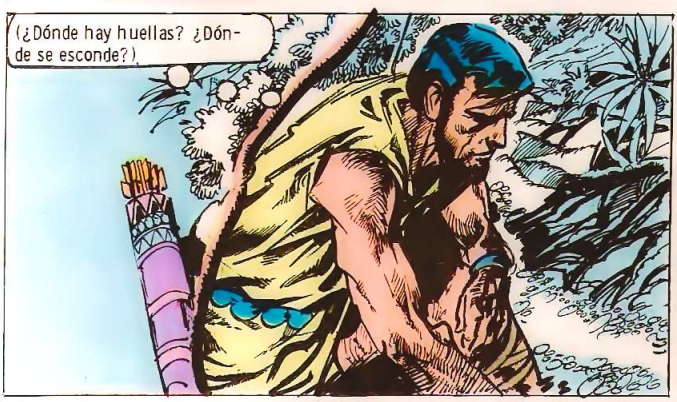
Nada, señor. No podemos hacer nada contra ella. No es un animal sino un demonio.

¡Acabad con esos lloriqueos! ¡Es una bestia de cuatro patas y llena de piojos! ¡Todo lo que necesita es una flecha!

Y eso es lo que yo le daré. Una flecha.
¿Intentas cazarla?

Exactamente.
Muchos cazadores han muerto al tratar de hacerlo.

Yo soy Nippur de Lagash y mi muerte no está bajo el signo de una loba...


(¿Dónde hay huellas? ¿Dónde se esconde?)

(Qué animal tan extraño... Se aparta de todos los sitios que debieran ser su madriguera natural.)

¿Sigues empeñado en cazar al demonio, Nippur de Lagash?
Sigo decidido a cazar a la loba, Mahna.

No podrás. Ya lo verás.

¿Quién es Mahna?
¿Mahna? En otros tiempos fue la mujer más rica en nuestro pueblo. Tenía numerosos pretendientes aunque era fea pues lo que le faltaba en el cutis lo tenía en la bolsa.

Pero un grupo de guerreros que cruzaron por el pueblo, saquearon y quemaron su casa. Quedó en la miseria y durante mucho tiempo vivió casi de limosna. Luego comenzó a vender hierbas y pociones y se dedicó a curar.

Demostró tener poderes ocultos y la gente comenzó a temerle y a respetar su palabra. Eso es todo.
Hmmm.

(¿Dónde está? ¿Es un demonio? Este es el único abrevadero de agua que hay y no ha venido a beber... No hay huellas... Maldito sea.)

¿Y, Nippur? ¿Nada aún?
Todo llegará, ya verás.

Esperemos, Nippur. Esperando se llega a la muerte.

Déjame que lleve tu carga. Es pesada...
¡No! ¡Deja!

Sólo quise ayudarte.
No necesito. Me basto sola.

(Mahna... Mahna...)

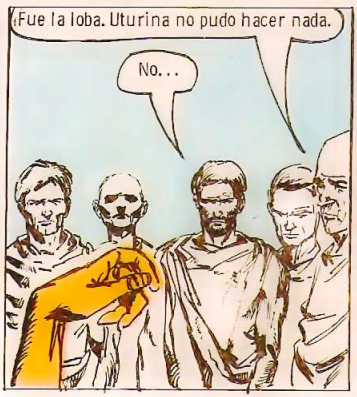
En la noche, una sombra se desliza suavemente. Las patas no hacen ruido y los ojos relucen como brasas en la oscuridad.

¿Qué...?

¡No!

¡Noooo!

¡Ahhhhhhhh!


Fue la loba. Uturina no pudo hacer nada.
No...

Y nos seguirá matando uno tras otro.
Mahna lo dijo... Si se hubiera sacrificado a Nunnia...

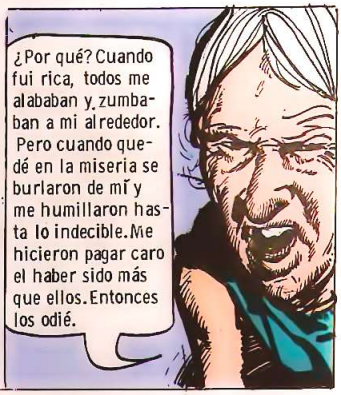
¡Hagámoslo ahora! ¡Llevémosla al árbol!
¡Sí! ¡Hagámoslo!

¿Quién lo hará? Quiero saberlo para saber quién morirá primero.
¡La loba nos matará a todos si no lo hacemos!
No se perderá mucho, majada de cobardes.
(¿Qué fiera es ésta que entra a casas y mata hombres? ¿Qué fiera es ésta que no bebe y no come? ¿Dónde está su cubil?)
(¿Dónde?)
(¿Dónde? Pensemos. ¿Dónde no he buscado?)
(Pero... ¿Y si fuera...?)
(Allí está el arroyo...)
(Y allí está Mahna sacando agua...)
¿Puedo ayudarte, Mahna?
No. Ya está.
Llevas mucha agua...
Las viejas tenemos mucha sed.

Especialmente cuando son dos. ¿Verdad, Mahna?
¿Qué quieres decir?

Que son dos las lobas y no una como la gente cree. Tú eres la otra, Mahna. Vengo de revisar tu choza. Ahora sé lo que llevabas aquel día cuando no quisiste ayuda. Carne.
Ah.

Eres inteligente, Nippur, y eso es extraño. Inteligente y valiente. Eres un favorito de los dioses. Sí, has descubierto la verdad.
¿Cómo lo hiciste? ¿Y por qué?

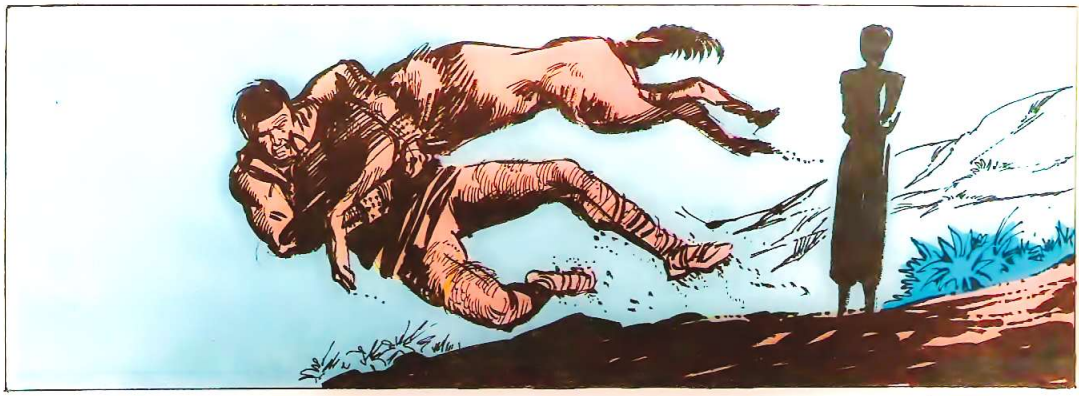

¿Por qué? Cuando fui rica, todos me alababan y zumbaban a mi alrededor. Pero cuando quedé en la miseria se burlaron de mí y me humillaron hasta lo indecible. Me hicieron pagar caro el haber sido más que ellos. Entonces los odié.

Un cazador mató a un lobo y yo encontré uno de sus cachorros. Una lobezna. Era como yo. Lo había perdido todo y estaba en mis manos, enviada por los demonios. La cobijé en mi choza y le enseñé a matar.

Fue un largo trabajo, muy paciente. Durante el día, mi loba se oculta en mi choza y durante la noche sale a matar. Por eso nadie la descubrió nunca. No la pueden cazar porque no necesita buscar comida. Yo se la traigo.
Ahora lo sé yo. ¿Dónde está?

Me sonrió cruelmente, y de pronto gritó...
¡Mata!

Brotó como un rayo desde un matorral y cayó sobre mí.



No...La has... La has matado...¡No! ¡No!

¡Maldito seas, Nippur! ¡Has destruído la obra de toda mi vida! ¡Maldito seas!

Adiós, Mahna. No te tocaré. Y tampoco diré nada a la gente del pueblo. Tu castigo será ser inofensiva y envejecer en el pueblo que odias, entre aquellos a quienes ya no podrás dañar. Ellos también son culpables de esta loba. Nació de todos vosotros y de vuestras almas, y de vuestra mezquindad y vuestra bajeza. Adiós.

¡Maldito seas, Nippur! ¡Maldito seas en todos los tiempos!
FIN

LOS CORTESANOS Y LOS GUERREROS

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Soledad. Con esa palabra lleno mi boca en algunos días en que siento los caminos demasiado largos o el polvo demasiado árido bajo mis pies. Soledad, cuando el agua no es tan fresca en el cántaro o cuando los hombres cierran sus puertas ante el desconocido que golpea en ellas.

Pero también la llamo aventura. Esa mujer agradable y vocinglera, ataviada con un ropaje de mil colores que ríe y golpea sus joyas de cobre y cristal mientras pinta con rojos violentos y atractivos los horizontes lejanos.

Soledad para Nippur. Aventuras para Nippur. Vivir es tan hermoso...

¡Socorro!

(¿Y eso? Una mujer grita. Era demasiada paz para que durara.)

¡Socorro!

De un tirón saqué mi espada, maldije la hermosa mañana arruinada y me lancé corriendo hacia ese alarido que no cesaba.

¡Socorro!

7591

Salí de entre los árboles enrollando una manta en mi brazo izquierdo y buscando un árbol contra el cual apoyar mis espaldas en caso de que los enemigos fueran muchos.

¡Aquí tienes ayuda, mujer!

¡Mata al monstruo, por amor de Samás!

Este... con mucho gusto, muchacha. Pero, ¿dónde está?

¡Allí! ¡Justo enfrente de ti!

Miré a mis pies y vi al "monstruo". Analicé por un momento la "peligrosa" situación y por fin lo empujé con mi pie.

Vete, sapo tonto.

Puedes bajar. Dudo mucho de que tu vida peligre ahora.

Me has salvado...

-Mi nombre es Pima y he venido a este lugar espantoso desde Uma. ¿Conoces Uma, extranjero?

En efecto, conozco Uma. ¿Y por qué te encuentras aquí?

¿He venido con mi marido que debe hacer una cura de mar. Los sacerdotes lo han revisado muchas veces y aseguran que debe descansar de sus tareas. Trabaja mucho, ¿sabes? Y siempre está pálido y cansado.

Me miró de pies a cabeza y con ojos de niña dijo... -No es alto y gigantesco como tú. No tiene esos enormes músculos tuyos, ¿eres fuerte?

Me encogí de hombros. Me desagrada cuando la conversación me convierte en tema central.

¿Dónde está tu marido? Nunca debes alejarte demasiado del campamento.

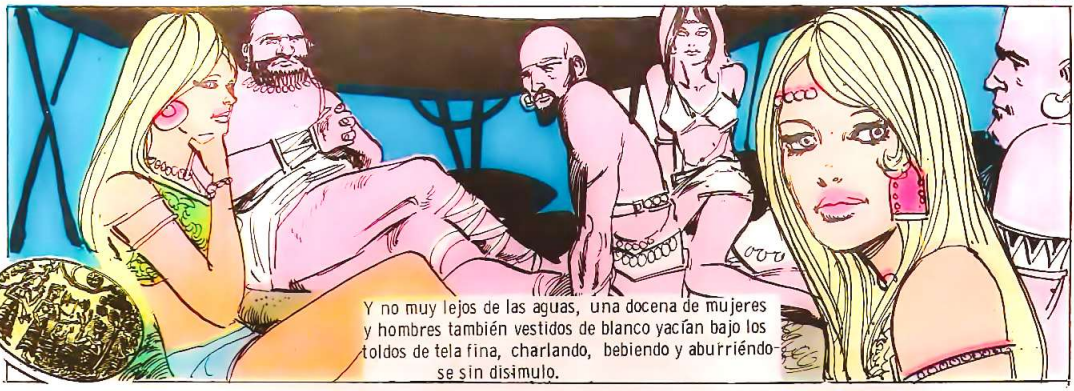
Ven conmigo. Comerás con nosotros. Me aburro tanto...Hemos venido con varios amigos pero son todos como Elim y sólo hablan de aceite, granos, barcos, camellos, piezas de plata... ¡uf! Ven.

Está bien. Te acompañaré pero luego seguiré mi camino.

¿Por qué estás tan apurado, extranjero? ¿Adónde vas?

¿Adónde? A ninguna parte, muchacha. Simplemente voy.

Frente al mar se alzaban dos docenas de tiendas blancas como la nieve y un enjambre de criados de cabezas afeitadas, con los lóbulos cortados corrían de aquí para allá, cocinando, limpiando, empujándose...


Y no muy lejos de las aguas, una docena de mujeres y hombres también vestidos de blanco yacían bajo los toldos de tela fina, charlando, bebiendo y aburriéndose sin disimulo.

¿Y esto es lo que llamas una cura de mar?
Sí. Aquel que escribe es mi marido. Ven.

(Guardianes.)
También vi algunos pesados hombretones de torsos de barril y caras peludas sentados junto a unas rocas bebiendo, rascándose las axilas y mirándome con fríos ojos de bestias.

¡Elim! ¡He encontrado a este extranjero que me ha salvado la vida! ¡Se llama...! ¿Cómo te llamas?

Las personas desde abajo del toldo me miraron. Eran ricos cortesanos de Uma, de carnes fláccidas y ojos cansados. Manos débiles y hombros estrechos. Mujeres de cabellos teñidos y de lánguidas bellezas nocturnas que protegían cuidadosamente sus pieles blancas del sol feroz.
Bienvenido. ¿Cómo te llamas?

Nippur.

Las cabezas se movieron como flores mecidas por el viento y los ojos me miraron atentamente. Elim preguntó cautelosamente.
¿Nippur? ¿Nippur de Lagash?

Ese soy. Si hay entre vosotros gente amiga de los tiranos de Sumer, tal vez no me quiera en este campamento. Decidlo. Mi nombre no es bandera de paz.

Nada tenemos contra ti, Nippur de Lagash. Somos comerciantes, no guerreros. Tu rebeldía contra el poder de Luggal-Zaggizi no nos concierne. Bebe con nosotros.

¿No es emocionante? ¡Nippur está entre nosotros! ¡Y es hermoso como un dios!

En ese momento, los dos jinetes aparecieron en un recodo de la corte. Venían al paso lento de sus monturas y vi los cabellos de uno de ellos volar en el viento como una bandera de oro.
¿Y aquello?

Se acercaron más y se detuvieron frente a nosotros. Un blanco y un negro. Altos y soberbios como lanzas. Los cortesanos los miraron interesados. El aburrimiento los hacía curiosos.
Bienvenidos, forasteros. ¿Qué hacéis por aquí?

Mi nombre es Urunum y mi amigo es Oh. Venimos desde Egipto donde hemos luchado en la guerra civil y ahora marchamos hacia las montañas.
Quedaos a comer con nosotros. Tenéis una larga jornada aún.

Ambos hombres cambiaron una mirada y luego, el joven de largos cabellos rubios asintió gravemente.
De acuerdo. Te agradecemos.

¿Has visto su hermoso cabello? Dudo que haya algo tan atractivo...
Prefiero a Nippur. Míralo. Parece tan alto y tan soberbio como una torre.

El negro es poderoso.

Ahá. Y los tres tienen el cuerpo lleno de cicatrices.

Los dos hombres se detuvieron ante mí. Nos observamos por un momento y por fin el negro, sonriendo, me dijo:

¿Qué haces aquí? ¿Qué hace el león entre los perrillos?

Me reí yo también.

Tal cual vosotros. Me he detenido tentado por la oferta del buen vino y de la buena comida.

¿Habéis hablado de guerra civil en Egipto? ¿Qué ha ocurrido? Llevo más de un año vagando sin noticias de allá.

Uno de los sobrinos del difunto faraón se sublevó contra la reina viuda. Alquiló miles de hicsos e intentó conquistar la doble tiara.

¿La reina viuda? ¿Quién es?

Una princesa de la casa real... Joven aún. Su nombre es Nofretamón. Triunfó por fin y la cabeza del rebelde aún debe estar cociéndose bajo el sol de Egipto.

(Nofretamón...)

Súbitamente todo se borró ante mí y con la fuerza agobiante de un ariete, volvió el recuerdo y volvió la voz... -Vete, Nippur... Vete, hombre orgulloso. Yo tendré tu recuerdo en mis ojos y el río y el viento me traerán tu voz y el estruendo de los guerreros en marcha me harán sentir tu risa de bronce y tu amor.

Vete. Descubrirás que ninguna mujer te amará más que tu infeliz princesa de Tebas. Vete. No debes verme llorar por ti. Yo también quiero ser orgullosa. Vete. Vete.

Vete.

(Princesa de Tebas... Nadie me amó más que tú. No te dejé buscando mejor amor... Nadie podría darlo... También aquel joven sumerio orgulloso te amaba...)

(Tal vez este hombre calcinado y envejecido también te ama. Han pasado tantos años... Ahora eres reina... y yo he perdido todo...)

¿Vuelas muy lejos con tu pensamiento, amigo?

Lejos sí, Urunum. Hasta los largos cabellos de una mujer.

Ah, sí. La nostalgia es como una flecha loca.

Esa noche bebimos y comimos junto con los lánguidos cortesanos, junto a las hogueras, mientras los criados zumbaban a nuestro alrededor como moscas...

(Siento algo extraño... Como si todos estos pálidos hombrecillos tuvieran algún secreto...)

Dime, Nippur. ¿Crees que alguno de estos hombres es mejor guerrero que tú? Eres legendario como luchador pero ellos parecen también serlo.

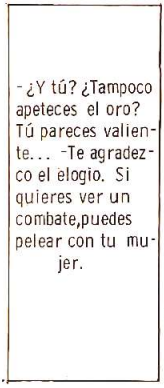
Crucé una mirada con mis vecinos y el negro Oh se encogió de hombros despectivamente ante una frase tan estúpida. Urunum ni siquiera alzó los ojos del trozo de carne que cortaba despaciosamente.
Nadie conoce la calidad de un guerrero como se conoce el pelaje de un caballo, Elim. Sólo se conoce la calidad de un guerrero midiéndola con el filo de una espada.

¿Medirías la de ellos?

Esta vez Urunum alzó los ojos y Oh miró sorprendido a Elim.
Yo no peleo por reputación, Elim.

Tal vez habría una buena bolsa de oro para el ganador. Nos gustaría ver un combate. Pensad. Daríamos el peso de una espada en oro al que ganara.

El negro se puso de pie lentamente y con toda lentitud derramó su escudilla humeante en el suelo. Luego...
Te agradezco tu hospitalidad, sumerio. Y creo que prefiero pasar hambre que seguir disfrutándola.


-¿Y tú? ¿Tampoco apeteces el oro? Tú pareces valiente... -Te agradezco el elogio. Si quieres ver un combate,puedes pelear con tu mujer.

En fin, veo que no queréis pelear por propia decisión,así que...

...os ayudaremos un poco a cambiar vuestra intención.

¿Qué te parece esto, Nippur?
Pues... creo que se han encaprichado realmente con ver una pelea...

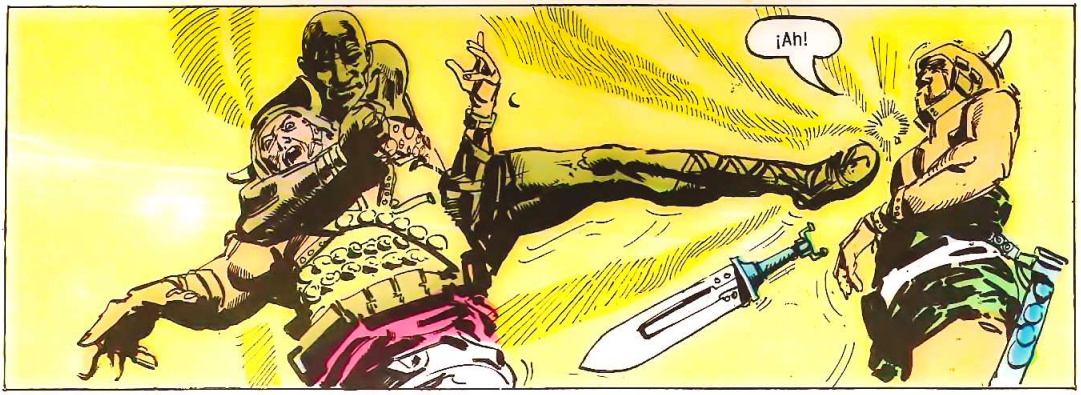
Y la verán, ¿verdad?
En efecto. La verán...

¡...ahora mismo!

¡Ahhh!

¡Fuera, gran barriga!
¡UF!

Los guardianes se arrojaron contra nosotros como un rebaño de perros rabiosos, pero no eran tan veteranos como ellos creían... y algunos tal vez lo eran demasiado. Sus grandes barrigas y su aire de matones eran lo más imponente que tenían.


¡Ah!

¡Bebe, tonel humano!

¡Te mataré, perro!

¡Pues no lo haces muy bien, imbécil!

¡Ahhh!

¡Ah! ¡Acercaos, pequeños! ¡Mirad bien de cerca cuán feos sois!

¡Bien cerca!

¡Ven, imbécil!

¡Ahhh!

¡Socorro! ¡Socorro!

¿Y eso es todo?
Pues...creo que sí...

Excepto que falta alguien aún.
Ah. Es verdad.

Calma... No creeréis que esto era más que una broma, ¿verdad? ¡Esperad! ¡Nosotros...!

Ya has visto nuestro coraje. Muéstranos el tuyo ahora.
Eso. Muere con una sonrisa en los labios.

¡Por Samás, os imploro! ¡Soy vuestro amigo! ¡Os daré oro! ¡No me matéis!

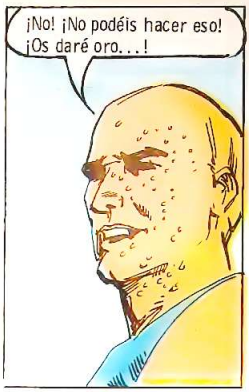
¡Os suplico! ¡Os daré todo!

Nos miramos y los tres al mismo tiempo soltamos una carcajada. Reímos hasta que nos dolieron los costados.
¿Qué hacemos con este imbécil? No pienso ensuciar mi excelente espada con su sangre aguachenta.

No. Creo que hay algo mejor para hacer con él. Estamos muy, muy lejos de Sumeria. Normalmente, a caballo y sabiendo el camino, lleva dos meses el llegar aquí.

¿Cuánto crees que puede llevarle a gente sin oro, sin caballos, sin esclavos, sin sandalias...?

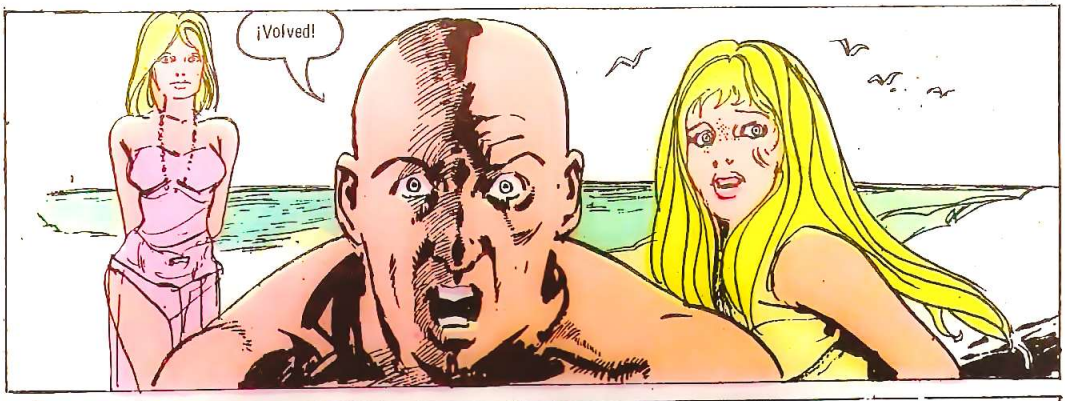
Nippur, ésa es la mejor idea que he oído nunca. ¿Y los esclavos?
Los haremos irse esta noche. Estarán locos de contento de volver sin ellos. Y mañana soltaremos a estos hercúleos caminantes de curtidas pieles para que inicien su largo viaje.


¡No! ¡No podéis hacer eso! ¡Os daré oro...!

¿Qué oro? No tienes ninguno. No podrás comprar nada en tu viaje, Elim.
Todo deberás conseguirlo con tus manos, con tus hermosas manos blancas...

¡No! ¡Escuchad...!

¡No nos dejéis aquí! ¡Volved!


¡Volved!

¿Qué opinas de esto, Nippur?
Pues... creo que todos ellos serán realmente infelices en poco tiempo...

¿Vienes con nosotros?
¿Por qué no? El camino es bastante ancho para los tres.

Nos reímos y lanzamos nuestros caballos por la playa, envueltos en el salado viento del mar. Éramos fuertes, alegres y libres. ¿Qué más necesita un hombre?
FIN

LOS SANGUINARIOS PERROS DEL ALMA

Por ROBIN WOOD

NIPPUR DE LAGASH

Dibujos de LUCHO OLIVERA

EPISODIO INEDITO

Entre en Susa con los primeros golpes de sombra de la noche que arañaban el cielo. Las calles olían a leña, a bosta de caballos y a barro. Se oían voces y llantos de niños...

De cuando en cuando pasaban orgullosos batallones de soldados a caballo, con gran estrechocar de espadas y con las lanzas destellando a la luz roja del ocaso.

¡Todas las ciudades de Sumer rebosan de soldados. Luggal - Zaggizi, el amo de Umma, sigue atacando con sus ejércitos de mercenarios...!

¡Y en Akad, Sargón se prepara para enfrentarse en algún momento con él...!

¡Todas las ciudades de Sumer rebosan de soldados. Luggal-Zaggizi, el amo de Umma, sigue atacando con sus ejércitos de mercenarios...!

Ve un mendigo haraposo brincando sobre su muleta comenzar a cruzar la calle al acercarse un nuevo grupo de jinetes.

¡Alto!

¡Los dioses le protejan, general!

¡Extraño. Presentan armas a un mendigo y se detienen para dejarlo pasar... !

¿Quién es ese?

Se ha detenido y me mira... !

¿Nippur?

¿Me conoces?
Sí. Aún te reconozco aunque han transcurrido tantos años desde que nos vimos allá en Lagash.

Soy Messilim, el general de Susa.

Miré espantado esa masa harapienta y fétida. Los recuerdos se agolparon como sangre en mi cerebro y recordé un casco relampagueante y una carcajada de bronce.
¿Tú? ¿Messilim?

Sonríe amargamente.
Sí. Soy yo. Con un brazo menos. Con una pierna menos... Mísero. Acabado... Ya no soy Messilim.

¿Cómo ocurrió? He visto que los soldados te rinden honores...
Ah, sí. También me han levantado una estatua. Me ofrecerán oro, casas y esclavas cuando quede destrozado en el servicio que sostuvimos contra los mercenarios de Lugal-Zaggizi... pero lo rechacé.

¿Por qué? Has hecho mucho por Susa...
Ven conmigo.

Ahora, si no te encuentro, te haré un hoyo en las afueras de la ciudad para vernos en perfecta oración a ella cuando los tritos mediodía.

Supliqué que la echaran abajo pero no me han hecho caso.
¿Qué te atormenta?

¿Tienes algo de vino?
Sí, Tema.

Fue cuando Luggal-Zaggizi comenzó sus guerras de conquista. ¿Recuerdas? Se hizo poderoso por traición de tu ciudad de Lagash, matando a tu rey, Urukagina, y de las buenas leyes.

Recuerdo.

Luego el tirano de Umma mató a su alrededor buscando nuevas presas. Exigió a Susa...

Tal como lo oyes, Messilim. Mis espías me han informado que An-ish-tar, el general de Luggal Zaggizi, viene hacia Susa con un ejército poderoso. Trae carros de combate e infantería con arcos y flechas.

Hoy, creo, que saldré ahora mismo con un par de pirotes a comprobar esa información. Si es cierto, habrá que salir al encuentro de An-Ish-tar antes que se ponga demasiado.

Tú, Nim, y tu hermano, me acompañarán. Nada de corazas. Sólo cuchillos y túnicas. Debemos ir sin peso. ¿De acuerdo?
De acuerdo, señor.

¡Otra vez guerra! Otra vez cráneos, polvo, sudor, muerte y náuseas. Otra vez mi viejo rey me enviará a la lucha mientras él queda en su ziggurat haciendo sacrificios a estos dioses que duermen como focas.

(Y luego, el anunciará la victoria al pueblo y lo aclamará. Y yo sólo tendré el placer de guardarme algunas espadas rotas como botín.)

¡Soy pobre. Mi rey cierra el puño sobre su oro y no lo abrirá ni muerto. Y yo sigo viviendo en mi casa de barro, con un esclavo tuerto que quema la comida.

¿De qué sirve la gloria si ni siquiera tengo una túnica sin remendar?

A la mañana siguiente salí con mis compañeros y con buenos caballos por la Kagal Mah, la Puerta Sublime de la ciudad, rumbo al gran río que corre al oeste...

¿Oyes algo, Nim?

La tierra se sacude, señor. Algo viene desde allá... Desde Umma.

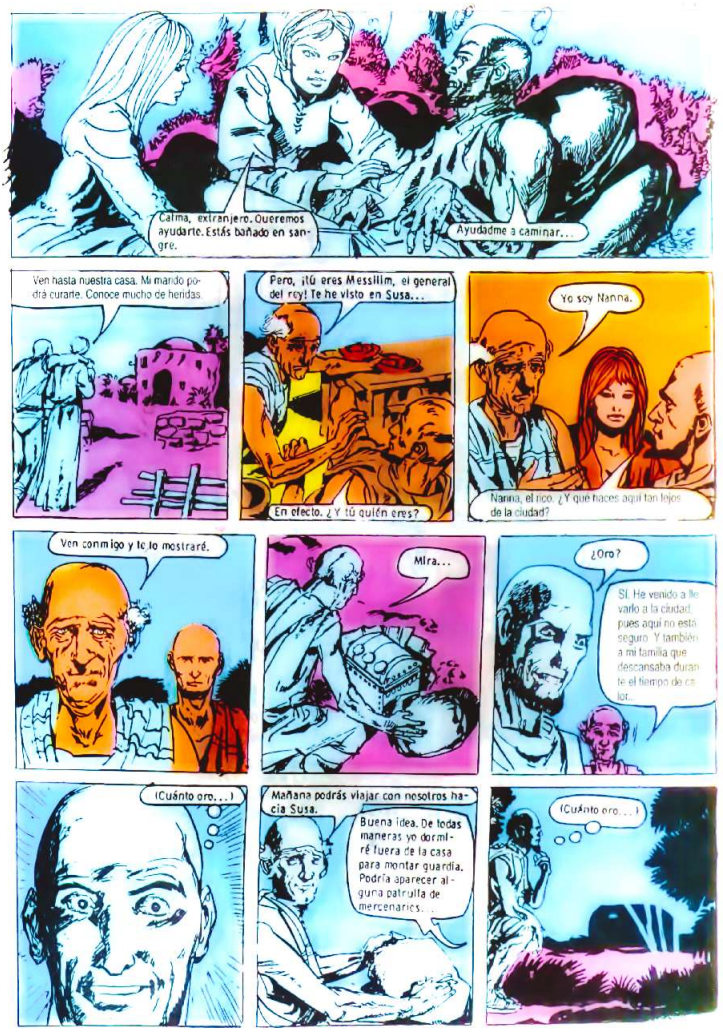
"A los dos días los vimos..."

Mira, señor. Los rumores son ciertos. Son los mercenarios de barbas largas de Lugal-Zaggizi.

Sí. Y aquel del manto negro es Ashtar, su general. Tenemos que volver a Susa y prepararnos para la lucha.

¡Eh, vosotros! ¡Alto ahí!

¡Son exploradores de An-Ishtar! ¡A los caballos!
¡Irad! ¡Quieren huir!
¡Ahhhhhh!
Perros...
¡Corre, corre, hijo de los dioses! ¡Corre! ¡Sálvame de la muerte!
¡Corre!
¡Alto! No podremos alcanzarlo sin caballos... Veamos los muertos.
¿¿Dónde estoy? Es de noche... Hace frío...!
(Pero... Alguien viene... Enemigos, tal vez...)
Allí hay alguien caído, madre. ¿Ves? No me equivoqué al decirte que había oído un relincho.
Veamos quién es


Calma, extranjero. Queremos ayudarte. Estás bañado en sangre.
Ayudadme a caminar...
Ven hasta nuestra casa. Mi marido podrá curarte. Conoce mucho de heridas.
Pero, ¡tú eres Messilim, el general del rey! Te he visto en Susa...
En efecto. ¿Y tú quién eres?
Yo soy Nanna.
Nanna, el rico. ¿Y qué haces aquí tan lejos de la ciudad?
Ven conmigo y te lo mostraré.
Mira...
¿Oro?
Sí. He venido a llevarlo a la ciudad, pues aquí no está seguro. Y también a mi familia que descansaba durante el tiempo de calor...
(Cuánto oro...)
Mañana podrás viajar con nosotros hacia Susa.
Buena idea. De todas maneras yo dormiré fuera de la casa para montar guardia. Podría aparecer alguna patrulla de mercenarios...
(Cuánto oro...)

¡Son mercenarios... Vienen hacia la casa... Debo avisarles para huir... Son infantes... Bien montados como estamos no nos alcanzarán...!

¿Y si no les aviso? Los mercenarios no harán el oro escondido como está. Solo yo conocería su ubicación.)

¡Sólo yo sabría dónde está...!

"No sé cuánto tiempo estuve allí. Oí gritos desesperados y carcajadas. Me tapé los oídos para no escuchar..."

Hasta que...
Han callado. Se han ido.

"Sí. Se habían ido cuando ya no quedó horror por cometer. Traté de no mirar a mi alrededor."
El oro...

Sí. Aún está aquí.

"Huí de esa casa espantosa como un loco, perseguido por los ojos muertos de los que quedaban allí. Me parecía que en cualquier momento sus manos sin sangre se alzarían sobre mí."
¡Corre!

"No muy lejos de las murallas cavé un hoyo y ocultéel cofre. Ni siquiera quise tocar el oro. Olía a sangre y a cabello quemado."

Sí. La mejor solución es atacar nosotros primero. Ellos no lo esperan...
¿De manera que es verdad? Seremos atacados...

Lo dejo en tus manos, Messilim.
¡Mis manos... Es curioso... Tiemblan... Nunca me había ocurrido...!
"Preparé una emboscada perfecta. An-Ish-tar era un idiota. Sólo un idiota se comporta como él lo hizo."
¡Maten! ¡Maten!
"Los destrozamos por los flancos, mientras mis jinetes atacaban por la retaguardia. Mi infantería atacó sus carros con flechas incendiarias."
¡No huyáis, perros! ¡No...!

¡An-ish-kai!
Messilim...
¡Se acabó tu generalato, cortesano inútil!
¡Ahhh!
¡Ahhhh!
"Dicen que fui herido por todas partes, dicen que fui muy valiente... Desperté once días más tarde..."
Cálmate, general... Fuiste malherido y tus heridas se infectaron y tuvimos que cortar tu brazo y tu pierna...
Has salvado mi reino, Messilim. Todo el pueblo espera por ti para brindarte su homenaje. Los has salvado de la esclavitud.

Te han levantado una estatua. los dioses han demostrado su amor por ti.
No entiendo...
Mira...
Mira tu monumento. En su base se ha grabado tu historia para que todas las generaciones venideras la puedan leer.
No...
Y los dioses mostraron su benevolencia de forma palpable. Los obreros que cavaron el hoyo para la base hallaron un cofre de oro que hice repartir al pueblo en tu nombre.
Los dioses...
Los dioses son justos...¡Miserable de mí!
¡Los dioses son justos!
No acepté nada de lo que me ofrecieron. Ni oro.ni esclavos, nada. Vivo en el fango y disputo mi comida a los perros que revuelven los basurales.
Me consideran un héroe y me llaman general aún. A medida que el tiempo pasa, las voces que gritan dentro mío se oyen cada vez más fuerte y más cercanas. Me voy acercando a ellas...
¿Comprendes?
Comprendo. Los dioses se apiaden de tí.
Ya era noche cerrada y podía oír los aullidos de los perros fuera de las murallas y el crepitar de las hogueras de los campamentos de soldados.
Adiós. Los perros y la noche me esperan.

Se alejó dando tumbos en las tinieblas, sólo, gritando, perseguido por sus salvajes perros que no ladraban ni eran de este mundo. Lo miré y me hubiera gustado decirle algo algo que lo protegiera de los perros sanguinarios de su noche.
Pero no supe qué decirle y callé...
FIN

NIPPUR DE LAGASH

EL JUICIO DE LA ESPADA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

La espada estaba hundida hasta la mitad de la hoja en la arena húmeda de la playa. Era una buena espada, ancha y bien afilada que de cuando en cuando relampagueaba al ser tocada por el sol

Las aves blancas chillaban en lo alto mientras trazaban elipses blancas contra el azul del cielo. Azul y blanco. Ave y cielo. Azul y blanco. Mar y espuma.

Y la espada relampagueando en la arena saturada de sal y de siglos.

¡GOOP!

El brillo de la espada me hipnotiza y no puedo apartar mis ojos de ella. El sol me quema los hombros y siento el silencio, pesado como una montaña, de los que están a mi escolta.

Y más allá, del otro lado de la espada llameante, Nunniskar me mira con ojos pensativos mientras remueve la arena con una mano. También detrás suyo el silencio se hincha como una tormenta.

(Mirralo bien, Nippur. Es tan peligroso... Uno de los hombres más peligrosos que has conocido.)

Sí. Lo es. Y no por su tremenda musculatura de coloso o por su velocidad de gato, aunque éstos eran algo temible. No. Lo que lo hacía mortal era su deseo de matarme.

(Te mataré, Nippur.)

(Está pensando en matarme. Todo su cuerpo, su mente y su alma no son más que un gran arma afilada que quiere caer sobre mí.)

¡GOOP! ¡GOOP!

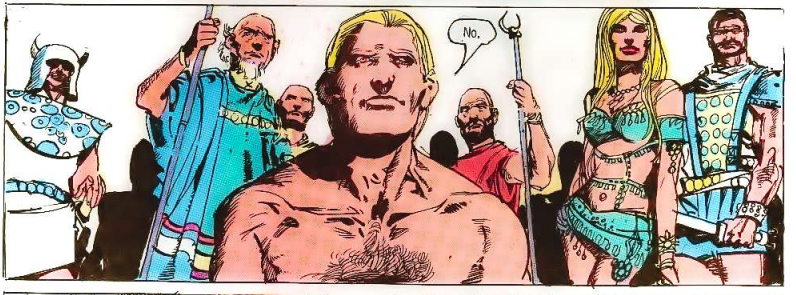
(Qué terrible es ver a un hombre con tal ansia de matar... Da miedo...)

(Y allí está Uhna, temblando de miedo...)

Sí. Algo apartada y con su larga cabellera negra temblando al viento, Uhna no saca los ojos de la espada. Tal vez aún está viendo el cuerpo muerto de Mulba... Tal vez ve aún su sangre sorbida por la arena...

El tiempo ha llegado para el juicio de los dioses. ¿Alguno de los dos quiere cambiar sus palabras?

No.


No.

Entonces Samás decidirá. Preparaos.

La gente retrocede a mis espaldas y a espaldas de Nunniskar. Se oye el crujir de la arena bajo los pies y sólo quedamos él y yo, de pie bajo el sol, separados por la espada llameante.

Cuando oigáis el grito...

(Cuando oiga el grito correré hacia la espada y lo mismo hará Nunniskar... y trataremos de matarnos el uno al otro.)

(Pero yo no quiero matarlo... Y él en cambio sí...)

(Los demonios me trajeron a esta playa... Los demonios...)

¡Ah, qué maravilla! ¡Por fin puedo gozar otra vez del mar!

(Esto es algo de felicidad... La frescura del aire... El pescado que se dora sobre el fuego... Esto es como un brote de felicidad...)

(Tal vez...)

(Curioso. Me pareció oír gritos en el viento...)

Agucé el oído y volví a escuchar, en efecto, el grito traído por la brisa. Grito de mujer...

(No me gusta... Tal vez sea alguien herido...)

Corrí por la arena tratando de ver el origen del grito. De pronto...
(Al demonio... ¿De eso se trata?)

¡Tú no me amas! ¡Tú no me amas!
¿Por qué?

¡Contesta! ¿Por qué?
¡Basta!

Nunca intervengo en las discusiones de una pareja pues sé que es arriesgarse a hacer el ridículo. Estuve a punto de dar media vuelta cuando alguien me detuvo.
(Esa manera de golpearla...)

¿Quién es ese otro hombre que amas? ¡Dímelo!
Basta... No puedo más...

Y más allá vi otra silueta que observaba la escena con los puños cerrados y el rostro pálido. Un joven alto y poderoso como el mástil de un navío.

¡Contesta! ¡Contesta...!

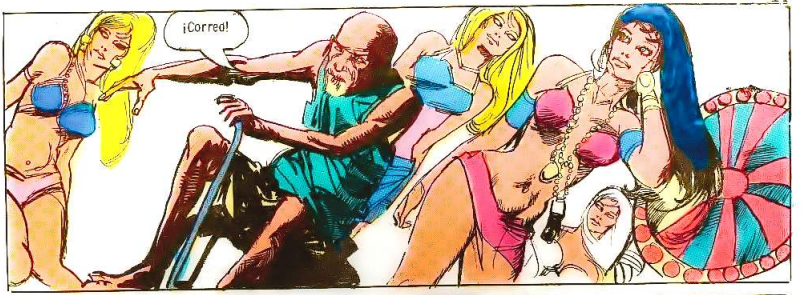
¡Basta! ¡Déjame! ¡No me tortures más!
¿Eh...?

La desesperación debió dar fuerzas terribles a la muchacha... Y el hombre era esmirriado y consumido. Cayó hacia atrás...
¡Ah!
¡Ese ruido... Me parece que ha...!
¿Mulba?
Déjame ver, muchacha.
¿Quién eres tú?
Un hombre que vio esto, por casualidad. Déjame ver.
¿Por qué no se mueve, forastero?
Porque está muerto, muchacha. Al caer golpeó la cabeza contra una piedra.
No...
En ese momento me di cuenta que el joven alto estaba junto a nosotros. Su rostro tenía el color de la espuma y temblaba.
Mi hermano... Has matado a mi hermano...

¡Nadie ha matado a nadie, muchacho. Esto ha sido un accidente.
¡Calla! ¡No metas tus narices de extranjero en cosas que no te incumben!
¡Exigiré a la junta de ancianos que te castigue! ¡Has asesinado a mi pobre hermano!
La joven lo miró y con los ojos sorpresivamente coléricos avanzó hacia él.
¿Junta de ancianos? ¿Para qué la necesitas, hombre del mar?
Tienes un cuchillo, ¿verdad? ¿Y no te has hecho famoso degollando piratas y bandidos? Tienes un brazo poderoso, ¿verdad?
¿Por qué no tomas tú la justicia? ¡Aquí está mi pecho y allí está tu cuchillo! ¡Hazlo!
¡Hazlo, cobarde! ¡Suma otra cobardía a las que ya tienes! ¡Hazlo!
Era como ver a dos demonios locos de cólera enfrentados, echando fuego por los ojos. El joven gigante vaciló con el puño cerrado sobre la empuñadura de su cuchillo. Ella lo azuzó rabiosamente.
¿No te atreves? ¿Tienes miedo? ¡Hazlo!
No... No lo haré... Llamaré a los ancianos...
Y se alejó corriendo sobre la arena amarilla de la playa.
¿Quién es ese joven?
Nunniskar, el rayo del mar, el hijo predilecto de la ciudad.
¿Era hermano del muerto?
Sí, Mulba era su hermano menor y como un espejo blanco y uno negro, uno fue gigantesco y el otro enclenque, uno fue valeroso y puro como una llama y el otro mezquino y lúgubre como las brasas frías.

Pero desde siempre Nunniskar veló sobre su hermano menor, le concedió cuanto quería y lo dejó ser su amo. El era amo de los mares pero su hermano era su dueño. Se avergonzaba de ser tan fuerte y Mulba tan débil, de ser idolatrado por todos mientras Mulba era detestado.
¿Y tú?
Yo era esclava pero Mulba se encaprichó conmigo y me convirtió en su mujer. Fue caer en el infierno. Mulba no sabía amar y sí torturar . Los celos lo devoraban y lo que le faltaba en fuerzas y salud lo tenía en locura y maldad.
Hace tiempo llegó a la conclusión de que yo lo engañaba y comenzó a torturarme y perseguirme pidiendo que confesara. Y yo no podía confesarle nada porque todo estaba incubado en su cerebro enfermizo.
Y por fin, hoy llegamos a esto.
¿Crees que Nunniskar cumplirá su amenaza?
Oh, sí. Lo hará. Hay demasiadas cosas que lo atormentan y buscará expiarlas.
Mira. Allí viene.
Una verdadera multitud lo seguía y en primera fila estaban los ancianos del pueblo con sus bastones. Todos parecían indecisos menos él.
Allí está. Mi hermano muerto y ella.
Parece ser de una caída.
En efecto. Parece ser algo accidental.
Y Uhna tiene golpes en la cara.
Tal vez ese hombre ha visto algo.
He visto, ancianos. Vi a una mujer golpeada salvajemente. Vi un empellón ciego y un cuerpo que cayó y que accidentalmente se desnucó contra una piedra. Si hay culpables, no está en manos humanas el decir quiénes son.

Habló bien el forastero.
Sí. Con sabiduría.
¿Y quién es él? ¿Qué vale su palabra? ¿Cuál es su nombre?
Soy Nippur de Lagash.
Todos callaron un instante y sólo se oyó el fragor del mar. Los ancianos cambiaron miradas y se volvieron hacia Nunniskar.
Tú lo has oído hablar, al igual que nosotros y has oído hablar del hombre de Lagash, Nunniskar, y sabes que su palabra pesa en medidas de oro.
No podemos acusar a Uhna, habiendo un testigo que la declara inocente. Es tu palabra contra la de él. Si fuera la palabra de un pescador o un labriego tal vez no tendría valor... pero la palabra del hombre de Lagash es muy fuerte. Tanto como la tuya. Son tal vez los dioses los que lo han traído aquí.
Los dioses... Muy bien... De ellos exigiré el juicio. Ya que nuestras palabras pesan igual, haremos desaparecer una de ellas.
Exijo el juicio de la espada.
¡Y ahora espero la señal que me hará jugarme la vida...!



La espada relampaguea como una llama y corro hacia ella con todas mis fuerzas. La arena me muerde los pies.

Nunniskar es más rápido que yo... Se acerca...

¡Ah!

¡Oh!

¡Ahh!

Recojí la espada y me aproximé a él. Entonces Uhna gritó...
¡No lo hagas!

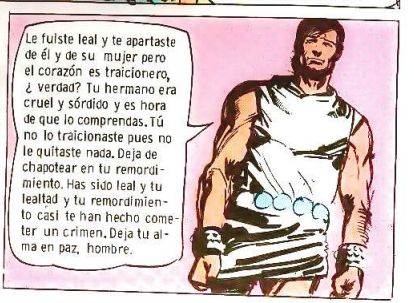
No lo haré. Quiero que él comprenda que le he dado su vida. Y creo que los dioses han dado su respuesta.

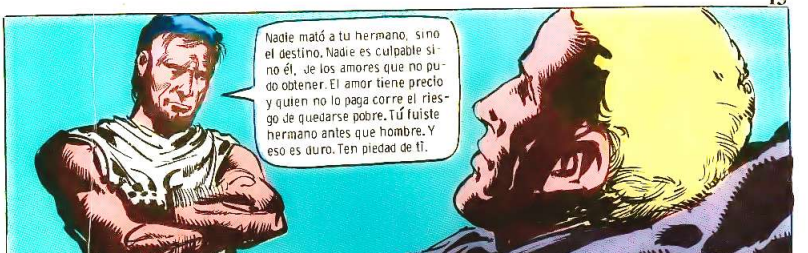
Así es. Uhna es inocente.

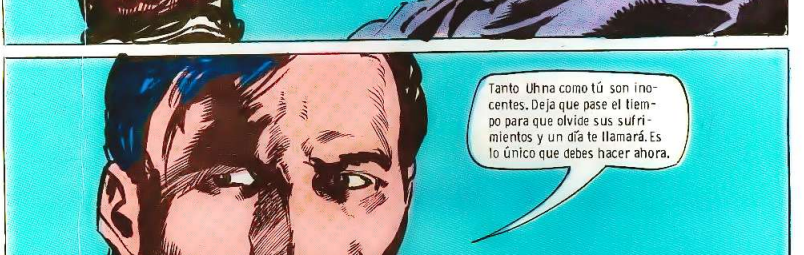
Todos se fueron y en la playa desierta sólo quedé yo con Nunniskar, quien se arrastró hasta una roca y se sentó contra ella. Le di vino...
Bebe. Te hará bien...
Gracias...

Parecía deshecho de tristeza ahora y bebió con desgano. Me miró... y vi en sus ojos dolor y lágrimas.
No he podido vengar a mi hermano, Nippur...
No, Nunniskar, y aunque hubieras hecho matar a Uhna no lo hubieras conseguido.

¿Qué quieres decir ?
Querías pagar por un pecado muy sutil, Nunniskar. Uhna amaba a otro hombre. Fue fiel a tu hermano pero amaba a otro hombre. A tí. Y tú la amabas a ella. Os he visto llamear de odio como dos fieras. Y sólo el amor puede engendrar tanto odio. Toda tu vida protegiste a tu hermano débil y él aprovechó eso.


Le fuiste leal y te apartaste de él y de su mujer pero el corazón es traicionero, ¿ verdad? Tu hermano era cruel y sórdido y es hora de que lo comprendas. Tú no lo traicionaste pues no le quitaste nada. Deja de chapotear en tu remordimiento. Has sido leal y tu lealtad y tu remordimiento casi te han hecho cometer un crimen. Deja tu alma en paz, hombre.



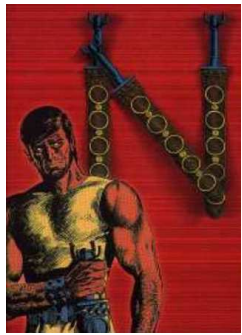


El mar rugía contra las rocas y moría sofocado en la arena cerca nuestro. Un vaho húmedo comenzó a levantarse y me puse de pie.

NIPPUR DE LAGASH:

Colecciòn Clàsicos:
(Tomo 3 - tomo rojo)
EL REGRESO

(Julio de 1990)



Contiene 18 episodios de la época en que Nippur estaba por ser abandonado por Lucho Olivera para ser adoptado por Sergio Mulko. Acá encontramos, completita, la primera saga de la serie ("La Saga de los Hititas en Egipto"); son los once episodios iniciales.
También son para destacar la aparición de un extraño Hattusil calvo y la velada precuela de la primera aparición de dicho personaje ("El enemigo de los dioses").
Y todo un festival resulta ver la evolución estilística de don Sergio Mulko.

*Portada de Alfredo de la María
*Notas anónimas sobre Sergio Mulko, Lucho Olivera y Robin Wood.

Elenco episodi

Colecciòn Clàsicos

3- NIPPUR DE LAGASH: EL REGRESO (tomo rojo)

di R. Wood / L. Olivera / S. Mulko* (Revista D'Artagnan, 1971/72)

R. Villagràn** (Nippur de Lagash, Comic Book Coleccion Todo Color, 1972)

- La saga degli Ittiti in Egitto

54.Nippur cabalga hacia Tebas	E054
55.El sumerio ha llegado	E055
56.Inermes	E056
57.Los hombres de fuego	E057
58.Un divertido regreso a Tebas	E059
59.El águila	E058
60.Diez hombres pasan ante una cabeza muerta*	E060
61.Ninarim*	E061
62.Mis gloriosos compañeros*	E062
63.La gran batalla*	E063
64.La epidemia*	E064

(episodi trasferiti nel file Parte 2 con gli altri dello stesso disegnatore)

65.La risa de la muerte** (4 episodi non-tomo3)	O65
66.Un caballo muerto es un augurio **	O66
67.Los fabulosos jinetes de la tormenta**	O67
68.En Muna**	O68

(episodi di Sergio Mulko inclusi nel tomo 3)
inseriti nel file Parte 2a in ordine di pubblicazione Nella rivista D'Artagnan)

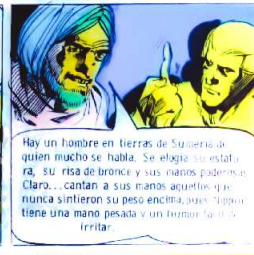
El enemigo de los dioses*	E069
Los niños que cabalgan en las estrellas*	E076
Las flores de la muerte*	E077
Leyenda de los monstruos*	E081
Los rivales*	E086
La casi muerte de Janos*	E087
El jinete del sol*	E088
Arón, el bueno*	E089

NIPPUR DE LAGASH

NIPPUR CABALGA HACIA TEBAS

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA



"Primero me arreó una patada en las nalgas y luego me dio una pieza de oro. En eso hallarás a Nippur. No busques a un hombre perfecto. Más bien busca a un hombre. Nipour es un hombre... y eso significa ser muchas cosas buenas y malas. Ser hombre es como el día y la noche. Una cosa será mejor que la otra pero no las podrás separar. El mal y el bien son los huesos y la carne del hombre."

¿No es lo mismo?
En cierta manera sí. El que es imbécil entre los sabios será sabio entre los imbéciles.

¿Y la historia? Nos aburres con tanta charla.
Ah, sí. La historia...

Este hombre que hacía siglos había abandonado Egipto hasta Tebas, había conocido la caballería, había peleado, había sufrido hambre y se sentía feliz. Su barba le cubría ahora media cara y sus cabellos locales caían sobre sus hombros.

Las cortesías se despojaban cada vez más de todo lo que no era esencial. La vida y los apellidos se reducían a un solo lenguaje bien acentuado y un trazo de arco. Su cuerpo era más que bronce, músculos y su espíritu y su moral no se basan más que en el momento presente.

Los jinetes eran una docena y se alineaban, ligeros, fuertes de músculos y peludos de pecho, curtidos a cuero, a sudor, a bronce, a fuerza bruta, educada y disciplinada. Tenían pieles cobrizas, quemadas por el sol y llevaban aljabas con flechas sobre la pierna derecha.

¡Hititas, ¿Qué hacen tan cerca de Egipto?!

¿Qué hacen? Buscan pelea, vigilan la frontera de las tierras negras bajo el dominio de ellos. El rey de Hatti firmó un tratado con la reina Nefertiti pero se ha arrepentido de ello. Pacto es pacto pero ahora quiere tierra nueva.

Y por ello, estos lobos con cascos de uro se cruzan los límites y se llegan aquí. Buscan querella a los hombres del faraón. Buscan botín. Buscan cuentos con los que aullar a de Hatti e invocar traición o cualquier trasiego por el estío para alzar otra vez el estandarte de la guerra y no detenerse hasta Tebas.

¿Y los soldados de la reina que cuidan este pueblo?
—Míralos. Tienen el vientre hinchado de cerveza y cuando se cuelgan la espada en la cintura lo hacen al revés. ¡Bah! El Egipto ya no tiene aquellos soldados de otra época. Ahora Egipto es gordo y rico y prefiere pagar a sus enemigos para que lo dejen en paz.
Un grito de mujer. Un coro de carcajadas brutales. El viejo menea la cabeza...
¿Oyes? Otra vez. Sólo necesitan una excusa...
(Echemos un vistazo.)
¡Socorro! ¡Socorro!
(Pero los egipcios tienen miedo. No se moverán...)

¡Perros! ¿Qué tenéis en la sangre? ¿Agua? ¿No vais a intervenir?
Cállate, chiquillo. Y no te metas en lo que no te va.

¡Cobarde!

¡Basura hitita! ¡Deja esa mujer!

El hitita tiene ojos pesados y llenos de sangre. No se divierte sino que cumple con un deber militar. El chiquelo no tiene uniforme así que no le sirve.
Vuelve con tu madre si la tienes.

Yo conozco a mi madre pero, ¿conoces tú a tu padre?

El hitita no siente el insulto más que a medias. Su cerebro lento tarda en reaccionar y cuando lo hace, lo hace de la única manera que conoce.
¿Tienes un dios? Pídele misericordia.

El joven se ríe. Es delgado, bravo, e ignora el miedo de la misma manera que un alga ignora los mares sobre los cuales pasa volá.
Bíscame

SOK!!!

El hitita se pone de pie. No está enojado. Es un soldado y aprecia los buenos peleadores. El joven le ha vencido en buena ley y en su cerebro estúpido y recio analiza la técnica utilizada. Un soldado se le acerca.
¿Lo matamos?
No. ¿Por qué? Me ha ganado en buena ley.
Todos reirán de los hititas si no lo hacés. Nuestro nombre debe ser temido.
Entonces mátalo.
¡A él!
¡Oh, hititas, imagino el placer que sentiréis ... a encontraros con vuestro viejo amigo Nippur.
¡Cuidado!
¡Corre, muchacho! ¡Corre!

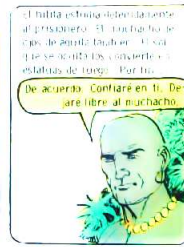
Gracias...
¡Deja de dar las gracias y monta! ¿Tienes caballo?
No.
¡Monta en la grupa del mío! ¡Es fuerte y nos podrá llevar a ambos!
¡Capturenlos! ¡Los desollaré vivos!
Cálmate, valiente guerrero de cabeza de palo. Hoy no quiero sangre así que...
...te daré tan solo una flecha sin punta.
¡Ayy!
SOLK
Perro sarnoso... Yo... ayyy...
¡Vamos!
¡Eres magnífico!
Pero...

Muchacho, creo que ahora veremos el otro lado de la broma
Me llamo Akhenamon.
¿Akhenamon? Curioso nombre
¿Sabes lo que significa?
Akhenamon. Hijo de Amón. Hijo de Dios. ¿Quién es tu padre? ¿Dónde está?
Pues... mi padre murió hace muchos años. Ahora vivo sólo con mi hermana mayor en Tebas. Me aburría mucho y decidí lanzarme un poco a vagar.
¿Cuántos años tienes, Akhenamon?
Quince.
¡Eh, hitita! ¡Ven aquí!

¿Dónde está Nippur de Lagash?

El hitita jura los dioses y sus ojos revelan interés.
Sí, he oído hablar mucho de él. Es enemigo nuestro. Es enemigo del pueblo de Hatti. Las madres hititas dicen a sus niños... "Duérmete o llamaré a Nippur..."

Yo puedo darte a Nippur si dejas en el muchacho.


El hitita estaba obviamente al prisionero. El muchacho le sirve de escudo humano. Si sus perseguidores le atacan, ellos serán los primeros en ser alcanzados por las flechas.
De acuerdo. Confiaré en ti. Dejaré libre al muchacho.

Los muchachos en su seco idioma cantan y las cadenas caen en la arena. Pero el joven no se aparta. Derecho como una lanza, fiero, rebelde y desafiante no separa sus ojos del desconocido.
¿Y bien? ¿Dónde está Nippur?

Yo soy Nippur de Lagash, hitita.

El hitita vacila un instante estupefacto. Luego lanza una carcajada que es como el ladrido de un chacal.
¡Mi fortuna está hecha! ¡He capturado al hombre de Lagash!

De pronto se detiene y mira a su alrededor. El muchacho ha desaparecido. El hitita no lo lamenta pues no pensaba faltar a su palabra. Sólo le ha sorprendido el silencio y la rapidez con que se ha ido. Como una sombra.

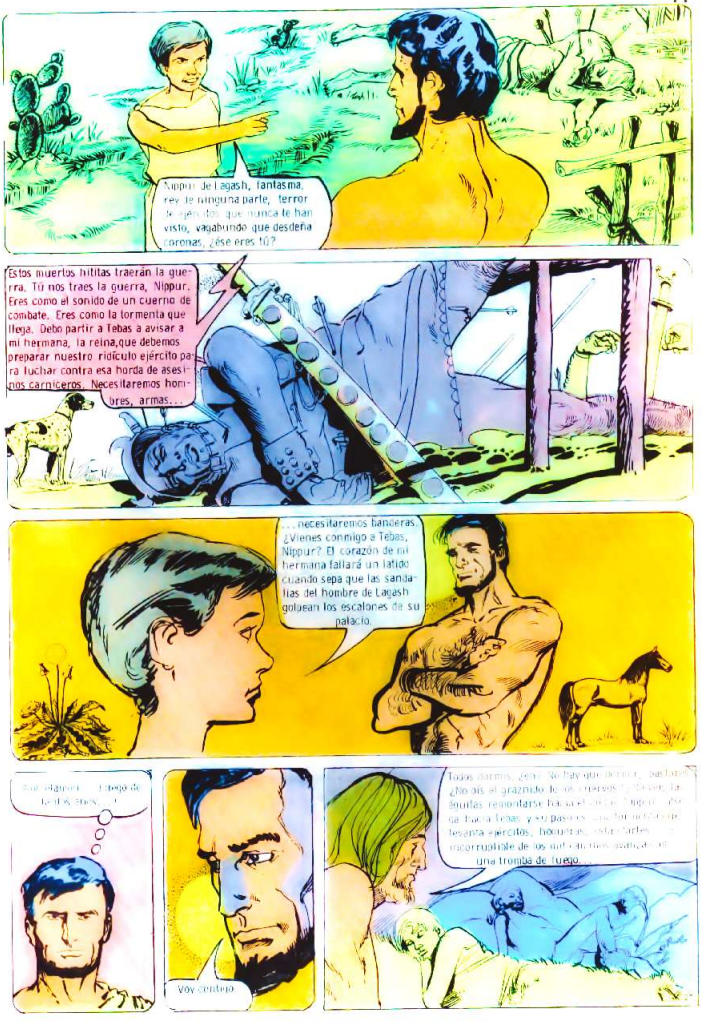
¿Qué harás conmigo, hombre de Hatti?
Te cortaré las manos y te llevaré a mi país. Mi rey estará feliz.

¿Por qué mis manos?

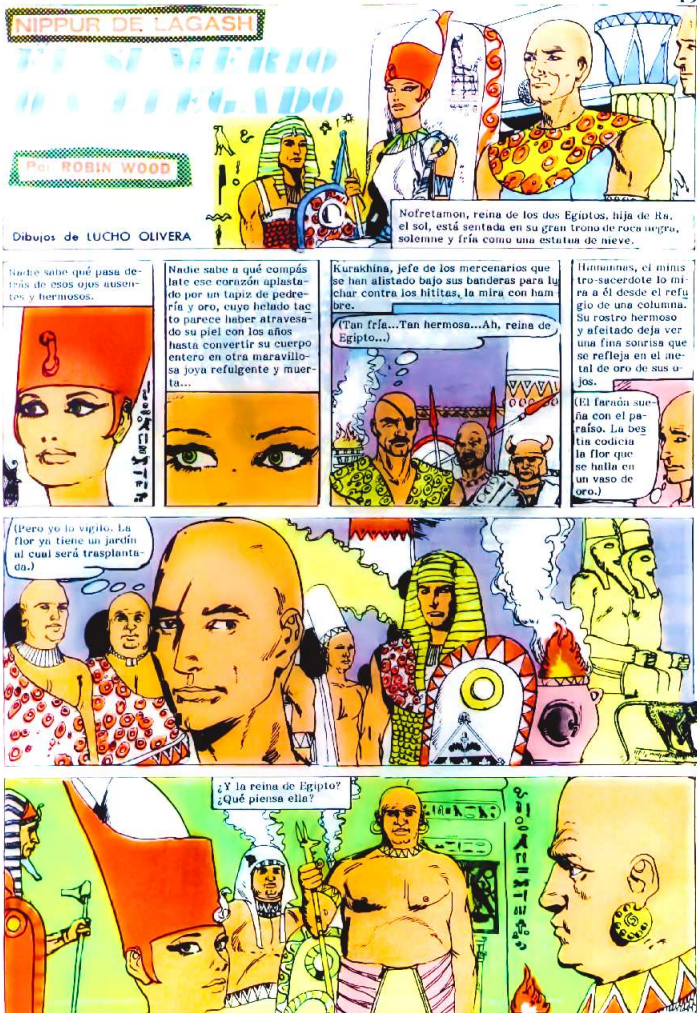
El hitita está loco de alegría. Es un soldado sin escrúpulos y con demasiada imaginación. Ya desea llevar a cabo con la mayor prontitud
Si te llegaras a escapar de alguna manera no servirías ya de nada. Por eso, conténdes?

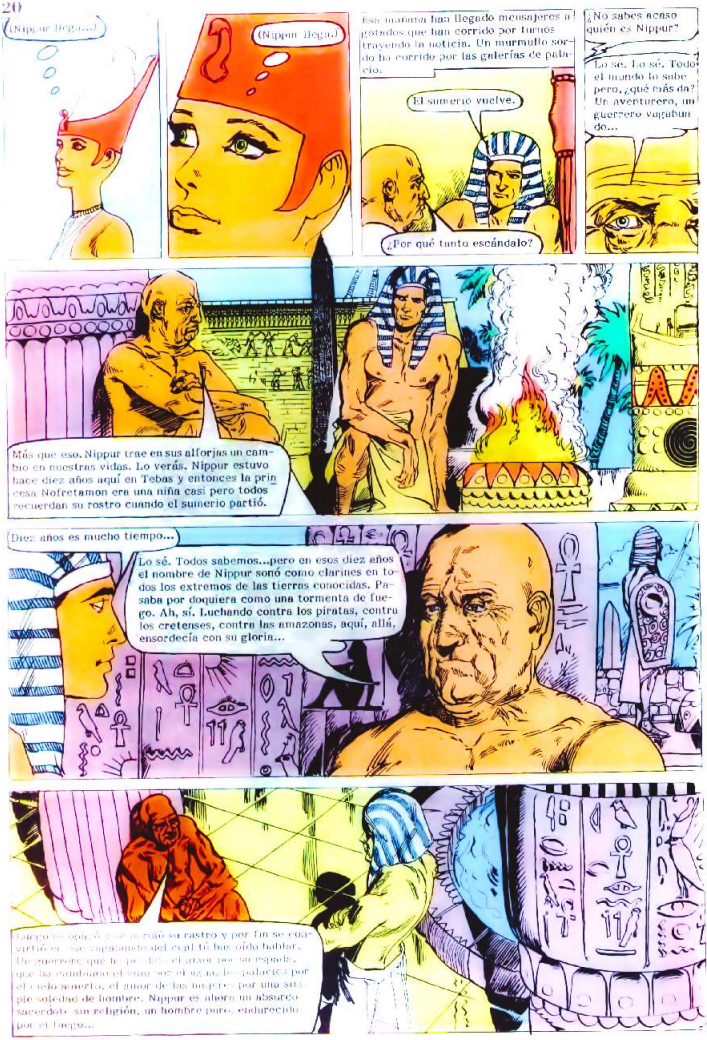
Entiendo. ¿Cuándo...?
Mañana a la mañana. Cuando nos pongamos en marcha.
¿El fin? Tal vez... Triste esto de encontrar un fin tan idiota... pero, ¿acaso no lo son todos? Sólo la muerte confiere un poco de dignidad al fracaso que es morir. Sólo la muerte dice si un hombre ha ocupado algún lugar en la vida. Sólo el agujero marca el lugar que ocupara la roca. !
Luego que te corte las manos debes meter tus muñones en ese odre con remedio hirviente. Quiero evitar que tus heridas se infecten y que...
Vete al infierno, hombre concienzudo.
¡Sanás... ¿qué es el hombre? ¿Qué será de mí?

¡Cuidado! ¡Son egipcios!
¡Que no escape ninguno!
¡Maten! ¡Maten!
Los hititas son soldados bravos y luchan como perros acorralados. Numerosos egipcios caen pero el resto los aplasta con sus caballos, sus espadas y sus insultos...
¡Ahhh!
...hasta que el silencio cae otra vez y el polvo se asienta. Sólo la sangre sigue corriendo [illegible] lladamente, dulcemente, escapando de los [illegible] ficios por los cuales ha huído la vida de esos hombres muertos como un diminuto pájaro rojo.
Tu suerte sigue brillando, Nippur. Corrí como un loco hasta encontrar a los hombres de mi guardia que me esperaban no lejos del pueblo. Agradece que mis guerreros no sean como estos plácidos soldadotes de la guarnición.
¿Tu guardia? ¿Quién eres tú?
Deberías recordarme, Nippur. Una vez me tallaste una espada de madera.
¿Espada de...?
Alfonsinan, hijo de Niobe y del faraón, [illegible] del Egipto. ¿Qué eres tú?


Nippur de Lagash, fantasma, rey de ninguna parte, terror de ejércitos que nunca te han visto, vagabundo que desdeña coronas, ¿ése eres tú?
Estos muertos hititas traerán la guerra. Tú nos traes la guerra, Nippur. Eres como el sonido de un cuerno de combate. Eres como la tormenta que llega. Debo partir a Tebas a avisar a mi hermana, la reina, que debemos preparar nuestro ridículo ejército para luchar contra esa horda de asesinos carniceros. Necesitaremos hombres, armas...
...necesitaremos banderas. ¿Vienes conmigo a Tebas, Nippur? El corazón de mi hermana fallará un latido cuando sepa que las sandalias del hombre de Lagash golpean los escalones de su palacio.
Voy contigo.
Todos dormís, ¿eh? No hay que dormir, pastores. ¿No oís el graznido de los cuervos? ¿No ves las águilas remontarse hacia el cielo? Nippur, ¡ya va hacia Tebas y su paso es una tormenta que levanta ejércitos, hogueras, estandartes... incorruptible de los mil caminos avanza en una tromba de fuego...

¡No durmáis! Todo tiembla y se estremece como si los riñones de la tierra se estrujaran prontos a vomitar increíbles criaturas. Sumeria, Dani, Hatti, Egipto, todo se llena de gritos y de lanzas que parecen ríos de diamantes. Nippur cabalga hacia Tebas y es como un águila inmensa que abriendo sus alas cobijara bajo ellas toda esta hecatombe que devorara las fronteras, los imperios, los tronos, las coronas... Todo... Hasta a él.


NIPPUR DE LAGASH
EL SUMERIO DESTERRADO
Por ROBIN WOOD
Dibujos de LUCHO OLIVERA
Nofretamon, reina de los dos Egiptos, hija de Ra, el sol, está sentada en su gran trono de roca negra, solemne y fría como una estatua de nieve.
Nadie sabe qué pasa detrás de esos ojos ausentes y hermosos.
Nadie sabe a qué compás late ese corazón aplastado por un tapiz de pedrería y oro, cuyo helado tacto parece haber atravesado su piel con los años hasta convertir su cuerpo entero en otra maravillosa joya refulgente y muerta...
Kurakhina, jefe de los mercenarios que se han alistado bajo sus banderas para luchar contra los hititas, la mira con hambre.
(Tan fría...Tan hermosa...Ah, reina de Egipto...)
Himnannas, el ministro-sacerdote lo mira a él desde el refugio de una columna. Su rostro hermoso y afeitado deja ver una fina sonrisa que se refleja en el metal de oro de sus ojos.
(El faraón sueña con el paraíso. La bestia codicia la flor que se halla en un vaso de oro.)
(Pero yo lo vigilo. La flor ya tiene un jardín al cual será trasplantada.)
¿Y la reina de Egipto? ¿Qué piensa ella?
7-936


(Nippur llega...)
(Nippur llega.)
Esa mañana han llegado mensajeros agotados que han corrido por turnos trayendo la noticia. Un murmullo sordo ha corrido por las galerías de palacio.
El sumerio vuelve.
¿Por qué tanto escándalo?
¿No sabes acaso quién es Nippur?
Lo sé. Lo sé. Todo el mundo lo sabe pero, ¿qué más da? Un aventurero, un guerrero vagabundo...
Más que eso. Nippur trae en sus alforjas un cambio en nuestras vidas. Lo verás. Nippur estuvo hace diez años aquí en Tebas y entonces la princesa Nofretamon era una niña casi pero todos recuerdan su rostro cuando el sumerio partió.
Diez años es mucho tiempo...
Lo sé. Todos sabemos...pero en esos diez años el nombre de Nippur sonó como clarines en todos los extremos de las tierras conocidas. Pasaba por doquiera como una tormenta de fuego. Ah, sí. Luchando contra los piratas, contra los cretenses, contra las amazonas, aquí, allá, ensordecía con su gloria...
Luego se opacó y se perdió su rastro y por fin se convirtió en ese vagabundo del cual tú has oído hablar. Un guerrero que lo perdió el amor por su espada, que ha cambiado el vino por el agua, los palacios por el cielo abierto, el amor de las mujeres por una simple soledad de hombre. Nippur es ahora un absurdo sacerdote sin religión, un hombre puro, endurecido por el fuego...

Y este gigante incorruptible, este engendro santificado por la guerra y la soledad llega a nuestra corte blanda y corrupta. El león llega junto a los perrillos. Y el león es siempre una bestia mortal.

El león es siempre una bestia mortal. Kurakhupa medita en algo parecido mientras sus oficiales negros y blancos, de pesadas armaduras, erizados de espadas, lo rodean. Como siempre es Inermes, el heleno, quien primero dice lo que todos piensan.

¿En qué nos puede afectar la llegada de Nippur?

No lo sé. ¿Quién es Nippur? ¿Qué es Nippur? ¿Cuánto de lo que se dice de él es verdad? Y además, ¿a qué viene?

Lo trae el príncipe Akhenamon.

Tal vez el príncipe quiera colocarlo al frente de las tropas. Recuerda que Nippur es uno de los mejores jefes de guerra que existen en la actualidad. Sólo Teseo, Sargón y Ur. El pueden compararsele.

¿Y yo?

Inermes le sonríe dulcemente con esa sonrisa que seguramente un día le costará la vida.

Ah, sí. Claro. Y tú.

Debemos estar muy atentos. Es agradable poseer poder en Tebas. El oro corre fácil y la guerra está lejos. Tal vez Nippur sueña con cosas que no nos convienen del todo.

¿Y si así fuera?

Inermes responde con su sonrisa dulce de adolescente mientras acaricia el puñal de doble filo que lleva en la cintura.

Si así fuera... que se cumpla la voluntad de los dioses.

En el templo de Amón hay una reunión muy diferente. Hombres de túnicas oscuras y cabezas afeitadas se reúnen allí. Todos ostentan el mismo aire frío y magro y en sus ojos vítreos arde el orgullo y el fanatismo.
Hermanos...

Son los sacerdotes de Amón, los amos del tesoro sagrado, de los tributos divinos, dispensadores de la paz o la infelicidad eterna. También ellos han vacilado al conjuro de un nombre que Hinnannus ha pronunciado...
Nippur...

He aquí que llega un extranjero, un hombre de quien debemos cuidarnos. ¿Qué designios trae el sumerio? No lo sabemos pero hemos oído hablar mucho de él. Varias veces hemos discutido su persona en este templo. No debemos apresurarnos pero sí estar atentos.

¿Y si la presencia de Nippur fuera inconveniente?

Hinnannus recorre con sus ojos la hilera de rostros inmóviles y asceticos. Cada mirada que encuentra es un metálico reflejo de la suya. Desde el tejado del templo llega el graznido de los cuervos.
En ese caso, los dioses nos indicarán la conducta a seguir.

Tebas parece adormecida bajo el sol agobiante y nubes de polvo dorado se alzan a cada golpe de viento. Esclavos negros sacan agua de un pozo y ritman sus movimientos con una lenta melopea tristona.

Un sordo ruido de caballos los enmudece. Los jinetes no se ven aún pero su presencia llega y llega como un trueno extraño, nunca sentido hasta entonces, como si nunca un jinete hubiera hecho sonar los cascos de un caballo bajo ese sol y sobre ese polvo...

Al igual que los esclavos negros, los cortesanos de túnicas multicolores, los sacerdotes de cabezas rapadas, los soldados cubiertos de bronce, todos ellos han callado y vuelto sus ojos hacia las grandes puertas del palacio de los faraones.

La reina vacila. Ha oído un estruendo de pisadas. Un solo hombre se aproxima.

(Siempre solo...¿Cómo estará...?)

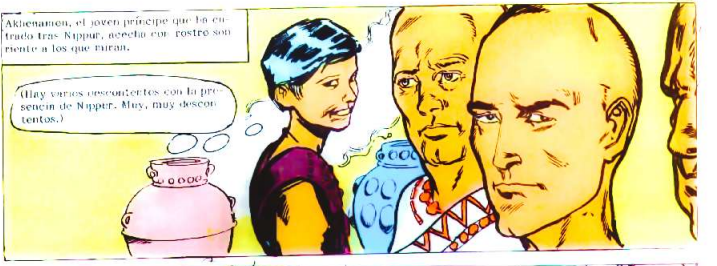
(Debe de ser él...)

(Es él.)

Por el enorme rectángulo de piedra entra una llamarada de sol, un remolino de polvo y un hombre.

Nippur de Lagash está allí, de pie, una cabeza más alto que todos los que lo rodean, tan enorme y poderoso como una gran montaña distante. En su cara quemada y curtida, sus ojos son como dos pequeños nidos de luz.

Y es ese luz lo único que Nofretamon reconoce en él. Un día dijo adiós a un joven sumerio, bravío, orgulloso y duro. Ahora ve llegar ante ella a ese coloso legendario, desconocido, agobiante en su gran aureola...
Nippur avanza hacia ella, ignorando el mundo que los rodea. Tiene un tranco largo y elástico de caminante y sus músculos son anchos y lustrosos. Es una gran bestia poderosa pero cuando sonríe la reina siente un grato calor y un deseo extraño de llorar.
Mi señora...
Nippur, no creí volverte a ver nunca más.
Señora, los dioses hacen y deshacen...
¿Te has vuelto un hombre de proverbios, Nippur? Cuando te conocí perdías la paciencia con los dioses y con la retórica.
Tal vez simplemente me he vuelto viejo, señora.
Nippur la devora con sus ojos. Allí está, por fin, la mujer distante más bella que nunca, y el mundo deja de existir a su alrededor. Olvida el protocolo y tiende una mano hacia ella.
No puedo expresar mi felicidad con palabras, señora.
La reina toma esa mano tremenda, dura, que debería lastimar y cuya suavidad la maravilla. La reina de los dos Egiptos siente que una extraña felicidad ha llegado tendida en [illegible] del vagabundo de Sumeria.

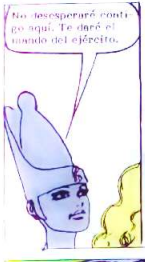

Akhenamen, el joven príncipe que ha entrado tras Nippur, acecha con rostro sonriente a los que curan.
(Hay varios descontentos con la presencia de Nipper. Muy, muy descontentos.)

Esa noche cenaron los tres en el gran palacio solitario e iluminado por antorchas...
¿Cuáles son los designios que te han traído, Nippur?
La guerra, señora.-

Así es. Nippur y yo tuvimos un encuentro con los hititas. Hubo muertos y heridos. Eso servirá de excusa para atacarnos. La guerra nos vendrá encima, hermana. Ya no hay manera de detenerla.
Y ha sido por salvarme a mí que esto ha ocurrido. Por ello estoy aquí, señora. No quiero estar lejos de ti en este momento.
Nuestra situación es desesperada, Nippur. ¿Lo sabes?
No. Tienes tu ejército.
Es el ejército que me legó mi padre, probado hasta la médula, con soldados que nunca han librado una batalla. O mercenarios más ocupados en cobrar sus sueldos y en saquear campesinos que en enfrentarse con los hititas.

Y los hititas...Tú los conoces, Nippur. Entran en el ejército a los diez años y quedan en él hasta la ancianidad. Ser guerreros es su vida y no ambicionan otra cosa. Desprecian el oro porque no tienen nada que comprar o vender y sólo aman el poder y la batalla. Y contra esa masa terrible, ¿qué opondrás?

Tú, tu hermano y yo nos ocultaremos, señora. Arrancaremos montañas para colocarlas en sus caminos, invocaremos ríos para que los ahoguen y convertiremos a cada hombre en una espada. No desesperes.


No desesperaré contigo aquí. Te daré el mando del ejército.

(Será mejor que notifique esto a Kurakhina.)

(Ahora habrá que hacer algo rápido.)

No, señora. No me des el mando de nada. Déjame observar aún. Necesito buscar soluciones, ideas y para ello necesito estar libre de responsabilidades.

Como digas, Nippur. Mañana, Akhenamon te indicará todo lo que desees.

Akhenamon se puso de pie. Era joven pero tenía una gran inteligencia que le indicaba cierta conducta y cierto tacto. Hostezó evaluadamente.
Voy a dormir. Os veré mañana.

Quedaron ambos solos en la sala silenciosa. De vez en cuando se oían aquí y allá el suave paso de un esclavo o el chisporroteo de una antorcha.

¿Has vuelto solo por la guerra, Nippur?

Sí, Nefretamon, y tú lo sabes bien. He vuelto por ti. He soñado contigo en los arenales y en las montañas. Varias veces cuando me han torturado he gritado tu nombre.

Y, sin embargo evité tantas veces el sendero de Tebas. He perdido mi juventud, he perdido mi lejana y mis sueños, Nefretamon. Sólo me quedabas tú, mi único tesoro... y temía perderte. Una ilusión no se pierde a menos que la enfrentes con la realidad... y yo temía enfrentarte.

Y ahora que he enfrentado...

Nefretamon... Ahora que he enfrentado la realidad soy feliz... Soy joven otra vez.

Soy...

Calla...

Calla.

¿Qué opinas de esto, Inermes?

Opino que de cualquier modo que se mire, Nippur es totalmente inconveniente. El cree en esta guerra y tal vez antes te ganarla. Eso está muy bien...

¿Qué consecuencias puede tener?)

...tal como lo oyes, Kurakhina. Ella le ofreció el mando del ejército.

Hmmm.

...pero no para nosotros. ¿Qué nos interesa esa loca guerra, imposible de ganar? Lo llaman 'el incorruptible' y no es una burla.

Fácil. ¿Qué es fácil? El ladrido de un perro llega a ser un mundo de complejidad...
...pero estoy seguro de que mañana desplegará sus alas sobre Tebas.
He oído de ti.
Gracias, pero lo hago solo y al pie de cualquier árbol.
Yo podría sentirme ofendido de tu desprecio, Nippur.
No te ofendas. Ese es un sentimiento de mujer o de cortesano, no de guerrero.

Perro...

Desafíalo a pelear, señor
¿Qué? ¿Estás loco?

¡Comprendo.
Sí. Desafíalo. No tiene espada. Yo le curé la mía. Ha sido especialmente tallada. Se destrozará al primer golpe. Además tengo un negro oculto entre los árboles con una honda. Nadie verá la piedra. ¿Comprendes?

¡Nippur! ¡Perro! ¡Defiéndete!

No tengo espada.

Toma la mía, sumerio.

¿Qué ocurre aquí? Huelo una trampa...

¿Listo, sumerio?

Listo.
¡Muere!
¡Toma!

¡Por los dioses! ¿Qué esperan?)
¡Ahhh!

¡Inermes! ¡Por amor de...!
¡Ahhh!
Se acabó.
Inermes sonríe dulcemente y se recuesta contra el árbol. Una sombra aparece junto a él. Es Hinnannas, el sumo sacerdote. Ambos cruzan una mirada
Es mejor así. Ese bruto imbécil nos habría estorbado. Nunca habríamos tenido suficiente oro para mantenerlo contento.
Véte junto a Nippur, Inermes. Aléate a él. Gana su confianza como hiciste con Kurakhina. Tal vez tengamos que repetir esto mismo.
Tus deseos son los míos... [illegible] des mi oro.
Alguien te traicionó, ¿verdad, Kurakhina? Siendo odios, sospechas y ambiciones clavados en mí. El enemigo no es sólo el que está detrás de las fronteras. (Ol, no.)
Nippur...
¿Sí?
Ha comenzado, ¿verdad?
Sí. Ha comenzado [illegible] los dioses [illegible] terminar.
Fin

NIPPUR DE LAGASH

INERMES

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Debajo mío, Tebas duerme envuelta en la bruma fresca y húmeda que se levanta del Nilo. De tanto en tanto el viento se lamenta quedamente en las hojas de los papiros y de las palmeras. Ningún otro ruido se oye. Tebas duerme.

Sólo yo estoy desvelado y contemplo esa ciudad que no es la mía, cuya lengua me es extranjera a los oídos y que sin embargo en este momento está ligada a mí como pocas veces lo ha estado ciudad u hombre alguno.

De las fronteras llegará el enemigo, los hititas, las hormigas de bronce con sus ejércitos perfectos a enfrentarse con un Egipto sin hombres, sin armas, sin moral, donde la lucha más espantosa y más irracional se libra en la corte por algunas migajas de favoritismo.

¡Ciegos! Tontos. Locos. ¿No comprenden que si el hitita llega a Tebas todo estará terminado? No toman en serio a ese enemigo implacable que viene. Egipto es tan antiguo que no creen que pueda desmoronarse... pero países tan viejos como Egipto son hoy polvo entre el polvo...!

¿Sueñas, Nippur?

Nunca se oyen los pasos de Inermes, el mercenario heleno. Como una sombra aparece en todas partes con su sonrisa de adolescente y su hermoso rostro de traidor. Sé que me espía, aunque no sé quién es su jefe y sin embargo le tengo una cierta simpatía.

¿Me espías, Inermes?

Sí. Te miraba desde la oscuridad y pensaba cuán fácil para mí sería lanzarte un cuchillo. Soy muy rápido, ¿sabes?

No lo bastante para mí. Me bastaría un rumor para alertarme. Y nunca podrías lanzar un cuchillo sin algún ruido que te delate.

Tal vez sí, tal vez no. De todas maneras no tenía interés en hacerlo.

¿Por qué no?

Porque soy curioso, Nippur. He oído hablar tanto de ti que te espío continuamente, tratando de saber cómo eres. Tal vez cuando lo sepa te mataré.

7940

Sonrió. No. No me desagrada Inermes, este enemigo encantador, seductor y alegre, lleno de extraños pensamientos y cuya conducta no consigo clasificar.
Tengo vino. Ven a beber conmigo.
(Seguramente es Hinnannas, el sumo sacerdote quien paga a Inermes. Teme que mi influencia ante la reina sea demasiado grande.)
Bebo en la noche egipcia mirando a la ciudad que duerme y al río perezoso que se arrastra lentamente. Bebo con ese joven bello y esbelto que tal vez un día intentará asesinarme sin odio.
Los dioses sean con nosotros, Inermes.
Los dioses y los demonios, Nippur.
En la mañana recorro los cuarteles. Reina un terrible desorden y veo pilas de espadas enmohecidas... pero los soldados tienen vino en sus barracas aunque no agua para lavarse.
Durante todo el tiempo que dura mi recorrida siento ojos clavados en mí todo el tiempo. A veces descubro algún sacerdote que desaparece rápidamente.
(Hinnannas me vigila. El sumo sacerdote quiere saber lo que haré para saber al mismo tiempo lo que él debe hacer.)
(¿Y por qué no ir a verlo? Aborrezco los juegos de la intriga.)
¿TÚ?
Los dioses sean contigo, Hinnannas.

Me sorprende verte por aquí. ¿Has venido a hablar con los dioses?
No. He venido a hablar con los hombres. Contigo.
Sé que me haces seguir. Sé lo que buscas y por ello he venido a verte.
No entiendo...
No carguemos más la máscara, sacerdote. Voy a preparar a Egipto para la guerra. Voy a preparar su ejército para enfrentarse con los hititas.
Deliras.
Hablas de preparar un ejército. ¿Qué ejército? No hay ninguno. No. No es con la guerra con la que se llegará a detener a los hititas.
¿Con qué lo harías tú, entonces?
Los de Hatti son pobres. Quieren oro.
Ah. Entiendo.
Entiendo. Tú crees que los frenarás ofreciéndoles los cuernos del becerro cuando con sólo un empellón ellos pueden tenerlo entero. Ellos también saben que no hay un ejército. ¿Para qué entonces pactar con un vencido?
-Los hititas no son tan temibles como tú quieres hacernos creer, Nippur. Tratas de exagerar su importancia.
¿Has visto alguna vez un pueblo tomado por los hititas, Hinnannas?
No.
Me miró sombríamente. No. Nunca había visto uno, claro, pero recuerdos de historias atroces cruzaban por su cerebro como mariposas negras.
Mejor para ti. Y mejor para Egipto que esa ciudad, la primera que veas, no sea Tebas.

(Los dioses te dejen ciego.)

¡Ja, ja, ja! Deberías ver la expresión de tus ojos, sacerdote. Nadie dudaría de tus intenciones al verlos...

¿Eh?

¿Siempre acechando?

Es mi tarea. ¿no es así? Todos me pagan para espiar, acechar, asesinar. Yo soy el hombre de los rincones y las sombras. El hombre del veneno y del cuchillo.

Nippur es mi enemigo.

Todo hombre honesto lo es.

¿Cómo te atreves?

Baja las manos, sacerdote. Yo me río de tus dioses y de tu vida. Puedo matarte aquí mismo simplemente porque me aburre tu estúpida charla.

Yo soy un asesino, un espía y muchas otras cosas... pero lo sé. No cierro mis ojos ni tapo mis oídos. Sé lo que soy. Tú eres de los que se mienten a sí mismos; hasta tal punto eres cobarde.

Dejemos esto. No es el momento de disputar entre nosotros. Hay cosas mucho más importantes que solucionar ahora.

Está bien.

¿Cuándo quieres que lo mate?

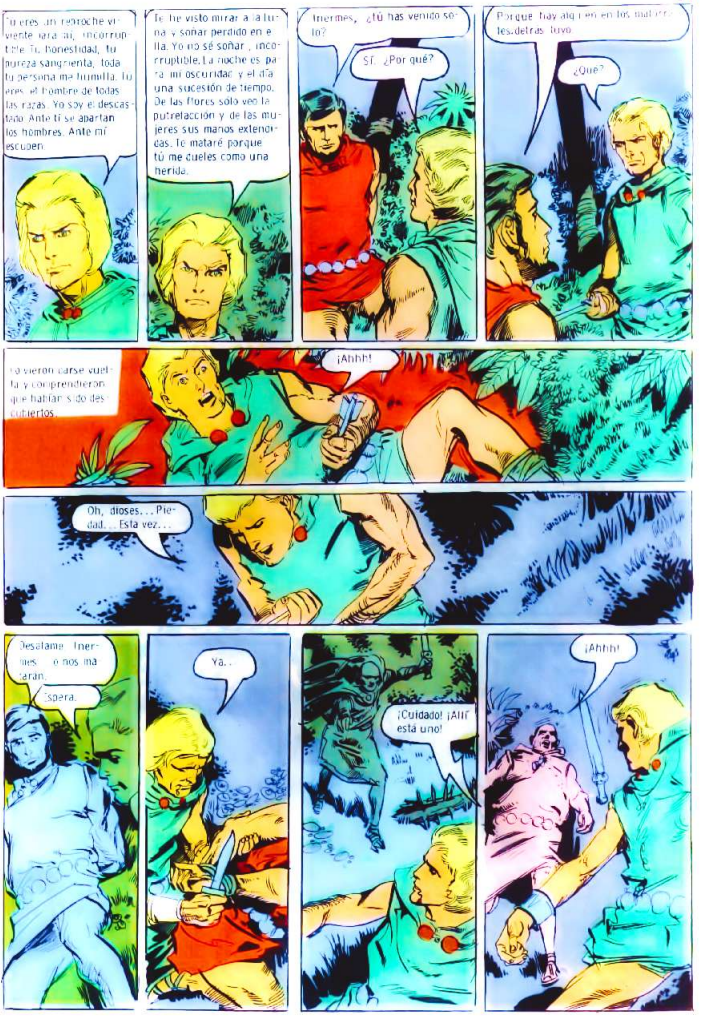
¿Cómo sabes...

Hace mucho que estoy en mi oficio, sacerdote, y soy como esos campesinos que oyen la lluvia en los huesos, yo oigo llegar la sangre. ¿Cuándo?

Lo más pronto posible... pero que parezca un accidente. No quiero convertir a Nippur en una leyenda. Y si es posible, que sea una muerte ridícula. Algo que despierte risas. Una muerte que no cree un héroe.
Te menospreciaba, Hinnannas. Ahora leo en tu cerebro y veo que eres astuto. Muy. Muy astuto.
Te agradezco el elogio.
No me lo agradezcas, sacerdote. Tu astucia me alarma. ¿Por qué me dejarías vivir luego de terminar con Nippur? Sería tan fácil cerrar la única boca que sabe toda la verdad... Tan fácil.
¿Qué ocurre? ¿Quieres más oro?
No. Quiero una tablilla con tu sello. Y un texto en ella.
¿Qué texto?
Tu orden de matar a Nippur.
¡Estás loco!
No. Luego de matar a Nippur quiero volver a la Hélade y disfrutar allá de mi oro. Y quiero estar seguro de poder hacerlo. Ese es mi trato. La tablilla quedará en lugar seguro pero si me pasara algo sería entregada a la reina.
¿Y si no acepto?
Preveniré a Nippur. Y sabiendo él todo lo que yo puedo decirle te exterminará.
No tengo opción. Los dioses...
Deja a los dioses dormir. Su sueño es de piedra. Déjalos.
Tendrás la tableta pronto.
Cuando la tenga mataré a Nippur.
Esa noche reuní a los generales de Nofretamon. La mayor parte no está nada, pero yo había escogido algunos jóvenes oficiales magros y de humilde cuna y los había llevado allí. También estaba la reina y el sumo sacerdote, Hinnannas.
¿Por qué traes hombres de baja estofa aquí, Nippur?

Porque tú estás gordo y pasado y serías incapaz de correr un tiro de lanza sin ahogarte en tu grasa mientras que ellos son duros y finos. Por ello, y prepárate. A partir de hoy deberás hacer lo que tus soldados hagan. Vas a sufrir general.
¡Te burlas! ¡Mi dignidad...!
Habla con tu mujer de tu dignidad. Yo no me interesa en ella.
No voy a perder mi tiempo con palabras. Todos sabemos lo que se avecina. Mañana se proclamará la leva de todos los hombres en condiciones de llevar armas. Se los separará por edad. Los más viejos serán la guardia para las ciudades y los grupos de abastecimiento.
Ántes debemos consagrar la guerra. Debe dedicarse siete días a los dioses y el templo de Amón debe recibir la de cima parte de las provisiones.
No hay tiempo para los dioses y esta vez esa décima parte de las provisiones se usarán para los soldados. La necesi tarán más ellos.
¡Herejía!
Deja de decir idioteces, sácerdote. Y prepárate a vaciar tus depósitos de trigo y de oro. Todo será necesario.
¿Qué...?
Se volvió hacia Nofretamon tartamudeando de ira.
¡Señora, la maldición de los dioses caerá sobre Egipto si el tesoro de los dioses es tocado!
Hinnannas, para que los dioses de Egipto existan, Egipto debe existir, así que creo que por esta vez podremos prescindir de ciertas formalidades sagradas. Tú eres la cabeza del templo y puedes autorizarlo.
Pues no lo autorizaré. ¡Nunca!
Tal vez deba en ese caso solicitar una reunión de todos los sacerdotes de Amón. Tal vez ellos no te apoyen. ¿Qué crees tú?

Mañana responderé. Esta noche debo orar.
¡Esta noche, Inermes. ¡No hay más tiempo! Aquí tienes la tableta. Mátalo de cualquier manera. Ya no importa.
De acuerdo.
Esa noche sentía un extraño malestar que me rondaba. La noche estaba eléctrica y ponzoñoza. Decidí salir a caminar.
¿Será posible que ese ciego prefiera dejar hundir su país antes que permitir que lleguen sus privilegios? Infeliz. Privilegios de oro y trigo.)
Pero... ¡Ah!
¡Ya está. Nippur es mío.)
¿Quién...?
Yo, incorruptible. Tu muerte.
Inermes.
¿Así que ha llegado el momento?
Así es, incorruptible. Hoy, ahora te presentarás a los dioses.
¿Lo haces por oro, Inermes? Yo puedo...
No... No es sólo por oro, Nippur... No es sólo por ello.


Tu eres un reproche viviente para mí, incorruptible. Tu honestidad, tu pureza sangrienta, toda tu persona me humilla. Tu eres el hombre de todas las razas. Yo soy el descastado. Ante ti se apartan los hombres. Ante mí escupen.
Te he visto mirar a la luna y soñar perdido en ella. Yo no sé soñar, incorruptible. La noche es para mí oscuridad y el día una sucesión de tiempo. De las flores sólo veo la putrefacción y de las mujeres sus manos extendidas. Te mataré porque tú me dueles como una herida.
Inermes, ¿tú has venido solo?
Sí. ¿Por qué?
Porque hay alguien en los matorrales detrás tuyo.
¿Qué?
Lo vieron darse vuelta y comprendieron que habían sido descubiertos.
¡Ahhh!
Oh, dioses... Piedad... Esta vez...
Desatame Inermes... o nos matarán.
Espera.
Ya...
¡Cuidado! ¡Allí está uno!
¡Ahhh!

¡Ahhhh!
¿Los reconoces?
Te han tendido una trampa, Inermes. Te hubieran matado luego de que me asesinaras. Hinnannas no bromea.
Pero la tablilla...
Rebuscó en sus ropas y se detuvo vacilante. Cuidadosamente sacó un bolso de cuero que parecía lleno de algo blanco...
Se... Se ha deshecho...
Tablillas de cera sin cocer... Hasta la tibieza del cuerpo basta para derretirlas luego de cierto tiempo...
Me estafó... El sabía que la tablilla no duraría ni un día...
¡El bastardo! ¡Se burló de mí! ¡Y de una manera tan infantil!

Rippir... esta flecha... No sobreviviré, ¿verdad?
No, Inermes.
Se puso de pie fatigosamente tratando de respirar lentamente. Me miró por un instante pálido y lejano bajo el cielo tormentoso.
Adiós, incorruptible.
Adiós.
¿Tú?
La lluvia ha llegado... Una lluvia roja para ti, Hinnannas.
Yo soy la lluvia... y esto es mi rayo...
¡Noooo!
De pie bajo la lluvia, yo no me movía. Imaginaba cosas y viejos horrores se removían en la oscuridad. Tuve un estremecimiento.
¡Es hora de volver al palacio. Yotrela mon estará intranquila.

Fin

LOS HOMBRES DE FUEGO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Sendero arriba, sin cesar, bajo el sol que se mece en el cielo azul, pesado, agorero, como un buitre de fuego. Un horizonte de calor se alarga sin fin ante mí. Mi caballo suda a mares y yo también y ambos avanzamos entontecidos por ese fuego atroz.

Marcho solo, pese a las advertencias de los cortesanos y los oficiales de Tebas y toda mi protección consiste en mi espada, en mi arco y en mí mismo. Hace dos días abandoné la ciudad, dejándola enfebrecida, formando sus ejércitos para la guerra cercana.

¡Pero sus ejércitos no serán bastantes. Necesitamos aliados.)

(Necesitamos a los hombres de fuego.)

Por ello voy solo. Todos saben que en el desierto se pasa de los Anahaim, los hombres de fuego, en grupo es una falta. Los Anahaim atacan a todo grupo de guerreros que ven pues todo guerrero es su enemigo. No molestan a los simples viajeros. Excluso los protegen mientras cruzan sus tierras.

Hace ya muchos años que un sacerdote de Amón, harto de la corrupción y de la perniciosa vida de las ciudades se retiró a las montañas a vivir allí en la soledad y en la pureza. Varios fieles lo siguieron. Para subsistir aprendieron a manejar armas...

Practicaban con ellas todos los días sólo deteniéndose para orar. Así se convirtieron en temibles y extraños guerreros que inquietaron a las montañas de bandidos no deseables.

El eco de su fama y la posibilidad de vivir a salvo de los ataques de bandidos o soldados fue atrayendo a campesinos, esclavos fugitivos, vagabundos, que llegaban a paso lento y sufrido hasta esas montañas tan cercanas al cielo...

(Y ahora los Anaham son miles, viviendo en sus picos de piedra, orgullosos, duros, valerosos. Despreciando al mundo, a los débiles, a los corruptos. Ellos son puros y valientes. Han creado un pueblo allá en lo alto que tiene más de águila que de hombre.)

(Y yo intentaré contratar a esos hombres que defienden al Egipto, ese cadáver inmundo. Pediré que defiendan a sus sacerdotes corrompidos, a sus cortesanos serviles, a sus tesoros, a su pueblo inmundo. Y entregaré el país a sus flechas antes de luchar por él. Les ofreceré el oro que ellos desprecian.)

¡Y después intentarlo! ¡Salvaré a Egipto aunque Egipto no quiere salvarse! Los azotaré hasta que recobren su orgullo! ¡Los obligaré a odiarme y lanzaré ese odio sobre los hititas como el que arroja una antorcha! ¡Lo haré!

¡Un momento...!

¡Jinetes que se acercan...!

Se detuvieron ante mí. Eran tres. Un anciano de ojos crueles y astutos que me saludó con cortesía.

Los dioses sean contigo.

Y dos jóvenes corpulentos y armados. Uno enorme y brutal, con ojillos de cerdo perdidos en su cara correosa y el otro sonriente y afable...

Veo que los caballos y tus arreos son egipcios. ¿Eres egipcio?

No. Soy sumerio.

Yo también había reconocido sus arreos, su manera de cabalgar y sus cortas narices. Eran hititas. Como al descuido apoyé mi mano en el pomo de la espada.

¿Sumerio? ¿Y vienes de Egipto?

Me estudió cautelosamente. Su cerebro debía estar recordando muchas cosas que oyera. De pronto...

¿Eres Nippur?

Ese soy yo

Esperé el ataque. Los hititas conocen muy bien mi nombre y saben que deben acabar conmigo. El anciano me miraba golpeándose los labios con un dedo. Luego...

Y dime, Nippur, ¿vas a tierra de los Anaham?

Allí voy, en efecto.

Mi nombre es Akh, el viejo, y estos dos que ves aquí son mi protección. Hemos sido enviados por nuestro señor de Hatti para hablar con los Anaham... y dado que ambos vamos en la misma dirección y por el mismo motivo, según creo, ¿por qué no hacer el viaje juntos?

¿Por qué no? Siempre y cuando no intentes tonterías, Akh el viejo: amo mi pellejo.

Te doy mi palabra. Puedes confiar en ella.

Confiaré en tu palabra, Akh, pero tendré mi espada a mano todo el tiempo. No lo olvides.

No lo olvidaré.

¿Vas a buscar la alianza de los Anaham, Nippur?

Así es, Akh. Esperamos que tu gente comience a atravesar las fronteras en cualquier momento. La guerra está declarada y yo busco aliados para luchar.

¿Crees que podrás detenernos, Nippur?

Lo miré por encima de las llamas del fuego. Las luces y las sombras borraban edades y los tres rostros parecían curiosamente iguales con sus corvas narices de aves de rapiña y sus hombros poderosos. Los hititas son una raza fuerte.

No voy a detenerte, Akh. Voy a destruir tus ejércitos y llevaré mis hombres con antorchas hasta Hatti.

¿Tú solo harás eso, Nippur? Hatti es débil, viejo y corrompido.

Yo endureceré a Egipto y los rejuveneceré. Alzaré mares de hombres contra vosotros y convertiré cada piedra de Egipto en una lanza, cada matorral en una emboscada, cada hombre o mujer en una fortaleza.

Un hombre solo no puede cambiar el curso de la historia, sumerio.
¿No? Pregúntale a Akh el viejo. El es anciano y sabio y él te dirá que son los hombres los que hacen la historia. Y los que cambian su curso.
Durmamos. Mañana estaremos en tierra de los Anaham.
En la mañana entramos en el valle de piedra. Todo parecía desierto pero a nuestro alrededor se veían sembrados colgados de las laderas de la montaña, manadas de cabras, riachos canalizados.
¿Dónde están?
Entre las rocas, muchacho. Lo mejor que podemos hacer es dejar nuestras armas aquí.
Buena idea. Me cosquillea la nuca cuando pienso en las flechas de punta de piedra de los Anaham.
Arrojamos espadas y lanzas al mismo y luego buscamos un camino entre las rocas para subir a lo alto, hacia la guarida de los hombres de fuego.
Aquí está el sendero.
Comenzó a silbar a medida que subíamos hacia el cielo, entre los inmensos farallones rocosos, las troneras de piedras que se perdían en las nubes.
Comienza a hacer frío.
Allí hay algunos que no lo sienten, así que alégrate.
Allí hay un hombre.
Estaba de pie sobre una roca a un costado del camino, delgado y vestido con pieles y ropas negras, y apoyado en su lanza parecía soñar mirando las inmensas montañas grises y al mundo inacabable de las nubes que parecían al alcance de la mano. Ni nos miró.

Al menos podría preguntar quiénes somos...
¿Crees que no lo sabe? Todo este país que has atravesado en la última semana pertenece a los hombres de fuego. Y ellos lo saben todo.
¿Quién es el jefe de los Anaham?
El viejo sacerdote murió hace más de veinte años. Ahora el jefe es Manam, quien era su discípulo predilecto. Todo el fanatismo de aquel demente parece haberse transmitido a éste.
Y de pronto el pueblo de los Anaham estuvo ante nosotros. Un valle cóncavo, con casas de piedra en las laderas, escaleras de cuerdas y enormes rocas en los puntos superiores.
Por los dioses
¿Por qué están las casas ubicadas en esos lugares absurdos?
Por si alguien ataca. Pueden cortar las escalas con un solo golpe y entonces desde las alturas lanzar avalanchas y flechas sin arriesgarse. ¿Imaginas a un ejército atrapado en este lugar?

Lo imaginó y se rascó la nuca nerviosamente.
¿Y el jefe? ¿Dónde está?
Me aparté de ellos y bajé del caballo. Había visto a un anciano sentado cerca de una roca, mirando a las montañas. Tuve un presentimiento.
Me acerqué.
Los dioses te bendigan, Manam.
Me miró un instante con sus feroces ojos azules y sonrió. Tenía un rostro macilento y sus cabellos le caían hacia la espalda.
Los dioses te bendigan, Ningur.
Me creí...
Veo que ya lo sabes todo.
Todo. Sé por qué vienes. Mis oídos llegan hasta Tebas y durante todo el viaje mis hombres te han vigilado. Quería que llegaras hasta aquí sin riesgos.
Tus compañeros hititas no hubieran tenido ninguna oportunidad si hubieran intentado matarte. Han tenido continuamente flechas centradas en ellos.
¿Por qué?
Quería conocerte.

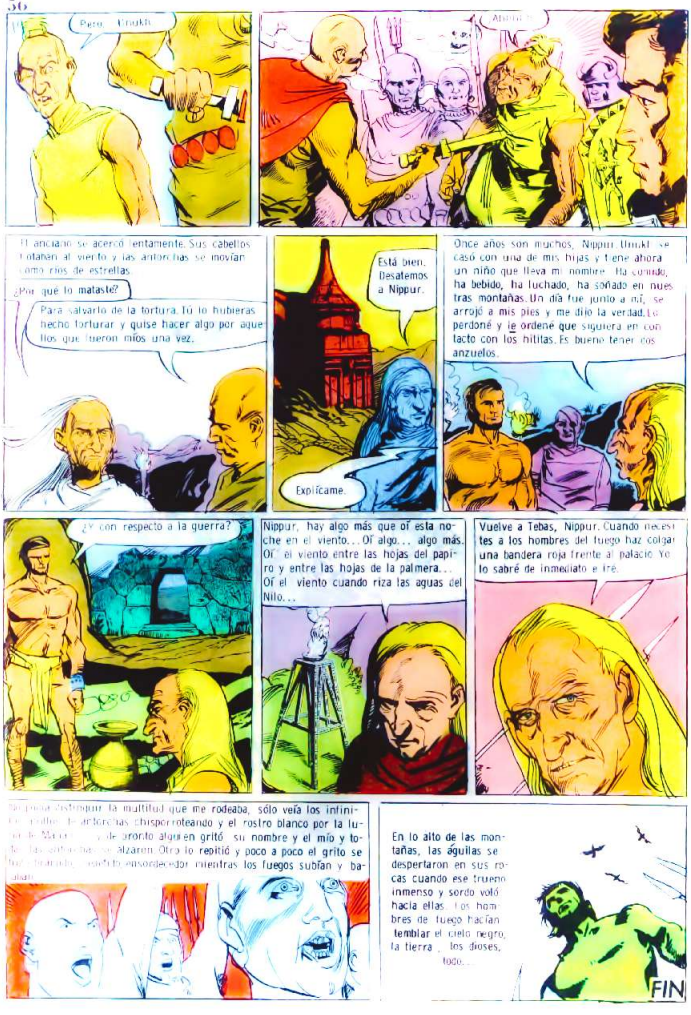
Esa noche comimos en el centro del valle alrededor de una inmensa hoguera mientras [illegible] han sentados frente a sus nidos de piedra, alumbrados por antorchas. De cuando en cuando uno [illegible] con un solo rugido. Las llamas se reflejaban en la lámina de una espada o en la monarca de [illegible]

Mi señor de Hatti te dará todo lo que le pidas
Sabes que de lo que es mío y lo que nunca podrá quitarme, ¿y para qué quiero yo coronas? ¡Bah!
Mi señor de Hatti pone en tus manos lo que pidas.
¿Lo que pida?
Sonrió burlonamente...
Dame la paz del corazón, hitita. Es lo único que pido. ¿Puedes dármela?
No, sacerdote. Sólo puedo darte cosas palpables. Esto es un mercado. No busques agua en las piedras ni flores en el arenal ni tu conciencia en un regateo.
Hmmm. También eres sabio, hitita.
Aún no has hablado, Nigim? No has hecho ninguna oferta por mi gente. No me has ofrecido ni oro ni coronas ni alguna otra cosa cómica como ésa. ¿Por qué?
¿Has estado alguna vez a orillas del Nilo, Manam?
Lo sabes bien. Nací en Tebas...
¿Y de lo a las muchachas que nunca lavan su ropa? ¿Y qué chillan mientras trajan bolas de tango? ¿Y qué regatean ... mujeres que ... ¿Y qué ... por nace? ... la leña, ... el ... pal

Recuerda. Continúa
¿Has visto el país de Hatt? Es polvoriento, reseco y gris. Sus ciudades de piedra, frías y silenciosas. No he oído en sus calles cantos de niños ni risas. He visto rostros pétreos y crueles y armaduras y espadas en todas partes. El viento sólo sopla. No hay nada en él y a lo largo de los caminos se ven estacas con esqueletos viejos aún encadenados a ellas.
Los hititas pueden tomar Tebas. Entonces engordarán pues serán ricos y se ablandarán. Los hititas son duros porque son pobres. Y son bravos y fuertes y valientes porque un soldado debe serlo. Nada más. Son soldados desde que nacen y no tienen nada que perder. Por eso son valientes.
Yo llevaré a la guerra a hombres de paz, hombres que temen morir, que tienen mucho que perder. Yo iré con ellos porque son humanos, frágiles, porque aún ríen y porque en su imperfección son para mí más caros a mi corazón que esa horda fría y asesina.
Yo sólo puedo ofrecerte el viento en las palmeras, los papiros del río, la risa de las mujeres y los niños, el zumbido de las abejas, el fedor, el estrépito y el hombre de tu ciudad para que luches por ella.
Un silencio total descendió sobre el valle. Todos los hombres miraron los fuegos de las montañas y las lluvias de chispas que a veces arrastraba el viento. Fue uno de ellos el que repitió el nombre con nostalgia irreprimible.
Tebas...
Es curioso que mi corazón se encoja ante ese nombre... Tebas... Tebas... Tebas...
Ash miró a su alrededor. Una mágica atmósfera parecía titilar en la noche y los hombres del fuego sonaban en sus mantos negros. Hizo un gesto distraído con la mano.
Esa noche desperté sobresaltado...
¿Quién...?
No te muevas, Nippur. No me cumpla o eres muerto.

Ah... Estás aquí...
Un hombre de manto negro estaba de pie allí. Lo reconocí. Lo había visto junto a Manam. Akh siguió mi mirada. "Ah, sí. Este es Unukh," dijo, "un hitita. Hace ya once años que lo cosí a latigazos, y lo envié aquí. Habla muy bien el egipcio y entró a formar parte de los Anaham. Hoy en día es muy apreciado... pero sigue siendo hitita."
¿Te preguntas qué he planeado? Es muy sencillo, Nippur. Creo que has ganado la partida. Creo que Manam ha caído en tus manos. De manera que debo buscar otra solución. ¿Sabes? He filtrado gente como Unukh en todas partes. Nunca sabes cuándo necesitarás a alguien... y dónde...
Esta noche, Manam morirá, Nippur. Lo hallarán apuñalado y Unukh te matará en el momento de descubrirte asesinándolo. Tal vez resulte bien y los hombres de fuego clamen venganza. Unukh los arengará. Tal vez resulte. De todas maneras debo intentarlo, pues creo que todo está perdido.
Por ahora quedarás aquí... Mis hombres y Unukh irán a buscar a Manam y terminarán con él. En cierto modo cumpliré su deseo. Le daré la paz del corazón a cambio de su alianza.
Quedamos solos. La mordaza me hacía sangrar la boca y una rabia terrible me estremecía como un afiebrado.
Veo que te has encolerizado. No importa. Es corto el tiempo que te queda, Nippur. No lo malgastes.
¿Sabes una cosa? Tienes razón cuando hablas de nuestra obligada frugalidad. Todos los oficiales de mi país sueñan con oro, palacios y mujeres, con todo aquello que tendrán al tomar Tebas. Lucharán como demonios porque así huirán de la pobreza y del desierto.
Y no estando tú allí, ¿quién acaudillará esos mares de hombres de quien hablaste?
¡Eso es lo que me pregunto ¿quién?!
Todo está listo, señor. Vamos.
Vamos.

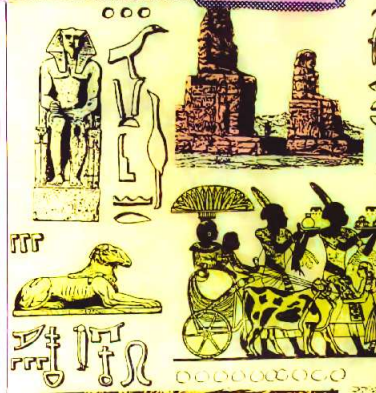
Tenemos que...
Pero...
Sentí la sangre en el viento esta noche, hitita, y oí a los perros gruñir y aullar a la luna y supe que algo ocurriría.
Has venido tan lejos a morir


Pero... Unukh.
El anciano se acercó lentamente. Sus cabellos flotaban al viento y las antorchas se movían como ríos de estrellas.
¿Por qué lo mataste?
Para salvarlo de la tortura. Tú lo hubieras hecho torturar y quise hacer algo por aquellos que fueron míos una vez.
Está bien. Desatemos a Nippur.
Explícame.
Once años son muchos, Nippur. Unukh se casó con una de mis hijas y tiene ahora un niño que lleva mi nombre. Ha comido, ha bebido, ha luchado, ha soñado en nuestras montañas. Un día fue junto a mí, se arrojó a mis pies y me dijo la verdad. Lo perdoné y le ordené que siguiera en contacto con los hititas. Es bueno tener dos anzuelos.
¿Y con respecto a la guerra?
Nippur, hay algo más que oí esta noche en el viento... Oí algo... algo más. Oí el viento entre las hojas del papiro y entre las hojas de la palmera... Oí el viento cuando riza las aguas del Nilo...
Vuelve a Tebas, Nippur. Cuando necesites a los hombres del fuego haz colgar una bandera roja frente al palacio. Yo lo sabré de inmediato e iré.
No podía distinguir la multitud que me rodeaba, sólo veía los infinitos anillos de antorchas chisporroteando y el rostro blanco por la luna de Mariam... y de pronto alguien gritó su nombre y el mío y todas las antorchas se alzaron. Otro lo repitió y poco a poco el grito se hizo tronado, repetido ensordecedor mientras los fuegos subían y bajaban.
En lo alto de las montañas, las águilas se despertaron en sus rocas cuando ese trueno inmenso y sordo voló hacia ellas. Los hombres de fuego hacían temblar el cielo negro, la tierra... los dioses, todo...
FIN

NIPPUR DE LAGASH

UN DIVERTIDO REGRESO A TEBAS

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LUCHO OLIVERA

Poca distancia me separaba ya de Tebas. Regresaba de mi viaje con un sólido resultado. Las tribus guerreras de los hombres del fuego se habían unido a Egipto en la guerra con los hititas. Eso significaba miles de hombres capaces...

(Y buena falta me harán con este ejército egipcio que no sabe distinguir el cabo o la punta de una lanza.)

También llevaba conmigo a Nama, la hija del bandolero cuyo cadáver se pudriría ahora entre los restos calcinados de su campamento y a su vieja sirvienta que no había dejado de farfullar protestas durante todo el camino.

Y sobre mi hombro iba Urum, poderosa y siniestra. A veces me acariciaba con el pico, caricia que nada tenía de suave. Un vínculo rápido había nacido entre el águila y yo.

A veces me abandonaba para lanzarse como una flecha sobre algún pájaro que se ofrecía a su vista y que se convertía velozmente en una explosión de sangre y plumas bajo sus garras.

¿Falta mucho, Nippur?

Algo aún. Tardaremos dos días en llegar a las murallas.

¿Seguimos en zona de peligro?

Sí. Hay demasiados fugitivos huyendo de los ejércitos que avanzan y la mayor parte de ellos se hacen de dinero y comida a punta de cuchillo.

¿Ves?

Urum graznó sordamente sobre mi hombro...

¿Qué? ¿Algo se acerca, hermano?

¡Eh, vosotros!
Era un joven elegante y simpático, seguido de varios asnos cargados de bultos y con un sirviente con cara de sufrimiento que las arreaba.
¿Quién eres tú?
Me llamo Sinar el Joven y soy hijo de Sinar el Viejo, nieto de Sinar el Antiguo y...
No me digas cuál era el nombre del padre de tu abuelo. Lo puedo imaginar perfectamente. ¿Qué haces por aquí?
Marcho a Tebas a casarme.
Oh, noble señor, mi amo es joven y se le ha metido en la cabeza esa espantosa idea y no hay quien se la saque. Tal vez tú que tienes un rostro sabio y diver ticopuedas aconsejarle...
¡Rinam! ¡O cierras tu gran bocaza o te sustituiré por uno de esos asnos...y saldré ganando con el cambio!
Me callaré...Me callaré...pero tú te arrepentirás...
Debes perdonar a Rinam, caballero. Lleva demasiados años sirviendo a nuestra familia y su insolencia es ilimitada. ¿Vas a Tebas?
En efecto. Será mejor que vayamos juntos, cuantos más seamos, mejor será trevernos los bandidos.
¡Ah! Esta dama es Nania, una protegida mía.

Los...los dioses te prote-
gen, Nimo.

Sí...es Rinam...Mi
hombre es Nacas.

¡Bah, Jóvenes. Pura tontería.

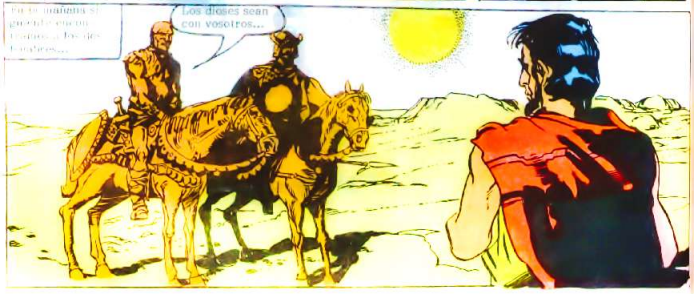
...pero...¿no prometiste encontrarte en Tebas?
...conocí a una dama de la cor-
te mismo de los viajes que hizo por
el interior del país. Prometí ir a Te-
bas a pedir su mano...

¡Bah!

...pero no te cae simpática la
señora tu amo, Rinam...
Bah. Ella no es más que una
tonta pintarrajeada tratando
de ser seductora. Buscaba un
marido rico y encontró al im-
bécil de mi amo que, aunque
buena persona, no es más que
un joven asno.

Ella no se compro-
metió mucho. Ya
conoces la técnica;
medias palabras,
suspiros y ya tie-
nes al tonto meti-
do de pies a cabe-
za en la trampa.
Bah. Yo intenté
todo lo posible pa-
ra evitarlo. Atur-
dió tanto a su pa-
dre que al fin este
le dio un garrota-
zo y lo autorizó a
que se casara con
tal que no lo mo-
lestara más.

Así que ya ves...Allí vamos...
Y ahora te lo diré por últi-
ma vez...¡Cierra la boca!


...en la mañana si
quieren encon-
trarnos...
Los dioses sean
con vosotros...

Tenían rostros canallescos y brutales y llevaban muchas armas encima. Miraron las mulas y nuestros caballos.

Somos gente de Ampur...

Ampur, el bandido, ¿eh?

Digamos...el rey y faraón de estas tierras...por el derecho sagrado de la espada.

Y como todo [illegible] Ampur tomó impuestos de todos aquellos que [illegible]. Y los que [illegible] pagar [illegible].

[illegible] Por qué no ha venido aquí el [illegible] Ampur a [illegible] en persona su impuesto?

Ha venido. Ampur soy yo.

¿Y qué es lo que quieres?

Algo que hace mucha falta en mi campamento.

La muchacha.

¡Ahhh!

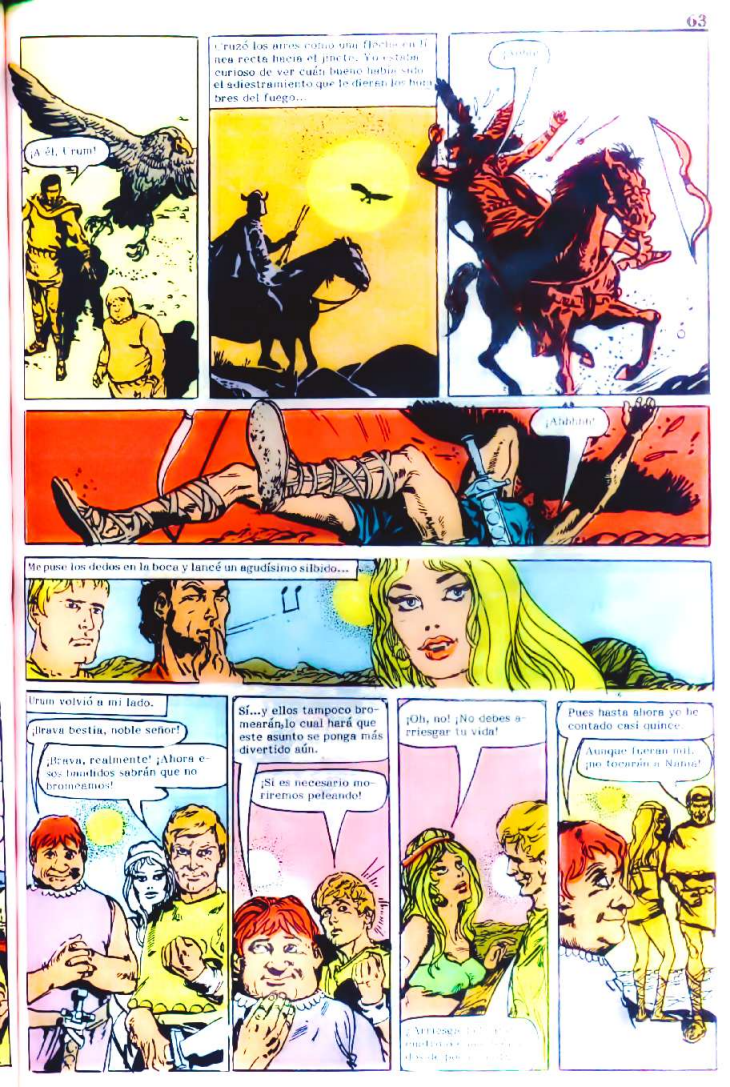
Fuera de aquí, perro. Si no desapareces de inmediato te arrancaré los intestinos y se los daré a los cerdos.

Te arrepentirás, mocoso. A cabas de condenarte a muerte y ella igual será mía.

Fuera, gusano.

¡Os mataré a todos!

Gracias por salvarme.
¿Oyes a esos dos idiotas, caballero y noble señor? Gracias de aquí, gracias de allá, sonrojos por todas partes... Pero cuando los bandidos vengan tendremos que luchar todos...
Esa es la conducta de todo joven, mi querido Rinam.
No creo que ese fachendoso bandido ataque, Nippur. Creo que sólo ha querido asustarnos.
Hmmm.
Mira allá.
¿Sabes? Yo creo que Ampur es uno de esos hombres que tienen el odio largo y persistente. Y que cumplirá lo que ha dicho.
STRGG!!
¿Ves? Te lo dije.
¡Ahora mismo voy a...!
¡Quédate quieto!


¡A él, Urum!
Cruzó los aires como una flecha en línea recta hacia el jinete. Yo estaba curioso de ver cuán bueno había sido el adiestramiento que le dieran los hombres del fuego...
¡Ahhhhh!
Me puse los dedos en la boca y lancé un agudísimo silbido...
Urum volvió a mi lado.
¡Brava bestia, noble señor!
¡Brava, realmente! ¡Ahora esos bandidos sabrán que no bromeamos!
Sí...y ellos tampoco bromearán, lo cual hará que este asunto se ponga más divertido aún.
¡Si es necesario moriremos peleando!
¡Oh, no! ¡No debes arriesgar tu vida!
Pues hasta ahora yo he contado casi quince.
Aunque fueran mil, ¡no tocarán a Nama!

Instantáneamente porque es tan allí, mi querido amigo. Si nos ponemos a huir como locos reventaríamos nuestros caballos y nos alcanzarían con facilidad. No. Si hay que pelear prefiero elegir mi campo de batalla.
Y el lugar que me gusta son aquellas rocas. Vamos allá.
Ocultamos a las mujeres entre las rocas y...
¿Encendemos un fuego?
No. Por lo contrario sus arqueros acribillarían nuestro refugio toda la noche con sus flechas.
Quédate con las mujeres y cuídalas, Sinar. Yo, con Rinam debo hacer algo.
¿Conmigo? Te advierto, noble señor, que mis reservas de coraje son muy limitadas.
No te preocupes. Estoy seguro de que bastarán. Necesitaremos algunas telas o trozos de cuero... ¿Tienes algo?
Sí ...en los asnos.
En la noche nos deslizamos como serpientes, llevando dos hojas de bronce y trozos de cuero y tela y nu
Cuando volvimos, agotados y polvorientos, casi de madrugada, el pobre Rinam había comprendido perfectamente mi plan, pero eso no servía de ningún consuelo a su cansancio.
¿Dónde está Sinar?
¡Shhh! No hagáis ruido. Acaba de dormirse.
¡Bah!

Allí venían. A galope tendido, con el vientre de los caballos rozando el suelo. Me coloqué una flecha entre los dientes y apunté con la otra...

Aquello fue un verdadero caos de caballos despatarrados y cuerpos volando por el aire. Oímos crujidos siniestros...

¡Ahora!

STANG

¡Ahhh!

¡Ahhh!

Lanzábamos flecha tras flecha sobre todo cuerpo que se moviera. Luego de las terribles rodadas muchos quedaron tendidos inertes y todo aquel que se enderezaba encontraba una...

¡Ahhh!

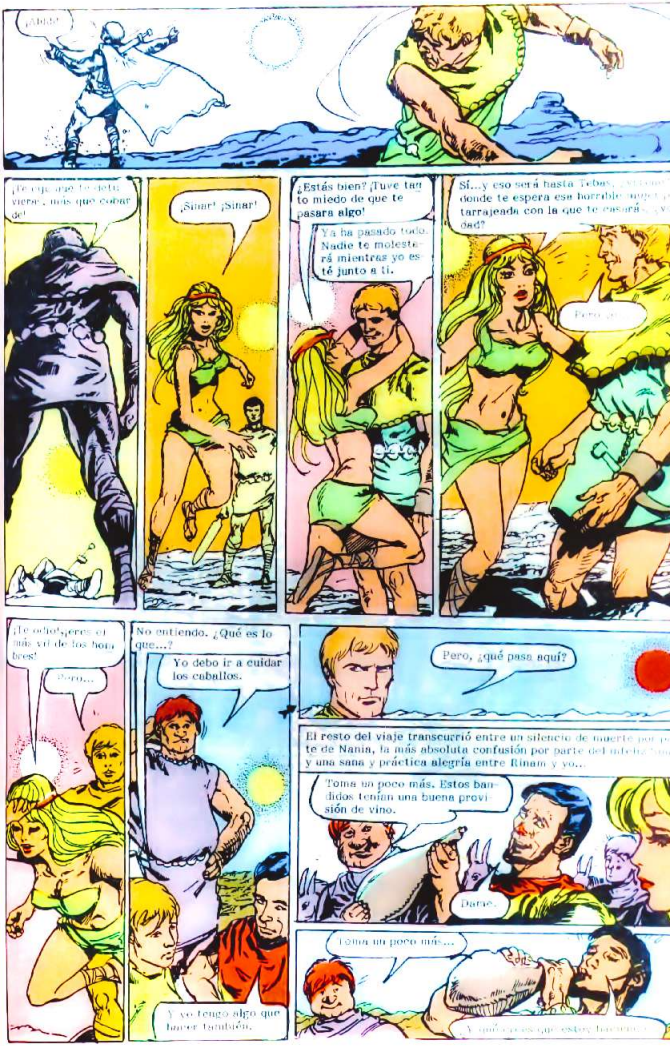
¡Allá va Ampur!

¡Déjalo! ¡Es mío!

¡Deténte, cobarde!

Ampur tal vez fuera cobarde o no, pero por lo menos pareció curiosamente sordo a las bélicas invitaciones de Sinar, el cual, furioso, por fin...

¡Deténte, mal dito seas!


¡Ahhh!
¡Te eje que te detuvieras, más que cobarde!
¡Sinar! ¡Sinar!
¿Estás bien? ¡Tuve tanto miedo de que te pasara algo!
Ya ha pasado todo. Nadie te molestará mientras yo esté junto a ti.
Sí...y eso será hasta Tebas, donde te espera esa horrible mujer pintarrajeada con la que te casarás, ¿verdad?
¡Te odio!, ¡eres el más vil de los hombres!
Pero...
No entiendo. ¿Qué es lo que...?
Yo debo ir a cuidar los caballos.
Y yo tengo algo que hacer también.
Pero, ¿qué pasa aquí?
El resto del viaje transcurrió entre un silencio de muerte por parte de Nania, la más absoluta confusión por parte del infeliz Tuna y una sana y práctica alegría entre Rinam y yo...
Toma un poco más. Estos bandidos tenían una buena provisión de vino.
Dame.
Toma un poco más...

Llegamos muy borrachos a Tebas, cantando a grito pelado una canción bastante poco delicada acerca de la conducta de las viejas madres de las muchachas bonitas. Nos detuvimos junto al palacio real y bajé del caballo...
...Smar...Hemos llegado al final del viaje y aquí tendrás que tomar una decisión.
¿Cuál?
O te casas con Nania o la dejas en el palacio...Decídete.
¿Casarme con...?
Oye...¡No es mala idea!
¡Nunca! ¡Véte a buscar a tu bruja pintarrajeada! ¡Yo no voy a servir de caballo de recambio!
¿Qué hago, Nippur? Creo que ella no...
Hip...Dale una zurra...
¿Una zurra? Pero...
Es el mejor remedio del mundo para una mujer enamorada furiosa. Luego llorará veinte o treinta horas y todo estará bien...
Y ahora te dejo. Hay una mujer que me espera.
No estaba aún a cien pasos cuando oí el primer palmetazo y el primer chillido de Nania. Hipé y me detuve bajo las ventanas de Nofretamón. Como no podía tenerme muy derecho me senté con la espalda contra una de las palmeras del jardín.
¡Nofretamón! ¡Reina mía! ¡Sal para que la luna se over...iver... avergüence ante tu lle...bo... belleza...!
¡Nippur! ¡Has vuelto!
¡Nippur ha vuelto!
¡Nippur! ¡Creí que en estos días me...! ¿Nippur?
El muy puerco... ¡Está roncando!
FIN

NIPPUR DE LAGASH

EL ÁGUILA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

...mientras en otro los adultos aprenden a luchar cuerpo a cuerpo con los puños y la cabeza.

¡Ouff!

Veamos...
¿Te ha gustado? Recuérdalo pues es un golpe de lucha hitita.
Espero que los hititas tengan pies más pequeños que los tuyos.

Lo sé. Debes volver a Tebas.
Sucumbo
de dejar pasar
Tebas
Y es por ello que debo irme aunque me siento aquí entre mis hermanos.
Es que lo somos, Nippur, aunque no pertenezcas a nuestro pueblo. Eres limpio y puro y te han hecho con bronce muy fino como las buenas espadas.
¿Cuándo partirás?
Tu viaje de vuelta será peligroso. Los campos están llenos de hombres que huyen de la guerra y de los ejércitos hititas. Muchos de ellos tienen los estómagos vacíos y los cuchillos largos.
Por ello te daré a Urum. Si te hallas en peligro simplemente sacate la cadena que tiene alrededor del cuello. Volverá aquí y nos llevará hasta donde estés. Ha sido bien adiestrado.

Si llegas a Tebas sin novedad guárdalo contigo. Si lo dejas volar sin quitarle la cadena no se alejará de ti. Si viene sabremos que estás en apuros y lo seguiremos.
Gracias, Manam. Gracias, padre.
Y al día siguiente, tras el saludo al sol monté en mi caballo y me volví a la silenciosa multitud que me contemplaba.
Adiós, hermanos. Nos veremos pronto.
Alzaron el brazo derecho en un saludo mudo. Taloneé mi caballo y pasé entre esa selva de brazos con el águila aleteando en mi hombro. El momento era mágico y así lo sentí. La magia estaba en la honda [illegible] ciosa, en el águila, en las montañas [illegible] levenda...
Manam estaba a la salida del valle sobre una roca. No me dijo una palabra. Con los cabellos volando en el viento repitió el saludo.
Yo le contesté simplemente. El tenía razón. Eramos de la misma raza.
El desierto me aguardaba abajo. [illegible] de horno y la ruta a Egipto. [illegible] a la cálida corrupción luego de la [illegible] helada.

Durante mi cabalgata me crucé con grupos
raban con odio. Yo era un guerrero y para
huyendo del horror de los ejércitos en marcha.
un enemigo.
¡Perro!
(No puedo culparla. Han perdido todo lo que tenían y pasarán hambre y miserias sin nombre por culpa de hombres como yo. Egipcio, sumerio o hitita, eso no importa. Para el pueblo cualquier soldado es un enemigo.)
¡¿Y aquello?... Humo...!
¡Claro...
quienes aprovechan el desorden para matar y robar...!
¡Pero... Algo se movió allí...!
¡Ahhh!
Mira el caballo que tiene... y sus armas... ¡Es una buena presa!
Llevémoslo junto a cabalgata

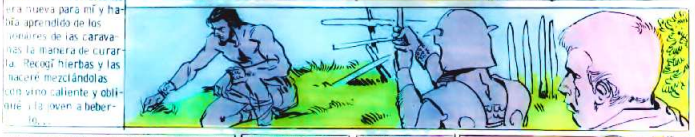
Eres como el perro que alardea de ser león.
No seas insolente o te cortaré la lengua.
En ese momento la mujer entró...
¡Nania sigue con la fiebre! ¡Es cada vez más fuerte!
¿Qué me cuentas? ¿Que quieres que haga?
¡Busca a un hombre que sepa algo! ¡Hay que salvar a mi muchacha!
¡No hurgas nada, lo sé! ¡Prefieres que ella muera!
¡Cállate.
Pero la mujer ignoró su orden y miró alrededor suyo desesperada. Entonces me vio...
¿Quién es este hombre?
Un prisionero. Lo venderé como esclavo.
Extranjero... sabes algo de enfermedades.
Lo llevaré a que vea a Nania.
¡No! ¡Es mi prisionero y...!
¡Vete al diablo, gorrón!

El hombre no pareció terriblemente deseoso de discutir con la feroz anciana de mirada que la seguía. Algunos hombres me siguieron vigilándome.

La muchacha temblaba entre las pieles de oveja y todo su cuerpo estaba bañado en sudor.

Mantenía los dientes y los labios con cuidado. A veces de entre sus labios brotaban unos gritos ahogados...

La fiebre del desierto no era nueva para mí y había aprendido de los viajeros de las caravanas la manera de curarla. Recogí hierbas y las hacerte mezclándolas con vino caliente y obligué a la joven a beber-
...lo...



Luego la envolví en cuanto abrigo hallé y la hice dormir frente a un fuego donde coloqué un recipiente de agua a hervir, al cual agregué las hierbas. Las de hojas angostas que no deben ser tocadas con las manos desnudas.

Toda la noche vi la fiebre brotando por sus poros, sofocada de calor, de vapor y del jugo violento de las hierbas...

De pronto me volví. Alguien estaba detrás mío.

¿Cómo sigue?

Habrá que esperar a la mañana...

Se acercó a la muchacha que gemía y murmuraba. La contempló durante un largo rato pensativo. Entre el vapor y la semioscuridad su rostro bestial parecía casi embellecido por una ternura sorprendente.

Ella es mi hija, forastero. El único fruto que he tenido en toda mi vida. Los dioses me negaron hijos y en sus extraños designios me dieron a Nania y su maldición.

¿Qué pasa, padre?

Me miró sorprendido y se rascó la cabeza. Volvían sus facciones groseras a pertrecharse.
¿He hablado tanto? Voy a dormir.

¿De qué maldición hablaba el bardo, mujer?
Es una profecía que oyó de labios de una mujer de las montañas. No le presté atención pero años después un viejo sacerdote del dios de los vientos se la repitió palabra por palabra. Entonces comenzó a tener miedo.

¿Cuándo fue esto, padre?

Dice que Nania es hija de un padre. Que la madre murió al dar a luz. Nania lo llevará a las puertas de la muerte.

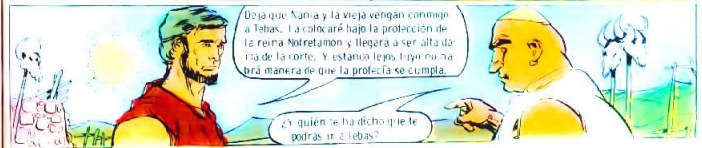
¡Qué tienes a ese hombre, cobarde y esclavo cuya única fortaleza ha sido siempre el amor a su hija, corroído por el miedo y por su ternura y que no atina a hallar el camino justo a seguir...

Los dioses sean benditos... y malditos sus misteriosos designios.

En la mañana, Nania abrió sus ojos limpios de fiebre, atónita y débil...
¡Los dioses te colmen de gracias! ¡Está salvada!

Pero tras la primera alegría vi su rostro volverse sombrío.
¡El padre ha ardido por un segundo en la llama de la felicidad... pero de inmediato ha hundido el frío del miedo otra vez...!
Hapalanim, he oído de labios de la mujer vieja la profecía.
Esa vieja habla demasiado. Un día la haré callar.

Si consigues hacer callar a una mujer, Hapalanim, serás el primer hombre en la historia de los hombres que lo ha logrado.
¡Bah! ¿Y qué querías decirme?


Deja que Nania y la vieja vengan conmigo a Tebas. La colocaré bajo la protección de la reina Nofretamon y llegará a ser alta dama de la corte. Y estando lejos tuyo no habrá manera de que la profecía se cumpla.
¿Y quién te ha dicho que te podrás ir a Tebas?

¡Ah, Sancho, amigo mío! Ya sabía yo que no podías resistirte a mi encanto.

Se la mostró a la anciana.
¿No es hermosa?
Aha.
Mis manos se paralizaron en el gesto de romper ramas para echar en la hoguera.
(Un águila...)
¡¡El águila! ¡La olvidé completamente!!
Dime, ¿la sacó del cuello del águila que yo traje?
Sí. Es curioso, ¿sabes? Apenas estuvo sin la cadena el águila huyó. Ocurrió ayer a la mañana.
Apaga la hoguera y escóndete con la muchacha entre los arbustos. Tengo que volver.
¿Ocurre algo?
Pensé en los hombres de fuego, en sus cuerpos delgados y duros como raíces y en sus espadas afiladas. Pensé en sus movimientos de panteras y su frío fanatismo de sacerdotes de la muerte... y pensé en la espada que regalara al bandido.
¡Creerán que él me ha...!
¡Escóndete te digo! Volveré al alba.
Ya desde lejos vi el fuego devorando las tiendas. No se oían gritos. Sólo un grave silencio de templo... en silencio de muerte.

Sigamos la marcha.
La anciana me miró en silencio y un horror antiguo le agrandó los ojos. Esperó que la muchacha se apartara y me susurró.
Huelo la desgracia. ¿Qué ha sucedido?
La profecía se ha cumplido.
FIN

NIPPUR DE LAGASH

DIEZ HOMBRES PASAN ANTE UNA CABEZA MUERTA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

Ha sido siempre derecho de los jefes de nuestras tropas al disponer del oro de los cofres. ¿De qué puedes acusarme? No he hecho más de lo que siempre se ha hecho.
Tal vez, general, pero ahora es tiempo de guerra y hasta la última pieza de cobre del tesoro debe ser utilizada para comprar armas y soldados. En cambio...
En cambio tú enviaste oro fuera de Egipto y compraste un barco. Cargaste todo lo que hallaste en él. Ibas a huir al extranjero, ibas a huir de esta guerra que se avecina. Ibas a traicionarnos.
Y el castigo de la traición es uno solo cuando el hombre que lo comete es de tu rango.
La silueta enorme hizo retumbar las losas del palacio con sus pasos. Un resplandor de hielo escapó de su hacha.
¡No! ¡No puedes hacer eso...!
¡Nooo! ¡Piedad!

Al apartarse el grupo que arrastraba al sollozante condenado vi al Hombre del Fuego, de pie, con los brazos cruzados.

Yo fui hacia él. Los Hombres del Fuego no conocen amos y se suenan las narices con los derechos divinos de todos los reyes de la tierra. Tal vez por ello los amo y los llevo en mi corazón.

Hermano, vienes de las montañas, ¿verdad?
Sí, Nippur. Manam, nuestro padre me envía a verte. Mi nombre es Oras.

Un alarido llegó desde el exterior. El Hombre del Fuego giró su perfil de halcón en esa dirección y murmuró desdeñosamente.
Eso que muere allí, ¿es un hombre o una mujer?
Ni lo uno ni lo otro, hermano. Sólo un cobarde.

Y ahora habla. Supongo que si Manam te envía debes ser portador de un mensaje.
Sí. Ven al jardín.

Y ahora escucha bien, hermano.

He aquí el viejo camino de las Piedras Negras que cruza el desierto, lo rebasa y llega hasta el mar. Y aquí junto al mar la ciudad libre de Ramahi, donde fondean barcos de todas las tierras conocidas.

Y es por este camino por donde los hititas llevan su oro.
¿Su oro? Explícate.

Sabes que tenemos ojos y oídos en todas partes, hermano. Y por uno de ellos oímos de una caravana que se preparaba en la ciudad de los de Hatti. Una caravana muy especial.

Son cuatro carros de ruedas anchas donde han cargado casi todo el oro que han rapiñado en sus guerras. Un hombre llamado Missima es quien se ha encargado de todo.

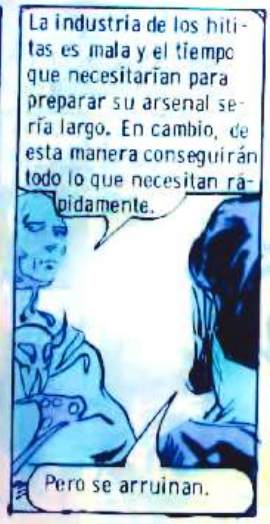
¿Missima? ¿El hermoso Missima?
Sí. No hay hombre mejor, más valiente ni más astuto entre los hititas. Y su segundo es Nunuskar, el matador. Y entre ambos han elegido a los cien mejores soldados. Entre ellos, que son una raza de guerreros, puedes imaginar lo que significan sus cien mejores hombres.

Lo sé. Sigue.

Llevarán ese oro a Ramahi y allí lo entregarán.
¿A quién?

A Nannas, el comerciante.
¿Nannas? No sé quién es.

Nannas traerá carros de guerra, espadas, traerá corazas hechas con cuero macerado en veneno. Traerá todo aquello que los hititas necesitan. Los hititas se empobrecerán para conseguir esas armas. Es una aventura arriesgada.


La industria de los hititas es mala y el tiempo que necesitarían para preparar su arsenal sería largo. En cambio, de esta manera conseguirán todo lo que necesitan rápidamente.
Pero se arruinan.

Sí, hermano, pero así los hititas podrán atacar inmediatamente antes que tus ejércitos estén listos. Podrán sorprenderte mientras estás aún poniendo en pie de guerra a los tuyos. Perderán su oro... pero ganarán Egipto.

Y de Egipto sacarán mil veces más. El oro que entregarán a Nannas se multiplicará. ¿Ves dónde está su gran jugada?

¿Qué aconseja mi padre Manam, hermano?

Su mensaje dice: "no dejes llegar el oro".

Esa noche hablé con Nofretamon, la reina y su joven hermano Akhenamon, un adolescente bravo y alegre.
Prepararé un grupo de hombres y avanzaré hacia Ramahi. Estoy casi a la misma distancia que los hititas.

¿Los atacarás?
No, señora.
Cien hombres seleccionados entre los hititas significan mucho. De nada me sirve llevar una gran fuerza de hombres. Debería superarlos por veinte a uno pues tus soldados ni son profesionales ni están preparados y yo no podría moverme cómodamente con tal muchedumbre.
Buscaré entre los mercenarios que tienes contratados en tu ejército. La mayoría son carroña pero debe haber algunos buenos. Además ellos serán más sensibles al oro que al miedo que los hititas despiertan.
Y tú irás con ellos, ¿verdad?
Lo sabes bien, señora.
Ah, sí. No es fácil amarte, Nippur. Es como abrazar una antorcha. Tú nos consumes y te consumes a ti mismo.
Mi señora... Mi amor...
¡Siempre lo mismo! ¡Se comienza a hablar de algo interesante y siempre mi hermana se pone tierna y yo tengo que irme!
(Cuando sea grande prohibiré que las mujeres se mezclen en las conversaciones de los hombres.)

¡Allí están todos holgazaneando, bebiendo, riendo... Los mercenarios. Todos aseguran ser profesionales y héroes. Algunos lo son.
¡Eh, tú, general! He oído que buscas hombres selectos, ¿es verdad?
Sí.
No me sorprende que se sepa. Los ejércitos tienen algo en común con los corros de viejas mujeres. Todo se sabe.
Llévame a mí. No encontrarás hombre mejor en todo el ejército ni espada más veloz.
Ahá.
Muéstrame lo rápido que eres.
¡Seguro!
¡Mira cómo...!
Pero...
Vete, idiota. Y no vuelvas hasta que aprendas cómo se maneja una espada.
Una risa divertida me llamó la atención. Un hombre delgado, de ojos azules estaba sentado contra un árbol jugando con un puñado de manzanas. Me acerqué.
Pareces divertirte.
Claro que sí. ¿Tú no?

¿Puedes hacer algo mejor que él?
¿Te burlas? Hasta un ciego puede hacerlo mejor.

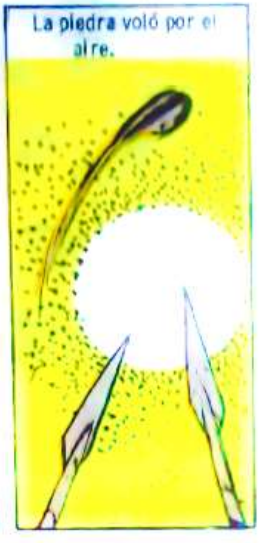
Toma. Tira hacia mí estas dos manzanas una detrás de otra.

Ahora.

No vi casi nada. Otra vez estaba relajado y sonriente y su espada envainada.
Puedo hacerlo mejor en otras ocasiones. Los hombres son más grandes que las manzanas.

¿Cuál es tu nombre?

Ninarim, pero todos me llaman "la espada".


La piedra voló por el aire.

¡CRA!

Mi nombre es Dardas y si me ofreces oro te sigo. No tengo más fortuna que mi vida y mis flechas y me gustaría agregar algo más.

¿Tú eres el que llaman "Antorcha"?
Yo soy. Juego con fuego y me bastan dos piedras para abrasar el mundo de los vivos y convertirlo en el mundo de los muertos.

Necesito un grupo de hombres valientes y locos. Hay un camino peligroso que recorrer y una montaña de oro en su extremo.

Voy contigo.

Tengo cuatro hombres. Un religioso de la guerra, una espada, una flecha y el fuego. ¿Qué necesitaré ahora?

Una voz rabiosa me llamó la atención.
¿Qué pasa allí?!

¡Me has estafado! ¡El remedio que me vendiste no era más que agua sucia! ¡Esto te costará la vida!
Calma. Calma.

¡Mira este cuchillo que te...!
Ten cuidado con lo que haces. Mis hombres te atravesarán con sus flechas si te atreves a moverte.

¿Tus hombres?
Míralos. Allí están... en las murallas.

Este...
Deja tu arma, amigo... ...y deja tu bolsa, y lárgate o te encontrarás con algo entre tus huesos y tu carne.

Hmmm. No tenía gran cosa.
¿Y no dirás a tus hombres que hagan?
Ah. Salve, Nippur. ¿Que hombres?
Pues... aquéllos.
¿Aquéllos? Ni sé quiénes son...
Dime, amigo. ¿Te interesaría una aventura por oro?
¿Oro? Mi nombre es Taxos y el oro es mi amor.
—¿Cuántos hombres necesitas?
No muchos. ¿Puedes recomendarme alguno?
Sí. A Runas.
¡Ja, ja, ja! ¿Quién dijo que este caballo era pesado? ¡Ja, ja, ja!

¿El?
Sí. Corre tan ligero como un gamo y su fuerza es colosal. No es tonto. El oro no le gusta pero ama la guerra y odia a los hititas. Yo le hablaré. Es mi amigo.
¡La espada, la flecha, el fuego, la astucia, el músculo...!
¡Eso que dices es imposible!
¿Apuestas?
¡Aquí tienes!
De acuerdo.
¿De qué se trata?
Es Kinaminas, el hombre sin huesos otra vez con una de sus jugarretas. Es divertido.
¿Listo?
Listo.
¡Ja, ja, ja! ¿Así que era imposible?
¡No te rías de mí, perro!
¡Ahhh!
¡Ja, ja, ja! ¡Este hombrecillo tan terrible me ha devuelto el buen humor!
Un joven malévolo con una honda atada alrededor de la cabeza a la manera de los pastores helenos alzó la voz.
¿Eres tan bueno peleando como corriendo, hombre sin huesos?

Un cuchillo brilló en la mano del extraño gigante escuálido.

Acércate entonces.

Pero el joven lanzó una carcajada.

¿Te burlas? ¿Acercarme a ti?

¡Me basta esto!

¡Ahhh!

¡Y aquí va otra para...

¡Alto!

El jovenzuelo balanceó suavemente su mortífera honda y me miró especulativamente. También el hombre sin huesos se mantenía inmóvil.

Mi nombre es Nippur y quiero hablar con vosotros.

Dos días después salíamos de Tebas. No me volví hacia el palacio envuelto en la bruma de la mañana. A mi derecha cabalgaba Oras, el Hombre del Fuego.

Detrás venían los mercenarios, amodorrados en su silencio y en el resonar de los cascos de los caballos. Espadas, lanzas y flechas. Sobre mi hombro, el águila sacudía las alas presintiendo la salida del sol.

Mira, Nippur.

Todos nos detuvimos en silencio. Taxos, el astuto.... Kinaminas, el hombre sin huesos.... Runas, el gigante...

...'Antorcha', el hombre que amaba el fuego y la muerte.... Dardas, el arquero..., Ninarim, el que sabía hacer cantar a las espadas..... Numar, el hondero.

Quedamos en silencio. Y de pronto advertí un nuevo jinete que se había sumado a nosotros. Me volví hacia él.

Akhenamon, príncipe de Egipto, ¿qué haces aquí?

De antemano te digo que no me harás desistir de mi idea. Voy contigo. Se lo dije a mi hermana y ella lo aprobó.

Medité un momento. Nos habíamos detenido en la plaza frente al templo de Amón...

...y allí en el centro vi la cabeza del general ejecutado que me miraba con sus ojos muertos.

El sol se levantó sobre la bruma y sus rayos me hicieron parpadear.

Vamos.

Nos alejamos hacia el sol amarillo, en un mundo amarillo que nacía en el nuevo día. Se olía la frescura del rocío y el viento cantaba entre los papiros y las palmeras.

FIN

NIPPUR DE LAGASH
NINARIM
Por ROBIN WOOD
Dibujos de MULKO

El camino de las Piedras Negras es una maldición de rocas duras y afiladas, de matorrales espinosos y de vientos helados o ardientes según sea de noche o de día. El sol cae a plomo y calcina todo aquello que viva o respire. Sólo víboras y escorpiones viven allí.

Y por él me dirigía yo hacia las costas del mar lejano, frente a los nueve hombres que componían mi grupo. Ocho extraños mercenarios y un príncipe egipcio que nos acompañaba para acabar con su infancia.

Por otro camino, del otro lado de este mismo desierto maldito había una caravana que avanzaba también hacia el mar. Una caravana de cuatro carros de oro y una guardia compuesta de los cien mejores guerreros hititas, los hijos de la muerte.

Y esa era mi presa, presa difícil y codiciable.

(Mis hombres son buenos, sí, pero... ¿cómo de buenos? Cada uno es un artista en lo suyo pero, ¿cómo se desempeñarán todos juntos?)

(Y mi autoridad... Debo hacerles comprender que todo depende de mí... incluso sus vidas. Se lo debo meter en la cabeza aunque para ello haga falta cortar una...)

(Esta noche...)

Y esa noche...

Todos conocéis lo que nos espera. Cien matadores y el oro. No será fácil pero debemos intentarlo y para ello debemos aceptar una cosa.

Yo soy la autoridad.

¿Por qué tú, hombre de Lagash? ¿Acaso eres mejor que nosotros?

Sé que mi condición de general no los impresiona. Kinaminas, el hombre sin-huesos, me mira sonriendo burlonamente. No hay hombre en el mundo que pueda igualar su agilidad de lagarto. Le sonrío...
Kinaminas, yo no seré el mejor, pero...

Se ha confiado en mi sonrisa y ha creído que sólo estoy lleno de palabras. De pronto...
Pero...

Lo golpeo con todas mis fuerzas. Con estos hombres no se puede ser blando y además no quiero serlo.
¡Ahhh!

Le apoyo mi cuchillo contra la garganta con tal rabia que la sangre corre por su piel.
Por esto me obedecerás, Kinaminas. No porque yo sea el mejor entre vosotros sino porque yo soy el peor. ¿me oyes?

¿Me oyes, perro? ¡Contesta o te dejaré aquí, sentado con la cabeza entre las rodillas...!

Piedad...

¿Hay algún otro que quiera discutir mi autoridad?

Sí. Casi todos ellos. Nimar, el diabólico hondero se comienza a incorporar mientras su mano se extiende hacia la honda que tiene junto a sus pies.
Tal vez...

Quieto. Basta de tonterías. No es peleando entre nosotros como ganaremos el oro.

Ninarim tiene un peso fatal en sus palabras. Entre esos hombres-fieras el espadachín los impresiona con su fatalidad mortal. Ninguno quiere medirse con él.
Si hay otro que quiera luchar con Nippur también deberá hacerlo conmigo. Su palabra es la mía.

Otras, el hombre me fuerza, está erguido a mis espaldas con la mano dormida sobre el mango de su hacha... pero sus ojos crueles no duermen.

Ahora hay silencio. Recorro los rostros con mis ojos y comprendo que lentamente estoy comenzando a forjar la arcilla que necesito.

Los hititas son crueles y buenos, de manera que no lucharemos contra ellos sino que emplearemos la astucia. No queremos su vida. Queremos su oro.

"La antorcha" me mira lugubremente y murmura...

No le presto atención. El hombre me es necesario pero su irresistible pasión por la muerte me desagrada.

Los alcanzaremos en Ramahl, la ciudad costera donde se encontrarán con Nannar el comerciante, que proveerá su arsenal.

Taxos, tu. Tú eres astuto y eres ladrón. Comienza a elaborar planes. Otras te explicará cómo es la ciudad, los sistemas de guardia de los hititas, todo. Quiero un buen plan que nos permita apoderarnos del oro con poco riesgo.

Confío en Taxos. Es astuto y él sí ama el oro. Su cerebro es un horno fértil donde se cuecen todas las astucias existentes. Lánguido, elegante y cómodamente despatarrado junto a la hoguera me sonríe.

Por el momento, nuestra urgencia es sólo llegar a Ramahl antes que los hititas. Allá estudiaremos el plan que se elabore. ¿De acuerdo?

Ninarim responde. Sin discusiones se ha convertido en la voz del grupo. Sobrio, enjuto y frío sus ojos se pasean por el grupo silencioso antes de decir...

Luego todos se envuelven en sus mantos para dormir...
Todos menos Ninarim. El se aparta a bastante distancia, lejos de nuestros ojos y comienza a practicar con su mortífera espada.
¡Lo hace cada mañana, a mediodía, y a la noche. Duerme con su espada entre los brazos... ravillosa espada es su vida y su amor...!
¿Nunca te cansas, Ninarim?
Ninarim tiene apostura de príncipe. Arrogante y al mismo tiempo apagado como una hoguera fría. Su rostro es fino y un frío de hielo se escapa de sus ojos.
No, Nippur.
¿Quién eres tú, Ninarim? Me intrigas. Tienes tatuajes religiosos en los brazos y en las mañanas te he visto instintivamente hacer el saludo al sol. O eres príncipe o eres sacerdote.
...Eres curioso, Nippur?
Con respecto a ti, sí.
Extendió la espada ... templó durante ... comenzó a ... mente que ...
Yo era príncipe y sacerdote, hombre de Jagash, ... entre los nombres de una gran familia religiosa de las orillas del mar.

"Mi padre era el patriarca y su voz hablaba a los dioses. Nuestra familia era una roca de piedad y amor y yo crecí embebido en la paz y el coloquio de los espíritus limpios."

"Orábamos todos juntos mezclados con el pueblo, de rodillas en la arena salada y elevábamos nuestras preces con la humildad del último pescador."

"Nos casábamos con jóvenes de nuestra familia y de nuestro pueblo para conservar nuestra sangre lejos del contacto con los extranjeros y así cuando llegué a mi adolescencia yo también busqué el amor..."

"Ella era Lea."

"Era una de mis primas, como todas las mujeres de nuestra familia, morena y silenciosa, que amaba las flores y las plantas marinas. Yo la amé con pasión y sencillez..."

Has elegido bien, Ninarim. Me estoy haciendo viejo y un día tendré que presentarme a los dioses a dar cuenta de mi vida y entonces serás tú quien deberá guiar a nuestro pueblo. Tú serás rey y serás tu el que deberá hablar a los dioses y reclamar su piedad para nuestro pueblo.

Lea te dará hijos bellos.

"Lea era extraña. A veces se quedaba mirando durante horas el mar o jugaba con sus collares de flores sin decir nada."
¿En qué piensas?

En nada.

Lea, ¿Tú me amas? Nunca dices nada.

Mira los pájaros que vuelan... A veces me gustaría tener alas y remontarme en el cielo y volar... Me gustaría ver las tierras desconocidas... Los hombres de diferentes pieles

Es un extraño deseo... Somos felices aquí.
Sí... y hay felicidades que pueden ser tan agobiantes como una montaña blanca.

No te entiendo. ¿Qué quieres?
No lo sé.

Yo te haré feliz... Te lo prometo.

A veces querría disolverme en el viento y volar con él.

Pero... ¿Qué es aquello?

Un jinete...

"Venía derrumbado sobre la montura y vestía una armadura oscura... Sus largos cabellos negros bailaban en el viento como una lúgubre bandera de desgracia..."

Es un guerrero.

"Y de pronto se desplomó del caballo sin un ruido. El sol arrancó reflejos de su espada maravillosa."

Está herido. Bañado en sangre...
Llevémoslo a casa. Lo curaremos.

Cuál es tu nombre, guerrero? ¿Qué te ha ocurrido?
Soy Vestas, hijo de la guerra. Me batí con un grupo de elamitas no lejos de aquí y aunque los maté a todos uno consiguió herirme...

"Espantado hice el signo de conjura ante la sangre y él rio con una risa como un trueno..."
Ah, ¿Eres de los que tiemblan ante la muerte?
No. Sólo ante los dioses. ¿No tienes tú un dios?

Este es mi dios, muchacho.

"Vestas era la encarnación del mundo que rechazábamos: Violento, valeroso, viajero de mil caminos, lleno de relatos, de cicatrices, de risa y de aventuras..."
... y cuando el marido entró no tuve más remedio que saltar por la ventana... Desgraciadamente era una ventana muy alta.

No me gusta este hombre aún. Cuanto más pronto se cure y se vaya mejor será.
Es un buen hombre y muy divertido, padre.

Su mundo no es el nuestro y su atmósfera enrarece la nuestra.

¡Allí está Lea, como siempre, embebida en la charla del forastero...!

¿Te resulta interesante la compañía de Vestas?
El es como esos pájaros cuyo vuelo me fascina. Ha visto muchos mundos y ha vivido muchas vidas.

El no es como nosotros...

"Me miró de una manera increíblemente cruel y sardónica. Me sentí incómodo ante esa mirada..."
No. Tienes razón. El es diferente.

¿Por qué me lo ha dicho de esa manera?

"Lo supe varios días más tarde."
El forastero se ha ido durante la noche. No dijo nada a nadie... No importa de todas maneras. Lo importante es que se fuera.

¡Lea! ¡Lea ha desaparecido! ¡Faltan sus ropas y un caballo!

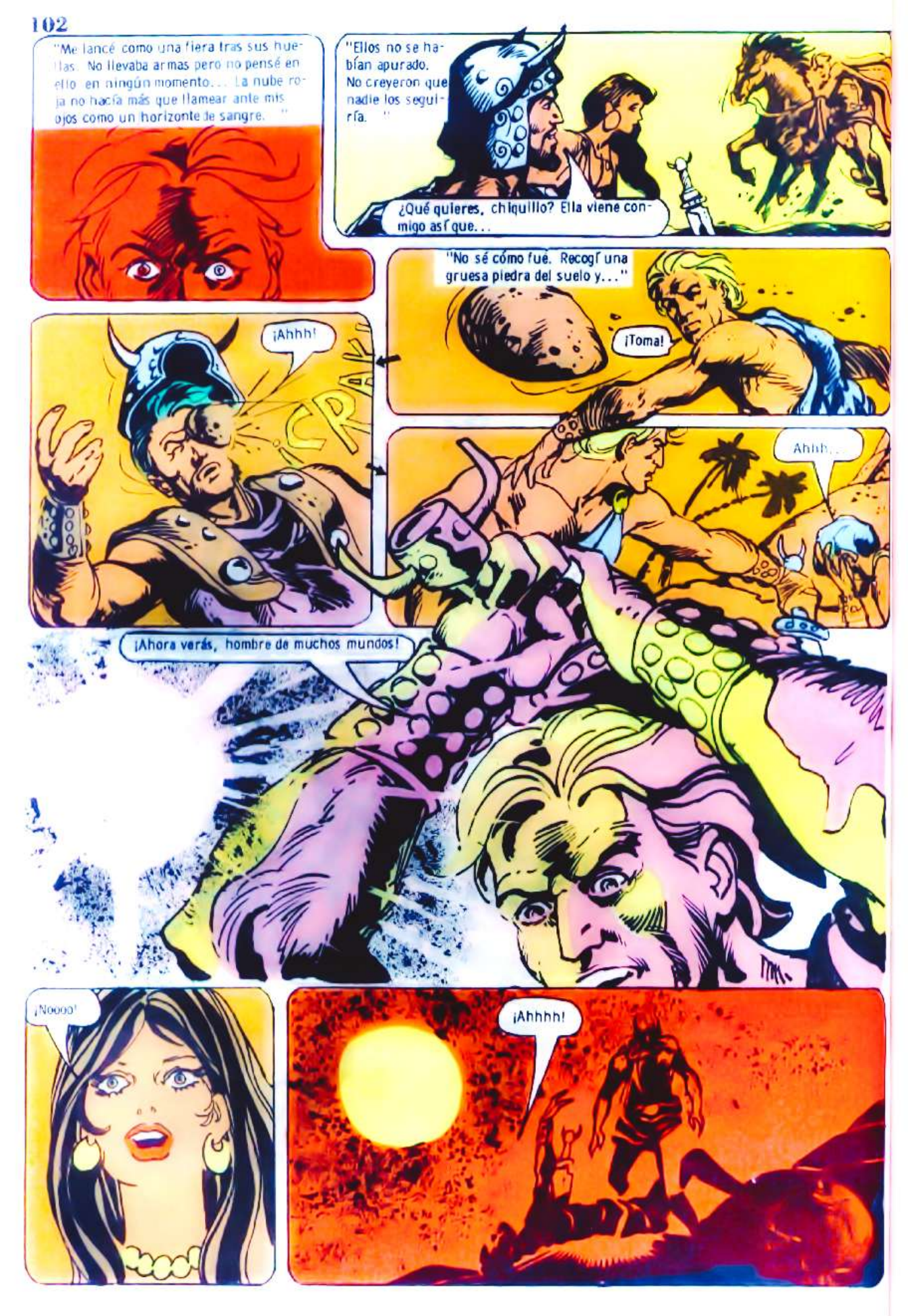
No... Lea...

Me lo temía... pero no te desgarres por ella, hijo... Hallarás otra.
Lea...

"Y de pronto una nube roja me llenó los ojos. Un rumor de torrentes desbordados atronó en mi cerebro..."
¡Lea!

¿Adónde vas? ¡Escucha...!
¡Lea!

¡Lea!


"Me lancé como una fiera tras sus huellas. No llevaba armas pero no pensé en ello en ningún momento... La nube roja no hacía más que llamear ante mis ojos como un horizonte de sangre."
"Ellos no se habían apurado. No creyeron que nadie los seguiría."
¿Qué quieres, chiquillo? Ella viene conmigo así que...
"No sé cómo fue. Recogí una gruesa piedra del suelo y..."
¡Toma!
¡Ahhh!
CRAK
Ahhh...
¡Ahora verás, hombre de muchos mundos!
¡Noooo!
¡Ahhhh!

Ahora...

"Y entonces vi la sangre en mis manos, en mi pecho, en mis ropas y el sollozo de Lea como un lamento de animal herido en mis oídos. "

"Y así perdí mis dioses, mi vida, mi fe y mi pueblo. A cambio de ello recibí una espada sangrienta y un crimen "

Esta espada, Nippur.

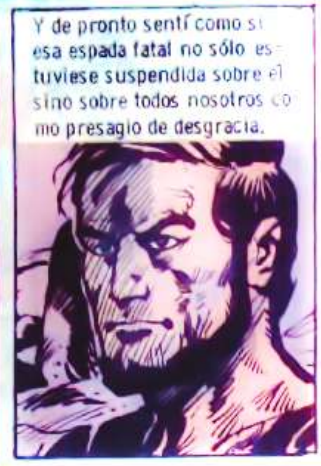
Duermo y vivo con ella y de ella saco mi sustento pero no es mi amiga y sé que hay un fantasma en ella que me acecha.

Un día moriré y ese día el fantasma morirá también Un día todo terminará cuando la antorcha de mi vida se extinga, pero tengo mucho miedo de que ese día llegue y por ello paso horas y más horas entrenándome con esta espada. Ella es todo para mí... hasta mi desgracia.

Eso es todo, Nippur. Ya conoces el secreto de Ninarim. ¿Te agradó conocerlo?

No. No mucho.

Se quedó sentado en la oscuridad con la espada, esa siniestra espada-fantasma-desgracia cruzada sobre las piernas. Un río de estrellas se deslizaba por el cielo negro.


Y de pronto sentí como si esa espada fatal no sólo estuviese suspendida sobre el sino sobre todos nosotros como presagio de desgracia.

¿Será así?
FIN

NIPPUR DE LAGASH
MIS GLORIOSOS COMPAÑEROS
Por ROBIN WOOD
Dibujos de MULKO
Al frente iba Misima, el hermoso, con sus cabellos de oro derramándose sobre sus hombros y a su derecha, Nunuskar, el matador, feo y fuerte, con ojos de cerdo perdidos en su cara peluda.
Y entre las dos líneas de jinetes iban los carros pesados, arrastrados por bueyes lentos, con los ojos [illegible] el suelo. Los carros con el [illegible] hititas. El oro que yo debía arrebatar [illegible]
[illegible]axos, el astuto, [illegible]ntado junto a mí [illegible]raba la procesión [illegible]nestra sonriendo. [illegible]resto de mis hom[illegible] estaba mezcla[illegible] la multitud. [illegible] estaba a mi la[illegible] y hablaba...
Esta noche acamparán en la playa y rodearán los carros con guardias. Son cien y la mitad los custodiará mientras los otros duermen.
¿Y nosotros?
[illegible]nosotros vendremos [illegible] noche y nos lle[illegible] oro. De [illegible] de Hat[illegible] podrán [illegible]
¿Cuál es tu plan?
Escucha bien...

Los hititas acamparán junto al mar
"Y en el mar estará nuestra embarcación. Una barcaza fuerte con una vela negra. La robé hace dos días. Allí estarás tú, Akhenamon y yo..."
"La Antorcha prepara [illegible] cargado con [illegible] prendera fuego y [illegible] los hititas. El disfrutará [illegible]
Dardas, el arquero, estará oculto en la arena con doscientas flechas y cuando el fuego prenda en las tiendas él comenzará a atacar. Debe sembrar la confusión. De cada cinco flechas, una será incendiaria...
"En el otro extremo, Numar, el [illegible] Oras, el Hombre de Fuego, deben ayudarlo con su honda [illegible] con su [illegible] sitamos una [illegible] de flechas [illegible] para distraer [illegible] hititas.
Kunas, el gigante, y Kinaminas, el hombre sin [illegible] deberán matar dos guardias antes del a[illegible] vestirse con sus ropas. Cuando reine la confusión se mezclarán a los hititas..."
¿Y Ninarim?
Ah, sí. El hombre de la espada.
"Ninarim se deslizará [illegible] los hititas [illegible] con ropas [illegible] muerto y [illegible] [illegible]
Es muy arriesgado.
Cuando menos sobrevivientes haya, más oro habrá a repartir.

Esa noche, a bastante distancia de la ciudad, nos preparamos. Afilamos espadas, lanzas y hablamos poco. La muerte aleteaba alrededor nuestro.

Será noche nublada. Eso nos ayudará.

¿A qué? ¿A morir sin luz?

Con la cara que tienes eso será buena cosa.

Es tiempo. La barcaza nos espera, Nippur.

Adiós. Los dioses os hagan volver sanos y salvos.

Vinarim.

Cuídate. Tú me eres más caro al corazón que todos ellos.

Adiós, Nippur. Tengo un presentimiento tan oscuro como la noche.

La luna corre por el cielo como una rueda de plata. A veces convierte los bordes de las negras nubes en fantasías de hielo...

Los guardias hititas sobre la arena negra parecen fantasmas...

Y algunos ya lo son...

Sácale las ropas. No tenemos mucho tiempo.
Lo sé.
¡Eh, tú! ¿Quién eres?
¡Ya tienes tu muerte, hitita, toda tuya. Veremos quién más se abrazará a ella esta noche!
La muerte.
¡Ya la luna llega al cenit. Es la hora!
Aplicó una antorcha al carro con deleite. El loco estallido del fuego se reflejó en sus ojos extasiados.
Ah, sí...
¡Corred! ¡Llevad mi muerte! ¡Mía! ¡Yo la envío!
¡Atención! ¿Qué es eso?
¡Cuidado!

¡Ahhh!

¡A las armas! ¡Nos atacan!

(Comienza. Ahora son mis flechas las que deben entrar en danza.)

(Y ahí va la primera)

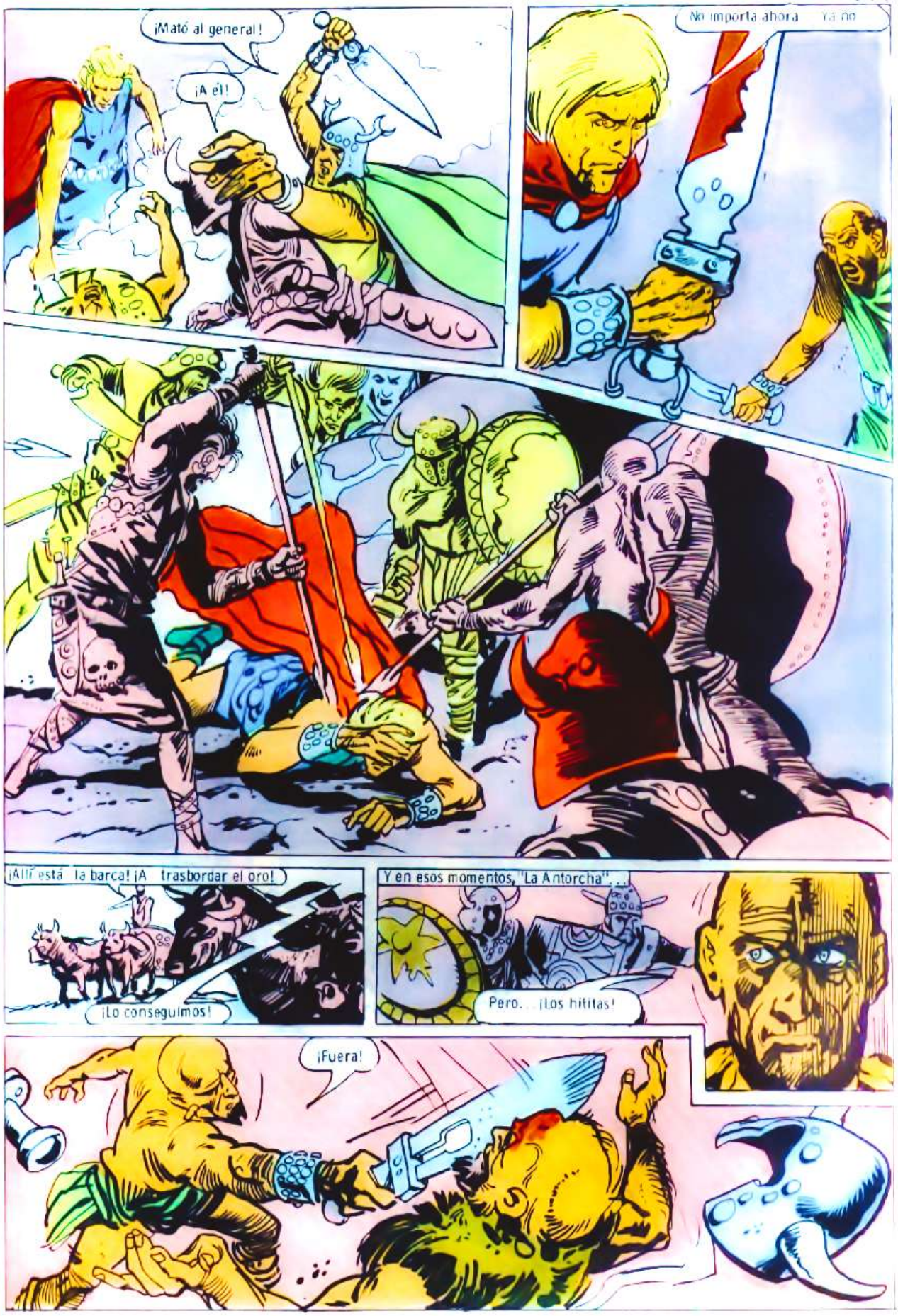
¡Ahhh!

Y en el otro extremo, Namur y Oras también ciernen el aire con sus piedras y sus flechas.
¡Otro!

Runas y Kinamunas vestidos con ropas hilitas se mezclan en el desorden...
Ven, acerquémonos al oro.

[illegible] empavesa y [illegible] [illegible] [illegible]

Arriba, Rumas. Llevemos los carros hacia el mar.
Ya va... Ya va. Este no tiene prisa de morir...
¡Arre! ¡Arre!
Mira, allá va uno. Pobrecito.
Sí. Y tranquilo como si nada ocurriera.
Mira cómo lo...
La flecha atraviesa el cuerpo de Ninarim con un seco estallido. Una pluma de hielo parece trepar de pronto por la sangre...
Pero...
Qué estupidez... Si supieran...
Misima... Prometí a Nippur... El confía en mí...
¿Quién ordenó mover los carros?
Misima.
¡Misima!
¡Ahhh!


¡Mató al general!
¡A él!
No importa ahora... Ya no
¡Allí está la barca! ¡A trasbordar el oro!
¡Lo conseguimos!
Y en esos momentos, "La Antorcha"...
Pero... ¡Los hititas!
¡Fuera!

¡Cuidado, Namur!
¡Nos han rodeado!
¡Los puercos!
¡Nunca me
¡Ah, dioses
¡Aprisa! ¡Aprisa!
Va. Va.
¡El oro! ¡Lo roban!
¡A ellos! ¡A muerte!
¡Vuelve, idiota!

De pronto...
¡Espera, amigo! ¡Ya voy!

¡Estoy contigo!

Oh...

¡Sinamuinas!
Qué bien pelean estos perros...Por algo tienen la fama que tienen...

Tú...Runas,te protegeré...

Que te...

¡Empuja, Nippur! ¡Huyamos!
Sí

Quieren huir...
Déjame a mí...

Déjame

¡Ahhhhhhhhh!

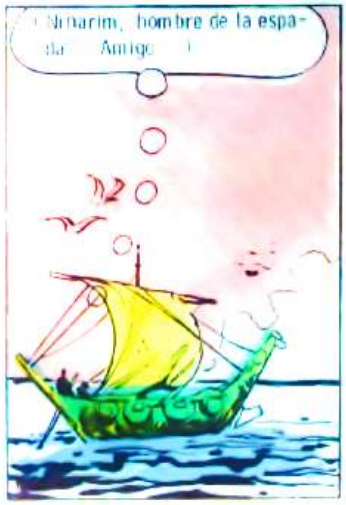
Es inútil... Huyen
¿Y el oro?

El oro huye con ellos...
Nos costará la cabeza...

¿Y ahora, Nippur?
A Egipto, príncipe. Ahora atacarán nuestros ejércitos. Hatti no tiene oro y al no tener oro no tiene armas.

Y... ¿y ellos, Nippur?

Los dioses los reciban...


Ninarim, hombre de la espada... Amigo

¡Oras, hermano... ¿Y por qué no? Todos vosotros, hermanos de una noche... Os debo vuestra muerte y mi triunfo... A todos vosotros...!

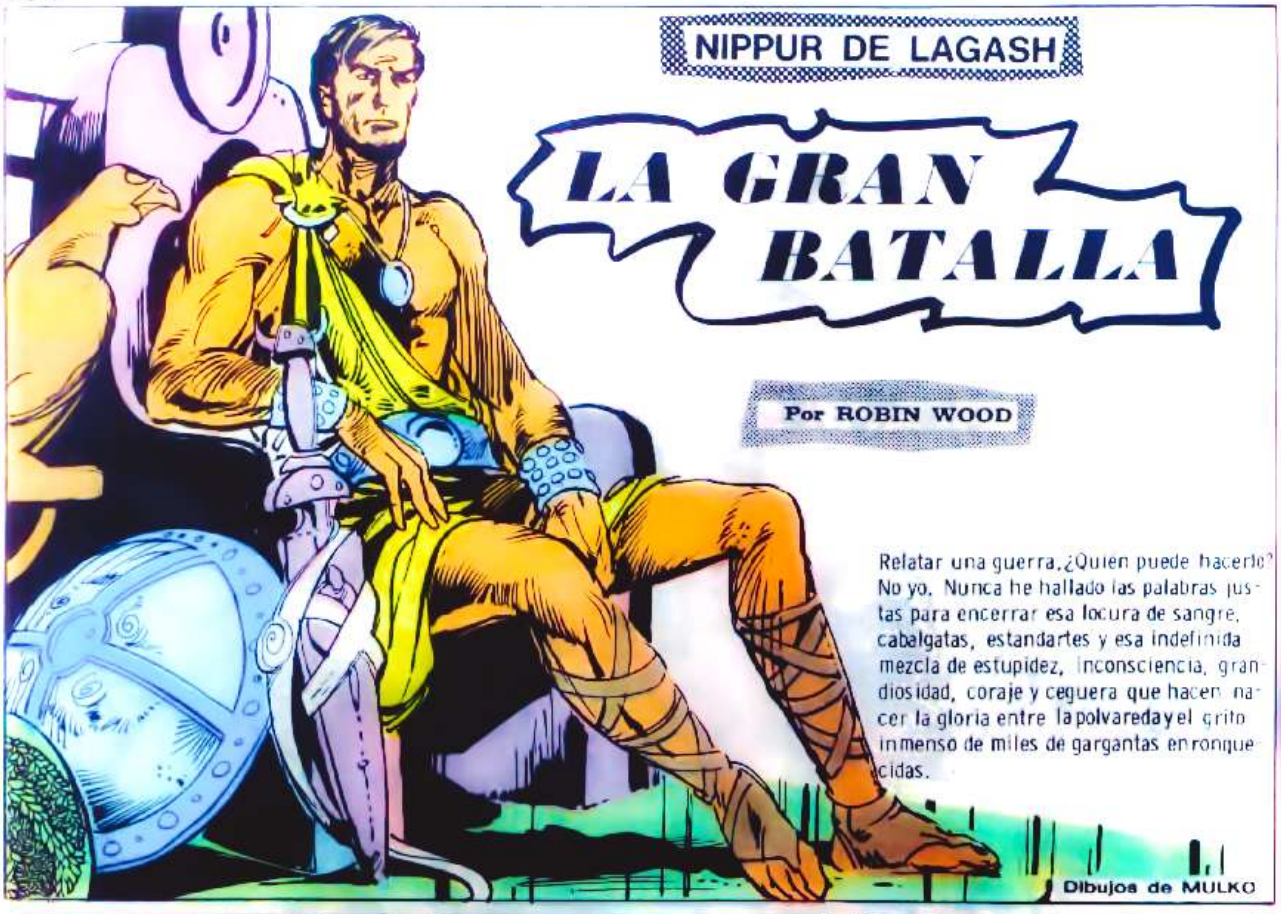
El viento canta en la vela y canta nombres que suenan en los cordajes: Ninarim... Oras... Kinaminas... "La Antorcha"... Namir... Dardas...

¡Los dioses sean con vosotros, hermanos...!
FIN

NIPPUR DE LAGASH

LA GRAN BATALLA

Por ROBIN WOOD



Relatar una guerra. ¿Quien puede hacerlo? No yo. Nunca he hallado las palabras justas para encerrar esa locura de sangre, cabalgatas, estandartes y esa indefinida mezcla de estupidez, inconsciencia, grandiosidad, coraje y ceguera que hacen nacer la gloria entre la polvareda y el grito inmenso de miles de gargantas enronquecidas.

Dibujos de MULKO

Egipto y Hatti. Los dos países se han lanzado uno contra el otro. De un lado Norenemes, el general con un ojo de bronce y su ejército macizo, pesado y efectivo...

Del otro... Yo, Nippur de Lagash, general de los ejércitos del Egipto. La guerra me llegó a las manos como un pájaro envenenado.

Recordar esa guerra. No puedo. Se luchó en los arenales, en las orillas fangosas de los ríos. Guerra de emboscadas, de ataques sorpresivos...

Pero...
Silencio. Yo soy la voz aquí. No lo olvides.

De tanto en tanto me llegaba hasta el palacio real de Tebas donde Nofretamon, pálida y demacrada, oía mis noticias. No había hombres en la ciudad y todas las mujeres llevaban ausencias anudadas en sus cabellos.

¿Y tú harías esa batalla?
Sí. Cuando crea que es el momento adecuado

¿Cuentas con fuerzas suficientes?
En cantidad sí... pero los hititas son mejores soldados.

¿Entonces...?
Aún hay algo en que confío.

Los Hombres de Fuego.
Ah.

Quedamos en silencio y yo vi en mi memoria aquella multitud silenciosa junto a las hogueras de sus montañas, soñando sobre el filo de sus espadas. Miles de ellos... los sacerdotes guerreros.

¿Crees que vendrán?
Manam lo prometió. Y yo confío en su palabra. Aún no quiero recurrir a ellos.

Aún no.

Batallas feroces a lo largo del Nilo. Los carros de guerra de los hititas se empantanan en el fango. Los soldados egipcios aprovechan esto para matar los caballos y luego a los conductores.

¡Victoria!

Pero al norte de Tebas, esos mismos carros avanzan como una tormenta sobre el terreno pedregoso y convierten la infantería en un mar de cadáveres.

Es inútil enfrentarlos con carros. Los egipcios son más débiles y sus conductores son inexpertos. Sólo conseguimos perder centenares de ellos.

¡A Tebas! ¡A Tebas!

Deberíamos enfrentarlos, general.
Aún no. Envía soldados que envenenen los pozos de agua que se hallan en la ruta de los hititas.

Los hititas pierden caballos y soldados en los pozos envenenados. Mis piquetes de arqueros negros los enloquecen atacándolos de continuo con sus flechas emponzoñadas.

Por la noche, grupos de soldados con las caras pintadas de negro se arrastran hacia sus líneas y prenden fuego a los carros con provisiones y matan caballos. Tienen orden de no luchar. Cada soldado me es necesario y no puedo arriesgarlos.

Han huido, general. Mataron una cincuentena de caballos y quemaron toda nuestra provisión de trigo. Sólo capturamos a éste.

Perro egipcio, ¿así que matas caballos en vez de hombres? ¿Por qué no lucháis en lugar de correr como mujeres?
Son las órdenes.

¿Órdenes? ¿De quién?
Nippur.

Nippur, ¿hasta cuando ese fantasma me perseguirá?
Ah. Creo que lo que debo hacer es enviarle un regalo. En una bolsa le mandaré la cabeza del prisionero.
Y me lo envió.
Con los cumplimentos del general Norenemes. Eso dice la nota.
¡Por los dioses! ¿Que es esto?
Hay una tablilla en esa lanza, general... Y hay algo escrito.
—Dice que te devuelve tu regalo... y firma "Nippur".
Nippur.
Arrastré la guerra como pude hasta que llegó lo más tórrido del verano. Los hititas, hombres de tierras altas y de climas fríos, fueron golpeados por el calor de horno del desierto como por un puño de fuego.
¿Dices que el ejército hitita está en el valle de La Hoz?
Sí, general. Han sufrido una fuerte epidemia de fiebres y la falta de agua los ha castigado mucho.
Entonces... ha llegado el momento. Ha llegado el momento de la batalla final. La decisiva.
¡Los dioses me ayuden. Espero que mi decisión sea la buena. Hay tanto que depende de ello...!
Ordena que cuelguen un estandarte rojo frente al palacio real, Akheramon.
¿Un estandarte rojo? ¿Para qué?

Es la señal convenida con Manam, la cabeza de los Hombres de Fuego. Así él sabrá que lo necesito.

Nippur... ¿y si él no se presenta para la batalla?

Cállate.

¡Cállate! ¿No ves que ni yo mismo me atrevo a hacerme esa pregunta?!

Quince días más tarde, de pie en mi carro de guerra, con los papiros de oro, insignia de mi grado, desemboqué en el valle de La Hoz al frente del ejército más poderoso que saliera del Egipto. El valle era inclinado, lo cual dejaba a los hititas frente a una pendiente que haría perder velocidad a sus carros e impulso a sus soldados.

Yo, el hombre de Lagash, era amo y señor del destino de las tierras conocidas.

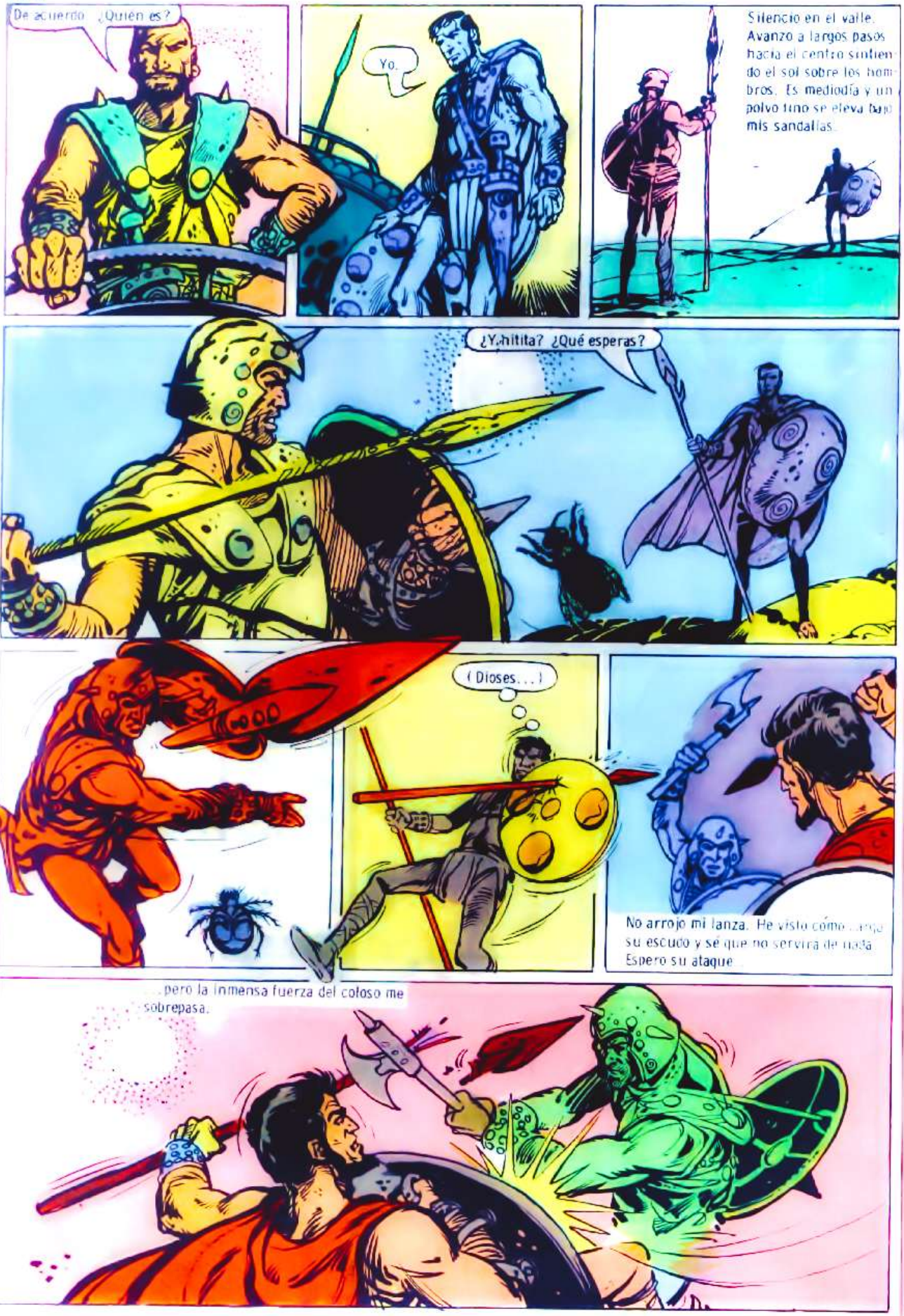
Y delante nuestro, la masa inmóvil, oscura, erizada de lanzas, separada de mi ejército por dos tiros de flecha.

¡Nippur ha venido, general!

¡Al fin... Es nuestro...

¡Nippur! ¡Déjate ver, gran cobarde! ¡Quiero conocer tu cara!

¿A quién llamas cobarde, mono rapado? ¿A mí? ¡Ve y pregunta a los esqueletos que se blanquean desde el Buranum hasta el mar por mi cobardía! ¡Ellos te contestarán! ¡Y en lengua hitita!
No hará falta ir a buscar esqueletos tan lejos, Nippur. Antes de la noche este valle estará lleno de ellos. Esqueletos egipcios.
Como un eco de sus palabras todos los hititas dieron un fuerte golpe en su escudo y lanzaron un grito poderoso que hizo temblar la tierra...
¡Mi gente está aterrada. Están recordando todas las leyendas acerca de estos soldados feroces. Imaginan ya su muerte. Están derrotados antes de enfrentarse...!
Pero antes de eso, Nippur, quiero divertirme un poco. Quiero que conozcas a Martar...¡Martar!
Se apartó de las filas con paso poderoso. De pie, bajo el sol, erizado de metal, gigantesco, parecía tan terrible y tan invencible como la muerte.
Es nuestro mejor hombre, Nippur. Envía al mejor de los tuyos para que lo enfrente. Luego, lucharemos.
Astuto Norenemes... Sabe que no hay hombre capaz de enfrentar a esa fiera entre los egipcios... Y sabe que el terror aumentará con una negativa a la lucha o con una derrota...
¡A menos que...
¡De acuerdo, Norenemes! Pero no enviaré al mejor de mis hombres. No hará falta. Simplemente uno, ni mejor ni peor que los demás.


De acuerdo. ¿Quién es?
Yo.
Silencio en el valle. Avanzo a largos pasos hacia el centro sintiendo el sol sobre los hombros. Es mediodía y un polvo fino se eleva bajo mis sandalias.
¿Y...hitita? ¿Qué esperas?
(Dioses...)
No arrojo mi lanza. He visto cómo ...anejo su escudo y sé que no servirá de nada. Espero su ataque.
...pero la inmensa fuerza del coloso me sobrepasa.

¡Eres mío!
Pero...
Es tan fuerte... La tierra y la sangre que le enfangan el rostro no lo enceguecen y sus ojos sanguinolentos me queman por sobre el destellar de su hacha.
Intercambiamos golpes espantosos y trozos de escudos y armaduras vuelan por el aire... También chorros rojos.
¡Espérame... sumerio!
(No se cansa... Parece cobrar cada vez más fuerza...)
Pero...

¡Ahora sí!

¡Aho...!

Oh...

Dioses... Lo hice...

Me puse de pie, bañado en sangre y con la cabeza dándome vueltas. Un coro lento y estupefacto se alzó a mis espaldas. Y entonces aullé:
¿Tienes otro más, perro hitita? ¿Tienes algo mejor?

Una ovación inmensa se alzó a mis espaldas. Miles y miles de gargantas aullaban mi nombre hasta destrozar los oídos. Alcé la espada aún rezumando sangre y
¡A la carga, hijos míos!

Fue como el choque de dos montañas.

¡Adelante!
¡Adelante!

Los dos ejércitos se hacían pedazos mutuamente entre un bramido de cataclismo. Una niebla roja se alzaba hacia el cielo...

¿Y los Hombres de Fuego? ¿Dónde están?
Los heridos mueren pisoteados. Las flechas caen en lluvia. Caballos muertos se apilan frente a sus carros volcados. Corremos sobre cuerpos resbaladizos de sangre. Murallas de escudos dejan avanzar un horizonte de lanzas.
¿Y los Hombres de Fuego?
La carnicería se vuelve pesada. Mis filas vacilan...
¡Adelante! ¡Ya ceden!
¿Y los Hombres de Fuego?

¡Nippur! ¡Nippur!

Avanzan como una gran muralla negra, silenciosa y veloz entre una inmensa polvareda. Sus mantos negros son como una bandera inmensa...

Manam va al frente, con sus cabellos de plata volando en la brisa. No hay gritos de guerra. Se grita para tener valor y los Hombres de Fuego no necesitan de eso.

Es como una trampa en la que muere un animal salvaje...

Allí mueren los hititas.

Todos.

Nippur...

Manam, padre... Bienvenido...

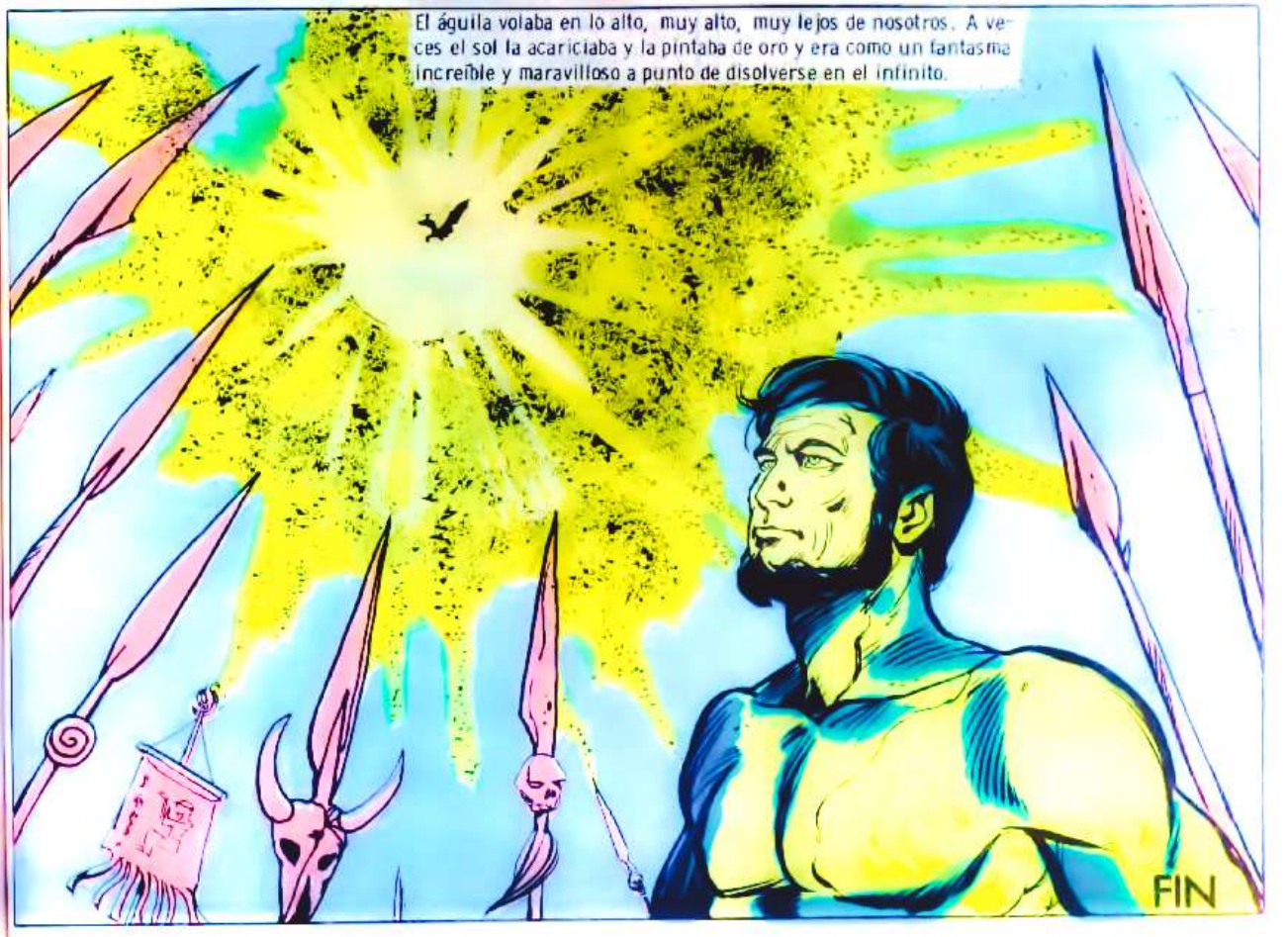
Tengo un regalo para ti, Nippur. Un regalo que podrás enviar al rey de Hatti...

Es un envoltorio de cuero. Dentro va la cabeza del general Norenemes. Envíasela.

¡Hemos ganado!

Un trueno inmenso se elevó en el valle, sobre los miles de cadáveres, sobre los ríos de sangre, sobre la muerte inútil y grandiosa de los hombres.

Y yo estaba de pie allí, sordo y ciego, aturdido por ese inmenso bramido...


El águila volaba en lo alto, muy alto, muy lejos de nosotros. A veces el sol la acariciaba y la pintaba de oro y era como un fantasma increíble y maravilloso a punto de disolverse en el infinito.
FIN

NIPPUR DE LAGASH
LA EPIDEMIA
Por ROBIN WOOD
Dibujos de MULKO
El viento sopla fuerte desde el desierto. Un viento fuerte y furioso que sacude las palmeras y arrastra la arena por todos los intersticios de las casas de Tebas, sean palacios o chozas.

¡Se huele...!

Sí. Se huele algo en el aire. Un olor dulzón y nauseabundo que flota en el aire.
¡Tantos cadáveres...!

Hace treinta soles que terminó la guerra con los hititas. El ejército de Hatti se pudre en el valle de La Hoz.

Pero también hay cadáveres por todas partes. Algunos, muchos, bajan en la corriente del Nilo, hinchados y grasientos.

Otros yacen aún donde los halló la muerte, con sus aureolas de buitres y sus nubes de moscas zumbando.

Tebas no está alegre con la victoria. Demasiadas casas no han sentido el paso de los hombres volviendo. Los hititas lucharon bien y eso siempre significa muerte. Muchas personas maldicen mi nombre porque yo volví vivo y triunfante mientras sus hombres son sólo esqueletos ahora en el valle de La Hoz...

Y en la plaza está el viejo, mugriento y loco murmurando...

¡Me siento intranquilo... No consigo dormir...!

Salí del palacio y crucé los jardines silenciosos hasta llegar junto al viejo.
Viejo...
Se rió con una risa cloqueante que me erizó los pelillos de la nuca. La noche estaba húmeda y calurosa y sentí la transpiración correrme por el cuerpo.
Tú eres Nippur, ¿verdad? Tu eres el que ha triunfado...
Yo soy Nippur, ¿y tú?
Yo soy nadie. No tengo nombre. Mi miseria es tal que hubiera vendido mi nombre por un pedazo de pan de haberlo tenido.
Y sin embargo yo he conquistado Rupto, yo te he vencido a ti. Yo, el mendigo sin nombre.
¿De qué hablas?
(Debe estar loco... o borracho... o demasiado viejo...)
Yo no sabía aún. No sabía lo que él había querido decir.
(Volveré a palacio... Tal vez pueda dormir...)
No pude y la mañana fue calurosa y agobiante y desperté con el ánimo negro y pesado sin desear ver gente u oír palabras. De pronto, en aquella alcoba de príncipe añoré mis frías mañanas solitarias en los desiertos...
(¿Y eso? ¿Qué hace esa gente en la plaza?)

Dejadme pasar.

viejo.
Está muerto. La pegué una patada para que se apartara y entonces me di cuenta.

Algo que vi a través de sus ropas me hizo correr un escalofrío.
Dame tu espada, soldado.
¿Mi...? Sí, toma.

¡Los dioses no permitan, pero...

Y entonces supe y comprendí sus palabras y su risa.
¡El infierno se ha desatado sobre nosotros. Es lo que temía. El debió haberlo sabido anoche cuando habló conmigo... Debe haber muerto riendo. El que fue nadie en vida se convirtió de pronto en amo de Tebas al morir...

Soldado, no toques este cuerpo. Cúbrelo con ramas y aceite y quémalo aquí mismo. No dejes que nadie se acerque.
¿Por qué, general? ¿Acaso...?

Entonces vio el cuerpo a través de los harapos cortados y comprendió. Su rostro se volvió amarillo de miedo.
La peste.

Y yo le...
Cálmate. Quema sus sandalias también. Y quema el cuerpo. Rápido.

Luego corrí como un loco a las habitaciones de la reina Nofretamon.
¡Nofretamon! ¡Nofretamon!

¿Qué ocurre, Nippur?
No hagas muchas preguntas. Prepara las cosas más necesarias y cuando estés listo, vete esperando hasta que yo te haga llamar otra vez.

Nippur, ¿qué ocurre? ¿Por qué esto?
La peste, señora. No es sorprendente con toda la carroña que ha quedado sembrada por todo Egipto. Un hombre acaba de morir en la plaza frente al palacio. Debes huir antes que la epidemia estalle.

Por suerte tu hermano Akhenamon está aún en la frontera. Le enviaré recado de que no regrese. Tú podrás reunirte con él si quieres.
¿Y tú?

Yo debo quedarme. Si la epidemia estalla como me temo, alguien tendrá que tratar de controlar esto. Será horrible.

Si tú te quedas, yo me quedo.
No puedes hacer eso.

Pero...
Sí, puedo. Tengo el mismo derecho que la última mujer de Egipto y es el de quedarme junto a mi hombre en un momento así.

No hubo manera de disuadirla... y las noticias que mis guardias aterrados me trajeran fueron tan terribles como las esperara...
Se están encontrando cadáveres por todas partes. Los habitantes comienzan a enloquecerse...

Hay que quemar los cadáveres... Hay que encender hogueras gigantescas en todas partes. Necesitamos leña. ¡Por los dioses, apuraos!

[illegible] descendieron sobre Tebas. Enormes ho[illegible] partes y hedores terribles se mezcla[illegible] la ciudad. Las casas cuyos ocupantes habían muerto de la peste eran quemadas.
La gente quiere huir de Tebas.
Pueden dirigirse hacia los terrenos despoblados pero no hacia otras ciudades. Pon soldados que lo eviten. Hay que impedir que la peste se propague.
Por la noche recorría la ciudad con el corazón encogido de horror ante la miseria y la desgracia que cubría, más espesa que el humo de las hogueras, la ciudad del Nilo, la orgullosa joya de los faraones.
¡¿Y esos gritos?!
¡No os daré el cuerpo de mi niña! ¡Idos!
¡Dámelo o...!
Alto. ¿Qué ocurre?
Su hija ha muerto pero ella no quiere entregarla.
¿Por qué quieres guardarla, mujer? Ya es inútil.
Tú eres Nippur... Te vi pasar en tu carro de bronce, resplandeciente como una joya cuando fuiste a luchar contra los hititas. Mi marido y mis tres hijos fueron contigo...

Mujer, apiádate de mí.
Mujer, tú has perdido cuatro hombres y su muerte pesa sobre mis hombros junto con las de miles más. Eran los hijos de otros y yo los llevé a la muerte. Si fueran mis propios no me podría sentir más responsable.
Nippur volvió, Nippur. Sólo me quedó mi niña pequeña... y ahora... Déjame a, Nippur. Déjame este consuelo al menos...
Comencé a alejarme.
Nippur...
¿Sí?

La epidemia empeoró más y más y los siniestros carros crujían sin cesar por las callejuelas, entre gritos, lloreras, súplicas e insultos. Los sacerdotes de Amón sacrificaban día y noche a sus dios, pero este parecía sordo y mudo a las súplicas.
¡Vamos! ¡Ya tengo todo el oro!
¡Ladrones! ¡Me han...!
¡Calla!
¡Quietos!

¡Yo no! ¡Me rindo! ¡Piedad!
¿Qué hacemos con él, general?
Ejecutadlo.
¡No! ¡Piedad! ¡Yo...!
(Oh, dioses. Dioses
tables. ¿Qué
los vuestros? ¿Qué
buscáis? ¿Por
horror?)
(¿Es por mí? ¿Es que hay una maldición que pesa sobre el hombre de Lagash? Si es así, tomadme a mí pero dejad en paz a esta pobre gente. Os suplico...)
¡General! ¡General!
¡La... la reina...
No... Oh, no...

Nabu-bani...

Debe haber algo en nuestros destinos, Nippur, que no están ligados. Debe haber algún destino que los dioses han formado para tí y en el cual yo no puedo tomar parte.
Calla. Mejorarás.

¡Llama a su médico y a sus sacerdotes y diles que sus cabezas dependen de la salud de la reina! ¡Corre, maldito seas!
¡Sí, general!

Esa noche me arrodillé en las grandes losas de la azotea del palacio bajo la luz lechosa de la Luna y allí oré con fervor, con el fervor desesperado de un hombre que ya no tiene otra solución...
¡Nunca os he reprochado las penas de mi vida y nunca os reproché todo lo que he sufrido por vosotros.!

¡He perdido mi ciudad, mis amigos, todo. Sólo me ha quedado esta mujer que amo y que es el último resabio de mis ilusiones y de mis esperanzas. Nunca os reproché vuestra dureza para conmigo...!

Tal vez vosotros no estáis satisfechos de mí

Pero aquí está Nippur, el hombre de Lagash, suplicando como no acostumbra a hacerlo... ¡Es que puedo soportar aún todos vuestros rigores, pero no le quitéis la vida a Nofretamon!

Es Nippur de Lagash quien os habla.

En la llanura la epidemia comenzó a calmarse como una tormenta agotada y los cadáveres fueron menos. Los enfermos recobraron fuerzas y un viento fresco y limpio barrió la empozoñada atmósfera de Tebas.

¡Los dioses han detenido la muerte! ¡Nos hemos salvado!

Nefretamon, reina de Egipto, mi primer, mi único, mi melancólico amor, murió a la hora en que muere el sol. Con el último aleteo de las flores se extinguió su vida.

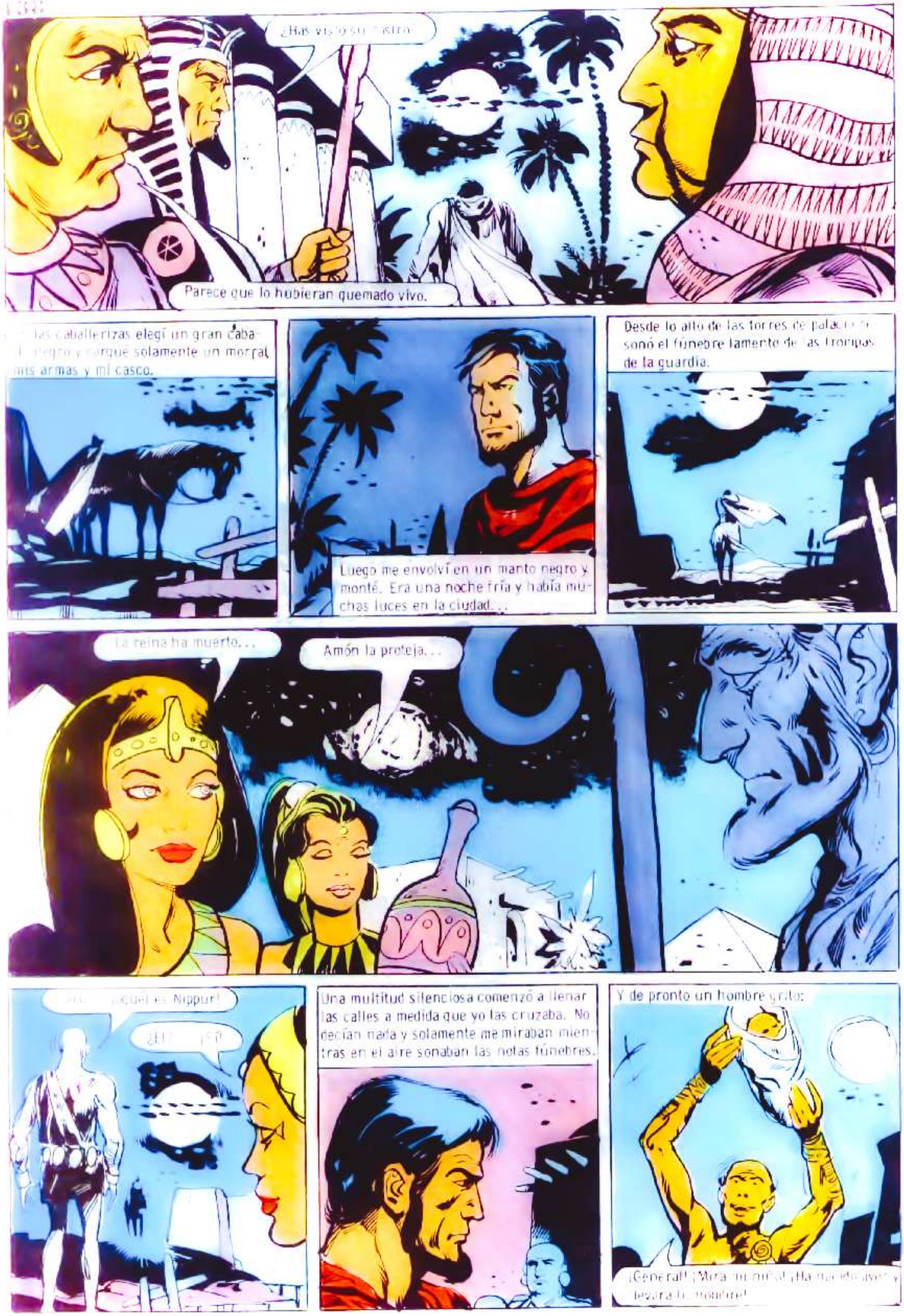
La reina ha muerto.

Un silencio inmenso corrió por los corredores del palacio. Quedé solo en la gran alcoba real con ese cuerpo etéreo y blanco. Fui yo quien cerró sus ojos.

Adios.

Pensé llevarme una joya, algo, un recuerdo, pero no lo hice. Mi amor ya no existía y es inútil luchar contra lo inevitable con fetiches.

Nadie me habló cuando abrí las grandes puertas.


¿Has visto su rostro?
Parece que lo hubieran quemado vivo.
las caballerizas elegí un gran caba-
negro y cargué solamente un morral,
mis armas y mi casco.
Luego me envolví en un manto negro y
monté. Era una noche fría y había mu-
chas luces en la ciudad...
Desde lo alto de las torres de palacio
sonó el fúnebre lamento de las trompas
de la guardia.
La reina ha muerto...
Amón la proteja...
¡Aquél es Nippur!
¿El? ¡Sí!
Una multitud silenciosa comenzó a llenar
las calles a medida que yo las cruzaba. No
decían nada y solamente me miraban mien-
tras en el aire sonaban las notas fúnebres.
Y de pronto un hombre grito:
¡General! ¡Mira mi niño! ¡Ha nacido ayer y
llevará tu nombre!

Nuiper, bendito seas. No por tu guerra y por tu gloria. Bendito seas por tu corazón deshecho...

¿Me recuerdas? Te di el cadáver de mi niña... Y he hallado otra cuya madre murió. Ahora es mía...

¡General! ... me salvaste. Tendré una cicatriz que no cambiaría por todas las joyas del mundo porque siempre me hará acordar de ti...

Una niña corrió hacia mí y me dio un puñado de flores.

Toma, general. Son las únicas que hallamos. No hay flores en Tebas... pero volverán.

Sí, las flores volverán a Tebas y volverá el sol y las risas y el viento en las palmeras. Las redes de los pescadores saldrán de las aguas llenas de peces de plata y fantasmas de sol. En las tierras altas, la brisa cantará en los sembrados...

Y habrá un niño que llevará mi nombre... y habrá mañanas frescas con pájaros y frutos y riachos claros. Habrá noches con fuegos y vino y recuerdos y yo seré uno de esos recuerdos.

Me alejo de Tebas, rumbo a la noche brillante de estrellas y rumbo a la tiniebla opaca de mi soledad. Me alejo con un puñado de flores en el puño y un vacío inhumano en el pecho.

Y cuando la primera lágrima, ardiente, quemante, rueda por mi rostro, la noche, mi vieja amiga me envuelve como para protegerme y acunarme.

FIN

EDITORIAL COLUMBA

Nº 1

ARGENTINA $ 1,50 M$N 150.-

PARAGUAY Gs. 40.-

NIPPUR de Lagash

COLECCION TODO COLOR®

Nippur de Lagash

La risa de la muerte

El viento soplaba en largas bocanadas ardientes, viniendo del desierto, arrastrando polvo, piedras y matas resecas que cruzaban ante mí rodando y desapareciendo en la semioscuridad como fantásticos animales sin peso.

Atrás quedaba Egipto. Atrás quedaba parte de mi vida. Atrás... Adelante estaba solo mi viejo amigo mudo, el horizonte. Y hacia ese amigo antiguo, no muy querido y nunca alcanzado me dirigía entre el viento y los turbiones de tierra.

(Debo buscar una aguada... o un lugar resguardado...)

(Debo...)

Ayuda...

(¿Qué fue eso? Me pareció una voz...)

Ayuda...

Un sollozo ronco y desesperado quebró la voz. Junto a un apeñuscamiento de rocas vi sombras moviéndose.

Detente allí, forastero. ¿Qué buscas aquí?
Creí oír voces pidiendo auxilio.

Debes haberte confundido con el viento.

Y entonces vi la mano asomando tras una roca. Una mano de mujer...

¿Puedo detenerme aquí? Necesito protegerme de la tormenta.
No. Sigue adelante y hallarás otros roquedales.

Amigo. ¿Ocultas algo acaso?
No es el momento de hacer preguntas.

Tienes razón. No vale la pena preguntar más.

¡Ahhh!

Pero...

(Veamos ahora...)

(Oh, dioses...)

Agua..., por favor..., agua...

Recosté a la joven contra una roca y suavemente le lavé el rostro y le humedecí los labios. Tenía la piel pegada a los huesos y parecía más un fantasma que un ser humano.
¿Qué te ha ocurrido?

Debemos... Debemos huir... Nos matarán...
¿Quiénes...?

Un rumor de caballos me sobresaltó.
(Los guardias... Han recobrado el conocimiento y han huído. Han huído, o han ido a buscar más gente.)

Ven, muchacha. Huyamos de aquí.

(Por suerte el viento y la arena borrarán nuestras huellas.)

¿Cuánto tiempo hace que no comías?
Creo que diez días y diez noches. Desde que me llevaron al desierto. La idea era justamente que yo muriera de hambre.

¿Quién pudo condenarte a una muerte tan horrible?
La esposa de mi padre y su hijo.

Explícate.
Mi padre era un hombre muy rico y con viñedos y ganado y depósitos de aceite. Cuando mi madre murió tomó una esposa nueva, una esclava del desierto que había sido capturada y que tenía un hijo.

Mi padre murió hace una cosecha y esa mujer y su hijo se encargaron de dirigir sus bienes. Fueron todo miel y azúcar conmigo y yo les creí...

"...hasta que una noche llegaron a mi cuarto y me ataron y amordazaron y me trajeron al desierto. Entonces supe lo que tramaban. Harían correr la voz de mi enfermedad y cuando los sacerdotes vinieran a preparar mi cadáver no hallarían rastros de heridas o veneno. Sería una muerte natural. ¿Quién puede advertir la diferencia entre muerte por enfermedad o muerte por hambre?"

¿Qué ocurriría si en tu ciudad supieran la verdad?

Los harían quemar vivos y sus cenizas serían esparcidas al viento como si fueran basura.

Si ella llega a ver a los ancianos estamos condenados. ¿Lo oyes?
Debimos haberla matado de inmediato tal como te dije.

¡Eres un idiota! ¿Y qué ocurriría cuando los sacerdotes revisaran el cuerpo? ¿Qué enfermedad explicaría el tajo de un puñal o su estómago comido por el veneno, tonto más que tonto?

Busca a los dos hombres que la cuidaban y prepara caballos. Yo iré a buscar ayuda.
¿Ayuda? ¿De quién?

Del que ríe. El y sus hombres harán cualquier cosa por oro.

¿Oro? Esa es una palabra que Arak comprende, mujer. Y cuando Arak oye hablar de oro, Arak ríe. Háblame de ello.

Dos personas deben morir.
Las personas mueren fácilmente en el camino de Arak. Arak y la muerte ríen juntos, como ríen los amigos que comparten un placer.
La tormenta ha cesado. Trataremos de llegar a tu ciudad.
¿Y allí?
Iremos a ver al consejo de los ancianos y expondremos tu caso. Ellos harán justicia.
Allá está mi ciudad, Nippur.
Pero...
¿Ocurre algo?
Me pareció oír a alguien que reía.
Te habrás...
¡Ahhhh!

Oí otra vez la carcajada y vi los cinco hombres salir de entre las rocas. Había un sexto. Este no se movió de su altura pero igual su risa llegó hasta mí.
¡La muerte ríe conmigo, forastero! ¡Escucha y la oirás!

(La oigo... Sí... La oigo...)

La muerte reía en las hojas de bronce que avanzaban hacia mí, en las bocas innobles de los hombres, reía en el sol tórrido que nos hervía contra la arena.
Nippur, ¿qué hacemos?

Cuando yo ataque... salta sobre mi caballo y huye. ¿Me escuchas? Huye.
Pero...

Alza la cabeza, amigo. No dificultes la muerte. Mi madre estará content...
¡Ahhh!

¡Cuidado!

El moverme me hizo aullar de dolor y la flecha bailó dentro de mis carnes pero ya mi espada caía otra vez.
¡Ahhhh!

¡Ahhh!
¡La muchacha! ¡Huye!

¡Traedla! ¡Malditos seáis, traedla! ¡Yo me ocuparé de este perro!
(Tengo que intentarlo...)
Quieto. No lo intentes.
Allí van. Alcanzarán a la joven y todo irá bien.
Miró entonces uno de los cuerpos caídos y lanzó una risotada.
Vaya... El hijo de la vieja bruja. Casi lo has partido en dos. Tal vez las cosas no irán tan bien después de todo.
¿Quién eres tú, vagabundo? ¿Dónde has aprendido a blandir esa espada de tal manera?
Soy apenas un hombre que pasa.
Y apenas un hombre que pasa lleva adornos de oro en su túnica, ¿eh?, y brazaletes hechos por joyeros de Egipto. Ah, no. Hay algo más que eso en ti, amigo. ¿Cómo te llamas?
Nippur. Nippur de Lagash.

Lanzó otra risa que me erizó la piel de la nuca. La herida me dolía atrozmente y el sol parecía rajar mi cabeza. Me arrastré hasta las rocas buscando sombra.
Nippur. Veo que mi fortuna está hecha hoy. Mucha gente paga buen oro por ver tu cabeza. Tú eres un hombre con demasiados enemigos.

También tengo amigos que te buscarán.
Que me busquen. El matar es un placer y sólo el combate embellece la vida.

¿Me matarás?
Aún no. Esperaré hasta que mis hombres vuelvan con la muchacha. Me aburriría solo aquí.

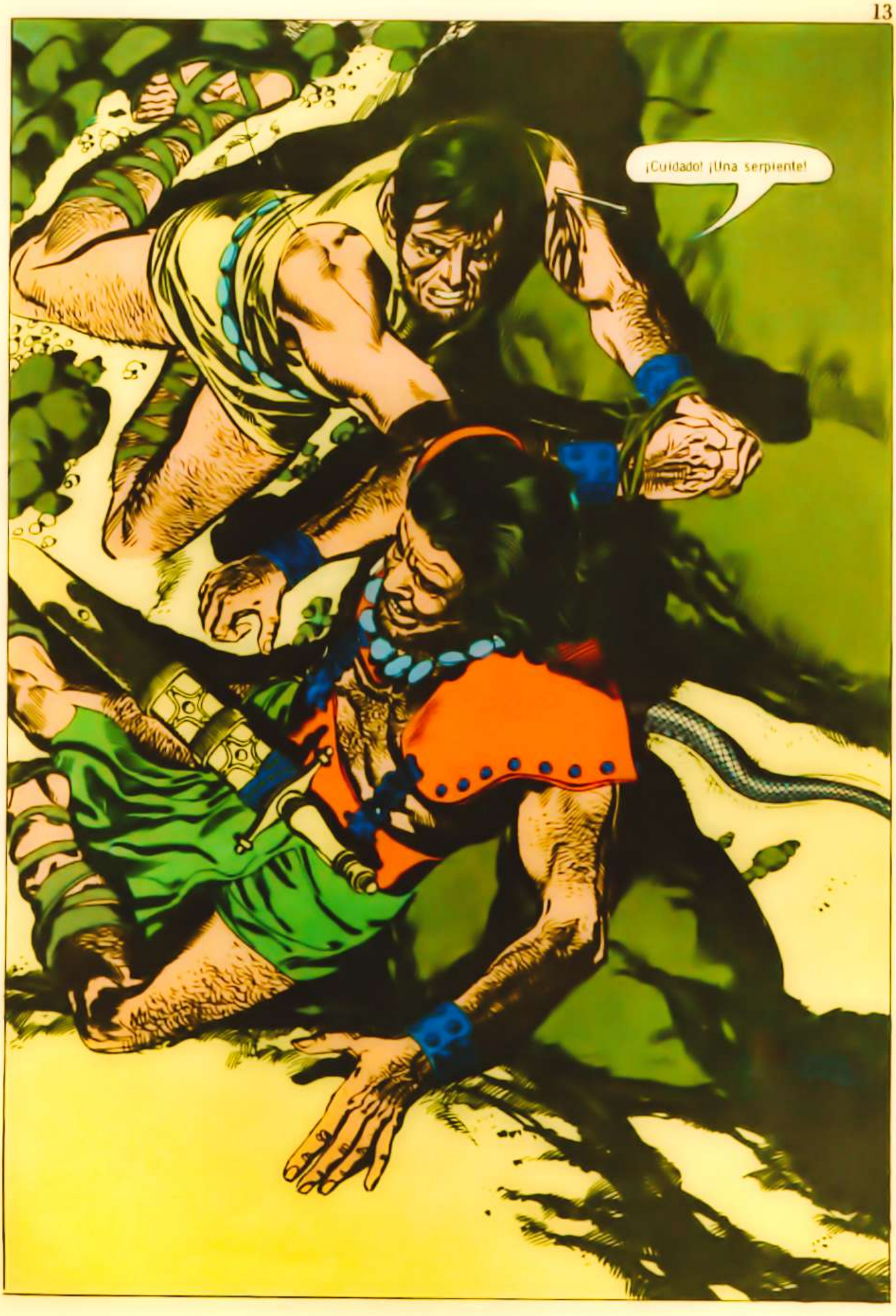
(¿Y eso...?)

Se acercaba silenciosamente hacia el plácido asesino, sin un ruido.

(Ojalá... Ojalá...)

¿Sabes lo que haré contigo, Nippur? No te mataré rápido.

Se acomodó y extendió su espalda para apoyarse mejor en la roca.
Te haré durar bastante. Tengo curiosidad por ver.


¡Cuidado! ¡Una serpiente!

¡Ay!

¡Maldita sea! ¡Me mordió! ¡Me mordió!
FLASH!

Me mordió.

Se ha acabado tu camino, hombre risueño. Poco tiempo te quedará para que disfrutes de sus delicias.
No.

¡No quiero morir! ¡No quiero!

¡Ayúdame!

De acuerdo. Arrancaré el veneno de ti... pero a cambio de ello tú serás mi prisionero.
Lo que digas. Lo que digas pero ¡apúrate!

Ahora... Ahora sí...

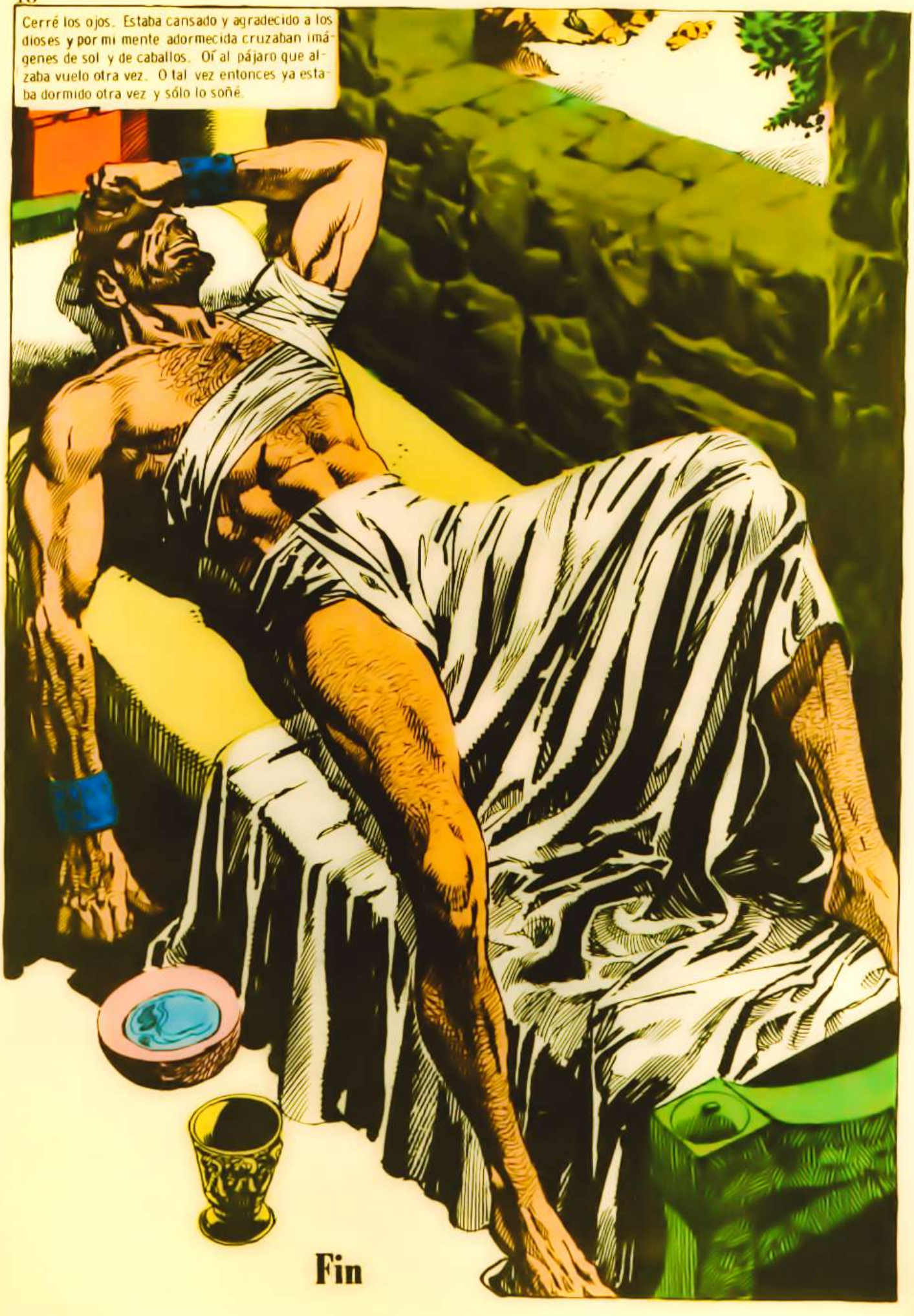
¿Qué esperas? ¡Saca el veneno! Debes quemar la herida..., ¡por los dioses, lo prometiste!

Amigo, no eres más que un ladronzuelo de ciudad. Deberías conocer algo más de animales... y de serpientes.

¿Temías a esto? ¿Y a su veneno?
Calma tus temores, valiente guerrero. Tú tienes más veneno que esta infeliz culebra.
Pero... me mordió...
Mira su mordisco, hombre risueño. Cuando fingí empujarte lo que hice fue pincharte con esta aguja. Mira la pobre culebra. ¿Dónde ves sus dientes?
Bastardo... Cuando mis hombres vuelvan...
(Sí... ¿Qué haré cuando vuelvan? Mi sangre sigue corriendo y no tengo un caballo para huir. Y mis fuerzas se van. ¿Qué haré?)
Reza para que no vuelvan. Cuando eso ocurra tú serás el primero en morir.
Caballos... Se acercan.
Encomiéndate a los dioses, hombre risueño. Tú vendrás conmigo.
¡No!
Pero...
¡Ja, ja, ja! ¡Eres mío, Nippur! Cuando mis hombres me liberen te mataré lenta...

Pero...

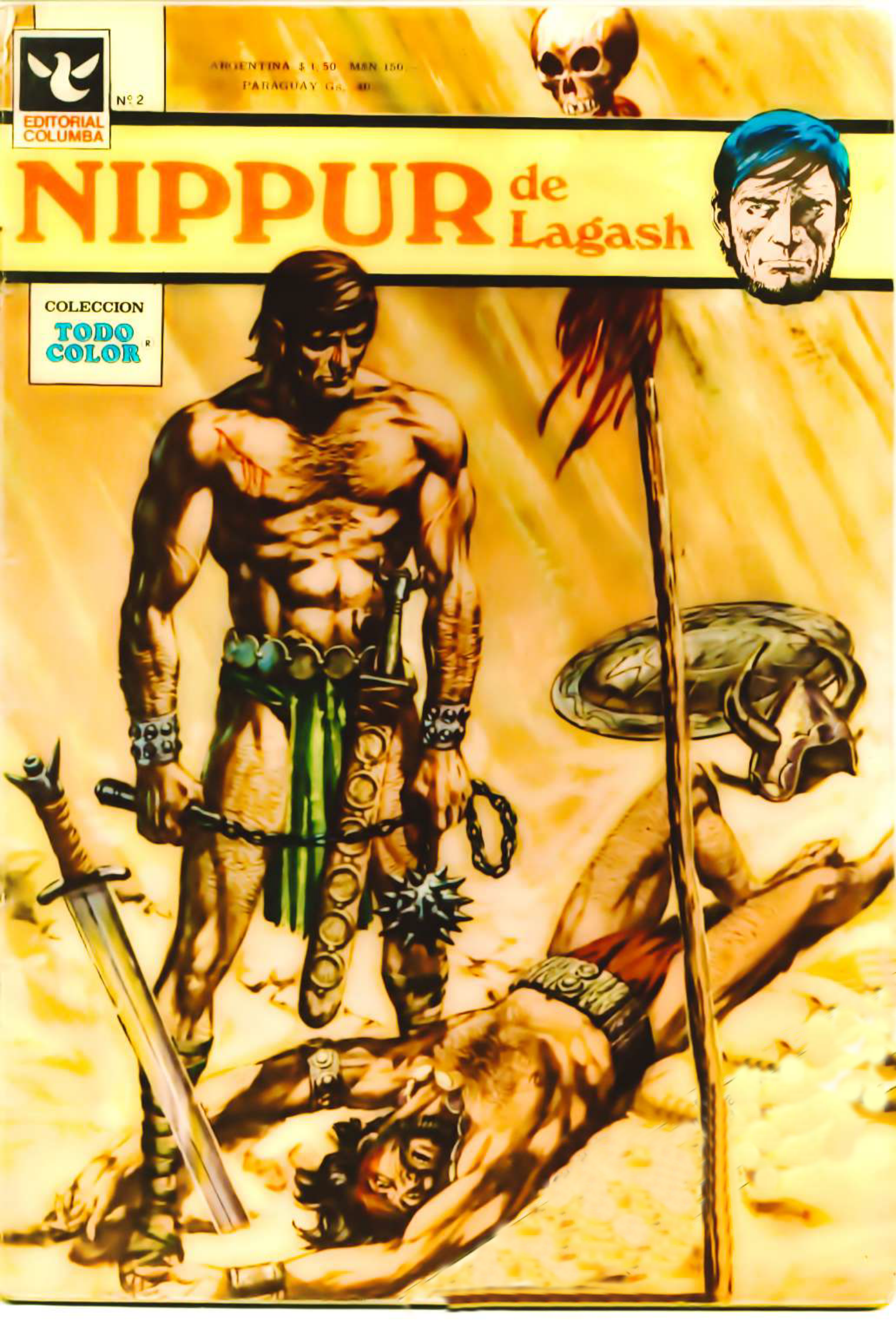
Tengo sed.
Bebe.
¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estoy?
Tranquilízate. Estás en mi casa desde hace más de treinta días. Has perdido mucha sangre y no creí que te salvaríamos.
¿Qué ocurrió?
Esos dos hombres no me persiguieron. Evidentemente se asustaron ante la masacre y además la muerte del hijo de la vieja mujer les hizo comprender que todo se había arruinado. Y en vez de tratar de alcanzarme huyeron hacia el norte. Yo los vi. Deben haber ido a buscar refugio entre los proscriptos.
Así que vine hasta la ciudad y busqué a los ancianos. Ellos enviaron soldados a buscarte.
¿Y tu madrastra? ¿Y el hombre risueño?
Hubo un largo silencio. Vi un pájaro que aleteaba alegremente en la ventana, bañado por el sol.


Cerré los ojos. Estaba cansado y agradecido a los dioses y por mi mente adormecida cruzaban imágenes de sol y de caballos. Oí al pájaro que alzaba vuelo otra vez. O tal vez entonces ya estaba dormido otra vez y sólo lo soñé.
Fin

EDITORIAL COLUMBA
Nº 2
ARGENTINA $ 1,50 MEN 150
PARAGUAY Gs. 40

NIPPUR de Lagash

COLECCION TODO COLOR®



NIPPUR DE LAGASH

UN CABALLO MUERTO ES UN AUGURIO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de RICARDO VILLAGRÁN

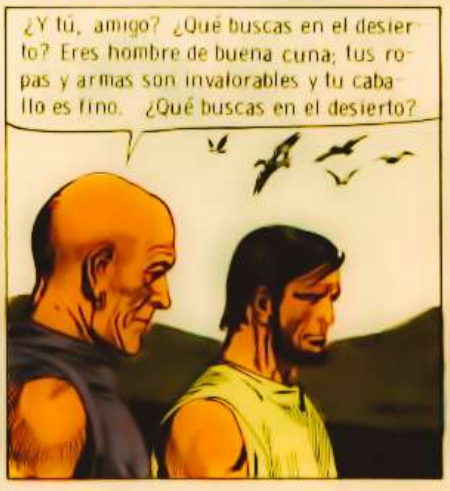
B579

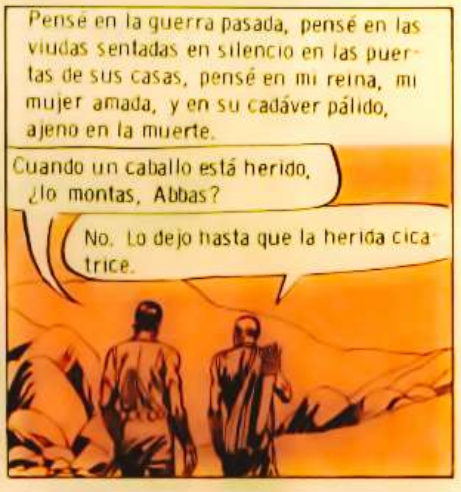
En el oasis todo era silencio, excepto el chapotear de un caballo cerca del agua o el suave murmullo del viento entre las hojas de las palmeras. A la izquierda se extendía el desierto, amarillo y ardiente, y a la derecha se alzaban las murallas rocosas de las montañas frías.

Hacía cuatro soles que era huésped de los hombres del desierto. Cansado y polvoriento llegué a sus tiendas tras dejar el Egipto, negro de peste, y me había acogido a aquella vida simple y sin mañana.

Abbas, el viejo jefe, era un gallardo anciano, duro y erguido, con ojos de halcón, que amaba sus caballos y se aburría con sus mujeres.
Tal vez necesites otra, Abbas.
No. Tengo más años que tú por partida doble y nunca encontré en ellas nada que no fueran quejas y cabellos desgreñados en la mañana. No

Ven. Busquemos nuestros morrales y vayamos a tratar de cazar una gacela. Tengo hambre de carne.


¿Y tú, amigo? ¿Qué buscas en el desierto? Eres hombre de buena cuna; tus ropas y armas son invaluables y tu caballo es fino. ¿Qué buscas en el desierto?


Pensé en la guerra pasada, pensé en las viudas sentadas en silencio en las puertas de sus casas, pensé en mi reina, mi mujer amada, y en su cadáver pálido, ajeno en la muerte.
Cuando un caballo está herido, ¿lo montas, Abbas?
No. Lo dejo hasta que la herida cicatrice.

Eso es lo que hago en el desierto, Abbas. Tengo un caballo herido llamado alma, al que dejo cicatrizar de sus heridas.

Pero ¿qué ves allá?

Polvo. Un jinete.

¿Quién cabalgaba así en un día tan caluroso? El caballo reventará.

Es una mujer.
¿Por qué corre así?
Nippur... Hay algo raro en la mujer.
¿Qué?
Está atada y tiene los ojos vendados... y no tiene cabestro.
Y galopa hacia el precipicio.
Lo siento por él.
¡Corre! ¡Veamos qué ha pasado!

Ella está bien. Sólo un golpe.

Se quedó un instante en silencio observando a la joven desmayada, envuelta en sus maravillosos cabellos rubios que alcanzaban hasta sus rodillas.
Nippur, ¿has visto algo más hermoso que esta mujer?

Mira. Tiene un tatuaje en la frente. Parece una palabra sumeria.
Es lenguaje cretense.

¿Significa algo?
Sí.

Quiere decir "Maldecida" o "Maldita". No puedo traducirla claramente.

Mira qué hermosa es, Nippur. Qué hermosa.

Sus ojos se abrieron suavemente. Ojos lúcidos y puros como gemas.
¿Quiénes sois?
Amigos. ¿Qué te ha ocurrido?

Hubo una epidemia en una tribu en la cual yo vivía. Mucha gente murió... y me acusaron a mí de haberlos envenenado. Me condenaron a morir en el desierto. Yo...

Cálmate. Estás entre amigos ahora.

Ese tatuaje no es reciente.

¿El tatuaje? No. Me lo hicieron en Creta. Fuí acusada de delitos por un hombre que me pretendía. Como no pudo conseguirme quiso vengarse así.

No hagas más preguntas, Nippur. Ella está cansada.
Sí.

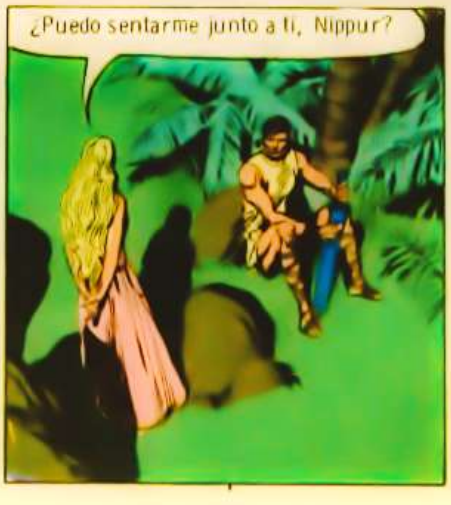
¡Un caballo muerto. Los hombres del desierto aman los caballos y dicen que su muerte trae desgracia.!

¿Cuál es tu nombre, muchacha?

¡Abbas tiene los ojos brillantes y le tiemblan las manos cada vez que la joven lo mira. Creo que ha olvidado todas sus diatribas contra las mujeres por ahora.!

En los días siguientes, el campamento de los nómades pareció convulsionado por la presencia de la maravillosa muchacha rubia. Los hombres se cruzaban de continuo en su camino y ella sonreía sacudiendo su hermosa cabellera.

Las mujeres sombrías y calladas miraban sin hacer un gesto y sin hablar.


¿Puedo sentarme junto a ti, Nippur?

Su presencia me producía un extraño desasosiego y evitaba mirarla.
Haz tu gusto.

Siempre te mantienes apartado de mí, Nippur. ¿Es que te resulto desagradable?
No. Simplemente me agrada la soledad.

Me sorprendí mucho cuando supe tu nombre. ¿Qué hace aquí el hombre que fue casi el rey de Egipto? ¿Qué buscas en esta miserable tribu?
Nada. Estoy. ¿Y tú? ¿Qué harás ahora?

No lo sé aún. Temo a mis enemigos. Creo que me quedaré un tiempo aquí hasta que mi nombre se olvide.
¿Hay tanto para olvidar?

Se rió con su risa suave como un murmullo de agua...pero sin embargo tuve un estremecimiento. Algo había de terrorífico en esa impecable belleza de oro y en ese tatuaje azul, siniestro,como una estrella lúgubre en su frente.

¿Os molesto?

(No nos molestas, viejo Abbas, pero yo te molesto a tí. No te gusta verme cerca de esta mujer.)

Las mujeres sombrías y calladas miraban. El aire estaba caliente y pesado sobre las palmeras.

(Alguien ríe.)

Aléjate, Minhas. No seas atrevido.

Te burlas de mí, ¿eh? Espera que...

Nuevamente la risa fresca y encantadora.
Ten cuidado. Si Abbas sabe que haces esto...
¡Bah! No hago caso de lamentos de viejo.

¿Me llamas viejo, Minhas?

(El viejo león y el león joven se enfrentan. ¿Y ella?)

Ella lanzó una risita. Y ese sonido de agua y cristal pareció clavar un hierro ardiente en el joven.
A tí te llamo viejo. ¿Y qué? ¿Quién eres tú para prohibirme que me acerque a esta mujer?
Soy el jefe de la tribu.

Viejo decrépito. Tú la quieres para tí; eso es lo que ocurre.
?
¿Todo está bien, Abbas?
Todo bien. Cazando insectos me he hecho heridas más graves que ésta.
¿Y él?
No debí haberlo golpeado. El es joven y agresivo y hoy es un día caluroso.

¿Tienes miedo de castigarlo? Atacó al jefe de la tribu.

¿Miedo? ¡Por los dioses que no! ¡Recibirá una docena de latigazos por atacarme! ¡Claro que sí! ¡Y ahora mismo!

Y tú...,tú no debes estar sola en la tribu. Las mujeres deben tener un marido.

¿De verdad?

Búscame un marido entonces, Abbas.

El viejo tembló y tuve pena por él.

Lo haré. Esta noche,en la reunión.

No olvides que tienes que castigar a Minhas.

Ah,sí. Lo haré.

Cuando se alejó me volví furioso hacia ella.

¡Perra! ¿Por qué empujas a ese pobre viejo a hacer eso?

Suéltame, Nippur.

Sus ojos habían cambiado,y eran secos y duros,y una mueca feroz le torcía los labios.

Yo soy mujer, Nippur,y tengo armas con las que tú ni sueñas. ¿Qué importa la vida de estos míseros hombres? Sólo sirven para divertirme.

Veo que ese tatuaje habla por sí solo. Ahora sé por qué te marcaron, por qué te expulsaron de tu tierra y por qué te condenaron a morir en el desierto.

Se rió y en su risa había una nota de crueldad que erizaba la piel.

Aún no has visto nada, Nippur. Espera. Espera y verás cómo los hombres se vuelven perros.

Esa noche junto a las hogueras había silencio. Un silencio que se amasaba con la noche, con las estrellas pesadas y blancas en el cielo y con los ojos desconfiados. Los hombres observábanse unos a otros de reojo.

Las mujeres sombrías y calladas formaban un grupo de sombra, lejos de las hogueras.

Ninguno dijo nada. Ninguno se movió pero el aire de pronto se volvió pesado y fragante. Sin mirarlos, sin oírlos comprendí que todos ellos habían estado atormentándose con su imagen, con su cuerpo disuelto contra el sol y con su cabellera loca de viento y de oro.

Por encima del fuego de las hogueras, el rostro de ella resplandecía como un diamante. Sonrió suavemente, como un gato, y dijo...

¡Ninguno de los dos la tocará!¡Yo soy el más fuerte de . . . !
¡Calla!
¡Deteneos, locos!
¡Ahhh!
Me has. . . Ella no será tuya.
¡Mía! ¡Yo. . . !
Pero. . .
¿Qué he hecho? ¡Abbas . . . Abbas. . . !

Una risa escalofriante voló sobre las chispas como una chispa más. Los hombres se volvieron hacia ella y ella reía mientras me miraba.
¿Has visto, Nippur? ¿Has visto cómo los hombres se convierten en perros?

No. Tú los conviertes. Eres tú quien saca de ellos lo peor. ¡Eres tú! Deberían acabar contigo.

No pueden. Ellos me codician. Ellos me quieren viva, no muerta.

Y entonces el grupo de sombras se movió.

Pero no todo fue sombra en ellas. Las hogueras se reflejaron en el bronce.

¡No!

¡Ahhh!

No dije nada. Volví mis ojos hacia la hoguera que crepitaba y estallaba. Y de pronto recordé que había un caballo muerto en el desierto. Tal vez debía creer en el augurio aquel día.
¡Pero ahora ya es tarde, !

Sí. Ya era muy tarde.
FIN

EDITORIAL COLUMBA

Nº 3

NIPPUR de Lagash

ARGENTINA $ 1,50 M$N 150.- PARAGUAY Gs. 40.-

COLECCION TODO COLOR

Dibujos de RICARDO VILLAGRÁN

Dibujos de RICARDO VILLAGRÁN

NIPPUR DE LAGASH

LOS FABULOSOS JINETES DE LA TORMENTA

El fuego crepitaba dulcemente entre dos grandes piedras y el trozo de carne atravesado por una estaca se iba dorando poco a poco, expandiendo un suave y apetitoso olor. No muy lejos mi caballo pastaba mansamente, tan feliz y calmo como yo. En los árboles cercanos, la algarabía de los pájaros parecía incapaz de cesar.

(Un trago de vino para quitarme el polvo de la garganta y para alegrarme el corazón...)

(Aquí cerca está el mar. Puedo sentirlo en el aire. Se percibe la humedad y la sal...)

(Ah. Estoy muerto de hambre. Comencemos...)

Pero...

Alcé los ojos despacio. Dos hombres me observaban. Caras peludas, espadas y cuchillos al cinto, pies desnudos...

La muchacha en cambio no me miraba. Callada, agotada, se había dejado caer exhausta entre las piernas de los dos hombretones...

Tienes mucha carne allí, amigo. ¿Por qué no compartes un poco con nosotros?

Los viajeros deben ayudarse. Acercaos.

Muévete, perra. Muévete o te hundiré el cráneo.

¡Debo reconocer que he conocido hombres más gentiles que éste con una mujer...!

Cortaron trozos de carne y se llenaron la boca entre gruñidos de placer. Llevé un poco de carne y de vino a la joven...

Toma, muchacha.

¡Eh! A ella no...

Ofrecí mi campamento a los tres.
¡Te he dicho que...!
Cuando él se movió me incorporé a medias, con la mano apoyada en el puño de mi cuchillo. El hombretón vaciló un instante y por fin...
Bah. Puedes darle si quieres. Después de todo la necesitamos saludable.
Gracias, noble señor.
¿Quién eres tú?
Vivía aquí cerca con mis padres, campesinos, hasta que los piratas llegaron.
¿Los...?
¡Claro. Ahora reconozco el tipo. Cazadores de esclavos. Recorren las costas capturando a los campesinos y luego los venden en Egipto y Creta... La muchacha debe ser una presa de último momento o tal vez alguien que intentó huir...)
¿Lo has visto bien, Fihan?
Ahá. Es muy fuerte y muy poderoso.
Sacaríamos más por él que por una docena de esos hijos de bueyes que hemos capturado.
Sí...pero habrá que tener cuidado. ¿Has visto cómo se mueve? Es un guerrero...
Eso no importa. Queremos capturarlo, no batirnos con él.

SACK!

Negrura. Mar de la negrura, ciérrate sobre mí. Sopla el viento sobre los mares del norte, oh negrura, cabellos de mujer...
¿Quién eres tú?

Yo soy Forthias, el rayo del mar. Tengo un garfio en una mano y mil muertes en la otra. Soy el fuego, el bronce y la catástrofe. Estos hombres que me rodean son mis hijos... y tú has matado a uno de ellos.

Si éstos son tus hijos, no veo el motivo para que te enorgullezcas de ellos. Parecen cerdos.

¡Ja, ja, ja! Eres hombre sin miedo, ¿eh, guerrero? Tu insolencia no me disgusta. Sí. Son cerdos. Grandes cerdos bravos que hacen lo que yo les digo. ¿Cómo crees que se sienten de saber que tú has matado a su compañero?
Felices de tener un poco menos de botín que repartir.

Realmente eres un hombre de genio. Estoy seguro que encontraríamos algún amigo tuyo que con gusto pagaría por tu rescate. ¿No es así?
No esperes de mí la respuesta, pirata. Siempre pago en filo de espada no en oro. El filo de mi espada ha sido siempre un alto dinero para mis enemigos.

No te fíes de mí, viajero. Tengo un garfio en una mano y mil muertes en la otra. Y tal vez una de esas mil sea la tuya.

No te fíes de mí, pirata. Yo tengo dos manos y una muerte en ellas... y puede fácilmente ser la tuya. Tal vez lo sea ya.

Ahora no sonrió. Me miró con ojos sombríos e hizo un gesto a sus hombres...

Encadenadlo junto con los otros esclavos.

Señor...

¡Ah! Eres tú, muchacha...

Es un fatal destino el que te ha unido a nuestra suerte, señor. Lo siento.

No te preocupes por ello, muchacha. No es la primera vez que mi destino juega conmigo. Lo hace siempre y sin que ello me domine.

¿Sabes adónde nos llevarán?

No, señor. Seguramente a Egipto.

(Por los dioses. Si me llevan a Egipto reiré como un poseso. Cuando los hombres del faraón vengan a bordo y me encuentren hundirán a este pirata en la celda más profunda del palacio.)

Listos para zarpar, Forhias.

Los prisioneros al barco, entonces. ¡Vamos!

(Humm. Feo tiempo se está incubando. Huelo tempestad. Forhias no es muy prudente en darse a la vela ahora.)

¡Arriba las velas, hijos del infierno! ¡A la mar! ¡A la mar!

El día se oscurecía rápidamente y grandes ejércitos de nubes negras cubrían el cielo. Pensé en mi caballo abandonado en la playa. Podía ver su mancha clara, relinchando...

(Pobre amigo... Espero que quien te halle sea bondadoso contigo.)

Todo va bien, Forhias. La tormenta no nos alcanzará.
¡Magnífico! Ahora podremos descansar y disfrutar un poco.
Abre un cántaro de vino y luego...
¿Luego...?
Ambos rieron agoreramente...
¿Aquella muchacha?
Sí. La amiga del guerrero.
¡No! ¡Déjeme!
¡Ven! ¡Tú nos servirás el vino!
¡Déjala!

¡Ahhh!

Revuélcate, guerrero. Saborea tu bilis... y trata de oír cuando riamos...

¡La muerte que tengo en mis manos es la tuya... Lo juro...!

Los relámpagos estallaban en el cielo y largas víboras de fuego volaban chispeando entre las pesadas nubes. Desde la popa del navío oía los alaridos y carcajadas de los piratas.

Y de pronto hubo un grito. Un grito terrible que se cortó bruscamente como un cántaro que se vacía de agua. En lo alto los truenos comenzaron a bramar como fieras.

¡Alguien viene...!
Guerrero...

Estaba borracho y me apuntó con su garfio. Y vi la sangre. Sangre en su garfio y sangre en su mejilla arañada.
Ella también estaba llena de orgullo. Mira...

Tu muerte. Juro que está en mis manos.

No. Ya verás que no.

Las gotas de agua comenzaron a caer mientras él se alejaba y su golpeteo contra las tablas de la cubierta parecía el eco de las pisadas del asesino...

(Enlil, dios de los hombres que aman la paz... Enki, dios de los que mueren, dios del agua y de la bondad...)

(Ninhursag, madre de todo lo viviente... Ereshkigal, señora de los infiernos... Os invoco a todos vosotros... Os pido vuestra ayuda...)

¡A mí! ¡A Nippur!

El canto me salió de mis entrañas contraídas como un gemido. Comencé a murmurar las palabras sin darme cuenta...

...y poco a poco, mi voz fue tomando fuerza. No podía detenerla. Era como si algo me enloqueciera, como si el canto fuera una criatura viva que se hubiera apoderado de mí para corporizarse. Canté mientras el viento arreciaba y las olas comenzaban a levantarse como montañas. La oscuridad se volvía total...

...y canté la oración de los guerreros, la oración de los hombres de yelmos brillantes, los favoritos de los dioses. Canté a los dioses que aman a los valientes. Y canté mientras la tormenta destrozaba los mástiles del navío y desgarraba las velas...

¡Cállate! ¡Callate!

Pero no callé. Y ahora mi voz era más fuerte aún que la tormenta. Una lluvia de relámpagos llenó el cielo de chispas y todo fosforeció.

¡Calla!

Pero no callé. No hubiera podido. El canto ya no era sólo mi voz. Era la tormenta, los relámpagos, el trueno que aturde y el viento huracanado. Mi canto era la madera rota y el terror de los hombres. Mi canto era un cadáver de muchacha...

Mi canto era la furia de un dios colérico, acechando desde alguna parte...

¡Basta!

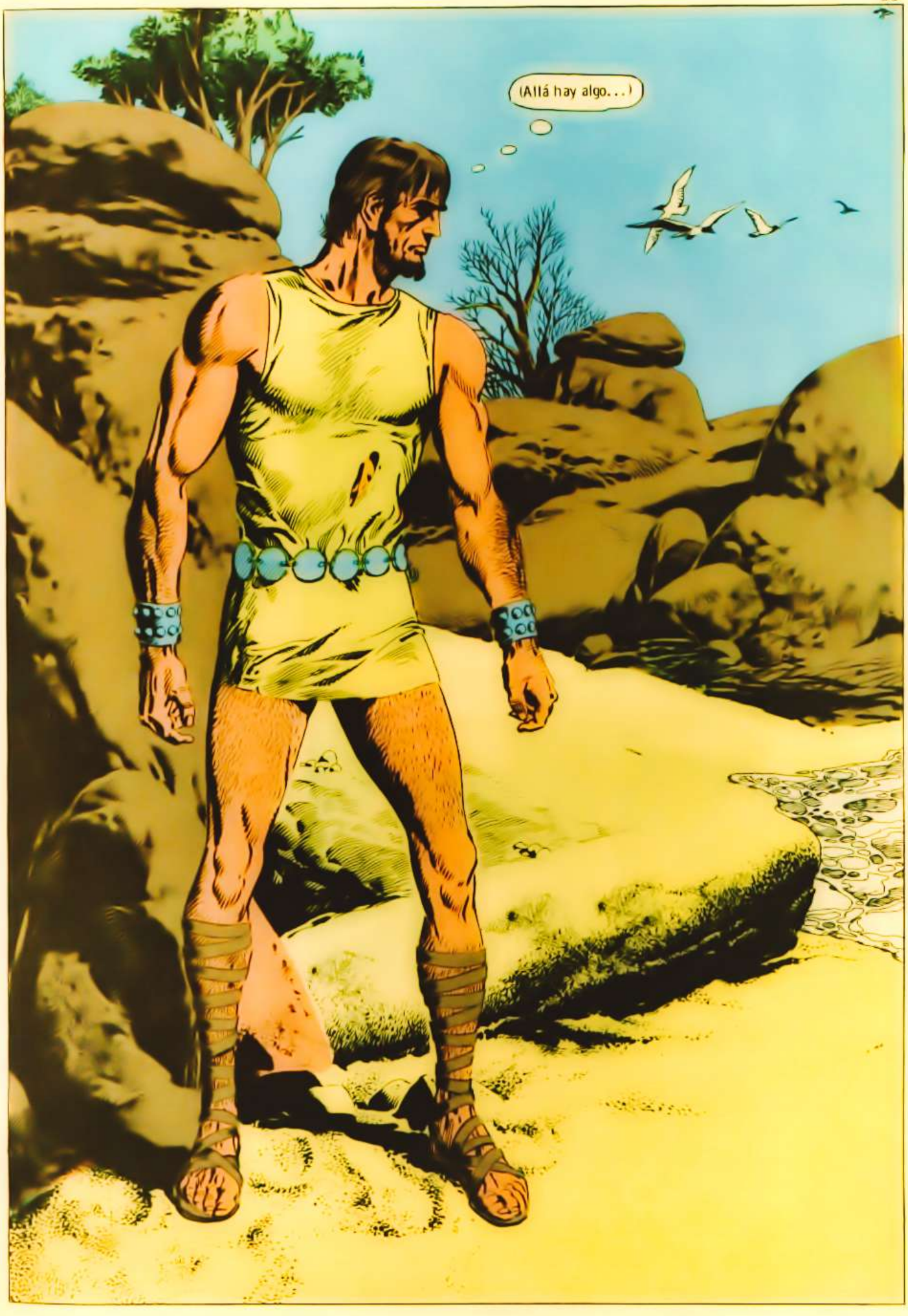
¡Rocas! ¡Junto a nosotros! ¡Estamos...!

Un estruendo espantoso...

CRASH!

¡Ahhh!

¡¡Dioses! ¡A mí!
(No debo asustarme... No...)
(No veo nada... No debo agotarme... Calma, Nippur, calma.)
(La playa... Si hay rocas debe haber playa... pero, ¿dónde?)
(¿Dónde...?)
El cielo era ya una gran bola negra, destrozada por los relámpagos...
El pájaro trinó al sentir el calor del sol. El pájaro sabía que la muerte se había alejado y cantaba...
A salvo... Estoy a salvo.
(¿Y los demás?)
El mar estaba limpio y brillaba como un diamante. Cielo y mar eran azules y costaba ver dónde terminaba uno u otro. Las gaviotas eran apenas ideas blancas rompiendo la inmensidad. Miré a mi alrededor...
(Pero... ¡Estamos en el mismo lugar de donde partiéramos...! La tormenta nos arrastró de vuelta...)


(Allá hay algo...)

¡Un cuerpo...!

Forhias...

Alzó lentamente el rostro de la arena húmeda y me miró con ojos incrédulos.
¿Tú? ¿Cómo te has salvado?
No lo sé, pero sé que los dioses te han traído aquí.

Voy a matarte, pirata.

Se rió con una risa dolorosa y forzada...
Tarde, viajero. No podrás hacerlo...
¿Por qué?

Porque ya siento las garras de los anunnakis, los jueces de los infiernos que tiran de mis pies y cantan...
¿Qué quieres decir?

Lo empujé con el pie y rodó y quedó boca arriba. Y vi el garfio hincado en su vientre.
¡Ah!

Los hijos de la muerte cantan... Los oigo... Están cantando mientras me esperan...

De pronto su rostro se crispó de horror...

¡Es tu canto! ¡Es el mismo...!

Con un golpe seco de quijadas mordió el aire y murió...

Un relincho me sobresaltó. Una sombra blanca galopaba sobre la playa hacia mí...

(Mi caballo...)

Tal vez los demonios cantaron a su muerte.

Tal vez yo no canté en el barco. Tal vez todo ello no existió...O tal vez sí...

Me alejé al trote sobre la arena mojada, donde moraban las minúsculas criaturas que no conocemos. Y de pronto pensé que tal vez hubiera algo en alguna otra dimensión. Tal vez criaturas fabulosas galopando en inimaginables corceles sin que nosotros los percibiéramos...

Era un pensamiento terrible y traté de cerrar mi mente a él... pero no pude. Y me alejé de la muerte y el misterio temiendo oír el galope de los fabulosos jinetes...

FIN

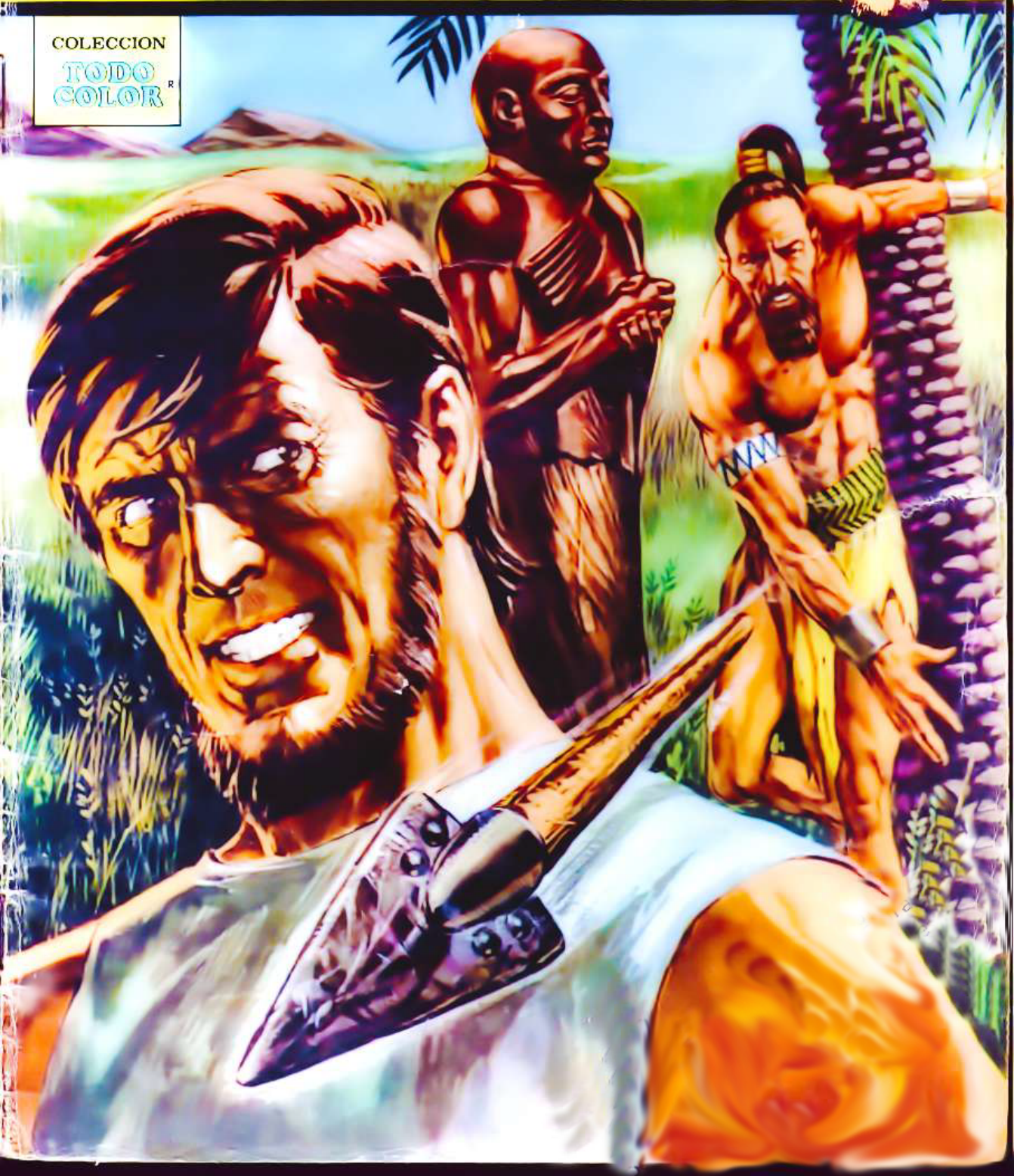
EDITORIAL COLUMBA

N° 4

NIPPUR de Lagash

ARGENTINA $ 1,50 M$N 150,- PARAGUAY Gs. 40,- PERU 5 Soles,-

COLECCION TODO COLOR®



NIPPUR DE LAGASH

EN MUNA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de RICARDO VILLAGRÁN

¡Eh, tú! ¡Detente!

¿A mí me hablas, amigo?

Era alto y grande, con cara brutal y una nariz rota. Llevaba ropas de cuero y muñequeras de bronce.
¿Qué haces en Muna? ¿Qué haces en mi pueblo? Eres hombre de Anahr, ¿eh?

Estoy simplemente de paso. Mi caballo me lleva y yo me dejo llevar. Eso es todo.
Tienes la lengua humorística, eh?

Pero mi humor no está hoy como para apreciarlo.

Hummm.

Prepárate. Quiero desentumecerme los músculos hoy y tú me vienes bien.
¿Ahá?

¡Luchador. Eso es lo que es. Cuerpo untado en aceite. Cabeza afeitada... Hum... Podría pelear y matar a este bruto pero ello tal vez me costaría huesos rotos, sudor y mucho trabajo, así que será mejor que...)

¿Listo?

¡Listo!
¿Eh?

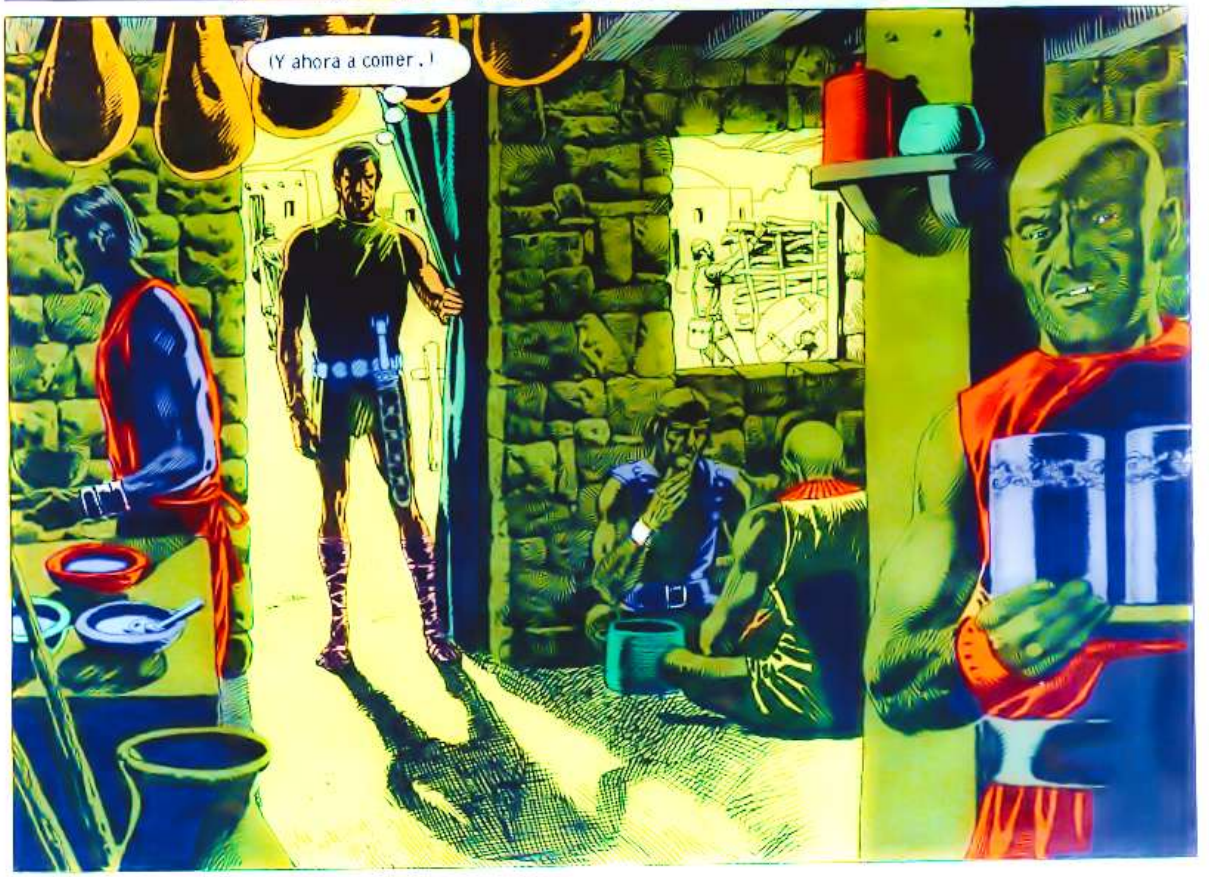
Un momento. Nadie habló de espadas. Yo...
Claro que no, querido imbécil. ¿Para qué hablar de ellas? Yo tengo una y tú no, así que creo que la ventaja es mía. Y eso siempre es muy conveniente.

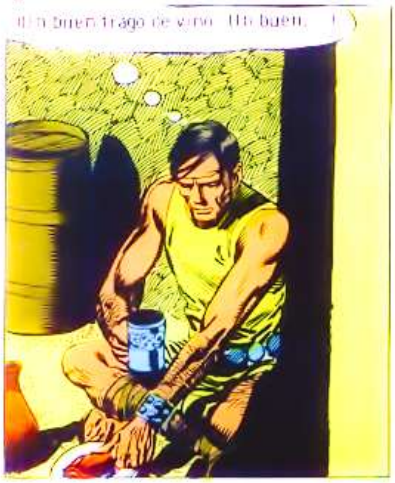
Escucha, amigo... Tú no mueres
¿Matarte? No sabes con qué placer lo haré

¡Por Samás, ten piedad! ¡Bromeaba! ¡Yo sólo quería...!
No me dijas lo que querías. De todas maneras nunca lo podrás realizar pues los muertos son muy inhábiles y tú serás un muerto...

...a menos que aproveches este segundo que te doy y corras tan rápido que no te vuelva a ver.

¡Mira eso. Ni un caballo le ganaría corriendo.!


¡Y ahora a comer.!


¡Un buen trago de vino! ¡Un buen...!

¡Pero...!

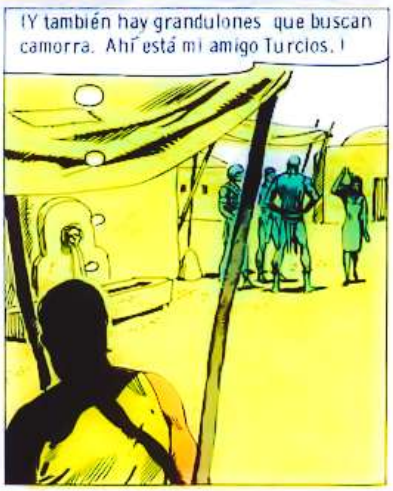
Forastero, ¿eres tú el que puso en fuga a Turcios?
Si Turcios es un gigantón de cabeza atestada y cerebro de mosca, sí. Si no, no.

Mi nombre es Anahr y busco hombres bravos que no se asusten ante nada.
Entonces has buscado mal. Yo soy un hombre simple que tiene miedo a todo.

No te burles. Mira, puedo darte mucho oro si me ayudas a luchar contra Arkhos. El oro es buena cosa para los hombres.
En eso tienes razón, amigo, pero no me hace falta oro. Vete.

¿Quiénes son estos hombres? ¿Por qué este clima de guerra?

La ciudad es tranquila y próspera y su comercio con el mar debe traerle oro en abundancia. Hay muchos extranjeros y fardos de mercancías.


Y también hay grandulones que buscan camorra. Ahí está mi amigo Turcios.

¡Eh, muchacha! ¿Has comprado este aceite a las gentes de Anahr?
Sí. ¿por qué?

CRASH!

¡Quien compra a Anahr nos desafía, mujer! ¡Y tú...!
¡Socorro!
Pero...
Turcios, hijo mío, ¿no es hora de que vuelvas a tu establo?
Esta vez Turcios tenía amigos cerca suyo. Y amigos con espadas.
Turcios, tu amigo tenía tan poca cabeza como tú y ahora tiene menos aún. Te repito lo dicho, ¿no es hora de que vayas a pastar un poco?
Sí... Sí...
Ven, muchacha. Yo te acompañaré para que no te molesten más.
Gracias, señor.
¿Qué ocurre en este pueblo, muchacha? ¿Por qué estas peleas?
Es una historia muy simple, señor.

Hay dos ricos comerciantes en Mesha. Uno es Arkhos, el fuerte, y el otro es Anahr, el falso. Ambos tienen el alma tan negra como el ojo de la noche y ambos dominan el comercio de esta ciudad. Han destruido a todos los pequeños comerciantes y asustado a los campesinos que sólo venden su grano a ellos.

Cada uno tiene una banda armada que evitan pelear una contra la otra. En vez de pelear roban todo el tiempo, molestan a las mujeres... Nuestra vida aquí es miserable debido a ellos.

¡Lo de siempre. Cuando los peces carniceros luchan son los pececillos los que sufren.

Un alarido llegó desde la calle. Un alarido que se cortó bruscamente.

¿Qué fue eso?

¿Quién más se atreve a vender su cosecha a Arkhos? ¡Este es un mensaje para vosotros!

Yo de siempre. Entre ellos no pelean. Sólo levantan a los indefensos y... la gente aterrada no puede hacer más que elegir un bando y rezar para ser suficientemente protegida...!
Muchacha, ¿cuál es tu nombre?
Hadah.
Pues bien, Hadah... ¿puedes darme los pedazos? Te pagaré bien.
Mi casa es tu casa. Me has salvado hoy.
¡Tengo suficiente tiempo para desperdiciar y ganas de divertirme. ¿Por qué no...?!
Tú eres Arkhos, ¿verdad?
Sí. Y tú eres el que ha peleado con Turcios.
Así es. Y he venido a venderte información que puede serte útil.
Habla.
He recibido oro para tratar de asesinarte.
¿Qué? ¿Quién...?
No lo sé. Ayer un hombre me fue a ver; llevaba el rostro cubierto.
Ese perro... Está rompiendo la tregua, ¿eh?
¿Y mi oro?
¡Espero que esta semilla germine en el fértil cerebro del buen Arkhos.!

Pero...
¡Oh! Mi buen amigo Turcios...
No quiero pelear contigo.
Yo tampoco. Ven a beber conmigo. Sé dónde hay vino en abundancia. Terminaremos con estas absurdas peleas, amigo.
Entremos aquí.
Esta es una de las tabernas de los hombres de Anahir.
¿Qué? ¿Les temes? Creí que eras un hombre de real valor.
¿Yo temer? ¡Entremos!
Mira. Es Turcios.
¿Se atreve a entrar aquí?
¡Trae vino, mujer! ¡Y abre las puertas! ¡Este lugar apesta!
El muy perro va a sentir el peso de mi maza.
¡Ahhhh!

¡A él!

¡Ayúdame, amigo!
Lo haría con gusto
...pero primero debo ir a ver a una anciana. Una amiga mía que me ha pedido que la visite.
¡Creo que el buen Turcios debería hacer otro dibujo si quiere rascarse su piel entera. Ahora debo buscar algunos hombres de Arkhos y...
Vuestro amigo Turcios está siendo atacado por los hombres de Anahr en la taberna roja.
¿Qué? ¡Allí vamos!
¡Bien, creo que ahora puedo ir a comer algo. Este viento marino excita el apetito realmente.)
¡Ahá. Parece que algo ha ocurrido en alguna parte. Tal vez un cambio de palabras.)
¡Y ésa es la casa donde vive Anahr. Hermosa casa. Y ese tejado de madera...)
¡Ese tejado de madera es una tentación.)

¡Fuego! ¡Fuego!

¿Cómo ha ocurrido esto? ¡Todo el grano que tenía adentro! ¡Y el aceite!

Creo que yo tengo la respuesta, amigo.
¿Quién...? ¡Ah, eres tú, amigo!

Hace poco vi a furcios rondando tu casa. Llevaba dos piedras negras en las manos y parecía no desear ser visto.

¡El muy perro! ¡Todos mis hombres aquí!

¡Creo que ahora lo mejor será sentarme aquí y esperar... Creo que el espectáculo será agradable!

¡Acabemos con ellos!

¡Hasta la última gota de sangre!

Los dos grupos se encontraron cara a cara frente a mí y por un segundo vacilaron con las espadas temblando en las manos.

La escena parecía haberse petrificado. Un silencio absoluto reinaba...

¡A la carga!

Fue perfecto. Nadie prestó atención al origen de la voz y los nervios excitados estallaron.
¡Ahhh!
¡Toma! ¡Toma!
¡No tendrán mucha calidad pero ponen verdadero fervor en ello.!
¡Ahhh!
Y por fin...
¡Ah! Al fin te encuentro, Arkhos.
¿Encontrarme? Veo que la muerte te tienta...
...aunque me parece una tontería que nos trencemos a espadazos. Dejémoslo para otra ocasión.
Tal vez tienes razón. Ha habido bastantes muertos ya.
¡Claro. Los zorros dejan que los lobos se maten entre ellos pero cuidan su pellejo.!

¡Pero creo que alguien hay que se encargará de estropear tanta sabiduría.!

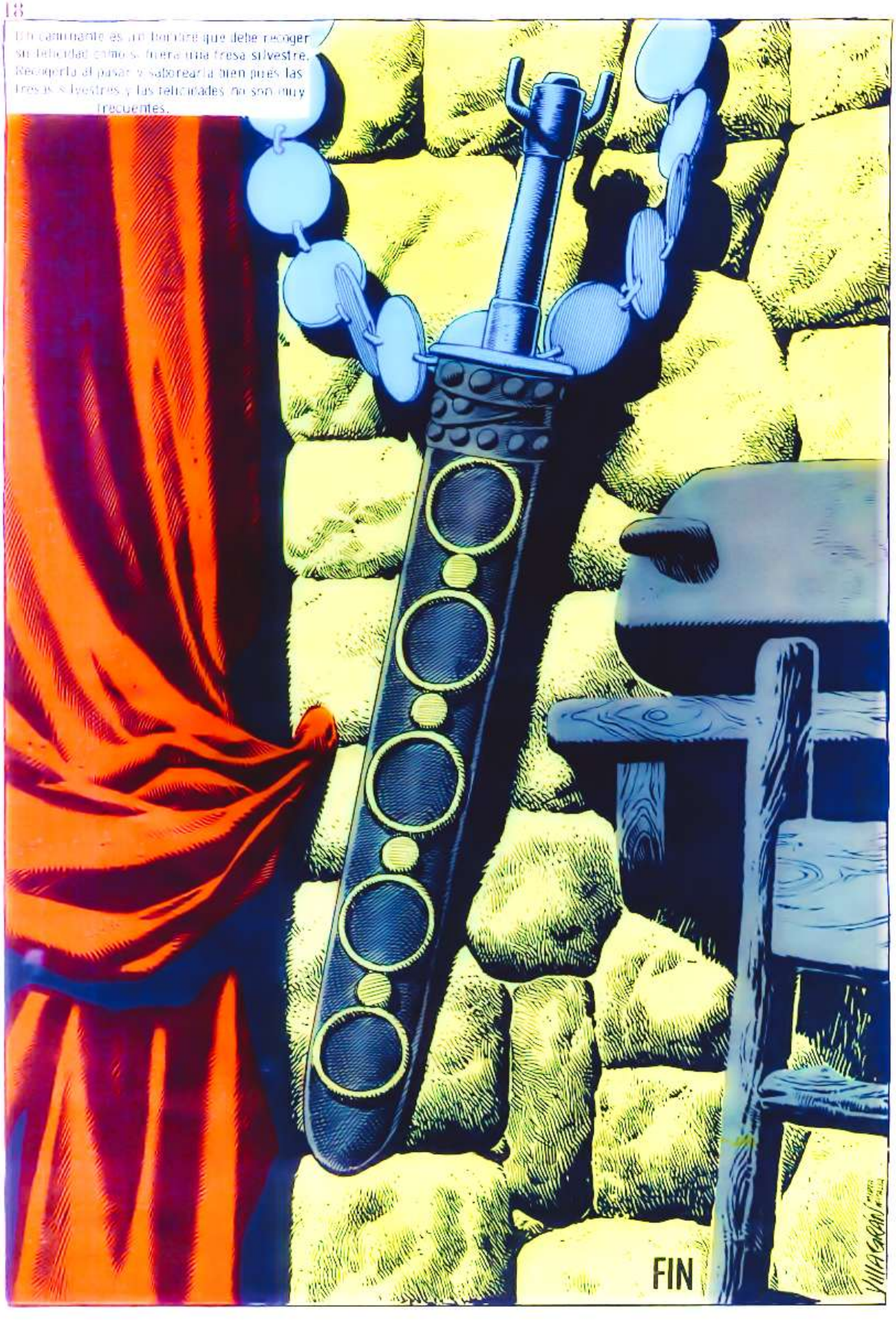
¿Eh? ¿Qué queréis vosotros?

Tu vida. Y la de tu amigo. ¿Olvidas nuestros muertos? ¿Nuestros amigos apaleados? ¿Nuestras humillaciones?
¿Olvidas todo eso? Nosotros no.

¡Esperad! ¡No tenéis derecho a...!
¡Oro! ¡Os daré...!

¡NO!

¡En fin... Creo que ya he cumplido mi misión. Ahora este pueblo tendrá paz.!
Niopin, ¿te vas?
Pues sí.
¿Por qué corres tanto? Esta noche asaré una pierna de cordero y habrá vino para festejar. Quédate un poco.
Quédate un poco.


Un caminante es un hombre que debe recoger su felicidad como si fuera una fresa silvestre. Recogerla al pasar y saborearla bien pues las fresas silvestres y las felicidades no son muy frecuentes.
FIN
VILLAGRAN

1973-1974
(en Revista D'Artagnan
y
Nippur de Lagash)

Dibujos de Lucho Olivera

+

Gilgamesh - El inmortal
(La resurrecciòn de Uruk)

ELENCO EPISODI

1973/1974 (en Revista D'Artagnan y Nippur de Lagash*)

(di Robin Wood - Lucho Olivera)

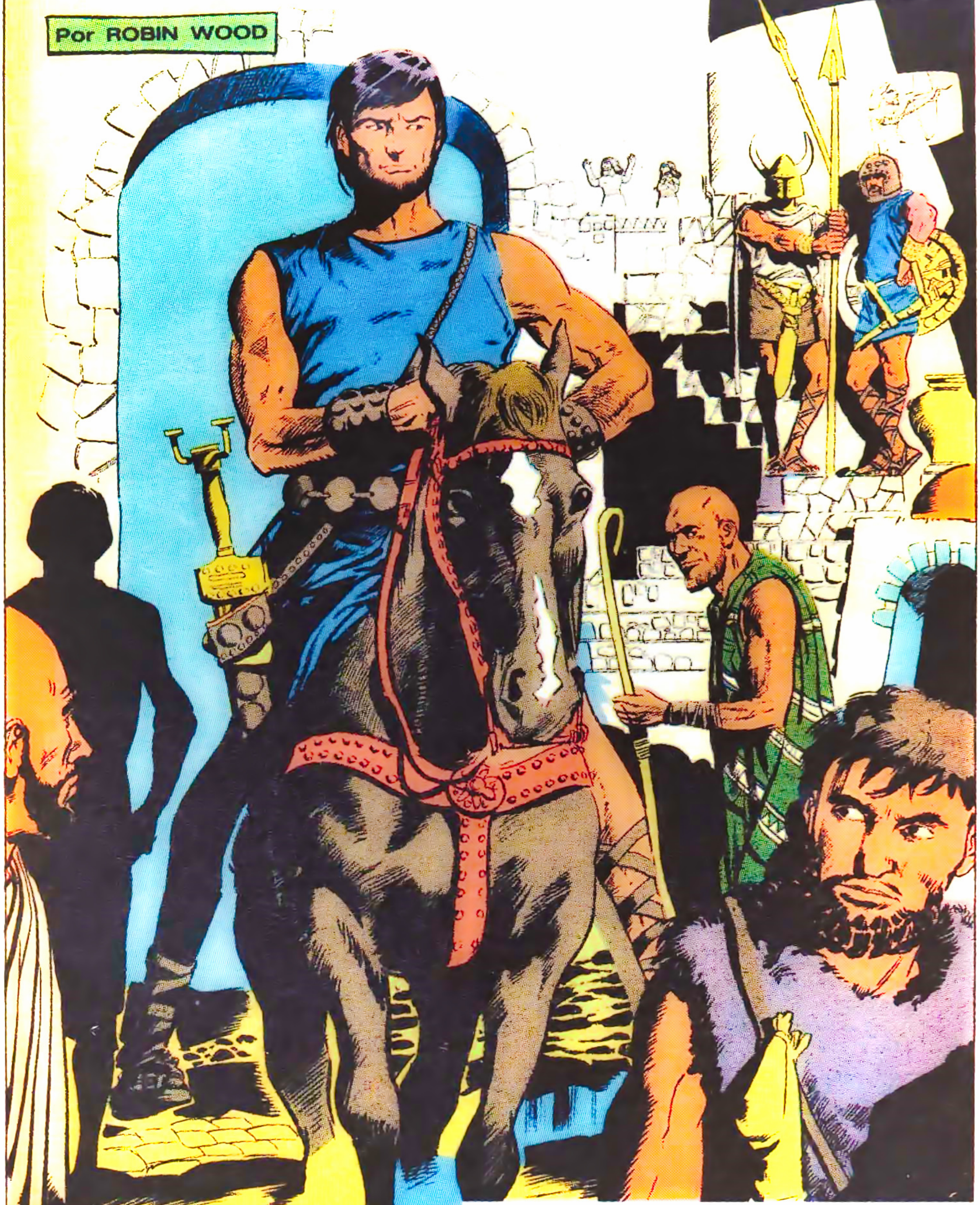
Aneleh	E117
La muchacha de los sueños	E123
Los que buscan a Nippur	E127
Historia de la vieja rebelión	E126
Nar-Aman y la ciudad de Ishtar	E128
El rey, la reina y el general	E129
Los reyes sin corona	E133

(fuoriserie: episodio con Nippur del fumetto Gilgamesh)

Gilgamesh - El inmortal (La resurrecciòn de Uruk)

ANELEH

Por ROBIN WOOD



LO SUPE DESDE QUE ENTRÉ EN LA CIUDAD. DESDE ESE MOMENTO SENTÍ LA ATMÓSFERA enrarecida DEL MIEDO, DE LA VIOLENCIA, DE LA INSEGURIDAD. LOS GÉRMENES DE LAS FURIAS.

NO FUE NECESARIO QUE VIERA A LOS GIGANTESCOS GUERREROS HITITAS (SEGURAMENTE MERCENARIOS) DE PIE EN LAS MURALLAS, PESADOS SOBRE SUS PIERNAS DE ATLETAS Y CON LA ESPADA CRUZADA EN LA ESPALDA.

NO FUE NECESARIO QUE ADVIRTIERA LAS MIRADAS RECELOSAS QUE EL PUEBLO ECHABA A MI PASO NI CÓMO SUS VOCES SE CONVERTÍAN EN CHARCOS DE SILENCIO AL APROXIMARME.

TODO ESO HABLA DE MIEDO. MERCENARIOS EN LAS MURALLAS. SILENCIO EN EL PUEBLO. AH, SÍ. HUELO LA DISCORDIA.

EN ESE MOMENTO VI A ILIOEM, DE PIE EN SU TERRAZA, CON LOS PUÑOS SOBRE LA BALAUSTRADA Y SU HERMOSA CABEZA BARBADA LEVANTADA HACIA EL CIELO, COMO IGNORANDO TODO AQUELLO QUE SE ESCURRÍA A SUS PIES, HOMBRES, INSECTOS, VIDA. ILIOEM, EL PUÑO DE HIERRO.

Y VI TAMBIÉN EL SELLO DE SU PODER.

LA MUCHACHA Y SU COMPAÑERO ESTABAN CERCA DEL CADÁVER, SOLITARIOS EN MEDIO DE LA CIUDAD. PARECÍAN INDIFERENTES AL OLOR TERRIBLE DE LA CARROÑA Y A ALGO MÁS SUTIL QUE ESE OLOR Y MÁS HEDIONDO AÚN. AL MIEDO DE LOS DEMÁS.

ELLA ERA ANELEH (ESO LO SABRÍA MÁS TARDE), Y EN SU ROSTRO GRAVE Y LIMPIO NO HABÍA EXPRESIÓN. SOLAMENTE UNA MIRADA VERDE QUE NO SE DESPEGABA DE AQUEL CADÁVER DESCOMPUESTO.

OIRAM, DE PIE TRAS ELLA, ESTABA INQUIETO, PERO NO ME PARECIÓ INQUIETO POR SÍ MISMO SINO MÁS BIEN POR ELLA. ECHABA MIRADAS NERVIOSAS HACIA LOS GIGANTESCOS HITITAS.

DETUVE MI CABALLO JUNTO A ELLOS. ESTÁBAMOS SOLOS EN MEDIO DE ESA PLAZA DE PIEDRA Y SILENCIO. ELLOS, YO, EL MUERTO HEDIENTE Y EL LEJANO TIRANO EN SU BALCÓN CONTRA EL CIELO.

¿ERA ALGUIEN TUYO, MUCHACHA?

LA MIRADA VERDE PLANEÓ LENTAMENTE HACIA MÍ. MENEÓ LA CABEZA.

NO. NO LO CONOCÍA.

MIRÉ A LOS HITITAS EN LAS MURALLAS.

ENTONCES, ¿QUÉ HACES AQUÍ? CREO QUE ESTÁS ARRIESGÁNDOTE AL EXHIBIRTE ASÍ ANTE LOS OJOS DEL SEÑOR DE LA CIUDAD.

LO SÉ, PERO ESE HOMBRE. ESE DESCONOCIDO, MURIÓ POR ATREVERSE A ENFRENTAR A ILIOEM. CUANDO LO MATARON ESTUVO SOLO PERO NO QUIERO QUE SIGA SOLO. ESPERARÉ HASTA QUE LO DESCUELGUEN Y ENTONCES LE DARÉ SEPULTURA.

OIRAM MIRÓ NERVIOSAMENTE A SU ALREDEDOR Y SE ACARICIÓ EL CUELLO.

O TAL VEZ NOS ENTIERREN A TODOS JUNTOS.

SI TODO LO QUE QUIERES ES ESO, MUCHACHA, ES FÁCIL DE SOLUCIONAR.

ADELANTE M. CABALLO HACIENDO RETUMBAR LAS PIEDRAS DE LA PLAZA Y...

AHÍ LO TIENES, MUCHACHA. ES TUYO.

EH, TÚ. ¿CÓMO TE HAS ATREVIDO?

ERA UN HITITA DE LAS MONTAÑAS DEL CUELLO DEL BUITRE, UNA RAZA DURA Y DESPIADADA, Y SUS OJOS NEGROS QUEMABAN POR DEBAJO DEL ARCO DE BRONCE DE SU CASCO.

ESE HOMBRE FUE CASTIGADO POR NUESTRO SEÑOR ILIOEM. NADIE PUEDE TOCARLO.

SUFICIENTE CASTIGO TUVO HITITA. DÉJALO DESCANSAR AHORA.

CON ESA GRACIA DE GATO SALVAJE QUE SÓLO LOS HITITAS POSEEN DESENVAINÓ SU ESPADA. LA HOJA DE BRONCE SE VOLVIÓ SOL APUNTADA HACIA MÍ.

CUÉLGALO OTRA VEZ, VIAJERO.

SENTÍ MI SANGRE GOLPEANDO. ODIO LA RAZA DE LOS DESPIADADOS.

OBLÍGAME, HITITA.

¡ALTO!

DÉJALOS QUE SE LLEVEN EL CUERPO. DE TODAS MANERA YA APESTABA DEMASIADO Y ME HACÍA PERDER EL APETITO.

VAMOS. LOS AYUDARÉ A LLEVAR EL CADÁVER.

OIRAM ME MIRÓ IRRITADO.

NO NECESITAMOS AYUDA, EXTRANJERO. PUEDES SEGUIR TU CAMINO.

CÁLLATE.

ILIOEM SE APROXIMÓ A NOSOTROS. NO ME DESAGRADÓ SU ASPECTO. TENÍA AIRE DE REY Y DE PODEROSO Y UNA VIEJA NOSTALGIA PERDIDA EN SUS MAGNÍFICOS OJOS AZULES.

ANELEH, ¿HASTA CUÁNDO VAS A CONTINUAR PROVOCANDO MI CÓLERA?

HASTA DERROCARTE, ILIOEM. HASTA PRECIPITARTE DE TU BALCÓN CONTRA ESAS LOSAS DE PIEDRA. HASTA QUE LA GENTE DE MI PUEBLO PUEDA ABRIR ESAS VENTANAS Y REÍR Y CANTAR SIN SER ENSOMBRECIDOS POR EL ESTRUENDO DE BRONCE DE TUS MERCENARIOS.

¿EL PUEBLO? ¿QUÉ ES EL PUEBLO? ¿ESOS HOMBRECILLOS ASUSTADOS? ¿ESAS MUJERES VIEJAS? ¿ESE CHIQUILÍN DE NARIZ SUCIA? ¿ESE REBAÑO QUE HUELE MAL?

LA MUCHACHA ASINTIÓ.

SÍ. TODOS ELLOS. Y TAMBIÉN LAS MURALLAS Y LAS FUENTES Y EL CIELO DE MI CIUDAD Y LOS OLIVARES Y LAS CORRIENTES DE AGUA Y LAS OVEJAS. TODO ESO.

ILIOEM SE ENCOGIÓ DE HOMBROS Y NOS DIO LA ESPALDA. SEGUIDO DE SUS ENORMES HITITAS DE CUELLOS DE TORO REGRESÓ A SU TRISTE PALACIO DE PIEDRA. ELLA SE VOLVIÓ A MÍ.

A TODO ESTO, ¿QUIÉN ERES TÚ, EXTRANJERO?

NIPPUR. NIPPUR DE LAGASH.

SUPE QUE ME CONOCÍAN. QUE HABÍAN OÍDO MI NOMBRE PERO NINGUNO EVIDENCIÓ NINGUNA REACCIÓN. SOLAMENTE ELLA ASINTIÓ CON LA CABEZA.

AH. SÍ. EL ERRANTE.

ENTERRAMOS EL CUERPO EN UN CAMPO DE TRIGO Y LANZAMOS PUÑADOS DE TIERRA EN EL VIENTO POR EL DESCANSO DE SU ALMA.

POR FIN...

DEBEMOS VOLVER, ANELEH. AÚN TENEMOS REUNIÓN CON LOS COMPAÑEROS.

SÍ.

¿VIENES CON NOSOTROS, NIPPUR? DEBES TENER HAMBRE.

EN EFECTO.

ESA NOCHE VI MUCHAS CARAS QUE ERAN NUEVAS Y AL MISMO TIEMPO NO LO ERAN. CARAS JÓVENES, PATRIÓTICAS, INOCENTES, CARAS DE HOMBRES QUE CREÍAN COSAS QUE ERAN PARA MÍ PALABRAS.

EL TIRANO DEBE SER DESTRUÍDO Y ENTONCES...

Y DE REPENTE SENTÍ LA MIRADA VERDE SOBRE MÍ.

TE ABURRES, ¿VERDAD, NIPPUR?

PODÍA ABURRIRME DE TODOS PERO NO DE ANELEH. NO PORQUE ELLA FUERA DIFERENTE SINO PORQUE ELLA ARDÍA CON UN FUEGO RABIOSO E INOCENTE QUE ME TRAÍA UN RESABIO AGRIDULCE DE MI PROPIA JUVENTUD.

YO NO CREO EN ESTO, ANELEH.

CLARO QUE NO, NIPPUR. TÚ ERES EL ERRANTE. EL HOMBRE SIN CIUDAD Y NO COMPRENDES NUESTRA LOCA PASIÓN POR CUATRO MURALLAS Y UN TROZO DE TIERRA. TÚ QUE NI SIQUIERA ERES CAPAZ DE AMARTE A TI MISMO.

ERES DURA.

NO. PEOR. SOY PATRIOTA.

Y ELLA ME MIRABA SIN INTERÉS CON SUS OJOS VERDES Y SU IDIOMA DIFERENTE. SUPE QUE HABÍA UN ABISMO ENTRE NOSOTROS Y QUE YO NUNCA LO FRANQUEARÍA.

Y SIEMPRE CERCA MÍO ESTABA OIRAM, SILENCIOSOS Y MÁS PELIGROSO QUE TODAS LAS FUERZAS DEL INFIERNO. Y DE PRONTO TUVE CURIOSIDAD Y ME VOLVÍ A ÉL.

OIRAM, ¿TÚ PELEAS POR TU CIUDAD?

Y ME SONRIÓ SIN TOLERANCIA Y SIN APRECIO.

YO PELEO POR ANELEH INCORRUPTIBLE.

Y SUPE QUE ÉL ERA PELIGROSO PORQUE SE CONOCÍA A SÍ MISMO Y ERA COMO UN LEOPARDO EN UNA REUNIÓN DE GATOS. UN HOMBRE FIEL, UN HOMBRE HONESTO ES SIEMPRE EL HOMBRE MÁS PELIGROSO QUE EXISTE.

Y OIRAM ME SOPESABA CAUTELOSAMENTE SIN PASIÓN. SIMPLEMENTE CONSIDERANDO MI VIDA O MI MUERTE EN TÉRMINOS DE CONVENIENCIA. ACARICIÉ MI ESPADA PARA ADVERTIR QUE LEÍA SUS PENSAMIENTOS.

ME VOY.

ESTA CASA ES SIEMPRE LA TUYA, NIPPUR. VUELVE CUANDO QUIERAS.

NIPPUR...

¡LIOEM, ¿QUÉ HACES AQUÍ SÓLO? ARRIESGAS TU VIDA.

¿ME CREES UN TONTO, NIPPUR? HAY FLECHAS CENTRADAS EN TI DESDE TODOS LOS EXTREMOS DE ESTA CALLE. SOY PRUDENTE Y MÁS AÚN PORQUE CONOZCO BIEN A ANELEH Y A OIRAM. YO SUPE UTILIZAR SU PATRIOTISMO CUANDO ICTARIM ERA REY. ICTARIM AMABA LOS BAÑOS DE SANGRE Y LA BRUTALIDAD, Y EL PUEBLO GEMÍA BAJO SU PUÑO COMO UN CORDERO DE PATAS ROTAS.

YO SUPE DECIR LAS PALABRAS JUSTAS Y DEJÉ QUE FUERA DESTRONADO. DEJÉ QUE ANELEH SUBLEVARA AL PUEBLO Y LUEGO TOMÉ EL PODER. ME SENTÉ EN EL TRONO CON HUMILDAD Y CON HUMILDAD ME CONDUJE HASTA QUE TUVE SUFICIENTE FUERZA Y SUFICIENTES SOLDADOS PARA ARROJAR MI MANTO DE SONRISA Y DE BLANDURA.

ME MIRÓ Y LANZÓ UN RISITA.

YO NO SOY COMO TÚ, NIPPUR. A MÍ NO ME LLAMAN EL INCORRUPTIBLE. BEBÍ EL PODER Y ESO ME SEPARÓ PARA SIEMPRE DEL PUEBLO. BEBÍ EL PODER Y ME VOLVÍ SOLITARIO Y CORROMPIDO. Y ME GUSTÓ. AMO EL PODER Y LO CONSERVARÉ A CUALQUIER PRECIO.

Y AHORA DEBERÉ TERMINAR CON ANELEH O MI COPA SE VOLVERÁ VENENO.

¿POR QUÉ DICES ESO? ¿POR QUÉ ME DICES ESO A MÍ?

NO LO SÉ. TAL VEZ PORQUE ERES ALGUIEN QUE PASA, ALGUIEN A QUIEN NADA DE ESTO INTERESA.

ME APARTÉ DE ÉL Y MARCHÉ UNOS PASOS. ME DETUVE.

NO TOQUES A ANELEH, HOMBRE. EN ELLA HAY LO MEJOR QUE TODOS NOSOTROS TENEMOS. SI LA TOCAS ME TENDRÉ QUE ALZAR CONTRA TI.

¿POR QUÉ? NADA TIENES EN COMÚN CON ESOS SOÑADORES.

NO TOQUES A ANELEH, HOMBRE.

CONSEGUÍ HOSPEDAJE, COMÍ, BEBÍ Y LUEGO HUÍ POR EL VALLE DE LOS SUEÑOS HACIA LAS LADERAS DE LAS SOMBRAS DONDE CRECEN FLORES COMO PÁJAROS DE PEDRERÍA.

DE PRONTO UN GRAN FRÍO ME DESPERTÓ.

¿QUIÉN...?

¿DÓNDE ESTÁ ANELEH, SUMERIO? HABLA RÁPIDO. TE ESTÁS JUGANDO LA VIDA.

EL CUCHILLO NO TEMBLABA Y SU VOZ ESTABA SERENA. COMPRENDÍ QUE MI VIDA SE COLUMPIABA SOBRE UN CABELLO.

NO LO SÉ, OIRAM. NO LA HE VISTO.

TE SEGUÍ, NIPPUR. TE VI HABLAR CON ILIOEM. ¿ERES UN ESPÍA SUYO? ¡HABLA!

SACA ESE CUCHILLO DE MI GARGANTA, IMBÉCIL. SI ANELEH HA DESAPARECIDO HAY UN SOLO LUGAR DONDE DEBEMOS BUSCARLA.

¿DÓNDE?

EL PALACIO DE ILIOEM.

LA NOCHE ESTABA NEGRA COMO LA MUERTE Y LOS CONJURADOS SE OCULTABAN EN LOS GRANDES JARDINES ESCONDIENDO PUÑALES Y ESPADAS EN SUS MANTOS.

OIRAM Y YO ENTRAREMOS PRIMERO ESCALANDO LA TORRE. CUANDO LAS PUERTAS SE ABRAN, HACEDLO VOSOTROS.

¿LISTO?

LISTO.

LA ROCA ERA QUEBRADA Y LLENA DE ARISTAS Y LA ASCENSIÓN FUE DIFICULTOSA.

UN HITITA...

DÉJAME A MÍ.

PERO...

HUBO UN GRUÑIDO TERMINADO EN BORBOTEO. EN EFECTO. OIRAM ERA LA FUERZA TEMIBLE DETRÁS DE ANELEH.

OIGO VOCES HACIA ALLÁ.

MIRA.

ANELEH, TIENES LA TOZUDEZ DE UNA MULA. ¿QUÉ BUSCAS CON ESTA DEMENTE OBSESIÓN? ¿COMPRENDES QUE PUEDO MATARTE?

NO. NO PUEDES MATAR AL PUEBLO Y A LAS MURALLAS. TENDRÍAS QUE ARRASAR CON TODO Y CONVERTIR TODO EN UN ERIAL DE FUEGO PARA MATARME. ¿ME COMPRENDES?

¡AL DIABLO CONTIGO! ¡ME HAS HARTADO! ¿SABES LO QUE OCURRIRÁ CONTIGO? ¡NURAS!

EL BRONCE BRILLÓ SUAVEMENTE BAJO LAS ANTORCHAS. OÍMOS EL CANTO DE UNA FUENTE.

Y LUEGO LA RISA DE ANELEH. SU RISA QUE ERA COMO UN PEZ DE PLATA NAVEGANDO EN EL AGUA VERDE DE SUS OJOS.

¿Y CREES ASUSTARME? POBRE ILIOEM. POBRE...

TERMINA CON ELLA, NURAS.

OIRAM SE MOVIÓ. NO LO OÍ PUES SUS PIES PARECÍAN HIJOS DEL GATO. SÓLO VI LAS LÁMINAS ROJIZAS DE LOS CUCHILLOS.

¡AAARGH!

DE UN SALTO TREMENDO ME ENCONTRÉ EN MEDIO DE LA GRAN SALA. GRITOS HITITAS QUEBRABAN LA NOCHE.

¡UAARGH!

NO VI A OIRAM PERO LO IMAGINÉ CORRIENDO HACIA LAS GRANDES PUERTAS CONTRA LAS CUALES SE APRETABAN SUS COMPAÑEROS. TOMÉ OTRA ESPADA DEL SUELO. LOS HITITAS ME RODEARON.

VI LAS HOJAS DE BRONCE QUE SE ALZABAN, Y RUGÍ, Y GOLPEÉ DE DERECHA A IZQUIERDA.

ALGO ME HIRIÓ EL COSTADO.

GOLPÉE ATRÁS... ADELANTE. RESBALÉ EN UN CHARCO DE SANGRE. SENTÍA MIS CABELLOS ERIZADOS COMO LOS DE UNA FIERA Y EL SUDOR ENVOLVERME COMO UNA SEGUNDA PIEL VISCOSA.

¡AQUÍ ESTAMOS!

LOS HITITAS SON BUENOS GUERREROS PERO SUPERADOS DIEZ CONTRA UNO NO PUDIERON HACER MUCHO.

Y OIRAM MARCHÓ CON PASO FIRME HACIA EL TRONO, CON SUS CUCHILLOS BALANCEÁNDOSE AL EXTREMO DE SUS MANOS. ILIOEM NO SE MOVIÓ.

RECIÉN CUANDO OIRAM ESTUVO FRENTE A ÉL PARECIÓ RECOBRAR VIDA. LA PESADA ESPADA SE ALZÓ AL ENCUENTRO DE LO INEVITABLE.

YO SABÍA QUE OIRAM ERA PELIGROSO PERO LO ERA AÚN MÁS DE LO QUE CREÍ. DETUVO ESE GOLPE CON UNA HABILIDAD ESPELUZNANTE.

DETUVO EL SEGUNDO GOLPE. OÍ EL GRUÑIDO DE FURIA, DE ANGUSTIA, DE DESESPERACIÓN DE ILIOEM.

Y ENTONCES TODO TERMINÓ CON UN GOLPE SECO QUE RESONÓ HASTA EL ÚLTIMO RINCÓN DEL PALACIO SILENCIOSO.

NO CAYÓ DEL TRONO. MURIÓ EN ÉL, NO COMO SI FUERA UN SITIAL DE HONOR SINO SIMPLEMENTE COMO SI FUERA UN ASIENTO INCÓMODO.

UN VITOREO SE ALZÓ EN LAS SALAS DEL PALACIO Y OTRO LE CONTESTÓ DESDE LAS CALLES, DESDE LAS PLAZAS, DESDE TODAS PARTES.

SIN DECIR NADA SALÍ A LA NOCHE Y BUSQUÉ MI CABALLO.

¿TE VAS SIN DESPEDIRTE, NIPPUR?

ES MEJOR ASÍ.

¿POR QUÉ? ERES UNO DE LOS NUESTROS.

NO, ANELEH. Y TÚ LO SABES TAN BIEN COMO YO. YO HE SIDO UN ACCIDENTE Y NINGÚN ACCIDENTE PUEDE CONVERTIRSE EN COSTUMBRE. YO PASÉ, DEJÉ UNA MARCA COMO LO HARÍA UN PÁJARO O UN RAYO. ESO ES TODO.

BAJO LA LUNA DE PLATA ELLA TENÍA LOS OJOS VERDES. NOS MIRAMOS SIN PALABRAS Y SIN NADA QUE DECIRNOS. SIMPLEMENTE ALZÓ UNA MANO Y DIJO...

ADIÓS.

HICE SONAR LAS PIEDRAS BAJO MI CABALLO Y LO LANCÉ AL TROTE RUMBO A LOS OLIVARES DE PLATA Y AL CAMINO SIN FIN, MI REINO, MI ESENCIA.

ATRÁS QUEDÓ ANELEH, CIUDAD, PASIÓN, BELLEZA, EL AMOR POR SUS MURALLAS, SU CIELO Y SU GENTE, SU SONRISA COMO UN PEZ DE PLATA EN EL MAR VERDE DE SU MIRADA.

Fin

NIPPUR DE LAGASH

LA MUCHACHA DE LOS SUEÑOS

Lubák, el pirata, estaba silencioso en la proa de su barco, con el mentón clavado en el pecho y los brazos cruzados. Semidesnudo, el cuerpo brillante de aceite y de adornos de oro y la gran cabellera negra suelta sobre los hombros. Lubák miraba las quietas aguas incoloras en las cuales flotaba un pez muerto.

Sus hombres respetaban su silencio pues sabían que interrumpirlo podía ser peligroso. Aburridos y atontados por el terrible calor se amontonaban en la popa lejos de él y dormitaban o bebían.

Sólo Ordaz, el hechicero, parecía ajeno a ese silencio que no se debía quebrar. Sentado al sol, cerca de Lubak, arrojaba una y otra vez los discos de bronce del futuro sobre la madera resquebrajada de calor.

Lubak le habló en voz baja, sin moverse:

Otra vez he visto a la muchacha, Ordaz.

El viejo no alzó la vista. Tenía la piel reseca por los soles y la sal y la desgracia y la maldición de poder ver más allá que los ojos humanos.

Cuéntame.

Era la misma muchacha de mis sueños anteriores, el mismo rostro delgado y pálido y los mismos ojos claros. Sólo el su rostro entre una neblina blanca y helada. Parecía pensar en algo y no advirtió que yo estaba junto a ella.

Y de pronto me miró.

Calló durante un largo instante. Se podía oír el crujido de la madera atormentada por el sol.

Ordaz, esa mirada me hizo mal. Esa mirada hizo gritar mi corazón de desesperación. De pronto sentí que esa muchacha era lo que más necesitaba yo. Más aún que la vida o el sol o tus dioses.

Cuídate de los dioses, Lubak.

Y tendí la mano hacia ella, como un mendigo que pide limosna, y ella me siguió mirando desde su niebla helada, y cuando la toqué desapareció.

Miró atónito su mano engarfiada.

Desapareció.

Ordaz, ¿qué es este sueño atroz y continuo? ¿Quién es la muchacha? Siento que en ella hallaré la paz, pero, ¿dónde está? ¿Por qué no la encuentro? ¿Quién es?

El hechicero siguió jugando con sus piezas de bronce. El tintineo resonaba limpiamente en la tarde calurosa. Evitó mirar al pirata.
No lo sé. Los dioses nada dicen.
¡Dame esa muchacha! ¡Estoy harto de hallarla sólo en mis sueños! ¡Dámela!
Dámela, o haré correr tanta sangre que los mares cambiarán de color.
Sólo quedaban ruinas, restos ennegrecidos de lo que fuera una aldea. Cadáveres de ancianos por todas partes. Claro. Los jóvenes son siempre buena mercadería para los traficantes de esclavos.
¡Qué bestialidad...!
¿Las ciudades están en paz. ¿Quién puede estar quebrando la tregua?)
Un ligero rumor me alertó. Un saqueo siempre puede dejar algo detrás y a veces ese algo puede ser peligroso.
¿Quién eres tú, forastero?
No eran soldados sino pescadores. Hombretones recios de carnes duras de sol y mar. Tenían la mirada sombría de los que han comenzado su jornada con pocos peces y con mucho odio.
Soy un viajero. Me llamo Nippur y vengo del Elam.
¿Y aquí? ¿Qué ocurrió?
Los perros del mar. Lubak llegó, mató, quemó y destruyó. Doce aldeas fueron pasadas bajo el filo de bronce y sus jóvenes deben estar ahora siendo cambiados por oro en los puertos mercantes.

Pero ahora lo estamos esperando. Volverá otra vez. Siempre lo hace. Vuelve como una peste continua, pero ahora lo esperaremos. Viviremos de raíces y pescado podrido si es necesario pero no volveremos a lanzar nuestras barcas al mar hasta que no hayamos acabado con él.

Volvió los ojos hacia el mar y la mirada se le volvió mansa y vieja.

Mis tres hijos se los llevó. Quién sabe en qué extrañas tierras serán esclavos.

Lentamente Lubak recorrió los rostros de las esclavas, rostros femeninos cansados, golpeados, tristes, aterrados, solitarios, los mil rostros de mujer desgarrada por el horror y el cautiverio.

No veo a la mujer. No la veo.
Esa mujer no es más que un sueño, Lubak. No lo olvides.
No. No. Yo sé que existe en alguna parte. Yo sé que existe y que la encontraré.
Y desde no muy lejos yo observaba a Lubak. Acababa de llegar al puerto de Harros y había coincidido mi llegada con la salida a la venta de los prisioneros que hiciera Lubak en su correría.
(Es de cuerpo poderoso. Un peligroso enemigo indudablemente.)
Tengo que hallarla. Tengo que hallarla.
A medida que bebía, su rostro se iba oscureciendo y una luz terrible hacía arder sus ojos. Sus hombres reían y comían prudentemente apartados de él. Vi tu no cerca suyo y por los tatuajes de sus manos adiviné que era un hombre sabio en magia.
(Hay algo tremendo en él. Como si en cualquier momento fuera a arder como una hoguera.)
Y de pronto me hallé mirando sus ojos. Abstraído en mis pensamientos no había advertido que él acababa de alzar la cabeza. Su mirada me produjo un escalofrío.
No me gustan los insolentes, viajero. Y tu mirada es una insolencia.
Se puso de pie volcando la mesa y desenvainando un ancho cuchillo de dos hojas. Comprendí que no eran razones las que lo empujaban sino simplemente ansias de matar. A alguien. A cualquiera.
Y las insolencias se mueren sobre el filo de mi cuchillo.
Avanzó hacia mí. Era ancho y poderoso como un navío y todo el vino tomado no había alterado su equilibrio ni su fuerza.
Pero yo soy un viajero de mil caminos y me he vuelto zorro en demasiados combates con toda clase de hombres.
¡Ahhh!
WOM
Perro, eres duro, ¿eh?

El silbido de su cuchillo de dos hojas hizo trizas el aire junto a mi oído...

...pero esta vez abrió demasiado su guardia y allí colé mi puño. Y mi puño es un gran puño, muy alabado por algunos y muy detestado y respetado por muchos otros.

¡Ahhh!

Casi de inmediato me encontré en un círculo de espadas y rostros patibularios.

Nadie golpea a Lubak, forastero.

O por lo menos nadie que quiera ver encanecer su cabello.

¡Quietos todos! ¡No lo toquéis!

Ven, Lubak no es un perro que no respeta a quien lo ha vencido. La suerte ha estado de tu lado. Así sea. Bebe conmigo.

No apartaba de mí sus ojos atormentados y tempestuosos y el vino seguía desapareciendo de su copa. Sin embargo no vi que éste llegara a sus ojos.

Mi nombre es Nippur y vengo de Sumeria. Eso es todo.

¿Buscas oro?

No es mala cosa el oro. No lo desdeño. ¿Puedes ofrecérmelo?

Puedo. Unete a mi tripulación. Me llaman rayo y donde caigo sólo dejo cenizas y desolación.

¿Por qué acepté? Hasta hoy me lo pregunto. Tal vez porque en algún recóndito espacio de mi memoria flotaba aún el olor a humo. O tal vez por los ojos tristes y velados de la joven rubia encadenada a su mesa.

De acuerdo.

El viejo lanzó sus discos de bronce y los estudió un instante. Luego muy lentamente alzó la cabeza y me miró.

El barco era hermoso y ligero como una flecha. Yo, que amo los corceles y los navíos, lo admiré y lo acaricié como si fuera una mujer. Lubak parecía indiferente a mi admiración.

¿Qué más puedes pedir, Lubak? Tienes el mar y tienes un navío como una estrella. ¿Qué más?

¿Qué más? Una mujer. Una mujer rubia de rostro helado que me mira desde lo profundo de mis noches. Eso busco.

¿Una mujer? ¿Quién?

No lo sé. Ella está en alguna parte y la única manera de llegar hasta mí es a través de los fantasmas de la noche. Me llama, ¿comprendes? Está en alguna parte.

Lo miré alejarse arrastrando a la joven rubia brutalmente. Su espíritu torturado me fascinaba. Tremendas fuerzas secretas parecían luchar como fieras dentro de él. Era un hombre misterioso, tremendo y oscuro.

Navegamos durante varios días sin detenernos, bordeando la costa, buscando villorrios para saquear pero todos estaban desiertos. Vigías apostados sobre los roquedales habían prevenido nuestra presencia.

¡Maldición! ¡Se han refugiado en los bosques!

Yo agradecía a los dioses por su bondad y me preguntaba cuánto tiempo más me duraría la buena suerte. Me preguntaba si, a mi pesar, debería bañar mis manos en sangre.

¿Y ni siquiera sé por qué estoy con él. ¿Para matarlo? ¿O por pura curiosidad?

Guerrero...

¿Qué deseas?

Guerrero, he oído que tú eres nuevo en la tripulación. Pensé que tal vez por ello no seas aún una fiera como los demás.

Extendió una mano pálida y pude ver la luminosidad azul de sus pupilas dilatadas.

Por favor, ayúdame a huir. No puedo soportar más.

Por favor...

Vuelve a tu rincón antes que nadie te vea hablar conmigo. Pensaré en tus palabras.

Por favor... Hazlo.

La vi volver a su rincón y medité en todo ello. La Luna estaba inmóvil en lo alto y el rumor de las olas se escuchaba nítido. Y de pronto me di cuenta de que alguien nos había estado escuchando.

¿Tú?

Se sentó a mi lado. Por un instante pensé en estrangularlo y arrojar su cuerpo al agua para que no hablara a Lubak pero él me sonrió irónicamente.

No hace falta que lo hagas. No pienso decir nada a Lubak.

¿Por qué? No lo sé muy bien a decir verdad. Tal vez porque siento que algo definitivo se está cerniendo sobre nosotros. Como si cada uno de nosotros fuera una pieza esencial en un juego cuyo resultado no debo alterar. Siento que cada uno de nosotros es una pieza necesaria. Tripulación, esclava, el barco, todo.

¡Porque no!

Dime, ¿qué era Lubak antes de ser pirata?

Sacerdote del templo de Ur. Pero un sacerdote que creía. Uno que anhelaba creer. Uno que nunca tocó el oro y que nunca permitió debilidades a su cuerpo. Uno que vivía de agua y de harina y que oraba con el corazón y no con los labios.

Pero un día abrió los ojos y vio la corrupción, y vio por todas partes la lujuria y los intereses. Vio a los que no tenían nada tratar de tomar todo y a los que lo tenían, defenderlo. Y vio a Samás, su dios-sol, apenas un pedazo de piedra inerte. Y ese día enloqueció.

Destrozó la estatua de Samás y mató a los sacerdotes. Cargó el oro en un carro y salió de la ciudad. Se hizo bandido, un bandido que sólo parecía buscar el aniquilamiento de los hombres.

¿Y tú?

A mí me capturó al saquear el templo de los dioses del mar. No me mató porque comprendió que la muerte nada significaba para mí y porque en cierto modo necesitaba alguien que lo oyera en sus momentos de soledad.

Y ahora hay algo que se aproxima, algo tremendo. La muchacha de los sueños aparece más y más a menudo.

No dijo más y no quise forzarlo. En silencio contemplamos la bola blanca de la Luna que comenzaba a tenirse de rojo bajo la cuchilla del amanecer. El mar parecía volverse de sangre.

Dos noches después lo hice.

(Ahora debo hacerlo. Es la única oportunidad. La costa no está lejos.)

Un pirata se despertó en el momento en que solté la cadena de la muchacha.

¿Qué haces?

Sólo tuve tiempo de hundir mi puño en su boca y mi puñal en su garganta. Saltó de las tinieblas de la noche a las tinieblas de la muerte casi sin comprender lo que ocurría.

Ahora, muchacha. La costa está cerca. Nada en silencio.

¿Y tú?

Yo me quedaré. Aún hay cosas que deseo ver. Vete.

La vi alejarse en silencio y desaparecer en las aguas negras. El murmullo de las olas ahogó sus brazadas. Un pájaro de nostalgia graznó en la noche.

¿Por qué lo has hecho, Nippur? Ha sido una tontería.

Supe que estaba perdido. Intenté saltar al agua pero...

¡Sujétenlo!

¡Ahhh!

¡Ahhh!

Basta. No quiero que lo maten. Llévenlo a la playa y enciendan una hoguera. En la mañana nos ocuparemos de él.

Ha sido una tontería, Nippur, y mañana lo comprenderás más que nunca. No te mataré, ¿sabes? Simplemente te dejaré sin manos y sin ojos para que puedas ir a buscar tu alimento como los perros, escarbando la tierra. Sí. Voy a jugar a ser un dios y a darte una nueva forma de vivir.

La hoguera crujía cerca mío y a veces el viento lanzaba el olor de resina y de madera carbonizada. Un olor agradable y puro en la noche salada. Y también sentía el olor de mi miedo, un olor ácido y malsano.

Ordaz había lanzado una sola vez sus discos de bronce y luego había quedado inmóvil contemplándolos. No había vuelto a moverse.

Lubak dormía cerca mío, su gran cuerpo resplandeciente como una llama a la luz de la hoguera.

Lubak dormía y en la noche estrellada extraños mundos cruzaban el espacio dejando una línea de luz, un reguero de pequeñas hogueras. Lubak volaba en el mundo de los sueños.

Y la muchacha estaba de pronto allí, como en tantas noches, como en tantos sueños.

Tú...

La joven no se movió. Sus ojos palidísimos parecían haberse encajado en las pupilas, atrayendo a Lubak, hipnotizándolo, cavando dentro de su alma como pequeños animales carniceros de cristal.

No desaparezcas. Eres mía.

Y la joven sonrió muy despacio. Sus labios se estiraron suavemente mientras los ojos palidísimos se entrecerraban.

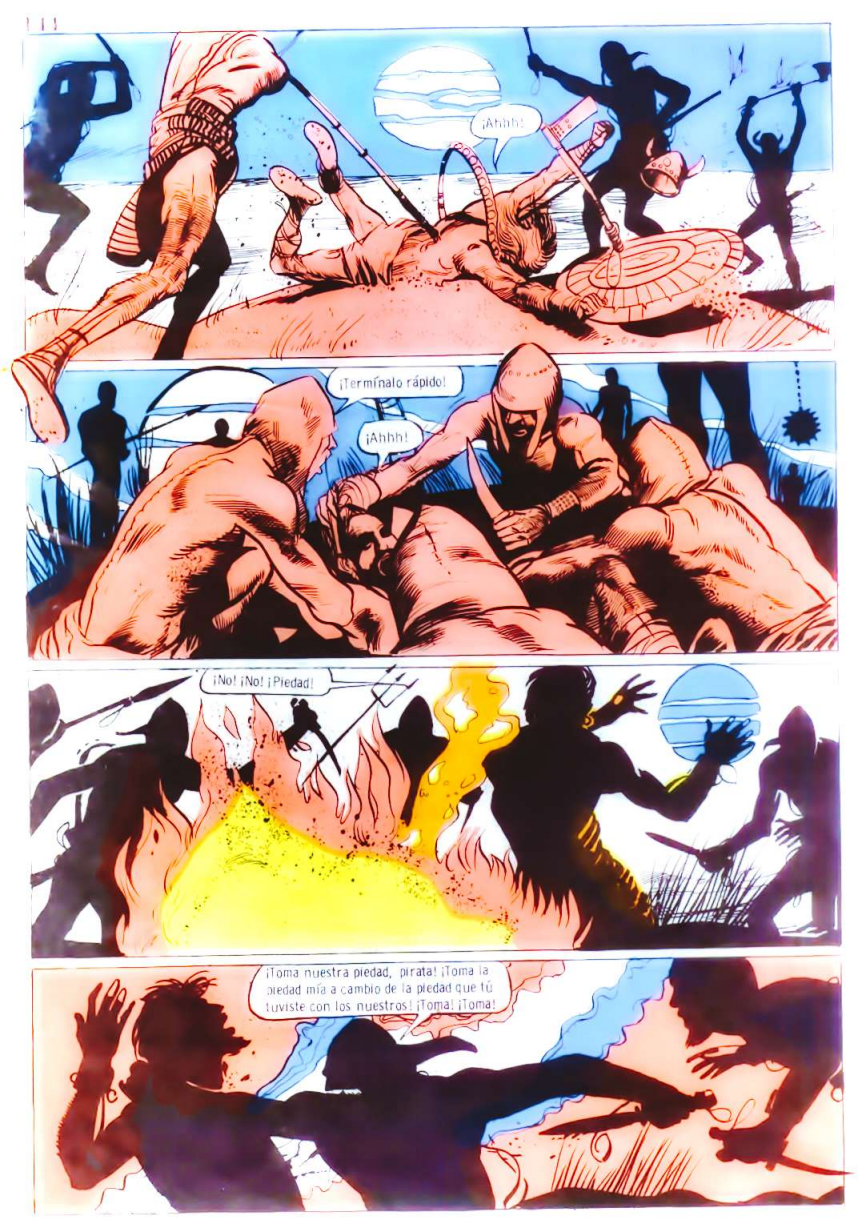
Y un alarido espantoso desgarra los planetas, las constelaciones, los anhelos y la flora de oro del deseo.

¡Ven!

Y llamas que crecen, y gritos, y voces que se elevan en todas partes, y el estremecimiento de todas las montañas del mundo derrumbándose.

¡Ahhh!

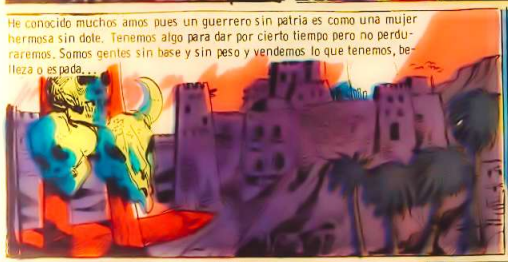
¡Ahhh!


¡Ahhh!
¡Termínalo rápido!
¡Ahhh!
¡No! ¡No! ¡Piedad!
¡Toma nuestra piedad, pirata! ¡Toma la piedad mía a cambio de la piedad que tú tuviste con los nuestros! ¡Toma! ¡Toma!

CANJE DE DISCOS - LIBROS - REVISTAS
LIBRERIA BAM-BAM CONDARCO 40
Alturo Rivadavia 7200

LOS QUE BUSCAN A NIPPUR
Por ROBIN WOOD
Dibujos de LUCHO OLIVERA

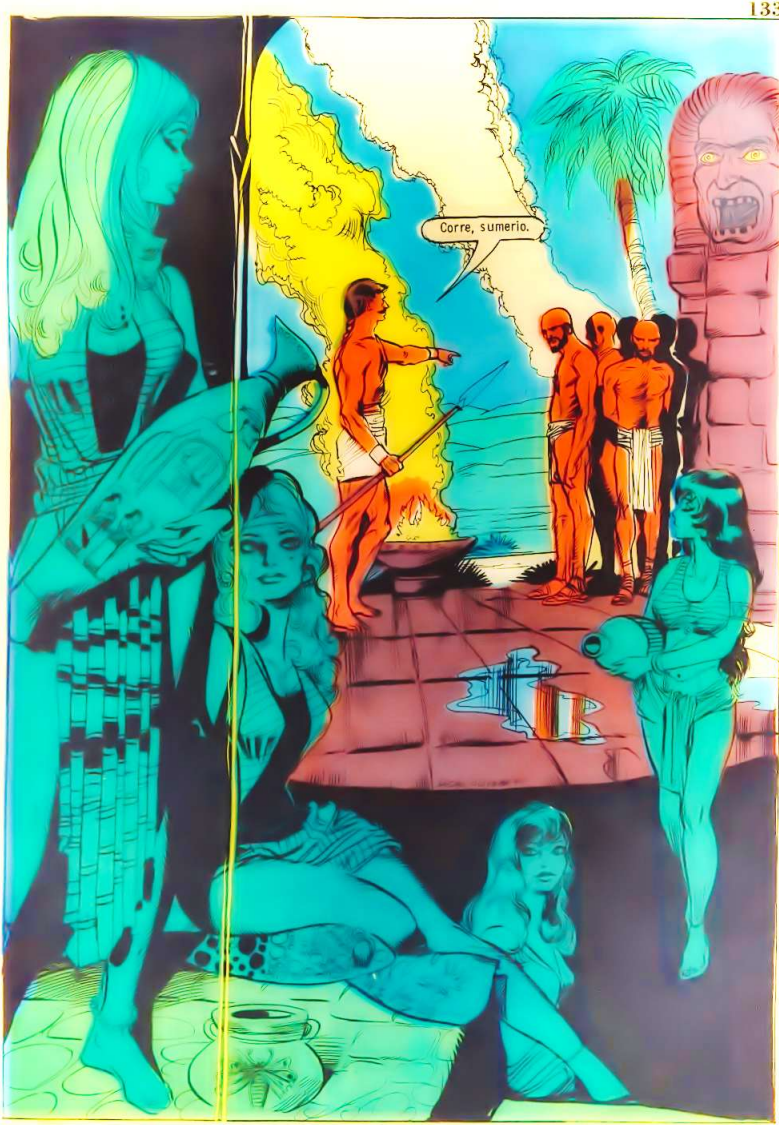
Mi nombre es Lipil-Ishtar y mi profesión es guerrear. Soy diestro con cualquier arma que pongas en mi mano e incluso sin ellas. He educado mi cuerpo como el que educa un perro de batalla y sé que puedo confiar en él...


He conocido muchos amos pues un guerrero sin patria es como una mujer hermosa sin dote. Tenemos algo para dar por cierto tiempo pero no perduraremos. Somos gentes sin base y sin peso y vendemos lo que tenemos, belleza o espada...

Mi amo actual es Lugal-Zaggizi, rey de Umma, ese grasiento hombretón que ama los dulces, las mujeres gordas y la traición. Es maligno, dañino, astuto como un zorro y sólo se interesa en el éxito y no en la manera de obtenerlo.

Yo no juzgo a mis amos más que por el oro que recibo de ellos y Luggal-Zaggizi es generoso. No me sorprende. Demasiados enemigos lo rodean y en la mayor parte de sus tierras se queman cabellos y se remueven las piedras negras cuando se menciona su nombre...

El ejército que mantiene Umma se compone de muy pocos ciudadanos. La mayor parte son mercenarios como yo provenientes de las tierras húmedas del sur o de los desiertos ardientes del noreste, hombres de guerra que saben que no pueden dejar un enemigo vivo pues ese enemigo perdonado de hoy puede convertirse en tu matador de mañana...


Corre, sumerio.

El sumerio vacila y mira a Shukallituda tratando de adivinar las intenciones del elamita. Pero éste simplemente sonríe...

Corre, sumerio.

El sumerio da unos pasos vacilantes, luego inicia un trote que de pronto se convierte en loca carrera. El sumerio corre y corre, bebiendo el viento y creyendo en una libertad...

...pero esa libertad es una burla. La última.

¡Ah!

AH GH

Shukallituda se vuelve hacia otro prisionero. Su sonrisa no ha desaparecido y el gesto es invitante y fácil...

Corre, sumerio.

No hay amor entre Shukallituda y yo. Yo soy un guerrero que mata en batalla y que remata heridos porque ésa es la justa tarea del soldado, pero Shukallituda es un hombre que mata simplemente. Hombre, mujer, niño o animal todo es bueno para él. Es como un pantano sangriento que devora todo...

HUGH!

Bien. Este ha sido el último.

La tierra que pisa Shukallituda está roja de sangre y creo que él ama ese contacto. Se murmura que ésa es la razón por la cual nunca usa sandalias...

Espero que hayas apreciado mi pequeña demostración, Lipit-Ishtar.

No la he apreciado. Siempre me ha gustado que los carniceros se mantengan en sus fosos.

Su sonrisa no se altera pero sus ojos se vuelven soñadores. Sé que continuamente acaricia la visión de mi cadáver tendido a sus pies pero sé, y él lo sabe también, que el día que choquemos, las posibilidades de muerte serán iguales para ambos.

Lengua fácil... Un día podría ser cortada...

Por una espada, sí. Pero no con un cuchillo de carnear.

Quien sabe, Lippit-Ishtar... Quién sabe...

Lippit-Ishtar... Shukallituda... El rey os hace llamar.

Luggal-Zaggizi siempre huele mal. Tal vez debería usar menos aceites y bálsamos y bañarse más a menudo pero no es asunto de guerrero el ocuparse de la higiene de un monarca.

Mirad...

Aquí hay oro, guerreros. Mucho oro. Más oro del que ganariais con ningún rey por generoso que fuera en toda vuestra vida. Y este oro es para vosotros.

¿A cambio de qué, mi señor?

Son sus ojos los que detesto. Esos ojos agazapados tras la grasa de sus párpados. Ojos arteros e inyectados en sangre, ojos inteligentes y sucios que continuamente evalúan todo.

A cambio de la cabeza de un hombre.

Shukallituda sonríe deleitado. Sabe lo que el rey nos pedirá. Todos conocen el miedo que roe el estómago de este monarca poderoso y temido. Todos sabemos cuál es el fantasma que lo obliga a dormir rodeado de un cordón de lanceros, codo con codo alrededor suyo...

Nippur de Lagash.

¿No habías enviado a los tres hombres de Hallal tras él?

Sí, pero los muy tontos hablaron demasiado acerca de su misión y se pavonearon de la cabeza que traerían atada a la cola de un caballo. Hattusil, el jorobado, el amigo de Nippur se cruzó en su camino. Un mensajero me trajo sus cabezas en una jaula para pericos esta mañana...

Shukallituda acarició la cesta de oro...

Hay mucho aquí. Y yo amo el oro...

...y amo la idea de acabar con Nippur. Lo haré.

Yo también.

Dejamos Umma con nuestros caballos bien cargados y los apuntamos hacia cualquier parte. Nadie sabía a ciencia cierta dónde se hallaba el vagabundo.

¿Crees que será difícil de hallar?

No lo creo. Un guerrero de su fama es demasiado fácil de rastrear en una tierra de campesinos.

Y sin embargo no fué fácil. Encogimientos de hombros. Espaldas vueltas. Negativas. Hostilidad. El pueblo campesino amaba a ese nostálgico fantasma vagabundo y nuestras insignias de Umma bastaban para convertirnos en leprosos...

Muchas lunas y soles nos fueron iluminando y nuestra búsqueda se extendía detrás y delante nuestro como un arenal de inutilidad. El humor de Shukallituda fue ennegreciéndose como una piedra de hoguera.

Entonces hallamos al pescador...

¿Buena pesca, amigo?

Demasiado buena. Demasiada para mi solo. ¿Queréis compartir mi campamento?

Estábamos cansados y polvorientos, hirviendo dentro de nuestras corazas y aquel jovial gigante me atrajo con su placidez y buen humor.

De acuerdo. Tenemos vino.

Excelente. Desmontad.

Cocinó los pescados con arte, disfrutando de ello. Tenía un cuerpo casi negro de sol, macerado por la sal y el yodo y grandes manos nudosas. Un verdadero titán.

Veo que lleváis insignias de Umma. ¿Qué hacéis tan lejos de vuestra ciudad?

Buscamos un criminal. Buscamos a un hombre llamado Nippur.

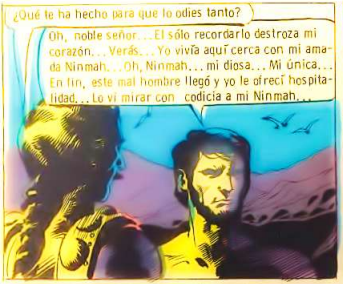
El pescador abrió grandes ojos espantados y trazó con los dedos el gesto sagrado que espanta a los demonios.

¡Los dioses nos libren de su mala sombra!

¿Has oído hablar de él?

¡Ya lo creo que he oído hablar de ese miserable espantajo, ese salteador de caminos, esa vergüenza viviente para los hombres, ese desvergonzado...!

Calma... Calma...


¿Qué te ha hecho para que lo odies tanto?
Oh, noble señor... El sólo recordarlo destroza mi corazón... Verás... Yo vivía aquí cerca con mi amada Ninmah... Oh, Ninmah... mi diosa... Mi única... En fin, este mal hombre llegó y yo le ofrecí hospitalidad... Lo vi mirar con codicia a mi Ninmah...

Y cuando desperté al día siguiente él no estaba... Y Ninmah tampoco... Ese hijo de cerdos se la había llevado.

Oh, mi Ninmah... Mi única...
En fin... Más vale perder una mala mujer que conservarla. Consuélate.

¿Mujer? Ninmah no era mi mujer. Era mi vaca.
Ah... este... ¿Y tienes idea de dónde puede estar? Nippur, quiero decir.

¡Claro que sí! Se ha refugiado junto a los piratas. Uno de sus barcos anclo cerca de aquí hace poco y Nippur se alistó con ellos.
¿Quieres decir que él está a poca distancia?

Sí... pero en el barco...
¡Tenemos que echarle mano!... Pero, ¿cómo enfrentar a toda una tripulación de esos perros sanguinarios?

Hmmm. Yo tengo una idea que tal vez resulte.
¿Cuál?

Esos piratas son una maldición en estas costas y acaban de asolar varias aldeas llevándose numerosos prisioneros para ser vendidos como esclavos.
Continúa.

Yo podría convocar a los pescadores y con vuestra ayuda atacar al barco. Dos guerreros expertos como vosotros serían una ayuda inapreciable.
Hmmm.

¿Qué opinas?
Creo que es una buena idea. De paso haremos un servicio a los pescadores.

Entonces no hay más que hablar. Esta noche me pondré en contacto con mis compañeros y mañana planearemos la trampa. Y ahora, ¡al pescado!

Nuestro nuevo aliado se mostró sumamente activo y al día siguiente regresó con un heterogéneo grupo de hombres y mujeres de rostros cetrinos y herméticos.
He aquí mi gente...

¿Y con esta carroña piensas combatir a los piratas?
Son gentes fuertes y llenas de odio, señor. Los piratas no se moverán hasta la luna llena. Eso nos deja seis días para adiestrarlos y planear nuestra estrategia. Te sorprenderás al ver lo que puede el rencor en estos simples pescadores.
Está bien. Lo intentaremos.
En ese grupo de pescadores vi por primera vez a Abisinti...
¿Tú también piensas luchar, muchacha?
Sí.
No me reí. Había en sus ojos una dureza de pedernal que se balanceaba entre el salvajismo y las lágrimas. Luego supe que los piratas habían asesinado a toda su familia.
¿Con qué?
Con esto, si es necesario.
Shukallituda quedó con ellos ayudándolos a armar lanzas y garrotes y el pescador y yo fuimos a espiar a los piratas.
Un hermoso barco. Habrá un buen botín en él.
Ahá. Y lo mejor de ese botín será Nippur.
¿Lo odias mucho?
No sé nada de él excepto que me ofrecen una cesta de oro por su cabeza. Eso es bastante.
Y con respecto al barco...
Perdona mi entrometimiento, guerrero, pero creo tener una idea.

Me la explicó y no pude menos que observarlo lleno de admiración...

Has desperdiciado tu vida siendo pescador. Debiste ser guerrero.

Oh, no. No soy ambicioso y además soy perezoso...

En los días que siguieron planeamos todo en detalle y adiestramos a los pescadores en el arte del combate. No los convertiríamos en verdaderos hombres de armas pero bastaría si todo marchaba bien...

¿Y si no?!

Tu comida, guerrero.

Gracias, muchacha.

He oído que buscas al hombre de Lagash. ¿Por qué? Todos nosotros amamos y reverenciamos su nombre aquí...

Todos no. El gran pescador lo aborrece.

Ella sonrió...

Ah, sí. Pero en él es comprensible que lo aborrezca...

¿Por lo de su vaca?

Ahora ella se ahogó de risa. Dije:

Ah sí. Es una cómica historia la de su vaca. A mí también me hizo reír cuando la oí. Y en cuanto a mí, lo busco simplemente porque me lo han ordenado.

¿Y quién te lo ha ordenado sino ese barril de grasa de Umma? ¿Por qué no viene él a buscarlo? ¿Por qué no abandona sus murallas sino porque el terror que siente por Nippur le hace temblar las rodillas hasta quebrarle los huesos?

¿Por qué...?

Así entró Abisinti en mi vida, en la noche, con hogueras y con mar, olorosa a bosques y cabellos húmedos. Entró en mi vida y yo supe que no saldría más de ella...

Veo que tienes un buen hacha, pescador. ¿Dónde la has conseguido? Es un arma de guerrero.

Uno de estos tontos piratas se extravió. Y yo lo encontré dormido.

¿Y en cuanto al ataque...?

Mañana a la mañana.

Los piratas estaban satisfechos y disfrutaban de su descanso. Había vino en abundancia y carne y frutas y es siempre bueno el descansar de tanto en tanto...

Sólo nos haría falta...

Pero... ¡Mira!

Un rugido de júbilo escapó de las gargantas de aquella horda a la vista de las muchachas.

Como una bandada de palomas espantadas por una pedrada, las jóvenes huyeron en todas direcciones y una jauría se lanzó tras ellas. Sólo un puñado, aullando de risa quedó junto al fuego.
¡Traíganlas!

La primera parte marcha bien. Han olvidado sus armas y sus corazas.
Ahora... ¡a nosotros!

-Empujemos la balsa al agua y...
Nadie mira hacia aquí...
No, pero debe haber guardianes a bordo.

Los había pero pocos y tan desprevenidos como se podía desear.
¡Ah!

En los bosques, lo supimos luego, todo marchó bien...
¡Ya eres mía!

Pero...
¡CRACK!

¿Dónde estás, Kar-Adam?

¡Ahhhh!
¡Esa muchacha vino aquí... La vi...!
Pero...
¡Ahhh!
¡Nos atacan! ¡Era una trampa!
Ahora vendrán al barco...
Ahá. Y aquí está todo listo...
Ya se oía el bramar de los pescadores avanzar como un torrente sobre la playa. Los piratas alarmados retrocedieron hacia su barco.
¡A bordo! ¡Son demasiados!

Pero...
Habíamos vaciado todos los toneles de aceite por la borda bañando el costado del navío con él. Entonces...
Una explosión de fuego hizo retroceder a los piratas excepto los que no fueron suficientemente rápidos y que entraron en los infiernos convertidos en antorchas
¡A ellos!
Caímos como fieras sobre los sobrevivientes. Enloquecidos pero valerosos, éstos se revolvieron salvajemente buscando al menos una muerte de hombre...
¡Ahhhh!
Vi al pescador pasar entre ellos como un ciclón y su hacha dejar un corredor de sangre...
Shukallituda tuvo su orgía. Demencial y rabioso, avanzaba en el agua roja segando vidas a diestro y siniestro con una habilidad y fuerza tal como yo nunca viera.

El vio al capitán pirata... Lo reconoció por los collares de oro que llevaba...

¡Ahhh!

Buena presa has sido, perro del mar... y ahora...

Vaciló y una mirada de inmensa sorpresa, casi de zozobra naufragó en sus ojos.

No puede ser...

Como un tigre, el pescador saltó sobre él pirata. Vi su hacha moverse con una destreza alucinante y oí su grito de guerra. Y entonces lo supe...

¡Ahhhh!

Arrastramos el cuerpo agonizante de Shukallituda a la playa y lo apoyamos contra una roca. Su sangre brotaba a chorros y su piel palidecía rápidamente.

¿Hemos ganado?

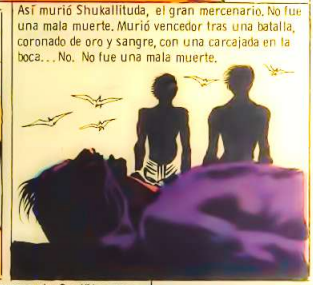
Sí, amigo... Hemos ganado.

Nippur... ¿Lo hemos matado? ¿Lo has hallado?

Vacilé un instante y mis ojos se cruzaron con los del pescador
No, amigo. No lo hemos matado.

¿No comprendes? El es Nippur.

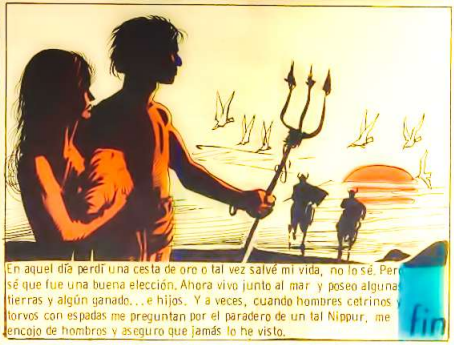
Por un instante Shukallituda contempló incrédulamente al gigante. De pronto lanzó una carcajada...
¡Qué par de tontos...!

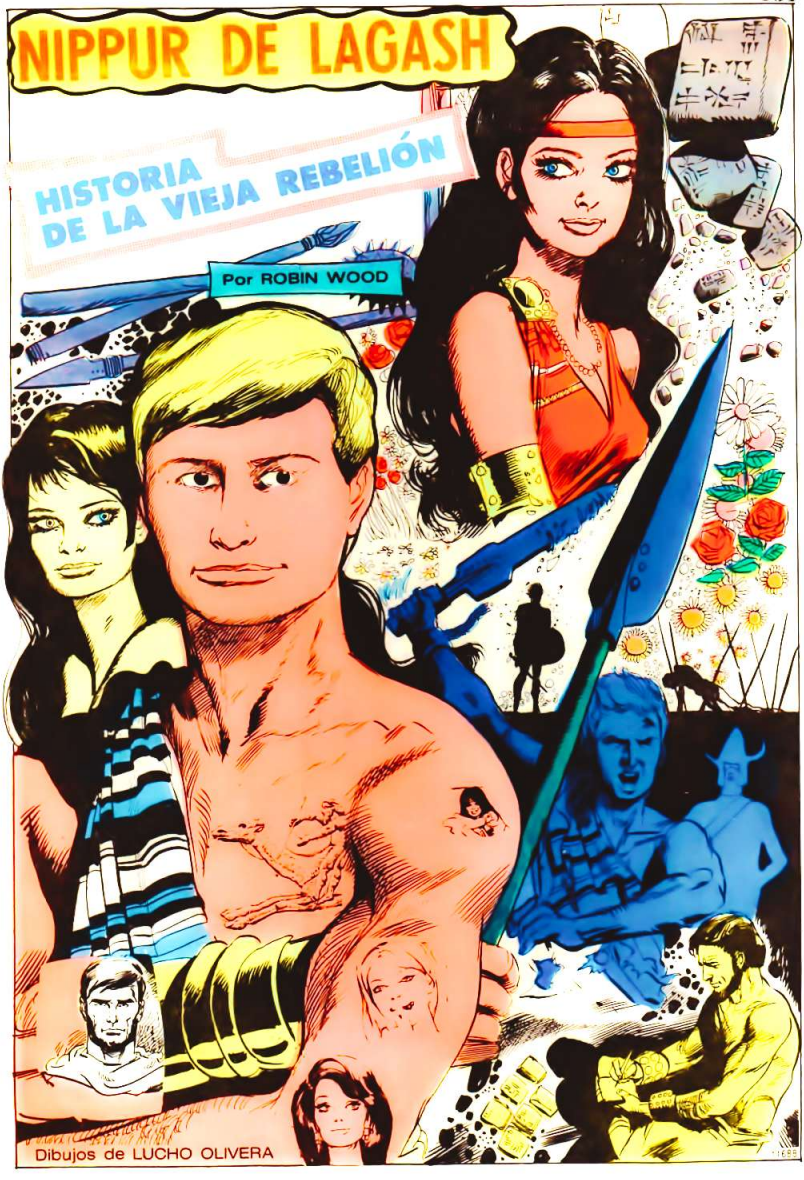

Así murió Shukallituda, el gran mercenario. No fue una mala muerte. Murió vencedor tras una batalla, coronado de oro y sangre, con una carcajada en la boca... No. No fue una mala muerte.

El gigante formidable me contempló sonriendo suavemente. Sentí la presencia de Abisinti a mis espaldas.
¿Y tú, muchacho? ¿Qué harás?

Suspiré.
¿Qué podré hacer? Ven. Ayudemos a los pescadores a curar a sus heridos. Y aún debemos rescatar el botín de los piratas y sus armas y enterrar a los muertos... Es después de la batalla cuando realmente comienzan los problemas.

Tienes razón. Vamos.


En aquel día perdí una cesta de oro o tal vez salvé mi vida, no lo sé. Pero sé que fue una buena elección. Ahora vivo junto al mar y poseo algunas tierras y algún ganado... e hijos. Y a veces, cuando hombres cetrinos y torvos con espadas me preguntan por el paradero de un tal Nippur, me encojo de hombros y aseguro que jamás lo he visto.
fin


NIPPUR DE LAGASH
HISTORIA DE LA VIEJA REBELIÓN
Por ROBIN WOOD
Dibujos de LUCHO OLIVERA

Cuando la gente me pregunta por mi profesión y les respondo que soy sumerólogo, me miran sorprendidos y luego cambian el tema de conversación. Sé que tengo fama de ser un viejo maniático y un buen profesor, como si una cosa justificara o autorizara la otra. He escrito [illegible] sobre la sumerología que muy pocos han leído.

¿A quién le interesa Sumeria? En nuestra época turbulenta y veloz, ¿quién quiere volver cuatro mil años atrás para echar un vistazo a una civilización cuyo rastro se ha perdido en el polvo de los milenios?

Y, sin embargo, ¡qué dulces me suenan al oído esos nombres olvidados que, para mí, son más reales que todo lo que me rodea: Kish...Lagash...Umma...Kutalla..., Larsa...Uruk...

Me gusta cerrar los ojos y pensar en esa época en que el Eufrates se llamaba Burarum y en que el hierro formaba aún parte del futuro.

Sin cesar, mi estudio está atestado de tablillas de arcilla que debo traducir para los museos del mundo y es de esas tablillas de donde brota un misterio singular que me une a ese pasado perdido.

A veces traduzco tablillas en las cuales hombres muertos hace cuatro mil años han escrito cosas que en nuestros días no sorprenderían a nadie que ignorara su origen.

Quien tiene mucho dinero es, sin duda, dichoso/Quien posee mucha cebada es, sin duda, dichoso, pero el que nada posee puede dormir.

Ah, sí. A veces una sonrisa se me escapa ante lo poco novedoso de los nuevos problemas. En sus tablillas, incógnitos sumerios protestan contra los impuestos, el costo de la vida, contra los consejeros del rey y el mal humor de sus nueras, quienes en aquella época ocupaban el lugar que luego pasó a las suegras. No. No hay nada nuevo bajo el sol.

¿Y esas tablillas, profesor?

¿Hmmm?... Ah... ¿Esas...?

Estas son las tablillas que he ido reuniendo a través de los años sobre mi héroe favorito, Carla. Espero algún día poder tener la historia completa.

¿Quién es?

El príncipe Nippur de la ciudad de Lagash. Una especie de caballero andante de la época. A veces he pensado que tal vez no fue otra cosa que un héroe folklórico inexistente. Un fruto de la imaginación popular.

Pero lo curioso es que he hallado su nombre también en estudios de manuscritos y tablillas egipcias y cretenses. En Atenas se encontró su nombre grabado junto al de Teseo, el rey Eréctida, y todo eso me ha convencido de que realmente existió.

Y justamente acabo de recibir de mi buen amigo, el doctor Talbott una serie de tablillas sumerias traducidas, referente a la primera rebelión de esclavos de la que se tenga conocimiento en la historia... dos mil años antes de Espartaco.

¿Y esas tablillas mencionan a Nippur?

Miré a través de la ventana hacia el parque del colegio, ahora vacío y blanco de nieve. Hay un árbol allí y una vieja ardilla que de tanto en tanto aparece. A veces la veo.

Allí está lo impresionante, Carla. No es que estas tablillas mencionen a Nippur.

Estas tablillas están escritas por él.

"Yo, Nippur, príncipe de Lagash, escribo esto para que quede un testimonio de la rebelión y la lucha de Idi-Narum, el esclavo, contra las grandes ciudades del país de los dos ríos. Una lucha, como un árbol, tiene su raíz y de ella nace el follaje y luego llega el fin, la destrucción y el polvo total."

Pero para que la historia de Idi-Narum sea recordada es que yo he escrito estas tablillas. Para que el que las lea, en la época que sea, sepa que la libertad ha sido siempre el fruto más anhelado de las siembras humanas y el menos cosechado.

Yo, Nippur, príncipe de Lagash, al que llaman "El Errante", relata esta historia para que los hombres no olviden.

En su país de montañas y aves de rapiña, más allá del Elam, el padre de Idi-Narum fue un guerrero de las tribus que viven de sus ovejas. Son guerreros ocasionales y se baten con piedras y lanzas con puntas de hueso.

Un día, hombres de Uruk, la ciudad-de-la-puerta-roja, llegaron allí, más por accidente que por otra razón, y, como hombres prácticos que eran, decidieron que una cincuentena de esclavos sería una buena ganancia para justificar la expedición.

Idi-Narum tenía nueve años y parecía mucho mayor a causa de su gran talla. Feroz como un gato, mordió, pateó y escupió mientras lo ataban. Uno de los soldados lo golpeó con su látigo y de allí surgió la cicatriz en la mejilla que lo marcó para toda la vida.

Ah, sí, Nippur. Ven conmigo al mercado. Debo comprar nuevos esclavos. Mis sembrados necesitan nuevas manos.

Mi amigo Emmeruk era un hombre rico y un respetado magistrado. Yo lo conocí en una época en que era flaco y ávido, pero el triunfo le había engordado el vientre y mejorado el humor.

Ah. Allí están. Me habían dicho que había nuevos.

¡Muévete, esclavo!

Por esa época, Idi-Narum era ya un mozo crecido, duro como la piedra y fuerte como cuatro hombres. Su indomable rebeldía lo había enterrado en las minas y en las canteras; su espalda era una tela de araña de cicatrices y sus amos continuaban deshaciéndose de él uno tras de otro.

Me gusta ese muchacho. Parece muy fuerte.

Sí. Y también parece inteligente. Eso no es bueno. El buen esclavo debe ser idiota.

Compra a la madre de mi esposa entonces...

Cinco piezas de oro por el joven.

¿Cinco? ¡Es tuyo, hijo de Samás!

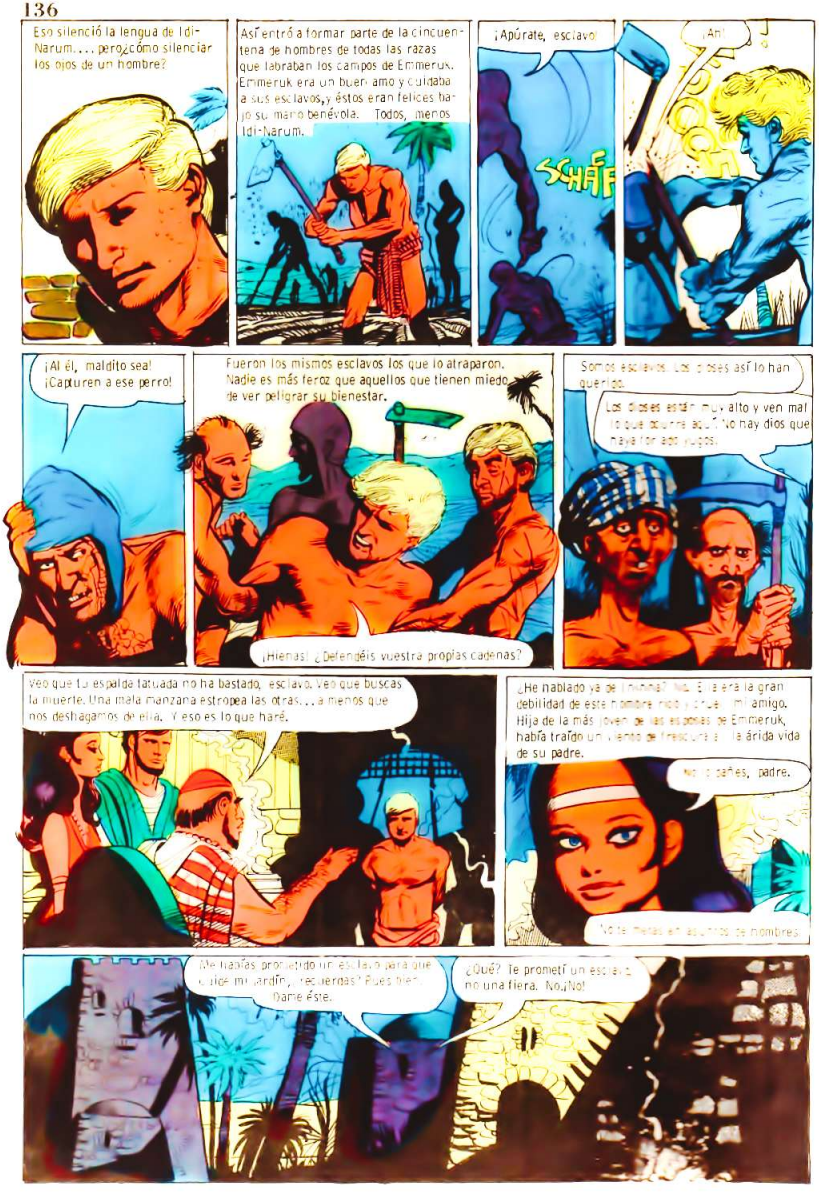
...en conmigo, muchacho. ¿Cómo te llamas?

Esclavo.

Eres inteligente, ¿eh? Eso me gusta. Y eres insolente. Eso no me gusta.

¿Me amenazas? Si puedes encontrar en mi espalda un sólo sitio donde marcar otra cicatriz serás afortunado.

No pienso fatigarme pegando latigazos como un verdulero. Una sola insolencia y te corto las manos.


Eso silenció la lengua de Idi-Narum.... pero ¿cómo silenciar los ojos de un hombre?
Así entró a formar parte de la cincuentena de hombres de todas las razas que labraban los campos de Emmeruk. Emmeruk era un buen amo y cuidaba a sus esclavos, y éstos eran felices bajo su mano benévola. Todos, menos Idi-Narum.
¡Apúrate, esclavo!
SCHÁF
¡Ah!
¡Al él, maldito sea! ¡Capturen a ese perro!
Fueron los mismos esclavos los que lo atraparon. Nadie es más feroz que aquellos que tienen miedo de ver peligrar su bienestar.
¡Hienas! ¿Defendéis vuestra propias cadenas?
Somos esclavos. Los dioses así lo han querido.
Los dioses están muy alto y ven mal lo que ocurre aquí. No hay dios que haya forjado yugos.
Veo que tu espalda tatuada no ha bastado, esclavo. Veo que buscas la muerte. Una mala manzana estropea las otras... a menos que nos deshagamos de ella. Y eso es lo que haré.
¿He hablado ya de Ikinina? No. Ella era la gran debilidad de este hombre rico y cruel, mi amigo. Hija de la más joven de las esposas de Emmeruk, había traído un viento de frescura a la árida vida de su padre.
No te metas en asuntos de hombres.
¿Me habías prometido un esclavo para que cuide mi jardín, recuerdas? Pues bien. Dame éste.
¿Qué? Te prometí un esclavo, no una fiera. No, ¡No!

Mi pobre amigo creía aún que un hombre puede mantener su firmeza ante la terquedad de una mujer. Hubo lloros, pataleos, súplicas, lamentos... En fin, simplemente diré que Idi-Narum terminó a cargo del jardín.
¿Te gustan mis flores?

Un esclavo no opina sobre las posesiones de sus amos.
Te pareces a mi padre en lo estúpido a veces. Ustedes, los hombres, pueden ser increíblemente infantiles.

Por favor, corta las ramas y las hojas secas de las plantas. Yo volveré luego para ver cómo lo has hecho.
Muy bien.

Cuando Ininna volvió, Idi-Narum había terminado su tarea. Todas las plantas yacían en el suelo despedazadas. Una tormenta de fuego no habría hecho más daño.
El esclavo ha cumplido su tarea, señora.

Mis...mis flores...

¡Ve! ¡Dile a tu padre! ¡Que me azoten! ¡Que me decapiten! ¡Idi-Narum no es un esclavo! ¡Soy un hombre!

Soy un hombre.

Pero nada ocurrió. Nadie vino a buscar a Idi-Narum. Este esperó el castigo día tras día pero inútilmente. Cada día fue llevado al jardín pero la muchacha no volvió a aparecer.
(No ha dicho nada a su padre. Es evidente.)

Vaya. No pareces ser muy buen jardinero, ¿eh?
No...pero soy bueno segando... especialmente con una espada.

Me gustaba ese salvaje y desesperado prisionero. Yo llevo marcas de cadenas en mis muñecas y de látigo en mi espalda, y sé que el aire puede tener sabor a vinagre para un prisionero.
Hay dos formas de enfrentar al mundo, amigo. Una es embistiendo ciegamente y rompiéndote ciegamente el cuello contra él.

Y el otro es dejar que el mundo se mueva y ponernos a su par y no en su camino. El toro es un animal fuerte, amigo, pero el zorro vive más años. Piénsalo.

¡El zorro vive más. No es una frase tonta. No. !
Desde ese día se ocupó concienzudamente del jardín, reparando los destrozos que él mismo causara. Cejijunto, callado, sombrío, trabajaba sin un instante de pereza como si de pronto hubiera despertado en él una urgencia desesperada.
¿A qué se debe este cambio?
¿Eh?
No respondió y simplemente continuó con su tarea. Tras un momento de vacilación, Ininna comenzó a ayudarlo y aconsejarlo.
¡Creo que el testarudo Idi-Narum ha decidido que un poco de paz no lo dañará. !
Háblame de tu país.
No hay mucho que decir. Sólo recuerdo las montañas y las águilas volando muy alto. Un día mi padre me regaló un cuchillo. Fue su último regalo.
¿Tienes mujer?
No. Tu padre me ofreció algunas para que tenga una familia pero no quiero.
¿No? ¡Qué raro... !La mayor parte de las muchachas de mi padre dejan caer las ánforas de sus manos cuando te ven.
Lamento el gasto de ánforas pero aún no me parece buena razón para tomar mujer.
Y en la noche, cuando todos dormían, Idi-Narum continuaba despierto, rodeado de los esclavos jóvenes. Los viejos nunca lo hubieran seguido. Ellos pertenecían al amo de una manera irrecuperable.
...y los demás esclavos se nos unirán. Muchos de ellos han sido guerreros y una vez armados...
¿Qué haremos con nuestros enemigos?
Sólo hay una solución. El que nos enfrente debe ser destruído. La menor benevolencia sería debilidad.
¡Ah!
¿Qué ha ocurrido?

Mira. Me he clavado una espina.
Déjame sacarla.

Ininna se estremeció cuando sintió la boca dura de Idi-Narum sobre su mano y de pronto comprendió que algo había cambiado en el aire y en el mediodía de flores.

Y también lo sintió él, tal vez la pequeña tortura de esa mano blanca, o esa gota de sangre sobre su palma o el contacto de sus pieles. Tal vez todo junto llevó a ambos al despertar de una realidad.

¡Vaya... ¿Y eso? Creo que más vale que me largue de aquí.

Una voz como un bramido sobresaltó a los jóvenes.
¡Aquí, guardias!

¡Padre! ¡Por favor!
¡Calla! He cometido un error pero lo repararé de inmediato. Llévenlo al campo y mátenlo.

Padre... No...,por favor... Yo... Yo... Yo lo amo.
¡Cállate!

Los otros esclavos vieron cuando los guardias sacaron a la rastra a Idi-Narum y enseguida comprendieron lo que iba a ocurrir. Los viejos se encogieron de hombros.
Siempre fue un rebelde. Tenía que terminar así.

Pero los jóvenes que lo habían escuchado noche tras noche en las tinieblas y que habían meditado sin cesar en sus palabras bajo el sol, comprendieron que había llegado el momento del agua o del fuego. Y fue fuego.
¡A ellos! ¡Salvemos a Idi-Narum!

¡Ahhhhh!
¡SOOCK!

Los guardias estaban preparados para luchar con un rebelde pero no con treinta. Los instrumentos de labranza fueron buenas armas. La sangre voló en el aire a chorros.

¡Soltadme!

Pero la locura se había desatado. Los jóvenes olvidaron a su líder y con las manos humeantes de sangre corrieron a la casa aullando como locos. Se oyeron gritos.

No... No...

Y no estuve allí pues había ido a visitar a amigos y volví esa noche. Al principio no creí lo que veían mis ojos pero...

¡Todos muertos. Evidentemente mataron a los esclavos que no quisieron unirse a ellos.

¡Es curioso. Entre las flores hay una tumba... Es el único cuerpo que ha sido enterrado. Tal vez fue...!

¡Sí, debe haber sido él!

Idi-Narum lanzó su grito de rebelión sobre Sumería y centenares de hombres se sumaron a él, esclavos la mayor parte pero también bandoleros, fugitivos, los malditos que buscan el botín fácil y los dementes que buscan la sangre.

Atacó las casas de los ricos que viven fuera de los muros de las ciudades y liberó a sus esclavos. Pero, al irse, los soldados llegaron y masacraron a los liberados, quienes murieron maldiciendo a Idi-Narum por haberles traído solamente desgracia y sangre.

Su llamado a la rebelión llegó a oídos sordos, pues la mayor parte de los esclavos eran bien tratados, vivían bien y luego de cierto tiempo podían comprar su libertad. ¿Para qué arriesgar esa tranquila seguridad por una locura de espadas, hambre y muerte?

Casi no nos quedan provisiones. ¿Qué hacemos?

No sé.

Deberíamos pactar con las ciudades.

No. No.

No es posible que perdamos. Los esclavos deben rebelarse. Deben luchar por su dignidad.

Se lucha solamente por llenar el estómago. Y el de los esclavos está lleno mientras que nosotros masticamos dignidad, digerimos dignidad y nos moriremos de hambre y dignidad.

No pactaré.

Las ciudades decidieron acabar con esa amenaza y enviaron tropas de todas partes para que persiguieran a los rebeldes sin cesar, jinetes rojos de Uruk, jinetes negros de Ur, jinetes azules de Umma. Flecheros de Larsa. Degolladores de Kutalla, todos a la caza de los rebeldes.

Tú eres Nippur, ¿verdad?
Así es.

Hemos encerrado a los rebeldes de Idi-Narum cerca del Buranum pero no queremos librar batalla. Sería algo inútil y sólo provocaría muertos innecesarios. Sabemos que tú lo conociste y queremos que parlamentes con él.
Hmmm.

De acuerdo. Lo haré.

¿Nippur?

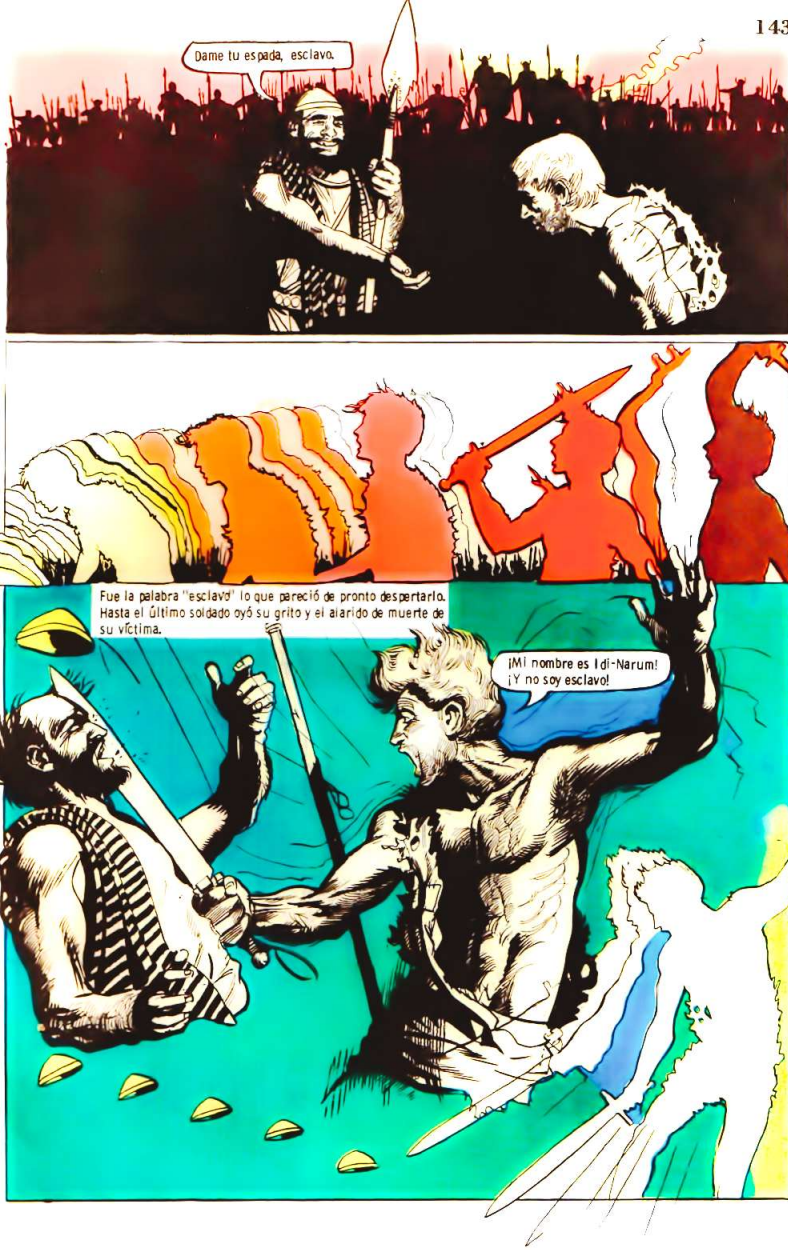
Me costó reconocerlo. Su rostro estaba envejecido y amargado, y sus cabellos grisáceos, y sin embargo era mucho más joven que yo. Sus hombres estaban famélicos y harapientos.
Los soldados piden que te rindas. Que no hagas matar a tu gente inútilmente.
¿Inútilmente? ¿Qué saben ellos lo que es inutilidad?

Yo soy un experto en ello, Nippur. Toda mi vida ha sido una cadena de inutilidad desde mi nacimiento hasta ahora. Y si me rindo, hasta mi muerte sería inútil. La inutilidad de mis actos llevó a la muerte a Ininna. Ininna... No. No quiero una muerte inútil, Nippur. Sería demasiado.

Mis hombres se rendirán. Yo no. Yo lucharé hasta el fin. Yo lucharé hasta que me maten. Vuelve y dílo.

En la mañana, los rebeldes llegaron en grupos y se fueron rindiendo. Los soldados los encadenaron y mataron a algunos, no muchos, pues planeaban venderlos y sacar un gran beneficio con ellos.
(Aún no veo a Idi-Narum.)

De pronto lo vi. Venía a pie ya no le quedaba ni caballo con paso lento de hombre cansado y llevaba la espada en la mano. No tenía escudo ¿para qué? El venía a crear una leyenda, no a prolongar su vida.


Dame tu espada, esclavo.
Fue la palabra "esclavo" lo que pareció de pronto despertarlo. Hasta el último soldado oyó su grito y el alarido de muerte de su víctima.
¡Mi nombre es Idi-Narum! ¡Y no soy esclavo!

Corrió hacia los soldados gritando.
¡No soy esclavo! ¡Mátenme!
De pronto tropezó con algo y cayó. La espada voló lejos de él...
...y, antes de darse cuenta, ya varios soldados habían saltado encima suyo y lo habían maniatado.
¡No!
Póngan lo en la fila con los otros. No vale gran cosa pero lo podemos vender en las minas. Allí siempre necesitan gente. Y amordácenlo para que deje de gritar.
No. No otra vez...

Miró a su alrededor con ojos desesperados pero nadie le prestó atención. Era un esclavo, ¿y a quién le interesa lo que piensa o siente un esclavo? Entonces me vio.

(Nippur...)

Aparté los ojos de él. No podía soportar la visión de su rostro sucio de polvo donde las lágrimas trazaban grotescos arabescos y sus ojos desorbitados trataban de gritar la angustia que su boca no podía.

(No... No...)

(Mi muerte. Me la han robado. Oh, no...)

No es la historia de una gran rebelión. No hubo mucha gloria ni mucha proeza. Hubo, eso sí, como en todo hecho humano, mucho error, mucha torpeza y mucho sudor. Casi nadie recuerda esa pobre rebelión.

"Tal vez yo soy el único. Tal vez no quiero que la olviden, porque si las pequeñas rebeliones son olvidadas, irán creciendo de volumen y un día destrozarán nuestro mundo y harán temblar a los dioses en sus lejanas moradas."

Yo, Nippur de Lagash, he relatado esta historia para que los hombres no olviden."

Es de noche, y a través de la ventana de mi estudio veo la nieve brillante bajo la luna y el árbol negro contra la blancura. La vieja ardilla debe dormir en su interior. Estoy solo en el mágico silencio de la noche.

Pienso en este hombre de otras épocas que sufrió dudas tan mías y cuya incertidumbre me resulta tan comprensible. Pienso en él como en un viejo amigo al cual veré en cualquier momento..., tal vez caminando en la nieve, cerca del árbol negro.

Y de pronto recuerdo que él, su tierra, su leyenda, todo está tan lejos de mí como la más lejana estrella del universo y una profunda melancolía me llena el alma de silencio.

Sobre mi escritorio las antiguas tablitas semideshechas parecen reverberar con un viejo, viejísimo calor.

fin

NIPPUR DE LAGASH

NAR-AMAN Y LA CIUDAD DE ISHTAR

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

El último de los soldados se ha ido hoy, llevándose a hombros todo lo que pudo robar. Ello no me ha sorprendido pues día tras día la escena se ha repetido hasta volverse monótona. Pero he sentido como un golpe final cuando lo he visto perderse por el camino arrastrando sus sandalias polvorientas...

Estamos solos. La ciudad de piedra es como una cáscara hueca e indefensa que cualquier alimaña puede deshacer de un golpe.

Y las alimañas están allí, en el horizonte, inmóviles sobre las colinas, como si fueran siluetas de piedra, inmunes al tiempo, inmunes a las fuerzas humanas, inmunes a las raíces más profundas de los sentimientos...

Puedo ver sus rostros aún, cerrando los ojos. Las facciones impasibles y los ojos negros, el resplandor bárbaro de sus alhajas de oro y hueso y el arma imbatible de sus cuerpos ciclópeos. Sí. Los veo aún en mis sueños y me pregunto a veces si no serán simplemente una pesadilla...

Pero al abrir los ojos siguen allí, inmóviles sobre la colina, esperando, amos del tiempo, de la fuerza y de la paciencia.
Y hoy, el último soldado se ha ido. Ya no hay nada entre ellos y nosotros...
Y ahora, tío, ¿qué haremos?
¿Qué haremos? ¿Qué puedo contestarte, pequeña? Los bárbaros están allí y ya no hay nada que los detenga. Apuntarán sus caballos hacia nuestros templos, sus instintos hacia nuestras mujeres y sus espadas hacia nuestras vidas...
Calma. Ya hallaremos una solución.
Ishtar sabe que miento pero también sabe que la mentira es lo único que nos queda. Me aparto de ella con un nudo de piedra en el pecho.
Samás, padre, ¿por qué nos dejas caer en manos del bárbaro? ¿Por qué has olvidado a quienes te han glorificado siempre? ¿Por qué lanzas el manto de la noche sobre nuestro día?
¿Por qué?
A mis oídos llegó el estruendo de un galope. Como todos los días, uno de los bárbaros llegaba hasta nuestras murallas para provocar a los soldados... pero hoy no había soldados para responder. Y cuando él comprendiera que nos habían abandonado...
(¿Por qué, padre...?)

¡Carroña de ciudad! ¿Quién sale a luchar contra Manos? ¿Quién quiere sentir el beso frío de la madre muerte?
La voz no llegó del interior de la ciudad sino del exterior.
Yo.
El bárbaro giró la cabeza sorprendido. Los soldados nunca se arriesgaban a campo abierto por temor a esos jinetes rabiosos y a sus feroces caballejos. Parpadeó cegado por el sol.
¿Quién eres?
Yo soy yo. Para ti soy la muerte.
¡Ja, ja, ja! ¿Mi muerte? ¡Espera que sientas el filo de...!
El aire se desgarró en un silbido.
THW-G
¡Ahhh!
TUMP
Espera... No tires...

La muerte no regatea, jinete. La muerte toma y no devuelve.
¡Ahhh!
STUMP
La figura se erguía, contra el sol, como si una aureola de oro la protegiera de los ojos humanos; enorme y poderosa, plantada sobre sus piernas como un templo es plantado sobre pilares...
Luego vino hacia nosotros...
¿Quién eres tú, forastero? Te debemos un día de vida.
Me llamo Nippur y vengo de las tierras de los dos ríos.
¿Es éste uno de la horda de Nar-Aman?
Sí. El y sus veinte primos quieren tomar nuestra ciudad. No tenemos soldados ni tenemos hombres que nos defiendan. Sólo mujeres y niños y los tesoros que hemos reunido durante años. Somos una buena presa. Y fácil.
¿Qué ocurrió con los hombres de tu ciudad?
Tuvimos una guerra contra Ur y perdimos. Nuestros enemigos decidieron asegurarse que no alzaríamos cabeza por mucho tiempo y pasaron a cuchillo a todos. Así no tendremos guerreros por toda una generación.
Sólo uno se salvó. Mi hijo Ber-At.
A espaldas del anciano vi a varias mujeres cambiar miradas entre sí. Una de ellas escupió al suelo.
SPUT
El fue perdonado. Y cuando los bárbaros vinieron lo envié con oro a que contratara mercenarios pero aún no ha vuelto.
Y nuestra guarnición nos ha abandonado.

¿Nar-Aman tiene alguna razón especial para querer tomar esta ciudad?

La hermosa muchacha morena enrojeció y bajó la cabeza...

Ah.

Contemplé en la lejanía los jinetes inmóviles. Yo sé todo lo que se debe saber sobre guerreros y algo en el perfecto equilibrio de aquellas siluetas me dijo cosas de fuerza y poder como pocas veces viera.

Buenos guerreros, ¿verdad?

Los mejores. Cada uno vale un ejército.

Creo que me quedaré unos días aquí.

Sería un favor que te agradecería. Los de Nar-Aman no atacarán mientras crean que hay soldados. No por miedo sino por astucia. ¿Para qué arriesgar la vida de los de tu sangre por una presa que caerá por sí sola?

¿Y tu hijo? ¿Has tenido noticias de él?

Vi a las mujeres volver a cambiar miradas entre ellas.

No... pero no tardará en volver... Tiene que volver...

Y repitió esto con triste, fatal, desesperada obstinación.

Tiene que volver...

Las hogueras crepitaban suavemente en la noche apuntando con sus dedos amarillos al cielo negro y perfecto, alhajado de estrellas y misterio. Los caballos dormían y su sano olor animal acariciaba a los hombres silenciosos.

Manos ha muerto.

Nar-Aman miró a sus primos. Los rostros llevaban la marca de fuego de la misma sangre y él se sintió orgulloso del trazo altivo de las hermosas cabezas sombrías tatuadas de sol y bravura.

Pero la ciudad pagará por su sangre. No dejaremos piedra sobre piedra ni vida latente.

¿Matar mujeres y niños? Somos guerreros, Nar-Aman, no asesinos. Y nada nos deben por la muerte de Manos. Manos murió como guerrero, frente a frente, luchando contra un solo hombre. Fue buena muerte y nada debemos reclamar por ella.

Yo soy Nar-Aman, primo, yo sé lo que es mejor para nuestra familia. ¿Lo olvidas?

No, primo. No lo olvido...

...pero creo que tu pasión te ciega. Ninguna mujer vale la sangre que tú quieres derramar. Cuídate, primo, porque podrías poblar tu noche con fantasmas terribles. Te digo esto porque eres mi mayor y porque te respeto y te aprecio.

Los hombres callaron. Las llamas se reflejaron en los altivos perfiles de cobre.

¡Allí están los hombres de Nar-Aman soñando junto a sus hogueras y sus caballos dormidos. Soñando con la ciudad y con sus mujeres sin hombres...!

¿Crees que atacarán, guerrero?

¿Eh...? Ah. Eres tú.

Dime, ¿cómo conociste a Nar-Aman?

¿Cómo...?

Hace una cosecha fui a buscar las armas de mi padre a Ur. Nuestra tradición lo exige así para que el espíritu de nuestros muertos descanse tranquilo. El rey de Ur me las dio y volví, pero esas armas valían mucho y un grupo de bandidos me atacó...

Entonces apareció Nar-Aman...

"Fue como un águila que se descolgara del cielo, con su caballo espumeante y sus cabellos negros volando en la tormenta del combate..."
¡Ahhh!

"Por fin..."
Levántate, muchacha.

¿Qué llevas allí? Debe valer mucho para que esta escoria reuniera coraje suficiente para atacar a una mujer.
Son... son las armas de mi padre... Para su tumba...

Ah... Es buena cosa cumplir con los muertos. Ven. Colócalas sobre mi caballo y monta en él. Te llevaré hasta tu ciudad.

"Así lo hizo. Días y noches viajamos hasta mi hogar y cuidó de mí como un tigre cuida de su cachorro. Por fin..."
Tu ciudad.

Me gustaría volver a verte, muchacha... pero solamente si ése es tu deseo. No hay deuda entre nosotros. Un guerrero siempre debe ayudar a los más débiles. Pero también soy un hombre y el que ahora te habla es el hombre...

Me gustaría volver a ver a ese hombre.

"Pero, en ese momento apareció mi primo Ber-At. Cruel, insolente, cobarde, traidor a nuestro pueblo..."
¿Quién es este perro?

¡Ber-At, no hables así! ¡El me ha...!
No me interesan tus palabras, prima. Nuestra ciudad no está abierta para bandoleros ni vagos.

Cuida tu lengua, muchacho. He cortado otras por menos que eso.
Ah. Tienes valor y saliva, ¿eh?
¡Ah!
¡SOK!
-Pásame el látigo, soldado. Creo que el bárbaro mejorará sus modales después de esto.
¡No, Ber-At ! ¡No puedes...!
¡Cállate !
¡Ah!
¡SPLASH!
Y ahora, bárbaro... Déjame oírte gritar.
No tendrás ese placer, muchacho. Yo sólo grito cuando lucho.
SNAP
No gritó, Nippur, aunque casi murió a causa de los latigazos. Dejaron su cuerpo tirado allí y a pesar de estar casi muerto consiguió robar su caballo y huir en la noche.
Y ahora ha vuelto... pero no como yo hubiera querido.
Hmmm.
Creo que mañana hablaré con él.
¿Hablar? ¡Te matará si te pones frente a él !
Veremos.
Nar-Aman alzó la cabeza. Todos lo imitaron.
¿Qué es eso?

¡Nar-Aman ! ¿Dónde estás?
¡Sal a campo abierto!

¿Será una trampa?
No veo cuál. Está a dos tiros de flecha de la ciudad y no puede haber soldados allí. No. Debe ser un loco... o valiente...

¡Y no se hace esperar a los valientes!

(Allí viene. Tal como me lo imaginé... Es de los que tienen fibra de fuego...)

¿Vienes a luchar, amigo?
No. A hablar.

¡Nadie que venga de esa ciudad cruzará palabra, amigo! ¡Sólo cruzará espada!

¡TUMP!
El alarido de su espada heló los aires pero hace falta más frío que ése para mi vieja sangre, aterida de demasiadas guerras...

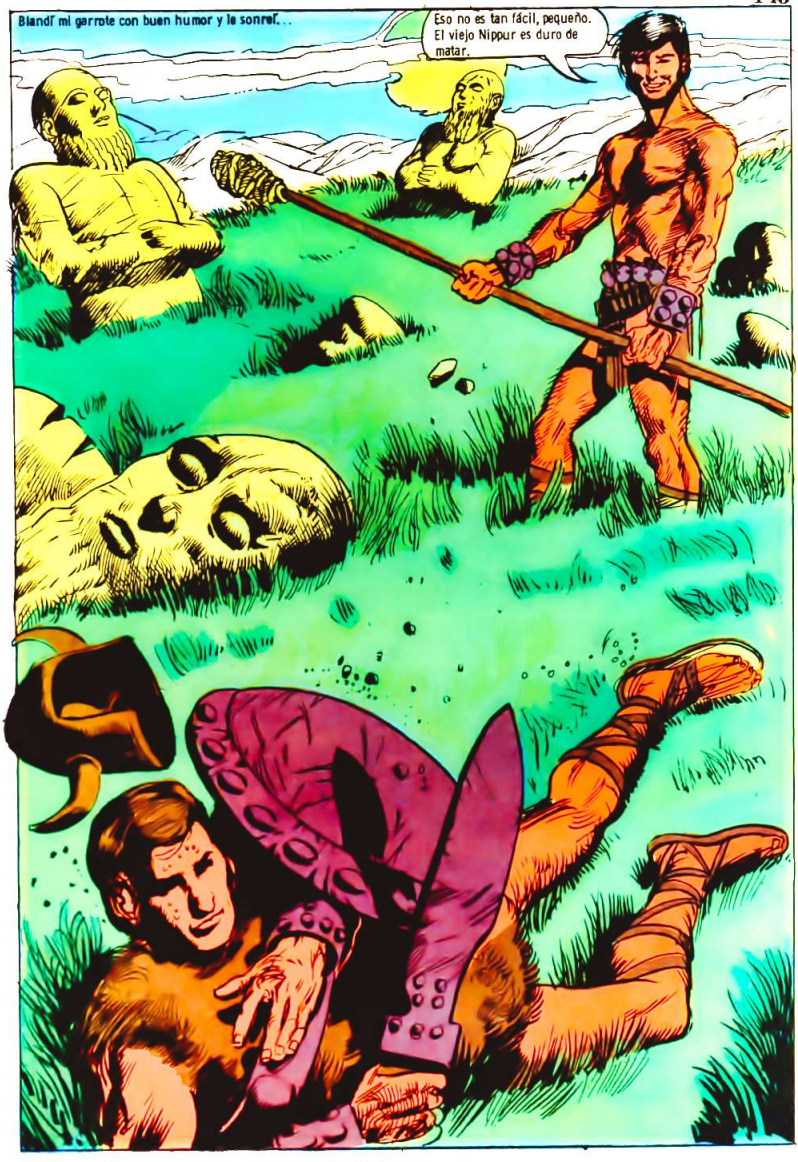
Un simple palo en manos de un guerrero experto puede ser un arma imbatible. Nar-Aman descubrió eso a costa de sus costillas aquel día.
¡¡SOCK!!
¡Ah!

Se incorporó como un gato y no vi rencor en sus ojos sino admiración.
Ah. Eres bravo... Te respeto, guerrero...

¡Pero debo matarte!

¡¡SOCK!!
¡Ah!

¡Auuuuu!
¡¡SOCK!!


Blandí mi garrote con buen humor y le sonreí...
Eso no es tan fácil, pequeño. El viejo Nippur es duro de matar.

Veremos...
Pero...
¡SWISH!
¡Ahhh!
Y ahora...
Bravo, guerrero. Mátame. Has ganado mi sangre como los bravos.
Me reí sinceramente divertido y tiré mi palo a un costado...
Veo que eres otro valiente que aún no comprendió que la muerte heroica no es más que una solemne estupidez, ¿eh?
Veamos... Tienes el tobillo fracturado pero nada más. Eres duro y no tardarás en recuperarte...
Pero... ¿No me matas?
¿Por qué te matarías? Lo que yo quiero es meter un poco de razón en tu cerebro y no bronce en tu garganta. Quieres atacar esa ciudad, ¿verdad? y vengar tu honor.
Así es. Hay un hombre allí que me debe su sangre.
También hay una mujer...
Sí. También hay una mujer... pero cuando lave mi vergüenza tendré la sangre de su primo sobre mis manos, ¿y entonces?
No, Nar-Aman. Tú nunca tendrás esa sangre. Esa sangre ya fue derramada. Yo la derramé.
¿TÚ? ¡Pero tú los defiendes ...!

Yo encontré a Ber-At cerca de los pueblos de la costa. Estaba gastando el dinero que su padre le dio para soldados en vino y mujerzuelas. Se puso belicoso y buscó camorra. Y la buscó conmigo.

No quise matarlo. Fue un mal golpe. Tardó en morir y yo estuve junto a él. A las puertas de la muerte recién comprendió que su estupidez había arrastrado a la ciudad a la catástrofe y me pidió que hiciera algo por ella por la paz de su alma. Y yo le debía su muerte.

Por eso vine aquí, Nar-Aman.

Piensa, amigo... Allí hay una ciudad sin nombre y allí están tus hombres sin mujeres y sin ciudad. Unos y otros se necesitan. ¿Para qué entrar con la espada cuando todos quieren la paz y el descanso?

Y cuando hay alguien que espera por ti... y cuando no hay honor que lavar... Piénsalo...

Lo pensó y miró hacia las murallas donde la multitud se apretujaba. Adiviné que buscaba con los ojos a alguien... De pronto suspiró y comprendí que la había visto...
Maldito seas, forastero... Mi honor...

Tu honor... Vete al infierno... Sabes bien que lo único que quieres es ir y perderte entre los brazos de esa mujer... Apéate de tu orgullo, idiota. Es tan fácil como apearte de un caballo.

Me miró con casi odio por un instante. Luego volvió los ojos hacia las murallas. Vaciló mordiéndose los labios. Y de pronto lanzó una inesperada carcajada...
¡Y para peor tendré que ir hasta ella saltando sobre un solo pie!

Lo pensé un poco y no pude evitar el reírme a mi turno. Y allí estábamos ambos, sentados en el suelo de tierra, riendo a carcajadas mientras los ciudadanos en sus murallas y los guerreros en sus caballos nos observaban atónitos. Y las carcajadas eran como olas cristalinas que empujaban a la muerte, alejándola más y más, hasta perderse más allá de la última colina...
Fin

NIPPUR DE LAGASH

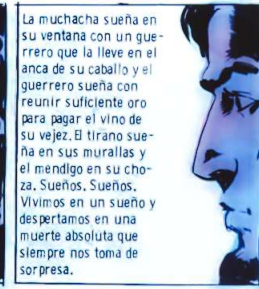
EL REY LA REINA Y EL GENERAL

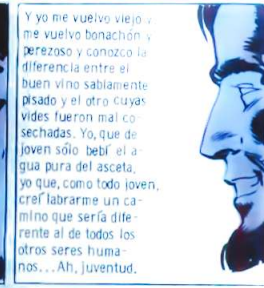
Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

El hombre es una criatura extraña, amigo que me oyes. Muy extraña. Somos misteriosos mundos encarcelados en nuestras pieles, devorados por miserables apetitos dignos de la más infame bestia o por la grandeza de un Dios. Somos complejos y tortuosos y a veces sabemos mucho sobre muchas cosas y generalmente nada sobre nosotros mismos...

El pescador arroja sus redes al mar soñando con sus peces de sal y de plata y el comerciante juega con sus monedas de oro rezando para que se reproduzcan. El monje macera su carne y trata de aproximarse a los dioses...


La muchacha sueña en su ventana con un guerrero que la lleve en el anca de su caballo y el guerrero sueña con reunir suficiente oro para pagar el vino de su vejez. El tirano sueña en sus murallas y el mendigo en su choza. Sueños. Sueños. Vivimos en un sueño y despertamos en una muerte absoluta que siempre nos toma de sorpresa.


Y yo me vuelvo viejo y me vuelvo bonachón y perezoso y conozco la diferencia entre el buen vino sabiamente pisado y el otro cuyas vides fueron mal cosechadas. Yo, que de joven sólo bebí el agua pura del asceta, yo que, como todo joven, creí labrarme un camino que sería diferente al de todos los otros seres humanos... Ah, juventud.

(Ah... Realmente no extraño mi juventud... Me alegro de no ser joven y ambicioso...)

(De joven soñé con poseer imperios... Ahora, sólo espero que este ciervo se dore bien y que mi vino se enfríe debidamente en el pellejo. Ah sí. Me alegro de no ser joven...)

(Pero... Oigo alguien que corre...)

¡Socorro! ¡Socorro!

Se detuvo al verme y sus ojos despavoridos parecieron más espantados que nunca al hallarse ante una silueta humana. Vi marcas sangrientas en sus tobillos y muñecas.
Acércate, muchacha.

No me mates... No me mates...
¿De qué hablas? Acércate.

No lo hizo porque confiaba en mí sino porque la fatiga no le permitía otra cosa. Se derrumbó ante mí temblando como un animal herido.
Bebe. Es buen vino.

Voces airadas y estallidos de ramas rotas llegaban del bosque. La muchacha se encogió espantada y sollozó.
Veo que alguien te sigue.
Ellos... Ellos...

¡Allí está la bruja!
Sabía que la alcanzaríamos.

Parecían ni siquiera haberme visto. Reconocí la mirada extraviada de los hombres que buscan sangre.
¡Y desgraciadamente no me gusta ver sangre cuando voy a comer...!

¡Mira, bruja! ¡Esto es lo que te...!

De niño fui muy bueno arrojando piedras y todos los perros de Lagash aprendieron a temerme. Y éste era un blanco cien veces más fácil...
SOCK
¡Ah!

Recién entonces parecieron reparar en mí.
¿Quién es ese?
Tal vez un demonio invocado por la bruja.

Queridos amigos, sé que mi aspecto no es excesivamente hermoso pero tampoco creo que sea tan malo. Sólo soy un viajero que ve a una mujer atacada.
¡No es una mujer ! ¡Es una bruja !
Ambas pueden ir muchas veces de la mano. ¿De qué la acusáis?
Ella quemó nuestras cosechas. Todos nuestros granos han ardido como el Infierno. Este invierno será invierno de hambre entre nosotros.
Sí. ¡Y ella tiene la culpa ! ¡Ella nos dijo que se incendiaría... !
Un momento. ¿Ella os dijo que se incendiaría?
Sí.
¡Os previne ! ¿Por qué no hicísteis caso? ¿Por qué os queréis vengar en mí de vuestra estupidez?
Te mataré, perra. Te arrepentirás de haber traído el fuego y la...
¡Ah!
Suficiente, amigos. Idos ahora. Mi comida está lista y no quiero que la carne se queme. Largaos. Y olvidad a la muchacha. Hay muchas cosas demoníacas en este mundo pero la peor de todas es querer castigar a alguien más débil para acallar nuestra conciencia.
Largaos.
Y tú, acércate y come. Mi nombre es Nippur.
Los dioses te bendecirán, viajero. Yo soy Mataa.

¿Cuánto de lo que dicen estos pobres diablos es verdad? Yo he aprendido que en todas las leyendas hay siempre un grano de verdad.
Lo hay, Nippur. Yo les avisé del incendio.
¿Cómo lo sabías tú?
Lo vi en el fuego. El fuego me dice cosas cuando estoy ante él. Cosas que aún no han ocurrido.
Hmmm. Eso suena interesante.
No te burles, Nippur. Yo no pedí este regalo envenenado. Desde niña tuve visiones de cosas no ocurridas y sólo me trajo burlas y más tarde odio. La gente no lo comprende y odian aquello que no comprenden. Odian la noche y los poderes desconocidos.
A mi pesar me estremecí un instante. Es más fácil odiar que intentar comprender. Rechazar que profundizar. Golpear que tender la mano. Le sonreí.
Come. Debes estar cansada.
¿Qué harás ahora? ¿Adónde irás?
Iré al templo de La Madre. Allí hallaré refugio. Tal vez las sacerdotisas serán más sabias que mi pueblo.
Te llevaré hasta allí. Está en mi camino.
Gracias, Nippur... Te lo agradezco especialmente porque sé que viajabas en dirección contraria.
Hmmm... Creo que no me gustaría ser tu marido...
Oh. No te preocupes. No domino mis visiones. Ellas aparecen de pronto ante mí como una llamarada.
Olvidé todas esas historias cuando nos pusimos en marcha. La luz del día es mala para la credulidad y el calor del sol es buen asesino de fantasmas y misterios.
Nos detendremos aquí. Oscurece.
Comimos y descansamos mientras la noche se cerraba sobre nosotros con el último canto del pájaro gris. El aire estaba fresco y nuestra hoguera abría su pupila ardiente en el vientre de las tinieblas. Y entonces...
¿Qué miras, Mataa?

Veo un niño, Nippur... Un niño moreno de ojos azules... Un hermoso niño, alto y de huesos anchos... Viste de pieles y corre entre rocas y nieves... Ha atrapado un águila y lucha contra ella...
El águila chilla y lo ataca... El niño ríe a carcajadas y su sangre vuela en el aire junto con las plumas del águila El águila muere entre sus manos mientras el niño ríe..
Se ha ido.
¿Qué significaba eso, Vlatas?
No... no lo sé, Nippur... Simplemente te imaginaba cuando de pronto he visto al niño...
Ese niño... Tal vez es... ¿es mío?
Tal vez... Tal vez...
¿No has podido ver más?
No. Ya te he dicho que no domino mis visiones.

¡Reía mientras su sangre volaba por el aire y el águila moría entre sus manos. ¡Qué presagio de grandeza!

Allí está el templo de La Madre.

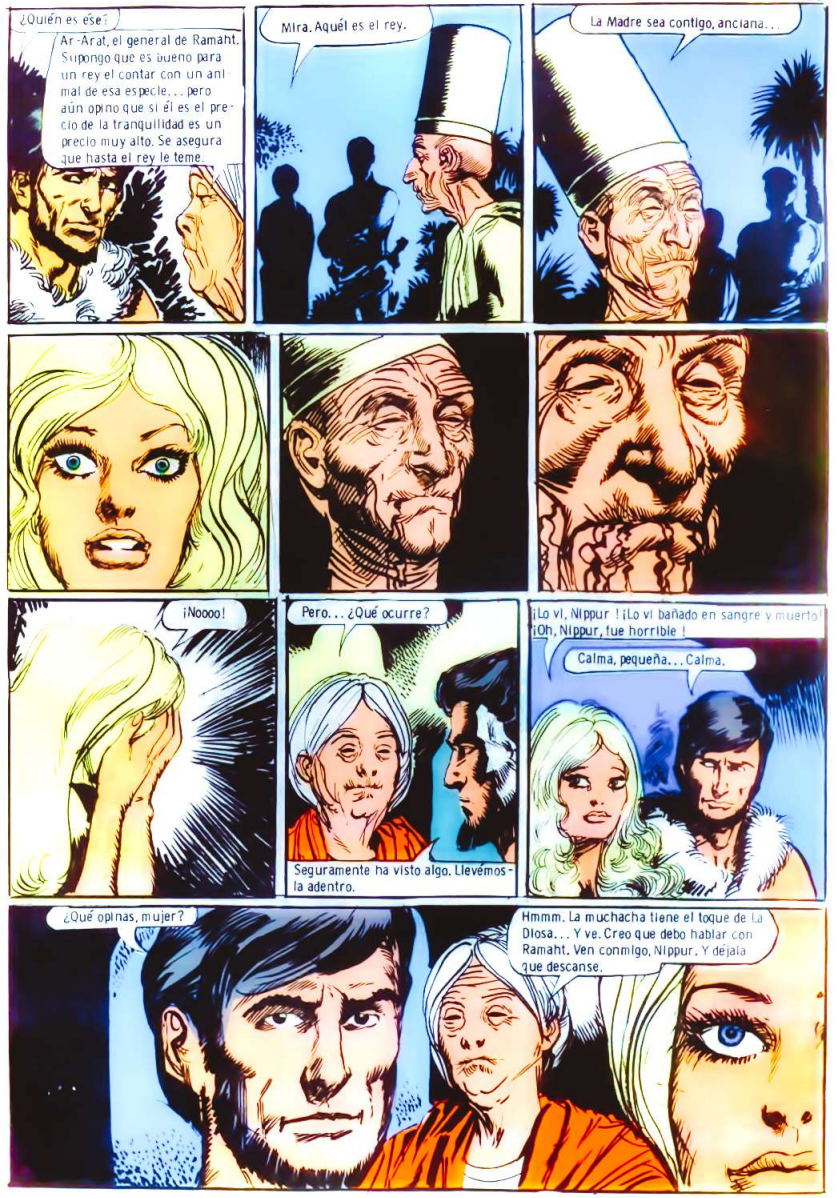
Ella fue bien recibida. El templo de La Madre está abierto a todas las mujeres que solicitan refugio. No se pregunta nada. Sólo se ofrece abrigo y consuelo.

...y tú puedes quedar aquí el tiempo que quieras, Nippur. Se habla mucho de ti y me gustaría oírlo de tus labios. A más de ser sacerdotisa soy una vieja curiosa.

–¿Qué son todos aquellos caballos, anciana?

El señor Ramaht ha venido en busca de su oráculo y se encuentra aquí en estos momentos. ¿Has oído hablar de él?

Sí. El rey de la mano abierta.
Ese es él. Un buen rey. Lo cual es agradable.
Un trallazo nos interrumpió.
¡CHAAF
¡Estúpida! ¿No sabes obedecer una orden de la reina con prontitud?
¡Quieto, imbécil! ¡No se golpea a una mujer en este templo!
Pero...
¡Nadie pone sus manos sobre mí, villano!
Era uno de esos hombres que pueden enceguecer con el odio y con los cuales es imposible hablar. Por ello...
¡CLOCK
¡Ah!
¡SPLASH
Espero que te habrás calmado, amigo. Deja tu mal humor tranquilo o te lo haré comer.


¿Quién es ése?
Ar-Arat, el general de Ramaht. Supongo que es bueno para un rey el contar con un animal de esa especie... pero aún opino que si él es el precio de la tranquilidad es un precio muy alto. Se asegura que hasta el rey le teme.
Mira. Aquél es el rey.
La Madre sea contigo, anciana...
¡Nooo!
Pero... ¿Qué ocurre?
Seguramente ha visto algo. Llevémosla adentro.
¡Lo vi, Nippur ! ¡Lo vi bañado en sangre y muerto!
¡Oh, Nippur, fue horrible !
Calma, pequeña... Calma.
¿Qué opinas, mujer?
Hmmm. La muchacha tiene el toque de la Diosa... Y ve. Creo que debo hablar con Ramaht. Ven conmigo, Nippur. Y dejala que descanse.

El rey nos escuchó con la exagerada atención de quien sabe tener paciencia aún cuando lo que oye es una sarta de idioteces. Una mujer lánguida y hermosa, agobiada de joyas yacía junto a él.
Esto ha sido interesante de oír, anciana, pero un poco difícil de creer. En mi ciudad también tenemos mujeres con visiones. Especialmente aquellas que comen poco o que no encuentran marido.
La mujer lánguida jugó con sus anillos y me miró. No me gustaron sus ojos. Eran como joyas que no hubieran sido limpiadas en mucho tiempo.
Y Ar-Arat cerca mío y con los cabellos aún húmedos jugueteó con su espada. Ambos me miraban con codicia pero los diferenciaba el hecho de que uno admiraba mi vida mientras el otro acariciaba mi muerte.
No ha creído, ¿verdad?
No, muchacha. El es un hombre que comprende las cosas sólidas. Aquello que se palpa. Las que no se ajustan a ese molde les son incomprensibles.
Los dioses se apiaden de él.
Esa noche me recosté sobre la fuente de piedra y miré al agua jugar con la luna. Miré una hoja seca navegar audazmente sobre ella y vi el rostro de mi alma sonreírme con sorna.
Y luego el rostro viejo de mi alma me dijo: ¡alerta!
Tú eres el gran Tippur

No deberías hallarte sola en la noche, señora. Tu marido...
Mi marido duerme, Nippur. Es viejo y necesita jugos de hierbas que lo ayuden a conciliar el sueño. El es un viejo de huesos frágiles.
Pero tus hombros son poderosos y suaves. Me gusta sentir esa aspereza en tus manos. Es como acariciar una magnífica bestia.
Pero...
¡Perro! ¡Pagarás por esto!
El destino te trata mal, rey Ramaht. Una mala esposa y un mal general. Creo que ni hace falta el ojo de Mataa para predecir tu destino.
¡Ahhhhh!
Dioses... ¿Quién...?

Nippur, hombre de Lagash, haces bien en despertar. Nunca es bueno castigar a un asesino que no siente. Es bueno que el asesino vea la justicia que lo castiga.

¿De qué hablas, marrano?
De tu mano ensangrentada, Nippur. De tu espada ensangrentada. Y de nuestra reina que te vio...

De nuestra reina que te vio asesinar al rey Ramaht.

Ella me sonrió. El me sonrió. Y ambos eran como chacales que se refocilaran ante la bestia moribunda a la que devorarían. Y la bestia era yo.
Y por ello hay un solo castigo.

¡Alto!

¿Qué ocurre, Madre?
No puede derramarse sangre en este templo. Si lo haces, la maldición de La Diosa te perseguirá hasta la tumba. No se castiga aquí con el bronce.

Este hombre ha asesinado bajo la sombra de La Diosa.
La Diosa lo castigará entonces, pero sin sangre.

Encerradlo en esta bóveda. Morirá de hambre y sed. Morirá sin sangre.
Hmmm. De acuerdo.

¡Oh, Samas, padre del sol... Sabes que soy inocente...!

Luego fue la oscuridad...

La reina y el general cambiaron una mirada pero no sonrieron. En alguna parte del templo se enfriaba la carne y la sangre de un rey...

Y alguien nos observaba con ojos quietos y enceguecidos por visiones...

Y el olor de la tumba comienza a asfixiarme y la humedad de la piedra lucha contra mi sangre... frío o calor. Vida y muerte.

(No quiero morir...)

Golpeo la losa de piedra y ni siento dolor. Sólo me detengo cuando la sangre gotea sobre mi rostro.

(No quiero morir...)

(Pero voy a morir...)

Pensar en algo, pensar en algo que llene de luz mi mente, pensar en algo que me evite morir como un animal...

(Karlen... No... Este no es lugar para ella...)

(Lagash...)

Oh sí. Mi Lagash de las altas murallas, mi ciudad única entre todas las ciudades, joya eterna de piedra y verdura... Mi única amada... Lagash... Lagash...

(Lagash...)

Despierta, Nippur.

No has muerto. Sólo perdiste el conocimiento por la falta de aire. No bien esa sucia pareja se fue hice abrir otra vez la bóveda y sacarte.
Ellos... ellos lo hicieron...
Claro que sí. ¿Quién no lo sabe? Pero no pude hacer nada más que eso... Ellos tenían soldados.
Y además, ella dijo
Que esta se haría
Eso dije. Y así es.
¿Así que te quedarás aquí, Mataa?
Sí. ¿En qué otro lugar podría vivir mejor? Mi don viene de La Diosa y a La Diosa me lleva. Vete, Nippur. Y cuida tus senderos.
Y no olvides. Hay un niño en e
(Hay un niño en él...)
(¿Y eso? Me pareció ver un...)

tra difícil reconocer el cuerpo. Una espada puede producir destrozos tremendos.
¡Es... ¡Es la reina !

(Y aquél es Ar-Arat... Está muerto también... pero no tiene heridas.)

Me acerqué a él y entonces vi sus labios grisáceos.
(Veneno... Comprendo. Ella lo envenenó tras haberlo usado para desembarazarse de su marido... Y luego se desembarazó de él.)

(Pero Ar-Arat no murió enseguida. Era un hombre demasiado fuerte. Tuvo tiempo aún de llegar hasta ella. Ahora comprendo las palabras de Mataa...)

(No se juega con La Madre.

No. No se juega con La Madre pero tampoco se juega con los hombres y con su justicia. Golpe por golpe o sangre por sangre el destino devuelve siempre la flecha al arquero. Por ello es bueno siempre apuntar al buen blanco... Tal vez de esa manera la flecha no volverá.
FIN

NIPPUR DE LAGASH

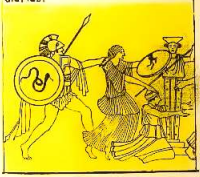
LOS REYES SIN CORONA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

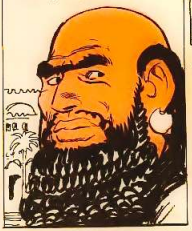
Hoy me he detenido a pensar. Eso no es tan absurdo como parece, amigo que me escuchas. Los hombres pasamos por la vida como piedras en una pendiente. A veces sin dejar un rastro; otras, provocando avalanchas de tal magnitud que toda la tierra cambia su relieve. Hay hombres que son como montañas y otros que son como ciénagas. Y muchísimos que son simplemente como lluvia, de la cual no se siente su goteo pero que terminan por erosionar todo, ahogando al pantano y desmoronando la montaña.

Hoy me he detenido y he mirado a Sumeria y me he espantado ante el confuso y atroz caos que desgarra la tierra de los dos ríos. He mirado desde una colina las cien ciudades en cada una de las cuales un príncipe lucha con uñas y dientes por sus codicias diarias.



Sukanor, el guerrero, sueña con imponer su corona a toda Sumeria para el bien de ella. Eso es lo que él cree. Pero, cuántos príncipes han traído muerte y desgracia cubiertos con el manto piadoso de sus buenas intenciones.

Luggal-Zaggizi, el tirano de Umma y amo sangriento de mi Lagash continúa gobernando con látigo y fuego, enfermo de codicia y de poder.



En la tierra de Merem, Ur-El protege sus fronteras con un círculo de lanzas y el joven alegre que fuera mi compañero de aventuras se ha convertido en un monarca sombrío y sin risas que gobierna sobre tabletas de arcilla y cadalsos sangrientos.

Aneleh reina sobre su ciudad de Arar con mano férrea y ha debido aumentar sus impuestos para poder pagar a los soldados que la defienden. Ella, que enfrentó a los tiranos, ha tenido que convertirse a su vez en uno.

En Egipto, el joven Akhenamon es faraón y me cuesta reconciliar el recuerdo de un muchacho de ojos oscuros embobado con relatos guerreros con el de este joven gobernante que, ebrio de poder, ha comenzado a labrarse una leyenda de crimen y crueldad.

Teseo palidece en su palacio de Atenas, sin alegría y sin luces, pálido y envejecido, con el espectro de Hipólito gimiendo en los rincones de su castillo de piedra como un perro fiel y lacerante. Hay guerra civil en el Ática pero él ya no tiene fuerzas para imponer la paz.

Y yo, soberano de mis sandalias, monarca de mis caminos, señor todopoderoso de mi caballo, vasallo de mi estómago, verdugo de mis nostalgias y benefactor de mis sueños, desde esta colina de Sumeria contemplo este increíble caos y me pregunto si no fui tal vez el más astuto de los hombres cuando dí la espalda a los tronos y me esclavicé con el viento sin barreras de los hombres libres.

Dejad a los reyes sus banquetes en palacios de mármol. Dad al viejo Nippur su fuego y su pobre comida en las planicies abiertas. Dejad a los reyes el esplendor y el boato de las cortes. El viejo Nippur ríe con su caballo y canta con el agua de los ríos y los ojos de las muchachas desconocidas.

Dejad a los reyes la gloria. Dad al viejo Nippur la alegría de vivir y un bottijo de vino. Los dioses saben quién es el más afortunado.
(Y hablando de vino... Se ha acabado...)
(Allá veo una hoguera. Tal vez un viajero que quiera cambiar un poco de vino por carne seca... No cuesta nada probar.)
El hombretón estaba sentado ante su hoguera haciendo girar un trozo de carne sobre las brasas. Tenía un rostro humorístico, grandes brazos de luchador y a pesar de sus ropas de pieles no era un campesino. Su espada y sus ojos eran los de un guerrero.
¿Vino? No solamente vino, amigo. También hay carne y frutas si te apeas. Los viajeros deben saber dar. Un día desearán recibir. Mi nombre es Arthos.
¿Qué haces por aquí? Por tu acento diría que vienes del norte.
¿Dónde es "aquí"? No tengo la más remota idea de dónde me encuentro. Mi caballo es quien me lleva y afortunadamente no habla. Es yegua y por lo tanto, si pudiera hacerlo, no se detendría nunca.
Arthos me habló un poco de su vida. Era soldado a sueldo en tiempos de guerra y gracias a la estupidez de los reyes nunca le faltaba trabajo; pero ahora descansaba.
Tengo oro y mientras lo tenga no pasaré privaciones. Y mientras no pase privaciones, ¿para qué preocuparme?
Me gustó aquel indolente guerrero, feliz sobre su hoguera y su futuro incierto. Era casi como haberme encontrado con mi propia imagen reflejada en una superficie de agua.
Brindo por ti, guerrero. Es bueno encontrar a un hombre sin ambición en esta época en que las ambiciones son más grandes que los hombres.
El carro emergió como una tromba de entre los árboles y hasta hoy en día me maravillo de la distracción que no nos había permitido oír el estruendo de su marcha.
¿Y eso?
Lo maneja una mujer.
Eso es mucho decir. Da la impresión de que esos caballos han decidido manejarse por sí solos.
¡Ahhh!
SRACK!!

Ven, Nippur. Echemos un vistazo.

Tenía que ser una mujer la que estropeara mi almuerzo.

La muchacha (pues no era otra cosa) yacía atontada entre los arbustos mientras sus caballos relinchaban dolorosamente entre los restos astillados del carro. Nos bastó una mirada.

Están deshechos. Es mejor rematarlos.

Pero... ¡Mira, Nippur!

¿Qué...?

El cofre debió haber reventado al volcar el carro y todo el terreno a nuestro alrededor estaba cubierto de piezas de oro y joyas, en una cantidad tal como jamás vi reunidos. Silbé admirativamente.

¿Qué será esto?

Este es el tesoro de Karash, forastero, y si tocáis, la cólera de los dioses os...

Arthos lanzó una risotada y sin prestar atención a la muchacha se acercó a los caballos y los remató expertamente. Seguía riendo cuando terminó y se volvió a ella.

No me amenaces con cóleras divinas, muchacha. Siempre me causan gracia los ricos que parecen haber alquilado a los dioses como guardianes de su oro. Tranquilízate. No interesa tu riqueza.

Haces bien, guerrero, porque este oro no pertenece a la mujer sino a nuestro señor Urumutim.

Llevaban las cabezas afeitadas y la mitad del rostro pintado en negro y reconocí en ellos a los mercenarios de las tierras bajas que se distinguen a sí mismos de esa manera por vanidad. Son guerreros que no usan caballos pues son capaces de correr más rápido que ellos y luchan como demonios pues su religión lo exige.

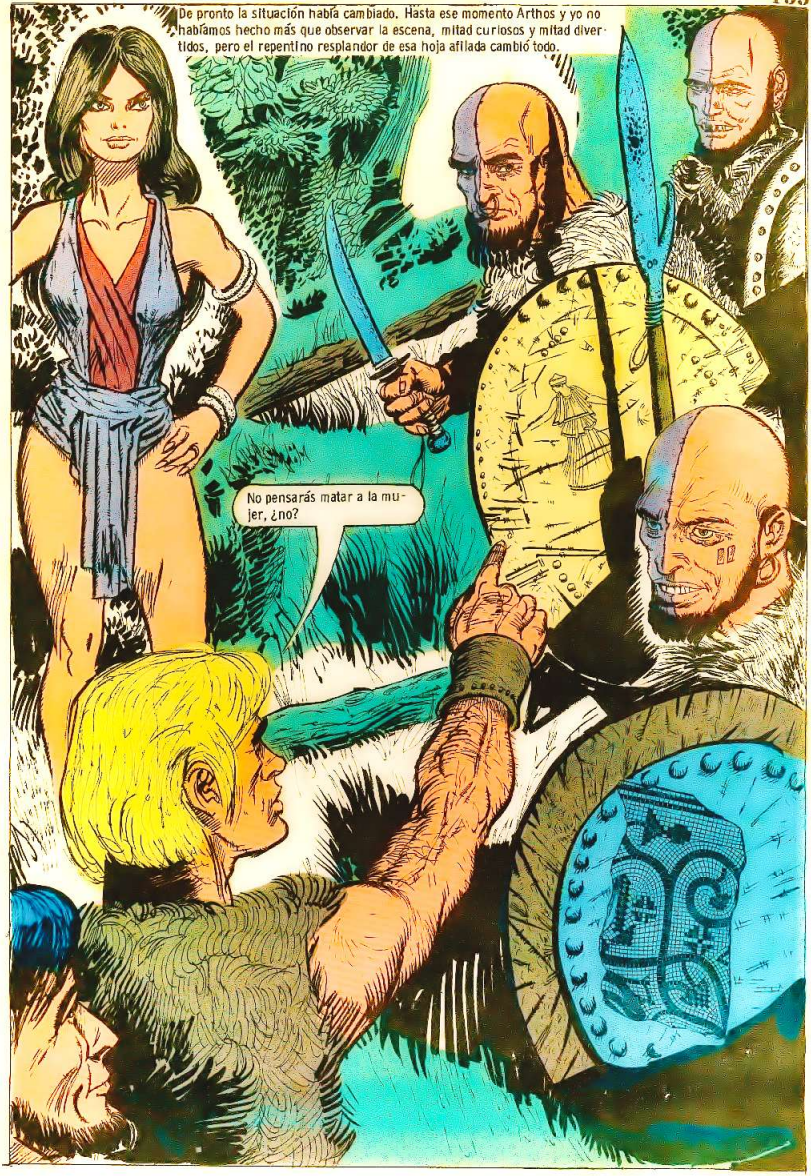
¡No es verdad, perro de pelea! ¡Tu amo sólo ha tomado el poder en Karash a su espada y a su crimen!

El guerrero se encogió de hombros. Adiviné que le fastidiaba tener que hablar con una mujer. Para los hombres de las tierras bajas las mujeres valen muy poco, ni siquiera si son princesas.

¿Qué mejor razón? Los muertos nunca ganan batallas.

¡Yo estoy viva! ¡Y yo soy la única heredera del trono!

Oh, eso no es un obstáculo muy difícil de derribar, mujer. Y tengo órdenes muy claras al respecto.


De pronto la situación había cambiado. Hasta ese momento Arthos y yo no habíamos hecho más que observar la escena, mitad curiosos y mitad divertidos, pero el repentino resplandor de esa hoja afilada cambió todo.
No pensarás matar a la mujer, ¿no?

El mercenario no era tonto y nos sopesó y valoró con un solo golpe de vista.

Sí. Y a cualquiera que intente algo estúpido como defenderla, por ejemplo...

En ese caso...

Fue un golpe de puño tan tremendo que dolía sólo de ver.

¡A ellos, Nippur!

No quise verter sangre y recogí un pesado leño del suelo y arremetí contra los soldados. Tuve una fugaz visión de cráneos afeitados alrededor mío (los hombres de las tierras bajas son de corta estatura) y golpeé.

¡Ahhh!

En un relámpago vi a Arthos en acción. El tampoco había querido hacer correr sangre y eso me agradó. Sólo un idiota siembra muerte sin saber por qué.

¡Ahhh!

¡Ah!

ERRRK!

Hmmm. No ha estado mal, ¿eh, Nippur?

No. Me ha abierto más aún el apetito, debo decir.

Rápidamente, desarmamos a los mercenarios y ayudándolos con uno que otro amistoso puntapié los hicimos ponerse en marcha.

Largaos, creo que esto ha bastado por hoy.

No lo creas, guerrero. Volveremos.

No me gustó el sonido de su voz. Tuve el negro presentimiento de que acabábamos de meternos en un lío.

¿Crees que cumplirán su palabra, Nippur?

Puedes estar seguro de ello, guerrero. Su jefe, Urumutim, era un mercenario al servicio de mi padre, el rey, pero un día decidió que era más agradable ceñir la corona que serviría y se sublevó, masacrando a todos los hombres principales.

Sólo yo conseguí huir con el oro de la ciudad y él envió sus perros de guerra tras de mí. Y ellos volverán, volverán en mayor número. No pueden dejarme huir.

¿Por qué?

Yo vi la cabeza de mi padre en la punta de una lanza, yo oí los gritos de las mujeres huyendo de los mercenarios borrachos y vi a los consejeros y sacerdotes chapaleando en su propia sangre entre llamas y carcajadas. Yo vengaré eso.

Iré hasta Akad y con este oro podré reclutar un ejército de mercenarios diez veces más grande que el de ellos, volveré y los borraré de la faz de la tierra. Ellos lo saben y saben que sólo mi muerte les dará la paz.

Y vosotros figuraréis ahora en sus tablillas negras por haberme defendido.
Tal como lo suponía. Nos hemos metido en un lío.

Yo tengo una proposición para haceros. Llevadme hasta Akad, protegedme y os daré treinta piezas de oro a cada uno.

Arthos meditó la cuestión y de pronto sonrió malignamente.
¿Y no se te ha ocurrido, muchacha, de que no hay nada que nos impida simplemente el llevarnos todo?

No. No lo había pensado y pude ver su rostro palidecer. Por un instante dejó de ser una orgullosa princesa y simplemente se convirtió en una muchacha asustada.
¿Ha... haréis eso?

Arthos suspiró.
No. He ahí las desventajas de ser aún un hombre que cree en la honestidad. Ven. Comerás con nosotros y nos largaremos como el rayo hacia Akad. ¿Cuál es tu nombre?

Lelfasirim.

Colocamos el oro en bolsas para hacerlo más fácil de transportar y lo repartimos entre los caballos. Luego, la muchacha montó en uno y nosotros marchamos a pie para economizar la fuerza de los animales.
Hay tres caminos hasta Akad. Las montañas, que no nos convienen por el peso que llevamos. El llano, que puede ser bueno y malo y es más largo. Y el desierto.

El desierto es el más corto y el más duro. No habrá agua en todo su recorrido y el sol es un asesino. Pero los hombres de las tierras bajas no están acostumbrados a él. Tal vez sea el mejor, pero es duro.
No importa.

¿Estás segura, muchacha?
Estoy segura. En marcha.

Hay algo en el desierto que siempre despierta en mí el miedo. Todo hombre es capaz de enfrentar el peligro cuando este peligro es algo sólido, tangible, algo contra lo cual se puede luchar. Pero el desierto es un cementerio donde se ha muerto el tiempo y del cual los dioses se apartan con temor.

Helo aquí.

Habíamos llenado nuestros odres de agua y cubrimos nuestras cabezas y rostros. Hubiéramos debido marchar solamente de noche pero nuestros perseguidores no nos permitirían ese lujo.

Marchamos en fila. Yo, a la cabeza, la muchacha y los caballos detrás y Arthos cerrando la marcha con su arco listo, buscando siempre con los ojos al enemigo.

No los vimos ese día y a la noche nos detuvimos. No encendimos fuego y nos cobijamos junto a unas dunas.

Toma, muchacha. Come algo y luego intenta dormir un poco. Cuando la luna esté alta reiniciaremos la marcha.

Gracias, Arthos.

El iba a apartarse y ella lo detuvo. Su pequeña mano blanca parecía diminuta sobre ese brazo colosal.

Arthos, he estado pensando mucho en ti y en tu gesto. Antes hablé con orgullo y no supe elegir mis palabras, pero ahora...

...ahora quiero decirte... Gracias.

(Uh... Uh... Sospecho que nuestra fugitiva princesa ha tomado un cierto interés en el apuesto Arthos...)

El día siguiente no fue otra cosa que una prolongación de la pesadilla. Sudor, calor de infierno y un horizonte llameante que parecía huír incansablemente ante nosotros.

¿Estás bien?

Sí... Sí... No te preocupes por mí...

(Ella es de acero. Muchos guerreros curtidos habrían sucumbido a esto...)

Mira, Nippur... Nos siguen.

Sí.

Creo que convendrá mostrarles que somos gente desagradable para con los visitantes.

Fue un tiro imposible. Yo apenas si podía distinguir las siluetas de nuestros perseguidores y sin embargo...
STOCK
¡Ahhh!

Ya está. Eso los calmará un poco. Sigamos la marcha.

Durante los dos días siguientes, nuestros perseguidores se mantuvieron a distancia pero tampoco se alejaban. Nos acechaban como hienas.
Esperan que nos derrumbemos.
Ella no tardará... Esto es demasiado terrible.

Casi como un eco de mis palabras...
No... No puedo más...

Arthos consiguió recogerla antes de que cayera al suelo. La cobijó en sus brazos y me miró.
No podrá seguir así.
Haré una parihuela con nuestros mantos y ella podrá viajar más confortablemente.

Y seguimos la marcha por ese arenal de pesadilla que lamía nuestras piernas como un mar de fuego, mientras el aire tórrido y sofocante nos laceraba los pulmones y detrás nuestro, las hormigas carniceras continuaban su guardia.

Esa noche nos detuvimos exhaustos, con los cuerpos hinchados y cuarteados por falta de agua, los ojos turbios y las piernas débiles.
Mañana llegaremos. O sea que mañana será la batalla.

¿Qué quieres decir?
Mañana, Urumutim se jugará el todo por el todo. No puede permitir que ella llegue a Akad. Mañana atacará.

¿Tienes algún plan?
Sí. En el momento en que nos ataquen tú tomarás los caballos y a ella y huirás hacia Akad. Yo cubriré la retirada. Nuestros enemigos son doce. Creo que los podré contener un buen rato.

¡No! ¡No quiero que hagas eso! ¡No!

Por favor, Arthos... No lo hagas...

Shttt. No llores. Sabes bien que es necesario... Si no, todos estaríamos perdidos.

No te preocupes. Yo sé cómo salir de estas situaciones. Esos pobres guerreros de broma no son suficientes para mí. Ya lo verás.

Oh, Arthos... Arthos...

En la mañana vimos las primeras manchas de hierba y a lo lejos el ocre color de los árboles. No tardarían en aparecer las murallas de Akad.

Raro que no...

¡A ellos!

Casi antes de darme cuenta de lo que ocurría, Arthos se había calado su casco, embrazado el escudo y empuñando su hacha de guerra salió al encuentro de los mercenarios. Aún tuvo tiempo de volver la cabeza y gritar...

¡Corre! ¿Qué esperas?

Luego lo vi plantado sobre sus colosales piernas, rodeado de los hombrecillos de cabezas afeitadas, como un león atacado por perros.

Y golpeé mi caballo con los talones y me lancé al galope. Sentí las uñas de la muchacha hundirse en mi espalda y oí su grito.

¡Arthos!

Luego, solamente el galope tambaleante del animal, apelando a sus últimas energías, las altas murallas de Akad y el llanto acongojado de la muchacha.

Arthos... Arthos...

Esperamos a Arthos en Akad...

...pero él nunca llegó. Lo esperamos sobre la muralla desde la cual se ve el desierto y vimos dos soles rojos como la sangre hundirse en la noche.

Yo partiré mañana, muchacha.
No me llames muchacha, Nippur.

-Vuelvo a ser princesa otra vez. Ya tengo a mi ejército. Ya puedo volver a mi ciudad, exterminar a los traidores y ceñir mi corona. Ya he vuelto a ser quien fui.

Volvió los ojos con nostalgia hacia el desierto convertido en sal pálida bajo la luna...
Pero a él..., ¿quién me lo devolverá?

¿Qué podía decirle? Simplemente la dejé allí, en las murallas, soñando con los ojos puestos en el desierto y fui a dormir.

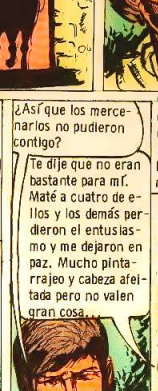
En el mediodía abandoné Akad. Llevaba dos caballos, frescos y descansados, provisiones y sesenta piezas de oro, ya que la muchacha me había dado la parte correspondiente a Arthos...

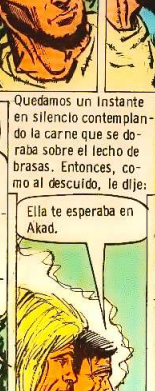
Observé a mi alrededor. Yo sabía que me esperaban...

(Allá... Allá veo humo...)

Galopeé hacia el fuego y ya desde lejos sentí el olor de la carne asada. Hay mucha caza en los alrededores de Akad y de pronto descubrí que tenía hambre.
¡Eh! ¿Está lista esa carne?

Casi. ¿Has traído vino?
Sí. Y queso y pan y aceitunas y miel...


¿Así que los mercenarios no pudieron contigo?
Te dije que no eran bastante para mí. Maté a cuatro de ellos y los demás perdieron el entusiasmo y me dejaron en paz. Mucho pintarrajeo y cabeza afeitada pero no valen gran cosa...


Quedamos un instante en silencio contemplando la carne que se doraba sobre el lecho de brasas. Entonces, como al descuido, le dije:
Ella te esperaba en Akad.

Lo sé, Nippur y por eso no fui. Ella tiene una misión y una corona que reconquistar. Y lo hará. Y entonces será reina y dictará leyes y deberá vivir para su pueblo, trabajando para su bienestar y ahogando sus rebeldías...
¿Y qué haría yo en medio de todo eso? Yo amo los espacios abiertos, mi libertad, mi vino y mi pobreza. Yo soy rico en alegría y en inconstancia. ¿Yo, rey? La sola idea me enfrió los huesos. No. Prefiero haber "muerto" por ella que tener que cargar una corona...

Y ahora, Nippur, viejo casamentero, pásame el vino y deja de parecer tan virtuoso. ¿Cuántas veces no has hecho algo parecido?
Y de pronto comenzamos a reír a carcajadas, felices, absurdos vagabundos de los caminos polvorientos que llevan a ninguna parte, reyes de sandalias y caballos, sacerdotes de dioses de hojas y vientos, soberanos de una ciudad sin murallas ni corona que se llama libertad...

Ah, sí. Dejad a los reyes sus coronas y sus ciudades amuralladas y dad al viejo Nippur un fuego, un poco de vino y un amigo. El no pide más.

Fin

GILGAMESH EL INMORTAL

LA RESURRECCIÓN DE URUK

Por ROBIN WOOD — Dibujos de LUCHO OLIVERA

Un gran silencio reina hoy sobre Uruk, un silencio malsano, enfermo, viscoso como grasa, que se adhiere a la piel y llega hasta el alma pudriéndola sin posibilidad de salvación. Es la gangrena. Es la muerte de algo más que el cuerpo.

Un trozo de nuestras murallas se ha desplomado y nadie ha hecho un solo gesto hacia el hueco polvoriento que ahora se abre en la ciudad. Sólo he hallado miradas apáticas y algún encogimiento de hombros.

¿Qué ocurre? ¿Por qué no envían a repararla? ¿Están ciegos? ¿O esperan que yo haga restallar el látigo?

Nippur no se apartó de la ventana. Comía una fruta con la calma absoluta del que es dueño de su tiempo y de sus humores.

Tu látigo no servirá de nada, Gilgamesh. Tu ciudad se muere y tú no podrás resucitarla.

¿De qué hablas? Uruk es rica como nunca. Tenemos hombres de ciencia que he traído de todo el mundo para enseñar en nuestros templos. Tenemos trigo, aceite, vino y nuestros pozos jamás carecerán de agua. ¿Qué puede destruirnos?
Respecto a Nippur, esta extraña vagabunda, carbonizada de soles y guerras, elegante despreciador de tronos y gloria, sabio sin pomposidad, amigo de la vida y tendiéndose de la muerte.
Tú la has destruido, Gilgamesh.
¿Te burlas de mí? ¿Yo la he hecho grande?
Ah, sí. Has traído oro y ciencia a Uruk. Has hecho la vida una bendición para todos...
...pero tú eres inmortal, Gilgamesh. Tú ves pasar las generaciones sin alterna. Puedes dedicar algunas centurias a un proyecto, ¿qué importancia tiene el tiempo? Las generaciones se suceden pero tú no tienes prisa...
Y tu gente comienza a morir al nacer. Su vida comienza bajo tu sombra y de allí no saldrá. Se ahogarán bajo el peso de tu inmortalidad y nunca podrán zafarse de él. Descubren que todo es inútil, que lo único real es la muerte que los espera. La descubren pues pueden comparar sus vidas con la tuya.
Y así pierden las fuerzas. Tú los haces conscientes de lo efímero que es su vivir. Tú matas en ellos toda fuerza. ¿De qué sirve el esfuerzo y la ambición? Solamente Gilgamesh sobrevive a todo.
¿Y tú, Nippur? ¿No te afecto a ti?
No. Amo la vida como el vino y las mujeres. La escasez mejora el gusto. No me interesa la inmortalidad. Me hace pensar en un infinito camino estéril que no lleva a ninguna parte.
Puedo hacer mucho por la humanidad...
No. La humanidad vive en ciclos casi perfectos. Aprendemos las mismas cosas en el mismo tiempo y cometemos los mismos errores, y en ello está la exquisitez del vivir... y es el compartirlo lo que une a los hombres.
Me sonrió con su gran sonrisa trágica y humana. Ese gigante sumerio que dejaría una marca en el mundo que jamás nadie olvidaría...
Pero tú ya no eres uno de ellos. Nunca volverás a serlo.
Abajo la ciudad estaba quieta y muda y pude ver el sol danzando arabescos en las fuentes. De pronto me sentí cansado y perdido.
Yo quise ayudarlos ...darle brillantes cosas que hicieran sus vidas más fáciles...
Deja de pensar. Ve a buscar tu arco y saldremos a cazar. Necesitas abandonar esta tumba por un tiempo.
No discutí. Siempre me sorprendía la sabiduría sin edad del hombre de Lagash.
Está bien. Vamos.

Vapores sulfurosos brotaban por entre las grietas de esa tierra ósea y calcinada. Aquí y allá borboteaban charcos de lava. Era en realidad un resquicio del infierno.

¡Alto! ¿Quién vive allí?

Soy Gilgamesh, señor de Uruk.

Y yo soy Nipour, señor de mis sandalias.

El rufián nos hizo una grotesca reverencia exhibiendo el hueco nauseabundo de su sonrisa.

Adelante, nobles señores. Bienvenidos al reino de Enmerkar, el grande, el piadoso, el justo...

Siluetas de pesadilla surgían entre la niebla llameante. Saltaban, cojeaban y emitían chillidos que no tenían nada de humano. Nipour gruñó:

Este debe ser la entrada del infierno... y éstos los que ni los demonios habrían querido.

El demonio no, guerrero, pero yo sí. Soy rey de un reino que no debe obediencia a nadie. Tengo una ley, la mía, y una religión, la muerte... y me llaman Enmerkar, el maldito, y me gusta ese fruto.

Pero venid... Sois mis huéspedes y como tal os trataré. Venid.

Se estaba burlando salvajemente de nosotros y por un momento pensé en destrozarlo allí mismo, pero Nipour le respondió con una sonrisa divertida...

Muéstranos el camino, rey del infierno, pero no caigas dentro de uno de tus cráteres antes de cumplir con tus deberes de anfitrión.

Los cumpliré, humorista... Los cumpliré.

Creo que Enmerkar piensa ofrecernos más de lo que le hemos pedido.
Estamos alertas.
Aquello era un mundo que no podía existir más que en el delirio. Allá abajo borboteaba el infierno y en sus laderas chillaban sus criaturas.
Vaya... Toda tu corte se ha reunido...
Bebed, guerreros. Es buen vino de viajeros que pasaron por aquí.
¿Pasaron? ¿Y dónde están ahora?
Allí.
Y allí estaréis vosotros cuando mi vino se haya terminado.

No hubo tiempo de contestarle pues un coro de alaridos llegó desde el fondo del horror.
¡Aquí! ¡Mira, Enmerkar! ¡Mira lo que te traemos!
Vaya... Hermoso regalo, en verdad. ¿Quién eres tú?
¡No me toques, bestia! ¡No me toques a tí y los de tu raza serán barridos para siempre de la faz de la Tierra!
Ah... ¿Y cómo y por qué será eso?
Soy la prometida de Gilgamesh, señor de Uruk, y cuando él se entere de este atropello vendrá aquí con sus guerreros y no dejará ninguno de vosotros con vida.
El coro de carcajadas se volvió delirante y hubo saltos grotescos a su alrededor.
¿La prometida del gran Gilgamesh? ¡Oh! ¡El terror ante lo que he hecho paraliza mi lengua!
Vaya... ¿Una nueva esposa, amigo?
Maldición... Debe ser la hija de Sargón de Akad. Ese viejo zorro quería mi alianza para combatir a los de Umma y ésta debe haber sido su idea para convencerme... pero ha salido mal.
¡Toma, Gilgamesh! ¡Aquí está tu prometida! ¡No quiero turbar tu felicidad! ¡Disfrútala!
Tú... ¿tú eres Gilgamesh?
No es el momento de hablar ahora, princesa. Colócate detrás de nosotros. Debemos salir de aquí.

Fue todo tan rápido que ninguno atinó a reaccionar... ninguno excepto Nippur, ese viejo león astuto y mortífero que ya volaba sobre sus pies como un gato. —¡Salgamos de aquí! ¡Rápido!

No necesitó otro grito. Yo también había conocido los laberintos de la guerra.

¡Sácela de aquí, Nippur! ¡Yo los detendré!
¡De acuerdo...! ¡Pero cuídate!

Y de pronto vi una extraña expresión en su rostro. Luego sonrió.
¡Qué tonto soy...! ¡Había olvidado con quién hablaba.

¡Y tú, fuera!
¡Ahhh!

La horda despertó súbitamente de su estupor y fue un vómito de infierno el que se lanzó hacia mí.
¡Que no huyan! ¡Matémoslos a todos!
¡Sí! ¡A ellos! ¡A ellos!

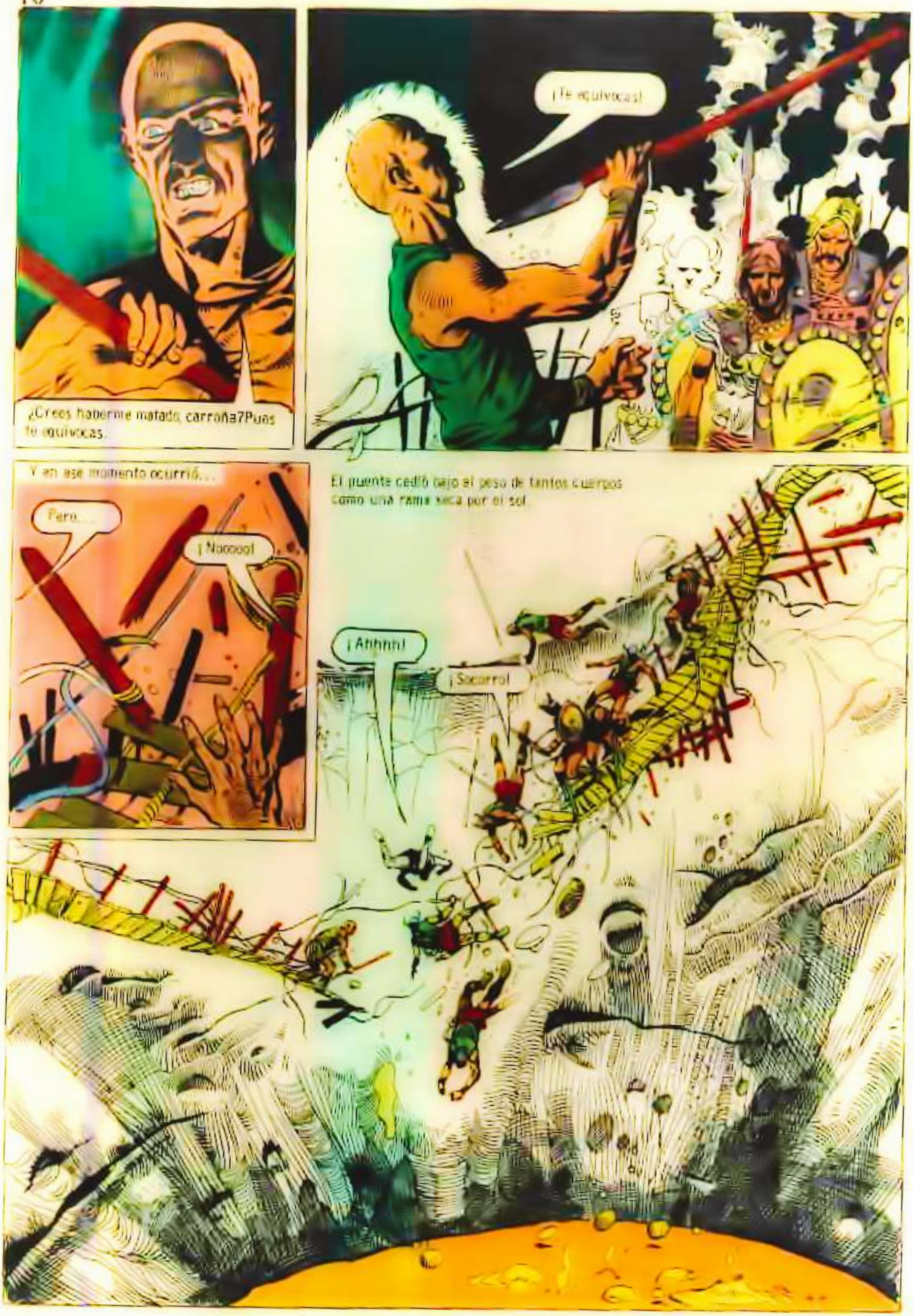
Pero en ese puente danzarín, el número no fue una ventaja. Al contrario.
¡Ahhh!

¡Ahhh!
¡Adelante! ¡Adelante!

Nippur trepaba puente arriba, arrastrando a la sollozante y espantada joven. Figuras negligentes le cortaban el paso.
¿Crees que huirás, bastardo? ¡Tendrás que pasar sobre mí para lograrlo!

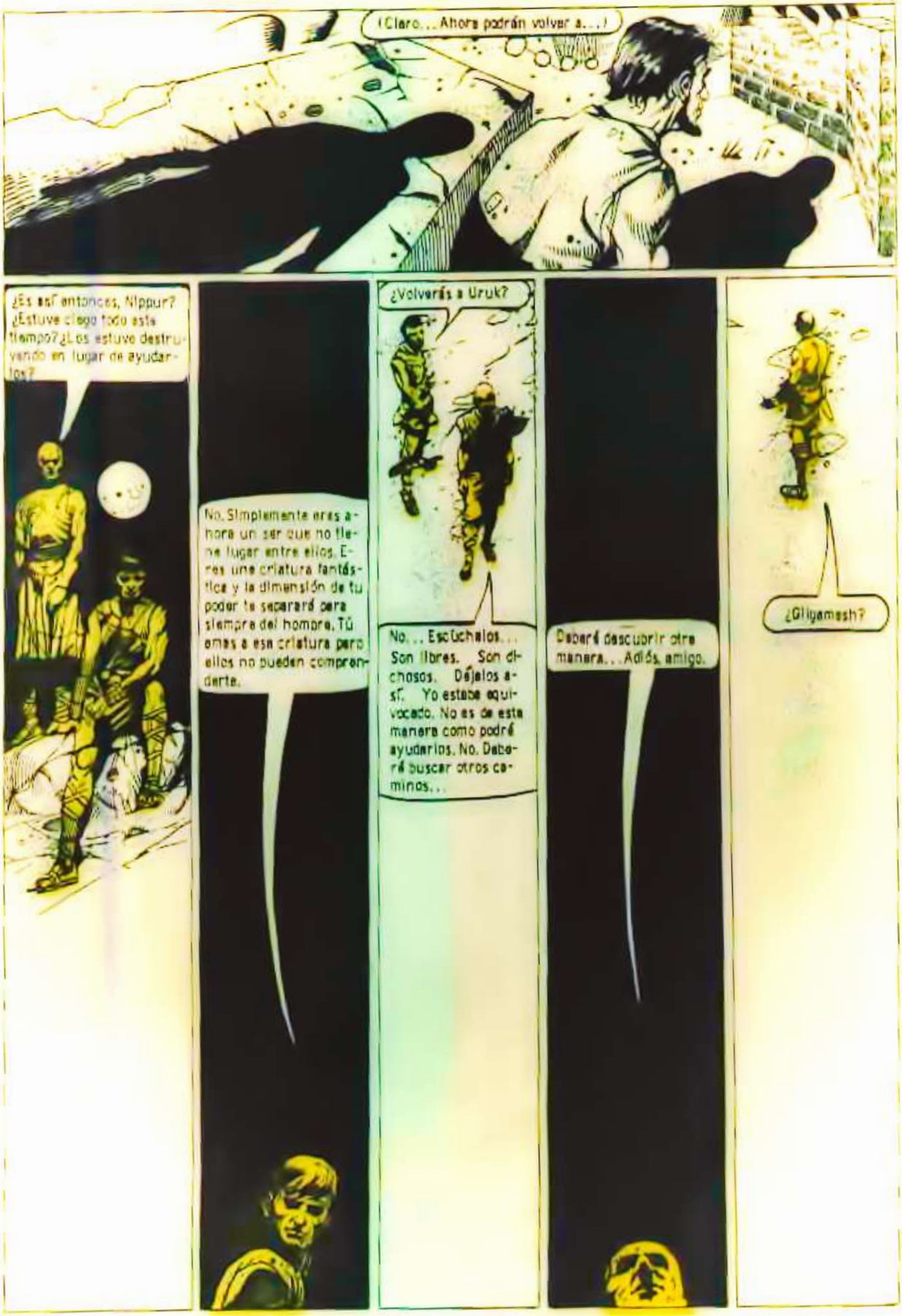
¿Eso es todo? ¡No será gran obstáculo!
¡Ahhh!

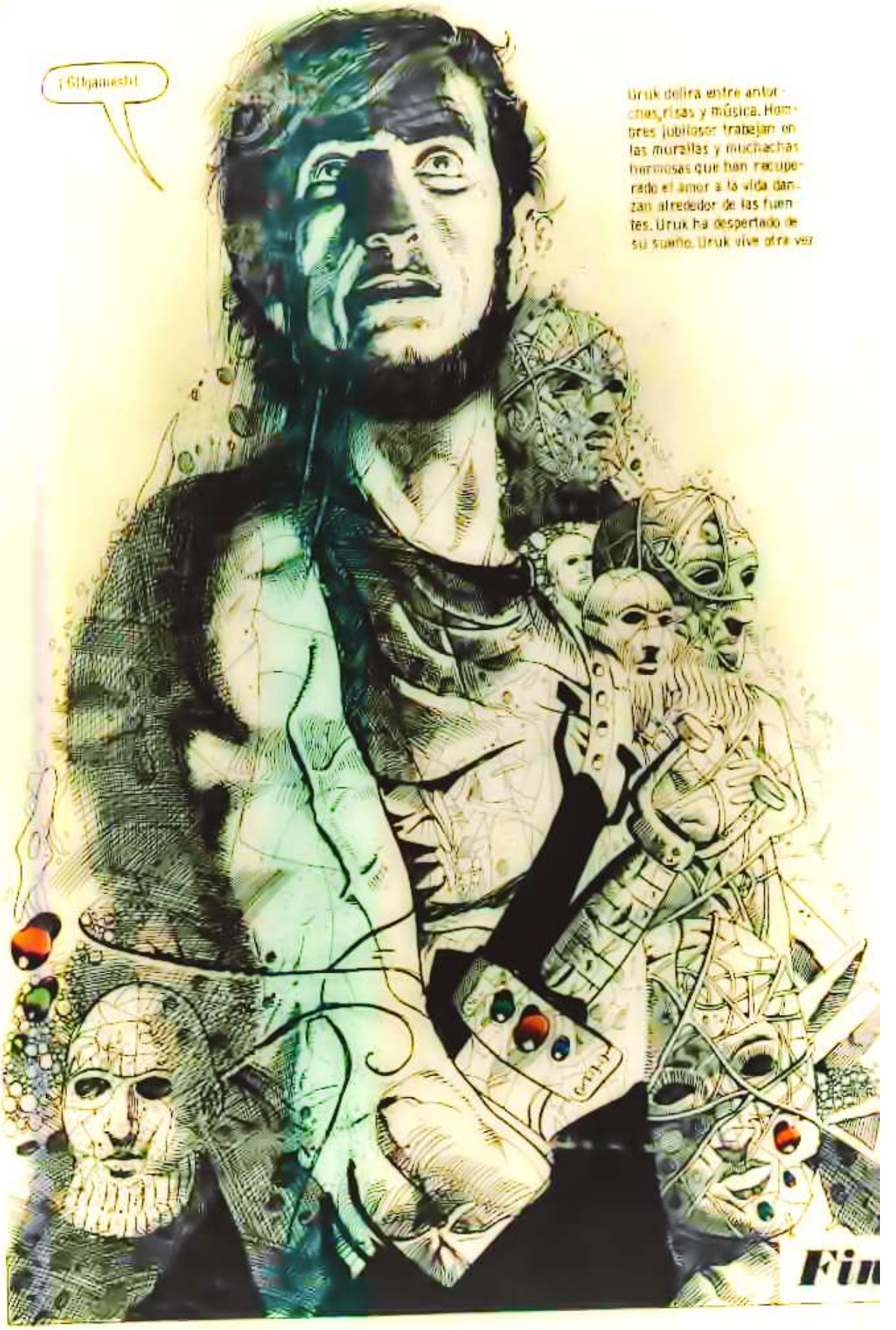
Pero... ¿y mi señor?
No te preocupes por él. El sabe cómo salir de situaciones como ésta... y arriesga menos de lo que tú crees.
El puente crujía y danzaba y la mesa aullante me hacía retroceder poco a poco.
¡Ahhh!
Y entonces Enmerkar perdió la paciencia...
¡Basta, maldito! ¡Sal de mi paso!
Sentí el terrible dolor y el relámpago de hielo dentro de mí como lo sintiera tantas veces antes. El horror de la herida que nunca se hacía costumbre.
¡Ah!


¿Crees haberme matado carroña? Pues te equivocas.
¡Te equivocas!
Y en ese momento ocurrió...
Pero...
¡Naoooo!
El puente cedió bajo el peso de tantos cuerpos como una rama seca por el sol.
¡Ahhhh!
¡Socorro!

¡No! ¡Mi señor Gilgamesh! ¡No!
¡Quieta!
El... ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!
No, Gilgamesh no puede morir... El es...
O... ¿O tal vez sí? ¿Tal vez hay algo que lo puede destruir? ¿Tal vez esta vez...?
Esperaron hasta que el sol se levantó y volvió a caer y recién entonces el gigante sumerio se puso de pie en el hielo de la noche.
Ven. De nada sirve esperar más.
Mi señor... Mi señor...
Yo... yo debía ser mensajera de felicidad y victoria... y en vez de ello traje la muerte...
No. Lo que debe suceder está escrito y sólo somos esclavos del destino. Es nuestra monstruosa vanidad la que nos hace creer que somos más que eso.
Y en la ciudad... ¿qué dirán cuando sepan de la muerte de su rey?
Uruk eructó en un júbilo loco.
¡Se ha ido! ¡El inmortal ha sucumbido al fin! ¡Nos hemos liberado al fin de su sombra!
¡Ya no envenenará nuestros días! ¡Ya no deberemos envidiarlo ni odiarlo! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

¡Nippur... ¿qué es esta locura? El fue un gran rey el más grande que jamás tuvo Uruk...
Demasiado tal vez, muchacha. Hay un límite hasta para la gloria y la grandeza. Hay veces en que el hombre no puede llegar a ciertas alturas.
¡El muro derrumbado! ¡Hay que reconstruirlo!
¿Qué esperamos? ¡Y elegiremos un nuevo rey! ¡Uruk volverá a ser la joya de Sumeria!
¡Mirelos... Han vuelto a la vida... No han tenido paciencia de esperar. Están libres, locos de alegría, felices con su mortalidad otra vez...


¡Claro... Ahora podrán volver a...!
¿Es así entonces, Nippur? ¿Estuve ciego todo este tiempo? ¿Los estuve destruyendo en lugar de ayudarlos?
No. Simplemente eres ahora un ser que no tiene lugar entre ellos. Eres una criatura fantástica y la dimensión de tu poder te separará para siempre del hombre. Tú amas a esa criatura pero ellos no pueden comprenderte.
¿Volverás a Uruk?
No... Escúchalos... Son libres. Son dichosos. Déjalos así. Yo estaba equivocado. No es de esta manera como podré ayudarlos. No. Deberé buscar otros caminos...
Deberé descubrir otra manera... Adiós, amigo.
¿Gilgamesh?


¡Gilgamesh!
Uruk delira entre antorchas, risas y música. Hombres jubilosos trabajan en las murallas y muchachas hermosas que han recuperado el amor a la vida danzan alrededor de las fuentes. Uruk ha despertado de su sueño. Uruk vive otra vez
Fin

NIPPUR DE LAGASH

suddivisione in parti in base ai gruppi di autori che si sono succeduti negli anni

Parte 1 - Colecciòn Clàsicos (Tomi 1-2-3-4)

di Robin Wood e Lucho Olivera

E001-E070 + E122+..E133

Tomo 1 (tomo negro) - EL HOMBRE DE LAGASH (Abril 1981)
24 episodios (D'Artagnan, 1967/1970)

+

Tomo 2 (tomo aranjado) - EL INCORRUPTIBLE - (Septiembre 1981)
27 episodios (D'Artagnan, 1969/1972)

+

Tomo 3 (tomo rojo) - EL REGRESO (Julio de 1990)
18 episodi (en D'Artagnan e Nippur Magnum, 1969/1972)
(di cui 6 episodi di Lucho Olivera / 5 episodi di Sergio Mulko / 4 di Ricardo Villagran)

+

6 episodi di Lucho Olivera

(en D'Artagnan y Nippur de Lagash - 1973/74)

+

Gilgamesh - El inmortal - Ep.5 - La resurrecciòn de Uruk
(di Robin Wood e Lucho Olivera - D'artagnan super álbum n. 36 - 1980)

Parte 2a - E071...E170

di Wood / Mulko / Villagran / Gomez Sierra (1972/1982)

Parte 2b - E176...E323

di Wood / Mulko / Villagran / Gomez Sierra (1983/94)

Parte 3 - E134...E191

di Wood / Ferrari / Leopardi / Zaffino (1976/79)

Parte 4 - E324...422

di Wood / Amezaga / Mulko (1988/94)

Parte 5 - E423...448

di Wood / Muller / Taborda / Ibanez / Rearte (1994/96)